

EL DESCENSO

JEFF LONG

Primera parte

EL DESCUBRIMIENTO

1

IKE

*Es fácil descender a los infiernos... pero volver a subir,
retroceder sobre los propios pasos hasta el aire libre... es un problema.*
VIRGILIO, *Eneida*

1991

Al principio fue la palabra.

O las palabras.

Fueran cuales fuesen.

Mantuvieron las luces apagadas. Los agotados caminantes se apretaron unos contra otros en la oscura cueva y observaron la peculiar escritura. Trazadas con una ramita, hundida posiblemente en radio líquido o alguna otra pintura radiactiva, las pictografías fluorescentes flotaban en los recovecos negros de las paredes. Ike les dejó que se deleitaran con la contemplación de las pictografías. Ninguno de ellos parecía dispuesto a centrar la atención en la tormenta que golpeaba la ladera de la montaña.

Con la noche a punto de caer, el sendero borrado por la nieve y el viento, sin sus conductores de yak, que huyeron tras el motín llevándose la mayor parte del material y las provisiones, se sintió aliviado por haber encontrado refugio, cualquier clase de refugio. Ante ellos seguía aparentando que todo esto formaba parte de su viaje. De hecho, tenía la impresión de haberse salido del mapa. Nunca había oído hablar de este escondite en la pared, ni había visto *graffiti* del hombre de las cavernas que relucieran en la oscuridad.

—Runas —murmuró una conocida voz femenina—. Son runas sagradas escritas por un monje itinerante.

La extraña caligrafía relucía con una suave luz violeta en las frías entrañas de la cueva. Los luminosos jeroglíficos le recordaron a Ike los carteles de luz negra que había pegado en la pared de su viejo dormitorio. Lo único que necesitaba era una versión del himno de Dylan a cargo de Hendrix y un soplo de sin semilla roja hawaiana. Cualquier cosa que venciera el aullido del horrible viento. «Fuera, en la distancia, gruñó un felino...»

—Eso no son runas —dijo un hombre—. Es Bon-po. El acento de Brooklyn significaba que tenía que ser Owen. Ike tenía aquí a nueve clientes y sólo dos eran hombres. Era fácil controlarlos.

—¡Bon-po! —le gritó una de las mujeres a Owen.

El grupo de mujeres parecía solazarse colectivamente al atacar a Owen y a Bernard, el otro hombre. Con Ike no se habían metido hasta el momento. Lo trataban como a un inofensivo rústico montañés del Himalaya. A él le parecía muy bien.

—Pero los Bon-po eran prebudistas —expuso la mujer.

La mayoría de las mujeres eran estudiantes budistas de una universidad de la Nueva Era. Este tipo de cuestiones les importaban mucho.

Su objetivo era, o más bien había sido, el monte Kailash, el gigante piramidal situado al este de la frontera india. «Un cuento de Canterbury para el peregrino mundial», así anunciaba el viaje. Un *kor*, una excursión tibetana alrededor de la montaña más sagrada del mundo. Ocho mil pavos por cabeza, incienso incluido. El problema era que, en alguna parte a lo largo del sendero, había perdido de vista la montaña. Y eso le mortificaba. Estaban perdidos. Ya desde el amanecer el cielo había cambiado de azul a un gris lechoso. Los conductores se dieron precipitadamente a la fuga con los yaks. Aún tenía que anunciarles que sus tiendas y vituallas habían pasado a la historia. Los primeros y gruesos copos de nieve habían empezado a besar sus capuchas de goretex hacía apenas una hora, e Ike había adoptado esta cueva como refugio. Fue una buena decisión. Él era el único que lo sabía aún, pero estaban a punto de verse vapuleados por una de las horrendas tempestades himalayás.

Notó que alguien le tiraba de la chaqueta y supo que sería Kora, que querría decirle algo en privado.

—¿Están muy mal las cosas? —le preguntó con un susurro.

Kora era su amante, vigilante del campamento base o socia en el negocio, dependiendo de la hora del día. Últimamente constituía todo un desafío calcular qué le importaba más a ella, si el negocio de la aventura o la aventura del negocio. En cualquier caso, su pequeña empresa de *trekking* ya no le resultaba tan encantadora.

Ike no encontró razón alguna para empeorar las cosas poniéndose negativo.

—Tenemos una cueva magnífica.

—Ya lo veo.

—Por lo que se refiere a la gente, aún no hemos perdido a nadie.

—El programa se ha echado a perder. Ya íbamos retrasados.

—Estamos bien. Lo recuperaremos en la zona de nacimiento de Siddharta. —Procuró que su voz no dejara traslucir la preocupación pero, por una vez, su sexto sentido le había fallado, y eso le fastidiaba—. Además, andar un poco perdidos les dará derecho a fanfarronear.

—Ellas no quieren fanfarronear. Lo que quieren es cumplir el programa. No conoces a esta gente. No son amigos tuyos. Nos denunciarán si pierden su vuelo de Thai Air el día diecinueve.

—Esto son las montañas —dijo Ike—. Seguramente lo comprenderán.

La verdad era que la gente lo olvidaba. Allí arriba era un completo error dar por sentado hasta el siguiente latido del corazón.

—No, Ike, no lo comprenderán. Tienen trabajos, obligaciones que atender, familias.

Eso era nuevamente lo difícil. Kora deseaba más cosas de la vida. Quería algo más del explorador sin rumbo.

—Hago todo lo que puedo —le aseguró Ike. En el exterior, la tormenta seguía azotando la entrada de la cueva. Apenas si estaban en mayo, y esto no debería pasar. Tendría que disponer de mucho tiempo para llevar al grupo hasta el Kailash, recorrerlo y regresar. El monzón, la ruina de los montañeros, no llegaba normalmente hasta lugares montañosos situados tan al norte. Pero como veterano escalador del Everest, Ike debería saber que allí arriba no se podía creer ni en las previsiones ni en los programas. Tampoco en la buena suerte. Y esta vez se les había acabado. La nieve sellaría el paso hasta finales de agosto. Eso significaba que tendría que pagarles el viaje en un camión chino y enviarlos a todos de regreso vía Lhasa... algo que superaba sus previsiones de gasto. Intentó calcularlo mentalmente, pero la disputa entre ellos pudo con él.

—Sabe muy bien lo que quiero decir al referirme a Bon-po —dijo una mujer.

Diecinueve días de viaje e Ike todavía no había aprendido a asociar sus apodosos espirituales con los nombres escritos en sus pasaportes. Una de las mujeres, una tal Ethel o Winfred, prefería hacerse llamar ahora Tara Verde, la divinidad madre del Tibet. Un impertinente clon de Doris Day juraba ser una amiga particular del Dalai Lama. Ike llevaba ya varias semanas oyéndolas ensalzar la vida de las mujeres cavernícolas. Pues bien, señoras, aquí tienen su cueva. Que les aproveche el tugarío.

Estaban convencidas de que su nombre, Dwight David Crockett, era un invento suyo. Nada podía convencerlas de que él no era una de ellas, un aficionado a vidas pasadas. Una noche, alrededor del fuego de campamento en el norte del Nepal, les había contado las historias de Andrew Jackson, los piratas del Mississippi y su propia y legendaria muerte en El Álamo. Quería gastarles una broma, pero únicamente Kora lo comprendió. Después de todo, Ike se había ido haciendo más cuidadoso. Quizás ellas fuesen estúpidas y vanas, pero eran inofensivas y estaban a su cargo.

—Debería saber perfectamente que antes de finales del siglo v no hubo ningún lenguaje escrito en el Tibet —siguió diciendo la mujer.

—Ningún lenguaje escrito que conozcamos —le corrigió Owen.

—Seguro que lo próximo que se le ocurrirá decir es que se trata del lenguaje del Yeti.

Llevaban así desde hacía días. Ike confiaba en que se quedasen sin aliento. Pero, por lo visto, cuanto más ascendían, más discutían. San Jimi acudió de nuevo a su mente: «Hay muchos, entre nosotros, que tienen la sensación de que la vida no es más que un chiste».

—Esto es lo que conseguimos a cambio de desvivirnos con los civiles —le murmuró Kora.

Así llamaba ella a toda aquella pandilla: a los ecoturistas, los crédulos impenitentes charlatanes panteístas o los eruditos. Ella era una chica de la calle hasta la médula.

—No son tan malos —dijo él—. Lo único que hacen es tratar de encontrar un camino que les conduzca a Oz, lo mismo que nosotros.

—Civiles.

Ike suspiró. En momentos como éste se cuestionaba hasta su exilio voluntario. No era fácil vivir tan alejado del mundo. Se pagaba un precio por elegir el camino menos trillado. Cosas pequeñas, cosas más grandes. Ya no era aquel muchacho de mejillas sonrosadas que había llegado allí por primera vez formando parte del Cuerpo para la Paz. De todo aquello aún le quedaban los pómulos, la arrugada frente y la descuidada melena. Pero un dermatólogo que participó en una de sus expediciones le aconsejó que se alejara del sol de las grandes alturas antes de que su cara adquiriese la consistencia del cuero. Ike nunca se había considerado un regalo divino para las mujeres, pero tampoco veía razón alguna para tirar a la basura el poco atractivo que aún le quedaba. Había perdido dos muelas debido a la falta de buenos dentistas nepalíes, y otro diente tras caer de una roca en el Everest. Y no hacía mucho, en sus tiempos de Johnny Walker etiqueta negra y de Camel, cometió toda clase de desenfrenos, flirteando incluso con la letal cara oeste del Makalu. Dejó repentinamente la bebida y el tabaco cuando una enfermera británica le dijo que su voz sonaba como una solemne declaración grabada de Rudyard Kipling. Por supuesto, el Makalu aún no había decidido matarle. Eso era algo de lo que muchas mañanas aún se sorprendía.

El exilio confunde más que los cosméticos o incluso que la buena salud. Las dudas sobre sí mismo formaban parte de su imagen: se preguntaba qué habría sucedido si se hubiera quedado en Jackson. Trabajos improvisados. Albañilería de piedra. Quizá guía de montaña por los Teton, u organizador de batidas de caza. No había forma de saberlo. Llevaba ocho años en Nepal y el Tibet, observando cómo se transformaba lentamente, de muchacho dorado del Himalaya en una olvidada figura representativa del imperio estadounidense. Había envejecido interiormente. Incluso ahora, había días en que Ike se sentía como si tuviera ochenta años, a pesar de que la semana siguiente cumpliría sólo treinta y uno.

—¿Quieren mirar esto? —preguntó una voz estridente—. ¿Qué clase de mandala es esto? Todas las líneas están retorcidas.

Ike observó el círculo. Colgaba de la pared, como una luna luminosa. Los mandalas eran ayudas para la meditación, guías para entrar en los palacios de la divinidad. Al visualizar uno de ellos, se suponía que sobre la superficie plana del mandala debería imaginarse una arquitectura tridimensional. Éste, sin embargo, ofrecía el aspecto de un montón de serpientes revueltas.

Ike encendió su linterna. Fin del misterio, se felicitó a sí mismo. Hasta él quedó asombrado ante lo que vio.

—Dios mío —exclamó Kora.

Allí donde un momento antes las palabras fluorescentes colgaban en una especie de suspensión mágica, ahora se erguía rígidamente un cadáver desnudo, colocado sobre una cornisa de piedra que corría a lo largo de la pared del fondo. Las palabras no estaban escritas en piedra, sino sobre él. Únicamente el mandala estaba aparte, pintado sobre la pared, a la derecha del cuerpo.

Un conjunto de rocas formaba una tosca escalera que conducía hasta la cornisa; los caminantes que habían pasado por allí habían dejado *katas* (largas bufandas blancas de oración) en las grietas del techo de piedra. Las *katas* se balanceaban a uno y otro lado, impulsadas por la corriente, como fantasmas a los que se había perturbado levemente.

Los dientes, visibles a causa de la momificación, ponían una ligera mueca en el rostro del hombre; los ojos se le habían calcificado y convertido en mármoles azulados. Por lo demás, el extremado frío y la elevada altura lo mantenían perfectamente conservado. Bajo el duro rayo de la linterna de Ike, las letras que le cubrían las demacradas extremidades, el vientre y el pecho se veían débiles y rojas. Evidentemente, se trataba de un viajero. En estas regiones, todo el mundo es un peregrino, un nómada, un comerciante de sal o un refugiado. Pero, a juzgar por las cicatrices y heridas sin curar, por el collar de metal que le rodeaba el cuello y por un brazo izquierdo roto, vendado y mal entablillado, este Marco Polo concreto había soportado un viaje que desafiaba a la imaginación. Si la carne es memoria, su cuerpo expresaba una historia completa de maltratos y esclavitud.

El grupo de Ike estaba debajo de la cornisa, con los ojos desorbitados ante aquella imagen del sufrimiento. Tres de las mujeres y Owen empezaron a llorar. Ike se acercó al cuerpo, a solas. Dirigió el rayo de luz a uno y otro lado y extendió un brazo para tocarle la espinilla con el piolet: estaba tan dura como la madera fosilizada.

De todas las violencias visibles, la que más resaltaba era su castración parcial. Uno de los testículos del hombre había sido arrancado de un tirón; no cortado, ni siquiera arrancado de un mordisco, pues los bordes del escroto eran demasiado desiguales, y la herida había sido cauterizada con fuego. Las cicatrices de la quemadura irradiaban desde las ingles, formando una estrella que lo rodeaba sin vello. Ike no pudo evitar una cruda burla para sus adentros. La parte más sensible de un hombre mutilada y cauterizada con una antorcha.

—Mirad —susurró alguien—. ¿Qué han hecho con su nariz? En el centro de la magullada cara había una argolla como no había visto nunca antes. No se trataba de ninguna perforación corporal cuidadosamente realizada. La argolla tenía unos siete centímetros de circunferencia, estaba cubierta por una costra de sangre y se hundía profundamente en el tabique nasal, casi hasta el cráneo. Colgaba hasta el labio inferior y era tan negra como la barba del cadáver. Se trataba de un objeto de uso, pensó Ike, lo bastante grande como para ponérselo al ganado.

Se acercó entonces un poco más y creció su sensación de repulsión. La argolla era brutal. La sangre, el humo y la suciedad la habían impregnado de una capa casi negra, aunque Ike pudo distinguir el apagado brillo del oro macizo.

Se volvió hacia su gente y observó nueve pares de ojos asustados que lo miraban desde debajo de las capuchas y las viseras. Ahora, todos tenían las linternas encendidas. Nadie discutía.

—¿Por qué? —preguntó una de las mujeres lloriqueando.

Dos de las budistas habían regresado repentinamente al cristianismo y se hallaban de rodillas, haciendo señales de la cruz sobre el pecho. Owen se balanceaba de un lado a otro, murmurando el *kaddish*.

—Maravilloso bastardo —observó Kora acercándose con una risita.

Ike se sobresaltó. Ella le hablaba al cadáver.

—¿De qué estás hablando?

—Nos hemos librado. Después de todo, ya no van a denunciarnos para que les devolvamos su dinero. Ya no tenemos que ocuparnos de encontrar su montaña sagrada. Ahora han encontrado algo mejor.

—Modérate, Kora. Dales un margen de confianza y ya verás cómo no son necrófagos.

—¿Que no? Mira a tu alrededor, Ike.

Naturalmente, las cámaras habían aparecido en manos de una o dos expedicionarias. Se produjo el resplandor de un flash y luego de otro. La conmoción inicial dio paso a un voyeurismo propio de la prensa amarilla.

En apenas un instante, todas sacaron sus cámaras de ochocientos dólares, de las que sólo se necesita encuadrar y apretar. Las cámaras produjeron un zumbido como de insectos. La carne sin vida relució bajo su luz artificial. Ike se apartó del encuadre y dio la bienvenida al cadáver como si de un salvador se tratara. Era increíble. Hambrientos, helados y perdidos, ninguno de ellos podría haberse sentido más feliz.

Una de las mujeres ascendió por los escalones de piedra y se arrodilló junto al cuerpo desnudo, con la cabeza inclinada hacia un lado. Los miró a todos desde aquella posición.

—Es uno de los nuestros —dijo.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que es como nosotros, como usted y como yo. Un hombre blanco.

Alguien lo expresó en términos menos vulgares.

—¿Un varón blanco?

—Esto es una locura —objetó alguien—. ¿Aquí? ¿En medio de ninguna parte?

Ike sabía que la mujer tenía razón. Así lo indicaba la carne blanca, el vello de los antebrazos y el pecho, los ojos azules, los pómulos, que, evidentemente, no eran mongoloides. Pero la mujer en cuestión no señalaba los brazos velludos, los ojos azules o los pómulos delgados. Indicaba los jeroglíficos pintados en su muslo. Ike dirigió la luz de su linterna hacia el otro muslo y se quedó helado.

El texto estaba en inglés. En inglés moderno. Solo que al revés.

Se le ocurrió de repente. No se había escrito en el cuerpo después de su muerte. El hombre había escrito sobre sí mismo cuando aún se hallaba con vida. Había utilizado su propio cuerpo como una página en blanco. Por eso la escritura estaba al revés. Inscribió sus notas periodísticas en el único pergamino que tenía la seguridad

de que viajaría con él. Ahora, Ike comprobó cómo las letras no habían sido simplemente pintadas, sino toscamente tatuadas.

El hombre había anotado fragmentos de testimonio hasta donde había podido llegar, sobre su propia carne. Las abrasiones y la suciedad dificultaban la lectura de parte de la escritura, sobre todo por debajo de las rodillas y alrededor de los tobillos. El resto, sin embargo, podría haberse calificado como palabras al azar y lunáticas. Cifras mezcladas con palabras y frases, especialmente en el lado externo de cada muslo, donde por lo visto decidió que disponía de espacio para nuevas anotaciones. El pasaje más claro se extendía a través de la parte inferior del estómago.

—«Todo el mundo amará la noche —leyó Ike en voz alta— y no adorará al llamativo sol.»

—Esto es un galimatías —espetó Owen muy asustado.

—Parecen palabras bíblicas —intervino Ike en tono comprensivo.

—No, no lo son —afirmó Kora—. Eso no es de la Biblia. Es de Shakespeare, de *Romeo y Julieta*.

Ike percibió la repugnancia del grupo. ¿Por qué habría elegido esta criatura torturada la más famosa historia de amor jamás escrita para su propia necrológica? Una historia sobre clanes enfrentados. Una leyenda de amor que trascendía la violencia. El pobre diablo debía de haber perdido el sentido común en un lugar tan solitario y con un aire tan tenue. No era ninguna casualidad que los hombres se obsesionaran interminablemente en los más elevados monasterios de la tierra. Las alucinaciones eran algo muy normal aquí arriba. Hasta el Dalai Lama bromeaba al respecto.

—¿Y qué? —dijo Ike—. Es blanco y conocía a Shakespeare. Eso permite afirmar que no debe de tener más de doscientos o trescientos años.

Aquello empezaba a parecer una charla de sala de espera. El temor se transformaba en mórbido encanto, lo forense en reconstrucción.

—¿Quién es este hombre? —preguntó una mujer.

—¿Un esclavo?

—¿Un prisionero escapado?

Ike no dijo nada. Se acercó al rostro desvaído, tratando de encontrar pistas. «Cuéntanos tu viaje —pensó—. Hablamos de tu huida. ¿Quién te puso una argolla de oro?» Nada. Los ojos de mármol hicieron caso omiso de su curiosidad. La mueca cruel disfrutaba con sus enigmas sin voz.

Owen se les unió sobre la repisa, leyendo desde el hombro opuesto.

—«Raf.»

Desde luego, en el deltoide izquierdo se veía un tatuaje con las letras RAF, bajo un águila. Estaba al derecho y mostraba un aspecto comercial. Ike tomó el brazo congelado.

—Royal Air Force, Real Fuerza Aérea —dijo en voz alta.

El rompecabezas empezaba a montarse. Eso casi explicaba lo de Shakespeare, aunque no las estrofas elegidas.

—¿Era piloto? —preguntó la parisina de cabello corto, que parecía encantada.

—Piloto, navegante, bombardero —dijo Ike encogiéndose de hombros—. ¿Quién sabe?

Como un criptógrafo que se dispusiera a descifrar un código secreto, Ike se inclinó para inspeccionar las palabras y los números que trepaban por la carne. Línea tras línea, siguió cada pista hasta su punto muerto. Aquí y allá, constató pensamientos completos siguiendo las letras con la yema de un dedo. Las expedicionarias retrocedieron, dejándole trabajar para descifrarlo. Parecía saber lo que hacía.

Ike se situó de costado y probó a leer una frase a la inversa. Esta vez supo lo que ponía. Y, sin embargo, aquello no tenía sentido alguno. Sacó su mapa topográfico de la cadena del Himalaya y encontró la longitud y la latitud, pero al localizar el punto de cruce lanzó un bufido. No era posible, pensó, y recorrió con la mirada lo que quedaba de un cuerpo humano. Miró de nuevo el mapa. ¿Podría ser?

—Tome un poco.

El olor del café fuerte, filtrado a la francesa, le hizo parpadear. Apareció un vasito de plástico. Ike levantó la mirada. Los ojos azules de Kora lo miraban con compasión y eso lo calentó más que el café recién hecho. Tomó el vasito, murmuró un agradecimiento y entonces se dio cuenta de que sufría un fortísimo dolor de cabeza. Habían transcurrido varias horas. Las sombras seguían encharcadas en lo más profundo de la cueva, como húmedas aguas residuales.

Ike vio a un pequeño grupo sentado al estilo neanderthal alrededor de una pequeña estufa de gas azulado, en la que se fundía nieve y se preparaba el brebaje. La prueba más clara del milagro era que Owen se había desmoronado y había decidido compartir su reserva privada de café tostado. Una expedicionaria molía los granos a mano en una máquina de plástico, otra apretaba el filtro y otra molía un poco de canela que derramaba sobre cada vasito lleno. Realmente, todos cooperaban. A Ike, por primera vez en un mes, casi le gustaron.

—¿Estás bien? —preguntó Kora.

—¿Yo?

Le parecía extraño que alguien se interesara por su bienestar.

Como si tuviera necesidad de pensar nuevamente en ello, sospechó que Kora iba a dejarlo. Antes de emprender la marcha desde Katmandú, le había anunciado que aquel sería su último viaje para la empresa, y puesto que Himalayan High Journeys únicamente eran ella y él, aquello representaba un buen problema. Le habría importado bastante menos si ella hubiera decidido marcharse por otro hombre, a otro país, en busca de mejores beneficios o de mayores riesgos. Pero se marchaba por él. Ike le había roto el corazón por ser como era, un hombre lleno de sueños e ingenuidades infantiles. Alguien que deambulaba a la deriva por la corriente de la vida. Lo que al principio le había atraído de él, ahora la perturbaba: su estilo de vida de lobo solitario en lo alto de las montañas. Estaba convencida de que él no sabía nada de cómo funciona realmente la gente, como aquella estúpida idea de que la gente del grupo pudiera denunciarlos, aunque quizá tuviera algo de razón en ello. Ike confiaba en que, de algún modo, la expedición contribuyera a salvar el vacío

que los separaba, que la atrajera hacia la magia que tanto le impulsaba a él. Pero Kora se había ido cansando paulatinamente, a lo largo de los dos últimos años. Las tormentas y la bancarrota habían hecho que desapareciera la magia.

—He estado estudiando este mandala —dijo ella, indicando el círculo pintado pleno de líneas tortuosas. En la oscuridad, sus colores habían sido brillantes y vivos. A la luz, sin embargo, el dibujo era inescrutable—. He visto centenares de mandalas, pero a éste no consigo encontrarle ni pies ni cabeza. Todas esas líneas y retorcimientos sugieren caos. No obstante, parece tener un centro. —Miró hacia la momia, y luego a las notas de Ike—. ¿Y tú? ¿Llegas a alguna parte?

Había trazado el más antiguo de los esquemas, relacionando palabras y texto en bocadillos de dibujo con las diferentes posiciones del cuerpo, y vinculándolas con una serie de flechas y líneas.

Ike tomó un sorbo de café. ¿Por dónde empezar? La carne revelaba un laberinto, tanto por la forma de contar la historia, como por la propia historia contada. El hombre había escrito sus pruebas tal y como se le ocurrieron, efectuando al parecer añadiduras y revisiones, contradiciéndose él mismo, moviéndose entre sus verdades. Era como un naufrago que hubiese escrito su diario después de encontrar una pluma y que ya no pudiera introducir viejos detalles.

—Lo primero de todo es que se llamaba Isaac —empezó a decir.

—¿Isaac? —preguntó Darlene desde el grupo de quienes preparaban el café.

Habían dejado lo que estaban haciendo y le escuchaban. Ike trazó con el dedo una línea recta desde un pezón a otro. La declaración estaba clara, o al menos parcialmente clara. «Soy Isaac —decía, seguido por—: En mi exilio/en mi agonía de Luz.»

—¿Veis estas cifras? —preguntó Ike—. Imaginé que tenían que ser un número de serie y 10/03/23 podría ser su fecha de nacimiento, ¿correcto?

—¿Mil novecientos veintitrés? —preguntó alguien, con una sensación de decepción rayana en lo infantil.

Evidentemente, con setenta y cinco años de antigüedad no podía calificarse como verdaderamente antiguo.

—Lo siento —dijo él, antes de continuar—. ¿Veis esta otra fecha, aquí? —Apartó a un lado lo que quedaba del vello pubico—. Aquí dice «4/7/44», el día en que lo derribaron, supongo.

—¿Derribaron?

—O se estrelló.

—¿Qué estás diciendo?

Se mostraban desconcertados. Empezó de nuevo, pero esta vez contándoles la historia cuyos fragmentos estaba montando.

—Miradlo. En un tiempo fue un joven. Tenía veintiún años de edad en plena segunda guerra mundial. Se alistó o lo llamaron a filas. Ése es el tatuaje de la RAF. Lo enviaron a la India. Su tarea consistía en volar sobre la Joroba.

—¿La Joroba? —preguntó alguien.

Era Bernard, que incluía furiosamente los datos en su ordenador de bolsillo.

—Así la llamaban los pilotos que llevaban por vía aérea suministros a las bases situadas en el Tibet y China —explicó Ike—. La Joroba era la cadena del Himalaya. Por aquel entonces toda esta región formaba parte del frente oriental de los aliados. Era una ruta muy dura. De vez en cuando se estrellaba un avión y las tripulaciones raras veces sobrevivían.

—Un ángel caído —suspiró Owen.

No fue el único. A todos les apasionaba la historia.

—No sé cómo ha podido deducir todo eso de un par de sucesiones de números —dijo Bernard. Indicó con el bolígrafo el último conjunto de números señalado por Ike—. Dice que ésa es la fecha en que lo derribaron. ¿Y por qué no la fecha de su matrimonio, de su graduación en Oxford o de la pérdida de su virginidad? Lo que quiero decir es que este tipo no es un muchacho. Parece tener unos cuarenta años. Si quiere saber mi opinión, era miembro de alguna expedición científica o alpinista llevada a cabo en los dos últimos años. Seguramente no murió en el cuarenta y cuatro, a la edad de veintiún años.

—Estoy de acuerdo con eso —dijo Ike, y Bernard pareció desinflarse de inmediato—. Se refiere a un período de cautividad, a un largo trecho, a oscuridad, hambruna y trabajo duro. Habla de una «profundidad sagrada».

—¿Un prisionero de guerra? ¿De los japoneses?

—Eso no lo sé —contestó Ike.

—¿Quizá de los comunistas chinos?

—¿De los rusos? —aventuró alguien.

—De los nazis.

—De los barones de la droga.

—¡De los tibetanos!

Ninguna de aquellas suposiciones resultaba tan descabellada. Ya hacía tiempo que el Tibet se había convertido en un tablero de ajedrez sobre el que se desarrollaba el gran juego de las potencias.

—Le vimos comprobar algo en el mapa. Buscaba algo, ¿verdad?

—Los orígenes —asintió Ike—. Un punto de partida.

—¿Y?

Ike apartó con ambas manos el vello de uno de los muslos y dejó al descubierto otro conjunto de números.

—Éstas son las coordenadas del mapa.

—A juzgar por el lugar en que fue derribado, tiene mucho sentido —dijo Bernard, que ahora se le había acercado.

—¿Quiere decir que su avión podría estar en algún lugar cercano?

El monte Kailash estaba olvidado. La perspectiva de encontrar un avión estrellado los emocionaba a todos.

—No exactamente —dijo Ike.

—Dígalo ya, hombre. ¿Dónde lo derribaron?

Aquí era donde las cosas resultaban inverosímiles.

—Al este de aquí —contestó Ike con suavidad.

—¿Cuánto al este?

—Justo encima de Birmania.

—¡Birmania!

Bernard y Cleopatra se hicieron eco de la incredulidad. Los demás permanecieron mudos, perplejos en su propia ignorancia.

—En la cara norte de la cadena montañosa —dijo Ike—, ligeramente dentro del Tíbet.

—Pero eso está a más de mil quinientos kilómetros de distancia.

—Lo sé.

Ya era más de medianoche. Entre el café y la adrenalina, el sueño tardaría probablemente varias horas en aparecer. Ahora estaban sentados o de pie dentro de la cueva, mientras captaban la enormidad del viaje realizado por aquel personaje.

—¿Y cómo llegó hasta aquí?

—No lo sé.

—Creía haberle oído decir que era un prisionero.

—Algo así —asintió Ike con precaución.

—¿Algo?

—Bueno... —Se aclaró suavemente la garganta—. Fue algo así como un animal de compañía.

—¿Qué?

—No lo sé. Lo deduzco por una frase que utiliza, aquí: «un *cosset* favorito». Eso podría considerarse como una especie de ternero de compañía, ¿no?

—Ah, vamos, Ike. Si no lo sabe, no haga conjeturas...

Se encogió de hombros. A él también le parecía una deducción descabellada.

—En realidad, es un término francés —intervino una voz. Era Cleo, la bibliotecaria—. *Cosset* significa cordero, no ternero. Ike, sin embargo, tiene razón. Se refiere a un animal de compañía que ha sido querido y del que se ha disfrutado.

—¿Un cordero? —objetó alguien, como si Cleo, el muerto o ambos insultaran a la inteligencia conjunta de todos.

—Sí —contestó Cleo—. Cordero. Pero eso me importa menos que la otra palabra, «favorito». Es un término bastante provocativo, ¿no creen? —A juzgar por el silencio del grupo, era evidente que a nadie se le había ocurrido pensarlo—. ¿Esto? —les preguntó, casi tocando el cuerpo con sus dedos—. ¿Esto es favorito? ¿Favorito respecto de quién? Y, sobre todo, ¿favorito para quién? En cualquier caso, eso me sugiere la existencia de algún tipo de amo.

—Se lo está inventando —dijo una mujer.

Evidentemente, no querían que fuese cierto.

—Desearía que así fuese —dijo Cleo—. Pero también está esto.

Ike tuvo que entrecerrar los ojos ante la débil inscripción que ella señalaba. «*Corvée*», decía.

—¿Qué es eso?

—Más de lo mismo —contestó ella—. Trabajos forzados. Quizá fuera un prisionero de los japoneses. Esto se parece a lo ocurrido en el puente sobre el río Kwai, o algo así.

—Sólo que nunca oí decir que los japoneses les pusieran esas argollas a sus prisioneros en la nariz —observó Ike.

—La historia de la dominación es compleja.

—Sí, pero ¿esa argolla?

—En la historia de la humanidad se han cometido toda clase de actos inconcebibles.

—¿Como poner argollas de oro en la nariz? —insistió Ike, esta vez con mayor énfasis.

—¿Oro? —repitió la mujer, parpadeando mientras él dirigía el rayo de luz de su linterna hacia el apagado brillo.

—Usted misma lo dijo. Un cordero favorito. Y planteó la pregunta de para qué amo éste era su cordero favorito.

—¿Lo sabe usted?

—Digámoslo de otro modo. Él creía saberlo. ¿Ve esto? —preguntó Ike, al tiempo que empujaba una pierna helada, en cuyo cuádriceps izquierdo se leía una sola palabra, casi oculta. «Satán», leyó ella en voz baja—. Y hay más —añadió él haciendo girar suavemente la piel. «Existe», decía allí—. Y esto también forma parte de todo lo demás —terminó diciendo, mostrándoselo. Aparecía escrito sobre la carne como una oración o un poema. «Hueso de mis huesos/carne de mi carne»—. Es del Génesis, ¿verdad? El jardín del Edén.

Percibió que Kora se esforzaba por crear alguna clase de rechazo hacia el cadáver.

—Ese hombre estuvo prisionero —probó a decir—. Escribía sobre el diablo, pero en general. No significa nada. Odiaba a sus captores y los llamaba Satán. El peor nombre que conocía.

—Estás haciendo lo mismo que hizo él —dijo Ike—. Luchar contra la evidencia.

—No lo creo.

—Lo que le sucedió fue muy maligno. Pero él no lo odiaba.

—Pues claro que sí.

—Y, sin embargo, aquí hay algo más —añadió Ike.

—Yo no estoy tan segura —dijo Kora.

—Está entre las palabras. Me refiero al tono. ¿No lo percibes?

Kora lo percibió ahora, y lo dejó claro al fruncir el ceño, pero se negó a admitirlo. Su cautela era algo más que académica.

—Aquí no hay ninguna advertencia —dijo Ike—. En ninguna parte dice: «Cuidado», nada de «Alejarse».

—¿Qué quieres decir?

—¿No te parece extraño que cite algo de *Romeo y Julieta*, o que hable de Satán como Adán habló de Eva? —Kora parpadeó—. No se refería a la esclavitud.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó con un susurro.

—Se sentía agradecido.

—No comprendo de qué forma puede esto...

—Kora. —Ella lo miró. Una lágrima empezaba a formarse en uno de sus ojos—. Lo escribió por todo su cuerpo. —Ella negó con la *cabeza*—. Sabes que es cierto.

—No, no sé de qué me estás hablando.

—Sí, claro que lo sabes —afirmó Ike—. Estaba enamorado.

Surgió la angustia de los espacios cerrados.

La segunda mañana, Ike descubrió que la nieve había alcanzado fuera de la entrada de la cueva la altura de una canasta de baloncesto. El cadáver tatuado ya había perdido para entonces toda su novedad, y el grupo empezaba a ponerse nervioso por el aburrimiento. Una tras otra se fueron agotando las pilas de sus *walkmans*, privándoles de la música y las palabras de ángeles, dragones, tambores terrenales y cirujanos espirituales. Luego, la estufa de gas se quedó sin combustible, lo que significó que varios adictos experimentaran el mono de la falta de cafeína. Tampoco mejoraron las cosas cuando se terminó el papel higiénico.

Ike hizo lo que pudo. Era posiblemente el único muchacho de Wyoming que había estudiado flauta clásica y solía burlarse cuando su madre le aseguraba que algún día le vendría muy bien. Ahora vio que tenía razón. Disponía de una flauta dulce, y el sonido de las notas en aquella cueva era hermoso. Al terminar unos fragmentos de Mozart, todos aplaudieron, aunque luego se hundieron de nuevo en sus actitudes taciturnas.

Owen desapareció la mañana del tercer día. Ike no se sorprendió. No había visto ninguna expedición de montaña que consiguiera mantener el equilibrio en tormentas como ésta y sabía lo complejas que podían llegar a ser las reacciones. Lo más probable era que Owen se hubiese marchado para atraer precisamente esa misma clase de atención. Kora también lo creyó así.

—Está fingiendo —dijo ella.

Estaba acurrucada entre sus brazos, después de que hubieran unido las cremalleras de sus sacos de dormir. Ni siquiera las semanas de sudor habían disipado totalmente su olor a champú de coco. Siguiendo su recomendación, la mayoría de los expedicionarios también se acurrucaban para buscar calor, incluido Bernard. Owen era el que, aparentemente, se había quedado fuera, a solas.

—Tuvo que dirigirse hacia la entrada principal —dijo Ike—. Iré a echar un vistazo.

De mala gana, corrió la cremallera de los sacos de dormir y notó cómo el calor de su cuerpo se desvanecía bajo el aire helado.

Echó un vistazo por el interior de la cueva. Estaba todo a oscuras y helado. El cadáver desnudo, dominándolo todo desde lo alto, le hizo pensar en una cripta. Ahora, la sangre volvía a correr por sus pies, y a Ike no le gustó el cariz que tomaban las cosas. Era aún demasiado pronto como para tumbarse a morir.

—Iré contigo —le dijo Kora.

Tardaron tres minutos en llegar a la entrada.

—Ya no oigo el viento —dijo Kora—. Quizá haya amainado la tormenta.

La entrada estaba bloqueada por la nieve acumulada, que alcanzaba los tres metros de altura, incluida una maligna cornisa que se curvaba en la parte superior. No permitía la entrada de ninguna luz o sonido desde el mundo exterior.

—No me lo puedo creer —dijo Kora.

Ike introdujo las puntas de sus botas con los ramplones en la dura costra y ascendió hasta que su cabeza tocó el techo. Con una mano apartó la nieve a golpes de kárate y se las arregló para conseguir una estrecha vista. La luz exterior era grisácea y los vientos huracanados batían la superficie con el fragor de un tren de mercancías. Mientras observaba, la pequeña mirilla volvió a taponarse. Estaban atrapados.

Se deslizó hasta la base de la nieve. Por el momento, se olvidó del cliente que le faltaba.

—¿Y ahora qué? —preguntó Kora tras él.

La fe que ella tenía depositada en él era como un regalo que aceptó. Ella, ellos, necesitaban que fuese fuerte.

—De una cosa podemos estar seguros —comentó—. Nuestro desaparecido no se ha marchado por aquí. No hay escalones y, de todos modos, no habría podido salir a través de la nieve.

—Entonces, ¿adonde habrá podido ir?

—Es posible que exista alguna otra salida. —Tras una breve pausa, añadió con firmeza—: Es posible que la necesitemos.

Ya sospechaba la existencia de un túnel secundario. El piloto muerto de la RAF había escrito algo sobre renacer a partir de un «útero mineral» y de ascender hacia una «agonía de luz». Por un lado, Isaac podría haber descrito cualquier reentrada ascética en el mundo real, después de una prolongada meditación. Pero Ike empezaba a pensar que aquellas palabras eran algo más que una metáfora espiritual. Después de todo, Isaac había sido un soldado, entrenado para soportar privaciones. Todo lo que le rodeaba se hallaba relacionado con el mundo físico. En cualquier caso, deseaba creer que aquel hombre podía referirse a algún pasaje subterráneo. Si a través de él pudo escapar hasta llegar aquí, quizá ellos pudieran escapar a través de él para llegar allí, estuviera eso donde estuviese. Ya de regreso a la cámara central, reanimó al grupo.

—Eh, compañeras, nos vendría bien que echarais una mano —anunció. Se escuchó un gemido, procedente de un montón de goretex y relleno de fibra.

—No me diga que ahora tenemos que ir a salvarlo —se quejó alguien.

—Si ha encontrado una forma de salir de aquí —replicó Ike—, nos habrá salvado él. Pero antes tenemos que encontrarlo.

Se incorporaron a regañadientes. Se descorrieron las cremalleras de los sacos. A la luz de la lámpara, Ike observó bolsas de calor corporal que se elevaban en estallidos vaporosos, como almas. A partir de ahora, sería necesario mantenerlas a todas en pie. Las llevó hacia el fondo de la cueva. Había una docena de entradas que agujereaban las paredes de la cámara, aunque sólo dos de ellas tenían el tamaño de una persona. Con toda la autoridad que pudo acumular, Ike formó dos equipos: todas ellas juntas y él. Solo.

- De este modo podemos cubrir el doble de distancia —explicó.
- Nos va a dejar —exclamó Cleo desesperada—. Pretende salvarle él solo.
- No conoce usted a Ike —dijo Kora.
- No nos dejará, ¿verdad? —le preguntó Cleo.
- No las dejaré —contestó Ike mirándola con dureza.

El alivio que experimentaron se puso de manifiesto en forma de alargadas corrientes de vapor helado exhalado por ellas.

—Tienen que mantenerse todas juntas —les instruyó con expresión solemne—. Muévanse despacio. Procuren permanecer en todo momento al alcance de la luz de las linternas. No corran riesgos. No quiero ningún tobillo torcido que pueda dificultar la marcha. Si alguna se cansa y necesita sentarse un rato, que una compañera se quede con ella. ¿Alguna pregunta? ¿Ninguna? Bien. Ahora, sincronicemos nuestros relojes...

Entregó al grupo tres «velas» de plástico, unos tubos de sustancias químicas de quince centímetros que se podían activar con un giro. El resplandor verde que producían no iluminaba mucho espacio y sólo duraba de veinte a treinta minutos. Pero serviría como un faro para iluminar trechos de unos cientos de metros, como migajas de pan arrojadas sobre el lecho del bosque.

—Déjame que vaya contigo —le murmuró Kora, sorprendiéndole con su anhelo.

—De todas ellas eres la única en quien confío —dijo Ike—. Sigue tú por el túnel de la derecha. Yo seguiré por el de la izquierda. Volveremos a encontrarnos aquí dentro de una hora. —Se volvió, dispuesto a marcharse. Pero ellas no se movieron. Se dio cuenta entonces de que no sólo les estaban observando, sino que también esperaban su bendición—. Vayan con Dios —les dijo con brusquedad.

Luego, delante de todas, besó a Kora. Un beso intenso, amplio, capaz de cortar la respiración. Por un momento, Kora se lo devolvió, e Ike se dio cuenta de que las cosas volverían a arreglarse entre ambos, de que iban a encontrar un camino.

A Ike nunca le había gustado mucho la espeleología. Los recintos cerrados le producían claustrofobia. De todos modos, poseía intuición. En cierto modo, escalar una montaña era exactamente lo contrario de descender a una cueva. Una montaña ofrecía libertades que podían ser horribles y liberadoras, exactamente en las mismas dosis. Según su experiencia, las cuevas privaban de la libertad en las mismas proporciones. Su oscuridad y pura gravedad eran tiranas. Comprimían la propia imaginación y deformaban el espíritu. Y, sin embargo, tanto las montañas como las cuevas formaban parte de la práctica de la escalada. En el fondo, no existía diferencia alguna entre el ascenso y el descenso. Todo formaba parte del mismo circuito. Así pues, efectuó un rápido progreso. Cuando llevaba cinco minutos de descenso escuchó un, ruido y se detuvo.

—¿Owen?

Tenía todos los sentidos en estado de tensión, no sólo intensificados por la oscuridad y el silencio, sino también sometidos a un cambio sutil. Resultaba difícil expresar con palabras el limpio y seco olor del polvo emitido por montañas que

todavía se hallaban en proceso de desarrollo, el escamoso tacto del liquen que nunca había visto la luz del sol. No se podía confiar por completo en los efectos visuales. En las noches muy oscuras, sobre una montaña, se veía lo mismo que aquí: una visión del mundo a partir de lo que mostraba una linterna con un rayo ancho, truncado, parcial.

Una voz apagada llegó hasta él. Deseaba que fuese la de Owen, para dar por concluida la búsqueda y poder regresar junto a Kora. Pero, por lo visto, los túneles compartían una pared común. Ike acercó la cabeza a la piedra fría, pero no helada, y pudo escuchar la voz de Bernard llamando a Owen.

Más adelante, el túnel de Ike se convirtió en una ranura a la altura de sus hombros.

—¿Hola? —gritó hacia el interior de la ranura.

Por alguna razón, sintió que se le erizaba la parte animal de su alma. Era como hallarse ante la boca de un profundo callejón oscuro. No había nada fuera de lugar. Y, sin embargo, la misma naturaleza ordinaria de las paredes y la piedra vacía parecían sugerir amenaza.

Ike introdujo el rayo de luz por la ranura. Mientras estaba allí, mirando hacia las profundidades de una chimenea de fracturada piedra caliza, idéntica a la que había recorrido, no vio nada que pudiera inducir al temor. El aire, sin embargo, le pareció... inhumano. Los olores eran tan débiles y poco adulterados que rayaban en la ausencia de olor, en lo zen en la claridad del agua pura. Era algo casi refrescante. Pero fue precisamente eso lo que hizo que sintiera más temor.

El pasillo se extendía en una línea recta hasta perderse en la oscuridad. Comprobó su reloj; habían transcurrido treinta y dos minutos. Había llegado el momento de retroceder y reunirse con el grupo. Eso era lo dispuesto, una hora con trayecto de ida y vuelta. Pero entonces, en el extremo más alejado de su rayo de luz, algo relució.

Ike no pudo resistirse. Era como si allí hubiera una diminuta estrella caída. Y si se movía con rapidez, la comprobación no le llevaría más de un minuto. Encontró un punto donde apoyarse y se izó hacia el interior de la chimenea. La ranura era lo bastante grande como para pasar por ella, con los pies por delante. Al otro lado de la pared, nada cambiaba. Esta parte del túnel no parecía diferente de la otra. La luz captó el mismo titilar del brillo, en la lejana oscuridad.

Lentamente, descendió el rayo de luz hacia sus pies. Junto a una bota encontró otro reflejo idéntico al que veía relucir en la distancia. Despedía el mismo color débil.

Levantó la bota.

Era una moneda de oro.

Cuidadosamente, con la sangre latiendo en sus venas, Ike se agachó. Una lejana voz interior le advirtió que no la tomara. Pero no había forma de evitarlo...

La antigüedad de la moneda era sensual. Las palabras grabadas se habían desgastado hacía mucho tiempo, y la forma era asimétrica. Nada acuñado por una máquina. Únicamente se veía un busto vago y amorfo de algún rey o divinidad.

Ike dirigió la luz hacia el fondo del túnel. Al pasar junto a la siguiente moneda vio una tercera, parpadeante en la oscuridad. ¿Podría ser? El desnudo Isaac había huido de alguna preciosa reserva subterránea, dejando caer su fortuna robada a lo largo del camino.

Las monedas parpadeaban como ojos terroríficos. Por lo demás, la garganta de piedra se mostraba desnuda, demasiado brillante a corta distancia, demasiado oscura hacia el fondo. Demasiado limpiamente señalizada por una fortuna desparramada a lo largo del camino.

«¿Y si las monedas no se han caído? ¿Y si han sido colocadas deliberadamente, como un cebo?» El pensamiento le atravesó como un puñal.

Apoyó la espalda en la fría piedra. Las monedas eran una trampa. Tragó con dificultad e hizo un esfuerzo por pensar racionalmente.

La moneda estaba tan fría como el hielo. Rascó con la uña una capa de polvo glacial incrustado. Llevaba allí muchos años, incluso décadas o siglos. Cuanto más pensaba en ello, más aumentaba su sensación de horror.

La trampa no era nada personal. No pretendía atraerle a él, Ike Crockett, hacia las profundidades. Al contrario, esto no era más que un hecho azaroso. El tiempo no suponía algo que debía tener en cuenta. Ni siquiera la paciencia tenía nada que ver con ello. Tal como hacen algunos mendigos que revisan los cubos de basura, alguien trataba de congraciarse con el viajero ocasional. Se arroja un puñado de desechos y luego se espera a que alguien pique, y quizá no lo haga nadie. Pero ¿quién pasaba por allí? Eso era fácil de contestar: gente como él, monjes, comerciantes, almas perdidas. Pero ¿por qué intentar atraerlos? ¿Y hacia dónde?

Su analogía del cebo siguió desarrollándose. Esto tenía mucho menos que ver con revolver las basuras que con morder el anzuelo. El padre de Ike solía hacerlo en la sierra de Wind River para los téjanos que pagaban por sentarse en un escondite y «cazar» osos pardos y negros. Toda la gente de por allí lo hacía; era un procedimiento estándar, igual que con el ganado. Se dejaba un montón de basura, que se iba reponiendo, quizá a unos diez minutos a caballo de las cabañas, de modo que los osos se acostumbraran a ser alimentados con regularidad. Al acercarse la temporada, se empezaban a dejar los alimentos preferidos de los osos. Con la intención de transmitirles la sensación de que participaban, cuando llegaba la Pascua su padre les pedía a Ike y a su hermana que cedieran sus bollos rellenos. Cuando ya tenía cerca de diez años, su padre le pidió a Ike que le acompañara, y fue entonces cuando comprendió para qué utilizaba los dulces.

Las imágenes se sucedieron en cascada. El bollo relleno de un niño abandonado entre los bosques silenciosos. Osos muertos colgando a la luz otoñal, cuyas pieles caían pesadamente como por arte de magia allí donde los cuchillos trazaban las líneas. Y, por debajo de las trampas, cuerpos similares a hombres, tan pegajosos como nadadores.

«Fuera de aquí —pensó Ike—. Lárgate de aquí.» Sin atreverse a apartar la luz del interior de la montaña, Ike volvió a introducirse por la ranura, maldiciendo el ruido producido por su chaqueta, las rocas que se desplazaban bajo sus pies,

maldiciendo su avaricia. Escuchó ruidos que sabía que no existían. Se sobresaltaba con las sombras que él mismo arrojaba. El terror no le abandonaba, y sólo podía pensar en salir de allí.

Regresó a la cámara principal sin aliento, todavía con la piel de gallina. No debió de haber tardado más de quince minutos en regresar. Sin comprobar siquiera su reloj, supuso que no había empleado más de una hora en el trayecto de ida y vuelta.

La cámara estaba tan negra como la brea. Se encontraba solo. Se detuvo a escuchar, mientras los latidos de su corazón se serenaban, y no escuchó ni un sonido, ni un rumor. Observó la escritura fluorescente en el extremo más alejado de la cueva. Rodeaba el oscuro cadáver como una especie de encantadora serpiente exótica. Lanzó el rayo de luz a través de la cámara. La argolla de oro de la nariz relució. Y también algo más. Como si recobrara un pensamiento perdido, volvió nuevamente la luz hacia el rostro.

El hombre muerto sonreía.

Ike movió rápidamente la luz, acuchillando las sombras. Tenía que tratarse de un efecto óptico; o eso, o empezaba a fallarle la memoria. Recordaba una mueca tensa, nada parecido a esa sonrisa salvaje. Allí donde antes sólo había visto las puntas de unos pocos dientes, ahora una abierta muestra de alegría aparecía bajo su luz. «Piensa en serio, Crockett.»

Su mente no dejaba de conjeturar. ¿Y si el cebo era el cadáver? De repente, el texto adquirió una grotesca claridad. «Soy Isaac.» El hijo que se entregó como sacrificio, por amor al padre. «En el exilio. En mi agonía de Luz.» Pero ¿qué podía significar aquello?

Había participado en unos cuantos rescates difíciles y conocía los procedimientos... aunque aquí no pudieran aplicarse muchos procedimientos. Ike tomó el rollo de cuerda de nueve milímetros, se metió en un bolsillo las cuatro últimas pilas doble-A y luego miró a su alrededor. ¿Qué más? Dos barras de proteínas, una tobillera de velero, su botiquín. Tenía la impresión de que debía llevar más cosas. Pero la alacena estaba bastante vacía.

Justo antes de salir de la cámara principal, Ike la recorrió con la luz. Los sacos de dormir estaban desparramados por el suelo, como cocos vacíos. Entró en el túnel de la derecha. El pasaje serpenteaba hacia abajo, formando una pendiente uniforme, giraba a la izquierda y luego a la derecha, para hacerse luego más escarpado. Qué error había cometido al enviarlas, aunque fueran todas juntas. Ike casi no podía creer que hubiera sido capaz de arriesgar de aquella forma a su pequeño rebaño. En realidad, casi no se podía creer el riesgo que habían corrido. Pero, naturalmente, lo habían asumido. No sabían hacer otra cosa mejor.

—¡Hola! —gritó.

Su sensación de culpabilidad se intensificó a medida que avanzaba. ¿Era culpa suya que ellas hubiesen depositado su confianza en un pirata de la contracultura?

La marcha se hizo más lenta. Las paredes y el techo se hicieron cada vez más complicados, con alargadas lascas de roca. Si se tiraba de la pieza errónea, toda la

masa podía deslizarse y echársele encima. El estado de ánimo de Ike oscilaba entre la admiración y el resentimiento. Sus peregrinas eran valerosas. Sus peregrinas eran estúpidas. Y él corría peligro.

De no haber sido por Kora, habría encontrado suficientes razones para no continuar el descenso. Ella se transformó, en cierto sentido, en el chivo expiatorio de la cólera que sentía. Hubiera querido dar media vuelta y huir. Brotó de pronto el mismo presentimiento que le había paralizado en el otro túnel. Hasta sus huesos parecían dispuestos a rebelarse, una extremidad tras otra, una articulación tras otra. Hizo un esfuerzo por continuar el descenso. Finalmente, llegó ante un pozo que se hundía en las profundidades y se detuvo. Como si fuera una corriente invisible, una columna de aire helado se alzaba hasta alturas fuera del alcance de la luz de la linterna. Extendió la mano y la corriente fría cruzó por entre sus dedos.

Al borde mismo del precipicio, Ike bajó la mirada hacia los pies y encontró una de las velas químicas de quince centímetros. El resplandor verde era tan débil que casi se le había pasado por alto.

Levantó el tubo de plástico por un extremo y apagó la linterna, tratando de determinar cuánto tiempo había transcurrido desde que habían activado la mezcla química. Hacía más de tres horas y menos de seis. El tiempo se precipitaba, sin que él pudiera ejercer control alguno. Dejándose arrastrar por un impulso, olisqueó el plástico. Aunque imposible, parecía contener aún un resto de su perfume de coco.

—¡Kora! —aulló hacia el tubo de aire.

Allí donde los farallones perturbaban el flujo de aire resonó una diminuta sinfonía de silbidos y sirenas, de gritos de aves, como una música producida por la piedra. Ike se metió la vela en un bolsillo.

El aire olía a fresco, como en el exterior de una montaña. Se llenó los pulmones con él. Una amalgama de instintos entró en conflicto, produciéndole lo que sólo pudo calificar como angustia. En ese mismo instante deseó lo que nunca había echado de menos. Deseó el sol.

Recorrió con la luz las paredes del pozo, arriba y abajo, en busca de señales que le indicaran el camino seguido por su grupo. Aquí y allá detectó un posible agarradero, una repisa donde descansar, aunque nadie, ni siquiera Ike en su mejor forma, habría podido descender por el pozo y sobrevivir.

Las dificultades que presentaba el pozo excedían incluso la inclinación de su grupo a la fe ciega. Tenían que haber dado media vuelta y tomar otro camino. Ike retrocedió sobre sus pasos.

Cien metros más atrás encontró la desviación.

Había pasado justo ante la abertura al descender. Al regresar, el agujero se hizo completamente visible... sobre todo por el resplandor verde que rezumaba por su garganta sesgada. Tuvo que quitarse la mochila para pasar por la estrecha abertura. Al otro lado encontró la segunda de las velas químicas.

Al comparar las dos velas, de las que ésta era la más brillante, pudo determinar la cronología del grupo. En efecto, aquí estaba el desvío que habían seguido. Intentó

imaginar qué espíritu pionero había dirigido al grupo por este túnel lateral, sabiendo que sólo había podido ser una persona.

—Kora —susurró.

No daría a Owen por muerto, del mismo modo que tampoco lo habría dado él. Seguramente había sido ella la que había insistido en introducirse más y más profundamente en el sistema de túneles.

La desviación conducía a otras. Ike siguió el túnel lateral hasta una bifurcación y luego hasta otra y otra. El despliegue de aquella red le horrorizó. Sin quererlo, Kora las había conducido a todas, y ahora también a él, hacia las profundidades de un laberinto subterráneo.

—¡Esperad! —gritó.

Al principio, el grupo se había tomado la molestia de marcar los desvíos elegidos. Algunos de los ramales aparecían marcados con una simple flecha formada con rocas. Unos pocos mostraban la desviación de la derecha o la de la izquierda con una gran X trazada a golpes de roca sobre la pared. Pero las señales no tardaron en desaparecer. No cabía duda de que, envalentonado por su avance, el grupo había dejado de marcar el camino. Ike disponía ahora de muy pocas pistas, aparte de una huella negra en la roca o una piedra recién desprendida, en el sitio donde alguien se había sujetado.

Tratar de imaginar qué camino habían elegido contribuyó a devorar su tiempo. Ike comprobó su reloj. Indicaba más de la medianoche. Eso significaba que ya llevaba más de nueve horas tras la pista de Kora y de sus peregrinas pérdidas. Y eso significaba que estaban irremediablemente perdidos.

Le dolía la cabeza. Se sentía cansado. Ya hacía tiempo que había desaparecido la adrenalina. El aire ya no tenía el olor de las cumbres o de las corrientes de agua. Éste era un olor interior, correspondiente a los pulmones de la montaña; era el olor de la oscuridad. Se obligó a sí mismo a comer una barra de proteínas. No estaba seguro de saber encontrar el camino para salir de allí.

A pesar de todo, mantuvo su presencia de ánimo. Miles de detalles físicos llamaban su atención. Algunos los absorbió, pero la mayoría pasaron sencillamente inadvertidos. El truco consistía en ver con sencillez.

Llegó a un gran agujero, un enorme e inesperado vacío dentro de la montaña. El rayo de luz se marchitó en sus profundidades, dándole una idea de su tremenda altura.

A pesar del cansancio, se sintió impresionado. Grandes columnas de mantecosa piedra caliza parecían colgar del techo arqueado. Un enorme símbolo Om había sido tallado en una pared. Y docenas, quizá cientos de conjuntos de antiguas armaduras mongolas colgaban de cuerdas hechas de cuero basto, atadas a pomos y saledizos de roca. Aquello parecía un ejército completo de fantasmas. Un ejército vencido.

La piedra del color del trigo era magnífica bajo la luz de la linterna. Las armaduras se retorcían, impulsadas por una ligera brisa, y descomponían la luz en millones de puntos.

Ike admiró las pintas *thangka* sobre cuero blando, sujetas a las paredes. Levantó entonces el fleco de una esquina y resultó estar compuesto por dedos humanos. Lo soltó, horrorizado. El cuero procedía de pieles humanas despellejadas. Retrocedió aún más y contó los *thangkas*. Había por lo menos cincuenta. ¿Podrían haber pertenecido a una horda mongola?

Bajó la mirada. Sus botas habían pisado otro mandala, éste de unos siete metros de ancho, hecho de arena de colores. Había visto antes algunos en monasterios tibetanos, pero nunca uno tan grande como aquél. Lo mismo que el que había junto a Isaac, en la cámara de la cueva, contenía detalles que parecían menos arquitectónicos que orgánicos: gusanos, pensó. Las suyas no eran las únicas huellas que habían echado a perder parte de la obra de arte. Otras lo habían pisoteado también, y recientemente. Kora y su grupo habían pasado por allí.

En la siguiente encrucijada, no detectó ninguna señal. Ike se hallaba ante una serie de túneles que se bifurcaban, y desde alguna parte de su infancia, recordó la respuesta a todos los laberintos: la lógica. Ve a la izquierda o a la derecha, pero sigue siempre fiel a la decisión inicial. Estando como estaba en el Tibet, la tierra de la circunvalación en el sentido de las agujas del reloj alrededor de los templos sagrados y las montañas... eligió la izquierda. Fue la decisión correcta. Encontró a la primera excursionista diez minutos más tarde.

Ike había entrado en un estrato de piedra caliza tan pura y brillante que prácticamente se tragaba las sombras. Las paredes se curvaban sin formar ángulos. No se veían grietas ni rebordes en la roca, sino sólo rugosidades y ondulaciones suaves. Nada se interponía a la luz, nada arrojaba oscuridad. El resultado era una luz sin adulterar. Allí donde dirigía el rayo de luz de su linterna, se veía rodeado por una irradiación del color de la leche.

Cleopatra estaba allí. Bordeó una pared y su luz se unió a la de ella. Estaba sentada, en la posición del loto, en el centro del luminoso pasaje. Con diez monedas de oro extendidas ante ella, parecía una mendiga.

—¿Está herida? —le preguntó Ike.

—Sólo el tobillo —contestó Cleo con una sonrisa.

Sus ojos poseían aquel brillo santo al que todas aspiraban, compuesto en parte de sabiduría y de alma. Pero Ike no se dejó engañar.

—Sigamos —ordenó.

—Vaya usted delante —le dijo Cleo con su voz de ángel—. Yo me quedaré aquí un poco más.

Algunas personas son capaces de llevar bien la soledad. La mayoría creen poder hacerlo. Ike había visto a sus víctimas en las montañas y monasterios y, en una ocasión, en la cárcel. A veces era el aislamiento lo que podía con ellos. Otras veces era el frío, el hambre o incluso la meditación propia de aficionados. En el caso de Cleo era un poco de todo lo anterior.

Ike comprobó su reloj. Eran las tres de la madrugada.

—¿Qué ha ocurrido con las demás? ¿Adonde fueron?

—No mucho más lejos —contestó ella. Ésa era la buena noticia. La mala la comprendió cuando añadió—: Fueron a buscarle a usted.

—¿A buscarme a mí?

—No hacía más que pedir auxilio. No íbamos a dejarle solo.

—Pero si yo no he pedido auxilio a nadie.

—Ah, todos para uno —le aseguró ella, dándole unos golpecitos en la pierna.

—¿Dónde ha encontrado estas monedas? —preguntó Ike mientras tomaba una.

—Por todas partes. Cuanto más profundamente descendíamos, más monedas. ¿No es maravilloso?

—Voy a buscar a las otras. Luego regresaremos todos a por usted —dijo Ike. Cambió las pilas de la linterna mientras hablaban, sustituyendo las que ya habían empezado a agotarse por las últimas nuevas que le quedaban—. Prométame que no se moverá de aquí.

—Me gusta mucho estar aquí.

Dejó a Cleo sumida en un mar de radiación de color alabastro.

El tubo de piedra caliza aceleró su descenso a las profundidades. El declive era uniforme y se podía caminar sin complicaciones. Ike echó a correr, seguro de poder alcanzarlas. El aire adquirió un olor cobrizo sin nombre y, sin embargo, lejanamente familiar. No mucho más lejos, le había dicho Cleo.

Los regueros de sangre se iniciaron a las tres cuarenta y siete...

Como aparecieron primero en forma de varias docenas de huellas de manos de color carmesí sobre la piedra blanca, y como la piedra era tan porosa que prácticamente chupaba todo el líquido, Ike los tomó erróneamente por arte primitivo. Debería haberlo imaginado.

Aminoró el paso. El efecto era encantador en este juguetón deambular al azar. Le gustó su imagen: un hombre de las cavernas totalmente despreocupado.

Luego, uno de sus pies dio sobre un charco, todavía no absorbido por completo por la piedra. El líquido oscuro salpicó. Se desparramó en regueros brillantes sobre la pared, rojo sobre blanco. Se dio cuenta de que era sangre.

—¡Dios! —grito, y saltó a un lado para evitarla.

Cayó primero sobre las puntas de los pies y luego sobre la suela ensangrentada, resbaló y se giró de lado. El impulso le hizo caer de bruces contra la pared y luego lo envió dando tumbos alrededor del recodo.

La linterna se le escapó de la mano. La luz parpadeó y se apagó. Se detuvo pegado a la piedra fría.

Era como si lo hubiesen golpeado con un palo hasta dejarlo inconsciente. La negrura detenía todo control, todo movimiento, todo lugar en el mundo. Ike dejó incluso de respirar. Por mucho que quisiera ocultarse de la conciencia, estaba perfectamente despierto.

De repente, la idea de permanecer allí quieto, inmóvil, le resultó insoportable. Rodó para alejarse de la pared y dejó que la gravedad lo guiara sobre sus manos y rodillas. Tanteó con las manos en busca de la linterna, trazando círculos cada vez más amplios, desgarrado entre el asco y el terror que le producían los viscosos cuajarones

extendidos sobre el suelo. Podía hasta saborear aquella materia, fría sobre sus dientes. Apretó los labios con fuerza, pero el olor era como de un animal de caza y allí no había ninguno, sino sólo su gente. Fue un pensamiento monstruoso.

Finalmente se topó con la linterna por el hilo conector, se balanceó sobre los talones y tanteó buscando el interruptor. Se produjo un sonido, distante o cercano, no supo decirlo.

—¿Eh? —gritó desafiante. Se detuvo, escuchó y no oyó nada.

Tratando de controlar su propio pánico, Ike encendió el interruptor, lo apagó y lo volvió a encender. Aquello era como tratar de encender una hoguera sabiéndose rodeado de lobos. El sonido de nuevo. Esta vez sí que lo captó. ¿Eran uñas que arañaban la roca? ¿Serían ratas? El olor de la sangre se intensificó. ¿Qué estaba ocurriendo?

Murmuró una maldición por la linterna estropeada. Con las yemas de los dedos, repasó la lente, buscando grietas. La sacudió con suavidad, temiendo escuchar el tintineo de una bombilla rota. No escuchó nada.

«Estaba ciego, pero ahora veo...» Las palabras penetraron en su conciencia y no supo si eran una canción o su recuerdo de ella. El sonido se escuchó ahora con mayor claridad. «Tu gracia enseñó a mi corazón a temer.» Le llegó desde muy lejos, como la lozana voz de una mujer cantando «Gracia admirable». Algo en la contracción de las sílabas sugería más un himno religioso que patriótico. Como una última resistencia.

Era la voz de Kora. A él nunca le había cantado. Pero era indudablemente ella la que, por lo visto, cantaba para todas las demás.

Su presencia de ánimo, incluso en aquellas profundidades, le fortaleció.

—¡Kora! —gritó.

De rodillas, con los ojos muy abiertos, rodeado por la más intensa oscuridad, Ike se impuso disciplina. Si no era ni el interruptor ni la bombilla, probó con el hilo. Lo tanteó y comprobó que estaba tenso en las terminales, sin cortes. Abrió el receptáculo de las baterías, se limpió los dedos y extrajo cuidadosamente cada delgada batería, contándolas con un susurro: «Una, dos, tres, cuatro». Luego, una por una, limpió las puntas de contacto frotándolas contra su camiseta, limpió después el contacto del receptáculo y volvió a colocar las baterías. Cabeza arriba, cabeza abajo, arriba, abajo. Las cosas tenían un orden, y él se limitaba a obedecerlo.

Volvió a colocar la tapa del receptáculo y tiró suavemente del hilo, dándole después una ligera palmada a la linterna. Finalmente, apretó el interruptor.

Nada.

El ruido de los arañazos se hizo más fuerte. Parecía estar cada vez más cerca. Hubiera querido salir disparado de allí, seguir cualquier dirección, a cualquier precio, simplemente huir.

—Aguenta —se ordenó a sí mismo.

Lo dijo en voz alta. Era algo así como un mantra propio, como algo que se decía a sí mismo cuando las paredes rocosas se hacían demasiado escarpadas, los puntos de apoyo demasiado tenues o las tormentas excesivamente furiosas. Aguantar, resistir, no rendirse.

Ike apretó los dientes. Se esforzó por aquietar el movimiento de sus pulmones. Quitó de nuevo las pilas. Esta vez las sustituyó por el juego de pilas casi agotadas que guardaba en el bolsillo. Apretó el interruptor.

Luz. Una luz dulce.

Casi respiró en ella.

Se encontraba en un matadero de piedra blanca.

La imagen de la carnicería sólo duró un instante. Luego, la luz parpadeó y se apagó.

—¡No! —gritó en la oscuridad, y sacudió la linterna.

La poca luz que quedaba se encendió de nuevo. La bombilla brillaba con una tonalidad anaranjada oxidada y se fue debilitando hasta que, repentinamente, se hizo comparativamente más brillante. Tenía menos de una cuarta parte de su potencia habitual. Pero fue más que suficiente. Ike apartó la mirada de la pequeña bombilla y se atrevió a mirar una vez más a su alrededor.

El pasaje era un verdadero horror.

Ike se incorporó en su pequeño círculo de luz mortecina. Se movió con mucho cuidado. Por todas partes, sobre la pared, había rayas carmesíes, como franjas de cebra. Los cuerpos estaban dispuestos en fila.

No se pasan años en Asia sin haber visto una buena dosis de muertos. Ike había estado en muchas ocasiones junto a las piras funerarias de Pashaputanath, observando las hogueras que consumían la carne, separándola del hueso. Y en estos tiempos nadie escalaba la pared sur del Everest sin pasar ante algún soñador sudafricano, o la cara norte sin ver a un caballero francés sentado en silencio junto al sendero, a más de ocho mil metros de altura. También estuvo presente en aquella ocasión en que el ejército del rey abrió fuego contra los socialdemócratas que se lanzaron a la revuelta en las calles de Katmandú e Ike tuvo que acudir al Hospital Bir para identificar el cuerpo de un cámara de la BBC y observó los cadáveres alineados apresuradamente a un lado, sobre el suelo de azulejos. Esto le hizo pensar en todo aquello.

El silencio de los pájaros volvió a surgir en él. Y recordó que, durante varios días después, los perros habían vagado cojeando entre los trozos de cristal roto de las ventanas. Y, sobre todo, vino a su memoria cómo se va desnudando un cuerpo humano cuando se lo arrastra.

Su gente estaba tendida delante de él. En vida las había considerado a todas unas estúpidas. En la muerte, medio desnudas, ofrecían un aspecto patético. No estúpida, sino terriblemente patético. El olor de los intestinos abiertos y de la carne descarnada fue casi suficiente para hacerle sentir pánico.

Sus heridas... Al principio, Ike no pudo ver sin mirar más allá de sus horribles heridas. Centró la atención en su desnudez. Se sintió avergonzado por aquellas pobres mujeres y por él mismo. Parecía algo pecaminoso observar su amasijo de vello pubico, firmes muslos, senos y estómagos expuestos al azar, sin que ya nada pudiera contenerlos. En su conmoción, Ike estaba sobre ellos, y los detalles se acumularon: aquí el débil tatuaje de una rosa, allí la cicatriz dejada por una cesárea, las huellas de

operaciones quirúrgicas y accidentes, los bordes del bronceado de un bikini adquiridos en una playa mexicana. Parte de todo aquello estaba destinado a quedar oculto, incluso ante los amantes; otras partes podían ser reveladas. Pero en ningún momento hubo intención de que se vieran de este modo.

Ike hizo un esfuerzo por reponerse. Había cinco, uno de ellos el varón, Bernard. Empezó a identificar a las mujeres, pero, con una sensación repentina de fatiga, se dio cuenta de que había olvidado los nombres de todas ellas. Por el momento, sólo había una que le importara, y no estaba allí.

Los extremos rotos de los huesos, muy blancos, sobresalían de cuchilladas que parecían abiertas por cortacéspedes. Las cavidades corporales se abrían, vacías. Algunos dedos estaban encorvados, mientras que otros faltaban desde la raíz. ¿Arrancados a mordiscos? La cabeza de una de las mujeres había sido aplastada hasta convertirse en un amasijo grueso, parecido a una sartén. Hasta el pelo parecía perderse entre la masa encefálica, pero el pubis era rubio. Gracias a Dios, aquella pobre criatura no era Kora.

Se inició esa tremenda familiaridad que se establece pronto con las víctimas. Ike se llevó una mano a la frente, para tratar de aliviar el dolor que sentía en los ojos. Luego empezó de nuevo. La luz empezaba a fallar. La matanza no tenía explicación. Lo mismo que les había ocurrido a ellas podía sucederle a él.

—Aguanta, Crockett —se ordenó.

Lo primero era lo primero. Contó con los dedos: aquí había seis, y Cleo estaba en algún lugar del túnel, más arriba; Kora estaba en alguna otra parte. Eso sólo dejaba a Owen aún desaparecido.

Ike se movió entre los cuerpos, buscando pistas. Tenía poca experiencia en lesiones tan salvajes, pero pudo darse cuenta de algunas cosas. A juzgar por los rastros de sangre, todo parecía indicar que se había producido una emboscada. Y todo se había hecho sin utilizar ningún arma de fuego. No había agujeros producidos por balas. También debía descartar el uso de cuchillos corrientes. Las laceraciones eran demasiado profundas y estaban conjuntadas de forma extraña, a veces sobre la parte superior del cuerpo, a veces en la parte posterior de las piernas. A Ike sólo se le ocurrió pensar en un grupo de hombres armados con machetes. Parecía más un ataque a cargo de animales salvajes, sobre todo por la forma en que un muslo aparecía despojado hasta el hueso.

Pero ¿qué animales podían vivir a tantos kilómetros en el interior de una montaña? ¿Qué animal era capaz de colocar a sus presas formando una hilera ordenada? ¿Qué animal mostraba esta clase de salvajismo y luego de orden? ¿Cómo era posible tal frenesí y luego tanta minuciosidad? Aquellos extremos eran propios de una conducta psicótica. Todo era demasiado humano.

Quizá un solo hombre hubiera podido hacer todo eso, pero ¿había sido Owen? Era más pequeño que la mayoría de esas mujeres. Y más lento. Y, sin embargo, esa pobre gente había sido sorprendida y mutilada a pocos metros de distancia unos de otros. Ike trató de ponerse en el lugar del asesino, de concebir la velocidad y la fortaleza necesarias para cometer aquel acto.

Había más detalles misteriosos. Sólo entonces se dio cuenta de las monedas de oro desparramadas como confetis alrededor de los cuerpos. Parecía casi como un pago, como un intercambio por el robo de «su» riqueza, pues a las muertas se les habían arrebatado anillos, brazaletes, collares y relojes. Todo había desaparecido. Las muñecas, los dedos y las gargantas estaban al desnudo. Los pendientes habían sido arrancados de los lóbulos. El anillo que Bernard llevaba en una ceja, también había sido arrancado.

Aquellas joyas no eran más que baratijas, cristales y bisutería barata. Ike les había dado instrucciones concretas de que dejaran sus objetos más valiosos en Estados Unidos o en la caja fuerte del hotel. A pesar de eso, alguien se había tomado la molestia de arrancárselas. Y luego parecía haber pagado con monedas de oro que valían mil veces más que lo arrebatado.

No tenía sentido. Todavía tenía menos sentido permanecer allí y tratar de encontrarle sentido a aquella aberración. Normalmente, no era la clase de hombre incapaz de pensar en lo que tenía que hacer, razón por la que su confusión resultaba ahora mucho más intensa. Su código le decía: «Quédate», como el capitán de un barco. «Quédate para dilucidar el crimen y regresar, si no con tus clientes, sí al menos con una explicación completa de su destino.» La economía del temor le decía: «Huye. Salva la vida que aún puedas salvar». Pero correr ¿hacia dónde? ¿Y para salvar qué vida? Esa era la angustiosa decisión. Cleopatra esperaba en una dirección, en su posición del loto, rodeada por su luz blanca. Kora esperaba en la otra, aunque eso quizá no fuera tan seguro. Pero ¿acaso no había escuchado su canción?

La luz de su linterna se redujo hasta adquirir una tonalidad marronácea. Ike realizó un esfuerzo para registrar los bolsillos de sus clientas muertas. Seguramente, alguna tendría pilas, alguna otra linterna, algo de alimento. Pero los bolsillos habían sido acuchillados y vaciados. El frenesí de todo aquello le impresionó. ¿Por qué acuchillar los bolsillos e incluso la carne que había por debajo de ellos? Eso no era ningún robo corriente. Se esforzó por dejar de lanzar maldiciones y trató de sintetizar lo ocurrido: un delito impulsado por la exasperación, a juzgar por las mutilaciones y, sin embargo, también por la codicia, a juzgar por los robos. Una vez más, aquello no tenía el menor sentido.

La luz parpadeó y la oscuridad lo envolvió todo. Volvió a escuchar entonces aquel sonido, como de arañosos, sobre la roca. Esta vez no cabía duda. Se aproximaba por el pasaje superior. Y, esta vez, la voz de Kora también formaba parte de la mezcla.

Sonaba como extasiada, muy cercana al orgasmo. O como la de su hermana en el instante en que dio a luz a su hija, cuando ésta salió de su útero. Era eso, admitió Ike, o bien un sonido de agonía tan profunda que rayaba en lo prohibido, como si fuera el gemido o la petición de un animal o lo que fuese, que suplicara terminar de una vez.

Estuvo a punto de llamarla. Pero aquel otro sonido le indujo a guardar silencio. El escalador que había en él lo registró como las uñas de alguien que se esforzaba por continuar, pero la carne desgarrada que yacía en la oscuridad, a su alrededor, le

evocó ahora la existencia de garras. Se resistió a la lógica, pero luego se apresuró a asumirla. Está bien, garras. Una bestia. Un yeti. Eso era. ¿Y ahora qué?

El terrible melodrama de la bella y la bestia surgió en su mente.

¿Luchar o huir?, se preguntó Ike a sí mismo.

Ninguna de las dos cosas. Porque ambas eran inútiles. Hizo lo que tenía que hacer, y aplicó el truco del superviviente. Se ocultó a la vista. Como si se tratara de un montañero que se introducía en un útero de cálida carne de búfalo, Ike se tumbó entre los cuerpos del frío suelo y arrastró a los muertos hasta situarlos sobre él.

Fue un acto tan atroz que casi le pareció pecaminoso. Al permanecer allí tumbado, entre los cadáveres, sumido en la más completa oscuridad, al extender un suave muslo desnudo, cruzándolo de través sobre el suyo y arrastrar un brazo frío sobre su pecho, Ike sintió sobre sí el peso de la condena. Al ocultarse como un muerto, se desprendió de parte de su alma. Totalmente cuerdo, abandonó todos los atributos de su vida con tal de preservarla. El único anclaje con la convicción de que todo aquello le sucedía en realidad era que no podía creer que le estuviese ocurriendo a él.

—Santo Dios —susurró.

Los sonidos se hicieron más fuertes.

Sólo cabía tomar una última decisión: mantener los ojos abiertos o cerrados ante cosas que, de todos modos, no podía ver. Prefirió cerrarlos.

El olor de Kora le llegó, llevado por la brisa subterránea. Escuchó su gemido.

Ike contuvo la respiración. Nunca había tenido tanto miedo como ahora y su cobardía constituía toda una revelación.

Ellos, Kora y su capturador, doblaron una esquina. La respiración de ella era torturante. Agonizaba. Su dolor era épico, más allá de las palabras.

Ike notó que las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Lloraba por ella, por su dolor, pero también por su valor perdido. Permanecer allí tumbado y no prestar ningún auxilio. No era diferente a aquellos escaladores que en una ocasión lo habían dado por muerto, abandonándolo en una montaña. Mientras aspiraba y espiraba en diminutas boqueadas y escuchaba el martilleo de su corazón, sintió que la muerte lo rodeaba con su abrazo, que la abandonaba a ella para salvarse a sí mismo. Momento a momento, la abandonaba a su suerte. Condenado, estaba condenado.

Ike parpadeó para hacer correr las lágrimas, que despreció, sintiéndose envilecido por su autoconmiseración. Luego abrió los ojos para asumir las cosas como un hombre. Y casi se ahogó ante la sorpresa.

La negrura era completa, pero ya no infinita. Había palabras escritas en la oscuridad. Había serpientes fluorescentes y enroscadas, y se movían.

Era él.

Isaac había resucitado.

2

ALI

*¿Has estado alguna vez junto al mar, bajo una densa niebla,
cuando parece como si una blanca oscuridad tangible te envolviera y el
gran barco, tenso y ansioso, se abriera camino hacia la costa, y
esperaras, con el corazón latiendo con fuerza, a que sucediera algo?*
HELEN KELLER, *La historia de mi vida*.

Norte de Askam, desierto del Kalahari, África del Sur 1997

—¿Madre?

La voz de la muchacha entró suavemente en la cabaña de Ali.

Así era como debían de cantar los fantasmas, pensó Ali al escuchar la canción bantú, la melodía en busca de melodía. Ella levantó la mirada de la maleta.

En la puerta estaba una muchacha zulú con el rostro inerte: los ojos muy abiertos, fruto de la lepra en estado avanzado, comidos los labios, los párpados y la nariz.

—Kokie —dijo Ali.

Kokie Madiba. Catorce años de edad. La llamaban bruja.

Por encima del hombro de la muchacha, Ali se vio a sí misma y a Kokie, reflejadas en un pequeño espejo de la pared. El contraste no la complació. Ali se había dejado crecer el pelo durante el último año. Junto a la destruida carne negra de la muchacha, su cabello dorado parecía como el trigo de la cosecha junto a un campo sobre el que se hubiera extendido sal. Su belleza era obscena para ella. Ali se movió hacia un lado para hacer desaparecer su propia imagen del espejo. Durante un rato, había intentado incluso arrancar el pequeño espejo de la pared. Finalmente, lo dejó colgado del clavo, desesperada al darse cuenta de que la abnegación podía ser más vana que la propia vanidad.

—Ya hemos hablado de eso muchas veces —le dijo—. Yo soy hermana, no madre.

—Hemos hablado de esto, sí —asintió la huérfana—. Hermana, madre.

Algunos de ellos estaban convencidos de que ella era una santa, o una reina. O quizá una bruja. El concepto de una mujer soltera y mucho menos el de una monja era algo muy extraño aquí, en la sabana. Por una vez, la excentricidad le había

sentado muy bien. Tras decidir que ella tenía que marchar al exilio, como todas ellas, la colonia la había aceptado.

—¿Querías algo, Kokie?

—Te traigo esto. —La muchacha le tendió un collar con una pequeña bolsa colgante, bordada con abalorios. El cuero parecía fresco, recién curtido, todavía con pequeños pelos. Evidentemente, se habían dado prisa para terminarlo a tiempo y entregárselo—. Llévalo puesto. El mal se alejará de ti.

Ali lo tomo de la polvorienta mano de Kokie y admiró los dibujos geométricos formados por los abalorios rojos, blancos y verdes.

—Toma —le dijo, devolviéndoselo a Kokie—, pónmelo tú.

Ali se inclinó y se levantó el pelo para que la joven leprosa pudiera colocarle el collar. Imitó la solemnidad de Kokie. No se trataba de una baratija para turistas, sino que formaba parte de las convicciones de Kokie. Si alguien sabía algo sobre el mal, tenía que ser esa pobre niña.

Con la extensión del caos tras el *apartheid* y del sida, que habían llevado al sur zimbabwenses y mozambiqueños, importados para trabajar en las minas de oro y diamantes, se había desatado una verdadera histeria entre los indígenas. Surgieron de nuevo viejas supersticiones. Ya no era noticia que de los depósitos de cadáveres se robaran órganos sexuales, dedos y orejas y hasta puñados de grasa humana que se utilizaban para hacer fetiches, o que los cadáveres permanecieran sin enterrar porque los miembros de la familia estaban convencidos de que los cuerpos resucitarían.

Pero lo peor de todo era la caza de brujas. La gente decía que el mal brotaba de la tierra. En lo que a Ali se refería, la gente venía diciendo aquellas cosas desde el principio de los tiempos. Cada generación tenía sus propios terrores. Estaba convencida de que éste lo habían iniciado los mineros de las minas de diamantes, que trataban de desviar el odio de la gente contra ellos. Hablaban de haber llegado a profundidades de la tierra donde acechaban extraños seres. El populacho había transformado aquellas tonterías en una campaña contra las brujas. Por todo el país, cientos de personas inocentes fueron ahorcadas, matadas a machetazos o lapidadas por multitudes supersticiosas.

—¿Te has tomado la pastilla de vitaminas? —le preguntó Ali.

—Oh, sí.

—¿Y seguirás tomándola después de que me marche?

La mirada de Kokie descendió hasta el suelo de tierra apisonada. La partida de Ali suponía un dolor terrible para ella. Una vez más, Ali casi no podía creer lo rápidamente que sucedían las cosas. Hacía apenas dos días que había recibido la carta en la que se le informaba del traslado.

—Las vitaminas son importantes para el bebé, Kokie.

La muchacha leprosa se llevó una mano al vientre.

—Sí, el bebé —susurró gozosa—. Cada día. Sale sol. Tomo vitamina.

A Ali le encantaba esta muchacha, pues el misterio de Dios era muy profundo en la crueldad con la que la trataba. Kokie había intentado suicidarse dos veces y Ali

la salvó en ambas ocasiones. Los intentos de suicidio se interrumpieron ocho meses atrás. Fue entonces cuando Kokie supo que estaba embarazada.

A Ali aún le sorprendía que el sonido de los amantes llegara hasta ella por la noche. Las lecciones eran simples y, sin embargo, profundas. Estos leprosos no eran horribles a la vista de otros como ellos. Se sentían bendecidos, hermosos y hasta vestidos con su pobre carne.

Con la nueva vida creciendo en su interior, los huesos de Kokie habían adquirido algo de carne. Empezó a hablar de nuevo. Por las mañanas, Ali la oía murmurar canciones en un dialecto híbrido de siswati y zulú, más hermoso que el canto de los pájaros.

La propia Ali se sentía renacida. Se preguntaba si quizá no sería ésa la razón por la que había terminado por ir a África. Era como si Dios le hablara a través de Kokie y de todos los demás leprosos y refugiados. Llevaba varios meses a la espera del nacimiento del hijo de Kokie. Durante un raro viaje que hizo a Johannesburg, compró con su propio dinero vitaminas para Kokie y tomó prestados varios libros para comadronas. Un hospital para Kokie quedaba totalmente descartado, y Ali quería estar preparada.

Últimamente, hasta empezó a soñar con ello. El parto sería en una cabaña con un techo de hojalata rodeada por arbustos espinosos, quizá en esta misma choza, en esta misma cama. En sus manos se depositaría un saludable niño que eliminaría las corrupciones y las penas del mundo. En un solo acto, triunfaría la inocencia.

Pero los pensamientos de Ali eran mucho más amargos esta mañana. «Nunca veré al hijo de esta niña.»

Ali había recibido la orden de traslado. Se veía nuevamente arrojada al viento. Una vez más. No importaba que no hubiese terminado aquí, que hasta hubiera empezado a sentirse más cerca de la verdad. Bastardos. Eso lo decidían los varones, en el obispado.

Ali plegó una blusa blanca y la guardó en la maleta. «Perdóname por mi francés, oh, Señor.» Pero empezaban a hacer que se sintiera como una carta sin dirección.

Esta maleta Samsonite azul, cubierta de polvo, había sido su única y fiel compañera desde el momento en que se ordenó. Primero la enviaron a Baltimore, donde trabajó en el gueto, luego a Taos para un breve retiro monástico, después a la Universidad de Columbia para preparar aceleradamente su tesis. A continuación fue a Winnipeg, para realizar más trabajos filantrópicos en la calle. Luego vino un año de posdoctorado en los archivos secretos del Vaticano, «la memoria de la Iglesia». Siguió lo mejor de todo, nueve meses en Europa como agregada, una *addetti di nunziatura*, para ayudar a la delegación diplomática pontificia en las conversaciones sobre la no proliferación nuclear de la OTAN. Todo un progreso para una joven campesina de veintisiete años procedente del oeste de Texas. La eligieron tanto por su prolongada relación con Cordelia January, senadora de Estados Unidos, como por su formación lingüística. La habían utilizado como un peón, naturalmente. «Acostúmbrate —le

había aconsejado January una noche—. Vas a ir a sitios diferentes.» De eso sí que podía estar bien segura, pensó ahora Ali mirando a su alrededor.

Evidentemente, la Iglesia cuidaba de su preparación, de su formación, según decían, aunque no sabría decir exactamente para qué. Hasta hacía apenas un año, su curriculum no hacía sino mostrar un ascenso continuo. El cielo era azul justo hasta su caída en desgracia. Bruscamente, sin explicación alguna, sin ofrecerle una segunda oportunidad, la habían enviado a esta colonia de refugiados instalada en las selvas de San, el país de los bosquimanos. Desde las deslumbrantes capitales de la civilización occidental, se vio trasladada directamente a la Edad de Piedra; le dieron una patada para enviarla al fin del mundo, para tranquilizar sus ánimos en el desierto de Kalahari, con una supuesta misión.

Siendo como era, sacó el mayor provecho posible de la experiencia. Había sido un año terrible, cierto. Pero ella era dura. Lo había afrontado. Se adaptó y hasta prosperó. Había empezado incluso a descubrir el folclore de una tribu «más antigua», de la que se decía que se ocultaba en el territorio.

Al principio, como todos los demás, Ali desdeñó la idea de que pudiera existir una tribu neolítica todavía no descubierta casi a las puertas del siglo XXI. La región era salvaje, cierto, pero en estos tiempos la cruzaban todo tipo de comerciantes, camioneros, avionetas y científicos de campo... gentes que habrían estado atentas a las pruebas de las que ella disponía ahora. Hasta tres meses antes Ali no había empezado a tomarse en serio los rumores de los nativos.

Lo que más entusiasmo había despertado en ella era que aquella tribu parecía existir, y que las pruebas fueran fundamentalmente lingüísticas. Allí donde se ocultaba aquella extraña tribu, parecía brotar un protolenguaje en la misma selva. Y ella se acercaba día tras día a su descubrimiento.

La caza tenía que ver fundamentalmente con el lenguaje khoisan o clic hablado por los san. No se hacía ilusiones acerca del dominio del lenguaje, sobre todo del sistema de los clics, que podía ser dental, palatal o labial, con voz, sin voz o nasal. Pero, con ayuda de un traductor San Akung, empezó a recopilar un conjunto de palabras y sonidos que ellos sólo expresaban en cierto tono. Ese tono era deferente, religioso y antiguo y las palabras y sonidos usados eran diferentes del lenguaje habitual de los khoisan. Apuntaban a una realidad que era antigua y nueva a la vez. Allí había alguien o lo había habido hacía mucho tiempo. O había regresado recientemente. Fueran quienes fuesen, hablaban un lenguaje anterior al prehistórico de los san.

Pero ahora, de repente, el sueño de una noche de verano quedaba atrás. La alejaban de sus monstruos, de sus refugiados, de sus pruebas.

Kokie empezó a canturrear suavemente para sí misma. Ali volvió a enfrascarse en la tarea de preparar la maleta, utilizando la tapa para proteger su expresión de la vista de la muchacha. ¿Quién se ocuparía ahora de ellos? ¿Qué harían sin ella en sus vidas cotidianas? ¿Qué haría ella misma sin ellos?

—... *uphondo lwayo/yizwa imithandazo yethu/Nkosi sikele-la/Thina lusapho iwayo...*

Las palabras poblaron la frustración de Ali. Durante el año anterior había profundizado en el potaje de lenguas habladas en África del Sur, especialmente el nguni y el zulú. Eso le permitió comprender ahora parte de la canción de Kokie: «Que el señor nos bendiga a sus hijos/Ven espíritu, ven espíritu santo/Bendice a tus hijos, Señor».

—*Ofeditse díntwa/Le matswenyecho...*

«Elimina las guerras y los problemas...»

Ali suspiró. Lo único que deseaban estas gentes era paz y un poco de felicidad. Cuando ella llegó, ofrecían el aspecto de la mañana después de un huracán: dormían a la intemperie, bebían agua contaminada y sólo esperaban morir. Con su ayuda, disponían ahora de un cobijo rudimentario, de un pozo de agua y del inicio de una industria rural que utilizaba altos hormigueros como forjas para realizar sencillas herramientas agrícolas, como azadas y palas. No recibieron su llegada con agrado y tardó algún tiempo en congraciarse con ellos. Pero su partida causaba ahora verdadera angustia, pues había aportado un poco de luz a su oscuridad o, al menos, unos pocos medicamentos y algo de diversión. No era justo. Su llegada había significado buenas cosas para ellos. Ahora eran castigados por los pecados que, en todo caso, ella misma había cometido. No había forma posible de explicar eso. No podían comprender que ésta fuese la forma que tenía la Iglesia para probarla.

Eso la enloquecía. Quizá fuera demasiado orgullosa, a veces incluso profana. Sí, tenía su genio. Y, ciertamente, era indiscreta. Había cometido unos cuantos errores. ¿Quién no? Estaba convencida de que la sacaban de África debido a algún problema que le había causado a alguien en alguna otra parte. O quizá su pasado volvía a pedirle cuentas.

Con dedos temblorosos, Ali alisó unos pantalones cortos de color caqui y el viejo monólogo se reanudó en su cabeza. Era como un disco rayado, su serie particular de *mea culpas*. Lo cierto era que cuando se metía en algo, lo hacía de lleno. Al diablo con la controversia. Ella siempre iba delante del grupo.

Quizá debiera habérselo pensado dos veces antes de publicar aquel comentario en el *Times*, en el que sugería que el Papa se desautorizara a sí mismo en todo lo relacionado con el aborto, el control de la natalidad y el cuerpo de la mujer. O de escribir su artículo sobre Ágata de Aragón, la virgen mística que escribía poemas de amor y predicaba la tolerancia, un tema no muy popular entre los buenos y viejos chicos. Y había sido una verdadera estupidez haberse dejado descubrir celebrando la misa en aquella capilla de Taos cuatro años atrás. Incluso vacía, incluso a las tres de la madrugada, los puros de la iglesia tenían ojos y oídos. Aún había sido más estúpida para, una vez descubierta, desafiar a la abadesa nada menos que delante del arzobispo, insistiendo en que las mujeres tenían el derecho litúrgico de consagrar la Sagrada Forma, de servir como sacerdotes, obispos y cardenales. Y habría continuado para incluir al mismísimo Papa en la letanía de no haber sido porque el arzobispo la dejó petrificada con una sola palabra.

Ali había estado a punto de recibir una censura oficial. Pero las llamadas a capítulo parecían un estado permanente en ella. La controversia la seguía como un

perro famélico. Tras el incidente de Taos, intentó ser «ortodoxa». Pero eso fue antes de los manhattan. Algunas veces, una mujer, sencillamente, perdía el control.

Todo ocurrió hacía poco más de un año, durante una gran recepción con generales y diplomáticos pertenecientes a una docena de naciones en la parte histórica de La Haya. Se celebraba la firma de algún oscuro documento de la OTAN, y estaba presente el nuncio papal. No había forma de olvidar el lugar, un ala del palacio Binnerhoef, construido en el siglo XIII, conocida como la Sala de los Caballeros: un gran salón repleto de encantadores objetos renacentistas e incluso de un Rembrandt. También recordaba vivamente a los manhattan que le servía continuamente un elegante coronel animado por su malvada mentora, January.

Ali nunca había probado un brebaje como aquel y habían transcurrido muchos años desde la última vez que se viera asediada por tanta caballerosidad. El efecto neto fue que se le soltó la lengua. Se enzarzó en una discusión sobre Spinoza y, sin saber cómo, acabó sermoneando sobre techos de cristal en instituciones patriarcales y el lanzamiento balístico de un humilde trozo de hielo. Ali se ruborizó al recordar el silencio mortal que se hizo en toda la sala. Afortunadamente, January estaba allí para rescatarla, con aquella profunda risa suya, para llevarla primero al lavabo de señoras y luego al hotel y a una ducha fría. Quizá Dios la perdonara, pero no así el Vaticano. En el término de muy pocos días, Ali recibió un billete de ida a Pretoria, y de allí a la sabana.

—Ya llegan, mira madre, mira.

Con una falta de timidez que era un verdadero milagro en sí misma, Kokie señalaba hacia la ventana con los restos de su mano. Ali levantó la mirada y luego terminó de cerrar la maleta.

—¿El *bakkie* de Peter? —preguntó.

Peter era un viudo bóer a quien le gustaba hacerle favores. Siempre era él quien la llevaba a la ciudad en su diminuta camioneta, que los locales llamaban *bakkie*. —No, madre —contestó Kokie bajando la voz—. Es Casper. Ali se acercó a la ventana, junto a Kokie. Se trataba, en efecto, de un transporte blindado de tropas que encabezaba una alargada cola de polvo rojo. Los Casspir eran temidos por la población negra, que los consideraba monstruos destructores. No tenía ni la menor idea de la razón por la que habían enviado un transporte militar para recogerla, y lo achacó a un acto más de desconsiderada intimidación.

—No importa —le dijo a la asustada muchacha. El Casspir cruzó la llanura. Aún se hallaba a varios kilómetros de distancia y el camino se hacía más serpenteante a partir del lecho seco del lago. Ali calculó que aún faltaban unos diez minutos para que llegara.

—¿Están todos preparados? —le preguntó a Kokie.

—Preparados, madre.

—Tomémonos entonces nuestra foto. Ali tomó la pequeña cámara que había dejado sobre el camastro, rezando para que el calor del invierno no hubiera estropeado su único rollo de Fuji Velvia. Kokie observó la cámara encantada. Nunca había visto una fotografía de sí misma.

A pesar de la tristeza que experimentaba al partir, había razones para sentirse agradecida por el hecho de que la trasladaran. Hacía que se sintiera egoísta, aunque no echaría de menos la fiebre de las garrapatas, las serpientes venenosas y las paredes de barro mezcladas con estiércol. No echaría en falta la aplastante ignorancia de estos campesinos moribundos, ni las miradas de odio de los afrikaners, con sus banderas nazis rojas de coche de bomberos y su peligroso y brutal calvinismo. Y tampoco echaría de menos el calor.

Ali se agachó para pasar por el bajo umbral a la luz de la mañana. El olor se abalanzó sobre ella incluso antes que los colores. Aspiró profundamente el aire en los pulmones, saboreando el salvaje batiburrillo de tonalidades azules en su lengua.

Levantó la mirada.

Muchos metros cuadrados de gencianas azules se extendían como una manta alrededor del poblado.

Aquello era obra suya. Quizá no fuera un sacerdote, pero éste sí que era un sacramento que podía impartir. Poco después de perforar el pozo del campamento, Ali había pedido una mezcla especial de semillas de flores silvestres que ella misma había plantado. Los campos florecieron. La cosecha fue una alegría. Y también el orgullo, muy raro entre estos marginados. Las gencianas azules se convirtieron en una pequeña leyenda. Los campesinos, bóers e ingleses por igual, llegaban con sus familias desde muchos cientos de kilómetros a la redonda para contemplar este mar de flores. Un pequeño grupo de bosquimanos primitivos les visitaron y reaccionaron con sorpresa y susurros, preguntándose si acaso había caído allí un trozo de cielo. Un ministro de la Iglesia Cristiana Sionista celebró una ceremonia al aire libre. Las flores no tardarían en morir. La leyenda, sin embargo, quedó establecida. En cierto modo, Ali había exorcizado lo que había de grotesco y había establecido el derecho de estos leprosos a la humanidad.

Los refugiados la esperaban en la zanja de irrigación que conducía desde el pozo y que regaba su cosecha de maíz y verduras. La primera vez que comentó la idea de hacerse una fotografía de grupo, todos estuvieron inmediatamente de acuerdo en que se tomara en este lugar. Aquí se encontraba su jardín, su alimento, su futuro.

—Buenos días —saludó Ali dirigiéndose a todos.

—Buenos días, *fundi* —replicó una mujer con solemnidad. *Fundi* era una abreviatura de *umfundisi*. Significa «maestro», y para el gusto de Ali, era el mayor cumplido que se le podía hacer.

Niños tan delgados como palillos se destacaron del grupo, y Ali se arrodilló para abrazarlos. A ella le olieron bien, particularmente esta mañana. Olían a limpio, recién lavados por sus madres.

—Fijaos, tan preciosos —les dijo—, tan guapos. Y ahora, ¿quién quiere ayudarme?

—Mí, yo. Yo soy, madre.

Ali empleó a todos los niños para que reunieran algunas piedras y ataran unos palos para formar un tosco trípode.

—Y ahora apartaos para que no se caiga —les dijo.

Actuó con rapidez. La aproximación del Casspir empezaba a alarmar a los adultos y quería que la foto los mostrara a , todos felices. Equilibró la cámara sobre el trípode improvisado y miró por el visor.

—Más cerca —les indicó con gestos—. Acercaos más unos a otros.

La luz era la correcta, la toma de lado y ligeramente difusa. Sería una bonita foto. No había forma de ocultar los estragos de la enfermedad y el aislamiento, pero eso no haría sino destacar aún más sus sonrisas y sus ojos.

Mientras enfocaba, contó. Luego, volvió a contar. Faltaba alguien.

Al principio de llegar y durante un tiempo, no se le ocurrió contarlos día tras día. Se enfrascó tanto en enseñarles medidas higiénicas, en cuidar de los enfermos, distribuir los alimentos y disponer la perforadora para el pozo y en extender los techos de hojalata para las chozas, que no le quedó tiempo para eso. Pero después de un par de meses observó que disminuían en número. Al preguntar, le explicaron encogiéndose de hombros que la gente llegaba y se marchaba, La terrible verdad no brotó hasta una vez que los descubrió con las manos enrojecidas.

Aquel día, al encontrárselos por primera vez en la sabana, Ali creyó que se trataba de hienas que devoraban un ciervo sudafricano. Quizá debiera haberlo imaginado antes. Desde luego, alguien podría habérselo indicado.

Sin pensárselo Ali apartó a los dos hombres esqueléticos de la anciana a la que estaban estrangulando. Golpeó a uno con un palo y logró hacerlos huir. Lo había malinterpretado todo, la motivación de los hombres y las lágrimas de la anciana.

Ésta era una colonia de seres humanos muy enfermos y miserables. Pero incluso reducidos a la desesperación, no dejaban de experimentar misericordia. Lo cierto era que los leprosos practicaban la eutanasia. Fue una de las cosas más duras con las que Ali tuvo que enfrentarse. No tenía nada que ver con el sentido de la justicia, pues aquellas gentes no podían permitirse la justicia. Estos leprosos, cazados, perseguidos por perros, torturados, aterrorizados, vivían sus últimos días al borde de un desierto. Con poca cosa más que hacer que esperar a morirse, les quedaban muy pocos medios para demostrar amor o conceder dignidad. El asesinato era una de ellas, y así tuvo que aceptarlo finalmente.

Sólo acababan con una persona cuando ésta ya estaba moribunda y así lo pedía ella misma. Era algo que siempre se hacía lejos del campamento y corría a cargo de dos o más personas que procuraban hacerlo lo más rápidamente posible. Ali logró establecer una especie de tregua en relación con aquella práctica. Intentó no ver las almas agotadas que abandonaban el poblado para perderse en la sabana para no regresar nunca más. Intentó no contar su número. Pero la desaparición tenía su propia forma de hacerse notar, incluso la de aquellas que solían ser silenciosas y que apenas llamaban la atención.

Revisó de nuevo los rostros. El que faltaba era Jimmy Shako, el anciano, Ali no se había dado cuenta de que Jimmy Shako estuviera tan enfermo, ni que fuera tan generoso como para no sobrecargar a la comunidad con su presencia.

—El señor Shako se ha marchado —dijo con naturalidad.

- Marchado —asintió Kokie enseguida.
- Descanse en paz —dijo Ali, casi para sí misma.
- No creo, madre. No descanso para él. Lo cambiamos.
- ¿Qué?

Esto sí que era nuevo para ella.

- Esto por aquello. Lo entregamos.

De repente, Ali no estuvo tan segura de querer saber qué quería decir Kokie con aquello. Había momentos en que tenía la impresión de que África se le había abierto y conocía sus secretos. Luego, en momentos como éste, los secretos no parecían tener fondo. De todos modos, lo preguntó.

- ¿De qué me estás hablando, Kokie?

—Él, por ti.

—Por mí.

La voz de Ali sonó débil incluso en sus oídos.

—Sí, madre. Ese hombre no ser bueno. Decir que venía a entregarte. Pero nosotros lo entregamos, ¿ves? —La muchacha se adelantó y tocó suavemente el collar de abalorios que llevaba alrededor del cuello—. Ahora todo bien. Cuidamos de ti, madre.

- Pero ¿a quién le habéis entregado a Jimmy?

Algo rugía al fondo. Ali se dio cuenta de que las gencianas azules se agitaban bajo la suave brisa. El roce de los tallos era tormentoso. Tragó saliva para aliviar su garganta reseca.

La respuesta de Kokie fue sencilla.

- A él —dijo.

—¿A él?

El rugido del mar de gencianas azules se transformó en el ruido del motor del Casspir que se acercaba. La hora de Ali había llegado.

- Más viejo que lo viejo, madre. Él.

A continuación dijo un nombre, un nombre que contenía varios clics y un susurro en aquel tono elevado.

Ali la miró más atentamente. Kokie acababa de pronunciar una frase corta en protokhoisan. Ali probó a repetirla en voz alta.

—No, así —le corrigió Kokie, y repitió las palabras y clics. Esta vez Ali consiguió pronunciarlo correctamente y lo guardó en su memoria.

- ¿Qué significa? —preguntó.

—Dios, madre. El dios hambriento.

Ali creía conocer a estas gentes, pero en realidad eran algo más. La llamaban madre y ella los había tratado como a hijos, pero no lo eran. Se apartó de Kokie.

El culto a los antepasados lo era todo. Lo mismo que los antiguos romanos o que los sintoístas modernos, los khoi-khoi confiaban las cuestiones espirituales a sus muertos. Hasta los cristianos evangélicos negros creían en fantasmas, arrojaban huesos para adivinar el futuro, sacrificaban animales, bebían pociones, llevaban amuletos y practicaban la *geixa*, la magia. La tribu xhosa hacía retroceder su génesis

hasta una raza mítica llamada *xhosa*, u hombres coléricos. Los pedi adoraban a Kgobe. Los lobedu tenían a su Mujaji, una reina de la lluvia. Para los zulúes, el mundo dependía de un ser omnipotente cuyo nombre se traducía como «Más viejo que lo viejo». Y Kokie acababa de pronunciar el nombre en aquel protolenguaje, en la lengua madre.

—¿Está muerto Jimmy?

—Eso depende, madre. Si es bueno, le dejan vivir allí abajo. Mucho tiempo.

—Tú mataste a Jimmy —dijo Ali—. ¿Por mí?

—No. Lo cortó alguien.

—¿Que hiciste qué?

—No nosotros —contestó Kokie.

—¿«Más viejo que lo viejo»? —preguntó Ali añadiendo el nombre clic.

—Oh, sí. Recortó ese hombre. Luego nos dio partes.

Ali no preguntó a qué se refería Kokie. Ya había escuchado demasiado.

Kokieladeó la cabeza y una delicada expresión de complacencia apareció en su petrificada sonrisa. Por un instante, Ali vio ante ella a la escuálida adolescente a la que se había acostumbrado a querer, y que guardaba un secreto especial. Se lo dijo.

—Madre —dijo Kokie—. Yo ver. Verlo todo.

Ali hubiera querido echarse a correr. Inocente o no, aquella muchacha era una desalmada.

—Adiós, madre.

«Sácame de aquí», pensó. Con toda la calma que pudo, con las lágrimas ardiéndole en los ojos, Ali se volvió para alejarse de Kokie.

Inmediatamente, se vio rodeada.

Formaban una muralla de hombres corpulentos. Cegada por las lágrimas, Ali empezó a luchar con ellos, lanzándoles puñetazos y codazos. Alguien muy fuerte le sujetó los brazos.

—Vamos —dijo la voz de un hombre—, ¿a qué viene esto?

Ali miró el rostro de un hombre blanco con las mejillas quemadas por el sol y una curtida gorra del ejército. En el fondo, el Casspir aguardaba, ocioso, como una máquina bruta, con antenas de radio ondeando al aire y una ametralladora apuntada. De rodillas, o agachados, los soldados hacían oscilar sus rifles. Dejó de forcejear, extrañada por lo repentino de la acción.

Bruscamente, el claro se llenó con la oleada de polvo rojo del transporte, como una tempestad momentánea. Ali se giró en redondo, pero los leprosos ya se habían dispersado entre los matorrales espinosos. A excepción de los soldados, se encontraba a solas en medio del remolino.

—Tiene usted mucha suerte, hermana —dijo el soldado—. Los kaffir han vuelto a desempolvar sus lanzas.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Ha habido un levantamiento. Una especie de secta kaffir. Atacaron anoche a sus vecinos y también la granja situada más allá. Acudimos en su auxilio. Estaban todos muertos.

—¿Son éstas sus cosas? —preguntó otro soldado—. Vamos, suba. Aquí corremos un gran peligro.

Conmocionada, Ali dejó que la empujaran y condujeran hacia el sofocante lecho blindado del vehículo. Los soldados entraron inmediatamente después, pusieron los seguros de los rifles y cerraron las puertas. Sus cuerpos olían de un modo muy diferente al de los leprosos. El temor, ésa era la sustancia química. Experimentaban un temor que los leprosos no tenían. Era el temor de los animales atrapados.

El transporte emprendió la marcha y Ali se golpeó fuertemente contra un gran hombro.

—¿Un recuerdo? —preguntó alguien señalándole el collar de abalorios.

—Fue un regalo —contestó Ali, que lo había olvidado hasta entonces.

—¡Un regalo! —exclamó otro soldado—. Eso sí que es tierno.

Ali se tocó el collar a la defensiva. Recorrió con los dedos los diminutos abalorios que enmarcaban la pieza de cuero oscuro. Los pequeños pelos de animales que aún contenía el cuero le cosquillearon al tacto.

—No lo sabe usted, ¿verdad? —preguntó un hombre.

—¿El qué?

—Esa piel.

—Sí.

—¿A ti qué te parece, Roy? ¿Es de varón?

—Podría ser —contestó Roy.

—¡Agh! —exclamó un hombre.

—¡Agh! —remedó otro, con voz *de falsetto*.

—Dejen de sonreír como unos estúpidos —dijo Ali una vez perdida la paciencia. Hubo más risas. Su sentido del humor era rudo y violento. En eso no había sorpresa alguna.

Un rostro se inclinó desde las sombras. La luz que penetraba por la ranura que se usaba para disparar se reflejó en sus ojos. Quizá fuera un buen muchacho católico. En cualquier caso, la situación no le divertía.

—Es el escroto, hermana. Piel humana.

Las yemas de los dedos de Ali dejaron de moverse bruscamente sobre los pelos.

Entonces le tocó a ella asombrarlos a todos.

Esperaban que se pusiera a gritar y se arrancara el amuleto con una expresión de asco. En lugar de eso, se reclinó, apoyó la cabeza contra el acero, cerró los ojos y dejó que el amuleto contra el mal se balanceara de uno a otro lado, sobre su corazón.

3

BRANCH

*Los gigantes existían en la tierra por aquel entonces...
hombres poderosos que eran viejos, hombres famosos.*
GÉNESIS, 6, 4

Camp Molly, Oskova, Fuerzas de Intervención de la OTAN en Bosnia-Herzegovina (1FOR), i." División de Caballería Aerotransportada, del Ejército de Estados Unidos

1996

02.10 horas

Lluvia.

Las carreteras y los puentes habían desaparecido arrastrados por las aguas. Los ríos estaban desbordados. Había que rehacer los mapas de operaciones. Los convoyes estaban paralizados. Los deslizamientos de tierras llevaban las minas dormidas hacia las zonas tan laboriosamente despejadas. Los viajes por tierra se habían interrumpido.

Lo mismo que Noé se posó sobre la cima de una montaña, Camp Molly se levantaba sobre un océano de barro, con sus pecadores enmudecidos y el mundo controlado. Bosnia, maldijo Branch. Pobre Bosnia.

El mayor cruzó corriendo el azotado campamento sobre una calzada hecha a base de tablones colocados al estilo de una ciudad de la frontera, para mantener al menos las botas por encima del cenagal. «Os protegimos contra la oscuridad eterna, guiados por nuestro sentido de la justicia.» Ese era el gran misterio en la vida de Branch: cómo era posible que veintidós años después de haber escapado de St. John para pilotar helicópteros, todavía pudiera creer en la salvación.

Las luces de los focos se deslizaban sobre desordenados rollos de alambradas, al otro lado de trampas antitanques, barras cruzadas y más alambre de espino. El armamento de la compañía, incluidos los cañones y las ametralladoras, apuntaba hacia las distantes colinas. Las sombras convertían los lanzacohetes múltiples en

tubos de órgano de catedral barroca. Los helicópteros de Branch relucían como preciosos caballitos del diablo, inmovilizados por el inicio del invierno.

Branch notaba el campamento a su alrededor, sus límites, sus vigilantes. Sabía que los centinelas soportaban la despiadada noche envueltos en una armadura de fibra de vidrio a prueba de balas, pero no protegida contra la lluvia. Se preguntó si los cruzados que pasaron por allí camino de Jerusalén habrían detestado la cota de malla tanto como estos *rangers* odiaban el kevlar. «Cada fortaleza es un monasterio — le confirmaba su vigilancia—. Cada monasterio es una fortaleza.»

Rodeados de enemigos, oficialmente no había enemigos para ellos. Con la civilización dejándose un goteo en agujeros de mierda como Mogadiscio, Kigali y Port-au-Prince, el «nuevo» ejército se hallaba sometido a órdenes estrictas: no tendrás ningún enemigo. No habrá bajas. No habrá tumbas. Ocuparás las alturas sólo durante el tiempo suficiente como para permitir que los políticos se salven y sean reelegidos, y luego te moverás hacia el siguiente agujero. El paisaje cambiaba. No así los odios.

Beirut. Irak. Somalia. Haití. En su expediente aparecían algunos nombres malditos. Y ahora esto. Los acuerdos de Dayton habían designado este artificio geográfico como una ZDS (zona de separación) entre musulmanes, serbios y croatas. Si esta lluvia los mantenía separados, sólo deseaba que no se detuviera nunca.

En enero, cuando la Primera de Caballería entró, cruzando el Drina sobre un puente de pontones, encontraron una tierra que les hizo pensar en las grandes batallas de la primera guerra mundial. Las trincheras cruzaban los campos donde había espantapájaros vestidos como soldados. Los cuervos negros puntuaban la nieve blanca. Los esqueletos se quebraban bajo las ruedas de sus Humvee. Las gentes surgían de entre las ruinas llevando aún sus viejas armas de pedernal y hasta arcos y lanzas. Los combatientes urbanos habían desenterrado hasta las tuberías de sus casas para fabricar armas. Branch no sentía el menor deseo de salvarlos. Eran salvajes que no querían ser salvados.

Llegó al bunker de la colina, donde estaba el puesto de mando y de comunicaciones. Por un momento, bajo la oscura lluvia, el montículo terrenal parecía un zigurat a medio terminar, más primitivo que la primera pirámide egipcia. Ascendió unos pocos pasos y luego descendió profundamente entre sacos terreros apilados.

En el interior, una batería de pantallas se alineaban contra la pared del fondo. Hombres y mujeres uniformados se sentaban ante unas mesas, con los rostros iluminados por las pantallas de los ordenadores. Las luces del techo estaban bajas, para facilitar la lectura de las pantallas.

Quizá hubiera en total tres docenas de personas. Era pronto y hacía frío para que fuesen tantos. La lluvia golpeaba sin pausa contra los protectores de goma de la puerta, por encima y por detrás de él.

—Hola, mayor. Bienvenido. Aquí tiene: sabía que esto era para alguien.

Branch vio acercarse la taza de chocolate caliente y cruzó los dedos.

—¡Atrás, demonio! —exclamó, bromeando, aunque no del todo. La tentación estaba en las minucias. Era perfectamente posible reblandecerse en una zona de combate, especialmente en una tan bien alimentada como Bosnia. Dejándose llevar por el espíritu espartano, también rechazó los Doritos—. ¿Ha pasado algo nuevo? —preguntó.

—Absolutamente nada —contestó McDaniels, que se apoderó ávidamente del chocolate de Branch.

—Quizá haya terminado todo —comentó Branch consultando su reloj—. Quizá fue algo que nunca ocurrió.

—Ah, hombre de poca fe —dijo el delgado piloto—. Yo mismo lo vi con mis propios ojos. Todos lo vimos.

Todos, excepto Branch y su copiloto Ramada. Se habían pasado los tres últimos días sobrevolando el sur, en busca de un convoy desaparecido de la Media Luna Roja. Al regresar, cansados como perros, se encontraron con este ajetreo de medianoche. Ramada ya estaba allí, revisando ávidamente el correo electrónico de su casa en una consola libre de servicio.

—Espere a ver las cintas —dijo McDaniels—. Es una extraña mierda. Ha ocurrido tres noches seguidas, a la misma hora y en el mismo lugar. Esto se está convirtiendo en una atracción muy popular. Deberíamos vender entradas.

Sólo había espacio para permanecer de pie. Algunos de los presentes eran soldados sentados tras los ordenadores de servicio, conectados con la base Águila, en Tuzla. Pero, esta noche, la mayoría de los presentes eran civiles con colas de caballo, barbas de chivo mal cuidadas, camisetas PX en las que se leía «Sobreviví a la operación *Joint Endeavor*», o «Golpea todo lo que puedas golpear», con la obligatoria «carne» trazada sinuosamente por debajo, con marcador mágico. Algunos eran viejos, pero la mayoría de ellos eran jóvenes, como los soldados.

Branch los observó. Conocía a muchos de ellos. Eran pocos los que llegaban con un título de licenciado o de medicina. Ninguno de ellos dejaba de oler a tumba. En consonancia con el surrealismo general de la situación en Bosnia, se habían catalogado a sí mismos como magos, igual que en Oz. El Tribunal de Crímenes de Guerra de la ONU había encargado que se efectuaran exhumaciones forenses en los lugares de ejecución repartidos por toda Bosnia. Los magos eran los excavadores. Día tras día, su trabajo consistía en hacer hablar a los muertos.

Como los serbios habían perpetrado la mayor parte de los actos genocidas en el sector estadounidense y habrían disparado contra estos fisgones profesionales, el coronel Frederickson había decidido alojar a los magos en el interior de la base. Los cadáveres se almacenaban en una antigua fábrica de rodamientos de bolas, en las afueras de Kalejisa.

Acomodar a esta tribu científica había exigido un gran esfuerzo a la Primera de Caballería. Durante el primer mes de convivencia, la irreverencia de los brujos, sus excentricidades y revistas porno supusieron una refrescante variación. Pero a medida que avanzó el año degeneraron hasta convertirse en una cansada pandilla de animales de zoológico, una especie de MASH de los muertos. Ingerían con gran

placer comidas preparadas indigeribles y se bebían todas las Coca-Colas dietéticas gratuitas.

En consonancia con el tiempo, ya que cuando llovía diluviaba, el número de los científicos se había triplicado en las tres últimas semanas. Ahora que ya se habían celebrado las elecciones en Bosnia, el IFOR empezaba a reducir su presencia. Las tropas regresaban a casa y se cerraban las bases. De ese modo, los brujos perdían las armas que les protegían y sabían que, sin protección, no podían quedarse. Eso significaba que quedarían sin investigar un gran número de lugares donde se habían perpetrado matanzas.

Impulsada por la desesperación, la doctora Christie Chambers había emitido una llamada de última hora a través de la red. Desde Israel a España, desde Australia a Chelley Canyon o Seattle, los arqueólogos dejaron sus palas y laboratorios técnicos y se marcharon sin paga, los médicos sacrificaron sus vacaciones tenísticas y los profesores «prestaron» a estudiantes graduados para que pudieran continuar las exhumaciones. Sus tarjetas de identificación, apresuradamente confeccionadas, ofrecían una visión de quién era quién en las ciencias necrológicas. En conjunto, Branch tenía que admitir que no constituían tan mala compañía, si es que se iban a quedar varados en una isla como Molly.

—¡Eh! Contacto —anunció la sargento Jefferson ante una pantalla.

Todos los presentes contuvieron la respiración. La gente se situó tras ella para ver lo que veía el KH-12, el satélite *Keyhole*, en órbita geoestacionaria. A izquierda y derecha, seis pantallas mostraban la misma imagen. McDaniels y Ramada y otros tres pilotos acaparaban una pantalla para ellos solos.

—Branch —dijo uno de ellos, y le hicieron espacio.

La pantalla estaba muy animada, mostrando una geografía geológica y de color verde. Un ordenador superponía la imagen del satélite y los datos del radar sobre un mapa fantasma.

—Zulú Cuatro —dijo Ramada, que indicó con su puntero electrónico. Justo debajo del puntero, sucedió de nuevo.

La imagen enviada por el satélite floreció con un rosado estallido de calor.

La sargento siguió la pista de la imagen y tecleó un sensor remoto diferente sobre el ordenador. La visión cambió de termal a otras radiaciones. Aparecieron las mismas coordenadas, pero con diferentes colores. Elaboró metódicamente más variaciones sobre el mismo tema. A lo largo del borde de la pantalla, las imágenes se acumularon formando una hilera nítida. Eran vistas de PowerPoint, informes de situación visual y de las noches anteriores. La pantalla del centro era tiempo real.

—SLR. Pasamos ahora a UV —anunció. Tenía una profunda voz de bajo, y bien podría haberse dedicado a cantar el evangelio—. Descomposición del espectro, aquí... Gamma.

—¡Alto! ¿Lo ve?

Una mancha de luz brillante se derramaba de un modo amorfo desde Zulú Cuatro.

—¿Qué es lo que estoy viendo aquí, por favor? —preguntó uno de los brujos desde la pantalla situada junto a la de Branch—. ¿Cuál es la naturaleza? ¿Radiación, química o qué?

—Nitrógeno —dijo su grueso compañero—. Lo mismo que anoche y que anteanoche.

Branch se limitó a escuchar. Otro de los muchachos lanzó un silbido.

—Miren esta concentración. ¿La atmósfera normal está compuesta de, qué, un ochenta por ciento de nitrógeno?

—Setenta y ocho coma dos.

—Tendría que ser cerca de noventa.

—El valor fluctúa. Las dos noches anteriores alcanzó casi los noventa y seis. Pero luego desapareció. A la salida del sol, vuelve a ser un resto, apenas por encima de lo normal.

Branch se dio cuenta de que no era el único que les prestaba atención. Sus pilotos también lo hacían. Lo mismo que él, con la mirada fija en su propia pantalla.

—No acabo de comprenderlo —dijo un muchacho con acné—. ¿Qué es lo que produce esta clase de oleada? ¿De dónde sale todo ese nitrógeno?

Branch esperó, respetando su pausa colectiva. Quizá los brujos tuvieran alguna respuesta.

—Os lo diré otra vez, muchachos.

—Vamos, Barry, ahórranos el discurso.

—No lo queréis escuchar, pero os aseguro que...

—Dígamelo a mí —intervino Branch.

Tres pares de gafas se volvieron hacia él. El joven llamado Barry parecía sentirse incómodo.

—Sé que parece una locura, pero creo que se trata de los muertos. Aquí no hay ningún misterio. La materia animal se descompone. El tejido muerto se amoniza. Eso implica la presencia de nitrógeno, por si lo había olvidado.

—Después, las nitrosomonas oxidan el amoníaco y lo convierten en nitrato. Y las nitrobacterias oxidan el nitrato, convirtiéndolo en otros nitratos. —El hombre grueso utilizaba un tono de disco rayado—. Los nitratos son absorbidos por las plantas verdes. En otras palabras, el nitrógeno nunca aparece por encima del nivel del suelo. No podemos decir lo mismo de esto.

—Habla de bacterias nitrificadoras. Pero también existen bacterias desnitrificadoras, como sabe muy bien. Y esas sí que se filtran por encima del terreno.

—Digamos que el nitrógeno procede de la descomposición —dijo Branch dirigiéndose al joven Barry—. Eso tampoco explicaría por qué se produce esta concentración, ¿verdad?

Barry se mostró evasivo.

—Hubo supervivientes —explicó—. Siempre los hay. Eso nos ayudó a saber dónde debíamos excavar. Tres de ellos testificaron que ése fue uno de los principales lugares de ejecución. Lo utilizaron durante un período superior a once meses.

—Le escucho —asintió Branch, sin estar muy seguro de saber adonde conduciría aquello.

—Hemos documentado la presencia de trescientos cuerpos, pero hay más. Quizá mil. Quizá incluso muchos más. Todavía hay desaparecidos, de cinco a siete mil, sólo en la zona de Srebenica. Quién sabe lo que podemos encontrar por debajo de esta capa principal. Apenas habíamos empezado a abrir la zona Zulú Cuatro cuando nos interrumpió la lluvia.

—Jodida lluvia —murmuraron casi al unísono los de gafas, situados a su izquierda.

—Un montón de cuerpos —dijo Branch, tratando de que siguiera hablando.

—Correcto. Muchos cuerpos. Mucha descomposición y mucha liberación de nitrógeno.

—Erróneo —intervino el gordo, que se dirigía ahora a Branch sacudiendo la cabeza con gesto de pena—. Barry se contradice con su propio argumento. El cuerpo humano sólo contiene un tres por ciento de nitrógeno. Tiene que tratarse de algo más, de algo asociado con los cuerpos, ¿vale?

Branch no sonrió. Llevaba meses observando cómo los tipos de investigación forense se ponían cebos unos a otros con estupideces, desde plantar un cráneo ante la tienda de comunicaciones telefónicas de la AT&T, hasta hacer gala de ingenio verbal, como aquellas insinuaciones de canibalismo. Su desaprobación no tenía nada que ver con la salud mental de aquellos científicos, sino más bien con el sentido del bien y del mal de sus propias tropas. La muerte nunca podía ser un chiste.

Miró fijamente a Barry. Aquel muchacho no era ningún estúpido. Era evidente que había pensado en esto.

—¿Qué me puede decir de las fluctuaciones? —le preguntó Branch—. ¿Cómo puede la descomposición explicar los altibajos en los niveles de nitrógeno?

—¿Y si la causa fuera periódica? —Barry se mostró paciente—. ¿Y si se están removiendo los restos, pero sólo a ciertas horas?

—Erróneo.

—En plena noche.

—Erróneo.

—Cuando lógicamente creen que no podemos verles. Como para confirmar sus palabras, el grupo se movió de nuevo.

—¡Qué demonios!

—¡Es imposible!

Branch apartó sus ojos de la mirada franca de Barry y echó un vistazo a la pantalla.

—Dénos un primer plano —dijo una voz desde el extremo de la línea.

La telefoto se aproximó, en incrementos peristálticos de aumento.

—Eso es todo lo que se puede conseguir —dijo el capitán—. Corresponde a diez metros cuadrados.

Podían verse los huesos amontonados en negativo. Cientos de esqueletos humanos flotaban en un gigantesco y enmarañado abrazo.

—Espere... —murmuró McDaniels—. Mire. —Branch se concentró en la pantalla—. Ahí.

El montón de muertos se agitó, aparentemente desde abajo. Branch parpadeó. Como si se sintieran incómodos, los huesos volvieron a moverse.

—Jodidos serbios —maldijo McDaniels.

Nadie se opuso a la acusación. Últimamente, los serbios parecían haber encontrado la fórmula para convertirse en la causa de todos los males.

Aquellas historias de niños obligados a comerse el hígado de sus padres, de mujeres violadas interminablemente, durante meses, de cada perversión que... todas eran ciertas. Y eso a pesar de que cada bando había cometido atrocidades en nombre de Dios, de la historia, de las fronteras o de la venganza.

Pero de todas las facciones en liza, únicamente los serbios trataban de borrar las huellas de sus pecados. Hasta que la Primera de Caballería lo impidió, los serbios se apresuraron a excavar fosas comunes, a arrojar los restos a pozos mineros o a triturarlos con maquinaria pesada para convertirlos en fertilizantes.

Extrañamente, su terrible industria dio esperanzas a Branch. Al destruir las pruebas de sus crímenes, los serbios trataban de escapar al castigo o a la culpa. Pero, además de eso, ¿y si el mal no pudiera existir sin culpabilidad? ¿Y si fuera precisamente ésta su castigo? ¿Y si fuera ésta su penitencia?

—¿Qué vamos a hacer, Bob?

Branch levantó la mirada, no tanto por la voz como por la libertad que ella se tomaba delante de los subordinados.

Bob era el coronel, que acababa de llegar. Lo que significaba que su inquisidor sólo podía ser María-Christina Chambers, la reina de los necrófagos, formidable por derecho propio. Branch no la había visto al examinar a los presentes.

Profesora de patología de la Universidad de Oakland en período de excedencia sabática, Chambers tenía el cabello gris y el pedigrí como para relacionarse con quien quisiera. Como enfermera, había visto más combates en Vietnam que la mayoría de Boinas Verdes. La leyenda decía que llegó incluso a empuñar un fusil durante la ofensiva del Tet. Despreciaba el licor tomado en copitas, juraba como un carretero y siempre andaba contando chistes sucios o hablando como un campesino de Kansas. Le caía bien a los soldados, incluido el propio Branch. Además, el coronel, Bob, y ella se habían hecho buenos amigos, aunque era cierto que no parecían estar de acuerdo sobre este tema en concreto.

—¿Vamos a esquivar de nuevo a esos bastardos?

La estancia quedó tan silenciosa que Branch escuchó el sonido de las teclas pulsadas por el capitán.

—Doctora Chambers... —dijo un cabo, que trató de alejarla de allí.

—Váyase a la mierda —le interrumpió Chambers—. Estoy hablando con su jefe.

—Christie —le rogó el coronel.

Chambers, sin embargo, no estaba dispuesta a dejarse aplacar. En beneficio suyo, es preciso decir que no llevaba ninguna botella. Miraba coléricamente.

—¿Esquivar?

—Sí.

—¿Qué más quieres que hagamos, Christie?

Todos los tablones de anuncios del campamento contenían el cartel de «Se busca», editado por la OTAN, en el que aparecían los rostros de cincuenta y cuatro hombres acusados de los peores crímenes de guerra. A las IFOR, las Fuerzas de Intervención, se les había confiado la tarea de detener a cada uno de aquellos hombres cuando los encontraran. Milagrosamente, y a pesar de los nueve meses que llevaban en el país y de una costosa operación de inteligencia, las IFOR no habían encontrado a uno solo de ellos. En varias ocasiones notables, las IFOR habían mirado literalmente hacia otro lado para no ver lo que tenían delante.

La lección se había aprendido en Somalia. Mientras se dedicaban a cazar al tirano, veinticuatro *rangers* quedaron atrapados, fueron aniquilados y arrastrados por los talones tras sus vehículos. El propio Branch no encontró la muerte en aquel callejón por cuestión de minutos.

La pretensión dominante era que todos los soldados regresaran a casa para Navidad, vivos y en buena forma. La autoconservación era una idea muy popular, incluso más que la recogida de pruebas o la aplicación de la justicia.

—Sabes muy bien lo que están haciendo —dijo Chambers.

La masa de huesos se movía en el interior de la parpadeante mancha de nitrógeno.

—No, en realidad no lo sé.

Chambers no se dejó amilanar. Lo que dijo a continuación fue, sencillamente, grandioso.

—«No permitiré que se cometa ninguna atrocidad en mi presencia» —dijo, citando las propias palabras del coronel.

Fue un acto inteligente de insubordinación, su forma de declarar que ella y sus científicos no eran los únicos en sentir asco. La cita procedía de los propios *rangers* del coronel. Durante el primer mes en Bosnia, una patrulla se topó con una violación, y recibieron la orden de aguardar, sin intervenir. Se difundió la noticia del incidente. Encolerizados, los mismos soldados de éste y de otros campamentos asumieron la tarea de preparar su propio código de conducta. Cien años antes, cualquier ejército del mundo habría empuñado el látigo ante tal atrevimiento. Veinte años antes, los altos mandos habrían dado unas cuantas patadas en el trasero. Pero en el ejército voluntario moderno se permitían esta clase de iniciativas de abajo arriba. Regla Seis, así la llamaban.

—No veo ninguna atrocidad —dijo el coronel—. No veo a ningún serbio trabajando ahí, a ningún actor humano. Podrían ser animales.

—Maldita sea, Bob. —Habían pasado por lo mismo una docena de veces, pero nunca en público ni de esta forma—. En nombre de la decencia —añadió Chambers—, si no podemos levantar nuestra espada contra el mal... —Se dio cuenta a tiempo del tópico que estaba a punto de decir y lo dejó de lado—. Mira —empezó de nuevo—. Mi gente localizó la zona Zulú Cuatro y la abrió. Empleó cinco valiosos días en atravesar la capa superior de cuerpos. Eso fue antes de que la maldita lluvia nos

obligara a dejarlo. Ésta es, con mucha diferencia, la fosa común más grande que hemos encontrado. Ahí debe de haber por lo menos otros ochocientos cuerpos. Nuestra documentación ha sido, hasta el momento, impecable. Las pruebas que obtengamos de Zulu Cuatro van a permitirnos condenar a tipos de la peor ralea, siempre y cuando podamos terminar nuestro trabajo. No estoy dispuesta a contemplar impasible cómo unos condenados lobos humanos lo destruyen todo. Ya es horrendo que perpetraran una matanza, pero ¿despojar encima a los muertos? Nuestro trabajo consiste en proteger ese sitio.

—Ése no es nuestro trabajo —dijo el coronel—. No se nos ha ordenado que protejamos las tumbas.—Los derechos humanos dependen...

—Los derechos humanos no son nuestro trabajo.

Surgió una ráfaga de estática de la radio, que se convirtió en palabras antes de que volviera a reinar el silencio.

—Yo veo una fosa común abierta por diez días de lluvia ininterrumpida —dijo el coronel—. Veo actuar a la naturaleza. Nada más.

—Por una vez, asegúrenos —insistió Chambers—. Es todo lo que pido.

—No.

—Un helicóptero. Una hora.

—¿Con este tiempo? ¿Por la noche? Fíjate en toda esa zona, inundada de nitrógeno.

En línea, las seis pantallas palpitaban con una coloración eléctrica. «Descansad en paz», pensó Branch. Pero los huesos volvieron a moverse.

—Justo delante de tus ojos... —murmuró Christie.

De repente, Branch se sintió abrumado. Le parecía obsceno que a aquellos hombres y muchachos muertos se les removiera de su único escondrijo. Debido a la terrible forma en que murieron, estaban destinados a ser sacados a la luz por un bando o por el otro, si no por los serbios, por los Chambers y su jauría de perros, quizá una y otra vez. Sus madres, esposas, hijos e hijas los verían en este cruel estado, y aquella imagen obsesionaría para siempre a sus seres queridos.

—Yo iré —se oyó decir a sí mismo.

Cuando el coronel se dio cuenta de que era Branch quien así había hablado, la expresión de su rostro se desmoronó.

—¿Mayor? —dijo, como si le preguntara «¿Tu quoque?».

En ese instante, el universo reveló profundidades que Branch no calculaba y con las que ni siquiera soñaba. Por primera vez en su vida, se dio cuenta de que era un hijo predilecto y de que el coronel confiaba en entregarle algún día el mando de la división. Pero Branch comprendió la magnitud de su traición demasiado tarde.

También se preguntó qué le había impulsado a decirlo. Lo mismo que el coronel, era un soldado entre soldados. Conocía perfectamente bien el significado del deber y se preocupaba por sus hombres, comprendía la guerra como un oficio, más que como una misión, no esquivaba ninguna dureza y era tan valiente como se lo permitían la sabiduría y el rango. Había visto su sombra proyectada bajo soles

extranjeros, había enterrado a amigos, soportado heridas, causado daño entre sus enemigos.

Por todo eso, Branch no se consideraba un héroe. No creía en los héroes. La época que le había tocado vivir era demasiado complicada.

Y, sin embargo, como Elias que era, se encontró defendiendo la propuesta.

—Alguien tenía que empezar —dijo con terrible timidez.

—Tenía —repitió el coronel.

Sin saber muy bien lo que había querido decir, Branch no intentó definirse.

—Señor —dijo—, sí, señor.

—¿Le parece esto necesario?

—Ya hemos llegado demasiado lejos, señor.

—También a mí me gustaría creerlo así. ¿Qué espera conseguir, sin embargo?

—Es posible que esta vez podamos mirarles a los ojos —contestó Branch.

—¿Y luego?

Branch se sintió desnudo, estúpido y solo.

—Obligarles a responder.

—Sus respuestas serán falsas —dijo el coronel—. Siempre lo son. ¿Qué hacemos entonces?

—Obligarles a dejarlo, señor —contestó tras un momento de vacilación.

Sin poder contenerse, Ramada acudió en rescate de Branch.

—Con su permiso, señor —dijo—. Me presento voluntario para acompañar al mayor, señor.

—Y yo —dijo McDaniels adelantándose.

Desde diversos lados de la estancia, las otras tripulaciones también se presentaron como voluntarios. Sin necesidad de pedirlo, Branch se había agenciado toda una fuerza expedicionaria de helicópteros artillados. Era algo terrible, una demostración de apoyo muy cercana al parricidio. Branch inclinó la cabeza. En el fuerte suspiro que siguió, Branch se sintió liberado para siempre del corazón del viejo. Fue, sin embargo, una libertad solitaria la que encontró, una libertad que no deseaba, pero que ahora era suya.

—Vaya entonces —dijo finalmente el coronel.

04.10 horas

Branch voló bajo, con las luces apagadas y las palas hendiendo el cielo encapotado.

Los otros dos Apache le seguían muy de cerca, lobunos y feroces.

Imprimió al pájaro su velocidad de crucero de 145 kilómetros por hora. Había que acabar con este asunto. Al amanecer, habría tortas con beicon para su puñado de paladines, un rato de descanso y vuelta a empezar. A mantener la paz. A permanecer con vida.

Branch los guió a través de la oscuridad, mediante los instrumentos que tanto odiaba. Por lo que a él se refería, la tecnología de visión nocturna era un acto de fe innecesario. Pero esta noche, con el cielo vacío de todo, excepto su pelotón, y debido al extraño peligro de aquella nube de nitrógeno, invisible para el ojo humano, Branch prefirió basarse en lo que veía a través de su monóculo de enfoque de objetivo montado sobre el casco de vuelo y en los instrumentos ópticos.

La pantalla de asiento y sus monóculos mostraban una imagen virtual de Bosnia transmitida desde la base. Allí, un programa de software llamado Power Scene traducía todas las imágenes actuales de su zona obtenidas por los satélites, los mapas, un Boeing 707 Night Stalker que volaba a mucha altura y las fotografías diurnas. El resultado era una simulación tridimensional, obtenida casi en tiempo real. Por delante estaba el Drina, como desde hacía un rato.

Sobre su mapa virtual, Branch y Ramada no llegarían a Zulú Cuatro hasta poco después de encontrarse realmente allí. Se necesitaba práctica para acostumbrarse a eso. Las imágenes visuales tridimensionales son tan buenas que uno casi querría creer en ellas. Pero los mapas no son nunca verdaderos mapas del lugar hacia el que se va; sólo son correctos con respecto al lugar en el que ya se ha estado, como una memoria del futuro.

Zulú Cuatro se hallaba a diez grados al sureste de Kalejisa, en dirección a Srebrenica y otros campos de la muerte que bordeaban el río Drina. Buena parte de la peor destrucción se arracimaba a lo largo del río, en la frontera con Serbia.

Desde el asiento posterior del helicóptero, Ramada murmuró «Gloria» en cuanto aquello apareció ante su vista.

Branch apartó la atención del Power Scene para concentrarla en el escáner nocturno en tiempo real. Delante de sí, vio lo que Ramada quería decir.

La cúpula de gases que se elevaba sobre Zulú Cuatro era carmesí y formidable. Era como la evidencia bíblica de una grieta producida en el cosmos. Al acercarse más, el nitrógeno adquirió el aspecto de una flor enorme, cuyos pétalos se curvaban bajo el entoldado de los nimboestratos, a medida que los gases chocaban contra el aire frío y caían de nuevo. Incluso al situarse a su lado, la flor mortal apareció en su Power Scene como un banco de información desplegada, superpuesta en la pantalla. La escena cambió. Branch observó la imagen por satélite de sus Apache que ahora llegaban por donde ya habían pasado. «Buenos días», saludó a su tardía imagen.

—¿Lo estáis oliendo, muchachos? Corto.

Ése debía de ser McDaniels, el ametrallador situado a las ocho.

—Huele como un cubo lleno de Mr. Clean.

Branch conocía la voz; era la de Teague, en el helicóptero de detrás. Alguien empezó a tararear una melodía de la tele.

—Huele a meados.

Ése era Ramada, tan terminante como el hierro. Dejaos de dar tantas vueltas, quería decir.

Branch se puso a la altura del borde delantero del hedor y espiró inmediatamente.

Amoniaco. El nitrógeno brotaba de Zulú Cuatro. Olía efectivamente a orina, a podrida orina matinal de diez días. A cloaca.

—Máscaras —dijo, y se colocó la suya bien apretada contra los huesos de la cara.

¿Por qué correr riesgos? El oxígeno surgió frío y limpio, introduciéndose en los senos de su nariz.

El penacho se encogió, achaparrado, ancho, de unos cuatrocientos metros de altura.

Branch intentó valorar los posibles peligros con sus instrumentos y filtros de luz artificial. A la mierda con todo aquel material. Le informaba de bien poca cosa. Optó por la precaución.

—Atención —dijo—. Lovey, Mac, Teague, Schulbe, todos vosotros. Quiero que ocupéis posiciones a un grado del borde. Manteneos allí mientras Ram y yo trazamos un círculo alrededor de la bestia, en el sentido de las agujas del reloj.

Empezó a trazarlo mientras seguía hablando. ¿Por qué no en sentido contrario a las agujas del reloj? ¿Por qué no volar por encima?

—Procuraré efectuar toda la espiral y volar alto antes de regresar al grupo. Procuremos no meternos dentro de ahí hasta que todo esto no tenga algo más de sentido.

—Eso es música para mis oídos, jefe —aprobó Ramada, navegante del helicóptero—. Nada de aventuras. Nada de héroes.

A excepción de la foto que le había mostrado a Branch, Ramada aún tenía pendiente conocer a su bebé recién nacido en Norman, Oklahoma. No debería haber venido en esta salida, pero tampoco quiso quedarse atrás. Su voto de confianza sólo contribuyó a que Branch se sintiera peor. En momentos como éste, Branch detestaba su propio carisma. Era como una maldición para él. Más de un soldado había muerto siguiéndolo por el camino del diablo.

—¿Alguna pregunta?

Branch esperó. Ninguna. Se ladeó a la izquierda, alejándose rápidamente del grupo. Empezó a efectuar el rodeo, en el sentido de las agujas del reloj. Inició la espiral más ancha y se atrevió a acercarse más. El penacho tenía aproximadamente dos kilómetros de circunferencia en su parte más ancha.

Erizado de ametralladoras y cohetes, efectuó la vuelta completa a alta velocidad, por si algún cabeza de chorlito se ocultaba en el bosque de abajo con un SAM sobre el hombro y *slivovitz* en lugar de sangre. No estaba aquí para provocar una guerra, sino sólo para determinar algo extraño. Era evidente que allí ocurría algo, pero ¿qué?

Una vez completado el círculo, Branch se detuvo y observó sus helicópteros a la espera, formando un oscuro manojo en la distancia, con sus parpadeantes luces rojas.

—No parece que esto sea el hogar de nadie —dijo—. ¿Alguien ha visto algo?

—Nada —contestó Lovey.

—Negativo por aquí —dijo McDaniels.

En Molly, los allí reunidos compartían con Branch la visión electrónicamente aumentada.

—Su visibilidad no es buena, Elias.

Era la propia Maria—Christina Chambers.

—¿Doctora Chambers? —preguntó.

¿Qué demonios hacía ella en la red?

—Es lo de siempre, Elias. Los árboles no dejan ver el bosque. Estamos demasiado saturados de magnífica óptica. Las cámaras se ven afectadas por el nitrógeno, así que lo único que vemos es nitrógeno. ¿Alguna posibilidad de meterse dentro y echar un vistazo de primera mano?

Por mucho que aquella mujer le cayera bien, por mucho que deseara meterse allí y echar aquel condenado vistazo de primera mano, la vieja no tenía nada que hacer en su cadena de mando.

—Eso tiene que decidirlo el coronel —dijo.

—El coronel se ha marchado. Tengo la clara impresión de que le ha dado... libertad total.

El hecho de que Christie Chambers pudiera hacer peticiones directamente por el canal militar sólo podía significar que el coronel había abandonado, efectivamente, el centro de mando. El mensaje estaba claro. Puesto que Branch se había mostrado tan independiente, ahora tendría que arreglárselas por sí solo. En los tiempos antiguos, eso se parecía mucho al ostracismo. Branch se lo había ganado a pulso.

—Roger —dijo Branch inútilmente.

¿Y ahora qué? ¿Ir? ¿Quedarse? «Buscar las manzanas doradas del sol...»

—Estoy valorando la situación —comunicó—. Informaré de mi decisión. Corto.

Se mantuvo fuera del alcance de la densa masa opaca y la enfocó con la cámara y los sensores montados en el morro. Era como encontrarse ante el primer hongo atómico.

Si al menos pudiera ver algo... Nervioso por culpa de la tecnología, Branch apagó de pronto la visión nocturna de infrarrojos y se quitó el visor. Luego encendió los focos instalados bajo el vientre del helicóptero.

Instantáneamente, se desvaneció el espectro de una gigantesca nube de color púrpura.

Extendiéndose ante ellos, Branch vio un bosque... con árboles. Fuertes sombras alargadas y peladas. Cerca del centro, los árboles habían perdido las hojas. La liberación de nitrógeno de las noches anteriores las había destruido.

—¡Santo Dios! —la exclamación de Chambers le dolió en los oídos.

Un verdadero pandemónium se desató en las ondas.

—¿Qué demonios ha sido eso? —gritó alguien.

Branch no reconoció la voz, pero, a juzgar por los sonidos de fondo, parecía como si en Molly hubiese estallado un pequeño tumulto. Branch se puso tenso.

—Repitan. Corto —dijo.

—No me diga que no ha visto eso —dijo de nuevo Chambers—. Al apagar usted las luces...

La sala de mando sonaba como un guirigay de aves tropicales asediadas por el pánico. Alguien gritaba: «Llamad al coronel. Llamad al coronel. ¡Ahora mismo!». Otra voz pedía: «Contésteme, contésteme».

—¿Qué diablos es eso? —preguntó McDaniels desde el grupo que esperaba—. Corto.

Branch esperó con sus pilotos, escuchando el caos que se había producido en la base.

Luego surgió una voz militar. Era la sargento Jefferson, ante su ordenador.

—Eco Tango, ¿me recibe? Corto.

Resultó consolador escuchar su disciplina radiofónica.

—Aquí Eco Tango a base —contestó Branch—. La recibo alto y claro. ¿Qué ha ocurrido por ahí? Corto.

—Un gran movimiento en la alimentación del LandSat, Eco Tango. Algo está pasando ahí fuera. Los infrarrojos mostraron múltiples oscilaciones. ¿Dice que no ha visto nada? Corto.

Branch entrecerró los ojos para mirar a través del parabrisas. La lluvia parecía plastificada sobre el plexiglás, dificultando su visión. Incluyó el aparato hacia abajo para que Ramada pudiera mirar sin obstáculos. Desde esta distancia, el lugar parecía tóxico, pero pacífico.

—¿Ram? —preguntó desconcertado.

—No lo entiendo —dijo Ramada.

—¿Se ve mejor? —preguntó por el micrófono.

—Algo mejor —contestó Chambers—. Pero es difícil ver algo.

Branch se movió lateralmente para mejorar la visión y situó las luces de los focos alineadas en cero. Zulu Cuatro no estaba lejos, entre fuertes lanzas de bosque muerto.

—Ahí está —dijo Chambers.

Uno tenía que saber lo que buscaba. Era un gran agujero, abierto y lleno de agua de lluvia. Había palos flotando sobre la charca. Eran huesos. Branch lo supo instintivamente.

—¿Podemos obtener alguna ampliación? —preguntó Chambers.

Branch mantuvo la posición mientras en el campamento los especialistas intentaban mejorar la imagen. Allí, al otro lado del plexiglás, se extendía el Apocalipsis: pestilencia, muerte, guerra. Estaban todos, excepto el último jinete: el hambre. «Por la creación, ¿qué diantres estás haciendo aquí, Elías?»

—No es lo bastante buena —se quejó Chambers por los auriculares de su casco—. Lo único que estamos haciendo es aumentar la distorsión.

Iba a repetir su petición, Branch lo sabía muy bien. Ése era el siguiente paso lógico. Pero ya no tuvo la oportunidad.

—Ahí está de nuevo, señor —informó la sargento por la radio—. Cuento tres, corrección, cuatro figuras termales, Eco Tango. Muy claras. Muy vivas. ¿Sigue sin ver nada? Corto.

—Nada. ¿Qué clase de figuras, base? Corto.

—Parecen de tamaño humano. Por lo demás, no tengo más detalles. El LandSat no da suficiente resolución. Repito. Estamos viendo múltiples formas en movimiento alrededor del lugar. Aparte de eso, no hay definición.

Branch estaba tratando de tomar una decisión. ¿Se quedaba donde estaba o se metía en aquello? Se deslizó hacia la derecha, en busca de un ángulo mejor; luego lo hizo de lado, y finalmente ascendió, sin atreverse a acercarse ni un centímetro más. Ramada hacía funcionar los focos, a la caza. Se elevaron por encima de los árboles muertos.

—Manténgalo —dijo Ramada.

Desde arriba se veía la superficie del agua claramente agitada. No era una agitación salvaje. Pero tampoco la clase de ondulaciones causadas por las hojas caídas, por ejemplo. La pauta era demasiado arrítmica, demasiado viva.

—Observamos alguna clase de movimiento allá abajo —comunicó Branch—. Base, ¿están recogiendo algo de esto en nuestra cámara? Corto.

—Resultados muy confusos, mayor. Nada definitivo. Está usted demasiado lejos.

Branch miró el charco de agua con el ceño fruncido. Intentó encontrarle una explicación lógica. Pero, por encima del terreno, no observó nada que clarificase el fenómeno. No había gente, ni lobos, ni carroñeros. A excepción del movimiento que se percibía en la superficie del agua, no había vida en la zona.

Lo que causaba aquella perturbación tenía que estar debajo del agua. ¿Sería un pez? No era imposible, con los ríos desbordados y los arroyuelos que cruzaban el bosque. ¿Siluros? ¿Anguilas? Fueran lo que fuesen, se alimentaban en las profundidades. Y eran lo bastante grandes como para que los detectara un satélite de infrarrojos.

No tenía necesidad de saberlo. La misma necesidad que, por ejemplo, la de desentrañar una buena novela de misterio. Eso habría sido razón suficiente para Branch, de haberse encontrado a solas. Anhelaba acercarse más y esforzarse por sacarle la respuesta al agua. Pero no tenía libertad para obedecer sus impulsos. Tenía hombres a su mando. Un padre que aún no conocía a su hijo se sentaba en el asiento de atrás. Tal como estaba entrenado para hacer, Branch dejó que su curiosidad se marchitara, obedeciendo a su deber.

Repentinamente, la fosa común pareció elevarse hacia él.

Un hombre surgió del agua.

—Jesús! —exclamó Ramada.

El Apache se estremeció ante el reflejo asustado de Branch. Enseguida lo controló con firmeza, mientras observaba aquella cosa que no parecía terrenal.

—¿Eco Tango Uno? —preguntó el cabo conmocionado.

El hombre llevaba muerto desde hacía muchos meses. Lo que quedaba de él, hasta la cintura, se fue elevando lentamente por encima de la superficie, con la cabeza echada hacia atrás y las muñecas sujetas con alambre. Por un momento, pareció mirar fijamente al helicóptero, al propio Branch.

Incluso desde la distancia que los separaba, Branch comprendió lo que le había ocurrido a aquel hombre. Vestía como un maestro de escuela o como un contable, pero, en cualquier caso, no como un soldado. El alambre de embalar que le rodeaba las muñecas ya lo habían visto en otros prisioneros del campo de concentración serbio de Kalejisa. La cavidad de salida de la bala se abría de modo prominente en la parte posterior izquierda del cráneo.

Durante quizá unos cuarenta segundos, la carroña humana se sacudió sin moverse del lugar, como un ridículo maniquí. Luego, aquel ser de ficción se retorció hacia un lado y cayó pesadamente sobre la orilla de la fosa común, quedando la mitad dentro y la mitad fuera. Era casi como si le hubieran soltado de un soporte rígido después de haber surgido de las profundidades.

—¿Elias? —preguntó Ramada con un susurro.

Branch no respondió. «Tú mismo lo pediste y esto es lo que has conseguido», se dijo a sí mismo.

La regla Seis resonó en su mente: «No permitiré que se cometa ninguna atrocidad en mi presencia». La atrocidad ya se había producido, el asesinato, la fosa común. Todo en pasado. Pero esto, esta profanación, se cometía en su presencia. En su presencia actual.

—¿Ram? —preguntó.

Ramada supo lo que quería decir.

—Absolutamente —contestó.

Y, sin embargo, Branch no quiso entrar. Era un hombre enormemente cuidadoso, siempre lo había sido. Aún quedaban unos cuantos detalles más por dilucidar.

—Necesito una aclaración, base —comunicó—. Mi turbina funciona con aire. ¿Puede funcionar en esta atmósfera de nitrógeno?

—Lo siento, Eco Tango —contestó Jefferson—. No dispongo de información sobre eso.

Chambers intervino, entusiasmada.

—Es posible que pueda ayudar a contestar eso. Un segundo, consultaré con alguien de los nuestros.

«¿De los vuestros?», pensó Branch molesto. Las cosas empezaban a salirse de madre. Ella no tenía nada que hacer en la toma de esta decisión. Volvió a comunicarse con él un momento más tarde.

—Puede escucharlo directamente por boca del especialista, Elias. Lo dice Cox, químico forense de Stanford.

Se escuchó entonces una nueva voz.

—Oída su pregunta —dijo el hombre de Stanford—. ¿Funcionará un respirador de aire con su concentrado adulterado?

—Algo así —asintió Branch.

—Ah, hmm —dijo el de Stanford—. He consultado la espectrografía química descargada del LandSat hace cinco minutos. Es lo más parecido a la situación actual de que podemos disponer. El penacho muestra una concentración de un 89 por ciento

de nitrógeno. El nivel de oxígeno ha descendido a un 13 por ciento y dista mucho de ser normal. Parece que su nivel de hidrógeno es el que se ha visto más afectado. A lo grande. Así que ahí va la respuesta, ¿de acuerdo?

—Soy todo oídos —dijo Branch después de que el de Stanford hiciera una pausa.

—Sí —contestó el hombre.

—¿Sí, qué? —preguntó Branch.

—Sí. Puede entrar. No puede usted respirar esa mezcla, pero la turbina sí puede. Ningún problema.

El encogerse de hombros también era una actitud serbo-croata.

—Dígame una cosa. Si no hay ningún problema, ¿cómo es que yo no puedo respirar esa mezcla?

—Porque... —contestó el químico forense—, bueno, eso no sería probablemente muy prudente.

—Se me está acabando la paciencia, señor Cox —dijo Branch.

¡A la mierda con la prudencia! Escuchó el respingo del de Stanford.

—Mire, no me interprete mal —dijo el hombre—. El nitrógeno es un material bueno. La mayor parte de lo que respiramos es nitrógeno. La vida no existiría sin él. Allá, en California, la gente paga muchos dólares por obtenerlo. ¿Ha oído hablar alguna vez de las algas verdeazuladas? La idea consiste en enlazar el nitrógeno orgánicamente. Se supone que eso hace que la memoria dure para siempre.

—¿Es seguro? —le interrumpió Branch.

—Yo no aterrizaría, señor. Definitivamente, no se pose en tierra. A menos, naturalmente, que se haya vacunado contra el cólera, todos los tipos de hepatitis y probablemente la peste bubónica y también la peste negra. La biopeligrosidad sería muy alta con toda esa contaminación en el agua. Todo el helicóptero tendría que ser puesto en cuarentena.

—Última pregunta —dijo Branch con tono tenso, intentándolo una vez más—. ¿Volará mi helicóptero si me meto ahí?

—Última respuesta —contestó el químico sintetizándolo todo—: Sí.

El pozo de agua fétida parecía cuajar debajo de ellos. Los huesos se agitaban en la superficie. Las burbujas estallaban como en una sopa primigenia, como si allí hubiera miles de pulmones respirando. Menudo cuento.

Branch tomó una decisión.

—¿Sargento Jefferson? —llamó—. ¿Tiene a mano un arma?

—Sí, señor; desde luego, señor —contestó la sargento.

Dentro de la base, se les exigía que llevaran un arma de fuego en todo momento.

—Ponga usted una bala en la recámara, sargento.

—¿Cómo ha dicho, señor?

También se les exigía que no cargaran nunca un arma en la base, a menos que sufrieran un ataque directo.

Elias ya no soportaba aquella broma por más tiempo.

—El hombre que acaba de hablar conmigo por la radio —dijo—. Sargento, si se demuestra que estaba equivocado, quiero que le meta una bala en el cuerpo.

Por las ondas, Branch escuchó el bufido de aprobación de McDaniels.

—¿En la pierna o en la cabeza, señor?

Eso le gustó.

Branch tardó un minuto en situar todos los demás helicópteros de combate en posición, en los límites de la nube de gas, en comprobar por partida doble el estado de su armamento y en ajustarse bien la máscara de oxígeno.

—Está bien —dijo finalmente—. Veamos si conseguimos unas cuantas respuestas.

04.25

Entró en la nube desde lo alto, con su fiel navegante a la espalda, con la intención de descender a su propio ritmo. Quería ir despacio, detectar los peligros uno a uno. Con sus tres helicópteros de combate situados a su espalda, como arcángeles de la ira, Branch tenía la intención de ocupar esta devastada zona descendiendo desde lo alto.

Pero el especialista en química forense de Stanford estaba equivocado.

Los Apache no respiraban en aquella papilla nitrosa. Apenas llevaba diez segundos en ella cuando la neblina acida empezó a emitir furiosas chispas. Las chispas apagaron la llama de encendido que ya ardía en la turbina, y otras volvieron a encender el motor con una pequeña explosión por debajo de los rotores. El indicador de temperatura de los gases de escape se puso en rojo. La llama de encendido se convirtió en una llamarada de medio metro.

El trabajo de Branch exigía estar preparado para todas las emergencias. Parte de su entrenamiento como piloto implicaba conseguir una total confianza en sí mismo, y otra parte consistía en prepararse para la caída. Esta catástrofe mecánica en concreto era algo que nunca le había sucedido, a pesar de lo cual tuvo reflejos para afrontarla.

Cuando los rotores se aceleraron, lo corrigió. Cuando la máquina comenzó a fallar y los instrumentos se colapsaron, no experimentó pánico. La pérdida de potencia no pudo con él.

—Tengo un arranque en caliente —declaró Branch con calma.

Alimentado por nitrógeno, el forro metálico, por encima de sus cabezas, se convirtió en un feroz globo azulado, como el fuego de San Telmo.

—Autorrotación —anunció a continuación cuando la máquina, lógicamente, falló por completo. La autorrotación era un estado de parálisis mecánica—. Descendiendo —anunció sin emoción, sin culpa, con la naturalidad que da el sentido práctico.

—¿Le han alcanzado, mayor?

Podía contar con Mac, el Vengador.

—Negativo —lo tranquilizó Branch—. Ningún contacto. Nuestra turbina ha explotado.

Branch podría manejar un descenso en autorrotación. Suponía emplear uno de sus más viejos instintos, empujar la palanca hacia abajo y encontrar ese prolongado deslizamiento seguro que imita las condiciones de vuelo. Incluso con el motor muerto, las palas del rotor seguirían girando, impulsadas por la fuerza centrífuga, lo que permitía efectuar un rápido aunque brusco aterrizaje forzoso. Eso era lo que indicaba la teoría. A una velocidad de caída de 560 metros por minuto, todo eso se reducía a una alternativa de no más de treinta segundos.

Branch había practicado los ejercicios de autorrotación miles de veces, pero nunca en plena noche y en medio de un bosque tóxico. Sin energía, se le apagaron los focos. Se vio rodeado por la oscuridad y quedó asombrado por la rapidez con que sucedió todo. No había tiempo para adaptar su visión, para pasar a la visión nocturna artificial del monóculo. «Malditos instrumentos.» Aquello era su perdición. Debería haberse fiado de sus propios ojos. Por primera vez, experimentó temor.

—Estoy ciego —informó Branch con tono monótono.

Trató de apartar de su mente la imagen de los árboles esperando tragárselos. Depositó la fe en sus alas. «Mantén la inclinación y los rotores seguirán girando.»

El bosque muerto salió al encuentro de su imaginación, como las hojas de navajas automáticas en un callejón oscuro. Sabía que era una estupidez pensar que las copas de los árboles amortiguarían su caída. Hubiera querido disculparse con Ramada, el padre que aún era lo bastante joven como para ser su hijo. «¿En dónde nos hemos metido?»

Sólo entonces admitió su pérdida total de control.

—Mayday —informó.

Entraron en la línea de los árboles con un chirrido metálico, con las ramas desgarrando el aluminio, rompiendo los largueros de sustentación, elevándose para arrancar el alma de la máquina.

Durante unos pocos segundos más su descenso fue más un deslizamiento que una caída a plomo.

Las palas cortaron las copas de los árboles. Luego, los árboles cortaron las palas. El bosque los engulló. El Apache quedó destrozado. El ruido desapareció.

Empotrada de morro contra un árbol, la máquina se balanceó suavemente como una cuna bajo la lluvia. Branch levantó los puños de los controles y los soltó. Ya estaba hecho.

A pesar de sí mismo, perdió el conocimiento.

Se despertó con la garganta obturada. Tenía la mascarilla llena de vómito. En medio de la oscuridad y el humo agarró las correas, se liberó de la boquilla y aspiró profundamente el aire.

Percibió instantáneamente el sabor y el olor del veneno que le llegaba a los pulmones y a la sangre. Le desgarró la garganta. Se sintió enfermo, intensamente enfermo, contaminado hasta los mismos huesos. «La máscara», pensó alarmado.

Uno de sus brazos se negaba a funcionar. Colgaba delante de él. Con la mano sana tanteó para encontrar de nuevo la mascarilla. Vació el vómito y se apretó la goma contra la cara.

El oxígeno le ardió frío sobre las heridas producidas por el nitrógeno en su garganta.

—¿Ram? —preguntó con un crujido. No hubo respuesta—. ¿Ram?

Pudo percibir el vacío que había tras él.

Atrapado boca abajo, con los huesos rotos, con las alas cortadas, Elias hizo la única otra cosa que podía hacer, la única cosa que había ido a hacer allí. Había entrado en este oscuro bosque para ser testigo de un gran mal. Por eso se esforzó en mirar. Rechazó el delirio. Miró. Observó. Esperó.

La oscuridad se hizo menos intensa.

La mejora de la visibilidad no se debió a la llegada del amanecer, sino más bien a que su propia visión se adaptó a la oscuridad. Brotaron las formas. Apareció un horizonte de tonos grises.

Observó un extraño y tenso relampagueo que parpadeaba en el extremo más alejado de su parabrisas de plexiglás. Al principio pensó que era la tormenta, que encendía finos hilillos de gas. Los golpes de luz hacían destacar diversos objetos en el lecho del bosque, no tanto con una verdadera iluminación como a través de breves fogonazos.

Branch hizo esfuerzos por encontrarle sentido a las claves que se extendían a su alrededor, pero sólo pudo comprender que había caído desde el cielo.

—Mac —llamó por la radio.

Siguió con la mirada el cordón que conectaba el sistema de comunicaciones con su casco y vio que estaba cortado. Se hallaba aislado.

Su panel de instrumentos aún mostraba algunos aspectos de vitalidad. Diversas luces verdes y rojas parpadeaban, alimentadas por varias baterías. Sólo significaba que el moribundo aún estaba moribundo.

Comprendió que se había estrellado entre un amasijo de árboles caídos cerca de Zúlú Cuatro. Miró a través del plexiglás, sobre el que se extendía una fina telaraña; un elegante crucifijo se elevaba en las cercanías. Era un enorme y frágil icono, y se preguntó, casi confió, si algún guerrero serbio lo habría erigido como penitencia por esa fosa común. Pero Branch se dio cuenta entonces de que únicamente se trataba de una de las palas rotas de su rotor, que había quedado en ángulo recto con respecto al tronco de un árbol.

Trozos de chatarra ardían lentamente sobre el suelo de agujas y hojas empapadas. La humedad debía estar causada por la lluvia. Demasiado tarde se le ocurrió que aquella humedad también podía deberse a su propio combustible derramado. Lo que más le alarmó fue la lentitud con que empezó a sonar la alarma en su cabeza. Como procedente de muy lejos, registró la idea de que el combustible se podía incendiar y que debía salir de allí, sacar a su compañero, vivo o muerto, alejarse del helicóptero. Era imperativo, aunque no lo sintió así. Lo único que deseaba era dormir. «No.»

Elias aspiró intensamente oxígeno. Intentó prepararse para el dolor que iba a sufrir, como un buen atleta cuando las cosas se ponen difíciles...

Intentó incorporarse, empujando con los hombros contra el panel lateral, y los huesos rechinaron contra los huesos. La rodilla dislocada se le encajó y luego se le volvió a salir. Rugió de dolor.

Branch se hundió en su asiento, revitalizado por el *crescendo* de las terminaciones nerviosas. Todo le dolía. Echó la cabeza hacia atrás y encontró la mascarilla.

El panel se desprendió suavemente.

Aspiró con fuerza el oxígeno, como si eso pudiera hacerle olvidar el dolor que aún le quedaba por soportar. Pero el oxígeno únicamente le permitió ser más lúcido. Desde el fondo de su mente le llegaron los nombres de los huesos rotos. Qué horrible y extraño era este diagnóstico. Sus heridas eran muy elocuentes. Cada una de ellas parecía querer anunciarse con precisión, todas al mismo tiempo. El dolor era ensordecedor.

Elevó una mirada feroz hacia el cielo invisible. Allí no había estrellas, ni cielo. Nubes sobre nubes. Un techo sin fin. Sintió claustrofobia. «Sal de aquí.»

Aspiró una última bocanada de oxígeno, soltó la máscara y se quitó el inútil casco.

Con su único brazo bueno, Elias forcejeó para liberarse de la cabina. Cayó sobre la tierra. La gravedad lo acogió. Se sintió aplastado, como si se hiciera más y más pequeño.

En medio del dolor, un éxtasis distante abrió su extraña flor. La rótula dislocada volvió a encajarse y el alivio fue casi sexual.

—Dios —gimió—. Gracias, Dios mío.

Descansó, jadeando rápidamente, con la mejilla apoyada contra el barro. Concentró toda su atención en aquel éxtasis. Era algo diminuto entre todas las demás feroces sensaciones. Imaginó el umbral de una puerta. Si pudiera entrar allí, desaparecería todo el dolor.

Al cabo de unos minutos se sintió más fuerte. Lo bueno del caso era que perdía la sensibilidad de sus extremidades debido a la saturación de gas en su corriente sanguínea. Lo malo era el gas en sí mismo. El nitrógeno era inaguantable. Tenía el mismo sabor que las consecuencias.

—... Tango Uno... —oyó decir.

Levantó la mirada hacia la carcasa volcada de su Apache. La voz electrónica procedía del asiento trasero.

—Eco... ¿me escucha?

Se levantó, alejándose de la aplastante seducción de la tierra. Ni siquiera comprendía cómo era posible que pudiera moverse. Pero tenía que ocuparse de Ramada. Y los demás tenían que conocer los peligros.

Consiguió subir hasta quedar de pie junto al frío cuerpo de aluminio. El aparato estaba volcado de costado, mucho más destrozado de lo que imaginaba. Sujetándose

a un agarre de escalera, Branch miró hacia la cavidad posterior, preparándose para lo peor.

Pero el asiento trasero estaba vacío.

El casco de Ramada se hallaba sobre el asiento. La voz sonó de nuevo, tenue, pero ahora clara.

—Eco Tango Uno...

Branch tomó el casco y se lo colocó sobre su propia cabeza. Recordó que en su coronilla había una fotografía del recién nacido.

—Aquí Eco Tango Uno —dijo.

Su voz sonó ridícula en sus propios oídos, distorsionada y demasiado aguda, como en una película de dibujos animados.

—¿Ramada?

—Era Mac, encolerizado—. Deja de joder e informa. ¿Estáis bien? Corto.

—Aquí Branch.

Elias se identificó con aquella voz tan absurda. Se sentía conmocionado. El choque debía de haber afectado a su oído.

—¿Mayor? ¿Es usted? —La voz de Mac casi se extendió para tocarle—. Aquí Eco Tango Dos. ¿Cuál es su estado, por favor? Corto.

—Ramada ha desaparecido —informó Branch—. El aparato está totalmente destrozado.

Mac tardó unos segundos en absorber la información, pero luego recuperó el sentido profesional.

—Le tenemos localizado en el escáner térmico, mayor. Justo al lado de su pájaro. Mantenga la posición. Acudimos a prestarle ayuda. Corto.

—No —gimió Branch con su voz de pájaro—. Negativo. ¿Me entiende?

Mac y los demás helicópteros no respondieron.

—No intenten aproximación. Repito, no intenten aproximación. Los motores no soportarán este aire. Aceptaron su explicación de mala gana. —Ah, Roger, eso —dijo Schulbe.

—Mayor —intervino Mac—. ¿En qué estado se encuentra, por favor?

—¿Mi estado? —Más allá de todo sufrimiento y pérdida, no lo sabía. ¿Seguía siendo humano?—. Eso no importa.

—Mayor... —Mac hizo una pausa, sintiéndose violento—. ¿Qué ocurre con su voz, mayor? ¿Ellos también se habían dado cuenta? La doctora Christie Chambers lo escuchaba todo desde la base.

—Es el nitrógeno —diagnosticó. Pues claro, pensó Branch—. ¿Hay alguna forma de que vuelva a respirar oxígeno, Branch? Tiene que hacerlo.

Débilmente, Branch tanteó en busca de la máscara de oxígeno de Ramada, pero debía de haberse soltado con el choque.

—Ahí delante —dijo apagadamente.

—Vaya allí enseguida —le dijo Christie.

—No puedo —contestó Branch.

Eso significaba volver a moverse y, lo que era peor, abandonar el casco de Ramada y perder el contacto con el mundo exterior. No, prefería el contacto por radio antes que el oxígeno. La comunicación era información. La información era el deber. Y el deber era la salvación. — ¿Está herido?

Bajó la mirada hacia sus extremidades. Unos extraños dardos de color eléctrico ascendían tortuosamente por sus muslos; se dio cuenta de que los rayos de luz eran láseres. Sus helicópteros de combate peinaban la región, definiendo, objetivos para sus sistemas de armas.

— Hay que encontrar a Ramada — dijo —. ¿No puede verlo en su escáner?

Mac lo tenía fijado sobre él.

— ¿Puede moverse, señor?

— ¿Qué le estaban diciendo? Branch se apoyó contra el aparato, exhausto—. ¿Puede caminar, mayor? ¿Está en condiciones de abandonar la zona? Branch juzgó sus posibilidades, juzgó la noche.

— Negativo — contestó.

— Descanse, mayor. Aguante. Llega un equipo bioquímico desde Molly. Los bajaremos con cable. La ayuda está en camino, señor.

— Pero Ramada...

— No se preocupe, mayor. Lo encontraremos. Quizá sólo deba sentarse y descansar.

¿Cómo podía desaparecer un hombre de aquella forma? Incluso muerto, su cuerpo debería seguir emitiendo una señal de calor durante varias horas más. Branch levantó la mirada y trató de encontrar a Ramada colgado en alguna parte, entre las ramas de los árboles. Quizá había caído en aquellas aguas funerarias.

Entonces sonó otra voz por el audífono.

— Eco Tango Uno, aquí base. — Era la sargento Jefferson, con la voz pletórica de vitalidad. Elias hubiera deseado apoyar la cabeza contra aquel busto resonante—. No está solo — dijo Jefferson—. Dese por advertido, mayor. El LandSat indica movimiento no identificado hacia su lado nor-noroeste.

¿Nornoroeste? Sus instrumentos habían dejado de funcionar. Ni siquiera disponía de una maldita brújula. Pero Branch no se quejó.

— Es Ramada — predijo confiadamente.

¿Quién más si no podría estar allí? Después de todo, su navegante estaba con vida.

— Mayor — le advirtió Jefferson —, la imagen no lleva identificador de combate. No está confirmado que sea un amigo. Repito, no sabemos quién se acerca a usted.

— Es Ramada — insistió Branch.

El navegante debía de haber saltado del aparato estrellado y hacer lo que hacen los navegantes: orientarse.

— Mayor... — El tono de Jefferson había cambiado. A pesar de estar a la escucha de todo el mundo, aquello lo dijo exclusivamente para él—. Salga de ahí.

Branch se sujetó al costado del aparato. ¿Salir de allí? Pero si apenas podía moverse.

—Yo también lo detecto ahora —intervino Mac—. A quince metros de distancia. Va directamente hacia usted. Pero ¿de dónde demonios ha salido?

Branch miró por encima del hombro.

La densa atmósfera se abría como un espejismo. El intruso salió tambaleándose de entre los arbustos y los árboles. Los láseres apuntaron frenéticamente hacia el pecho, los hombros y las piernas de la figura. El intruso parecía envuelto en una rejilla de arte moderno.

—Tengo un blanco —dijo Mac.

—Yo también —intervino la voz monótona de Teague.

—Roger, a eso —dijo Schulbe.

Era como oír hablar a los tiburones.

—Si dice usted adelante, mayor, lo convertimos en humo.

—Negativo —comunicó Branch urgentemente por la radio, horrorizado ante sus luces. «¿De modo que así es como ha de ser mi enemigo?»—. Es Ramada. No disparen.

—Detecto más presencia —informó la sargento Jefferson—. Dos, cuatro, cinco imágenes más de calor, doscientos metros al sureste, coordenadas Charlie Mike ocho tres...

—¿Está seguro, mayor? —preguntó Mac interrumpiendo—. Asegúrese.

Los láseres no dejaron de apuntar. Siguieron trazando ensortijados dibujos sobre el soldado perdido. Incluso con la ayuda de sus garabatos neuróticos, con la fuerte claridad de su cercanía, Branch no estaba seguro de que quisiera estar seguro de que sólo se trataba de su navegante. Se aseguró de quién era por lo que quedaba de él. Su regocijo se apagó.

—Es él —dijo Branch tristemente—. Lo es.

A excepción de las botas, Ramada estaba desnudo, y sangraba de la cabeza a los pies. Ofrecía el aspecto de un esclavo escapado al que habían azotado hacía poco. Arrastraba los restos del uniforme por los tobillos. ¿Serbios?, se preguntó Branch impresionado.

Recordó a la multitud en Mogadiscio, a los *rangers* muertos arrastrados tras los vehículos, como víctimas de Aquiles. Pero para perpetrar aquella clase de salvajismo se necesitaba tiempo, y no podían haber transcurrido más de diez o quince minutos desde que se estrellaron. El choque, pensó; quizá fuera por el plexiglás. ¿Qué otra cosa podría haber hecho jirones su cuerpo?

—Bobby —lo llamó con suavidad. Roberto Ramada levantó la cabeza—. No —le susurró Branch.

—¿Qué ocurre ahí abajo, mayor? Corto.

—Sus ojos —dijo Branch. Le habían arrancado los ojos—. Se está desintegrando... Tango...

—Repítalo... Repítalo.

—Sus ojos han desaparecido.

—Repítalo, sus ojos ¿qué?

—Los bastardos le han arrancado los ojos.

—¿Los ojos? —preguntó Schulbe.

—Pero ¿por qué? —preguntó Teague.

Se produjo una pausa. Luego, alguien intervino desde la base.

—... nuevo avistamiento, Eco Tango Uno. ¿Lo ha entendido...?

—Detectamos un nuevo conjunto de figuras, mayor —interrumpió Mac con su voz cibernética—. Cinco figuras con calor. A pie. Avanzan hacia su posición.

Branch apenas lo escuchó.

Ramada se tambaleó, como si se sintiera sobrecargado por el peso de los rayos láser que le apuntaban. Entonces, Branch se dio cuenta de lo ocurrido.

Ramada había intentado huir a través del bosque. Pero no fueron los serbios los que le obligaron a regresar. El bosque mismo se había negado a dejarle pasar.

—Animales —murmuró Branch.

—Repítalo, mayor.

Animales salvajes. A las puertas del siglo XXI, el navegante de Branch acababa de ser devorado por animales salvajes.

La guerra había creado animales salvajes que antes sólo eran de compañía. Había liberado a las bestias de los zoológicos y de los circos, dejándolos sueltos. Branch no se sintió impresionado por la presencia de animales. Los abandonados túneles de las minas de carbón tenían que haber constituido un refugio ideal para ellos. Pero ¿qué clase de animales eran capaces de arrancar los ojos? Cuervos, quizá, pero no por la noche, al menos que Branch supiera. ¿Lechuzas, quizá? Pero seguramente no lo harían mientras la presa aún estuviera con vida.

—Eco Tango Uno...

—Bobby —repitió Branch.

Ramada se volvió hacia el lugar de donde procedía el sonido de su nombre y abrió la boca, como si intentara contestar. Lo que surgió fue más sangre, en lugar de sonidos. La lengua también le había desaparecido.

Entonces, Branch vio el brazo. El brazo izquierdo de Ramada había sido arrancado de toda su carne por debajo del codo. El antebrazo no era más que hueso recién descubierto.

El cegado navegante quiso suplicar a su salvador, pero lo único que surgió de su garganta fue un maullido.

—Eco Tango Uno, por favor, informe.

Branch se quitó el casco y lo dejó colgando del cordón, fuera de la cabina. Mac, la sargento Jefferson y Christie Chambers tendrían que esperar. Ahora tenía que realizar un acto de misericordia. Si no detenía a Ramada, el hombre seguiría adentrándose en el bosque. Se ahogaría en el agua de la fosa común o los carnívoros darían cuenta de él.

Reuniendo toda la fortaleza que le daban sus orígenes, en los Apalaches, Branch se incorporó y se alejó del helicóptero. Dio un paso hacia su pobre navegante.

—Todo irá bien —le dijo a su amigo—. ¿Puedes acercarte más a mí?

Ramada estaba al borde de la locura. Pero respondió. Se volvió en dirección a Branch. Sin darse cuenta de lo que hacía, el horrible hueso se levantó para tomar la mano de Branch, a pesar de que no tenía mano.

Branch evitó la amputación y pasó un brazo alrededor de la cintura de Ramada, acercándolo. Ambos se derrumbaron contra los restos de su helicóptero.

El horrible estado en que se encontraba Ramada fue una especie de bendición para Branch, que se sintió liberado. Ahora podía fijar la atención en heridas mucho peores que las suyas. Colocó al navegante de través sobre su regazo y apartó el barro y la viscosidad sanguinolenta de su cara.

Mientras sostenía al amigo entre los brazos, Branch escuchó el sonido procedente del casco colgante.

—... Uno, Eco Tango Uno... —seguía oyéndose, como un mantra.

Se sentó en el barro, con la espalda apoyada contra la nave, aferrando a su ángel caído, como una *pietá* entre el barro. Afortunadamente, las extremidades de Ramada colgaban flácidas.

—Mayor —canturreó la voz de Jefferson en el silencio casi total—. Está en peligro. ¿Lo ha entendido?

—Branch. —La voz de Mac sonó violenta, agotada y llena de preocupaciones allá arriba—. Van a por usted. Si me puede escuchar, cúbrase. Tiene que ponerse a cubierto.

Ellos no comprendían nada. Ahora, todo estaba en orden. Lo único que quería era dormir. Mac seguía gritando.

—...a treinta metros de distancia. ¿Puede verlos?

Si hubiera podido llegar hasta el casco de la radio, Branch les habría dicho que se calmaran. Su conmoción agitaba a Ramada que, evidentemente, también les oía. Cuanto más gritaban ellos, más gemía y aullaba el pobre Roberto.

—Silencio, Bobby, tranquilo —le dijo Branch acariciándole la ensangrentada cabeza.

—Veinte metros. La muerte está delante, mayor. ¿Los ve? ¿Lo entiende?

Branch disculpó interiormente a Mac. Entrecerró los ojos para mirar hacia el espejismo nitroso que los envolvía. Era casi como mirar a través de un vaso de agua. La visibilidad era de veinte pasos, no de veinte metros. Y más allá, el bosque aparecía deformado, como en un sueño. Le dolía la cabeza. Estuvo a punto de vomitar. Entonces, captó un movimiento.

El movimiento era periférico. Hacía más pronunciadas las profundidades, como un poco de palidez en los bosques oscuros. Miró hacia un lado, pero ya había desaparecido.

—Se abren en abanico, mayor, al estilo de los cazadores antes de rematar a su presa. Si lo entiende, lárguese de ahí. Repito, inicie huida y evasión.

Ramada repetía algo incongruente, como un idiota. Branch intentó calmarlo, pero el navegante se hallaba dominado por el pánico. Apartó la mano de Branch y lanzó un aullido terrible hacia el bosque muerto.

—Tranquilo —susurró Branch.

—Le vemos en el infrarrojo, mayor. Suponemos que no puede moverse. Si lo entiende, levante el culo.

Ramada iba a descubrir su posición con sus aullidos.

Branch miró a su alrededor y allí, a mano, la máscara de oxígeno colgaba junto al aparato. La tomó y la sostuvo contra el rostro de Ramada.

Funcionó. Ramada dejó de aullar. Absorbió varias bocanadas de oxígeno.

Momentos después, unos espasmos se apoderaron de él.

Más tarde, nadie acusaría a Branch por su muerte. Incluso después de que los forenses del ejército dictaminaran que la muerte de Ramada había sido accidental, pocos creían que Branch no hubiera tenido la intención de matarlo. Algunos creían que eso únicamente demostraba su compasión hacia aquella mutilada víctima. Otros dijeron que sólo demostraba el instinto de supervivencia de un guerrero que, teniendo en cuenta las circunstancias, no tenía otra alternativa.

Ramada se agitó en los brazos de Branch. Se arrancó la máscara de oxígeno y su agonía estalló en un aullido.

—Todo irá bien —le dijo Branch, y volvió a colocarle la máscara sobre la cara.

La espina dorsal de Ramada se arqueó. Sus mejillas se hincharon y deshincharon. Se agarró a Branch con su única mano.

Branch aguantó. Obligó a que el oxígeno penetrara en Ramada como si fuera morfina. Lentamente el muchacho dejó de forcejear. Branch estaba seguro de que eso sólo significaba que se había quedado dormido.

La lluvia seguía repiqueteando contra el Apache.

El cuerpo de Ramada se quedó flácido.

Branch escuchó pasos. El sonido se desvaneció. Levantó la máscara. Ramada estaba muerto.

Consternado, Branch le buscó el pulso. Sacudió el cuerpo, que ya no sufría ningún tormento.

—¿Bobby? —preguntó.

Más tarde lo comprenderían. A doscientos cuarenta y seis metros sobre el nivel del mar, en un bosque perdido en los Balcanes, Ramada acababa de morir a causa de la descompresión.

—¿Qué he hecho? —se preguntó Branch en voz alta.

Acunó al navegante en sus brazos. Desde el casco brotaban palabras...

—... abajo... todo alrededor...

—Rodeado. Prepárese para...

—Mayor, discúlpeme... Póngase a cubierto... se lo ordeno.

La sargento Jefferson administró los últimos sacramentos.

—En el nombre del Padre y del Hijo...

Los pasos regresaron, demasiado pesados para ser humanos, demasiado rápidos.

Branch apenas levantó la vista a tiempo. La pantalla nitrosa se abrió de pronto.

Estaba equivocado. Lo que surgió del espejismo no fueron animales; al menos no se parecían a ninguno que existiera sobre la tierra. Y, sin embargo, los reconoció.

—Dios —murmuró con los ojos muy abiertos.

—Fuego —ordenó Mac.

Branch había intervenido en combates, pero nunca en ninguno como aquél. Aquello no fue un combate. Fue el fin del tiempo.

La lluvia se convirtió en metal. Sus miniametralladoras eléctricas barrieron la tierra, se introdujeron bajo el rico suelo, hicieron desaparecer las hojas, las setas y las raíces. Los árboles cayeron en columnas, como un castillo hecho añicos. Su enemigo se volvió, dispuesto a matar.

Los helicópteros de combate se mantenían en el aire, invisibles, a un kilómetro de distancia y así, durante los primeros segundos, Branch sólo vio cómo el mundo se volvía del revés dentro del más completo silencio. La tierra hirvió con las balas.

La tormenta adquirió nueva fuerza cuando llegaron sus cohetes.

La oscuridad se desvaneció por completo.

Ningún hombre podía sobrevivir a aquella luz.

Duró una eternidad.

Encontraron a Branch todavía sentado, con la espalda apoyada contra el destrozado helicóptero, sosteniendo a su navegante entre los brazos. La piel metálica apareció negra, chamuscada y caliente al tacto. Como una sombra a la inversa, el aluminio que había detrás de su espalda marcaba el pálido perfil de su cuerpo, y el metal estaba inmaculado, protegido por la carne y por el espíritu.

Después de aquello, Branch ya nunca volvió a ser el mismo.

4

PERINDE AC CADÁVER

*Es por tanto necesario que marquemos diligentemente y espiemos
a este ser... Llevad cuidado con él, para que no nos persuada.*

RUDOLPH WALTHER, «*El Anticristo, por así decirlo: Un verdadero informe...*» (1576)

Java

1998

Fue una comida de amantes, con frambuesas cogidas en las laderas del Gunung Merapi, un frondoso volcán que se elevaba imponente bajo la luna creciente. A juzgar por el gran entusiasmo del anciano por las frambuesas, nadie diría que se estaba muriendo. Sin azúcar y, ciertamente, sin nata. El gusto de De l'Orme por las frambuesas maduras era algo digno de ver. Fresa a fresa, Santos seguía rellenando el cuenco del anciano con las que tenía en el suyo.

De l'Orme se detuvo y volvió la cabeza.

—Ése será él —dijo.

Santos no escuchó nada, pero se limpió los dedos con la servilleta.

—Discúlpeme —dijo, y se levantó rápidamente para abrir la puerta.

Miró hacia la noche. Hubo un apagón y había ordenado que se encendiera un brasero en el camino. Al no ver a nadie, pensó que los agudos oídos de De l'Orme se habían equivocado, para variar. Pero entonces vio al viajero.

El hombre estaba inclinado ante él, sobre una rodilla, envuelto en la oscuridad, limpiándose el barro de los zapatos negros con un puñado de hojas. Tenía las manos grandes de albañil y el cabello blanco.

—Entre, por favor —le dijo Santos—. Permítame ayudarle.

Pero no le ofreció una mano.

El viejo jesuita observó estos detalles, el abismo existente entre una palabra y un acto. Dejó de limpiarse el barro.

—Ah, bien —dijo—. De todos modos, aún no he terminado de caminar esta noche.

—Deje los zapatos fuera —insistió Santos, que luego intentó dulcificar su tono de regaño por otro de generosidad—. Despertaré al muchacho para que los limpie. —

El jesuita no dijo nada, juzgándole. Eso hizo que el joven se sintiera todavía más violento—. Es un buen muchacho —añadió.

—Como quiera —se limitó a decir el jesuita.

Dio un tirón al cordón y el nudo se soltó con un ruido seco. Desató el otro y se irguió.

Santos retrocedió, asombrado ante la altura y la estructura ósea tan cruda y recia de aquel hombre. Con sus duras angulosidades y su mentón de boxeador, el jesuita parecía construido por un carpintero, de ribera, capaz de resistir largos viajes.

—Thomas. —De l'Orme estaba de pie en la penumbra de una lámpara de ballenero, con los ojos velados tras unas pequeñas gafas ennegrecidas—. Llegas tarde. Empezaba a pensar que los leopardos habían podido contigo. Y ahora fíjate, ya hemos terminado de cenar sin ti.

Thomas se adelantó hacia el magro banquete de frutas y verduras y observó los diminutos huesos de una paloma, la exquisitez local.

—Mi taxi se estropeó —explicó—. La caminata resultó más larga de lo esperado.

—Tienes que estar muy cansado. Habría enviado a Santos a la ciudad á buscarte, pero me dijiste que conocías Java.

Las velas encendidas sobre el alféizar iluminaban desde atrás su cráneo calvo, dándole un halo mantecoso. Thomas escuchó un ligero tintineo en la ventana, como el producido por monedas de una rupia arrojadas contra el cristal. Al acercarse más observó a gigantescas mariposas nocturnas e insectos como palos, que se esforzaban furiosamente por llegar hasta la luz.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Thomas.

—Sí, mucho tiempo —asintió De l'Orme sonriente—. ¿Cuántos años? Pero ahora hemos vuelto a vernos.

Thomas miró a su alrededor. Era una estancia grande para un *pastoran* rural, el equivalente católico holandés de una rectoría, incluso para un invitado tan distinguido como De l'Orme. Imaginó que se había demolido una pared para duplicar el espacio de trabajo de De l'Orme. Suavemente sorprendido, observó los gráficos, las herramientas y los libros. A excepción de una mesa de despacho muy bien pulida, perteneciente a la época colonial y llena de papeles, la estancia no parecía propia de De l'Orme.

Observó la habitual acumulación de estatuaría religiosa, fósiles y artefactos con los que todo etnólogo de campo decora su «hogar». Pero por debajo de eso, como fijando aquellos fragmentos y piezas de descubrimientos cotidianos, existía un principio organizativo que indicaba la mano de De l'Orme, el genio, tanto como su disciplina. De l'Orme no era particularmente modesto, pero tampoco la clase de persona que ocupa toda una estantería con sus poemas publicados y sus memorias de dos volúmenes, dejando otra para las monografías sobre parentesco, paleoteleología, medicina étnica, botánica, religiones comparadas, etcétera. Tampoco habría dispuesto, como si de un santuario se tratara, a solas, sobre la estantería más alta, su infame *La matière du coeur* (La materia del corazón), su defensa marxista del

socialista *Le coeur de la matière*, de Teilhard de Chardin. Ante la petición expresa del Papa, Chardin se había retractado, destruyendo así la reputación alcanzada entre sus compañeros científicos. De l'Orme no se había retractado, lo que obligó al Papa a expulsar a este hijo pródigo y condenarlo a la oscuridad. Thomas decidió que sólo podía haber una explicación para esta orgullosa exhibición de obras: el amante. Posiblemente, De l'Orme no sabía cómo se habían colocado los libros.

—Naturalmente, tenía que encontrarte aquí, como un hereje entre sacerdotes — le reprendió Thomas a su viejo amigo. Hizo un ligero gesto con la mano, hacia Santos —. Y en estado de pecado. O, dime, ¿es acaso uno de los nuestros?

—¿Lo ves? —exclamó De l'Orme dirigiéndose a Santos con una risa—. Tan contundente como el hierro en lingotes. ¿No te lo había dicho? Ah, pero no dejes que eso te confunda.

Santos no se dejó aplacar.

—¿Uno de quién, por favor? ¿Uno de ustedes? Desde luego que no. Soy un científico.

De modo que este tipo tan orgulloso no era otro simple perro lazarillo, pensó Thomas. De l'Orme se había decidido finalmente a aceptar a un protegido. Volvió a mirar al joven para obtener una segunda impresión, que apenas fue algo mejor que la primera. Llevaba el pelo largo, barba de chivo y una camisa limpia de campesino. Ni siquiera se veía suciedad bajo las uñas.

—Pero Thomas también es un científico —dijo De l'Orme sin dejar de reír, burlándose de su joven compañero.

—Si tú lo dices... —replicó Santos.

—Sí, lo digo yo —afirmó De l'Orme poniéndose serio—. Y un buen científico, curtido y probado. El Vaticano tiene mucha suerte de poder contar con él. Como su enlace científico, aporta la única credibilidad que les queda en la época moderna.

Thomas no se sintió halagado por la defensa. De l'Orme se tomaba personalmente el prejuicio según el cual un sacerdote no podía ser un pensador sobre el mundo natural, pues al desafiar a la Iglesia y colgar los hábitos había descartado en cierto modo a su Iglesia. Por eso, al hablar como lo hacía, expresaba su propia tragedia.

Santos volvió la cabeza a un lado. De perfil, su elegante barba de chivo era como un detalle orgulloso sobre su exquisita barbilla a lo Miguel Ángel. Como todas las adquisiciones de De l'Orme, era físicamente tan perfecto que a uno no le quedaba más remedio que preguntarse si el ciego estaba realmente tan ciego. Quizá la belleza tuviera un espíritu propio, reflexionó Thomas.

Desde lejos, Thomas reconoció la música celestial producida por el *gamelan*. Según decían, se necesitaba toda una vida para saber apreciar las cuerdas de cinco notas. El *gamelan* nunca fue tranquilizador para él. Hacía que se sintiera incómodo. Java no era un lugar fácil para aparecer de aquel modo.

—Discúlpame —dijo—, pero tengo un itinerario muy apretado esta vez. Me han programado la salida de Yakarta a las cinco de la tarde de mañana, lo que quiere

decir que he de estar de regreso en Yogya al amanecer. Y ya he desperdiciado buena parte de nuestro tiempo al llegar tan tarde.

—Permaneceremos despiertos toda la noche —gruñó De l'Orme—. Supongo que nos concederán un poco de tiempo para hablar.

—En ese caso podemos bebemos una de estas —dijo Thomas abriendo su bolsa—. Pero será mejor que lo hagamos rápidamente.

De l'Orme aplaudió, imaginando lo que era.

—¿El Chardonnay? ¿Mi cosecha del sesenta y dos? —Pero sabía muy bien que sería eso. Siempre lo era—. El sacacorchos, Santos. Espera a probar esta delicia y verás. Y trae también algo de *guág* para nuestro querido vagabundo. Es una especialidad local, Thomas, a base del fruto del árbol del pan, con pollo y tofu, hervido a fuego lento en leche de coco...

Con expresión de sufrimiento, Santos fue a buscar el sacacorchos y a calentar la comida. De l'Orme meció dos de las tres botellas que Thomas había sacado cuidadosamente.

—¿Atlanta?

—Del Centro de Control de Enfermedades —identificó Thomas—. Se han descubierto nuevas cepas del virus en la región de Horn...

Durante la hora siguiente, atendidos por Santos, los dos hombres sentados ante la mesa repasaron sus «recientes» aventuras. De hecho, hacía diecisiete años que no se veían. Finalmente, abordaron el trabajo que les ocupaba.

—Se supone que no deberías estar excavando aquí —dijo Thomas.

Santos estaba sentado a la derecha de De l'Orme y apoyó los codos sobre la mesa. Llevaba toda la velada esperando esta ocasión.

—Seguramente, no podrá considerar esto como una excavación —dijo—. Los terroristas pusieron una bomba. No somos más que simples curiosos de paso que examinan una herida abierta.

Thomas no hizo caso de la argumentación.

—Bordubur ha quedado fuera de los límites de la arqueología. No se deberían perturbar estas regiones bajas, en las montañas. La UNESCO mandó que no se dejara al descubierto o se dismantelara ningún muro. El gobierno indonesio prohibió la exploración del subsuelo. No se podían hacer trincheras ni zanjas.

—Discúlpeme, pero debo decirle, una vez más, que no excavamos zanjas. Explotó una bomba. Hemos venido, simplemente, a echar un vistazo en el agujero.

De l'Orme intentó una maniobra de diversión.

—Algunos creen que la bomba fue obra de fundamentalistas musulmanes. Pero yo creo que es el viejo problema de siempre: traslados de población. La política demográfica del gobierno. Es muy impopular. Resitúan forzosamente a la gente, a la que trasladan desde las islas más pobladas a las menos habitadas. Son los peores efectos de la tiranía.

Thomas, sin embargo, no aceptó aquella desviación.

—Se supone que no deberías estar aquí —repitió—. Estás traspasando los límites. Imposibilitarás que aquí se lleve a cabo cualquier otra investigación.

Santos tampoco se distrajo.

—*Monsieur* Thomas, ¿no es cierto que fue precisamente la Iglesia la que convenció a la UNESCO y a los indonesios para que prohibieran trabajar a estas profundidades? ¿Y no fue usted, personalmente, el encargado de detener el proyecto de restauración de la UNESCO?

De l'Orme sonrió con expresión inocente, como si se preguntara de qué forma se había enterado su secuaz de aquellos hechos.

—Lo que usted dice sólo es verdad a medias —contestó Thomas.

—¿Las órdenes vinieron de usted?

—A través de mí. La restauración fue completa.

—La restauración quizá, pero no la investigación, eso es evidente. Los eruditos han contado hasta ocho civilizaciones amontonadas aquí. Ahora, en el término de apenas tres semanas, hemos encontrado pruebas de dos civilizaciones más, por debajo de todas ellas.

—En cualquier caso —dijo Thomas—. He venido para sellar la excavación. A partir de esta misma noche está terminada.

Santos dio un manotazo sobre la mesa.

—¡Qué desgracia! Di algo —pidió, apelando a De l'Orme.

La respuesta brotó prácticamente como un susurro.

—*Perinde ac cadáver*.

—¿Qué?

—Como un cadáver —dijo De l'Orme—. El *perinde* es la primera regla de la obediencia jesuita. «No me pertenezco a mí mismo, sino al que me ha hecho y a su representante. Tengo que comportarme como un cadáver, que no posee ni voluntad ni entendimiento.»

El joven palideció.

—¿Es eso cierto? —preguntó.

—Oh, sí, lo es —asintió De l'Orme.

El *perinde* parecía explicar muchas cosas. Thomas vio cómo Santos miraba a De l'Orme con expresión compasiva, evidentemente conmovido por la terrible ética que en otro tiempo había obligado a su frágil mentor.

—Bien —dijo Santos finalmente, mirando a Thomas—. Eso no nos concierne a nosotros.

—¿No? —preguntó Thomas.

—Exigimos la libertad de mantener nuestros propios puntos de vista. Absolutamente. Su obediencia no es para nosotros.

«Nosotros, no para mí», pensó Thomas, que empezaba a sentir afecto por aquel joven.

—Pero alguien me invitó a venir para ver una imagen tallada en piedra —dijo Thomas—. ¿No es eso un acto de obediencia?

—Eso no lo hizo Santos, te lo aseguro —intervino De l'Orme con una sonrisa—. Al contrario, discutió conmigo durante horas, oponiéndose a que te lo dijéramos. Llegó incluso a amenazarme cuando te envié el fax.

—¿Y por qué todo eso? —preguntó Thomas.

—Porque la imagen es natural —contestó Santos—, y ahora intentará usted que sea sobrenatural.

—¿El rostro del mal puro? —preguntó Thomas—. Así fue como De l'Orme me lo describió. No sé si eso es natural o no.

—No es el verdadero rostro, sino sólo una representación. La pesadilla de un escultor.

—Pero ¿y si representara un rostro real? Un rostro con el que estamos familiarizados por haberlo visto en otros artefactos y lugares. ¿Qué otra cosa puede ser más natural?

—¿Lo ve? —se quejó Santos—. Invertir el sentido de mis palabras no cambia lo que usted busca, mirar a los ojos del propio diablo, aunque sólo sean los ojos de un hombre.

—Hombre o demonio, eso soy yo quien debe decidirlo. Forma parte de mi trabajo. Reunir todo aquello que ha quedado registrado a través del tiempo humano y formar con ello una imagen coherente. Verificar la evidencia de las almas. ¿Habéis tomado fotografías?

Santos guardó silencio.

—Dos veces —le contestó De l'Orme—. Pero la primera serie de fotografías se estropeó con el agua, y Santos me dice que la segunda está muy oscura como para ver nada. Y la batería de la videocámara se ha agotado. Llevamos varios días sin electricidad.

—¿Habéis tomado entonces un molde de escayola? La talla es en altorrelieve, ¿no es así?

—No ha habido tiempo. La tierra no hace más que derrumbarse, o el agujero se llena de agua. No es una verdadera trinchera y este monzón es peor que una plaga.

—¿Quieres decir que no existe ningún registro? ¿Ni siquiera después de tres semanas?

Santos parecía sentirse azorado. De l'Orme acudió en su rescate.

—Pasado mañana dispondremos de registros abundantes. Santos me ha prometido no regresar de esas profundidades hasta que haya registrado la imagen, después de lo cual podrá sellarse el pozo, naturalmente.

Thomas se encogió de hombros en vista de lo inevitable. No le correspondía a él detener físicamente a De l'Orme o a Santos. Los arqueólogos no lo sabían todavía, pero se encontraban en una carrera contra algo más que el tiempo. Al día siguiente llegarían soldados del ejército indonesio para cerrar la zanja y enterrar las misteriosas columnas de piedra bajo toneladas de material volcánico. Thomas se alegraba de estar lejos para entonces. No disfrutaría viendo a un ciego discutiendo con bayonetas.

Era casi la una de la madrugada. En la lejana distancia, el *gamelan* sonaba aún entre los volcanes, se casaba con la luna y seducía al mar.

—Me gustaría ver el fresco —dijo Thomas.

—¿Ahora? —gritó Santos.

—Eso era lo menos que esperaba —dijo De l'Orme—. Ha recorrido quince mil kilómetros sólo por eso. Vamos.

—Muy bien —asintió Santos—, pero yo lo llevaré. Tú necesitas descansar, Bernard.

Thomas percibió la ternura en las palabras y, por un instante, casi sintió envidia.

—Tonterías —dijo De l'Orme—. Yo también voy.

Subieron por el camino, a la luz de la linterna, llevando viejos paraguas de tela envuelta en los mangos de bambú. El aire rezumaba tanta agua que casi no era aire. Parecía como si el cielo fuera a abrirse en cualquier instante, dando paso a una inundación. No podía decirse que aquellas fueran las lluvias del monzón javanés. Era un fenómeno más parecido a la erupción de los volcanes, tan regular como un reloj, tan humilde como Jehová.

—Thomas —dijo De l'Orme—, esto es anterior a cualquier cosa. Es muy antiguo. El hombre todavía vivía en los árboles en aquella época. Aún tenía que inventar el fuego y pintar con sus dedos las paredes de las cuevas. Eso es lo que me asusta. Estas gentes, fueran quienes fuesen, no deberían tener las herramientas para partir el pedernal y mucho menos para tallar la piedra, hacer retratos o erigir columnas. Esto no debería existir. Thomas lo consideró un momento. Pocos lugares en la Tierra contenían más antigüedades humanas que Java. El hombre de Java, el *Pithecanthropus eredus*, más conocido como *Homo erectus*, se había descubierto a sólo unos pocos kilómetros de donde se encontraban, en Trinil y Sangiran, junto al río Solo. Los antepasados del hombre recogían frutas de estos árboles desde hacía un cuarto de millón de años. Y también se mataban y se comían unos a otros. Las pruebas fósiles también dejaban eso bien claro.

—Mencionaste un friso con figuras grotescas.

—Seres monstruosos —dijo De l'Orme—. Allí es adonde te llevo ahora. A la base de la columna C.

—¿Podría tratarse de un autorretrato? Quizá fueran homínidos. Quizá poseyeran talentos muy superiores a lo que se ha creído.

—Quizá —asintió De l'Orme—. Pero también está la cara. Era precisamente la cara por lo que Thomas había venido desde tan lejos.

—Dijiste que era horrible.

—Oh, la cara no es tan horrible. Ése es el problema. Es un rostro humano. Una cara humana.

—¿Humana?

—Podría ser la tuya. —Thomas se volvió para mirar al ciego—. O la mía —añadió De l'Orme—. Lo horrible es el contexto en que aparece. Esa cara tan corriente contempla escenas de salvajismo, degradación y monstruosidad. —¿Y?

—Esto es todo. Simplemente, observa. Y uno se da cuenta de que en ningún momento apartará la mirada. No sé, pero parece satisfecho. He palpado la escultura —dijo De l'Orme—. Hasta su tacto es insatisfactorio. Esa yuxtaposición de normalidad y caos es de lo más insólito y, al mismo tiempo, es algo banal, prosaico.

Eso es lo más intrigante. Está completamente desconectado de su edad, sea cual fuere.

Los cohetes y los tambores resonaban desde los pueblos diseminados por el valle. El Ramadán, el mes del ayuno musulmán, había terminado el día anterior. Thomas observó el difuso contorno de las montañas. Las familias celebrarían festines. Pueblos enteros permanecerían despiertos hasta el amanecer, viendo la representación de las obras de sombras llamadas *wayang*, con marionetas bidimensionales haciendo el amor y entablando batallas, como sombras proyectadas sobre una sábana. Al amanecer, el bien triunfaría sobre el mal, la luz sobre la oscuridad: el habitual cuento de hadas.

Una de las montañas se separaba en la media distancia, bajo la luz de la luna, para convertirse en las ruinas de Bordubur. Se suponía que la enorme estupa era una representación del monte Meru, una especie de Everest cósmico. Enterrada durante más de un milenio por una erupción del Genung Merapi, Bordubur era la más grande de las ruinas. En ese sentido, era el palacio y la catedral de la muerte, todo en uno, una pirámide para el sureste de Asia.

El billete de entrada era la muerte, al menos simbólicamente. Se entraba cruzando las fauces de una feroz bestia devoradora festoneada con cráneos humanos, la diosa Kali. Inmediatamente se encontraba uno sumido en un mundo del más allá, como un laberinto. Casi diez mil metros cuadrados o cinco kilómetros de «muro histórico» tallado acompañaban a cada viajero. En ese muro se contaba una historia casi idéntica al infierno y el paraíso de Dante. Al pie, los paneles tallados mostraban a una humanidad atrapada en el pecado y representaba horribles castigos a cargo de seres infernales. Para cuando se «ascendía» a una meseta de redondeadas estupas, Buda había guiado a la humanidad hacia la iluminación, a partir de su estado de *janisara*. Pero aquella noche no habría tiempo para eso. Se marchaba a las dos y media.

—¿Pram? —llamó Santos en la oscuridad, por delante de ellos—. *Asalam alaikum*. Thomas conocía el saludo. La paz sea contigo. Pero no hubo respuesta.

—Pram es un guardia armado contratado para vigilar el yacimiento —explicó De l'Orme—. En otro tiempo fue un famoso guerrillero. Como ya puedes imaginar, es bastante viejo, y probablemente estará bebido.

—Qué extraño —susurró Santos—. Quedaos aquí.

Ascendió por el sendero y se perdió de vista.

—¿A qué viene esa actitud melodramática? —preguntó Thomas.

—¿Te refieres a Santos? Tiene buena intención. Quería causarte una buena impresión, pero le has puesto nervioso. Lamento decir que esta noche no le ha quedado nada más que su fanfarronería. —De l'Orme colocó una mano sobre el antebrazo de Thomas—. ¿Continuamos?

Siguieron su paseo. No había forma de perderse. El sendero se extendía ante ellos como una serpiente fantasmal. La adornada «montaña» de Bordubur se elevaba al norte de donde estaban.

—¿Adonde irás después de esto? —preguntó Thomas.

—A Sumatra. He encontrado una isla, Nias. Dicen que es el lugar donde desembarcó Simbad el Marino y conoció al Anciano del Mar. Me siento feliz entre los aborígenes, y Santos anda ocupado con unas ruinas del siglo IV que ha localizado entre la jungla.

—¿Y el cáncer?

De l'Orme ni siquiera hizo uno de sus chistes.

Santos regresó corriendo sendero abajo, llevando en la mano una vieja carabina japonesa. Estaba cubierto de barro y jadeaba.

—Ha desaparecido —anunció—. Y dejó nuestra arma en un montón de barro. Pero antes disparó todas las balas.

—Supongo que para festejar el día con sus nietos —apuntó De l'Orme.

—Yo no estaría tan seguro.

—¡No me digas que lo han devorado los tigres!

—Desde luego que no —contestó Santos, bajando el cañón del arma.

—Cárgala, si eso hace que te sientas más seguro —le propuso De l'Orme.

—No tenemos más balas.

—En ese caso, estamos más seguros así. Bien, ahora continuemos.

Cerca de la boca de Kali, en la base del monumento, giraron a la derecha del camino y cruzaron un pequeño paso de hojas de plátano, donde probablemente dormía sus siestas el viejo Pram.

—¿Lo ve? —preguntó Santos.

El barro aparecía revuelto, como si se hubiese producido un forcejeo. Thomas observó la zanja con atención. Parecía más como una lucha de barro. Había un agujero hundido en el suelo de la jungla y un gran montón de barro y raíces. A un lado estaban las placas de piedra a las que se había referido De l'Orme, grandes como tapas de cloaca.

—Qué desorden —dijo Thomas—. Parece como si hubierais estado luchando aquí contra la selva misma.

—Me alegraré mucho de terminar con esto —dijo Santos.

—¿Está el friso ahí abajo?

—A diez metros de profundidad.

—¿Puedo bajar?

—Desde luego.

Thomas se sujetó a la escalera de bambú e inició el descenso con cuidado. Los peldaños estaban resbaladizos y el calzado que llevaba estaba hecho para andar por las calles, no para escalar.

—Lleva cuidado —le dijo De l'Orme desde arriba.

—Ya estoy abajo.

Thomas levantó la mirada y tuvo la sensación de estar mirando desde una tumba profunda. El barro rezumaba entre el suelo de bambú, y la pared del fondo, saturada por el agua de la lluvia, abombaba el entarimado de bambú hecho para contenerla. El lugar parecía a punto de derrumbarse sobre él.

De l'Orme fue el siguiente en bajar. Los años pasados entre los andamios de las excavaciones hacían que esto fuera fácil para él. Su cuerpo ligero apenas movió la escalera de mano.

—Sigues moviéndote como un mono —se quejó Thomas.

—Es cuestión de la gravedad —dijo De l'Orme con una sonrisa burlona—. Espera a verme forcejear para subir. —Echó la cabeza hacia atrás—. Está bien —le dijo a Santos—. La escalera está despejada. Ya puedes bajar.

—En un momento. Quiero echar un vistazo por los alrededores.

—¿Y bien? ¿Qué te parece? —preguntó De l'Orme a Thomas, sin darse cuenta de que éste se hallaba sumido en la oscuridad.

Thomas esperaba a que bajara Santos, que llevaba una linterna más potente. Sacó la suya del bolsillo y la encendió.

La columna era gruesa, ígnea y estaba extraordinariamente libre de los habituales desperfectos causados por la jungla.

—Limpia, está muy limpia —dijo—. El grado de conservación me recuerda el de un ambiente de desierto.

—*Sans peur et sans reproche* —asintió De l'Orme—. No muestra ningún defecto. Está perfecta.

Thomas la valoró profesionalmente, fijando la atención antes en el material que en el tema. Movié la luz hacia el borde de una talla: el detalle era fresco y no mostraba señales de corrosión. Esta original arquitectura tendría que haber estado profundamente enterrada, y no debía tener más de un siglo.

De l'Orme extendió una mano y colocó las yemas de los dedos sobre la talla, para orientarse. Había memorizado toda la superficie mediante el tacto y empezó a buscar algo. Thomas avanzó con la luz por detrás de los delgados dedos.

—Discúlpame, «Richard» —dijo De l'Orme dirigiéndose a la piedra.

Thomas vio entonces una monstruosidad, quizá de unos diez centímetros de altura, que sostenía sus propios intestinos en una ofrenda. La sangre se derramaba sobre el suelo y una flor brotaba de la tierra.

—¿Richard? —preguntó.

—Oh, bautizo con nombres a todos mis hijos —explicó De l'Orme.

«Richard» se convirtió en una de otras muchas criaturas similares. La columna aparecía tan densamente poblada con deformidades y tormentos que alguien menos especializado habría tenido grandes problemas para separar una de otra.

—«Suzanne» está aquí; ella ha perdido a sus hijos —dijo De l'Orme, presentándole a una mujer que sostenía, colgando, a un niño pequeño en cada mano—. Y a estos tres caballeros los llamo los «Mosqueteros». —Indicó a un cruel trío que se canibalizaban unos a otros—. Todos para uno, y uno para todos.

Aquello iba mucho más allá de la perversión. Allí se veían todas las formas del sufrimiento. Las criaturas eran bípedas y tenían pulgares oponibles. Algunas llevaban pezuñas, animales o cuernos. Por lo demás, podrían haber sido babuinos.

—Tu presentimiento puede ser cierto —dijo De l'Orme—. Al principio pensé que estas criaturas representaban mutaciones o defectos de nacimiento. Pero ahora me pregunto si acaso no serán una imagen de homínidos actualmente extinguidos.

—¿Podría ser una representación de imaginación psicosexual? —preguntó Thomas—. ¿Quizá la pesadilla de esa cara que mencionaste?

—Uno casi desearía que fuera así —dijo De l'Orme—. Pero no lo creo. Supongamos que nuestro maestro escultor se basó de algún modo en su subconsciente. Eso podría explicar la existencia de algunas de estas figuras. Pero esto no es obra de una sola mano. Se habría necesitado toda una escuela de generaciones de artesanos para tallar esta y las otras columnas. Otros escultores habrían añadido sus propias realidades o incluso el contenido de su propio subconsciente. Deberían encontrarse entonces escenas agrícolas, de caza, de vida cortesana o de sus divinidades, ¿no te parece? Pero lo único que tenemos aquí es una imagen de los condenados.

—Seguramente no creerás que esto es una imagen de la realidad, ¿verdad?

—Pues sí, eso es lo que creo. Todo esto es demasiado realista y poco redentor como para no pertenecer a la realidad. —De l'Orme encontró un lugar cerca del centro de la piedra—. Y luego está la cara misma —siguió diciendo—. No duerme, ni sueña, ni medita, sino que está perfectamente despierta.

—Sí, la cara —asintió Thomas animándolo a que siguiera.

—Míralo tú mismo.

Y con un movimiento elegante, De l'Orme colocó la palma de su mano sobre el centro de la columna, al nivel de la cabeza.

Mientras la palma se posaba sobre la piedra, la expresión de De l'Orme cambió. Pareció desequilibrado, como un hombre que se hubiese inclinado demasiado hacia adelante.

—¿Qué ocurre? —preguntó Thomas.

De l'Orme levantó la mano, y no había nada debajo.

—¿Cómo puede ser? —gritó.

—¿Qué? —preguntó Thomas.

—La cara. Es esto. Estaba aquí. ¡Alguien ha destruido la cara!

Bajo las yemas de los dedos de De l'Orme sólo había un tosco círculo abierto entre las tallas. En los bordes aún podía verse algo de cabello tallado y, por debajo de eso, un cuello.

—¿Esto era la cara? —preguntó Thomas.

—Alguien la ha saqueado.

Thomas examinó el resto de tallas de los alrededores.

—Y ha dejado el resto sin tocar. ¿Por qué?

—Esto es algo abominable —gritó De l'Orme—. Y nosotros sin ningún registro de esa imagen. ¿Cómo ha podido suceder? Ayer Santos estuvo aquí todo el día. Y Pram estuvo de guardia hasta... hasta que abandonó su puesto, maldita sea.

—¿Podría haber sido Pram?

—¿Pram? ¿Por qué?

—¿Quién más está enterado de esto?

—Esa es la cuestión.

—Bernard —dijo Thomas—. Esto es un asunto muy serio. Es casi como si alguien tratara de evitar que yo viera esa cara.

Aquella idea sobresaltó a De l'Orme.

—Oh, eso sería demasiado. ¿Por qué iba a querer alguien destruir una talla simplemente para...?

—Mi Iglesia ve a través de mis ojos —le interrumpió Thomas—. Y ahora ya nunca podrá ver lo que había que ver aquí.

Como distraído, De l'Orme acercó la nariz a la piedra.

—La cara se ha arrancado hace sólo unas pocas horas —anunció—. Todavía puede olerse la roca fresca.

Thomas estudió la marca.

—Es curioso, pero aquí no se ven huellas de cincel. De hecho, estas ligeras ondulaciones se parecen más a las marcas de unas garras animales.

—Eso es absurdo. ¿Qué clase de animal haría esto?

—Estoy de acuerdo contigo. Probablemente han empleado un cuchillo para arrancarla, o una lezna.

—Esto es un delito —exclamó De l'Orme furioso.

Desde lo alto, una luz cayó sobre los dos viejos que se encontraban en lo más profundo del pozo.

—¿Todavía estáis ahí? —preguntó Santos. Thomas levantó la mano para protegerse los ojos del rayo. Santos mantenía la luz dirigida directamente hacia ellos. En ese instante, Thomas se sintió extrañamente atrapado y vulnerable, insultado. La falta de respeto de aquel hombre le encolerizó. De l'Orme, naturalmente, no se apercibió de la silenciosa provocación.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Thomas.

—Sí —intervino De l'Orme—. Mientras tú andabas por ahí hemos hecho un terrible descubrimiento.

—Oí ruidos y creí que podría ser Pram —dijo Santos, moviendo la luz.

—Olvídate de Pram. La zanja ha sido sabotada y la cara mutilada.

Santos descendió con enérgicos pasos. La escalera se estremeció bajo su peso. Thomas se apartó hacia el fondo del pozo para dejarle sitio.

—Ladrones —gritó Santos—. Ladrones de templos. El mercado negro.

—Contrólate —le pidió De l'Orme—. Esto no tiene nada que ver con un robo.

—Oh, sabía que no podíamos confiar en Pram —exclamó Santos enfurecido.

—No fue Pram —dijo Thomas.

—¿No? ¿Cómo lo sabe?

Thomas dirigió su luz hacia un rincón, por detrás de la columna.

—Lo presumo. Podría haber sido alguien más. Es muy difícil averiguar quién es éste. Y, naturalmente, yo no lo conocía.

Santos se precipitó hacia el rincón y dirigió la luz hacia la grieta y sobre los restos.

—Pram —balbuceó y luego vomitó sobre el barro.

Daba la impresión de un accidente industrial en el que hubiese intervenido maquinaria pesada. El cuerpo había sido introducido a presión en el espacio de unos quince centímetros entre una columna y otra. Era realmente inimaginable qué fuerza habría sido necesaria para romperle los huesos, apretujar el cráneo e introducir toda aquella carne y sus ropas en un espacio tan estrecho. Thomas hizo la señal de la cruz.

5

DAR LA NOTICIA

Las razas de hombres que hay sobre la tierra nos encolerizamos rápidamente.

HOMERO, Odisea

Fort Riley, Kansas

1999

En estas extensas llanuras, abrasadas en verano, azotadas por los vientos de diciembre, concibieron a Elias Branch como guerrero. A ellas regresó, muerto sin haber muerto, convertido en un enigma. Encerrado y apartado de la vista, el hombre de la sala G se transformó en una leyenda.

Pasaron las estaciones. Llegó la Navidad. *Rangers* de cien kilos de peso brindaron en el club de oficiales por la tenacidad sobrenatural del mayor. Aquel hombre era el martillo de Dios. Uno de nosotros. Se difundieron noticias sobre su disparatada historia: caníbales con pechos. Nadie lo creía, desde luego.

Una medianoche, Branch se levantó de la cama. No había espejos. A la mañana siguiente supieron qué había estado mirando, a juzgar por las sangrientas huellas; supieron lo que había visto a través de la rejilla de alambre que cubría su ventana: nieve virgen.

Los chopos americanos alcanzaron todo su verde esplendor. El verano llegó a la escuela. Unos retoños de diez años de los miembros del ejército pasaron corriendo ante el hospital, camino de la pesca y la natación, y señalaron hacia el afilado alambre que rodeaba la sala G. Contaron su historia de horror exactamente al revés. De hecho, el personal médico trataba de deshacer a un monstruo.

No había nada que hacer con el rostro de Branch. La piel artificial le había salvado la vida, no su aspecto. Sus tejidos habían sufrido tantos daños que, cuando curaron, ni siquiera él pudo encontrar las antiguas heridas de metralla entre tantas cicatrices de quemaduras. Hasta su propio cuerpo parecía tener problemas para comprender la regeneración.

Los huesos curaron tan rápidamente que los médicos ni siquiera tuvieron la oportunidad de enderezarlos. El tejido cicatricial colonizó sus quemaduras con tal velocidad que las suturas y las entubaciones de plástico quedaron integradas en su

nueva carne. Los fragmentos de metal de cohete se fusionaron en sus órganos y en su esqueleto. Todo su cuerpo quedó convertido en un cascarón cicatricial.

La supervivencia de Branch y luego su metamorfosis los confundió a todos. Hablaban abiertamente de sus cambios delante de él, como si se tratara de un experimento de laboratorio que hubiera salido mal. Su «rebrote» celular parecía cáncer en algunos aspectos, aunque eso no explicaba el espesamiento de las articulaciones, la nueva masa muscular, el moteado de su pigmentación cutánea, los pequeños rebordes ricos en calcio que bordeaban sus uñas. Las excrecencias de calcio formaban bultos en su cráneo. Su ritmo circadiano había perdido toda sincronización. Su corazón aumentó de tamaño. Su sangre contenía el doble de hematíes que una persona normal. La luz solar, y hasta los rayos de luna, constituían una tortura para él. Sus ojos desarrollaron un *tapetum*, una superficie reflectora que intensificaba la luz baja. Hasta ahora, la ciencia sólo conocía a un primate superior que fuese nocturno, el *Aotus*, o mono nocturno. Pero la visión de Branch casi triplicaba la normal del *Aotus*.

Su fortaleza con respecto a su peso duplicaba la de un hombre corriente. Duplicaba la resistencia de reclutas que tenían la mitad de años que él, poseía extraordinarias habilidades sensoriales y la capacidad de aceleración de un guepardo. Algo le había convertido en el supersoldado buscado desde hacía tanto tiempo.

Los médicos trataron de achacarlo todo a una combinación de esteroides, medicamentos adulterados o defectos congénitos. Algunos plantearon la posibilidad de que sus mutaciones pudieran ser el efecto residual de agentes nerviosos respirados durante las guerras en las que había participado. Llegaron a acusarle incluso de autosugestión.

En cierto sentido, se había convertido en el enemigo, puesto que había sido testigo de pruebas atroces. Como era inexplicable, se convirtió en una amenaza desde dentro. No se trataba sólo de la necesidad de ortodoxia que impulsaba a todos, sino de que, desde aquella noche en los bosques de Bosnia, Branch se había convertido en el caos de todos ellos.

Los psiquiatras se pusieron a trabajar con él. Se burlaron de su historia de terribles furias con pechos de mujer surgiendo de entre los muertos bosnios, y le explicaron pacientemente que había sufrido un gran trauma psíquico a causa del ataque con cohetes. Uno calificó su historia como «fantasía de fusión» a base de pesadillas nucleares de la infancia y películas de ciencia ficción, junto con todas las matanzas que había visto o en las que había participado directamente, como una especie de sueño estadounidense de los que mojan la cama. Otro indicó la existencia de historias similares de «gente salvaje» en las leyendas de los bosques de la Europa medieval, y sugirió que Branch no hacía sino reproducir el mito.

Finalmente, se dio cuenta de que ellos sólo querían que se retractara. Branch les complació agradablemente. Sí, admitió, todo había sido una mala fantasía. Un estado de la mente. Zulú Cuatro era algo que nunca había ocurrido en la realidad. Ellos, sin embargo, no creyeron en su retractación.

No todo el mundo se entregó tanto a estudiar sus aberraciones. Un inquieto médico llamado Watts insistió en que la curación había de ser lo primero. En contra de los deseos de los investigadores, intentó inundar el sistema de Branch con oxígeno e irradiarle con luz ultravioleta. Finalmente, la metamorfosis de Branch se aminoró. Su metabolismo y su fortaleza disminuyeron hasta el nivel humano. Las excrecencias de calcio de su cabeza se atrofiaron. Sus sentidos recuperaron la normalidad. Pudo ver a la luz del sol. Claro que su aspecto aún seguía siendo monstruoso. Poco pudieron hacer con las cicatrices y las pesadillas. Pero estaba mejor.

Una mañana, once meses después de su llegada, enfermo de luz diurna y de aire libre, se le dijo a Branch que recogiera sus cosas. Lo trasladaban. Lo habrían licenciado, pero al ejército no le gustaba que monstruos con medallas de combate deambularan por las calles de Estados Unidos, así que decidieron enviarlo de nuevo a Bosnia. Así, al menos, sabrían dónde encontrarlo.

Bosnia había cambiado. La unidad de Branch se había marchado ya hacía tiempo. Camp Molly no era más que un recuerdo en lo alto de una colina. Abajo, en Base Águila, cerca de Tuzla, no sabían qué hacer con un piloto de helicóptero que ya no podía volar, así que pusieron bajo su mando a unos pocos soldados de infantería y esencialmente le dijeron que fuera a encontrarse a sí mismo. Una misión de autodescubrimiento con uniforme de campaña. Bueno, había destinos mucho peores. Con la carta blanca de un exiliado, regresó a Zulú Cuatro con su pelotón de hombres despreocupados.

Se aburrían mortalmente. Todos ellos habían combatido. Al difundirse la noticia de que Branch regresaba armado al mundo de los vivos, estos ocho pidieron a voces acompañarlo. Por fin algo de acción.

Zulú Cuatro había vuelto a la normalidad a la que puede volver un lugar donde se ha perpetrado una matanza. Los gases se habían despejado. La fosa común se había aplanado con máquinas. Un mojón de cemento, con una media luna islámica y una estrella, marcaba el lugar. Había que mirar con mucha atención para encontrar algún que otro fragmento del helicóptero de combate de Branch.

Los muros y torrenteras que rodeaban el lugar estaban agujereados con minas de carbón. Branch eligió una al azar y todos le siguieron al interior. En las historias posteriores, aquella exploración espontánea terminaría por conocerse como la primera llevada a cabo por un militar. Marcó el principio de lo que dio en llamarse el «Descenso».

Llegaron tan preparados como se solía en aquellos primeros tiempos, con linternas y un solo rollo de cuerda. Siguieron un sendero minero, caminando de pie, sin tomar medidas de seguridad, a través de túneles sostenidos por un entibado de troncos. Después de tres horas, llegaron a una abertura en las paredes. A juzgar por las acumulaciones de rocas sueltas en el suelo, daba la impresión de que alguien se hubiera abierto paso desde el otro lado, desde el interior de la roca.

Dejándose llevar por un presentimiento, Branch condujo a sus hombres por aquel túnel secundario. La red se hacía más y más profunda. Ningún minero había excavado aquello. El pasaje era tosco, pero antiguo, como una fisura natural que se

inclinara hacia abajo. Ocasionalmente, se habían efectuado mejoras, como si se hubiesen ampliado secciones estrechas o se hubieran sostenido techos inestables con rocas amontonadas. Se observaba cierta calidad romana en las obras de piedra, con toscas piedras angulares en algunos de los arcos. En otros lugares, el goteo de agua mineral había formado columnas de piedra caliza que iban desde lo alto hasta el suelo.

A una hora más de profundidad, los soldados empezaron a encontrar huesos que se habían arrancado de partes del cuerpo. Fragmentos y piezas enteras de bisutería barata y relojes europeos orientales de los más baratos. Los ladrones de tumbas habían actuado con descuido y excesivas prisas. Toda aquella basura necrófaga le hizo pensar a Branch en la bolsa infantil de Todos los Santos, que tenía un desgarrón por donde perdía su contenido.

Siguieron adelante, iluminando las galerías laterales con las linternas, refunfunando ante los peligros. Branch les dijo a sus hombres que podían regresar, pero ellos prefirieron quedarse a su lado. En los túneles más profundos encontraron otros túneles más profundos aún, en el fondo de los cuales hallaron más túneles.

No tenían ni idea de la profundidad a la que llegaron cuando dejaron de descender. Aquello daba la sensación de ser el vientre de la ballena.

No conocían la historia del hombre que deambulaba bajo tierra, el atractivo de su exploración provisional. No habían penetrado en aquellos abismos bosnios por amor a la espeleología. Eran hombres muy normales, en tiempos normales, ninguno de los cuales se sentía obsesionado por escalar la montaña más alta o llegar al fondo del océano. Nadie se veía a sí mismo como Colón, Balboa, Magallanes, Cook o Galileo, como descubridor de nuevas tierras, de nuevos caminos, de un nuevo planeta. No tenían la intención de llegar adonde iban. Y, sin embargo, fueron ellos quienes abrieron la puerta del Hades.

Después de permanecer dos días en los extraños y tortuosos corredores, la patrulla de Branch llegó a su límite de resistencia. Los hombres empezaron a sentir temor, pues allí donde los túneles se bifurcaban por enésima vez y descendían aún más, se encontraron con la huella de un pie. Y no era exactamente humano. Alguien tomó una fotografía con una Polaroid y luego se las arreglaron para desandar el camino y regresar a la superficie.

La huella de aquella fotografía pasó a formar parte de ese estado especial de paranoia habitualmente reservado a los accidentes nucleares y otros deslices militares. Se la designó como Operación Negra. Por su causa se convocó una reunión del Consejo de Seguridad Nacional. A la mañana siguiente, los comandantes de la OTAN se reunieron cerca de Bruselas. Las fuerzas armadas de diez países se dispusieron a explorar, en el máximo secreto, el resto de la pesadilla de Branch.

Branch se presentó ante el consejo de generales.

—No sé lo que eran —les dijo, tras describir una vez más lo ocurrido la noche que se estrelló en Bosnia—. Pero se alimentaban de los muertos y no eran como nosotros.

Los generales se pasaron la fotografía de la huella animal. Mostraba un claro pie desnudo, ancho y plano, con el dedo gordo separado como un pulgar.

—¿Le están creciendo esos cuernos en la cabeza, mayor? —preguntó uno de ellos.

—Los médicos los llaman osteofitos —contestó Branch tocándose el cráneo con los dedos. Podría haber sido el hijo bastardo del entrecruzamiento de razas, un accidente entre especies—. Empezaron a salirme de nuevo cuando descendimos.

Los generales acabaron por admitir que en todo aquello había algo más que una simple mina de carbón de los Balcanes. De repente, Branch empezó a sentirse tratado no como un objeto dañado, sino como un profeta accidental. Se le devolvió mágicamente el mando y se le dio vía libre para ir allí donde le condujeran sus sentidos. Sus ocho soldados se convirtieron en ochocientos. No tardaron en unírseles otros ejércitos, de modo que los ochocientos se convirtieron en ocho mil y luego en más.

A partir de las minas de carbón de Zulú Cuatro, las patrullas de reconocimiento de la OTAN profundizaron y ampliaron más y más, empezaron a conjuntar el rompecabezas de toda una red de túneles de muchos miles de kilómetros, extendida por debajo de Europa. Cada sendero se conectaba con otro, aunque de formas muy intrincadas. Se podía entrar por Italia y salir en Checoslovaquia, en España, en Macedonia o en el sur de Francia. Pero no cabía la menor duda de que todo el sistema tenía sólo una dirección central. Todas las cuevas, senderos, galerías y pozos conducían hacia abajo.

Se mantuvo el más absoluto secreto. Hubo heridos, claro está, y unas pocas bajas. Pero todas ellas se debieron a techos que se derrumbaron, cuerdas que se rompieron o soldados que cayeron por agujeros. Nada más que accidentes laborales y errores humanos. Cada curva aprendida se cobraba su precio.

El secreto se mantuvo, incluso después de que un espeleólogo civil llamado Harrigan penetrara en una sima de piedra caliza llamada el Pozo de Jacob, en el sur de Texas, que supuestamente cruzaba el acuífero Edwards. Afirmó haber encontrado una serie de galerías a una profundidad de mil seiscientos metros que se hacían aún más profundas. Además, juró que en los muros había pinturas hechas por manos aztecas o indias. ¡A un kilómetro y medio de profundidad! Los medios de comunicación se hicieron eco de la historia, efectuaron algunas comprobaciones y pronto la dejaron de lado como producto de un fraude o de una narcosis. Un día después de que el tejano fuera ridiculizado en público, desapareció. Las gentes locales supusieron que la embarazosa situación en que se encontró le resultó insoportable. Lo que ocurrió en realidad fue que a Harrigan lo visitaron hombres de operaciones especiales, le ofrecieron un jugoso sueldo como asesor, le hicieron jurar que guardaría el máximo secreto sobre sus actividades y lo pusieron a trabajar para desvelar lo que había por debajo de Estados Unidos.

La caza se había iniciado. Se realizaron rápidos progresos una vez rota la barrera psicológica de los «mil quinientos metros», ese nivel que intimidaba a los más osados espeleólogos, del mismo modo que los ocho mil metros habían

intimidado en otras épocas a los escaladores del Himalaya. Una de las más nutridas patrullas de Branch alcanzó los dos kilómetros y medio de profundidad, apenas una semana después de que Harrigan hubiese hablado en público. Cinco meses más tarde, las investigaciones militares ya registraban profundidades de cinco kilómetros. El inframundo era ubicuo y sorprendentemente accesible. Había sistemas en cada continente, en cada ciudad.

Los ejércitos se desplegaron en abanico a mayores profundidades, y trazaron los mapas de una vasta y compleja subgeografía de minas de hierro de West Cumberland, en el sur de Gales, en las Holloch de Suiza, en la sima de Epos en Grecia, en las montañas del País Vasco, en los pozos de carbón de Kentucky, los cenotes de Yucatán, las minas de diamantes de Sudáfrica y docenas de otros lugares. El hemisferio norte es excepcionalmente rico en piedra caliza, que se fusiona a niveles más bajos para formar cálidas capas de mármol, piedra porosa y, finalmente, a mucha mayor profundidad, basalto. Este lecho rocoso es tan pesado que se encuentra por debajo de todo el mundo superficial. Como quiera que el hombre apenas había obtenido muestras del mismo, a excepción de unas pocas exploraciones para obtener petróleo y del proyecto Moho, abandonado desde hacía tiempo, los geólogos siempre habían dado por sentado que el basalto formaba una masa sólida y comprimida. Lo que ahora se descubría era un laberinto planetario. Las capilaridades geológicas se extendían a lo largo de miles y miles de kilómetros. Se rumoreaba que podía extenderse incluso por debajo de los océanos.

Transcurrieron nueve meses. Cada día que pasaba, los ejércitos hacían avanzar un poco más sus conocimientos y penetraban un poco más profundamente. Se ampliaron los presupuestos destinados a los cuerpos de ingenieros y zapadores, y a los batallones de zapadores de la marina. Se les encargó la tarea de reforzar los túneles, diseñar nuevos sistemas de transporte, perforar pozos, construir ascensores, taladrar canales y erigir campamentos subterráneos enteros. Llegaron incluso a asfaltar grandes zonas de aparcamiento... a un kilómetro bajo la superficie.

Se construyó una carretera a través de la boca de la gruta de Postojna Jama, en la región kárstica de Eslovenia. Ya desde principios del siglo XIII, este enorme túnel había atraído a nobles y terratenientes, que lo recorrieron acompañados por guías campesinos y admiraron el río Pivka, que brotaba de sus profundidades. Allí fue donde se descubrió la salamandra sin ojos. Se suponía que esta gruta había sido visitada por un turista llamado Dante. Ahora, el «Infierno» servía como una de las docenas de entradas similares para tanques, vehículos blindados y camiones de dos toneladas y media que llevaban pertrechos, tropas y suministros al interior de la tierra.

Durante más de medio año las patrullas internacionales descendieron a centenares hacia los lugares más recónditos de la tierra. En los campamentos de instrucción se cambió el entrenamiento principal. En el cine del campamento se proyectaban películas del sindicato de mineros sobre técnicas básicas para entibar paredes y mantener en funcionamiento una lámpara de carburo. Los sargentos de instrucción empezaron a llevar a los reclutas a los polígonos de tiro en plena noche,

para realizar prácticas de tiro nocturnas y *rappels* a ciegas. Los médicos y ayudantes sanitarios recibieron instrucción sobre la enfermedad de Weill y la histoplasmosis, infecciones micóticas de los pulmones contraídas a causa del guano de los murciélagos, y sobre el pie Mulu, una enfermedad espeleológica tropical. A ninguno de ellos se le comunicó qué utilidad práctica podía tener todo aquello. Luego, un buen día, terminada la instrucción, se les enviaba al útero de la tierra.

Cada semana que pasaba se expandían, tanto lateral como verticalmente, las líneas tridimensionales en cuatro colores que trazaban los mapas subterráneos de Europa, Asia y Estados Unidos. Oficiales dieron en comparar su aventura con la de Dragones y Mazmorras, sólo que sin dragones ni mazmorras. Los curtidos anticomunistas casi no podían creer en su buena suerte: Vietnam sin vietnamitas. El enemigo resultaba ser la quimera de la imaginación de un mayor desfigurado. Nadie, excepto Branch, podía afirmar haber visto a los demonios con piel de pescado blanco.

Tampoco había «enemigos». Las señales que indicaban la presencia de alguien eran enigmáticas, y algunas hasta crueles. A aquellas profundidades, las pistas encontradas sugerían la existencia de un sorprendente espectro de especies, desde centípedos y peces, hasta bípedos de tamaño humano. Un curtido fragmento de ala despertó imágenes de vuelo subterráneo, lo que revitalizó temporalmente las visiones de san Jerónimo sobre ángeles oscuros similares a murciélagos.

La presencia de estiércol indicaba que estas criaturas llevaban una existencia comunal, y que eran seminómadas. Surgió así la imagen de una subsistencia dura, agobiada y sin sol. La vida brutal de los antiguos campesinos humanos parecía comparativamente encantadora.

Pero por lo visto se había asustado a los habitantes de las profundidades, y a aquellas alturas ya eran innegables las pruebas de ocupación primitiva en los niveles más profundos.

Las tropas no encontraron ninguna resistencia. No se estableció ningún contacto. No se vio a seres vivos. Únicamente grandes cantidades de recuerdos cavernícolas: puntas afiladas de pedernal, huesos animales tallados, pinturas rupestres y montones de baratijas robadas de la superficie: lápices rotos, latas vacías de Coca-Cola y botellas de cerveza, enchufes estropeados, monedas, bombillas. La reserva de aquellos seres se achacó oficialmente a su aversión a la luz. Las tropas ya estaban impacientes por verlos.

La ocupación militar descendió aún más, dentro del más estricto secreto. Los servicios de inteligencia lograron censurar la correspondencia que los soldados enviaban a sus casas, confinar a las unidades en sus bases y mantener a raya a los medios de comunicación.

La exploración militar llegó así a su décimo mes. Parecía como si, después de todo, aquel nuevo mundo estuviera vacío, y que los estados sólo tuvieran que instalarse en sus sótanos para ocuparlos, catalogar su contenido y trazar nuevas subfronteras. La conquista se convirtió en un paseo hacia abajo. Branch no hacía más que advertir sobre la necesidad de ser prudentes. Pero los soldados dejaron de llevar sus armas. Las patrullas se parecían cada vez más a picnics o cacerías con puntas de

flecha. Hubo unos cuantos huesos rotos y algunas mordeduras de murciélago. De vez en cuando, un techo se derrumbaba o alguien se salía de un camino abisal. En conjunto, sin embargo, los índices de seguridad seguían siendo superiores a lo normal. «Manteneos en guardia», les seguía predicando Branch a sus *rangers*. Pero su cantinela empezaba a sonar como la de un chiflado, incluso para sí mismo.

Fue entonces cuando descendió el martillo. A partir del 24 de noviembre, los soldados de todo el subplaneta no regresaron a sus campamentos subterráneos. Se enviaron patrullas en su búsqueda. Pocas de ellas regresaron. Las líneas de comunicación, tan cuidadosamente tendidas, se interrumpieron. Los túneles se colapsaron.

Era como si todo el subplaneta hubiera desaparecido por el sumidero del lavabo. Desde Noruega a Bolivia, desde Australia a Labrador, desde las bases más profundas hasta los campamentos situados a diez metros de la luz del sol, los ejércitos se desvanecieron. Más tarde se diría que las tropas habían quedado diezmadas, lo que significa la muerte de un soldado de cada diez. Lo que sucedió aquel 24 de noviembre fue lo contrario. Apenas sobrevivió uno de cada diez.

Aquello no fue más que el truco más viejo en la historia de la guerra. Se procura que el enemigo se confíe. Se le atrae para que penetre en territorio propio. Y luego se le corta la cabeza. Literalmente.

En un túnel situado a menos dos kilómetros, en la sub-Polonia, se encontraron los cráneos de tres mil soldados rusos, alemanes e ingleses de la OTAN. Ocho equipos de ingenieros y zapadores de la marina estadounidense fueron encontrados crucificados en una caverna a tres kilómetros de profundidad, por debajo de Creta. Se comprobó que habían sido capturados vivos en lugares diferentes, reunidos allí y torturados hasta la muerte.

Una matanza aleatoria era una cosa. Pero esto era algo totalmente diferente. Quedaba claro que allí actuaba una inteligencia superior. Los actos, perpetrados a lo largo y ancho de toda la red, habían sido planificados y ejecutados siguiendo una sola orden y en el mismo momento. Alguien, o todo un cuerpo de seres, había orquestado una enorme matanza en una región de cincuenta mil kilómetros cuadrados.

Era como si una raza de alienígenas hubiese desembarcado en las playas del hombre.

Branch vivía, pero sólo porque en aquellos momentos estaba de baja con unas fiebres recurrentes causadas por la malaria. Mientras sus tropas se introducían más profundamente bajo la superficie, él estaba en una enfermería, envuelto en bolsas de hielo y alucinaciones. Cuando la CNN dio la terrible noticia, creyó que aquello era producto de su delirio.

Medio enloquecido, Branch vio a su presidente dirigirse a la nación el 3 de diciembre, en hora de máxima audiencia. Esa noche no hubo maquillaje. Había estado llorando.

—Mis queridos compatriotas —anunció—, tengo el doloroso deber...

Con tonos sombríos, el patriarca anunció las pérdidas militares estadounidenses sufridas a lo largo de la semana anterior; en conjunto, había 29.543 desaparecidos. Se temía lo peor. En el transcurso de tres terribles días, Estados Unidos había sufrido tantas bajas mortales como durante toda la guerra de Vietnam. Evitó mencionar, sin embargo, la mortandad militar global, que había costado la vida a la increíble cifra de un cuarto de millón de soldados. Hizo una pausa. Carraspeó, incómodo, pasó unas hojas que finalmente dejó a un lado y siguió hablando.

—El infierno existe. —Levantó la barbilla—. Es real. Es un lugar geológico e histórico situado bajo nuestros mismos pies. Y está salvajemente habitado. —Apretó los labios—. Salvajemente —repitió y, por un momento, pudo verse la enorme cólera que sentía.

«Durante el pasado año, en consulta y alianza con otras naciones, Estados Unidos había iniciado un reconocimiento sistemático de los límites de este vasto territorio subterráneo. Siguiendo mis órdenes, 43.000 soldados estadounidenses llevaron a cabo la misión de investigar ese lugar.

En el fondo, alguien sollozaba.

—Nuestra exploración de esa frontera reveló que estaba habitada por formas vivas desconocidas. No hay nada de sobrenatural en todo esto. En los próximos días y semanas probablemente se preguntarán cómo es posible que, si hay seres allá abajo, nunca los hayamos visto antes. La respuesta es que sí los hemos visto. Desde los inicios del tiempo humano, hemos sospechado su presencia entre nosotros. Les hemos temido, hemos escrito poemas sobre ellos, creado religiones contra ellos. Hasta hace muy poco, no sabíamos cuánto sabíamos realmente. Ahora empezamos a aprender lo mucho que no sabemos. Hasta hace unos días se suponía que esas criaturas se habían extinguido o se habían retirado ante nuestro avance militar. Ahora sabemos que no ha sido así.

El presidente dejó de hablar. El cámara se dispuso a cortar la conexión. Pero, de repente, empezó a hablar de nuevo.

—No se llamen a engaño —dijo—. Venceremos a este imperio de la oscuridad. Derrotaremos a este antiguo enemigo. Desataremos nuestra terrible y rápida espada sobre las fuerzas de la oscuridad. Y prevaleceremos. Lo conseguiremos, en nombre de Dios y de la libertad.

Inmediatamente después, la imagen se trasladó a la sala de prensa, en la planta baja. El portavoz de la Casa Blanca y un jefe del Pentágono estaban delante de los asombrados periodistas. Incluso a pesar de su fiebre, Branch reconoció al general Sandwell, con sus cuatro estrellas y el pecho cubierto de franjas de condecoraciones. «Hijo de puta», murmuró mirando la pantalla.

Se levantó una mujer del *Los Angeles Times*, temblorosa.

—¿Estamos en guerra?

—No ha habido declaración de guerra —contestó el portavoz.

—¿En guerra con el infierno? —preguntó alguien del *Miami Herald*.

—No estamos en guerra.

—Pero ¿y el infierno?

—Es un ambiente litosférico inferior, una región abisal cribada de agujeros.

El general Sandwell hizo a un lado al portavoz.

—Olvídense de lo que creen saber —les dijo—. Sólo se trata de un lugar, pero sin luz, sin cielo, sin luna. El tiempo es diferente allá abajo.

Sandy siempre había sido un histrión, pensó Branch.

—¿Han enviado refuerzos allá abajo?

—Por el momento, hemos decidido mantenernos en una situación de esperar y ver. Nadie baja allí.

—¿Estamos a punto de ser invadidos, general?

—Negativo —contestó con firmeza—. Todas las entradas han sido aseguradas.

—Pero ¿y las criaturas, general? —El periodista del *New York Times* parecía ofendido—. ¿Estamos hablando de diablos y demonios con tridentes y tenazas? ¿Tiene el enemigo pezuñas y cuernos en la cabeza, tiene cola, vuela con alas? ¿Cómo podría describirnos a esos monstruos, señor?

—Ésa es información clasificada —contestó Sandwell por el micrófono, aunque pareció sentirse complacido con el calificativo de «monstruos». Los medios de comunicación ya empezaban a demonizar al enemigo—. ¿Una última pregunta?

—¿Cree usted en Satán, general?

—Creo en ganar —contestó el general, que apartó el micrófono y abandonó la sala.

Branch experimentó altibajos en los sueños inducidos por la fiebre. Un muchacho con la pierna rota, tumbado en la cama de al lado, sufría lo indecible. Durante toda la noche, cada vez que Branch abría los ojos, la televisión mostraba una situación diferente, pero siempre surrealista. Llegó el día. Los presentadores de las noticias locales estaban preparados. Supieron evitar que la histeria se reflejara en sus voces, seguir el guión marcado. «Disponemos de muy poca información en estos momentos. Les rogamos que sigan sintonizados por si hubiera novedades y, sobre todo, que mantengan la calma.» Una corriente continua de texto que aparecía en la parte inferior de la pantalla indicaba las iglesias y sinagogas abiertas al público. El gobierno preparó una página web para aconsejar a las familias de los soldados desaparecidos. La Bolsa se hundió. Se produjo una mezcla atroz de dolor y terror, y también de encarnizada exuberancia.

Los supervivientes empezaron a llegar poco a poco a la superficie. De repente, a los hospitales militares empezaron a llegar soldados ensangrentados que hablaban enloquecida e infantilmente de bestias, vampiros, demonios necrófagos y gárgolas. Al no encontrar palabras adecuadas para describir la oscura monstruosidad que habían atisbado allí abajo, echaron mano de las leyendas de la Biblia, de las novelas de horror y de las fantasías de la infancia. Los soldados chinos dijeron haber visto dragones y demonios budistas, mientras que los muchachos de Arkansas aseguraban haber visto a Belcebú y Alien.

La gravedad de la situación le ganó la partida al ritual humano. En los días que siguieron a la gran matanza no hubo forma de transportar todos los cuerpos hasta la

superficie, para luego poder enterrarlos a dos metros bajo tierra. Ni siquiera hubo tiempo para excavar fosas comunes en el suelo de las cuevas. En lugar de eso, se amontonaron los cuerpos en túneles secundarios y se cerraron las entradas con explosivos de plástico. Después, los ejércitos se retiraron. Los pocos ritos funerarios que se celebraron con los verdaderos cuerpos mostraron ataúdes cerrados en los que, bajo la bandera de las barras y estrellas, se había atornillado un pequeño cartel que decía: «No abrir».

La Agencia Federal de Gestión de Emergencias quedó a cargo de la defensa civil. A falta de una información real sobre cuál era la verdadera amenaza, la agencia desempolvó su anticuada literatura de los años setenta sobre qué hacer en caso de ataque nuclear y la distribuyó entre gobernadores, alcaldes y ayuntamientos. Encienda la radio. Acumule provisiones. Haga acopio de agua potable. Manténgase alejado de las ventanas. Permanezca en el sótano. Rece.

Los más agoreros vaciaron las tiendas de comestibles y de armas de fuego. Al ponerse el sol, en la segunda noche, los equipos de la televisión siguieron a los hombres de la guardia nacional que formaban hileras a lo largo de las calles y patrullaban los guetos. Se montaron controles en las carreteras, en los que se registraba a los conductores y se les requisaban las armas y el licor. Llegó la noche. Los helicópteros de la policía y del ejército rasgaron los cielos, iluminando con sus focos los lugares en que podían surgir problemas potenciales.

La zona centro sur de Los Angeles fue la primera en revolverse, y eso no supuso una sorpresa para nadie. Le siguió Atlanta. Hubo incendios y saqueos. Enfrentamientos a tiros, violaciones y violencia de las multitudes. Luego ocurrió lo mismo en Detroit y Houston, en Miami y Baltimore. La guardia nacional vigilaba, con órdenes de contener a las multitudes dentro de sus barriadas y no intervenir.

Luego se encendieron los suburbios; nadie estaba preparado para eso. Desde Silicon Valley a Highlands Ranch o Silver Springs, se rebelaron los que trabajaban en las ciudades. Sacaron las armas, la envidia reprimida, el odio. La clase media saltó. Todo empezó con llamadas telefónicas, de una casa a otra, y la conmocionada incredulidad se retorció en una toma de conciencia de que la muerte anidaba bajo sus sistemas de riego. Extraña y repentinamente, resultó que tenían muchas cosas que sacar a la luz. Avergonzaron a los guetos con sus incendios y su violencia. Más tarde, los comandantes de la guardia nacional sólo pudieron decir que no habían esperado tanto salvajismo por parte de gentes que tenían césped en sus viviendas, que eran además de su propiedad.

En el aparato de televisión de Branch parecía como si aquélla fuera la última noche sobre la tierra. Lo fue para mucha gente. Al salir el sol iluminó un paisaje que Estados Unidos venía temiendo desde el lanzamiento de la bomba. Las autopistas de seis carriles estaban embotelladas por coches que se habían incendiado después de chocar y camiones que intentaban huir. Se habían entablado verdaderas batallas locales. Las bandas organizadas recorrían los embotellamientos de tráfico disparando y acuchillando a familias enteras. Los supervivientes deambulaban conmocionados, suplicando agua. Un humo sucio se elevaba sobre los cielos urbanos. Fue un día de

sirenas. Los helicópteros meteorológicos y las camionetas con los equipos móviles de noticias recorrían los límites de las ciudades destruidas. Todos los canales mostraban los estragos.

Desde el Senado de Estados Unidos, C. C. Cooper, líder de la mayoría y multimillonario hecho a sí mismo, con la vista puesta en la Casa Blanca pidió a gritos que se impusiera la ley marcial. Quería que se aplicara durante noventa días, a modo de período de enfriamiento. Únicamente se le opuso una solitaria mujer negra, la formidable Cordelia January. Branch la escuchó expresar sus ideas con su rica dicción de Texas.

—¿Sólo noventa días? —atronó desde el podium—. No, señor. No según mi reloj. La ley marcial es una serpiente, senador. Es la semilla de la tiranía. Animo a mis distinguidos colegas a oponerse a la adopción de esta medida...

La votación fue abrumadoramente mayoritaria a favor de la moción con un solo voto en contra. El presidente, con aspecto cansado y después de una noche sin sueño, aprovechó el respaldo político y declaró la ley marcial.

A la una de la tarde, hora este, los generales cerraron el país. El toque de queda se inició el viernes a la puesta del sol y duró hasta el amanecer del lunes. Fue una pura coincidencia, pero el período de enfriamiento coincidió con el día eclesiástico de descanso. El Antiguo Testamento no había alcanzado tanto poder en Estados Unidos desde los tiempos de los puritanos: observa el *sabbath* si no quieres morir de un disparo.

Funcionó. El primer gran espasmo de terror pasó.

Por extraño que pueda parecer, el país se sintió agradecido a sus generales. Se despejaron las autopistas. Se abatió a los saqueadores. El lunes se permitió la reapertura de los supermercados. El miércoles, los niños regresaron a la escuela. Se reabrieron las fábricas. La idea de volver a la normalidad, de que los autobuses escolares de color amarillo circularan de nuevo, de que volviera a fluir el dinero, permitió que el país recuperara el sentido de sí mismo.

Con precaución, la gente empezó a salir de sus casas y a limpiar sus céspedes de las huellas de los disturbios. En los suburbios, los vecinos que se habían lanzado al cuello de los otros o que habían montado a las esposas de los demás, ayudaban ahora a recoger los cristales rotos y a amontonar las cenizas con palas de quitar la nieve. Más tarde pasaron hileras de camiones de la basura. El tiempo era magnífico para tratarse de diciembre. En las noticias, Estados Unidos volvía a ofrecer un aspecto excelente.

De repente, el hombre había dejado de mirar a las estrellas. Los astrónomos perdieron el favor del público. Había llegado el momento de la introspección. Durante aquel primer invierno, ante las diseminadas cuevas del inframundo se apostaron grandes ejércitos, apresuradamente reforzados con veteranos, policías, guardias de seguridad y hasta mercenarios, con todas sus armas apuntadas hacia la oscuridad, a la espera, mientras que los gobiernos y las grandes empresas convocaban a los llamados a filas y preparaban sus arsenales para crear una fuerza abrumadora.

Durante un mes, nadie descendió. Los presidentes ejecutivos de las empresas, los consejos de administración y las instituciones religiosas les animaron a emprender la «Reconquista», ávidos por lanzar sus exploraciones. Pero los muertos ascendían ahora a más de un millón, incluido todo el ejército talibán afgano, que había saltado prácticamente al abismo en seguimiento de su Satán islámico. Precavidos, los generales se negaron a enviar más tropas.

Se utilizó un pequeño grupo de robots del proyecto Marte de la NASA para investigar el planeta existente dentro del propio planeta. Arrastrándose sobre sus patas metálicas de araña, las máquinas llevaban gran cantidad de sensores y equipo de vídeo, diseñados para resistir las más duras condiciones de un mundo lejano. Se emplearon trece, cada uno de ellos valorado en cinco millones de dólares, y los del proyecto Marte los querían recuperar intactos.

Los robots se soltaron por parejas, excepto uno que quedó solo, en siete lugares diferentes repartidos por todo el globo. Multitud de científicos controlaron cada uno de ellos durante las veinticuatro horas del día. Las «arañas» se portaron bastante bien. A medida que se introducían más profundamente en la tierra la comunicación se hacía más dificultosa. Se había previsto que las señales electrónicas destellaran sin impedimento alguno desde los polos marcianos y las llanuras aluviales, pero ahora estaban dificultadas por gruesas capas de roca. En este sentido, el laberinto subterráneo estaba mucho más alejado a años luz que el propio Marte. Las señales se tenían que intensificar por ordenador, interpretar y combinar. A veces se tardaba muchas horas en lograr que una transmisión llegara a la superficie, y muchas horas más o incluso días para desentrañar toda aquella maraña electrónica. Sucedió cada vez con mayor frecuencia que las transmisiones, sencillamente, no llegaban arriba.

Y lo que llegaba mostraba un interior tan fantástico que los planetólogos y los geólogos se negaban a dar crédito a sus instrumentos. Las arañas electrónicas tardaron una semana en encontrar las primeras imágenes humanas. En lo más profundo de la selva de piedra caliza de Terbil Tem, debajo de Papua Nueva Guinea, sus huesos aparecían como palos ultravioleta en el escáner del ordenador. Los cálculos variaron de cinco a doce conjuntos de restos situados a una profundidad de cuatro kilómetros. Al día siguiente, a varios kilómetros en el interior de los panales volcánicos que rodeaban Akiyoshidai, en Japón, encontraron pruebas de que grupos de seres humanos habían sido atraídos hacia profundidades mayores que las exploradas, donde habían sido aniquilados. En lo más profundo del macizo de Djurdjura, en Argelia, y en la cuenca del río Nanxu, en la provincia de Guanxi, en China, así como muy por debajo de las grutas situadas bajo el monte Carmelo y Jerusalén, otros robots localizaron la carnicería causada por combates librados en cubículos, grietas e inmensas cámaras subterráneas.

—Esto se pone feo, muy feo —comentaron los que vieron las imágenes.

Los cuerpos de los soldados aparecían desgarrados, mutilados, degradados. Faltaban sus cabezas o éstas se habían dispuesto como pirámides de bolas de bolera. Y, lo que era peor, sus armas habían desaparecido. Lugar tras lugar, lo único que

quedaba eran cuerpos desnudos, anónimos, convertidos en osamentas. No se podía saber quiénes habían sido aquellos hombres y mujeres.

Una tras otra, las arañas dejaron de transmitir. Aún era demasiado pronto para que se les hubieran agotado las baterías, y no todas ellas habían alcanzado su umbral límite de transmisión.

—Están matando a nuestros robots —informaron los científicos.

A finales de diciembre sólo quedaba uno, un transmisor solitario que seguía avanzando sobre sus patas, introduciéndose en regiones tan profundas que parecía como si nadie pudiera vivir en ellas.

Muy por debajo de Copenhague el robot captó un extraño detalle, el primer plano de una red de pesca. Los chicos de los ordenadores trastearon con su maquinaria, tratando de obtener una imagen de mejor resolución, pero ésta se mantuvo igual, compuesta por enlaces de gran tamaño de hilo o de cuerda delgada. Teclearon sus órdenes para que la araña retrocediera ligeramente y captar una perspectiva más amplia.

Transcurrió casi un día entero antes de que la araña volviera a transmitir, y aquello fue tan espectacular como las primeras imágenes enviadas desde la cara oculta de la Luna. Lo que había parecido hilo o cuerda eran círculos de hierro unidos entre sí. La red era en realidad una cota de malla, la armadura de un antiguo guerrero escandinavo. El esqueleto del vikingo que ocupaba su interior se había convertido en polvo hacía ya mucho tiempo. Allí donde debió de producirse un desesperado y oscuro forcejeo, la armadura estaba sujeta a la pared con una lanza de hierro.

—Mierda —musitó alguien.

Pero la araña, cumpliendo las órdenes transmitidas, se giró, y el lugar donde se encontraba se llenó con la visión de armas de la Edad de Hierro y cascos rotos. Las tropas de la OTAN, los talibanes afganos y los soldados de una docena más de ejércitos modernos no habían sido los primeros en invadir este mundo abisal y levantarse en armas contra los demonios del hombre.

—¿Qué está ocurriendo ahí abajo? —preguntó el jefe de control de la misión.

Después de otra semana más, las ráfagas de transmisión sólo comunicaban ruidos terrenales y pulsos electromagnéticos de temblores aleatorios. Finalmente, la última araña-robot dejó de transmitir. Decidieron esperar tres días, y cuando empezaban a dismantelar la estación, escucharon de repente una señal de transmisión. Se apresuraron a conectar el monitor y, finalmente, lograron una imagen de su rostro.

La estática se abrió. Algo se movió en la pantalla, y en el siguiente instante ésta quedó oscurecida. Luego volvieron a pasar la cinta a cámara muy lenta y recuperaron fragmentos electrónicos de una imagen. Por lo visto, la criatura poseía cuernos, un muñón de cola residual, ojos rojos o verdes, dependiendo del filtro de la cámara, y una boca que debió de haber lanzado un grito de furia y condena, o posiblemente de alarma maternal, al tiempo que se abalanzaba sobre el robot.

Fue Branch el que irrumpió en el punto muerto al que se había llegado. Una vez que remitió su fiebre reasumió el mando de lo que se había convertido en un batallón fantasma. Estudió los mapas y trató de averiguar dónde se encontraban sus pelotones aquel fatídico día.

—Necesito encontrar a mi gente —comunicó por radio a sus superiores, pero éstos no quisieron saber nada y le ordenaron que se quedara quieto—. ¡Eso no es justo! —exclamó Branch, pero no discutió las órdenes.

Se giró, de espaldas a la radio, se colocó sobre los hombros la mochila Alice y tomó su rifle. Avanzó entre la columna acorazada alemana estacionada en la boca del sistema de grutas de Leoganger Steinberge, en los Alpes bávaros, sin hacer el menor caso de las órdenes de los oficiales, que le gritaban que se detuviera. Los últimos *rangers* que le quedaban, doce hombres, lo siguieron como fantasmas negros, y las tripulaciones de los tanques Leopard no hicieron otra cosa que santiguarse.

Durante los cuatro primeros días encontraron los túneles extrañamente vacíos, sin el menor rastro de violencia, sin el menor olor a cordita, sin un solo rasguño en la roca producido por una bala. Hasta funcionaban las bombillas colocadas a lo largo de los muros y los techos. De repente, a una profundidad de 4.150 metros, se interrumpieron las luces. Encendieron entonces los focos sujetos a los cascos y continuaron la marcha, más lentamente.

Finalmente, siete campamentos más abajo, resolvieron el misterio de la Compañía A. El túnel se dilataba para formar una alta cámara. Llegaron a lo que había sido un extenso campo de batalla. Era como si se hubiera desecado un lago con nadadores ahogados. Los muertos estaban amontonados unos sobre otros, secos y enmarañados. Aquí y allá los cuerpos se habían quedado erguidos, como si continuaran su combate en el más allá. Branch, al mando de sus hombres, apenas los reconoció. Encontraron cajas de munición de 7,62 milímetros para los M16, unas pocas máscaras antigás, unos cascos Friz rotos. También había numerosos artefactos primitivos.

Los combatientes se habían resecado lentamente hasta quedarse en los huesos, convertidos en apretados sacos despellejados. Sus columnas dorsales torcidas, las mandíbulas abiertas y las mutilaciones parecían ladrar y aullar ante los hombres que ahora pasaban entre ellos. Aquí estaba el infierno que había sido mostrado a Branch. Goya y Blake habían hecho muy bien su trabajo. Los empalamientos y la carnicería eran horribles.

La patrulla examinó la cruel escena, moviendo las luces de sus focos.

—Mayor —susurró su sargento ametrallador—. Sus ojos.

—Ya lo veo —asintió Branch. Miró a su alrededor, observando los restos amontonados. Los ojos de cada rostro habían sido acuchillados y mutilados. Entonces comprendió—. Después de Little Big Horn, llegaron las mujeres sioux, que perforaron los oídos de los soldados de caballería. A los soldados se les había advertido que no siguieran a las tribus, y las mujeres no hacían sino abrirles los oídos para que pudieran oír mejor la próxima vez.

—No veo supervivientes —gimió uno de sus hombres.

—Tampoco veo a ningún abisal —dijo otro.

Un abisal era un habitante del Hades, del infierno, fuera quien fuese. Ante la ausencia de un espécimen real, los científicos llamaban al enemigo *Homo abisalis*, aunque ellos mismos habían sido los primeros en admitir que no sabían si se trataba o no de un homínido.

—Sigán buscando —ordenó Branch—. Y mientras lo hacen, recojan las chapas de identificación. Al menos podremos llevarnos sus nombres con nosotros.

Algunos estaban cubiertos por masas de escarabajos translúcidos y moscas albinas. En otros, una espora micótica de acción rápida había dado cuenta de los restos, hasta dejar únicamente los huesos. En conjunto, los soldados muertos se estaban vitrificando con el líquido mineral, convirtiéndose en parte del suelo. La propia tierra parecía consumirlos.

—Mayor —dijo una voz—. Tiene que ver esto.

Branch siguió al hombre hasta una escarpada proyección rocosa. Allí, los muertos estaban limpiamente colocados uno junto a otro, formando una larga hilera. Bajo la docena de focos de luz, los miembros de la patrulla vieron que los cuerpos aparecían espolvoreados con un brillante polvo de color ocre rojizo sobre el que luego se habían derramado brillantes confetis blancos. Era una visión que no dejaba de tener su hermosura.

—¿Abisales? —preguntó un soldado con la respiración entrecortada.

Por debajo de las capas de ocre, los cuerpos eran, efectivamente, los de sus enemigos. Branch se subió al saledizo. Al estar ahora más cerca, vio que los confetis blancos no eran más que dientes. Había cientos, miles de ellos, y eran humanos. Tomó uno, un canino, y vio que tenía marcas allí donde una roca lo había arrancado de la boca de algún soldado. Lo dejó suavemente en el suelo.

Las cabezas de los guerreros abisales estaban recostadas sobre cráneos humanos. Y a sus pies había una ofrenda.

—¿Ratones? —dijo el sargento Doman— ¿Ratones secos?

Los había a montones.

—No —dijo Branch—. Genitales.

Los cuerpos diferían en cuanto a su tamaño. Algunos eran más grandes que los propios soldados. Tenían los hombros de un guerrero masai y parecían monstruosos junto a sus camaradas de piernas torcidas y separadas. Unos pocos mostraban peculiares garras en lugar de uñas en las manos y en los pies. Habrían podido parecer casi humanos de no haber sido por lo que habían hecho con sus dientes y sus taparrabos de hueso tallado, como defensas de fútbol americano de un metro y medio de altura.

—Tenemos que llevarnos algunos de estos cuerpos —dijo Branch.

—¿Para qué queremos hacer eso, mayor? —preguntó uno de sus muchachos—. Son los malos.

—Sí, y están muertos —asintió un compañero.

—Constituyen una prueba positiva. Así empezaremos a tener conocimientos sobre ellos —dijo Branch—. Estamos luchando contra algo que en realidad nunca habíamos visto. Nuestras propias pesadillas.

Hasta el momento, los militares estadounidenses no habían logrado apoderarse de ningún espécimen. Los miembros de Hezbolá, en el sur del Líbano, afirmaban haberse apoderado de uno de ellos vivo, pero nadie lo creía.

—No voy a tocar una de esas cosas. No, eso es el diablo, miradlo.

Parecían diablos, no hombres. Como animales saturados de cáncer. «Un poco como yo», pensó Branch. Le resultaba difícil reconciliar sus formas casi humanas con los cuernos similares a corales de sus cabezas. Algunos parecían dispuestos a regresar a la vida con sus garras. No reprochaba a sus hombres que fueran supersticiosos.

Todos ellos oyeron la radio al mismo tiempo. Un sonido de rasgueo surgió de entre un montón de trofeos. Cuidadosamente, Branch fue apartando el montón de fotografías, relojes, anillos de boda y de graduación hasta que encontró y extrajo el *walkie talkie*. Apretó tres veces el botón de transmisión. Le contestaron tres clics.

—Hay alguien ahí abajo —dijo un *ranger*.

—Sí, pero ¿quién?

Esa pregunta les dio tiempo para pensar. Dientes humanos crepitaron bajo sus botas.

—Identifíquese, corto —dijo Branch por la radio.

Esperaron. La voz que contestó era la de un estadounidense.

—Está todo muy oscuro aquí abajo —gimió—. No nos abandonen.

Branch dejó la radio en el suelo y retrocedió.

—Espere un momento —dijo el sargento ametrallador—. Ése parecía Scoop. Le conozco. Pero no nos ha indicado su localización, mayor.

—Silencio —susurró Branch a sus hombres—. Ahora ya saben que estamos aquí.

Huyeron.

Como hormigas obreras, los soldados se deslizaron a través de las oscuras venas, cada uno de ellos precedido de una especie de gran huevo blanco: se trataba de la luz arrojada por el foco que cada hombre llevaba en el casco. De trece que eran el día anterior, sólo quedaban ocho. Como almas extinguidas, aquellos otros hombres y luces se habían perdido, y sus armas habían caído en manos del enemigo. Uno de los que quedaban, el sargento Doman, tenía las costillas rotas.

No se habían detenido en ningún momento desde hacía cincuenta horas, excepto para hacer fuego en dirección a la tenebrosa oscuridad que dejaban tras ellos. Ahora, desde el punto más profundo llegó la orden susurrada de Branch.

—Formad la línea aquí.

Los hombres formaron, desde el más fuerte hasta el herido, siguiendo la cadena de mando. Se habían detenido en un pasaje que se bifurcaba, donde ya habían estado antes.

Observaron con satisfacción las tres franjas de pintura naranja fluorescente sobre las imágenes neolíticas de la pared. Eran señales luminosas hechas por este mismo pelotón. Si eran tres indicaba que se trataba de su tercer campamento durante el descenso. La salida sólo estaba a tres días de ascenso.

El tenue gemido de alivio del sargento Doman llenó el silencio de piedra caliza. El herido se sentó con el arma entre los brazos y apoyó la cabeza contra la piedra. Los demás se pusieron a trabajar para preparar su última línea de resistencia.

La emboscada era su única esperanza. Si fracasaban, ninguno de ellos vería la luz del día, con todas las connotaciones que eso tenía, porque, si lograban verla, habrían alcanzado la gloria.

Dos muertos, tres desaparecidos y las costillas rotas de Dornan. Y, desde luego, la ametralladora. Una ametralladora General Electric, con todas sus municiones, que les había sido arrebatada ante sus propias narices. No se perdía un arma como aquella. Eso no sólo dejaba al pelotón sin fuego de contención, sino que algún día unos hombres tan valerosos como ellos se iban a encontrar con un muro sólido de fuego de ametralladora fabricada en Estados Unidos. Ahora, una gran partida se les acercaba rápidamente. Podían escuchar claramente en su radio la aproximación como «cosas», fueran lo que fuesen, transmitidas por los micrófonos remotos que habían ido dejando en su retirada. Incluso amplificado, era evidente que el enemigo se movía suavemente, con la facilidad de un reptil, pero también con rapidez. De vez en cuando se escuchaba un roce contra las paredes. Cuando hablaban, lo hacían en un lenguaje que ninguno de ellos conocía.

A un muchacho de diecinueve años que estaba en cuclillas junto a sus pertrechos le temblaban las manos. Branch se le acercó.

—No escuches, Washington —le dijo—. No intentes comprender.

El asustado muchacho levantó la mirada. Ante él estaba Frankenstein, «su Frankenstein». Branch conocía bien aquella mirada.

—Están cerca.

—Nada de distracciones —dijo Branch.

—No, señor.

—Vamos a dar la vuelta a la situación. La vamos a dominar.

—Sí, señor.

—Y ahora veamos esas minas, hijo. ¿Cuántas te quedan en la mochila?

—Tres. Es todo lo que tengo, mayor.

—No podemos pedir más, ¿verdad? Yo diría que deberías colocar una aquí y la otra allí. Con eso será suficiente.

—Sí, señor.

—Los vamos a detener aquí —dijo Branch, elevando un poco su tono de voz para que le oyeran los demás *rangers*—. Ésta es la línea. Luego, habremos terminado

y regresaremos a casa. Ya estamos casi fuera, muchachos. Ya podéis ir preparando el bronceador.

Eso les gustó, sobre todo porque, a excepción del mayor, todos ellos eran negros. Bronceador, ¿eh? Pues muy bien.

Inspeccionó la línea, hombre a hombre, espació las minas, asignó los puntos de fuego de cobertura, preparando la emboscada. Se movían en un terreno peliagudo. Aunque dejaran de lado aquellos resplandores pintados en las paredes, las extrañas formas talladas, las repentinas caídas de rocas, los fogonazos que producirían las armas, los esqueletos mineralizados y las trampas engañosas, aunque se dejara este lugar en paz consigo mismo, el espacio que ocupaban era un verdadero horror en sí mismo. Las paredes del túnel comprimían todo su universo en una diminuta pelota que la oscuridad parecía arrojar en caída libre. Sólo había que cerrar los ojos y aquella combinación podía volverle loco a uno. Branch observó el cansancio en todos ellos. No mantenían contacto por radio con la superficie desde hacía dos semanas. Aunque hubieran establecido comunicación, no habrían podido solicitar fuego de artillería, refuerzos o su evacuación. Se encontraban en las profundidades, solos y asediados por seres que algunos imaginaban como hombres locos y otros no.

Branch se detuvo junto al bisonte prehistórico pintado en la pared. Del lomo del animal sobresalían lanzas, y arrastraba las entrañas por debajo. Agonizaba, pero también le sucedía lo mismo al cazador que lo había matado. La figura rígida de un hombre caía en el aire hacia atrás, desgarrada por los largos cuernos. El cazador cazado, todo en un mismo espíritu. Branch colocó la última de las minas al pie del bisonte y la equilibró un poco hacia arriba, sobre las patas de un trípode hecho con alambre.

—Se acercan, mayor.

Branch miró a su alrededor. El que había hablado era el responsable de la radio, y llevaba auriculares sobre las orejas. Revisó por última vez su emboscada, imaginó por adelantado cómo explotarían las minas, hacia dónde volaría la metralla con velocidad letal y qué nichos podrían escapar a su explosión de luz y metal.

—Esperad mi orden. No antes —les dijo.

—Lo sé.

Todos lo sabían. Haber pasado tres semanas de entrenamiento con Branch era suficiente para aprender sus lecciones.

El responsable de la radio apagó la luz de ésta. Alrededor de la bifurcación, otros soldados apagaron también los focos de sus cascos. Branch sintió cómo la negrura los inundaba.

Habían equipado sus fusiles con visores. Branch sabía que, sumidos en aquella terrible oscuridad, cada soldado, situado en su solitario puesto, ensayaba mentalmente la misma ráfaga de izquierda a derecha. Ciegos por la falta de luz, estaban a punto de quedar cegados por ella. Los fogonazos de sus armas echarían a perder su visión de luz baja. Lo mejor que se podía hacer era fingir que se veía algo y dejar que la propia imaginación se ocupara de fijar el objetivo. Cierra los ojos y despierta cuando todo haya terminado.

—Se acercan —dijo el hombre de la radio.

—Ya les oigo —susurró Branch.

Oyó cómo el soldado apagaba suavemente la radio, se quitaba los auriculares y apoyaba la culata del arma contra el hombro.

El grupo avanzaba en fila india, naturalmente. La bifurcación era tubular y tenía la anchura de un hombre. Uno y luego dos más pasaron ante el bisonte. Branch les siguió mentalmente la pista. No llevaban calzado, y el segundo aminoró la marcha cuando lo hizo el primero.

«¿Podrán olemos?», se preguntó Branch. Sin embargo, no dio la orden. Aquello era un juego de nervios. Había que dejarlos entrar a todos, antes de cerrar la puerta. Una parte de él estaba preparada con las minas, por si acaso alguno de sus soldados se asustaba y abría fuego.

Las criaturas olían a grasa, a minerales raros, a calor animal y a heces encostradas. Algo huesudo rasgó una pared. Branch percibió que la bifurcación empezaba a llenarse. Su percepción tuvo menos que ver con el sonido que con la sensación del aire al moverse. Aunque muy ligeramente, la corriente se alteró. La respiración y el movimiento de los cuerpos habían creado diminutos remolinos en el espacio. Branch calculó que debían de ser veinte, posiblemente treinta. «Quizá sean hijos de Dios, pero ahora son míos.»

—¡Fuego! —gritó, e hizo girar el detonador.

Las minas estallaron en un solo fragor incoloro. La metralla rebotó metálicamente contra la roca, abriéndose en una rociada fatal. Ocho fusiles se le unieron, lanzando sus ráfagas entre el grupo de demonios.

Los fogonazos que brotaban de la boca del cañón desgarraron el aire entre los dedos de Branch, mientras él mantenía la vista fija en el visor. Elevó la mirada para protegerse la visión. Pero los fogonazos seguían llegándole, deslumbrantes. Sin poder ver nada, a pesar de no estar ciego, lanzó ráfagas intermitentes.

Contenido en los pasillos, el olor de la pólvora llenó sus pulmones. A Branch el corazón le dio un vuelco. Reconoció un grito como propio, entre los muchos que gritaban. «¡Que Dios me ayude!» rezó cuando su fusil dejó de disparar.

En medio de toda aquella tormenta de fuego, Branch sólo se daba cuenta de que vaciaba el cargador cuando el arma dejaba de golpetearle contra el hombro. Cambió dos veces el cargador. Tras efectuar el tercer cambio, se detuvo para valorar la matanza.

A izquierda y derecha, sus hombres seguían martilleando la oscuridad con el fuego de sus armas. Quizá deseaba oírle pedir clemencia al enemigo, o aullarla. En lugar de eso, lo único que escuchó fueron risas. ¿Risas?

—¡Alto el fuego! —gritó.

No le hicieron caso. Con la sangre encendida, disparaban hasta vaciar el cargador, lo cambiaban y seguían disparando.

Gritó su orden una vez más. Uno tras otro, los hombres fueron haciéndole caso. Los ecos parecían latir en las arterias.

El olor a pólvora, a sangre y a piedra recién arrancada era intenso, hasta el punto de que casi se podía escupir por la boca. Las risas continuaron, extrañas en su pureza.

—Luces —ordenó Branch, tratando de mantener el impulso de los suyos—. Recargad las armas. Preparados. Disparad primero y comprobad después. Control total, muchachos.

Encendieron los focos de los cascos. Sobre el corredor flotaba una nube de humo blanco. Sangre fresca salpicaba las pinturas de la cueva. Más cerca, la carnicería era absoluta. Los cuerpos estaban entremezclados en un nebuloso y distante amasijo. El calor de su sangre despedía humo, aumentando la humedad del habitáculo.

—Muertos, muertos, muertos —exclamó un soldado.

Alguien lanzó una risita. Se trataba de eso, o de llorar. Ellos habían provocado aquello. Una matanza entre los suyos.

Balanceando sus armas de un lado a otro, los hechizados *rangers* se fueron acercando a los vaporosos muertos. Finalmente, podría contemplar los ojos de los ángeles muertos, se dijo Branch. Terminó de rellenar los cargadores de repuesto y revisó la parte superior del túnel por si había más intrusos. Luego se levantó.

Siempre precavido, recorrió la cámara trazando un círculo, iluminando primero la bifurcación izquierda y luego la derecha. Ambas estaban vacías. Habían eliminado a todo el contingente. No quedaba ningún rezagado. No se veía ningún rastro de sangre que se alejara. El éxito de la emboscada había sido completo.

Se reunieron formando un semicírculo al lado de los muertos. Sus hombres se quedaron helados ante aquel montón de cuerpos, con las luces de los focos dirigidas hacia abajo, formando un círculo luminoso colectivo. Branch se abrió paso y, como ellos, se quedó petrificado.

—No es posible —murmuró débilmente un soldado.

Un compañero también se negó a creer en lo que veía.

—¿Qué estaban haciendo éstos aquí? ¿Qué demonios estaban haciendo aquí?

Branch comprendió entonces por qué el enemigo había muerto tan dócilmente.

—¡Por Cristo! —exclamó.

Sobre el suelo había dos docenas o más de cuerpos. Estaban desnudos y ofrecían un aspecto patético... y humano. Eran civiles. Civiles desarmados.

Hasta destrozada por la metralla y las balas, podía verse la extremada delgadez de sus cuerpos. Su piel decorada se tensaba sobre las descarnadas cajas torácicas. Los rostros eran todo un estudio del hambre, con las mejillas hundidas y los ojos huecos. Mostraban úlceras en los pies y en las piernas. Sus nervudos brazos eran tan delgados como los de un niño. Tenían las entrepiernas manchadas de viejas defecaciones resacas. Sólo una cosa podía explicar su presencia allí.

—Prisioneros —dijo el soldado Washington.

—¿Prisioneros? Nosotros no matamos a los prisioneros.

—Sí —afirmó Washington—, eran prisioneros.

—No —intervino Branch—. Esclavos.

Se produjo un silencio.

—¿Esclavos? Eso ya no existe. Estamos en los tiempos , modernos, mayor.

Les mostró las marcas de los hierros, las franjas de pintura, las cuerdas que unían cuello con cuello.

—Eso los convierte en prisioneros, no en esclavos.

Los muchachos negros actuaban como autoridades en la materia.

—¿Veis esas marcas en carne viva en los hombros y la espalda?

—Sí, ¿y qué?

—Son abrasiones. Han estado transportando cargas. Los prisioneros que trabajan son esclavos.

Ahora lo comprendieron. Después de las palabras de Branch, pudieron imaginarlo. Esto empezaba a ser para ellos algo muy personal.

Espectrales y alterados, los hombres se movieron entre los cuerpos y el humo. La mayoría de los cautivos eran varones. Además de la única cuerda que los sujetaba a todos por el cuello, muchos llevaban tiras de cuero atadas entre sí a los tobillos. Unos pocos llevaban también brazaletes de hierro. La mayoría habían sido etiquetados en las orejas, o éstas habían sido cortadas o marcadas, como hacen los vaqueros con el ganado.

—Está bien, son esclavos. ¿Dónde están entonces sus amos?

El consenso fue inmediato.

—Tiene que haber un amo, un jefe de este grupo de encadenados.

Siguieron examinando el montón, absorbiendo la atrocidad, negándose a aceptar la idea de que los esclavos pudieran serlo de sí mismos. Sin embargo, después de revisar un cuerpo tras otro, no lograron encontrar a ningún amo demonio.

—No acabo de comprenderlo. No tienen alimento, no tienen agua. ¿Cómo se mantenían vivos?

—Hemos cruzado una corriente.

—Bien, eso supone que tenían agua. Pero no he visto ningún pescado.

—Aquí lo tenemos, ¿lo veis?

Uno de los *rangers* sostuvo en alto una pieza de carne seca de unos treinta centímetros de longitud. Parecía más bien un palo seco o un cuero reseco. Encontraron más piezas similares, la mayoría de ellas rodeadas por grilletes o aferradas en las manos de los muertos.

Branch examinó una de las piezas, la inclinó y olió la carne.

—No sé qué puede ser esto —dijo.

Pero lo adivinó inmediatamente. Era humano.

Llegaron a la conclusión de que se trataba de una caravana, aunque con las manos vacías. Nadie supo decir qué transportaban estos cautivos, pero evidentemente habían transportado algo, a largas distancias y recientemente. Tal como observara Branch, los delgados cuerpos mostraban ulceraciones en los hombros y espaldas que cualquier soldado reconocería como causadas por llevar una pesada carga durante demasiado tiempo.

Los *rangers* se mostraron serios o coléricos mientras deambulaban entre los muertos. A primera vista, la mayoría de estas gentes parecían centroasiáticas. Eso explicaba quizá su extraño lenguaje. Branch supuso que podían ser afganos, a juzgar por sus ojos azules. Para sus hombres, sin embargo, eran hermanos y hermanas. Y eso les daba bastante en que pensar.

¿De modo que el enemigo tenía bestias de carga? ¿Y habían llegado hasta allí desde Afganistán? ¡Pero si se encontraban por debajo de Baviera! Y en el siglo XXI. Las implicaciones eran abrumadoras. Si el enemigo era capaz de llevar a cordadas de cautivos hasta tan lejos, significaba que también podía mover ejércitos... bajo los pies de la humanidad. La superficie lo tenía muy mal. Con esta clase de terreno subterráneo, la superficie no sería más que un ciego a la espera de que le robaran. Su enemigo podría surgir por donde menos lo esperase, como perros de las praderas o termitas.

¿Qué había de nuevo en eso? ¿Quería decir que los hijos del infierno habían estado surgiendo en medio de la humanidad desde el principio? Tomando esclavos, robando almas, asolando el jardín de la luz. Aquel era un concepto demasiado fundamental como para que Branch lo aceptara fácilmente.

—Aquí está, lo he encontrado —dijo el soldado Washington cerca del fondo del montón. Hundido hasta las rodillas en la masa desgarrada, mantenía el fusil y la luz apuntados hacia algo que había en el suelo—. Oh, sí, éste es. Aquí está su jefe. He cazado al hijoputa.

Branch y los demás se le acercaron rápidamente. Se arremolinaron a su alrededor, y le dieron unas cuantas patadas.

—Está muerto —sentenció el sanitario limpiándose los dedos después de haber tratado de captarle el pulso.

Eso les permitió sentirse más cómodos y se acercaron más los unos a los otros.

—Es más grande que el resto.

—El rey de los monos.

Dos brazos, dos piernas y un cuerpo alargado y flexible, entrelazado con el de sus vecinos. Estaba empapado en sangre derramada, alguna propia, a juzgar por las heridas que presentaba. Trataron de averiguar su forma cuidadosamente, moviéndolo con la boca de sus armas.

—¿Es eso una especie de casco?

—Tiene serpientes. Serpientes que le crecen en la cabeza.

—No, mirad. Eso es pelo. Está lleno de barro o algo así.

El pelo largo estaba efectivamente enmarañado y sucio, como una medusa. Resultaba difícil saber si las excrecencias peludas y cubiertas de barro de la cabeza eran de hueso o no, pero, desde luego, aquello ofrecía un aspecto demoníaco. Y había también algo en su apariencia... los tatuajes, el anillo de hierro que le rodeaba el cuello. Éste era más alto que aquellos otros peludos que había visto en Bosnia, de aspecto infinitamente más poderoso que estos otros muertos. Pero, sin embargo, no era lo que Branch esperaba.

—Metedlo en una bolsa —ordenó Branch—. Salgamos de aquí.

El soldado Washington seguía tan colérico como un pura sangre.

—Debería dispararle de nuevo.

—¿Para qué quieres hacer eso, Washington?

—Sólo creo que debería hacerlo. Éste es el que dirigía a los demás. Tiene que ser demoníaco.

—Ya le hemos dado suficiente —dijo Branch.

Murmurando entre dientes, Washington le propinó una fuerte patada sobre el corazón y se volvió. Como un animal que despertara, la gran caja torácica se convirtió en un gran saco de aire, y luego en otro. Washington escuchó la respiración y se agachó entre los cuerpos, gritando al mismo tiempo que decía:

—¡Está vivo! ¡Ha resucitado!

—¡Alto el fuego! —ordenó Branch demasiado tarde—. No le dispares.

—Pero es que no mueren, mayor. Mírelo.

La criatura, efectivamente, se agitaba entre los cuerpos.—Mantened la cabeza bien fría —dijo Branch—. Demos un paso tras otro, sin precipitarnos. Comprobemos qué es lo que vemos. Lo quiero vivo.

Se estaban acercando a la superficie. Con un poco de suerte, quizá pudieran salir de allí con una presa viva. Si la marcha se complicaba, siempre podían decapitar a su prisionero y seguir corriendo. Branch examinó a la criatura a la luz de los focos.

De algún modo, éste no había recibido la carga de metralla desparramada en la emboscada. Tal y como Branch había dispuesto las minas, todos los miembros de la columna deberían haber recibido la metralla en la cara. Por lo visto, éste tuvo que haber percibido algo que los esclavos no captaron, y se las arregló para agacharse en el instante letal. Dotados de unos instintos tan agudos, los abisales podrían haber evitado la detección humana durante toda la historia.

—Este es el jefe, muy bien. Tiene que ser éste —dijo alguien—. ¿Quién si no?

—Quizá —dijo Branch.

Todos experimentaban un feroz deseo de venganza.

—Sólo hay que mirarlo para saberlo.

—Dispárale, mayor —le pidió Washington—. De todos modos, se está muriendo.

Lo único que se necesitaba era la orden. Más fácil aún, con su silencio bastaría. Branch sólo tenía que mirar hacia otra parte y se haría.

—¿Muriendo? —dijo la cosa, que abrió los ojos y les miró. Branch fue el único que no saltó hacia atrás—. Encantado de conocerte —le dijo.

Sus labios retrocedieron sobre unos dientes blancos. Era la sonrisa burlona de alguien cuya última posesión es la propia sonrisa.

Luego lanzó aquella misma risa que habían escuchado antes. El regocijo era real. Se estaba riendo de ellos, de sí mismo, de su sufrimiento, de su actitud exagerada, del universo entero. Branch se dio cuenta de que era el acto más audaz del que hubiera sido testigo jamás.

—Dispare contra esa cosa —dijo el sargento Doman.

—No disparen —ordenó Branch.

—Oh, vamos —dijo la criatura con una entonación típica del oeste americano, de Wyoming o de Montana—. Hazlo —añadió, y dejó de reír.

En el silencio que siguió, alguien introdujo una bala en la recámara.

—No disparen —volvió a ordenar Branch. Se arrodilló, de monstruo a monstruo, y tomó la cabeza de medusa con las dos manos—. ¿Quién eres? —preguntó—. ¿Cómo te llamas?

Aquello era como tomar una confesión.

—¿Es humano? ¿Es uno de nosotros? —murmuró un soldado.

Branch se acercó más a la cabeza y vio un rostro más joven de lo que había imaginado. Fue entonces cuando descubrió algo que no se le había infligido a ninguno de los otros prisioneros. Sobresaliendo de una de las vértebras, en la base de la nuca, se había fijado una argolla de hierro a la columna vertebral. Un simple tirón de aquella argolla y aquel ser se convertiría en una cabeza suelta sobre un cuerpo muerto. Todos se quedaron impresionados al verlo. Impresionados por la independencia que le proporcionaba aquella posibilidad de ruptura total.

—¿Quién eres? —preguntó Branch.

Una lágrima brotó de un ojo. El hombre recordaba algo. Ofreció su nombre como si rindiera su espada y habló tan suavemente que Branch tuvo que inclinarse para escucharlo.

—Ike —les dijo luego Branch a los demás.

6

TAZAS DEL SUR

Primero, tienes que concebir que la tierra... está llena por todas partes de tortuosas cuevas y contiene en su seno multitud de lagos y golfos y abismales peñascos. También tienes que imaginar que bajo el lomo de la tierra muchos ríos subterráneos de fuerza torrencial hacen rodar sus aguas, mezclándose con las rocas hundidas.
LUCRECIO, *De la naturaleza de las cosas* (55 a.C.) Debajo de Ontario Tres años más tarde

El oruga blindado aminoró la velocidad a treinta kilómetros por hora al salir del agujero y desembocar en la vasta cámara subterránea donde se había instalado el campamento Helena. El sendero trazaba un arco a lo largo de la cresta del cañón y descendía hasta el lecho de la cámara. En el interior del oruga, Ike se movía de un extremo al otro, tropezando con hombres exhaustos, pertrechos de combate y la sanguinaria e incansable escopeta preparada. A través de la mirilla delantera, vio las luces humanas. Por la parte de atrás, la boca rayada y nauseabunda que conducía a las profundidades. Sentía el corazón desgarrado en dos, proyectado hacia el futuro y hacia el pasado.

Desde hacía varias semanas, la patrulla se había dedicado a la caza del «abisal», de su horror, en un túnel que se abría a partir del punto de tránsito más profundo. Durante cuatro de aquellas semanas, habían vivido en alerta permanente, con el dedo en el gatillo. Se suponía que los mercenarios debían patrullar por las líneas más profundas pero, de algún modo, los militares de cera habían vuelto a entrar en acción y a acumular éxitos. Ahora se sentaban en asientos de plástico rojo cereza completamente nuevos, en un oruga automático, con pertrechos de campaña llenos de barro apoyados en las piernas y un soldado moribundo en el suelo del vehículo.

—Ya estamos en casa —le dijo uno de los *rangers*.

—Toda suya —replicó Ike y, tras una pausa, añadió—: Teniente.

Y aquello fue como haberle devuelto la antorcha a su propietario original. Ahora habían regresado al mundo, y no era el suyo.

—Escuche —dijo el teniente Meadows en voz baja—, quizá no haya necesidad de informar de todo lo ocurrido. Una simple disculpa delante de los hombres y... —¿Me está perdonando? —le interrumpió Ike con un bufido. Los cansados hombres levantaron la mirada. Meadows entrecerró los ojos e Ike se alzó un par de gafas de escalador con los cristales casi negros. Sujetó las patillas sobre las orejas y apretó el

plástico contra el brutal tatuaje que se extendía desde su frente hasta la barbilla, pasando por los pómulos.

Le dio la espalda a aquel estúpido y miró por las ventanillas hacia la extensa base desparramada por debajo de ellos. El cielo de Helena era una tormenta de luces artificiales. Desde donde se encontraban, la impresionante cantidad de láseres formaban un toldo angular de un kilómetro y medio de circunferencia. Trazos lumínicos de fijación palpitaban en la distancia. Sus horribles mechones, cortados a la altura de los hombros, le ayudaban a protegerse los ojos, pero no lo suficiente. Tan fuerte como se sentía en la oscuridad inferior, Ike tenía que protegerse aquí de la luz.

En su mente, estos asentamientos eran como barcos naufragados en el Ártico cuando estaba a punto de llegar el invierno; recordatorios de que el paso por la vida era rápido y temporal. Aquí abajo, uno no pertenecía a ningún lugar durante mucho tiempo.

Cada cavidad, cada túnel, cada agujero situado a lo largo de los imponentes muros de la cámara, estaba saturado de luz y, sin embargo, podían verse animales alados revoloteando por el «cielo» abovedado que se extendía a cien metros por encima del campamento. Los animales, cansados, siempre terminaban por descender para descansar y alimentarse... y no tardaban en quedar fritos al entrar en contacto con la valla de láseres. Las zonas de trabajo y vivienda del campamento estaban protegidas de esos restos de hueso y carbón, así como de la caída ocasional de rocas por escarpados tejados de cincuenta metros de altura con superestructuras de aleación de titanio. El efecto que producía todo aquello, desde la ventanilla de Ike, era una ciudad de catedrales dentro de una gruta gigantesca.

Con las cintas transportadoras que se introducían por agujeros laterales, un pozo de ascensor, diversas chimeneas de ventilación que atravesaban el techo y una nube de contaminación causada por la combustión de la gasolina, aquello parecía el infierno, a pesar de que era obra del hombre. Por las cintas transportadoras descendentes partía una corriente continua de alimentos, suministros y municiones. Por las ascendentes subía el mineral triturado.

El vehículo oruga se detuvo ante la puerta principal y los *rangers* fueron saliendo en fila, casi tímidos ante tanta seguridad, ávidos por traspasar la alambrada de espino, tomar una cerveza bien fría y unas hamburguesas calientes y tumbarse a descansar. Su trabajo sería reanudado por una nueva patrulla. Ike, por su parte, ya estaba preparado para partir.

Un lento equipo de sanidad de campaña llegó corriendo con una camilla; al cruzar ante la puerta, se encendió un panel de luces voltaicas, que les hizo parecer ángeles blancos. Ike se arrodilló ante su hombre herido no sólo porque era lo correcto, sino también porque tenía que encontrar de nuevo su resolución. Las luces de arco voltaico estaban dispuestas para saturar todo lo que entrara por ese lado y para matar aquello que la luz era capaz de matar aquí abajo.

—Nos haremos cargo de él —dijeron los sanitarios.

Ike soltó la mano del muchacho. Fue el último que quedó en el vehículo. Uno tras otro, los *rangers* pasaron por la puerta, transformándose en fogonazos de cegadora luminosidad.

Ike miró las puertas del campamento y luchó contra el impulso de regresar corriendo hacia la oscuridad. Sus impulsos eran tan crudos que dolían como heridas. Pocas personas lo comprendían. Había entrado en ese estado maniqueo de oscuridad o luz, y a todos les parecía que su escala grisácea había desaparecido.

Lanzando un pequeño grito, Ike se llevó las manos a los ojos cubiertos por las gafas de escalador y saltó a través de la puerta. Las luces lo dejaron tan inmaculado como un alma resucitada. De ese modo volvía a entrar de nuevo, a pesar de que cada vez que lo hacía le parecía más difícil.

Rodeado de alambre de espinos y sacos terreros, Ike aminoró la marcha y se despejó los pulmones. Siguiendo las normas, extrajo el cargador del arma, disparó la bala de la recámara en la caja de arena, junto al bunker, y mostró su tarjeta de identificación a los centinelas equipados con uniformes ignífugos de kevlar. «Campamento Helena», decía el cartel.

«Sede de Caballo Negro, 11.ª Div. Caballería Blindada».

Aparecía tachado y sustituido por:

«Perros de Presa, 27.ª Div. Infantería».

Se habían cambiado sucesivamente los nombres de media docena más de unidades estacionadas allí en algún momento. La única constante que se mantenía en la esquina superior derecha era su profundidad: 5.410 metros.

Con la espalda encorvada bajo todo su equipo de combate, Ike pasó junto a los soldados que llevaban puestos sus «ninjas» de campamento, los monos negros utilizados para el trabajo en aquellas profundidades, o los suéteres del ejército para los ratos de ocio o los atuendos de gimnasia. Tanto si iban camino del campo de entrenamiento como si se dirigían a la cantina, a la pista de baloncesto o a tomar, un Zinger o un YooHoo, todos y cada uno llevaban un rifle o una pistola, recordando la gran matanza ocurrida dos años antes. Por debajo del pelo enmarañado, Ike dirigió miradas de soslayo a los civiles que empezaban a hacerse cargo de todo. La mayoría eran mineros y trabajadores de la construcción, entremezclados con mercenarios y misioneros que constituían la oleada de vanguardia de la colonización. En el momento de su partida, dos meses antes, sólo había unas pocas docenas. Ahora, en cambio, parecían superar en número a los soldados. Desde luego, tenían la *hauteur* de la mayoría.

Escuchó risas chillonas y se asombró al ver a tres prostitutas de poco menos de treinta años. Una de ellas llevaba verdaderas pelotas de voleibol quirúrgicamente sujetas al pecho. Ella se quedó aún más sorprendida al ver a Ike. La paja con la que tomaba la soda se le escapó de entre los labios color fresa y se quedó mirando con incredulidad. Ike hizo una mueca, apartó la mirada, y siguió apresuradamente su camino.

Helena crecía a marchas forzadas. Lo mismo que multitud de otras colonias repartidas por todo el mundo, no sólo era consecuencia de la apertura de nuevos

espacios y de la llegada de colonos procedentes del Mundo. Podía comprobarse en el material de construcción. El cemento lo indicaba todo. Aquí abajo, la madera era un lujo, y la producción de lámina metálica necesitaba tiempo para desarrollarse y tenía que hacerse cerca de las fuentes de mineral para que su coste fuese razonable. El cemento, por su parte, sólo había que extraerlo del suelo y de las paredes, era barato, de utilización rápida, duradero y connotaba populismo. Eso alimentaba el espíritu de frontera.

Ike entró en un espacio que, apenas dos meses antes, había sido ocupado por la compañía local de *rangers*. Pero ahora ya se usaban para otros menesteres la pista de obstáculos, la torre para la práctica del rappel, el campo de tiro y la antigua pista de carreras. Una horda de colonos lo había invadido todo y por allí se extendían todo tipo de tiendas de campaña, cobijos improvisados y barracas. El sonido de las voces, el comercio y la música estridente le golpearon como un olor hediondo.

Lo único que quedaba del cuartel general de la unidad eran dos cubículos de oficinas, unidos con cinta de canalización. Tenían el techo de cartón. Ike dejó la mochila junto a la pared exterior, observó dos veces a los duros y desesperados tipos que deambulaban por allí y finalmente decidió entrar con la mochila. Sintióse un poco estúpido, llamó a la pared de cartón.

—Entre —gritó una voz.

Branch le hablaba a un ordenador portátil equilibrado sobre cajas de municiones, con el casco a un lado y el rifle al otro.

—Elias —le saludó Ike.

Branch no se sintió complacido al verle. Su máscara de tejido cicatricial y de quistes se retorció en un gruñido.

—Ah, nuestro hijo pródigo —dijo—. Precisamente estábamos hablando de ti. Hizo girar el ordenador portátil para que Ike pudiera ver la cara en la pequeña pantalla ultraplana y la cámara del ordenador pudiera captar a Ike. Estaban conectados por vídeo con Jump Lincoln, uno de los viejos camaradas de Branch en la Aerotransportada, y actualmente comandante que tenía bajo sus órdenes al teniente Meadows.

—¿Es que has perdido tu jodido sentido común? —le preguntó la imagen de Jump a Ike—. Acaban de dejarme encima de la mesa un informe de campaña en el que se dice que has desobedecido una orden directa delante de toda la patrulla de mi teniente y que los apuntaste a todos de una manera amenazadora con tu arma. ¿Tienes algo que decir a todo eso, Crockett?

Ike no se hizo el tonto, pero tampoco dio su brazo a torcer.

—El teniente se ha apresurado a presentar su informe —comentó—. Sólo hace veinte minutos que hemos llegado.

—¿Amenazaste a un oficial? —preguntó Jump, cuyo grito quedó minimizado por el altavoz del ordenador.

—Le contradije.

—¿De patrulla, y delante de sus hombres?

Branch estaba sentado y sacudía la cabeza con actitud de pesarosa camaradería.

—Ese hombre no debería estar ahí fuera —dijo Ike—. Destrozó a uno de sus hombres a causa de una orden errónea. No vi razón alguna para seguir apoyando la visión de la realidad que tiene ese teniente. Finalmente, conseguí que comprendiera las cosas.

Jump parecía enfurecido, y aparecieron diversos encuadres en el ordenador, mientras él no dejaba de moverse.

—Creí que ésa era una región despejada —dijo finalmente—. Se suponía que éste iba a ser un crucero para Meadows. ¿Quieres decirme que os encontrasteis con abisales?

—Con trampas engañabobos —contestó Ike—. Viejas. De varios siglos de antigüedad. Dudo que nadie pasara por allí desde la última glaciación.

Ni siquiera se molestó en abordar el tema de que lo enviaran a cuidar de un imberbe estudiante recién salido del campo de entrenamiento de oficiales de reserva.

La imagen del ordenador se volvió hacia un mapa colgado en la pared.

—¿Dónde se han metido todos? —se preguntó Jump—. No hemos establecido contacto físico con el enemigo desde hace meses.

—No se preocupe —le aseguró Ike—. Están ahí abajo, en alguna parte.

—No estoy tan seguro de eso. A veces, creo realmente que huyen, que han sido exterminados por las enfermedades o algo así.

Branch aprovechó el intermedio para intervenir.

—A mí me parece que estamos en un empate —le dijo a Jump—. Mi payaso anula al tuyo. Creo que estamos de acuerdo.

Los dos mayores sabían que Meadows era un desastre. Y ambos sabían que no volverían a enviarlo con Ike. Tanto mejor para Ike.

—Que se joda entonces —dijo Jump—. Voy a enterrar el informe. Pero sólo por esta vez.

Branch siguió mirando enfurecido a Ike.

—No sé, Jump —dijo—. Quizá deberíamos dejar de mimarlo tanto.

—Elias, sé que es un proyecto especial tuyo —dijo Jump—, pero ya te lo he dicho antes, no te encariñes tanto. Hay una razón por la que tratamos con tanta precaución a las «copas del Sur». Te lo aseguro, son desgarradores.

—Gracias por enterrar el asunto. Te debo una. —Branch apretó el botón de desconexión del ordenador y se volvió a mirar a Ike—. Bonito trabajo —le dijo—. Dime, ¿tratas acaso de ponerte la soga al cuello?

Si lo que quería era un acto de contrición, Ike no se lo ofreció. Apartó unas cajas y se preparó un asiento.

—«Copas del Sur». Eso es algo nuevo. ¿Más jerga del ejército? —preguntó.

—Se refiere a los espectros recuperados, si quieres saberlo. Significa que se utilizan una sola vez y se tiran. La CÍA solía llamar así a sus agentes indígenas. Ahora, el término también incluye a los vaqueros como tú, que hemos logrado sacar de las profundidades y que utilizamos para tareas de exploración.

—Parece haberte afectado mucho —comentó Ike.

—Tu sentido de la oportunidad es increíble —dijo Branch, todavía de mal humor—. El Congreso parece dispuesto a cerrar la base, a venderla a otro grupo de hienas empresariales. Cada vez que uno mira por ahí puede ver otro cartel con permiso gubernamental. Nosotros realizamos el trabajo sucio y luego llegan las multinacionales, con sus milicias de mercenarios, y desembarcan colonos y equipo minero. Nosotros sangramos y ellos se benefician. Se me ha dado tres semanas para transferir toda la unidad a acuartelamientos temporales seiscientos metros por debajo de Camp Alison. No dispongo de mucho tiempo, Ike. Me he tomado muchas molestias para mantenerte vivo aquí abajo, y tú vas y amenazas a un oficial durante una patrulla. ¿No se te ocurrió nada mejor?

—Paz, papá —dijo Ike, que levantó dos dedos y los abrió.

Branch respiró profundamente. Miró a su alrededor, hacia el diminuto espacio de oficina, con expresión asqueada. La música country resonaba cerca con muchos megadecibelios.

—Fíjate cómo estamos —dijo Branch—. Esto da pena. Sangramos. Las empresas se benefician. ¿Dónde está el honor en todo esto?

—¿Honor?

—Vamos, no me vengas con esas. Sí, el honor. No el dinero, ni el poder, ni las posesiones, ni siquiera los resultados de ser fiel al código, sino esto —terminó diciendo, señalándose el corazón.

—Quizá tienes demasiada fe —sugirió Ike.

—¿Y tú no?

—Yo no soy un amante de la vida, como tú.

—Tú no eres nada —dijo Branch con los hombros hundidos—. Han seguido adelante con tu tribunal militar, *in absentia*. Casi no me lo puedo creer. Nada menos que *in absentia*. Mientras tú estabas aún de patrulla. Ni siquiera Kafka se habría encontrado con una cosa así. Una ausencia sin permiso oficial se convierte en una acusación de desertión ante el fuego enemigo.

Ike no se mostró particularmente preocupado.

—Entonces tendré que apelar.

—Esto era la apelación —le recordó Branch. Ike no demostró la menor angustia—. Hay un rayo de esperanza, Ike. Se te ha ordenado que acudas a un tribunal de arriba para oír la sentencia. He hablado con los de la fiscalía general y allí creen que puedes solicitar clemencia al tribunal. He tirado de todos los hilos que conozco allí arriba. Les he dicho lo que hiciste tras las líneas del enemigo. Alguien importante ha prometido decir algo en tu favor. No contamos con promesas, pero me parece que el tribunal debería mostrar indulgencia.

—¿Es ése mi rayo de esperanza?

—Las cosas podrían estar peor, y tú lo sabes —dijo Branch.

Lo habían discutido muchas veces. Ike no replicó. El ejército había sido para él mera burocracia, más que una familia. No fue el ejército el que lo sacó de la esclavitud y lo arrastró de regreso a su propia humanidad, ocupándose de que le

limpiaran las heridas y le cortaran los grilletes. Eso lo hizo Branch. Ike nunca lo olvidaría.

—De todos modos, podrías intentarlo —añadió Branch.

—No lo necesito —contestó Ike con suavidad—. Ni siquiera tengo necesidad de volver a subir allá arriba.

—Éste es un lugar peligroso.

—Allá arriba es peor.

—No puedes estar solo y sobrevivir.

—Siempre puedo unirme a algún grupo.

—¿De qué estás hablando? Te enfrentas a una expulsión deshonrosa, con posible sentencia de prisión. Te convertirías en un paria.

—Puedo hacer otra cosa.

—¿Convertirte en un soldado de fortuna? —Branch lo miró con asco—. ¿Tú?

Ike no quiso responder. Los dos hombres guardaron silencio. Finalmente lo dijo, apenas en un susurro.

—Hazlo por mí.

De no haber sido porque, evidentemente, le costó tanto decirlo, Ike se habría negado. Habría dejado su rifle en un rincón, vaciado la mochila en la habitación, se habría quitado el rayado y manchado mono de ninja y habría salido desnudo para siempre de los *rangers* y del ejército. Pero Branch acababa de hacer lo que nunca hacía. Y al darse cuenta de que este hombre que le había salvado la vida, que lo había cuidado hasta devolverle la cordura y que había sido como un padre para él había dejado su orgullo en el suelo, a sus pies, Ike hizo lo que se había jurado a sí mismo que nunca haría. Se sometió.

—¿Adonde tengo que ir, entonces? —preguntó.

Los dos trataron de no hacer caso de la felicidad experimentada por Branch.

—No lo lamentarás —le prometió Branch.

—Eso suena a horca —dijo Ike sin sonreír.

Washington, D. C.

A medio camino la escalera mecánica se hacía escarpada como la de un templo azteca. Ike ya no lo podía soportar. No se trataba sólo de la insoportable luz. Su viaje desde las entrañas de la tierra se había convertido en un cruel asedio.

Tenía todos los sentidos destrozados. El mundo se había vuelto del revés.

Ahora, a medida que ascendía la escalera de acero inoxidable hasta el nivel cero y el aullido del tráfico descendía hacia él, se aferró a la barandilla de goma. Al llegar a lo alto, se vio arrojado en medio de una acera de la ciudad. La gente lo empujó por detrás y lo alejó aún más de la entrada del metro. Ike se vio zarandeado por los ruidos y los empujones accidentales, en medio de Independence Avenue.

En sus tiempos, había experimentado lo que era el vértigo, pero nunca sintió nada como esto. El cielo caía a plomo. El bulevar se abría en todos los sentidos. Sintiendo náuseas, avanzó tambaleándose hacia una algarabía de claxons. Luchó por dominar la terrorífica sensación del espacio abierto. Con los párpados semicerrados, se esforzó por llegar hasta una pared bañada por la luz solar.

— Apártate —le reprendió alguien con acento hindi.

Luego, el tendero le vio la cara y se retiró al fondo de su establecimiento.

Ike acercó la mejilla al ladrillo.

— Esquina de la Decimoctava y la Calle C —le dijo un peatón al que preguntó.

Era una mujer que llevaba zapatos de tacón. De repente, su taconeo se apresuró y trazó un amplio arco a su alrededor. Ike hizo un esfuerzo por apartarse de la pared.

Al otro lado de la calzada inició la horrible ascensión por una colina festoneada de banderas estadounidenses en lo alto de las astas. Levantó la cabeza y se encontró con el monumento a Washington recortado contra el azul puro del día. Era la época en que florecían los cerezos, eso era evidente porque apenas podía respirar.

Un puñado de nubes se desplazó en lo alto, proporcionándole un respiro; luego se desvaneció. Los tulipanes le destrozaron la visión con sus brillantes colores. La bolsa de gimnasia que llevaba en la mano, su único equipaje, se le hacía pesada. Jadeaba, tratando de absorber aire; afectaba a su viejo orgullo ver en tal estado a un escalador del Himalaya que se encontraba al nivel del mar.

Con los ojos entrecerrados tras las oscuras gafas de montañero, Ike se retiró hacia una calle con sombra. Finalmente, el sol se puso y desaparecieron sus náuseas. Pudo dejar los ojos al descubierto. Deambuló por los lugares más oscuros de la ciudad, a la luz de la luna, con la prisa de un fugitivo.

No había ninguna juerga nocturna para él. Caminó atropelladamente. Era la primera noche que pasaba por encima del nivel del suelo desde que quedara atrapado por la nieve en el Tibet, hacía ya tanto tiempo. No disponía de tiempo para comer. El sueño podía esperar. Había mucho que ver.

Aprovechó la noche incansablemente, como un turista con los muslos de un velocista olímpico. Había guetos y avenidas parisinas, y relucientes distritos gastronómicos y embajadas elegantemente engalanadas. Eso fue todo lo que evitó, prefiriendo los lugares más vacíos.

La noche era maravillosa. Aunque un tanto amortiguadas por las luces urbanas, las estrellas se extendían por el cielo. Respiró el aire marino. En los árboles se veían los primeros brotes.

Era abril, muy bien. Y, sin embargo, mientras pisaba la hierba y las calzadas, saltaba verjas y evitaba coches, en el fondo de su alma sentía como si estuviera en noviembre. La misericordia misma de la noche lo condenaba. Ya no pertenecía a este mundo, y lo sabía. Por eso procuró memorizar la luna y los prados húmedos, los robles y el trenzado de corrientes del lento Potomac.

No tenía la intención de que fuera así, pero se encontró con la catedral nacional, en lo alto de una colina de cuidado césped. Fue como volver a las épocas oscuras. Una fanática multitud de miles de fieles ocupaba los terrenos, en escuálidas tiendas

de campaña sin iluminar, a excepción de velas y farolillos. Ike vaciló y luego se adelantó. Era evidente que aquí acudían las familias y congregaciones enteras, y que se codeaban con los pobres y los locos, los enfermos y los adictos.

Unos enormes estandartes como los de los cruzados, con una cruz roja, pendían de altos soportes, y las dos torres góticas gemelas parpadeaban ante el resplandor arrojado por grandes hogueras. Los vendedores ambulantes vendían crucifijos, ángeles de la Nueva Era, pastillas de algas verdeazuladas, bisutería nativa americana, partes animales, balas rociadas con agua bendita y viajes de ida y vuelta a Jerusalén en vuelos charter.

Una milicia enrolaba a voluntarios, «musculosos cristianos», para operaciones de guerrilla contra el infierno. La mesa estaba llena de literatura propagandística y números de la revista *Soldados de fortuna*, y era atendida por farsantes de grandes bíceps y avanzadas armas de fuego. Un vídeo barato de entrenamiento mostraba una escuela dominical en llamas y actores metidos en su papel de almas condenadas que gritaban pidiendo auxilio.

Justo al lado de la televisión había una mujer a la que le faltaba un brazo y los dos senos, desnuda hasta la cintura, mostrándoles sus cicatrices como si aquello fuera la gloria. Su acento era del Sur, quizá de Luisiana, y en su única mano sostenía una serpiente venenosa.

—Yo fui cautiva de los demonios —testificaba—. Pero fui rescatada. Sin embargo, sólo me rescataron a mí, no a mis pobres hijos, y tampoco a todos los otros buenos cristianos que estaban allá abajo, en la Casa. Buenos cristianos necesitados de una salvación justa. Bajad, hermanos. Bajad con fuertes armas. Subid con los débiles. Llevad la luz del Señor a esa oscuridad. Llevad con vosotros el espíritu de Jesús, del Padre y del Espíritu Santo...

Ike retrocedió. ¿Cuánto le pagarían a aquella mujer de la serpiente por mostrar su carne y hacer proselitismo para reclutar a hombres crédulos? Las heridas que mostraba daban toda la impresión de ser quirúrgicas, posiblemente causadas por una mastectomía. De todos modos, no hablaba como una ex cautiva. Estaba demasiado segura de sí misma.

Claro que había cautivos humanos entre los abisales, pero no andaban indefectiblemente necesitados de rescate. Los que Ike había visto, los que sobrevivieron durante algún tiempo entre los abisales, tendían a parecer una suma cero. Pero, una vez que se había estado allí, el limbo podía significar una especie de asilo para las propias responsabilidades. Era una herejía decir lo que pensaba, especialmente entre patriotas como estos que predicaban la libertad, pero el propio Ike había experimentado el prohibido éxtasis de perderse en la autoridad de otra criatura.

Ike ascendió los escalones, entre el gentío, y entró en el crucero medieval. Había detalles del siglo XX: el suelo estaba taraceado con escudos del estado y la vidriera de uno de los ventanales mostraba la imagen de los astronautas sobre la Luna. Por lo demás, era como si pasara a través del mundo de la Peste Negra. El aire estaba lleno de humo e incienso, del olor de cuerpos sin lavar y de fruta podrida; de las paredes

de piedra rezumaba el eco de las oraciones. Ike escuchó el *Confiteor* mezclado con el *Kaddish*, las apelaciones a Alá entremezcladas con los himnos apalaquianos, las oraciones sobre el Segundo Adviento con las de la Era de Acuario, del verdadero Dios y de los ángeles. La petición era generalizada. Por lo visto, el milenio no estaba resultando muy divertido.

Antes del amanecer, consciente de la deuda contraída con Branch, regresó a la esquina de la Decimoctava y la Calle C Noroeste, donde se le había dicho que se presentara. Se sentó en un extremo de los escalones de granito y esperó a que fueran las nueve. A pesar de sus premoniciones, Ike se dijo a sí mismo que no había forma de retroceder. Su honor había terminado por quedar a merced de extraños.

El sol salió lentamente y avanzó por el cañón de edificios de oficinas, como una marcha imperial. Ike observó cómo sus huellas se fundían en la escarcha del césped. Su ánimo se desmoronó al verlas desaparecer.

Una abrumadora tristeza le invadió, una sensación de profunda traición. ¿Qué derecho tenía él a regresar al Mundo? ¿Qué derecho tenía el Mundo a regresar a su interior? De repente, el hecho de estar allí, de intentar explicarse ante extraños, le parecía una terrible indiscreción. ¿Por qué entregarse de aquel modo? ¿Y si le juzgaban y le encontraban culpable?

Por un momento, regresó mentalmente a su cautividad. No guardaba una sola imagen, sino un gran aullido, la sensación producida por los huesos de un hombre mortalmente exhausto contra su hombro. El hedor de los minerales y de las cadenas... como el aleteo de la música, cuyo ritmo nunca deja de sonar y que no es del todo una canción. ¿Le harían eso otra vez? «Lárgate», pensó.

—No creía que le vería por aquí —dijo entonces una voz—. Estaba convencido de que tendríamos que ir a buscarle.

Ike levantó la mirada. Un hombre de espaldas muy anchas, de unos cincuenta años, estaba de pie en la acera, delante de él. A pesar de sus téjanos limpios y su parka de diseño, su porte era militar. Ike miró a izquierda y derecha, pero estaban solos.

—¿Es usted el abogado? —le preguntó.

—¿El abogado?

Ike se sintió confundido. ¿Le conocía o no le conocía aquel hombre?

—Para el consejo de guerra. No sé cómo se les llama. ¿Es usted mi abogado?

El hombre asintió con un gesto, al comprender.

—Claro, puede llamarme así. Ike se incorporó.

—Terminemos entonces cuanto antes —dijo. Se sentía aterrorizado, pero no veía alternativa alguna a lo que se había puesto en marcha. El hombre parecía confundido—. ¿No se ha dado cuenta de lo vacías que están las calles? No se ve a nadie. Todos los edificios están cerrados.

—No hay error. Hoy es el día correcto. Sólo que es domingo.

—¿Qué estamos haciendo aquí entonces? —preguntó.

Parecía una estupidez por su parte. Andaba perdido.

—Ocuparnos del asunto.

Ike se replegó dentro de sí mismo. Algo no andaba bien. Branch le había dicho que se presentara aquí, a esta hora.

—Usted no es mi abogado.

—Me llamo Sandwell. —A pesar de la pausa que hizo el hombre, Ike no creyó conocerlo. Al darse cuenta de que Ike nunca había oído hablar de él, sonrió con una expresión similar a la condolencia—. Su amigo, Branch, estuvo bajo mi mando durante un tiempo. Fue en Bosnia, antes de que se produjera su accidente, antes de que cambiara. Era un hombre decente. —Y, tras una pausa, añadió—: Dudo mucho que eso haya cambiado.

Ike estuvo de acuerdo. Algunas cosas no cambiaban.

—Me he enterado de sus problemas —siguió diciendo Sandwell—. He leído su expediente. Nos ha servido usted bien durante los cinco últimos años. Todo el mundo le alaba. Es un guía excelente, un buen explorador y sabe encontrar a los cazadores. Una vez que Branch lo domesticó, hemos podido utilizarlo muy bien. Y usted también nos ha utilizado y ha recuperado la carne que perdió en el abismo, ¿no es así?

Ike esperó. El hecho de que Sandwell utilizara el plural sugería que todavía estaba en el servicio activo. Pero también había algo en él, y no era su atuendo campestre, sino algo en su actitud, que le indicaba que sus intereses también eran otros.

Los silencios de Ike empezaban a molestar a Sandwell; lo sabía porque la siguiente pregunta que le hizo tuvo la intención de ponerle en un aprieto.

—Usted dirigía a un grupo de esclavos cuando Branch lo encontró, ¿verdad? Era usted un *kapo*, un guardián. Era uno de ellos.

—Como quiera usted llamarlo —asintió Ike.

Aquello era como golpearlo con una roca para acusarlo de su pasado.

—Su respuesta importa. ¿Se pasó usted a los abisales, o no?

Sandwell se equivocaba. No importaba lo que Ike dijera. Según su experiencia, la gente se hacía sus propios juicios, independientemente de la verdad. Y eso era así incluso cuando la verdad estaba bien clara.

—Esa es la razón por la que la gente nunca puede confiar en ustedes, los recapturados —dijo Sandwell—. He leído suficientes evaluaciones psíquicas. Son ustedes como animales de la penumbra. Viven entre dos mundos, entre la luz y la oscuridad. Nada es correcto o incorrecto, sino gravemente psicótico en el mejor de los casos. En circunstancias corrientes, entre los militares habría sido una solemne estupidez confiar en ustedes en el campo de batalla.

Ike conocía bien aquel temor y desprecio. Eran muy pocos y preciosos los humanos recuperados de la cautividad abisal, y la mayoría de ellos terminaban en celdas acolchadas. Unas pocas docenas habían sido rehabilitadas y puestos a trabajar, la mayoría de ellos como perros de vigilancia de mineros y colonias religiosas.

—Lo que quiero decirle es que usted no me cae bien —siguió diciendo Sandwell—, pero no creo que se marchara sin permiso hace dieciocho meses. Leí el informe de Branch sobre el asedio de Albuquerque 10. Creo que se marchó usted tras las líneas

del enemigo. Pero no lo hizo como un acto heroico, para salvar a sus camaradas del campamento, sino para matar a los que le hicieron eso. —Sandwell indicó con un gesto las señales y cicatrices de la cara y las manos de Ike—. El odio tiene sentido para mí.

Puesto que Sandwell parecía satisfecho, Ike no se molestó en aclarar las cosas. La suposición inmediata era que había conducido a los soldados contra su antiguo captor, en busca de venganza. Ya había dejado de intentar explicar que el ejército también lo tenía capturado. El odio no tenía nada que ver en aquella cuestión. No podía tenerlo, puesto que en tal caso ya se habría destruido a sí mismo hacía mucho tiempo. La curiosidad, eso era lo que le movía.

Sin darse cuenta siquiera de lo que hacía, Ike se había ido retirando ante el avance de los rayos del sol. Observó la mirada de Sandwell y se detuvo.

—Usted no pertenece a la superficie —dijo Sandwell con una sonrisa—. Creo que eso ya lo sabe.

Este tipo no podía ser más claro, para variar.

—Me marcharé en cuanto me dejen. He venido para aclarar las cosas. Luego tendré que regresar al trabajo.

—Habla como Branch. Pero las cosas no son tan sencillas. En este tribunal se decide si lo empapan o no. La amenaza abisal ha pasado. Ha desaparecido.

—No esté tan seguro de ello.

—Todo depende del punto de vista. La gente quiere que el dragón sea vencido. Eso significa que ya no tenemos necesidad de los inadaptados y los rebeldes. No necesitamos esa preocupación, situaciones embarazosas y problemas. Usted nos asusta. Se parece a ellos. Y no queremos que nadie nos lo recuerde. Hace un año o dos el tribunal habría considerado su talento y lo habría valorado en el campo de batalla. En estos tiempos que corren, sin embargo, lo que quieren es un barco estanco. Quieren disciplina y orden.

Sandwell procuró que el fascismo que traslucían sus palabras pareciese casual.

—En resumen, usted está muerto —siguió diciendo—. No se lo tome como algo personal. El suyo no es el único consejo de guerra que se ha montado. Los ejércitos se disponen a purgar de sus filas toda la tosquedad y todo lo desagradable. Su colaboración ha terminado. Dentro de poco desaparecerán los exploradores y las guerrillas. Es algo que sucede al final de toda guerra. Es como la limpieza de primavera.

«Copas del Sur.» Las palabras de Branch resonaron en su mente. Él tuvo que haber sabido o percibido que se acercaba esta purga. Se trataba de verdades muy simples. Pero Ike no estaba preparado para escucharlas. Se sintió herido, y aquello fue una revelación. ¿Lo notaba?

—Branch le convenció para que se presentara ante el tribunal y pidiera clemencia —afirmó Sandwell.

—¿Qué más le ha contado? —preguntó Ike, sintiéndose tan ingrátido como una hoja muerta.

—¿Branch? No hemos hablado desde Bosnia. He dispuesto esta pequeña entrevista a través de uno de mis ayudantes. Branch está convencido de que se iba a entrevistar usted con un abogado amigo de un amigo. Alguien capaz de arreglarlo.

«¿Por qué aquella duplicidad»? se preguntó Ike.

—No se necesita ningún gran ejercicio de imaginación para imaginar por qué —siguió diciendo Sandwell—. ¿Por qué otra razón estaría dispuesto a pasar por esto, si no fuera para suplicar clemencia? Como ya le he dicho, las cosas van más lejos. Su caso ya está decidido.

El tono empleado, no despectivo, sino con una ausencia total de sentimientos, le indicó a Ike que no había esperanza alguna. No perdió el tiempo en preguntarle cuál sería el veredicto. Se limitó a preguntar cuál sería el castigo.

—Doce años en prisión —contestó Sandwell—. En Leavenworth.

Ike tuvo la sensación de que el cielo se le desmoronaba encima a trozos. «No pienses —se advirtió a sí mismo—. No sientas.» Pero el sol salió y lo estranguló con su propia sombra. Su imagen oscura yacía hecha pedazos sobre los escalones, a sus pies.

Se dio cuenta de que Sandwell lo observaba con paciencia.

—¿Ha venido aquí para ver cómo me desangro? —se aventuró a preguntarle.

—He venido para darle una oportunidad. —Sandwell le entregó una tarjeta en la que se leía el nombre de Montgomery Shoat. No contenía título, profesión o dirección—. Llame a este hombre. Tiene trabajo para usted.

—¿Qué clase de trabajo?

—El mismo señor Shoat se lo dirá. Lo importante es que lo llevará a lugares tan profundos que ninguna ley llega hasta ellos. Hay zonas donde no existe la extradición. Allá abajo, tan lejos, no podrán tocarle. Pero tiene que actuar inmediatamente.

—¿Trabaja usted para él? —preguntó Ike.

Había que tomarse las cosas con calma, se dijo a sí mismo. Encontrar sus huellas, retroceder un poco, llegar hasta el origen. Sandwell, sin embargo, no le ofreció nada.

—Se me pidió que encontrara a alguien con ciertas calificaciones. Fue una verdadera suerte haberle encontrado a usted en tan delicada situación.

Eso, al menos, ya era cierta información. Le indicaba que Sandwell y Shoat andaban metidos en algo ilícito o sesgado, o quizá simplemente insalubre, pero algo para cuya presentación se necesitaba del anonimato en una mañana dominical.

—No le ha dicho nada de esto a Branch —dijo Ike.

Eso no le gustaba. No se trataba de pedirle permiso a Branch, sino de mantener una promesa. Huir significaba alejar para siempre al ejército de su vida. Sandwell no pareció lamentarlo.

—Debe tener cuidado —dijo—. Si se decide por esto, montarán una operación de búsqueda. Y las primeras personas a las que interrogarán serán las más cercanas a usted. Mi consejo es que no las comprometa. No llame a Branch. Él ya tiene suficientes problemas.

— ¿Me limito entonces a desaparecer?

Sandwell sonrió.

— En realidad, usted nunca existió —contestó.

7

LA MISIÓN

No hay nada más poderoso que la atracción hacia el abismo.

JULIO VERNE, Viaje al centro de la Tierra

Manhattan

Ali entró en sandalias y con un vestido de vivos colores, como si aquello fuera un hechizo mágico para contener el invierno. El guardia trazó una muesca junto a su nombre, en la lista, y se quejó, diciéndole que llegaba muy temprano y sin su grupo, pero la hizo pasar por la estación de control. Le dio rápidamente algunas directrices y luego la dejó, con el Museo de Arte Metropolitano para ella sola. Se sentía como la última persona que quedaba sobre la tierra. Se detuvo ante un pequeño Picasso. Un vasto Bierstadt Yellowstone. Luego llegó ante un estandarte para la exposición principal en el que se leía «La cosecha del infierno». El subtítulo decía: «Arte dos veces recogido». Dedicado a los artefactos del inframundo, la mayoría de los objetos expuestos los habían vuelto a llevar a la superficie los soldados y los mineros. Todos, a excepción de unos pocos, habían sido robados a los humanos y llevados al subplaneta, de ahí el «dos veces recogido».

Ali se había adelantado mucho a su cita con January porque quería disfrutar del edificio, pero sobre todo para ver de qué era capaz el *Homo abisalis*. O, en este caso, de qué no era capaz. Lo esencial de la exposición era que el *Homo abisalis* era una rata recolectora de tamaño humano. Las criaturas del subplaneta habían estado saqueando los inventos humanos desde hacía eones, desde cerámica antigua a botellas de plástico de Coca-Cola, desde fetiches de vudú a tigres de cerámica de la dinastía Han, desde un tornillo de Arquímedes a una escultura de Miguel Ángel que se creía destruida.

Entre los artefactos contruidos por los humanos, había varios hechos a base de ellos. Llegó ante el notable «Balón de playa», de pieles humanas de diferentes colores. Nadie conocía su propósito, pero el saco, en otro tiempo inflado y ahora fosilizado como una esfera perfecta, resultaba especialmente ofensivo para la gente porque trataba fríamente a las razas humanas como simple cuero.

Pero el artefacto más intrigante de todos era un trozo de roca arrancado de alguna pared subterránea. Estaba inscrito con misteriosos jeroglíficos que daban la

impresión de ser caligrafía. Puesto que se hallaba incluido entre los objetos «dos veces recogidos», el conservador debía de haberlo interpretado como un *graffiti* humano llevado al abismo. Pero Ali no dejó de hacerse preguntas mientras permanecía allí, contemplando el trozo de roca. No se parecía a ninguna escritura que hubiera visto nunca.

— Ah, estás ahí —dijo una voz al encontrarla.

— ¿Rebecca? —preguntó, volviéndose.

La mujer que encontró ante ella era una completa extraña. January siempre había sido invencible, como una amazona de amplio busto y tensa piel negra. Esta persona, en cambio, parecía desinflada, repentinamente envejecida. Con una mano alrededor del puño del bastón, la senadora sólo pudo abrir un brazo para abrazarla. Ali se inclinó rápidamente para corresponder a su abrazo, y le notó las costillas en la espalda.

— Oh, niña —susurró January feliz.

Ali apoyó la mejilla contra su cabello, corto y encanecido, y respiró el olor que despedía.

— Los guardias nos dijeron que llevabas aquí más de una hora —dijo January y luego se volvió hacia el hombre que la seguía—. ¿No es como te había dicho, Thomas? Siempre a la carga delante de la caballería. Desde que era una niña. No en vano la llamábamos *Mustang* Ali. Era toda una leyenda en el condado de Kerr. ¿Y ve lo hermosa que está?

— Rebecca —reprendió Ali.

January podía ser la mujer más modesta de la tierra, pero también la peor fanfarrona. Sin hijos, había adoptado a varios huérfanos a lo largo de los años, y todos ellos aprendieron a soportar estas explosiones de orgullo desmedido.

— Ella es ajena a todo eso, te lo aseguro —siguió diciendo January—. Nunca se ha mirado en un espejo. Cuando entró en el convento, fue un día triste. Dejó llorando a los fuertes muchachos de Texas, como viudas bajo una luna de Goliad.

Y también a la propia January, pensó Ali al recordar aquel día. Había llorado mientras la llevaba en el coche, disculpándose una y otra vez por no entender, según sus palabras, la llamada escuchada por Ali. La verdad era que ni la propia Ali se comprendía a sí misma.

Thomas se mantuvo a una prudente distancia. Por ahora, este era el momento del reencuentro de dos mujeres, y procuró que su presencia pasara inadvertida. Ali lo valoró con una sola mirada. Era un hombre alto y ágil, de poco menos de setenta años, con ojos de erudito y, sin embargo, una estructura curtida. Ali *no* lo conocía y él no llevaba alzacuello, a pesar de lo cual lo catalogó como jesuita. Los olía a distancia. Quizá se debiera a la rareza que compartía con ellos.

— Tienes que disculparme, Ali —dijo January—. Te dije que ésta sería una reunión privada. Pero he traído a unos amigos. Por pura necesidad.

Ali vio entonces a otras dos personas que paseaban por el extremo más alejado de la sala: un hombre ligeramente ciego, acompañado por otro hombre más joven. Varias personas viejas entraron por otra puerta que se encontraba más alejada.

—Écheme la culpa a mí —dijo Thomas, que le ofreció la mano. Por lo visto, el reencuentro de Ali había concluido. Debió de pensar que ella y January disponían de todo el día, pero se dio cuenta de que había algún asunto que tratar—. Deseaba conocerla desde hace más tiempo del que imagina. Especialmente ahora, antes de que se vaya hacia los arenales árabes.

—Tu año sabático —dijo la senadora—. Pensé que no te importaría que se lo dijera.

—Arabia Saudí —añadió Thomas—. No es en estos tiempos que corren uno de los lugares más cómodos para una mujer joven. La *sharia* sigue siendo obligatoria con los fundamentalistas que se hicieron cargo del poder y aniquilaron a la familia real. No la envidio, al tener ante sí un año completo envuelta en la *abaya*.

La *abaya* era la pesada capa negra que debían llevar las mujeres, junto con el pañuelo negro y el velo para cubrirse la cara.

—Tampoco me entusiasma mucho la perspectiva de ir vestida como una monja —comentó Ali.

January se echó a reír.

—Nunca te he comprendido —le dijo a Ali—. Te dan un año de permiso y regresas de nuevo a tus desiertos.

—Ah, conozco muy bien esa sensación —intervino Thomas—. Debe de sentirse impaciente por ver los glifos. —Ali se puso en guardia. Aquello no era algo que le hubiera escrito o comentado a January. Volviéndose hacia la senadora, Thomas explicó—: Abundan especialmente en las regiones del sur, cerca de Yemen. Son pictogramas protosemíticos de la *ahí al-yahiliya* saudí, su Era de la Ignorancia.

Ali le restó importancia, como si aquello lo supiera todo el mundo, pero ahora ya tenía puestas las antenas. Era evidente que el jesuita sabía cosas sobre ella. ¿Qué más? ¿Conocería también su otra razón para haber pedido este año de permiso, el paso atrás dado antes de sus votos finales? Fue una vacilación que la orden se tomó muy seriamente, y el desierto era un lugar de escenificación donde poner a prueba tanto su fe como su ciencia. Se preguntó si acaso la madre superiora habría enviado a este hombre para reconducirla de modo encubierto, pero inmediatamente rechazó la idea. Jamás se atreverían a hacer una cosa así. Era ella la que tenía que tomar una decisión, y no ningún jesuita.

Thomas pareció adivinar sus recelos.

—Como puede ver, he seguido su carrera —dijo—. Me he interesado algo por la antropología lingüística. Su trabajo sobre inscripciones neolíticas y lenguas madres es... ¿cómo decirlo?, elegante más allá de lo que dan a entender sus años.

Llevó buen cuidado de no halagarla, lo que fue prudente por su parte. Ali pensó que, muy probablemente, January debía de haberle aleccionado acerca de aquel rasgo lunar. A ella no se la cortejaba con facilidad.

—He leído todo lo que he podido encontrar de usted —siguió diciendo él—. Es un material audaz, especialmente para una estadounidense. La mayor parte del trabajo sobre protolenguajes lo han realizado los judíos rusos en Israel. Excéntricos que ni siquiera saben adonde ir. Pero usted es joven y tiene oportunidades en todas

partes, a pesar de lo cual ha elegido esa línea de investigación tan radical: el origen del lenguaje.

—¿Por qué lo considera la gente como algo tan radical? —preguntó Ali con toda sinceridad—. Si encontramos el camino que conduce a las primeras palabras, habremos regresado a nuestra propia génesis y eso nos acerca mucho más a la voz de Dios.

Ya estaba dicho, pensó. Con toda su ingenuidad. Allí estaba el núcleo de su investigación, en mente y alma. Thomas pareció sentirse profundamente satisfecho, aunque no tenía ninguna necesidad de que ella le demostrara nada.

—Dígame, como profesional ¿qué opinión le merece esta exposición? —le preguntó.

Ella estaba poniendo a prueba, y January formaba parte de la maniobra. Por el momento, Ali les siguió la corriente, aunque con precaución.

—Me sorprende un poco el gusto que demuestran por las reliquias sagradas —aventuró. Indicó los rosarios de oración procedentes de Tibet, China, Sierra Leona, Perú, Bizancio, la Dinamarca vikinga y Palestina. Junto a ellos había una vitrina con crucifijos, caligrafías y cálices de oro y plata—. ¿Quién podría imaginar que coleccionarían obras tan exquisitamente delicadas? Eso es más de lo que yo esperaba.

Pasó ante una armadura mongola del siglo XII, agujereada y todavía con manchas de sangre. En otras partes había armas brutalmente utilizadas, armaduras e instrumentos de tortura... aunque las indicaciones explicativas recordaban a los visitantes que aquellos instrumentos habían sido originalmente fabricados por humanos.

Se detuvieron ante una ampliación de la famosa fotografía de un abisal en el momento en que se disponía a destruir con un palo a uno de los primeros robots de reconocimiento. Representaba el primer contacto público de la humanidad moderna con «ellos», y uno de esos acontecimientos que la gente recuerda mucho después por el lugar donde se encontraba o lo que estaba haciendo cuando ocurrió. La criatura ofrecía un aspecto enloquecido y demoníaco, con protuberancias similares a cuernos en su cráneo albino.

—La pena es que quizá nunca lleguemos a conocer realmente a los abisales antes de que sea demasiado tarde —dijo Ali.— Es posible que ya sea demasiado tarde —comentó January.

—Yo no lo creo —dijo Ali.

Thomas y January intercambiaron una mirada fugaz y él se decidió a hablar.

—Me pregunto si podríamos hablar de cierto asunto con usted —dijo.

Ali se dio cuenta de inmediato de que ese era el verdadero propósito de su visita a Nueva York, que la propia January había dispuesto y pagado.

—Pertenece a una sociedad —empezó a explicar January—. Desde hace años, Thomas se ha dedicado a agruparnos. Procedemos de todas partes del mundo! Nos denominamos el Círculo de Beowulf. Es una sociedad bastante informal y nuestras reuniones son infrecuentes. Nos reunimos en diversos lugares para compartir nuestras revelaciones unos con otros y para...

Antes de que pudiera continuar, un guardia gritó:

—¡Deje eso inmediatamente!

Se produjo una repentina conmoción mientras los guardias entraban precipitadamente en la sala. La causa de su alarma eran las dos personas que habían entrado tras Thomas y January y, sobre todo, el hombre más joven, con el cabello largo. Levantaba una espada de hierro de una de las vitrinas abiertas.

—Es para mí —se disculpó su compañero ciego, que aceptó la pesada espada en sus manos abiertas—. Le pedí a mi compañero Santos...

—No se preocupen, señores —les dijo January a los guardias—. El doctor De l'Orme es un reconocido especialista.

—¿Gerard De l'Orme? —susurró Ali.

Había recorrido junglas y ríos para descubrir yacimientos diseminados por toda Asia. Al leer sus libros, siempre se lo había imaginado como un gigante.

Despreocupado, De l'Orme seguía tocando la hoja sajona de primera época y su mango revestido de cuero, «viéndola» con las yemas de los dedos. Olió el cuero y lamió el hierro.

—Maravillosa —dictaminó.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó January.

—Recordando una historia —contestó—. Un poeta argentino habló de dos gauchos que se enzarzaron en una lucha mortal a cuchilladas porque se vieron arrastrados a ella por sus propios cuchillos. —El ciego levantó la antigua espada utilizada tanto por el hombre como por su demonio—. Ahora simplemente me preguntaba cuál sería el recuerdo del hierro —terminó diciendo.

—Amigos míos —dijo Thomas, dando la bienvenida a sus investigadores—. Deberíamos empezar.

Ali los vio surgir de entre las oscuras estanterías de la biblioteca. De repente, se sintió medio vestida. En Roma el invierno seguía cubriendo de aguanieve las calles adoquinadas. En contraste, sus pequeñas vacaciones navideñas en Nueva York las percibía como romanas, extrañamente balsámicas, como si estuvieran a finales del verano. Pero su vestido de colores aún hacía destacar más la fragilidad de estas personas ancianas, que parecían tener frío a pesar del calor que reinaba. Algunos llevaban elegantes parkas de esquí, y otros se estremecían bajo capas de lana y tweed.

Se reunieron alrededor de una mesa de roble inglés, tallada y pulida antes de la época de las grandes catedrales. Había sobrevivido a guerras y terrores, reyes, papas y burgueses y hasta a los investigadores. Las paredes estaban repletas de cartas náuticas trazadas antes incluso de que América se hubiese convertido en una palabra de uso común.

Aquí se encontraba el conjunto de relucientes instrumentos que utilizó el capitán Bligh para dirigir a sus náufragos de regreso a la civilización. Una vitrina de cristal contenía un mapa hecho a base de palos y conchas, utilizado por los pescadores micronesios para seguir las corrientes oceánicas entre las islas. En el rincón se hallaba el complicado astrolabio ptolemaico utilizado en tiempos de

Galileo. Un antiguo mapa del Nuevo Mundo ocupaba el ángulo de una pared; estaba dibujado sobre el pellejo de una oveja cuyas patas señalaban los puntos cardinales.

También había una gran ampliación de la famosa instantánea de Bud Parsifal desde la Luna, mostrando al fondo la gran perla azul en el espacio. De modo poco modesto, el ex astronauta ocupó un puesto situado inmediatamente debajo de su foto, y Ali lo reconoció enseguida. January se situó a su lado, susurrándole nombres, y Ali se sintió agradecida por su presencia.

Cuando ya se sentaban, se abrió la puerta y un nuevo personaje se acercó cojeando. Al principio, Ali pensó que era un abisal. Parecía como si tuviera plástico fundido en lugar de piel. Llevaba unas gafas oscuras de esquiador sujetas sobre la deformada cabeza, lo que le permitía evitar la luz de la sala. Ali se asombró y se encogió en sí misma, pues nunca había visto a un abisal, ni vivo ni muerto. Aquel ser se sentó junto a ella y pudo escucharle jadear pesadamente.

—No creí que pudieras conseguirlo —le dijo January desde el otro lado de donde estaba Ali.

—Tuve algunos problemas con el estómago —replicó él—. Quizá fuera cosa del agua. Siempre tarda unas semanas en adaptarse.

Ali se dio cuenta de que era humano. El jadeo de su respiración era un síntoma corriente de los veteranos que acababan de regresar a las alturas superiores. Nunca había visto a nadie tan físicamente dependiente de las profundidades.

—Ali, te presento al mayor Branch. Su presencia aquí es un secreto. Pertenece al ejército y es una especie de enlace informal con nosotros, además de un viejo amigo. Lo conocí hace años en un hospital militar.

—A veces creo que deberías haberme dejado allí —bromeó él, antes de ofrecerle una mano a Ali—. Puede llamarme Elias.

Le dirigió una mueca y ella se dio cuenta de que era una sonrisa... sin labios. Su mano era como la roca. A pesar de aquellos músculos de toro, era imposible saber su edad. El fuego y las heridas habían borrado todos los signos habituales.

Además de Thomas y January, Ali contó once personas más, incluido Santos, el *protege* de De l'Orme. A excepción de ella misma, Santos y el personaje que se sentaba a su lado, todos eran viejos. En conjunto, representaban casi setecientos años de experiencia vital y de genio... por no hablar de la memoria activa de toda la historia conocida. Eran personas venerables, aunque bien es cierto que un tanto olvidadas. La mayoría habían abandonado las universidades, las empresas o los gobiernos donde se distinguieron. Sus honores y títulos ya no les resultaban útiles. Actualmente llevaban vidas mucho más relacionadas con la mente, auxiliados por los medicamentos cotidianos que tomaban. Sus huesos eran frágiles.

El Círculo de Beowulf constituía un extraño grupo de paladines. Ali examinó al grupo de personas destempladas por el frío, situando rostros y recordando nombres. Con un poco de yuxtaposición de intereses, representaban más disciplinas que las facultades que se encontraban en la mayoría de universidades.

Ali deseó de nuevo haberse puesto algo, además del vestido de vivos colores, que le sentaba como un albatros. Su largo cabello le acariciaba la columna vertebral. Notaba su propio cuerpo por debajo de la tela.

—Podrías habernos dicho que nos alejarías de nuestras familias —gruñó un hombre cuyo rostro conocía Ali por haberlo visto en viejos números de la revista *Time*. Se trataba de Desmond Lynch, medievalista y pacifista, ganador del premio Nobel por su biografía de Duns Escoto, el filósofo del siglo XIII, publicada en 1952. Había utilizado el Nobel como caja de resonancia para condenar todo lo que vino después, desde la caza de brujas de McCarthy hasta la bomba y, más tarde, la guerra de Vietnam. Todo aquello formaba ya parte de la historia—. Estamos muy lejos de casa —añadió—. Con este tiempo. ¡Y en Navidad!

—¿Es tan malo? —le preguntó Thomas con una sonrisa.

Lynch ofrecía un aspecto mortal tras su bastón de madera de espino.

—No creas que nos tienes a tu disposición en todo momento —le advirtió.

—Tienes mi palabra sobre eso —le aseguró Thomas, más serio—. Ya soy lo bastante viejo como para no dar por sentado un solo aliento o latido.

Todos los presentes estaban atentos y Thomas los miró uno tras otro, alrededor de la mesa.

—Si el momento no fuera tan crítico —dijo—, no os plantearía una misión tan peligrosa. Pero lo es y tengo que hacerlo. Por eso estamos aquí.

—Pero ¿aquí? —preguntó una diminuta mujer desde una silla de ruedas para niños—. ¿Y en esta época del año? No me parece muy... cristiano por su parte, padre.

Ali recordó que se trataba de Vera Wallach, doctora de Nueva Zelanda que había derrotado por sí sola a la Iglesia y a un país como Nicaragua al introducir el control de natalidad durante la revolución sandinista. Se había enfrentado a bayonetas y crucifijos y se las arregló para llevar hasta los pobres su sacramento: preservativos.

—Sí —gruñó un hombre delgado—. Esta época del año está dejada de la mano de Dios. ¿Por qué ahora?

Era Hoaks, el matemático. Ali lo había observado jugar con un mapa que invertía las plataformas continentales y daba una visión de la superficie desde el interior del globo terráqueo.

—Pero siempre lo hemos hecho de este modo —intervino January, contrarrestando el mal humor—. Thomas no encuentra otro modo de imponernos sus misterios.

—Podría ser peor —comentó Rau, el intocable, otro premio Nobel.

Nacido en el seno de una de las castas más bajas, en Uttar Pradesh, se las arregló para ascender hasta la cámara baja del Parlamento indio. Allí sirvió durante muchos años como portavoz de su partido. Ali se enteraría más tarde de que Rau había estado a punto de renunciar al mundo, desprenderse de sus ropas y de su nombre, y seguir el camino del *saddhus*, dedicándose a vivir día a día de las dádivas de arroz.

Thomas les concedió varios minutos más para que se saludaran unos a otros y lo maldijeran. January continuó describiéndole a Ali, en susurros, a los diversos personajes que asistían a la reunión. Estaba el alejandrino Mustafah, originario de una familia copta cuyos antepasados por parte de madre llegaban hasta los cesares. Aunque cristiano, era un experto en la *sharia* o ley islámica, uno de los pocos capaces de explicarla a los occidentales. Agobiado por un enfisema, sólo podía hablar con frases cortas.

Al otro lado de la mesa se sentaba un industrial llamado Foley, que había ganado varias fortunas menores, una de ellas con la penicilina durante la segunda guerra mundial, y otra con la industria del plasma y de la sangre, antes de interesarse por los derechos civiles y apoyar las acciones de numerosos mártires. Ahora discutía con el astronauta Bud Parsifal, del que Ali recordaba su historia: tras su regreso de la Luna, Parsifal se dedicó a buscar el arca de Noé en la cima del monte Ararat, descubrió pruebas geológicas de la separación del mar Rojo y se interesó por toda una serie de otros enigmas. Evidentemente, el Círculo de Beowulf estaba formado por un conjunto de inadaptados y anarquistas.

Finalmente, todos terminaron de hablar; entonces le llegó el turno a Thomas.

—Soy muy afortunado al poder contar con tales amigos —le dijo. Ali se quedó asombrada. Los demás escuchaban, pero las palabras iban dirigidas a ella—. Con tales almas. A lo largo de muchos años, durante mis viajes, he disfrutado con su compañía. Cada uno de ellos ha trabajado para alejar a la humanidad de sus ideas más destructivas. Su única recompensa ha sido esta llamada —dijo con una seca sonrisa.

Utilizó exactamente aquella palabra: «llamada». No se trataba de ninguna coincidencia. Sabía de algún modo que esta monja vacilaba en asumir sus votos. La llamada no desaparecía, sino que, simplemente, cambiaba.

—Hemos vivido el tiempo suficiente para darnos cuenta de que el mal es algo real y no accidental —siguió diciendo Thomas—. En el transcurso de los años hemos intentado afrontarlo. Lo hemos hecho apoyándonos unos a otros y uniendo nuestras distintas capacidades y observaciones. Es así de simple.

Sonaba demasiado sencillo. En su tiempo libre, aquellas personas se dedicaban a luchar contra el mal.

—Nuestra mayor arma ha sido siempre la erudición —añadió Thomas.

—¿Forman entonces una especie de sociedad académica? —preguntó Ali.

—Oh, es más bien como una mesa redonda de caballeros —contestó Thomas, arrancando varias sonrisas—. Lo que deseo es encontrar a Satán, ¿comprende?

La miró a los ojos al decirlo, y ella comprendió que hablaba en serio. Todos hablaban en serio.

—¿Al diablo? —Ali no pudo evitar preguntar.

Este grupo de premios Nobel y eruditos habían hecho encarnar al mal en un juego del escondite.

—El diablo —resolló Mustafah el egipcio—. Un cuento de viejas.

—Satán —corrigió January, mirando a Ali. Ahora, todas las miradas se hallaban concentradas en Ali. Nadie cuestionó su presencia entre ellos, lo que sugería que todos la conocían bien. Ahora adquiriría todo su significado el comentario de Thomas sobre sus planes en Arabia Saudí, los glifos preislámicos y su búsqueda de un protolenguaje. Era evidente que estas personas la habían estado estudiando. Trataban de ganársela para su círculo. ¿Qué sucedía aquí? ¿Por qué January la había metido en esto?

—¿Satán? —preguntó.

—Por supuesto —afirmó January—. Estamos entregados a la idea, a la realidad, a la teoría de un liderazgo centralizado. Llámalo como quieras, un líder máximo, un caudillo, un Ghengis Jan o un Toro Sentado, o un consejo de hombres sabios o de señores de la guerra. El concepto es saludable. Y lógico.

Ali se refugió en el silencio.

—No es más que una palabra, un nombre —le dijo Thomas—. El término Satán se refiere a un personaje histórico. Un eslabón perdido entre nuestro mito del infierno y el hecho geológico del mismo. Piénselo. Si existe un Cristo histórico, ¿por qué no un Satán histórico? Considere el infierno. La historia reciente nos dice que los mitos estaban equivocados y que, sin embargo, tenían razón. El inframundo no está lleno de almas muertas y demonios y, no obstante, tiene cautivos humanos y una población indígena que hasta hace muy poco defendía salvajemente su territorio. Ahora, a pesar de miles y miles de años de condena y demonización en el folclore humano, resulta que los abisales se parecen mucho a nosotros. Cuentan con un lenguaje escrito. O al menos lo tuvieron en algún tiempo. Las ruinas encontradas indican que construyeron una notable civilización. Hasta es posible que tengan alma. Ali casi no podía creer que un sacerdote estuviera diciendo aquello. Los derechos humanos eran una cosa y la capacidad para conocer la gracia algo completamente diferente. Aunque se demostrara que los abisales tuvieran alguna vinculación genética con los humanos, su capacidad para tener alma era teológicamente improbable. La Iglesia no reconocía almas en los animales, ni siquiera entre los primates superiores. Únicamente el hombre estaba cualificado para la salvación.

—A ver si lo comprendo —dijo—. ¿Están ustedes buscando a una criatura llamada Satán?

—Nadie lo negó—. Pero ¿por qué?

—Por la paz —contestó Lynch—. Si es un gran líder, si podemos comprenderle, es posible que podamos establecer una paz duradera.

—Reconocimiento —dijo Rau—. Piense en lo que él puede saber, adonde puede conducirnos.

—Y si es simplemente el equivalente de un antiguo criminal de guerra —dijo el soldado Elias—, podemos tratar de hacer justicia e imponerle un castigo.

—De una forma u otra —dijo January—, nos esforzamos por arrojar luz sobre la oscuridad. O bien oscuridad en la luz.

Parecía algo tan ingenuo, tan juvenil, tan seductor y lleno de esperanza... Casi hipotéticamente plausible, pensó Ali. Y, no obstante, ¿celebrar un juicio de

Nuremberg contra el rey del infierno? Luego se entristeció. Claro que se sentirían atraídos por los molinos de viento. Thomas los había arrastrado de regreso al mundo cuando ya casi tenían un pie en la tumba.

—¿Y cómo se propone encontrar a esa criatura, ser, entidad o lo que sea? —preguntó. Tenía la intención de hacer una pregunta retórica—. ¿Qué posibilidades tienen de encontrar a un fugitivo individual cuando ni siquiera los ejércitos parecen capaces de encontrar ya a más abisales? No dejo de oír decir que pueden haberse extinguido.

—Es usted escéptica —dijo Vera con expresión de aprobación—. No lo habríamos querido de otro modo. Su escepticismo es crucial. Sin él, sería usted inútil para nosotros. Créame, cada uno de nosotros fuimos como usted cuando Thomas nos planteó la idea por primera vez. Pero aquí estamos, varios años más tarde, acudiendo cada vez que Thomas nos llama.

—¿Nos ha preguntado cómo confiamos en localizar al Satán histórico? —siguió diciendo Thomas—. Como si estuviéramos en el barro, tenemos que tantear a nuestro alrededor y tirar de él hacia la superficie.

—Erudición —dijo el matemático Hoaks—. Al volver a visitar las excavaciones y reexaminar las pruebas de que disponemos, podemos compilar una imagen más cuidadosa, como una especie de perfil del comportamiento.

—Yo lo llamo teoría unificada de Satán —explicó Foley, un hombre de mentalidad empresarial dado a la estrategia y el rendimiento—. Algunos de nosotros nos dedicamos a visitar bibliotecas, yacimientos arqueológicos o centros científicos en todo el mundo. Otros realizamos entrevistas, interrogamos a supervivientes, cultivamos contactos. De ese modo, confiamos en perfilar las pautas psicológicas e identificar aquellas debilidades que puedan sernos útiles en una conferencia en la cumbre. Quién sabe, hasta es posible que podamos trazar una descripción física de la criatura.

—Parece... toda una aventura —dijo Ali, sin pretender ofender a nadie.

—Míreme —le pidió Thomas. Se produjo un efecto de luz, algo. De repente, pareció como si tuviera mil años—. Él está ahí abajo. Año tras año, no he podido localizarlo. Pero ahora ya no nos podemos permitir eso. Ali vaciló.

—Ése es el dilema —dijo De l'Orme—. La vida es demasiado corta para dejarse arrastrar por la duda y, no obstante, demasiado larga para la fe. —Ali recordó que había sido excomulgado, e imaginó lo atroz que debería haber sido aquello—. Nuestro problema es que Satán se oculta a la vista. Siempre lo ha hecho así. Se oculta dentro de nuestra realidad, incluso de nuestra realidad virtual. Según hemos podido averiguar, el truco consiste en entrar en la ilusión. De ese modo confiamos en poder encontrarlo. ¿Quieres mostrarle a la señorita Von Schade nuestra pequeña foto? —le pidió a su ayudante. Santos extendió un largo rollo de brillante papel Kodak. Mostraba la imagen de un viejo mapa. Ali tuvo que levantarse para ver los detalles. La mayor parte de los miembros del grupo se acercaron.

—Los demás han podido examinarla desde hace varias semanas —explicó De l'Orme—. Se trata de un mapa de ruta conocido como Tabla Peutinger. Tiene unos

siete metros de longitud por unos treinta centímetros de altura en el original. Detalla una red medieval de caminos de decenas de miles de kilómetros de longitud que se extendía desde las Islas Británicas hasta la India. A lo largo del camino había casas de postas, balnearios, puentes, ríos y mares. La latitud y la longitud eran irrelevantes. El camino, en sí mismo, lo era todo. —El arqueólogo hizo una pausa, antes de continuar—. Os he pedido a todos que tratarais de encontrar algo fuera de lo corriente en la foto. Os llamé particularmente la atención sobre la frase en latín «Aquí hay dragones» escrita en el centro del mapa. ¿Ha observado alguien alguna cosa insólita en esa región?

—Son las siete y media de la mañana —dijo alguien—. Por favor, enseñanos pronto la lección para que podamos irnos a desayunar.

—Por favor —le indicó De l'Orme a su ayudante. Santos levantó una caja de madera que había sobre la mesa y sacó de ella un grueso pergamino, que desenrolló con cuidado.

—Aquí está la tabla original —dijo De l'Orme—. Se conserva precisamente en este museo.

—¿Y esa es la razón por la que nos habéis hecho venir a Nueva York? —se quejó Parsifal.

—Por favor, comparad vosotros mismos —dijo De l'Orme—. Como veis, la foto reproduce el original a una escala de uno a uno. Lo que pretendo demostrar es que ver no es creer. ¿Santos?

El joven extrajo un par de guantes de goma, sacó un escalpelo quirúrgico y se inclinó sobre el original.

—¿Qué está haciendo? —preguntó un hombre delgado, alarmado. Se llamaba Gault, y Ali se enteraría más tarde de que era un enciclopedista de la antigua escuela de Diderot, convencido de que todo se podía saber y disponer por medio del alfabeto—. Ese mapa es insustituible —protestó.

—No se preocupe —dijo De l'Orme—. No hace sino dejar al descubierto una incisión que ya hemos hecho.

La animación de ver cometer un acto de vandalismo ante sus propios ojos los despertó a todos. Se acercaron más a la mesa.

—Se trata de un secreto que el cartógrafo incluyó en su mapa —siguió diciendo De l'Orme—. Un secreto muy bien guardado, que seguramente no se habría descubierto nunca de no haber sido por las yemas desnudas de los dedos de un ciego. Hay algo bastante perverso en nuestra reverencia por la antigüedad. Hemos terminado por tratar la cosa misma con tal cuidado que ésta ha perdido su verdad original.

—Pero ¿qué es esto? —preguntó alguien con voz entrecortada.

Santos insertó el escalpelo en el pergamino, allí donde el cartógrafo había pintado una pequeña montaña boscosa con un río que manaba de su base.

—Gracias a mi ceguera, se me permiten ciertas libertades —siguió diciendo De l'Orme—. Puedo tocar cosas que a la mayoría de los demás no se les permite. Hace varios meses detecté un ligero bulto en este lugar del mapa. Sometimos el pergamino

a rayos X y bajo el pigmento pareció haber una imagen fantasma. En ese momento decidimos intervenir quirúrgicamente.

Santos abrió una diminuta puerta oculta. La montaña se elevó sobre unas bisagras de hilo. Por debajo había un dragón tosco pero claro, cuyas garras encerraban la letra B.

—La B significa *Belial* —dijo De l'Orme—, la palabra latina que indica «sin valor», otro nombre con el que se designa a Satán. Ésta fue la manifestación de Satán, coincidente con la fabricación de la Tabla Peutinger. En el Evangelio de Bartolomé, un rollo del siglo III, Belial es arrastrado desde las profundidades e interrogado; ofreció una autobiografía del ángel caído.

Los eruditos se quedaron maravillados ante el ingenio y la habilidad artesana de quien había hecho el mapa y felicitaron a De l'Orme por su trabajo detectivesco.

—Esto es algo insignificante, trivial. La montaña de esta puerta se encuentra en los terrenos kársticos de la antigua Yugoslavia. El río que brota de su base es probablemente el río Pivka, que nace en una gruta eslovena conocida como Postojnajama.

—¿La Postojna Jama? —preguntó Gault, reconociendo el nombre—. Pero si esa fue la cueva de Dante...

—En efecto —asintió De l'Orme, que permitió que el propio Gault les hablara de ella.

—Se trata de una gruta grande —explicó Gault—. En el siglo XIII se convirtió en una famosa atracción turística. Los nobles y terratenientes la recorrieron, acompañados por guías locales. Dante la visitó mientras investigaba...

—Dios santo —exclamó Plog—. Durante más de mil años la leyenda de Satán se ha localizado justo ahí. ¿Cómo puede decir que esto es algo trivial?

—Porque no nos conduce a ningún sitio donde no hayamos estado ya —contestó De l'Orme—. La Postojna Jama es ahora una de las principales entradas y salidas de tráfico del abismo. El río ha sido dinamitado. Hay una carretera de asfalto que conduce hasta la boca. Y el dragón ha huido. Durante más de mil años este mapa nos dijo dónde residía o, posiblemente, dónde se encontraba una de sus puertas de acceso al subplaneta. Pero Satán se ha marchado ahora a otra parte.

Thomas volvió a intervenir.

—Aquí, ante nosotros, tenemos otro ejemplo de por qué no podemos quedarnos en nuestras casas, creyendo saber la verdad. Tenemos que aprender a desconfiar de nuestros instintos, por mucho que dependamos de ellos. Tenemos que tocar lo intocable y permanecer atentos a su movimiento. Está ahí fuera, en los libros antiguos, las ruinas y los artefactos, dentro de nuestro lenguaje y de nuestros sueños. Y, como podéis ver, la evidencia no saldrá a nuestro encuentro. Tenemos que salir nosotros a buscarla, esté donde esté. De otro modo estaremos mirando simplemente espejos de nuestra propia invención. ¿Lo comprendéis? Tenemos que aprender su lenguaje. Tenemos que aprender sus sueños. Y quizá atraerlo hacia la familia del hombre.

Thomas se inclinó sobre la mesa, que emitió un ligero crujido bajo su peso. Se volvió para mirar a Ali.

—La verdad es que tenemos que salir al mundo —añadió—. Tenemos que arriesgarlo todo. Y no debemos regresar sin nuestra presa.

—Aunque creyera en su Satán histórico, esa no es mi lucha, ¿no le parece? —dijo Ali.

La reunión había terminado. Transcurrieron las horas y los eruditos de Beowulf se marcharon, dejándola a solas con January y Thomas. Se sentía cansada y estimulada a un tiempo, pero procuró mostrar únicamente un rostro suave. Thomas era un enigma para ella, y la estaba convirtiendo en un enigma para sí misma.

—Estoy de acuerdo —asintió—. Pero su pasión por la lengua madre puede ayudarnos en nuestra lucha, ¿comprende? Así pues, nuestros intereses coinciden. Ella se volvió a mirar a January. Percibía algo diferente en sus ojos. Ali deseaba encontrar una aliada, pero lo que vio allí fue sentido del deber y urgencia.

—¿Qué es lo que quiere de mí?

Lo que Thomas le contó a continuación iba más allá del simple atrevimiento. Juguetecía con un globo terráqueo amarillento, y ahora detuvo su giro y señaló las islas Galápagos.

—Dentro de siete semanas, una expedición científica cruzará bajo el lecho del Pacífico entrando por el sistema de túneles de la placa de Nazca. Estará compuesta aproximadamente por cincuenta científicos e investigadores, reclutados en la mayor parte de las grandes universidades y laboratorios estadounidenses. Durante todo un año, la expedición dispondrá del más moderno instituto de investigación, basado en el modelo de Woods Hole. Se dice que estará situado en una remota ciudad minera. Todavía estamos trabajando para averiguar de qué ciudad minera se trata y si realmente existe esa estación científica. El mayor Branch nos ha sido muy útil en tal sentido, pero ni siquiera la inteligencia militar ha conseguido saber por qué Helios financia el proyecto y qué es lo que realmente persigue.

—¿Helios? —preguntó Ali—. ¿La gran corporación?

—Se trata en realidad de un cártel multinacional que abarca una docena de grandes empresas totalmente diversificadas —dijo January—. Se dedican a cosas tan variadas como fabricación de armas, tampones u ordenadores, leche en polvo para bebés, empresas inmobiliarias, fábricas de montaje de coches, plásticos reciclados, edición, producción de televisión y cinematográfica y una línea aérea. Son intocables. Ahora, gracias a su fundador, C. C. Cooper, sus intereses han experimentado un giro radical para dirigirse hacia abajo, al subplaneta.

—El candidato presidencial —dijo Ali—. Usted sirvió en el Senado con él.

—Casi siempre contra él —asintió January—. Es un hombre brillante. Un verdadero visionario, y lo más cercano que conozco a un fascista. Ahora es, además, un amargado y paranoico perdedor. Su propio partido todavía lo hace responsable de la humillación de aquellas elecciones. El Tribunal Supremo desestimó finalmente

sus acusaciones de fraude electoral. Como consecuencia de ello, está sinceramente convencido de que todo el mundo se ha vuelto contra él.

—No he vuelto a saber nada de él desde su derrota —dijo Ali.

—Dejó el Senado y regresó a Helios —dijo January—. Estábamos convencidos de que ese sería su final, que Cooper volvería a dedicarse tranquilamente a ganar dinero. Ni siquiera la gente que observa esa clase de cosas se dio cuenta durante algún tiempo. C. C. utilizó tapaderas y empresas interpuestas para arrebatarse derechos de acceso y equipos de perforación y tecnología del subsuelo. Ocultándose tras numerosas capas, estableció acuerdos con los gobiernos de nueve naciones diferentes de la cuenca del Pacífico para participar conjuntamente en operaciones de perforación y aportar mano de obra. El resultado es que mientras nos hemos dedicado a pacificar las regiones situadas por debajo de nuestras ciudades y continentes, Helios ha tomado la delantera a todos los demás en exploración y desarrollo suboceánicos.

—Creía que la colonización se llevaba a cabo bajo los auspicios internacionales —dijo Ali.

—Y así se hace —asintió January—, dentro de los límites de la ley internacional. Pero la ley internacional deja numerosos huecos en lo que se refiere a territorios sin soberanía. En comparación con las plataformas continentales, todavía hay que actualizar las leyes referidas a descubrimientos subterráneos.

—Eso es algo que yo tampoco entiendo —dijo Thomas—. Ahora resulta que el territorio subterráneo situado por debajo de los océanos es como el salvaje Oeste, sometido únicamente a los caprichos de quienes lo ocupen. En el caso del océano Pacífico, eso supone la existencia de una enorme masa de territorio fuera del alcance de la ley internacional.

—Lo que se traduce en una oportunidad para un hombre como C. C. Cooper —dijo January—. En la actualidad, Helios es propietaria de más pozos perforados en el lecho del océano que cualquier otra entidad, gubernamental o privada. Son los primeros en métodos agrícolas hidropónicos. Poseen la más moderna tecnología para la mejora de las comunicaciones a través de capas de roca. Sus laboratorios han creado nuevos medicamentos que les ayudan a penetrar más en las profundidades. Han abordado el subplaneta del mismo modo que Estados Unidos afrontó los alunizajes tripulados hace cuarenta años, como una misión que exige disponer de sistemas de apoyo vitales, modos de transporte y acceso y logística. Mientras el resto del mundo entraba de puntillas en sus sótanos, Helios ha gastado miles de millones en investigación y desarrollo, y se dispone a explotar la frontera.

—En otras palabras —dijo Thomas—, Helios no envía a estos científicos allá abajo impulsada por la bondad de su corazón. La expedición está cargada de ciencias y biología terrenales. Su propósito consiste en expandir el conocimiento sobre la litosfera y aprender más sobre sus recursos y formas de vida, especialmente sobre aquellas que se puedan explotar comercialmente para obtener energía, la metalurgia, la medicina y otros usos prácticos. Helios no tiene el menor interés por humanizar

nuestra percepción de los abisales, por lo que el componente antropológico de la expedición es muy pequeño.

Al oír que se mencionaba la antropología, Ali se sobresaltó.

—¿Quiere que vaya yo? ¿Allá abajo?

—Nosotros ya somos demasiado viejos —dijo January.

Ali se quedó atónita. ¿Cómo podían pedirle una cosa así? Ella tenía deberes que cumplir, sus propios planes y deseos.

—Debería saber que no fue la senadora quien la escogió, sino yo —le dijo Thomas—. La vengo observando desde hace años y he seguido su trabajo. Los talentos que posee son exactamente lo que necesitamos.

—Pero allí abajo...

Jamás se imaginó a sí misma realizando un viaje así. Detestaba la oscuridad. ¿Un año sin ver el sol?

—Le gustará —dijo Thomas.

—¿Ha estado usted allí? —preguntó Ali al ver que hablaba con tanta autoridad.

—No —contestó Thomas—. Pero he viajado entre los abisales al visitar las pruebas que nos han dejado en ruinas y museos. Mi tarea se ha visto muy complicada como consecuencia de eones de superstición e ignorancia humanas. Pero si se retrocede lo suficiente en los registros humanos de que disponemos, se pueden obtener fugaces visiones de cómo eran los abisales hace miles de años. Hubo una época en la que fueron mucho más que las degradadas criaturas que encontramos en la actualidad.

El pulso se le había acelerado. No deseaba sentirse tan entusiasmada.

—¿Y pretende usted que sea yo quien localice al jefe de los abisales?

—No, en modo alguno.

—¿Qué quiere entonces?

—El lenguaje lo es todo.

—¿Descifrar sus escritos? Pero si sólo existen fragmentos.

—Por lo que me dicen, ahí abajo abundan los glifos. Cada día que pasa, los mineros vuelan galerías enteras llenas de ellos.

—¡Glifos abisales! ¿A dónde podía conducir eso?

—Muchos están convencidos de que los abisales han sido exterminados. Eso no importa —dijo January—. Todavía tenemos que vivir con lo que fueron. Y si simplemente se ocultan en alguna parte, tenemos que saber de qué son capaces, y no me refiero sólo a su salvajismo, sino también a la grandeza a la que aspiraron alguna vez. Está claro que hubo un tiempo en el que estuvieron civilizados. Y si lo que dice la leyenda es cierto, perdieron la gracia. ¿Por qué? ¿Acaso esperaría a la humanidad una misma caída?

—Recupere para nosotros su antigua memoria —le dijo Thomas a Ali—. Haga eso y conoceremos verdaderamente a Satán. —Todo se reducía a eso, a su rey del infierno—. Nadie ha logrado descifrar sus escritos —siguió diciendo Thomas—. Se trata de un lenguaje perdido, posiblemente incluso para las criaturas que quedan actualmente. Se han olvidado de su propia gloria. Y usted es la única persona que

conozco capaz de descubrir un lenguaje en los jeroglíficos y en la escritura abisal. Descifre esa lengua muerta y quizá tengamos una oportunidad de comprender quiénes fueron. Descifre esa lengua y es posible que encuentre el secreto de nuestra propia lengua madre.

—Una vez dicho todo esto, quiero serte perfectamente clara —le dijo January mirándola a los ojos—. No puedes decir que no, Ali.

Naturalmente, no podía.

Segunda parte

LA INQUISICIÓN

8

EN LA PIEDRA

*¿No puedes sacar a Leviatán con un anzuelo?
Dios hablándole a Job, Libro de Job*

Islas Galápagos

Junio 2008

Parecía como si el helicóptero fuera a desplazarse interminablemente hacia el oeste, sobre el agua azul cobalto, sin encontrar el menor asomo de tierra, manchada de rojo por la puesta del sol. La noche la persiguió a través del infinito Pacífico. Infantilmente, Ali deseó que pudieran mantenerse por delante de la oscuridad.

Las islas estaban completamente cubiertas por kilómetros y kilómetros de intrincados andamiajes y muelles, que en algunos lugares llegaban a alcanzar los diez pisos de altura. Tras esperar montones de lava amorfa, Ali se encontraba con una geometría perfecta. Desde luego, habían trabajado mucho aquí. El Depósito de Nazca, llamado así por la placa geológica que lo sustentaba, no era más que un enorme garaje de aparcamiento anclado sobre pilones. Los supercargueros flotaban al lado, con las bocas de sus bodegas abiertas, engullendo pequeñas montañas simétricas de mineral en bruto que llegaba en cintas transportadoras. Los camiones llevaban los contenedores desde un nivel al otro.

El helicóptero cortó por entre torres esqueléticas y aterrizó brevemente para dejar a Ali, que se encogió ante el hedor de los gases que formaban neblinas. Había sido previamente advertida. El Depósito de Nazca era una zona de trabajo. Había barracones para los obreros, pero no instalaciones de servicios, ni siquiera catres o máquinas expendedoras de Coca-Cola para los pasajeros en tránsito. Por casualidad apareció un hombre a pie, entre los vehículos y los ruidos.

—Disculpe —le gritó Ali por encima del rugido del helicóptero—. ¿Cómo puedo llegar a Bahía Nueve?

La mirada del hombre recorrió sus largos brazos y sus piernas y señaló hacia un lugar, sin entusiasmo. Ella avanzó entre vigas y humos de diesel, y bajó tres tramos de escalera hasta llegar a un montacargas con puertas que se abrían hacia arriba y

hacia abajo, como mandíbulas. Alguien había escrito sobre la puerta: «Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate». Las palabras de bienvenida de Dante, en su idioma original.

Ali se metió en el montacargas y apretó su número. Experimentó una extraña sensación de alivio, aunque no pudo imaginar por qué. El montacargas la dejó en una cubierta atestada de otros pasajeros. Allí abajo había cientos de personas, la mayoría hombres, todos los cuales iban en una sola dirección. A pesar de la brisa del mar, el aire olía a rancio a causa de su hedor, como si éste tuviera una fuerza propia. En Israel, Etiopía y en la sabana africana le había tocado viajar entre masas de soldados y obreros, y olían igual en todas partes. Era el olor de la agresión.

Con altavoces que les indicaban que hicieran cola, presentaran sus billetes y mostraran sus pasaportes, Ali se dejó arrastrar por la corriente. «No se permiten armas cargadas. Los infractores serán desarmados y se les confiscarán las armas.» No se decía nada sobre la detención o el castigo. Era suficiente, pues, con que los infractores fueran enviados abajo sin sus armas.

La multitud la condujo a lo largo de un enorme tablero de anuncios de quince metros de longitud, dividido alfabéticamente, A-G, H-P, Q-Z. Allí se habían dejado miles de mensajes, para que los encontraran otros: equipo a la venta, servicios para alquilar, fechas y lugares de encuentro, direcciones de correo electrónico, cursos. «Asesoría para el viajero», advertía un cartel de la Cruz Roja. «Se advierte a las mujeres embarazadas que no deben descender. El daño fetal y/o la muerte debidos a...»

Un cartel del Departamento de Salud indicaba los veinte mejores «fármacos de las profundidades» y sus efectos secundarios. A Ali no le complació descubrir que la lista también incluía dos de los medicamentos que llevaba en su botiquín personal. Las seis últimas semanas habían sido un torbellino de preparativos, con vacunas que ponerse, formularios Helios que rellenar y entrenamiento físico que realizar a cada momento. Día tras día no hacía más que enterarse de lo poco que sabía realmente el hombre sobre la vida en el subplaneta.

«Declare sus explosivos —atronó el altavoz—. Todos los explosivos deben estar claramente marcados. Todos los explosivos deben enviarse por el Túnel K. Los infractores serán...»

El movimiento de la multitud era peristáltico, repleto de inicios y detenciones. En contraste con la mochila de Ali, el equipaje predominante se componía de cajas metálicas, estilizados armarios de pie y bolsas de material resistente de 50 kilos con cierres a prueba de balas. Ali nunca había visto tantas cajas de armas en toda su vida. Aquello parecía una convención de guías de safari con cada una de las variedades de trajes de camuflaje y armadura corporal, bandoleras, vainas y pistoleras. El vello en el cuerpo y las venas abultadas en la garganta eran *de rigueur*. Se alegró de que el grupo fuera numeroso, porque algunos de aquellos hombres la asustaban con sus miradas.

En realidad, se sentía aterrorizada y desequilibrada. Emprendía este viaje por voluntad propia, naturalmente. Lo único que tenía que hacer era dejar de caminar y el viaje se interrumpiría. Pero tenía toda la sensación de que aquí se iniciaba algo.

Tras pasar por los controles de seguridad, pasaportes y billetes, Ali se acercó a un gran edificio construido de reluciente acero. Firmemente asentada en sólida piedra negra, la enorme puerta de acero, titanio y platino parecía inamovible. Éste era uno de los cinco pozos de ascensor del Depósito Nazca, que conectaba con el principio de la parte inferior, a casi setecientos metros por debajo de sus pies. En la perforación del complejo de pozos y vías de ventilación se emplearon más de cuatro mil millones de dólares y costó varios cientos de vidas. Como proyecto de transporte público, no se diferenciaba mucho de, por ejemplo, un aeropuerto nuevo o de la construcción, siglo y medio antes, del sistema de ferrocarriles de Estados Unidos. Estaría al servicio de la colonización durante las siguientes décadas.

Por pura necesidad la presión de soldados, colonos, obreros, fugitivos, convictos, pobres, adictos, fanáticos y soñadores se fue haciendo más ordenada y hasta cortés. Se daban cuenta finalmente de que habría espacio para todos. Ali caminó hacia una batería de puertas de acero inoxidable situadas unas junto a otras. Tres ya estaban cerradas. Una cuarta se cerró lentamente mientras se acercaba. Las demás estaban abiertas.

Ali se dirigió hacia la entrada más alejada y menos atestada. En el interior, la cámara era redonda, como un pequeño anfiteatro, con hileras concéntricas de asientos de plástico que descendían hacia un centro vacío. Estaba oscuro y fresco, lo que resultaba un alivio en comparación con la presión de los cuerpos calientes del exterior. Se dirigió hacia el extremo más alejado, frente a la puerta. Después sus ojos se adaptaron a la débil iluminación y eligió un asiento. A excepción del hombre sentado en el extremo de la fila, estaba temporalmente sola. Ali dejó la mochila en el suelo, respiró profundamente y dejó que se relajaran sus músculos.

El asiento era ergonómico, con un respaldo curvado para la columna y un arnés de seguridad que se ajustaba sobre los hombros y se encajaba en el otro extremo sobre el pecho. Cada asiento disponía de un tablero plegable a modo de mesita, una red profunda para las pertenencias personales y una mascarilla de oxígeno. Había una pantalla ultraplana incrustada en el respaldo de cada asiento. La suya mostraba una lectura de altímetro de 0000 metros. El reloj alternaba sus indicaciones entre el tiempo real y su momento de partida en números negativos. La partida del ascensor estaba prevista para 24 minutos más tarde. La música ambiental suavizaba el tiempo de espera.

Una alta ventana curva bordeaba la pasarela que corría por encima, de modo muy similar a la pared de un acuario. El agua lamía el borde superior. Ali estaba a punto de subir para echar un vistazo cuando se distrajo con una revista que había en la red de al lado. Se titulaba *The Nazca News* y en la portada aparecía una imaginativa pintura de un delgado tubo que se elevaba desde una cadena de montañas submarinas, la representación artística del pozo de ascensor del Depósito Nazca. El pozo parecía muy frágil.

Ali probó a leer, pero su mente no lograba concentrarse. Se sentía inundada de detalles: fuerzas G, índices de compresión, zonas de temperatura. «El agua del océano alcanza su temperatura más baja (2 °C) a 4.000 metros por debajo de la superficie. A partir de ahí se calienta gradualmente a medida que se desciende. En el lecho del océano, el agua tiene una temperatura media de 2,4 °C).»

«Bienvenido al *moho* —decía una nota secundaria—. Situado en el borde oriental de la cuenca del Pacífico, el acceso del Depósito Nazca se encuentra a una profundidad de 4,8 kilómetros.»

Había recuadros y notas secundarias diseminadas por las páginas de la revista. Una cita de Albert Einstein: «Tiene que haber algo muy oculto por detrás de las cosas». Había un cuadro de gases residuales y sus efectos sobre diversos tejidos humanos. Otro artículo hablaba de Rock Vision y había imágenes de anomalías geológicas encontradas a cientos de metros en vetas mineras. Ali cerró la revista.

En la contraportada aparecía un anuncio de Helios, con el sol alado sobre un fondo negro.

Observó a su vecino. Estaba sólo a unos pocos asientos de distancia, pero en la penumbra apenas pudo distinguir su silueta.

El no la miraba, a pesar de lo cual el instinto le indicó a Ali que estaba siendo observada. Con la cara inclinada hacia adelante, llevaba gafas oscuras, como las que suelen utilizar los soldados. Eso lo convertía en un obrero, decidió. Pero entonces vio sus pantalones de camuflaje. Un soldado, se corrigió. El perfil de su mandíbula llamaba la atención. El corte de pelo, que definitivamente se hacía él mismo, era atroz.

Se dio cuenta de que el hombre olisqueaba delicadamente el aire. La estaba oliendo.

Varias figuras aparecieron en la puerta, y la presencia de más pasajeros le permitió atreverse.

—¿Desea algo? —le preguntó al hombre.

Él se volvió para mirarla. Las gafas eran tan oscuras y las lentes tan rayadas y pequeñas, que se preguntó si aquel hombre podría ver algo. Un momento más tarde, Ali descubrió las marcas que llevaba en la cara. Incluso en la semipenumbra se dio cuenta de que los tatuajes no eran simplemente tinta incrustada en la carne. Quien hubiera decorado aquello había utilizado un cuchillo para realizar su tarea. Sus altos pómulos tenían incisiones y escarificaciones. La brutalidad que ello traslucía la sobresaltó.

—¿Le importa? —le preguntó él con un susurro, acercándose más a su asiento.

¿Para olerla mejor?, se preguntó Ali. Miró rápidamente hacia la puerta, por donde llegaban más pasajeros.

—Hable más alto —le espetó ella.

Por increíble que pudiera parecer, las gafas apuntaban hacia sus senos. Incluso se inclinó un poco hacia ellos para mejorar la vista. Por lo visto, era estrábico.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó con tono exigente.

—Hace ya mucho tiempo —dijo él—. Yo antes conocía esas cosas...

Su audacia la dejó asombrada. Si se acercaba un poco más, le cruzaría la cara de un bofetón.

—¿Qué son? —preguntó, señalándole directamente los senos.

—¿Me está hablando en serio? —preguntó Ali en un susurro.

Él no reaccionó. Fue como si no la hubiera escuchado. Permanecía moviendo la punta de un dedo, señalándole los senos.

—¿Campánulas azules? —preguntó.

Ali se contuvo en el último momento. ¿Le examinaba el vestido?

—Vincapervincas —le dijo y lo miró de nuevo con escepticismo.

Su rostro era demasiado monstruoso. Probablemente tenía intención de propasarse con ella. Pero ¿y si no era así? Tomó nota mental de efectuar un rápido acto de contrición en algún otro momento.

—Eso es lo que son —dijo el hombre, como si hablara consigo mismo. Luego regresó a su asiento y volvió a inclinar la cabeza hacia adelante. Ali recordó una sudadera que llevaba en la mochila. La sacó y se la puso.

La cámara se llenaba ahora rápidamente. Varios hombres ocuparon los asientos entre ella y aquel extraño. Cuando ya no quedaron más asientos libres, las puertas se cerraron con un suave siseo. La pantalla indicaba que faltaban siete minutos.

No había en toda la cámara ninguna otra mujer o niño. Ali se alegraba de haberse puesto la sudadera. Algunos respiraban con cierta agitación y miraban hacia la puerta, con intención de huir. Otros mostraban una actitud muy tranquila y parecían estar en paz. La mayoría apretaba las manos sobre los brazos del asiento, abrían ordenadores portátiles sobre los tableros abatibles de los asientos, se dedicaban a hacer crucigramas o se apretaban hombro con hombro para hablar.

El hombre sentado a su izquierda bajó el tablero abatible y colocó con toda naturalidad dos jeringuillas de plástico. Una tenía una caperuza azulada sobre la aguja y la otra una caperuza rosada. Levantó la jeringuilla de la caperuza azulada para que la viera.

—Sylobane —dijo—. Elimina los conos y aumenta las barras retíneas. Acromatopsia. En lenguaje llano, crea hipersensibilidad a la luz, lo que permite la visión nocturna. El único problema que tiene es que una vez que has empezado, has de seguir tomándola. Allá arriba son muchos los soldados que han terminado con cataratas. No se tomaron el medicamento.

—¿Y para qué sirve ese otro? —le preguntó.

—Es Bro —contestó el hombre—. Un esteroide ruso para la aclimatación. Los soviéticos lo utilizaron para dopar a sus soldados en Afganistán. No puede hacer daño, ¿verdad; —Sostuvo en alto una pastilla blanca entre los dedos—. Y este pequeño ángel sólo para poder dormir un poco.

Y tras decir eso, se la tragó.

Se sintió invadida por aquella misma tristeza y, de repente, lo recordó. ¡El sol! Se había olvidado de echar un último vistazo al sol. Ahora ya era demasiado tarde para eso.

Ali sintió un ligero codazo a su derecha.

—Tome, esto es para usted —le ofreció un hombre delgado.

Le ofrecía una naranja, que Ali aceptó con agradecimiento en tono vacilante.

—Déle las gracias a aquel tipo —dijo el hombre, que señaló al extraño con tatuajes.

Ali se inclinó hacia adelante para llamar su atención, pero él no la miró. Ali observó la naranja con el ceño fruncido. ¿Era un ofrecimiento de paz? ¿Un intento de acercamiento? ¿Tenía la intención de que la pelara y se la comiera o que se la guardara para más tarde? Ali tenía la costumbre de todo huérfano de dar un gran significado a los regalos, especialmente a los más sencillos. Pero cuanto más la observaba, menos sentido tenía para ella la naranja.

—Bueno, el caso es que no sé qué hacer con esto —se quejó tranquilamente a su vecino, el mensajero.

El hombre levantó la mirada de un grueso manual de códigos de ordenador y se tomó un tiempo para recordar.

—Es una naranja —dijo.

Se sintió irritada más allá de lo que parecía justo. Irritada ante la indiferencia del mensajero, ante la idea del regalo, ante la fruta misma. Se sentía emocionada y lo sabía. Y eso la asustaba. Durante semanas, todos sus sueños habían estado poblados con horribles imágenes del infierno. Le aterrorizaban sus propias supersticiones. A cada paso dado en el transcurso de su viaje, estaba convencida de que sus temores terminarían por aplacarse. ¡Si al menos no fuera demasiado tarde para cambiar de idea! Era terrible aquella tentación de retirarse, de permitirse ser débil. Y la oración ya no era la muleta que había sido para ella en otros tiempos. Eso sí que resultaba preocupante. No era la única con ansiedad. La cámara pareció ir adquiriendo tensión por momentos. Las miradas se encontraban y se apartaban con rapidez. Los hombres se humedecían los labios, se frotaban los bigotes, parecían aspirar el aire a borbotones. Ella recopiló todos aquellos gestos diminutos en su propia ansiedad.

Hubiera querido dejar la naranja sobre la bandeja, pero entonces habría rodado. El suelo estaba demasiado sucio. La naranja parecía haberse convertido en una responsabilidad. La dejó en su regazo y su peso le pareció demasiado íntimo. Siguiendo las instrucciones que aparecieron en la pantalla, se abrochó el cinturón de seguridad del asiento y observó que las manos le temblaban. Tomó de nuevo la naranja, la rodeó con los dedos y el temblor cesó.

La pantalla indicó que faltaban tres minutos.

Como siguiendo una señal, los pasajeros iniciaron sus ritos finales. Unos cuantos hombres se ataron gomas elásticas alrededor de los bíceps y luego se deslizaron suavemente agujas en sus venas. Quienes tomaban pastillas parecían pájaros engullendo gusanos. Ali escuchó un sonido siseante, producido por algunos pasajeros que absorbían el contenido de aerosoles. Otros tomaban algo de pequeñas botellas. Cada uno seguía su propio ritual de compresión. Lo único que ella tenía era aquella naranja.

La piel relucía en la oscuridad, entre sus manos ahuecadas. La luz se inclinaba sobre su color. El foco de su visión cambió. De repente, la naranja se convirtió para ella en un pequeño centro de atención.

Sonó un diminuto repiqueteo de campanas. Ali levantó la mirada en el momento en que el indicador del tiempo señalaba cero.

La cámara quedó en silencio.

Ali sintió un ligero movimiento. La cámara se deslizó hacia atrás, sobre una pista, y se detuvo. Escuchó el restallido metálico por debajo de los pies. La cámara descendió quizá unos tres metros y se detuvo de nuevo. Luego se produjo otro restallido, esta vez sobre la cabeza. Descendieron de nuevo y se volvieron a detener.

Por un diagrama que había visto en el *Nazca News* sabía lo que ocurría. Las cámaras se estaban acoplando, como vagones de carga, una encima de otra. Unidas de ese modo, todo el conjunto estaba a punto de descender sobre un cojín de aire, sin cables. No tenía ni idea de cómo regresarían de nuevo las vainas a la superficie. Pero la energía ya no representaba ningún problema después de los descubrimientos de vastas reservas de petróleo en las entrañas del planeta.

Estiró el cuello para ver a través del gran ventanal curvo. A medida que iban descendiendo las vainas, el ventanal empezó a mostrar una vista. La pantalla del ordenador indicaba que se encontraban a siete metros por debajo del agua, que había adquirido un color azul turquesa, iluminada por los focos. Entonces Ali vio la luna. Justo a través del agua podía verse una luna llena blanca. Fue una visión muy hermosa.

Descendieron otros siete metros. La imagen de la luna se deformó y luego desapareció. Ella sostuvo la naranja redonda entre las manos.

Descendieron otros siete metros. El agua se hizo más oscura. Ali miró por el ventanal. Allí fuera había algo. Mantas. Eran unas mantas gigantes que trazaban círculos alrededor del pozo, impulsadas por extrañas alas musculosas.

Siete metros más abajo el plexiglás fue sustituido por metal sólido. El ventanal quedó en negro, como un espejo curvo. Se miró las manos y respiró profundamente. De repente, el temor desapareció por completo. El centro de gravedad estaba justo allí, entre sus manos. ¿Podía ser eso aquel regalo? Miró hacia el extremo de la fila y vio que el extranjero apoyaba la *cabeza* contra el respaldo de su asiento. Tenía las gafas levantadas sobre su frente. Mostraba una ' ligera sonrisa y parecía satisfecho. Al percibir su mirada, se volvió hacia ella y le hizo un guiño. Descendieron. Cayeron en picado.

La gravedad inicial hizo que Ali tratara de sujetarse a alguna parte. Se aferró a los brazos del asiento y apretó la cabeza contra el respaldo. La repentina ligereza puso en marcha sus alarmas biológicas. Las náuseas que experimentó fueron instantáneas. Le apareció un dolor de cabeza.

Según la pantalla no disminuiría la velocidad de descenso; se mantuvo constante a 600 metros por minuto. Pero la sensación inicial empezó a equilibrarse. Ali comenzó a sentirse mejor en la caída. Consiguió apretar los pies contra el suelo,

aflojar la fuerza con la que se sujetaba a los brazos del asiento y mirar a su alrededor. El dolor de cabeza se alivió. En cuanto a las náuseas, pudo controlarlas.

La mitad de los pasajeros de la cámara se habían quedado dormidos o se vieron arrastrados hacia la semiinconsciencia. Las cabezas de los hombres se balanceaban inertes sobre sus pechos. Los cuerpos se movían fláccidamente contra los arneses de los asientos. La mayoría ofrecía un aspecto pálido, como borrachos o perros enfermos. El soldado tatuado, en cambio, parecía meditar o rezar.

Efectuó un cálculo mental aproximado. Aquello no cuadraba. A una velocidad de 600 metros por minuto y una profundidad de 4,8 kilómetros, el desplazamiento no debía durar más de ocho minutos. La guía, sin embargo, indicaba que la llegada al fondo tardaría en producirse siete horas. ¿Siete horas de aquello?

El altímetro de la pantalla descendía velozmente, hasta que se desaceleró. A los 4.780 metros se detuvieron. Ali esperó a que dieran una explicación por el sistema de intercomunicación, pero no se oyó nada. Miró a su alrededor, contemplando el hospital de viajeros medio muertos y decidió que la información no era necesaria, siempre y cuando llegaran adonde iban.

El ventanal volvió a animarse. Más allá de la pared de plexiglás del pozo, unos potentes focos iluminaron la negrura. Ante el asombro de Ali, se encontró mirando sobre el lecho del océano. Aquello bien podría haber sido la luna.

Las luces cortaban nítidamente la noche permanente. Aquí no había montañas. El lecho era plano, blanco, surcado por la alargada y extraña escritura de las huellas dejadas por los habitantes de las profundidades. Observó a unas criaturas que se movían delicadamente por encima de los sedimentos, sobre patas que parecían recios zancos. Dejaban diminutos puntos sobre la negrura.

La vista era como un sueño. Siguió tratando de encontrarle sentido al lugar que ocupaba en medio de esta geografía inhumana. Pero a cada paso que avanzaba, tenía la sensación de pertenecer cada vez menos a aquello.

Ante el ventanal pasó un pez de aspecto cruel, con colmillos y un bulto de luz verdosa a modo de cebo. Por lo demás, todo aquello estaba solitario. Era como un lugar sin sueños. Se aferró a la naranja.

Al cabo de una hora, la vaina empezó a descender de nuevo, esta vez más lentamente. A medida que descendía, el lecho del océano se elevaba: hasta la altura de los ojos; luego del techo, hasta que finalmente desapareció. A través del ventanal pudo tener una breve visión de la roca iluminada. El cristal volvió a quedarse en negro y ella se quedó de nuevo encerrada consigo misma.

«Ahora es cuando empieza todo —pensó Ali—. Éste es el límite de la tierra.» Y fue como pasar hacia adentro de sí misma.

Incidente en Piedras Negras
México

Osprey cruzó el puente como un turista, a pie, llevando una mochila. Había dejado al curtido soldado tras sus sacos terreros, en Texas. Por el lado de México, nada sugería que aquello fuese una frontera internacional; no había barricadas, ni soldados; ni siquiera una bandera.

Gracias al acuerdo al que se había llegado con la universidad local, había una camioneta esperándole. Ante la sorpresa de Osprey, el conductor era la mujer más hermosa que hubiera visto en su vida. Tenía la piel como una fruta oscura y unos brillantes labios rojos.

—¿Es usted el hombre mariposa? —preguntó con un acento que era un don musical.

—Osprey —pudo balbucear.

—Hace calor —dijo ella—. Le he traído una Coca-Cola.

Le ofreció una botella. La de ella estaba cubierta de gotitas producidas por la condensación. Sus labios rojos rodearon el borde.

Mientras ella conducía, se enteró de su nombre. Era una estudiante de economía.

—¿Por qué persigue a la Mariposa? —preguntó ella.

Así era como llamaban en México a la mariposa Monarca.

—Es toda mi vida —contestó.

—¿Toda su vida?

—Desde que era pequeño me encantaban las mariposas. Me sentía atraído por sus movimientos y colores. Y por sus nombres. ¡Damas pintadas! ¡Almirantes rojos! ¡Interrogaciones! Desde entonces me dedico a seguirlas y estudiarlas. Cada vez que la Mariposa emigra, yo emigro con ella.

La sonrisa de ella hizo que se le encogiera el corazón.

Pasaron ante una barriada de chabolas que daba al río.

—Usted va al sur y ellos van al norte —comentó ella—. Nicaragüenses, guatemaltecos, hondureños y también mi propio pueblo.

—¿Intentarán cruzar esta noche al otro lado? —preguntó Osprey.

Miró más allá de sus pantalones de algodón blanco, de sus destrozadas zapatillas de tenis y sus gafas de sol baratas, fijándose en los relucientes atisbos de tribus antiguas, mayas, aztecas, olmecas. Hubo un tiempo en que sus antepasados habrían podido ser guerreros o reyes. Ahora eran pobres, un pueblo a la deriva que se esforzaba por llegar a un nuevo territorio.

—Se suicidan tratando de abandonar sus orígenes. ¿Cómo pueden resistirlo?

Osprey miró al otro lado del serpenteante hilo de agua marronácea y envenenada que era el Río Grande, en el culo de Estados Unidos. Calentados hasta el punto de provocar espejismos, los edificios, carteles y torres de alta tensión parecían ofrecer esperanza... siempre y cuando se pudiera sortear el collar de alambre de espino que relucía en la distancia y la vigilancia de los prismáticos y lentes de vídeo que escudriñaban la zona. La camioneta continuó su marcha a lo largo del río.

—¿Adonde va? —preguntó ella.

—A las tierras altas, en los alrededores de Ciudad de México. Pasan el invierno posadas en los abetos de las montañas. En primavera regresan por este mismo camino para poner sus huevos.

—Quiero decir hoy, señor Osprey.

—Ah, hoy.

Trasteó con sus mapas y ella se detuvo. Habían llegado a un lugar cubierto de alas anaranjadas y negras.

—Increíble —murmuró Ada.

—Es el lugar donde descansarán esta noche —explicó Osprey—. Mañana se habrán marchado. Recorren unos ochenta kilómetros al día. Dentro de un mes, la mayoría de las Monarcas habrán llegado a sus lugares de invernada.

—¿No vuelan por la noche?

—Por la noche no pueden ver. —Abrió la puerta de la camioneta—. Es posible que tarde una hora —dijo, disculpándose—. Si quiere, puede regresar más tarde.

—Le esperaré, señor Osprey. Tómese el tiempo que necesite. Una vez que haya terminado, podemos cenar, si le apetece.

«¿Si me apetece?» Aturdido, Osprey tomó la mochila y cerró suavemente la puerta tras él. Recordando el propósito que le llevaba hasta allí, se dirigió hacia el oeste, en dirección al sol poniente. Su investigación se relacionaba con la antiquísima ruta migratoria de las mariposas Monarca. La *Dañás archippus* ponía sus huevos en el norte de América y luego moría. Los ejemplares jóvenes emergían sin padres que los guiaran y, sin embargo, cada año recorrían miles de kilómetros siguiendo la misma ruta ancestral, hasta el mismo destino en México. ¿Cómo podían hacerlo? ¿Cómo era posible que una criatura que pesaba menos de medio gramo tuviera memoria? Seguramente, la memoria debería pesar algo. ¿Qué era la memoria? Para Osprey, éste era un misterio sin fondo. Año tras año las coleccionaba vivas, y mientras invernaban, las estudiaba en su laboratorio.

Osprey abrió la cremallera de la mochila y sacó un puñado de cajas blancas plegadas, como las que se emplean para la comida china. Montó doce de ellas, dejando las tapas abiertas. Su tarea era sencilla. Se acercó a un grupo de varios cientos sosteniendo una caja por delante, y dos o tres de ellas fueron a parar dentro. Luego cerró la caja.

Al cabo de cuarenta minutos, Osprey tenía ya once cajas que colgaban con un gancho de alambre de una cuerda que llevaba alrededor del cuello. Apresuradamente, bastante distraído por la joven de la camioneta, avanzó sobre la combada depresión hacia el grupo final. Entonces la depresión cedió. Con las Monarcas posadas en sus brazos y en su cabeza, se hundió a través de un agujero en el suelo.

La caída produjo un estruendo de rocas y luego todo quedó repentinamente a oscuras.

Recuperó poco a poco el conocimiento. Osprey se esforzó por entender su situación. Sentía dolor, pero podía moverse. El agujero era muy profundo o se había

hecho de noche. Afortunadamente, no había perdido su mochila. La abrió y encontró la linterna.

El rayo que produjo al encenderla constituyó para él una fuente de alivio y angustia. Se encontró tumbado al borde de un pozo de piedra caliza, magullado, pero sin que se hubiera roto ningún hueso. No había el menor rastro del agujero por el que había caído. Y en la caída había aplastado varias cajas de sus queridas Monarcas. Por un momento, eso le frustró más que la propia caída.

—¡Oiga! —gritó varias veces.

Allí abajo no había nadie que pudiera escucharle, pero confiaba en que su voz pudiera llegar a alguna parte, a través del agujero que debía de haber sobre su cabeza. Quizá la joven mexicana lo estuviera buscando. Tuvo la fantasía momentánea de que ella cayera también por el agujero y se encontraran los dos atrapados allí durante una o dos noches. En cualquier caso, no obtuvo respuesta.

Finalmente, hizo un esfuerzo, se levantó, se limpió el polvo y se dispuso a buscar una salida. El pozo era cavernoso y sus paredes aparecían horadadas por aberturas tubulares. Examinó el interior de algunas con la luz de la linterna, pensando que, seguramente, una de ellas conduciría a la superficie. Eligió la más grande.

El tubo serpenteaba hacia un lado. Al principio, pudo avanzar por él de rodillas. Pero luego se estrechó y se vio obligado a dejar la mochila. Finalmente, tuvo que avanzar sobre los codos y el vientre, empujando cuidadosamente por delante de él la linterna y las cinco cajas de mariposas vivas que le quedaban.

Las paredes porosas seguían desgarrándole la ropa y enganchándose en los dobladillos de los pantalones. La roca le producía cortes en los brazos. Se golpeó en la cabeza, y el sudor le escocía en los ojos. Iba a salir de allí hecho una piltrafa, oliendo mal y haciendo el ridículo. Ya podía irse olvidando de la cena, pensó.

El tubo se estrechó aún más. Una oleada de claustrofobia le dificultaba la respiración. ¿Y si se quedaba encerrado dentro de aquel lugar? ¡Atrapado en vida! Procuró calmarse. No había espacio para dar la vuelta, naturalmente. Lo único que podía hacer era confiar en que aquella arteria ; condujera a algún otro lugar más cómodo.

Después de un complicado avance de más de tres metros, durante el que se impulsó apoyándose en los brazos por encima de la cabeza y con las puntas de los pies, Osprey salió a un túnel más grande.

Eso le animó sobremanera. Observó un débil sendero gastado por el uso en la roca. Lo único que tenía que hacer era seguirlo.

—¡Oiga! —gritó a derecha e izquierda. Tras el silencio, escuchó un ligero sonido de traqueteo en la distancia—, ¡Oiga! —volvió a gritar con todas sus fuerzas.

El sonido se detuvo. Duendes sísmicos, pensó, restándole importancia, y reinició la marcha en la dirección opuesta.

Transcurrió otra hora y el sendero seguía sin conducirlo al exterior. Osprey empezaba a sentirse cansado, dolorido y hambriento. Finalmente, decidió invertir el curso y explorar el otro extremo del sendero, que ascendía y descendía, hasta que

llegó a una serie de bifurcaciones por las que no había pasado antes. Eligió una de ellas, y más tarde otra, con una creciente frustración. Finalmente, llegó a una abertura tubular, similar a la que le había conducido hasta allí, Por si aquello pudiera conducirlo hasta la cámara original,

Osprey dejó las mariposas y la linterna en el saliente de la abertura y se introdujo en ella a rastras.

Apenas había avanzado una corta distancia cuando, con gran fastidio por su parte, la roca le volvió a atrapar el tobillo. Lo giró y tiró de él para liberarlo, pero el tobillo continuó atrapado. Intentó mirar hacia atrás, pero su propio cuerpo llenaba la abertura.

Fue entonces cuando notó que el tubo se movía. Parecía deslizarse hacia adelante un par de centímetros, aunque sabía que su cuerpo se deslizaba hacia atrás. Lo más perturbador de todo era que él no había movido un solo músculo. Notó entonces un segundo movimiento, esta vez como si algo tirara de su tobillo. Ya no podía echarle la culpa a la roca. Eso tenía que ser algo orgánico. Pudo sentir cómo agarraba mejor su pierna. El animal, o lo que fuese, empezó a tirar repentinamente de él, hacia atrás.

Desesperado, Osprey intentó sujetarse a la roca, pero aquello era como caer por una chimenea resbaladiza. Sus manos se deslizaron a través de la superficie. Aún le quedó suficiente presencia de ánimo como para aferrar la linterna y las cajas de mariposas. Luego, sus piernas salieron del tubo y un instante más tarde surgió el resto de su cuerpo y la *cabeza*. Cayó hecho un ovillo al suelo del túnel. Una de las cajas se abrió y tres mariposas escaparon, revoloteando erráticamente a través del haz de luz de la linterna.

Movió con fuerza la linterna hacia el otro lado para defenderse del animal. Y allí, en su cono de luz, se encontró con un abisal vivo. Osprey lanzó un grito de alarma, al tiempo que el ser huía de su luz. Lo que más le asombró fue su blancura. Sus abultados ojos le daban un aspecto de padecer un hambre atroz o de curiosidad.

El abisal echó a correr hacia un lado y Osprey hacia el otro. Recorrió unos cincuenta metros antes de que la luz de la linterna iluminara a otros tres abisales acucillados en las profundidades más alejadas del túnel. Todos apartaron las cabezas de la luz, pero no se movieron.

Osprey dirigió el haz de luz por el camino que había seguido; no muy lejos merodeaban otras cuatro o cinco criaturas blancas. Balanceó la cabeza atrás y adelante, atónito ante lo delicado de su situación. Sacó de uno de los bolsillos la navaja suiza que siempre llevaba y abrió su hoja más larga. Pero los abisales no se le acercaron más, repelidos por la luz.

Parecía fantástico, como si se tratara de una película. Se dijo que aquello no podía estar sucediéndole a él, un especialista en lepidópteros, que estudiaba a animales cuya existencia dependía de la luz del sol. El subplaneta no tenía nada que ver con él. Y, sin embargo, allí estaba, enjaulado bajo tierra, frente a los abisales. Aquel hecho tan terrible lo deprimió. El peso de la situación lo agotó. Finalmente, incapaz de avanzar en ninguna dirección, Osprey se sentó.

A unos treinta metros de distancia, a su derecha e izquierda, los abisales también se sentaron. Durante un rato, él estuvo moviendo el haz de luz de un lado a otro, convencido de que eso los mantendría a raya. Al cabo de un rato tuvo la convicción de que a los abisales no les interesaba acercarse más por el momento. Colocó la luz de la linterna de tal modo que arrojara un haz de luz a su alrededor. Mientras las tres Monarcas escapadas de la caja aleteaban ante la luz, Osprey empezó a calcular cuánto tiempo le durarían las pilas.

Permaneció despierto todo el tiempo que le fue posible. Pero la combinación de la fatiga, la caída y la resaca de adrenalina pudieron finalmente con él. Dormitó, bañado en luz, aferrado a su navaja de bolsillo.

Se despertó soñando con gotas de lluvia. Eran guijarros que le arrojaban los abisales, con la intención de atormentarlo. Sólo entonces se dio cuenta de que en realidad intentaban romper la bombilla de la linterna. Osprey la tomó para protegerla. Se le ocurrió otra cosa. Si podían arrojar guijarros, también podrían hacer lo mismo con rocas lo bastante grandes como para herirlo o matarlo... pero no lo habían hecho. Fue entonces cuando comprendió que tenían la intención de capturarlo vivo.

La espera continuó. Ellos se sentaron al límite de donde alcanzaba la luz. Su paciencia era deprimente. Era algo poco moderno, una especie de paciencia primitiva e imbatible. Iban a poder con él, de eso no le cabía la menor duda.

Las horas se convirtieron en un día, y luego en dos. El estómago le producía retortijones de hambre. Su lengua estaba reseca. Se dijo a sí mismo que sería mejor de ese modo. Sin alimento ni agua, quizá empezara a tener alucinaciones. Lo último que deseaba era estar lúcido al final.

A medida que pasaba el tiempo, Osprey hizo todo lo posible por no mirar a los abisales. Finalmente, su curiosidad pudo con él. Dirigió la luz hacia un grupo u otro, acumulando los detalles. Varios iban desnudos, a excepción de unos taparrabos hechos a base de tiras de cuero. Unos pocos llevaban túnicas desarrapadas hechas con alguna clase de cuero. Todos eran varones, a juzgar por las vainas con las que se cubrían el pene. Cada uno mostraba una vaina hecha de un cuerno de animal que le sobresalía de la ingle y que se ataba en posición erecta con una cuerda entretejida, como las que llevan los nativos de Nueva Guinea.

Era fácil anticipar cuándo llegaría el final. Las pilas empezaban a fallar. Los abisales se habían ido acercando desde ambos lados. La luz se convirtió en un débil círculo. Osprey sacudió con fuerza la linterna y el haz se hizo momentáneamente más intenso, con lo que los abisales se retiraron otros cinco o diez metros. Suspiró aliviado. Había llegado el momento. *C'est la vie*, se dijo con un chasquido burlón, y situó la hoja del cuchillo a lo largo de la muñeca.

Podría haber esperado hasta el último instante de luz antes de efectuar los cortes, pero temía no hacerlos bien. Demasiado superficiales y no serían más que un doloroso mordisco para los nervios. Demasiado profundos y las venas podían contraerse. Necesitaba efectuar bien los tajos, mientras todavía pudiera ver.

Apretó y tiró de la navaja de modo uniforme. La sangre brotó del acero y saltó hacia adelante. En las sombras, oyó murmurar a los abisales.

Cuidadosamente, se cambió el cuchillo a la mano izquierda e hizo lo mismo con la muñeca contraria. El cuchillo se le cayó de la mano. Al cabo de un rato empezó a sentir frío. El intenso dolor inicial que experimentó en el extremo de cada brazo se convirtió en un dolor apagado. La sangre se derramaba sobre el suelo de piedra. Era imposible separar su vista de la luz mortecina.

Osprey apoyó la cabeza contra la pared. Sus pensamientos se serenaron. Había empezado a tener una visión de la hermosa mujer mexicana. Su rostro terminó por sustituir a las mariposas, que habían muerto todas porque su luz no era suficiente para ellas. Había colocado a cada Monarca a su lado, y al derrumbarse de lado sobre el suelo, estaban allí.

Desde la distancia, los abisales chirriaban y se golpeaban unos a otros. Su agitación era evidente. Osprey sonrió. Habían ganado y, sin embargo, perdían.

La luz parpadeó y murió. El rostro de la mujer mexicana surgió en la oscuridad. Osprey emitió un débil gemido. La negrura lo envolvió.

Al borde de la inconsciencia, percibió que los abisales se lanzaban sobre él. Los olió. Notó que lo sujetaban, que le ataban los brazos con cuerda. Se dio cuenta demasiado tarde de que le hacían torniquetes por encima de las heridas. Le estaban salvando la vida.

Intentó luchar, pero ya se sentía demasiado débil. En las semanas que siguieron, Osprey regresó lentamente a la vida. Cuanto más fuerte se sentía, tanto más dolor tenía que soportar. A veces lo llevaban. Ocasionalmente, lo obligaban a caminar a ciegas por los túneles. Sumido en la más absoluta oscuridad, tenía que fiarse de todos sus sentidos, excepto el de la vista. Algunos días se limitaban a torturarlo. No podía ni imaginar lo que le estaban haciendo. Las historias sobre cautividad se agitaban desbocadamente en su mente. Empezó a desvariar, así que le cortaron la lengua. Eso lo llevó muy cerca de la locura.

Se hallaba fuera de toda posible comprensión para Osprey que los abisales utilizaran a uno de sus mejores artesanos para arrancarle de modo muy experto las capas superiores de la piel, de punta a punta de cada hombro y, descendiendo, hasta la base de la columna vertebral. Bajo la dirección del artesano le salaron la herida para preparar su lienzo. El curtido duró varios días y exigió más abrasión y más sal. Finalmente, se le aplicó un perfilado de venas y bordes en negro y se dejó que creciera. Al cabo de otros tres días se le cubrió con una extraña mezcla de un brillante polvo ocre.

Para entonces, el mayor deseo de Osprey se había hecho realidad. Había enloquecido por completo a causa del dolor y las diversas privaciones. Su locura no tuvo nada que ver con el hecho de que los abisales lo liberaran para que deambulara por los túneles. Si la locura fuese la contraseña, todos sus cautivos humanos estarían libres. ¿Quién podía comprender a aquellas criaturas? Las peculiaridades y falibilidades humanas eran una fuente constante de extrañeza.

La liberación de Osprey fue un caso especial. Se le permitió ir a donde quisiera. Independientemente de la banda tras la que caminara, se aseguraban de alimentarlo y se consideraba meritorio protegerlo de los peligros y guiarlo a lo largo del camino. Nunca se le obligó a transportar suministros. No llevaba ninguna señal o marca de pertenencia. Nadie era su propietario. Pertenecía a todos, como una criatura de gran belleza.

Se llevaba a los niños a su presencia para que lo vieran. Su leyenda se difundió con rapidez. Fuera adonde fuese, se sabía que era un hombre santo, capturado con pequeñas casas de almas alrededor de su cuello. Lo que Osprey nunca sabría fue lo que los abisales le habían pintado en la carne de su espalda. De haberlo visto, hasta posiblemente le hubiese complacido. Pues cada vez que se movía, cada vez que respiraba, parecía como si el hombre fuese transportado por iridiscentes alas anaranjadas y negras.

9

LA FRONTERA

*La frontera es el borde exterior de la ola,
el punto de encuentro entre el salvajismo y la civilización,
la línea de americanización más rápida y efectiva.*

Lo salvaje domina al colono.

FREDERICK JACKSON TURNER, El significado de la frontera en la historia de Estados Unidos

Sistema de fallas de las Galápagos, latitud 0,55 grados norte

Puntualmente, a las 17.00 horas, los expedicionarios subieron a los autobuses eléctricos. Se les entregaron hojas volantes, folletos y cuadernos numerados y marcados como «Reservados» y prendas de ropa deportiva de Helios. Las gorras negras al estilo SWAT resultaron ser especialmente populares; daban un aspecto muy amenazador. Ali se conformó con una camiseta con el motivo del sol alado de Helios impreso en la espalda. Sin emitir más que un ligero ronroneo, los autobuses se alejaron del complejo amurallado y salieron a la calle.

La ciudad de Nazca le hizo pensar a Ali en Pekín, con sus hordas de ciclistas. En hora punta, en una ciudad en expansión y con unas calles tan estrechas, las bicicletas eran más rápidas que los autobuses. Tenían trabajos a los que llegar. A través de la ventanilla, Ali observó sus rostros, sus razas de la cuenca del Pacífico, su humanidad. ¡Qué festín de almas!

Los mapas desclasificados mostraban ciudades en expansión similares a Nazca, como células nerviosas que lanzaran sus zarcillos hacia el espacio que las rodeaba. Los atractivos eran muy simples: terreno barato, filones madre de minerales preciosos y petróleo, libertad con respecto a la autoridad y una oportunidad para empezar de nuevo. Ali había llegado esperando encontrarse con multitud de fugitivos y desesperados sin ningún otro sitio adonde ir. Pero lo que observaba eran rostros de funcionarios educados en la universidad, banqueros, empresarios y trabajadores de un motivado sector de servicios. Como ciudad-puerto del futuro, se decía que Nazca tenía el potencial de San Francisco o de Singapur. En apenas cuatro años se había convertido en un enlace importante entre el subplaneta ecuatorial y las ciudades costeras situadas arriba y abajo de la parte occidental de América.

Se sintió aliviada al comprobar que la gente de Nazca parecía normal y saludable. De hecho, puesto que el subplaneta atraía a los obreros más jóvenes y fuertes, la población disfrutaba de una excelente salud. La mayoría de las ciudades-estación como Nazca se hallaban dotadas de focos que simulaban la luz solar, de modo que estos ciclistas estaban tan bronceados como los surfistas en la playa. Prácticamente todo el mundo había visto a soldados y trabajadores que habían regresado a la superficie hacía varios años y que ahora sufrían de excrecencias óseas, ojos agrandados, extraños cánceres y hasta desarrollo de colas residuales. Durante un tiempo, los grupos religiosos acusaron al propio infierno por tanto desgaste físico, considerándolo como una demostración del plan divino, en un vasto gulag en el que el contacto significaba castigo. Pero ahora, al mirar a su alrededor, daba la impresión de que los laboratorios de investigación y las empresas farmacéuticas habían logrado dominar la profilaxis para el infierno. Estas gentes no mostraban ninguna clase de deformidad. Ali se dio cuenta de que sus temores de verse transformada en un sapo, un mono o una cabra eran totalmente infundados.

La ciudad era una vasta construcción interna, con árboles en maceteros y matorrales en flor, limpia, y donde se encontraban las marcas más modernas. Había restaurantes y cafeterías, tiendas brillantemente iluminadas donde se vendía de todo, desde indumentaria de trabajo y suministros de fontanería hasta fusiles de asalto. La pulcritud se veía ligeramente estropeada por la presencia de mendigos a los que les faltaba alguna extremidad, y por vendedores callejeros que ofrecían toda clase de productos de contrabando.

En un cruce, una anciana asiática vendía miserables cachorros vivos, firmemente sujetos a palos.

—Carne para el cocido —le comentó uno de los científicos a Ali—. Los venden a montones, en piezas de medio kilo: los hay de vaca, pollo, cerdo, perro.

—Gracias —dijo Ali.

Evidentemente, aquello intrigaba a su compañero.

—Ayer salí a explorar un poco. Meten en la cazuela cualquier cosa que se mueva, grillos, gusanos, babosas. Comen incluso dragones, los *xiao long*, sus serpientes.

Ali miró por la ventanilla. Una alargada salchicha de plástico se extendía junto a la calzada, con unos siete metros de altura y la extensión de un campo de fútbol. El plástico mostraba la palabra «Hankul» en la parte delantera. Ali no leía coreano, pero era capaz de reconocer un invernadero allí donde lo viera. Había más, uno junto a otro, como gigantescas y rollizas crisálidas. A través de sus paredes opacas vio obreros agrícolas cuidando de las cosechas, subiendo pequeñas escaleras apoyadas en los huertos. Papagayos y araraunas se remontaban sobre el convoy de autobuses. Un mono cruzó corriendo. Las especies invasoras proliferaban aquí abajo.

Desde la lejana distancia llegó el suave retumbar de una detonación. Había percibido vibraciones similares durante toda la noche, a través de los muelles de su cama. El incesante trabajo de construcción era evidente en todas partes. No se necesitaba mucho para detectar los límites artificiales de aquel lugar. Los nítidos

ángulos rectos terminaban en la roca en bruto. Las fisuras debidas a la presión se extendían como telarañas sobre el asfalto. Una mancha de musgo crecía pesadamente en el techo, dejando al descubierto un batiburrillo de cables eléctricos y láseres.

Llegaron a una carretera de circunvalación recientemente abierta que rodeaba la ciudad y dejaron atrás el denso tráfico de ciclistas y obreros. Adquirieron velocidad y pudieron contemplar una vista de la enorme y hueca cúpula salada que contenía la colonia. Tenía forma acampanada. Toda la bóveda, de unos cinco kilómetros de diámetro y probablemente de algo más de trescientos metros de altura, aparecía brillantemente iluminada. Arriba, en el Mundo, se estaría poniendo el sol. Aquí abajo nunca se hacía de noche. La luz solar artificial de Nazca permanecía encendida las veinticuatro horas del día. Prometeo encerrado en una jarra de caféina.

A excepción de una breve siesta, la noche anterior le había sido imposible dormir. La animación colectiva del grupo rayaba en lo infantil y ella se dejó atrapar por su espíritu de aventura. Esta mañana, agotados por su imaginación, todos estaban preparados para el verdadero trabajo.

Los preparativos de último momento de los viajeros le parecieron conmovedores a Ali. Observó a un hombre áspero y preparado, al otro lado del pasillo, inclinado sobre sus uñas, cortándoselas como si su ser mortal dependiera de ello. La noche anterior, varias de las mujeres más jóvenes que se conocieron por primera vez, dedicaron las primeras horas de la mañana a arreglarse el pelo unas a otras. Con un poco de envidia, Ali escuchó a la gente que efectuaba llamadas a sus esposas, amantes o padres para asegurarles que el subplaneta era un lugar seguro. Ali rezó en silencio una oración por todos ellos.

Los autobuses se detuvieron cerca de un andén de tren y los pasajeros desembarcaron. De no haber sido completamente nuevo, el tren habría parecido anticuado. Había una plataforma de tablones, rodeada de barandillas de hierro pintadas de negro y plástico. Más adelante, sobre la vía, el tren estaba compuesto en su mayor parte por vagones de carga y de transporte de mineral. Unos soldados fuertemente armados se apostaban en los rellanos mientras los obreros cargaban suministros en vagones planos, en la cola del tren.

Los tres vagones delanteros eran elegantes coches-cama, con paneles de aluminio en el exterior e imitación de madera de cerezo y roble en los pasillos. Ali volvió a sentirse sorprendida ante la gran cantidad de dinero que se estaba invirtiendo en el desarrollo de la zona. Hacía apenas cinco o seis años todo esto había sido presumiblemente terreno de los abisales. La presencia de coches-cama sobre relucientes vías nuevas indicaban la gran confianza que existía en los consejos de administración acerca de la ocupación humana.

—¿Adonde nos llevan ahora? —preguntó alguien sin dirigirse a nadie en particular.

No era el único en hacerse la misma pregunta. La gente empezaba a quejarse, diciendo que Helios envolvía en un innecesario misterio cada nueva etapa de su viaje. Nadie sabía dónde se hallaba su estación científica.

—Al punto Z-3 —contestó Montgomery Shoaat.

—Nunca he oído hablar de eso —dijo una mujer a la que Ali había catalogado como planetóloga.

—Es una propiedad de Helios —explicó Shoat—. Está situada en el confín de las cosas. Un geólogo empezó a desplegar un mapa topográfico para localizar el punto Z-3.

—No lo encontrará en los mapas —añadió Shoat con una amable sonrisa—. Pero ya verá que en realidad no importa.

Su actitud despreocupada arrancó murmullos que él pasó por alto.

La noche anterior, durante un banquete ofrecido por Helios a los científicos recién llegados, Shoat se les había presentado como el jefe de su expedición. Era un personaje de magnífica forma física, con recias venas en los brazos y una gran energía en el trato, aunque curiosamente distanciado. Era algo más que un desafortunado rostro salpicado de ambición y echado a perder por unos dientes desiguales. A Ali le pareció más bien que mantenía una actitud de cierta desconsideración. Soltaba un ligero repertorio de encantos, pero no le importaba lo más mínimo que los demás se sintieran encantados o no. Según los rumores que escuchó más tarde, era hijastro de C. C. Cooper, el magnate de Helios. Había otro hijo de sangre, heredero legítimo de toda la fortuna de Cooper, lo que parecía dejar a Shoat a cargo de las tareas más arriesgadas, como acompañar a los científicos a lugares situados en los límites más remotos del imperio Helios. Parecía casi shakesperiano.

—Éste será nuestro medio de transporte durante los tres próximos días —les anunció—. Son vagones completamente nuevos y éste es el viaje inaugural. Pueden elegir cualquier compartimiento y ocuparlo individualmente si así lo desean. Hay mucho espacio. —Demostraba la magnanimidad de un hombre acostumbrado a compartir con los amigos una casa que no era realmente suya—. Pueden tumbarse, tomar una ducha, dormir un rato, relajarse. La cena depende de ustedes. Detrás hay un vagón restaurante. O pueden pedir que les traigan algo al compartimiento y ver una película. No hemos escatimado en gastos. Es la forma que tiene Helios de desearles, a ustedes y a mí, un buen viaje.

Nadie más volvió a plantear el tema de su destino. A las cinco y media, un agradable carillón anunció la salida. Como si se encontrara sobre una balsa arrastrada por una suave corriente, la expedición Helios se puso en marcha sin producir el menor ruido, para dirigirse hacia las profundidades. La vía parecía nivelada pero no lo estaba, y descendía suavemente, casi sin que nadie se diera cuenta. Resultó que la única energía utilizada era la fuerza de la gravedad. Llevaban el motor en la cola del tren, pero únicamente lo utilizarían para hacer regresar los vagones a esta estación. Uno tras otro, atraídos por la propia tierra, los vagones fueron dejando atrás las deslumbrantes luces de la ciudad de Nazca.

Se aproximaron a una puerta marcada como Ruta 6. Otro nostálgico 6 había sido añadido con marcador brillante. Con una tinta diferente, alguien más había añadido un tercer 6. En el último minuto, un joven biólogo se bajó del tren y tomó una última fotografía rápida y luego echó a correr para alcanzarlo de nuevo,

vitoreado por los demás. Eso hizo que todos se sintieran a gusto. El tren se deslizó a través de una breve pared de aire comprimido, una compuerta climática, y se encontraron dentro.

La temperatura y la humedad descendieron inmediatamente. Desapareció el ambiente tropical de la ciudad de Nazca. En el interior del túnel hacía un par de grados menos y el aire era seco, como el del desierto. Ali se dio cuenta finalmente de que entraban en el verdadero infierno. Aquí no había fuego ni azufre. Se sentía más como en el chaparral de las tierras altas, como en Taos.

Las vías relucían como si alguien les hubiera pasado una bayeta para sacarles brillo. El tren empezó a adquirir velocidad y todos se fueron instalando en sus compartimientos. En su litera, Ali encontró una cesta de mimbre con naranjas frescas, chocolate Tobler y pastas Pepperidge Farm. La pequeña nevera estaba bien surtida. En la cama había una sola rosa roja sobre la almohada. Al sentarse en ella encontró un monitor de vídeo sobre la cabeza, para ver cualquiera de los cientos de películas de la filmoteca. Por lo visto, las de terror eran un vicio. Rezó sus oraciones y luego se quedó dormida mientras veía *Ellos*, arrullada por el siseo producido por el roce sobre las vías.

Por la mañana, Ali se introdujo en la estrecha ducha y dejó que el agua caliente le corriera por el pelo. Casi no podía creer en todas las comodidades de las que se podía disfrutar. El tiempo que tardó en acudir el servicio de compartimientos fue el correcto, y se sentó junto a la diminuta ventanilla con su tortilla, el pan tostado y el café. La ventanilla era redonda y pequeña, como el ojo de buey de un barco. Fuera sólo se veía negrura, y pensó que eso explicaba la vista comprimida. Entonces observó un cartel en letras pequeñas que indicaba que aquello era Cristal Ellis Antibalas, y se dio cuenta de que, muy probablemente, todo el tren estaría reforzado contra un posible ataque.

A las nueve en punto se reanudó el entrenamiento en el vagón comedor. La primera mañana en el tren se dedicó a cursos de repaso sobre aspectos tales como medicina de emergencia, técnicas de escalada, manejo básico de armas y otra información de tipo general que se suponía debían haber aprendido a lo largo de los últimos meses. La mayoría de ellos habían hecho los deberes y la sesión sirvió más bien para romper el hielo.

Aquella misma tarde Shoat aumentó el nivel de sus enseñanzas. En uno de los extremos del vagón comedor se instalaron proyectores de diapositivas y una gran pantalla de vídeo. Anunció una serie de conferencias a cargo de miembros de la expedición que versarían sobre sus diversas especialidades y teorías. Ali empezaba a disfrutar. Espectáculo y buena comida, con camarones helados y nachos.

Los dos primeros en hablar fueron un biólogo y un microbotánico. Abordaron la diferencia que existe entre los troglobitos, los troglóxenos y los troglófilos. La primera categoría vivía realmente en el ambiente troglo, o «agujero». El infierno era su nicho biológico. La segunda, la de los «xenos», estaba compuesta por los seres que se adaptaban a ese ambiente, como las salamandras sin ojos. La tercera, la de los troglótilos, como los murciélagos y otros animales nocturnos, se limitaba a visitar el

mundo subterráneo de una forma regular, o lo explotaban para encontrar comida o abrigo.

Los dos científicos empezaron a discutir sobre los méritos de la preadaptación, sobre lo que llamaron la «predestinación a la oscuridad». Shoat se adelantó hacia ellos y les dio las gracias. Su actitud fue seca y resuelta, pero informal. Estaban allí a expensas de Helios. Aquel era su espectáculo.

Durante el resto de la tarde se presentó a diversos especialistas, cada uno de los cuales hizo sus observaciones y comentarios. Ali quedó impresionada por la juventud de los miembros del grupo. La mayoría de ellos habían hecho sus doctorados. Pocos sobrepasaban los cuarenta años de edad y algunos apenas tenían veinticinco. A medida que transcurrían las horas, la gente entraba y salía del vagón comedor; aunque Ali no quiso perderse nada, procuró relacionar los nombres con los rostros y absorbió todas aquellas ciencias que nunca había estudiado.

Después de una cena a base de hamburguesas y cerveza fría, se les prometió la última película salida de los estudios de Hollywood. Pero la máquina no quiso funcionar y fue cuando Shoat dio un traspies. Hasta el momento, su día de orientación había presentado a científicos acostumbrados a hablar en público, o que al menos dominaban los temas de los que hablaban. Al tratar de animar la velada con un cambio de entretenimiento, Shoat intentó algo diferente.

—Puesto que tenemos que conocernos —anunció—, quisiera presentarles a un individuo del que todos dependeremos. Somos extremadamente afortunados por haber conseguido sus servicios, ya que pertenecía al ejército de Estados Unidos, donde era un famoso explorador, capaz de seguir toda clase de pistas. Tiene fama de ser un *ranger* entre los *rangers*, un verdadero veterano de las profundidades. Dwight —llamó—. Dwight Crockett. Le veo allí, al fondo. Vamos, no sea tímido.

Por lo visto, el guía de Shoat no estaba preparado para atraer tanta atención. Se resistió y, al cabo de un rato, Ali se volvió para mirarlo. Sólo entonces se dio cuenta de que el reacio Dwight era el mismo extranjero al que había insultado en el ascensor de las Galápagos. ¿Qué estaría haciendo allí?, se preguntó.

Con todas las miradas fijas en él, Dwight se apartó finalmente de la pared y se enderezó. Vestía un Levis nuevo y una camisa blanca cerrada hasta la garganta y abotonada en las muñecas. Sus oscuras gafas de escalador relucían como los ojos de un insecto. Con aquel corte de pelo a lo Frankenstein, parecía completamente fuera de lugar, como aquellos peones de los ranchos que Ali había visto a veces en las montañas, molestos por la compañía humana, a los que era mejor dejar a solas en sus remotas y sencillas cabañas. El tatuaje y las cicatrices de su rostro y su cráneo animaban a mantenerse a una saludable distancia de él.

—¿Se esperaba que dijera algo? —preguntó desde el fondo del vagón.

—Vamos, venga aquí, donde todo el mundo pueda verlo —insistió Shoat.

—Esto es increíble —susurró alguien junto a Ali—. He oído hablar de este tipo. Es un fuera de la ley.

Dwight demostró su enojo del modo más frugal posible, con la más ligera inclinación de cabeza a modo de saludo. Cuando finalmente se adelantó, la gente se apartó a su paso.

—Dwight es el único del que todos querrán saber algo —dijo Shoat—. No se graduó en la escuela, ni tiene ningún título académico. Pero es una autoridad en el tema. Pasó ocho años cautivo de los abisales y, durante los tres últimos años, se ha dedicado a cazarlos para los *rangers* y las fuerzas especiales. He leído los expedientes de cada uno de ustedes y son pocos los miembros de nuestro grupo que han visitado alguna vez el mundo subterráneo. Ninguno de nosotros ha ido más allá de las zonas electrificadas. Pero Ike puede decirnos cómo son las cosas ahí fuera.

Tras decir esto, se sentó, dejando a Ike a merced de la situación.

Se quedó allí de pie, escuchando los ligeros aplausos; la incomodidad que mostraba parecía simpática y hasta un poco triste. Ali captó algunos de los comentarios apenas murmurados sobre sus cicatrices y hazañas. Desertor, oyó decir a alguien. Demente, caníbal, antiguo esclavo, animal. Todo se expresó con rapidez y bordeando siempre lo superlativo. «¡Qué extraño! Cómo crece la leyenda», pensó ella. Hacían que pareciese como un sociópata y, sin embargo, se sentían atraídos hacia él, animados por el romanticismo de sus imaginadas hazañas.

Dwight los dejó con su curiosidad. Las vías produjeron silbidos en el creciente silencio que se hizo y la gente empezó a sentirse incómoda. Ali había observado cientos de veces cómo los estadounidenses y los europeos se irritaban ante el silencio. En contraste con ello, Dwight era totalmente primigenio con su sentido de la paciencia. Finalmente, su reticencia a hablar demostró ser imposible de soportar.

—¿No tiene nada que decir? —preguntó Shoat.

—Mire —contestó Dwight encogiéndose de hombros—, hacía mucho tiempo que no pasaba un día tan interesante. Ustedes saben muy bien de lo que hablan.

Ali no estaba preparada para eso. Ninguno de ellos lo estaba. Aquel extraño bruto había permanecido durante toda la tarde sentado al fondo del vagón, procurando no llamar la atención mientras se educaba en silencio. ¡Ellos lo educaban! Era encantador. Shoat parecía molesto. Quizá aquello se convirtiera en un espectáculo en el que sólo se mostrara a un monstruo.

—¿Qué le parecen unas pocas preguntas? ¿Hay alguna pregunta?

—Señor Crockett —dijo una mujer del MIT—, ¿es capitán o algún otro empleo?

—No —contestó él—. Me expulsaron, así que no tengo ningún rango. Y tampoco tiene que molestarse con eso de «señor».

—Muy bien, Dwight, entonces —siguió diciendo la mujer—. Quería preguntar...

—No, no Dwight —interrumpió él—. Es Ike.

—¿Ike?

—Continúe.

—Los abisales han desaparecido —dijo ella—. La civilización cotidiana hace retroceder un poco más la noche. La pregunta que quiero hacerle es si resulta realmente peligroso estar aquí abajo.

—Las cosas tienen una dinámica propia —dijo Ike.

—¿Quiere eso decir que no vamos a sufrir ningún daño? —insistió la mujer.

—¿Es eso lo que les ha dicho este hombre? —preguntó Ike mirando a Shoat.

Ali se sintió incómoda. Él sabía algo que ellos desconocían. Pensándolo bien, eso no era decir gran cosa. Shoat pasó al siguiente.

—¿Alguna otra pregunta?

Ali se levantó.

—Fue usted prisionero suyo. ¿Puede compartir con nosotros un poco de su experiencia? ¿Qué le hicieron? ¿Cómo son los abisales?

El silencio cayó sobre el vagón comedor como una roca. Aquella era una historia de campamento que podían escuchar durante toda la noche. Qué gran recurso podría ser Ike para ella, con sus puntos de vista sobre los hábitos y la cultura de los abisales. Hasta cabía la posibilidad de que hubiese aprendido su idioma. Ike le dirigió una sonrisa.

—No tengo mucho que decir sobre aquellos tiempos.

Se produjo un murmullo general de decepción.

—¿Cree usted que siguen estando ahí, en alguna parte? ¿Existe alguna posibilidad de que veamos a uno? —preguntó alguien más.

—¿Adonde nos dirigimos? —preguntó Ike.

A menos que Ali se equivocara mucho, estaba provocando intencionadamente a Shoat, especulando sobre una información que se suponía no debían tener. La irritación de Shoat aumentó.

—Sí, ¿adonde nos dirigimos? —preguntó un hombre.

—Sin comentarios —contestó Shoat por Ike.

—¿Ha estado usted alguna vez en el territorio particular al que vamos?

—Nunca —contestó Ike—. Escuché rumores, claro. Pero nunca creí que pudieran ser ciertos.

—¿Rumores? ¿Sobre qué?

Shoat comprobó su reloj. El tren experimentó una suave sacudida. Se detuvieron lentamente. La gente acudió a las ventanillas para mirar y todos se olvidaron momentáneamente de Ike. Shoat se levantó de su silla.

—Tomen sus bolsas y efectos personales. Cambiamos de tren.

Ali compartió un vagón plano y abierto con tres hombres y la carga, la mayor parte formada por componentes de equipo pesado. Se sentó contra una grúa John Deere que decía: «Planetarios, diferenciales». Uno de los hombres tenía demasiados gases en el estómago y no hacía más que disculparse entre muecas.

El viaje fue suave. La arteria era artificial, taladrada para tener un diámetro uniforme de siete metros. El lecho de la vía estaba formado por gravilla apisonada rociada con aceite negro. Por encima, unas bombillas arrojaban una luz herrumbrosa. Ali no podía dejar de pensar en un gulag siberiano. Las paredes estaban surcadas por hilos, tuberías y cables.

Había cavidades abiertas en los lados. No vieron a nadie, sólo arrastradoras, cargadoras, excavadoras y maquinaria para el tendido de tuberías, ruedas de caucho amontonadas y traviesas de cemento. La vía producía un sonido de rodadura bajo las ruedas. Ali echaba de menos el clic-clac de las juntas del ferrocarril. Recordaba un viaje en tren con sus padres durante el que se quedó dormida, arrullada por aquel ritmo, mientras el mundo pasaba ante la ventanilla.

Ali le dio una de sus manzanas frescas al hombre que todavía estaba despierto. Las habían cultivado en los huertos hidropónicos de la ciudad de Nazca.

—A mi hija le encantan las manzanas —le dijo el hombre, y le mostró una foto.
—Es una joven muy hermosa —dijo Ali.

—¿Tiene hijos? —le preguntó el hombre. Ali se extendió una chaqueta sobre las rodillas. —Oh, no creo que pudiera soportar abandonar a un hijo —respondió, quizá demasiado rápidamente. La expresión del hombre se contrajo y Ali se apresuró a añadir—: No quería decirlo de ese modo.

El tren era implacablemente suave. No aminoraba la marcha y no se detenía. Ali y sus vecinos improvisaron una letrina con cierta intimidad, amontonando algunas de las cajas. Tomaron una sopa comunal a la que cada uno contribuyó con algo de comida.

A medianoche, las paredes dejaron de tener un color canela para adquirir otro bronceado. Sus compañeros estaban dormidos cuando el tren entró en una capa de fósiles marinos. Había exoesqueletos, algas antiguas, un grupo de diminutos braquiópodos. Los taladros habían cortado aquel rico yacimiento con total impunidad.

—¿Has visto eso, Mapes? —gritó una voz desde el vagón delantero—. ¡Artrópodos!

—¡Trilobitomorfos! —gritó Mapes en extasiada respuesta desde atrás.

—¡Habría que comprobar esos surcos dorsales! ¡Que me aspen!

—¡Pues fíjate en lo que viene ahora, Mapes! ¡Ordovícico antiguo!

—¡Ordovícico, demonios! —aulló Mapes—. Eso es cámbrico, hombre. Del inicial. Fíjate en esa roca. ¡Mierda, hasta es posible que sea del precámbrico tardío!

Los fósiles se entrelazaban y entretejían como un tapiz de varios kilómetros de longitud. Luego, las paredes volvieron a quedar en negro.

A las tres de la madrugada llegaron a los restos de la primera emboscada que veían. Al principio no parecía más que un accidente de tráfico.

Las pistas se iniciaron con una alargada señal de arañazo en la pared de la izquierda, allí donde alguna clase de vehículo había golpeado la piedra. De repente, la señal saltaba a la pared de la derecha, donde se hundía en la roca, para rebotar de nuevo hacia la otra pared. Alguien había perdido el control.

Las pruebas se hicieron más violentas, más enigmáticas. Fragmentos rotos de piedra mezclados con cristales de faros y luego una sección desgarrada de pesada maquinaria de acero.

Las estrías y los huesos continuaban, a la derecha y luego a la izquierda.

Aquel alocado rebote terminó varios kilómetros más adelante. Lo único que quedaba del peligroso trayecto era un amasijo de metal. La destruida pala retroexcavadora estaba desgarrada y abierta.

Pasaron a su lado. La piedra aparecía chamuscada, pero también con surcos. Ali había visto zonas de guerra en África y reconoció la huella estrellada y astillada de una explosión.

Al otro lado de un recodo se encontraron con dos cruces blancas colocadas al estilo latino, en una gruta excavada en la pared. Fragmentos de pelo, andrajos y huesos animales aparecían claveteados a la piedra. Comprendió que los andrajos eran en realidad pellejos de cuero. Pieles. Pieles desolladas. Aquello era un monumento conmemorativo a los caídos.

Después de eso transcurrieron varios kilómetros en silencio. Aquí estaban por fin, ante sus ojos, todas las leyendas de su infancia sobre luchas desesperadas sostenidas ferozmente contra mutantes bíblicos, allí donde el destino había querido que se produjeran. Pero eso no era como un noticiero en la televisión que se pudiera apagar. Ni el infierno de un poeta en un libro que pudiera dejarse de nuevo en la estantería. Aquí estaba el mundo en el que vivían ahora.

Hacia las cinco, Ali se quedó dormida. Al despertar, la piedra seguía pasando. Las suaves paredes del túnel se hicieron menos regulares. Aparecieron fracturas. El techo estaba recorrido por fisuras debidas a la presión que formaban filigranas. Las grietas parecían al acecho, como lavabos oscurecidos. Ali vio un cartel de cartón en la distancia. «Watts Gold, Ltd.», anunciaba. Una flecha indicaba hacia un camino secundario que se bifurcaba y se perdía en la penumbra. Unos pocos kilómetros más adelante, la pared se abrió hacia otro agujero de bordes recortados. Ali miró hacia el interior y observó unas luces muy distantes, en la oscuridad. «Concesión Blockwick», decía un cartel. «Cuidado con el perro.»

A partir de aquí, caminos laterales y toscos túneles salían a cada kilómetro o dos de la línea principal, identificados a veces como un campamento o una concesión minera, anónima y de aspecto desagradable. Algunos aparecían iluminados en sus puntos más profundos con diminutos fuegos.

Otros estaban tan oscuros como pozos, abandonados. ¿Qué clase de gente era capaz de enterrarse en un lugar tan remoto como aquel? H. G. Wells lo había captado bien en su *Máquina del tiempo*. El inframundo no estaba poblado por demonios, sino por obreros.

Ali olió el asentamiento mucho antes de que llegaran. La contaminación olía en parte a petróleo, en parte a aguas fecales sin tratar y en parte a cordita y polvo. Le empezaron a lagrimear los ojos. El aire se hizo más espeso y luego pútrido. Eran las cinco de la madrugada.

Las paredes del túnel se ampliaron y luego se abrieron a un espacio cavernoso, envuelto en la contaminación, sobre el que se cernían brillantes farallones de color turquesa iluminados por varios focos, en un atisbo de civilización. Evidentemente, la carga de la oscuridad era demasiada como para verse superada por la diminuta ración de electricidad traída desde la ciudad de Nazca. A pesar de los alegres

farallones tipo Matisse, aquello no parecía ser un lugar agradable para pasar todo un año.

—¿Helios ha construido aquí un instituto científico? —preguntó uno de los compañeros de Ali—. ¿Por qué molestarse?

—Esperaba encontrarme con algo un poco más moderno —comentó otro—. Este lugar no parece muy cómodo.

El tren cruzó por una abertura hecha en una reluciente capa de alambre de espino. Aquello era como una ciudad construida de afilados cuchillos. Los rollos de alambre de espino se apilaban los unos sobre los otros, alcanzando en algunos lugares alturas de hasta siete metros. El afilado alambre ocupaba más espacio que el propio asentamiento, constituido simplemente por un conjunto de tiendas de campaña montadas sobre pequeñas plataformas cortadas y colocadas sobre la ladera descendente.

El tren se detuvo al borde de un farallón que caía por el otro lado hacia un abismo. Más allá de la barrera vieron un cuerpo disecado y suspendido en lo alto de la sección exterior de una maraña de alambre de espino. El rictus de la criatura era casi de gozo.

—Un abisal —comentó un científico—. Seguramente intentó atacar la colonia.

Todos se asomaron para mirar. Pero los andrajos que colgaban del cuerpo eran los de un soldado estadounidense, que probablemente había tratado de salir de allí abriéndose paso por encima del alambre de espino, como si algo lo persiguiera.

El ferrocarril terminaba en un complejo de búnkers erizado de cañones eléctricos. No cabía la menor duda acerca de su función. Si el asentamiento era atacado, la gente debía acudir allí. Aquel tren sería su última esperanza de salir.

Un escuálido colono con pantalones de lona tomó notas sobre un trozo de papel cuando pasaban. A excepción de los dientes de acero, podría haber sido un extra en una película sobre campesinos.

—¿Cómo le va? —le preguntó uno de los compañeros de Ali.

Por toda respuesta, el colono escupió.

El tren se deslizó dentro del bunker y se detuvo. Inmediatamente se vio asaltado por grupos de hombres con grandes manazas y los pies descalzos. Los obreros ofrecían un aspecto degradado, y algunos apenas eran reconocibles como humanos anatómicamente modernos. No se trataba únicamente de los enormes músculos a lo Hulk, de las pobladas cejas a lo Abe Lincoln, de los pómulos y los intercambios de sonidos guturales. También olían de modo diferente, despedían un olor almizcleño. Algunos de ellos mostraban excrecencias óseas que les crecían a través de la carne. Muchos llevaban cintas de arpillera atadas sobre sus cabezas para protegerlas de la débil iluminación de la estación de clasificación del ferrocarril. Mientras Ali y los demás saltaban al suelo desde los vagones planos, los obreros arrojaban cadenas y correas y descargaban manualmente cajas que pesaban muchas decenas de kilos. Ali se sintió fascinada por su enorme fortaleza y sus deformidades. Varios de aquellos gigantes observaron su mirada de atención y sonrieron.

Ali caminó a lo largo de los vagones, entre cajas, cajones y equipo para remover la tierra. Se unió a la multitud que estaba sobre un andén plano, espectacularmente asomado al borde del gran abismo. El andén estaba bordeado por un muro de piedra, como el que se encuentra en el Gran Cañón o en Yosemite. En lugar de telescopios de pago para mirar, a lo largo del muro había montadas ametralladoras y cañones eléctricos. Allá abajo pudo observar los tramos superiores de un sendero que serpenteaba de un lado a otro, descendiendo por la pared del abismo, hasta perderse en una negrura sin fondo.

Algunos de los locales se entremezclaban con los miembros de la expedición. No se habían lavado desde hacía meses, o quizá años. Los retales de sus ropas se veían más soldados que cosidos. Lo miraban todo con ojos de mineros del carbón, como brillantes agujeros blancos en las muecas de sus caras. Ali creyó ver allí leves rasgos de locura, como la que se observa a veces en los animales enjaulados de los zoológicos. Los mangos y culatas de sus machetes y armas de fuego estaban brillantes por el uso.

Un hombre de aspecto famélico, con las mejillas recientemente raspadas, que no afeitadas, pronunciaba un discurso de bienvenida en nombre de la ciudad. Ali imaginó que debía de ser el alcalde. Señaló orgullosamente hacia los farallones turquesa y luego se lanzó a exponer una breve historia de Esperanza, su primer habitáculo humano construido cuatro años antes, la «llegada» del ferrocarril un año más tarde, cómo las milicias locales habían rechazado el último ataque, hacía ya «más de dos años», y los recientes descubrimientos de yacimientos de oro, platino e iridio. A continuación hizo una descripción del futuro de la ciudad, los planes para construir rascacielos frente a los farallones, un reactor nuclear que permitiría iluminar la cámara permanentemente, una fuerza profesional de seguridad, otro túnel para una segunda línea de ferrocarril y, quizá algún día, su propio tubo elevador hacia la superficie.

—Discúlpeme —le interrumpió alguien—. Hemos realizado un largo viaje y estamos cansados. ¿No podría indicarnos dónde está la estación científica?

El alcalde contempló las notas que había tomado para su discurso, sin saber qué hacer. Algunos trozos de tejido se le pegaban a los cortes del afeitado.

—¿Estación científica? —preguntó.

—El instituto de investigación —gritó alguien.

Shoat avanzó y se colocó delante del alcalde.

—Pueden entrar —les dijo a los científicos—. Hemos dispuesto comida caliente y agua limpia. Dentro de una hora se les explicará todo.

—No hay estación científica —les dijo finalmente Shoat.

Un grito se elevó entre los reunidos. Shoat los tranquilizó con movimientos de las manos.

—No hay estación —repitió—. No hay instituto, ni cuartel general, ni laboratorios. Ni siquiera hay un campamento base. Todo ha sido una ficción.

Los presentes, en lo más profundo del bunker, explotaron con más maldiciones y gritos. Aunque anonadada por la decepción, Ali tuvo que concederle algún crédito a Shoat. La furia del grupo rayaba en lo homicida, a pesar de lo cual él se mantuvo firme ante ellos.

—¿Qué está haciendo? —preguntó una mujer.

—Lo que hago, en nombre de Helios, es proteger el mayor secreto comercial de todos los tiempos —respondió Shoat—. Es una cuestión de propiedad intelectual, una cuestión de posesión geográfica.

—¿A qué viene tanto entusiasmo?

—Helios ha gastado enormes sumas de dinero para desarrollar la información que están ustedes a punto de ver. No tienen ni idea de cuántas otras organizaciones, empresas, gobiernos extranjeros o ejércitos matarían por saber lo que les será revelado. Éste es el último gran secreto de la Tierra.

—¡Tonterías! —gritó alguien—. Sólo díganos para qué nos ha secuestrado. Shoat no se inmutó.

—Les presento al jefe del departamento de cartografía de Helios —dijo, y abrió una puerta oculta en una pared.

El cartógrafo era un hombre diminuto de piernas abiertas y combadas. Tenía una cabeza demasiado grande para su cuerpo. Sonrió automáticamente. Ali no le había visto en el tren y supuso que debía de haber llegado antes. El hombre apagó las luces.

—Olvídense de la Luna —les dijo—. Olvídense de Marte. Están ustedes a punto de caminar sobre el planeta que hay dentro de nuestro planeta.

Se encendió una pantalla de vídeo. La primera imagen fue una foto fija de un amarillento mapa de Mercator.

—Este era el mundo en 1587 —dijo. La silueta del cartógrafo se reflejó sobre la gran pantalla—. Al faltarle datos, el joven Mercator se basó en las narraciones de Marco Polo, basadas a su vez en otras narraciones y en el folclore. Esto, por ejemplo —señaló una deformada Australia—, fue un completo invento, una hipótesis medieval. La lógica sugería que los continentes del norte tenían que verse equilibrados por continentes en el sur, de modo que se inventó un lugar mítico, llamado *Terra Australis Incógnita*, que Mercator incorporó a su mapa. Y lo más maravilloso de todo fue que, utilizando este mapa, los marinos descubrieron Australia. El cartógrafo señaló hacia lo alto con su lápiz.

—Ahí arriba hay otro lugar inventado por la imaginación de Mercator. Lo llamó *Polus Arcticus*. Una vez más, los exploradores descubrieron el Ártico basándose en una ficción. Ciento cincuenta años más tarde el cartógrafo francés Phillipe Buache trazó un gigantesco e igualmente imaginario Polo Antártico para contrarrestar el imaginario Ártico de Mercator. Y una vez más los exploradores lo descubrieron utilizando un mapa hecho a partir del mito. Lo mismo sucede con el infierno y con lo que están ustedes a punto de ver. Podrían decir que mi departamento de cartografía se ha inventado una realidad para que ustedes la exploren.

Ali miró a su alrededor. La única figura que se encontraba entre los presentes que le impresionaba era Ike. La fascinación que sentía por él empezaba a convertirse en un enigma para ella misma. En aquellos momentos ofrecía un aspecto singularmente extraño, al llevar gafas de sol en una sala ya oscurecida.

El viejo mapa se convirtió en un gran globo terráqueo que giraba lentamente detrás del cartógrafo. Era una vista tomada por satélite, en tiempo real. Las nubes se arracimaban contra las cadenas montañosas o se extendían sobre los océanos azules. En el lado nocturno titilaban las luces de las ciudades, como incendios en los bosques.

—Llamamos a esto Nivel Uno —siguió diciendo el cartógrafo. El globo terráqueo se detuvo, mostrándoles la vasta extensión del Pacífico—. Hasta la segunda guerra mundial estábamos convencidos de que el lecho del océano era una enorme superficie plana, cubierta con un espesor uniforme de sedimentos marinos. Entonces se inventó el radar, que nos tenía reservada una buena sorpresa.

La imagen de vídeo cambió.

—El resultado fue que el fondo del océano no era tan plano.

Varios trillones de litros de agua se desvanecieron en un instante y se quedaron contemplando el lecho del mar desprovisto de agua, con sus trincheras y fallas, con sus montañas marinas, como tantas otras arrugas y verrugas.

—A un alto coste, Helios ha pelado la cebolla hasta niveles todavía más profundos. Hemos consolidado un mosaico aéreo-sísmico de imágenes superpuestas de la Tierra. Hemos recopilado toda la información disponible, desde estaciones sísmicas y trineos sónicos arrastrados por los barcos, hasta sismógrafos de los perforadores de petróleo y tomografías de la Tierra tomadas a lo largo de un período de más de 95 años. Luego, las hemos combinado con los datos obtenidos por satélite sobre la medición de las alturas de la superficie oceánica, coeficientes inversos de albedo, campos de gravedad, datos geomagnéticos y gases atmosféricos. Todos esos métodos se habían empleado con anterioridad, pero nunca todos en combinación. El resultado es una serie de vistas deslaminadas de la región del Pacífico, capa por capa.

—Ahora parece que vamos llegando a alguna parte —gruñó uno de los científicos.

La propia Ali lo percibió. Aquello era algo grande.

—Seguramente habrán visto con anterioridad topografías del lecho marino —siguió diciendo el cartógrafo—. Pero la escala debió de ser, en el mejor de los casos, de 1:29 millones. Lo que ha producido nuestro departamento para el Nivel Dos es casi el equivalente a caminar sobre el fondo del océano. Una escala de 1:16.

Apretó un botón en el ratón que sostenía en la palma de la mano y la imagen se aumentó. Ali tuvo la sensación de encogerse, como Alicia en el País de las Maravillas. Un punto coloreado en medio del Pacífico se agrandó y se convirtió en un imponente volcán.

—Éste es el pico submarino Isakov, al este de Japón. Profundidad 1.698 *fathoms*. Un *fathom*, como sabrán muchos de ustedes, equivale a seis pies, lo que da, en metros, una profundidad total de 3.343 metros. Solemos utilizar *los fathoms* para las lecturas

de profundidad y los pies o metros para las de elevación. Aquí utilizarán ambas: los *fathoms* para su posición relativa con respecto al nivel del mar, y los pies o metros para medir las alturas de los techos de las grutas y otras características subterráneas. Sólo tienen que recordar convertir los *fathoms* cuando se encuentren allí abajo.

«¿Allí abajo? —pensó Ali—. ¿Acaso no estamos ya allí?»

El cartógrafo movió el ratón. Ali tuvo la sensación de que se lanzaba a volar entre las paredes de un cañón. Luego, la imagen los lanzó hacia una llanura de sedimentos aplanados que cruzaron a gran velocidad.

—Por delante está la fosa Challenger, que forma parte de la sima de las Marianas.

De repente, cayeron en picado desde la llanura hacia el abismo vertical.

—Aquí hay 5.971 *fathoms* —dijo—, equivalentes a 35.827 pies, es decir, 11.754 metros. Éste es el punto conocido de la Tierra más profundo. Hasta ahora.

La imagen volvió a cambiar. Un sencillo dibujo mostraba una sección transversal de la corteza terrestre.

—Por debajo de los continentes, las cavidades abisales no son excepcionalmente profundas. Explotan en su mayor parte la piedra caliza superficial ya erosionada por el agua, creando formaciones tan tradicionales como colinas y grutas. La atención pública se ha fijado últimamente en ellas porque son las que están más cerca de casa, por debajo de las ciudades y barrios residenciales. Uno de los últimos cálculos, tomados de una estimación combinada militar, afirma que los túneles continentales se extienden a lo largo de 741.000 kilómetros lineales, con una profundidad media de sólo 590 metros.

»El lugar al que van ustedes es considerablemente más profundo. Por debajo de la corteza terrestre nos encontramos con una roca completamente diferente a la piedra caliza, mucho más reciente en términos geológicos que la roca continental. Hasta hace unos pocos años se presumía que el interior de la roca oceánica no era poroso y que estaba demasiado caliente y a demasiada presión como para permitir la vida. Ahora sabemos que no es así.

»El abismo situado por debajo del Pacífico es de basalto, que se ve atacado cada pocos cientos de miles de años por enormes intrusiones de magma de sulfuro de hidrógeno o ácido sulfúrico, que se abren paso serpenteando desde las capas más profundas. Esa especie de salmuera acida se abre paso a través del basalto como si se tratara de gusanos que atacan una *manzana*.. Ahora creemos que en la roca, por debajo del Pacífico, puede haber hasta algo menos de diez millones de kilómetros de cavidades producidas de forma natural, a una altura media de 5.100 *fathoms*, poco más de 10.000 metros por debajo del nivel del mar.

—¿Diez millones de kilómetros? —repitió alguien.

—Correcto —asintió el cartógrafo—. Naturalmente, los seres humanos no podemos pasar por la mayor parte de esas cavidades, pero tenemos más que suficiente con los lugares por donde sí podemos pasar. De hecho, parece ser que esos pasajes se han utilizado durante miles de años.

Abisales, pensó Ali, y casi pudo escuchar el silencio que se hizo a su alrededor.

La pantalla se llenó de gris, atravesado por líneas y agujeros tortuosos. El efecto general era el de gusanos abriéndose paso a través de un bloque de barro, surgiendo para volverse a introducir en la zona siguiente.

—El lecho del Pacífico abarca aproximadamente una extensión de 154 millones de kilómetros cuadrados. Como pueden ver, está recorrido por estas cavidades, que tienen centenares y miles de kilómetros. Desde el Nivel 15, aproximadamente a 6,4 kilómetros de profundidad, la densidad de la roca y el estado limitado de nuestra tecnología hacen que nuestra escala descienda a 1:120.000, a pesar de lo cual nos las hemos arreglado para contar unas dieciocho mil ramificaciones subterráneas importantes.»Parecen acabar en callejones sin salida o trazar círculos sobre sí mismas, sin llevar a ninguna parte. Todas, excepto una. Creemos que ese túnel concreto fue excavado por una intrusión ácida en época relativamente reciente, hace menos de cien mil años, lo que sólo representa un momento en el tiempo geológico. Parece haberse abierto paso desde debajo del sistema de fosas de las Marianas, para luego avanzar como un sacacorchos hacia el este, en dirección a un basalto cada vez más y más reciente. Este túnel va desde el Punto A, donde estamos esta mañana, hasta el Punto B. —Caminó de este a oeste a lo largo de la pantalla, trazando una línea con el lápiz a través de todo el territorio del Pacífico—. El Punto B se halla situado a 0,07 grados norte por 145,23 grados este, justo dentro del sistema de la fosa de las Marianas. Allí se hunde más y más profundamente, por debajo de la fosa.

»No sabemos con seguridad adonde conduce. Probablemente enlaza con el sistema de las Carolinas, al oeste de las Filipinas. De los sistemas de placas asiáticas surge una profusión de túneles que permiten el acceso a los sótanos de Australia, al archipiélago indonesio, a China, etcétera. Adonde quieran. Por todas partes hay puertas de acceso a la superficie. Creemos que todas ellas se conectan con la red subpacífica aquí, en el Punto B, pero aún estamos llevando a cabo un escaneo sistemático. Se trata de un eslabón cartográfico perdido por el momento, como lo fueron en su época las fuentes del Nilo. Pero no lo será por mucho tiempo. En menos de un año van a decirme ustedes a dónde conduce.

Ali y los demás tardaron un buen rato en comprenderlo.

—¿Nos va a enviar ahí? —preguntó alguien, asombrado.

Ali se sentía atónita. No podía ni empezar a comprender la enormidad de la empresa. Nada de lo que January o Thomas le dijeron la había preparado para esto. Escuchó cómo la gente respiraba dificultosamente a su alrededor. ¿Qué podía significar un viaje tan audaz?, se preguntó. ¿Por qué enviarles a lo largo de todo aquel trayecto hasta

Asia? Se trataba sin duda de una especie de estratagema, de una jugada geopolítica de ajedrez. Le recordó menos la travesía de exploración del río Missouri realizada por Lewis y Clark que las grandes expediciones de descubrimiento organizadas por España, Portugal e Inglaterra.

Se quedó atónita. Su viaje tenía la intención de ser una declaración, un «pronunciamiento». Fuera adonde fuese la expedición, Helios afirmaría sus dominios. Y el cartógrafo acababa de comunicarles adonde iban por debajo del

ecuador: desde América del Sur hasta la China. Ali comprendió inmediatamente el gran plan. Helios, es decir, Cooper, el presidente fracasado, intentaba reclamar para sí todo el subsuelo de la cuenca oceánica. Iba a crear una nación para sí mismo. Pero ¿una nación del tamaño del océano Pacífico? Tenía que hacerle llegar aquella información a January.

Ali permaneció sentada en la oscuridad, mirando la pantalla con la boca abierta. ¡Sería más grande que todas las naciones juntas de la Tierra! Helios sería la propietaria de casi la mitad del planeta. ¿Qué podría hacerse con un espacio tan inmenso? ¿Cómo se podría manifestar tal poder? Estaba auténticamente impresionada ante la grandeza de la empresa. Una visión tan imperial era algo virtualmente psicótico. Y ella y estos científicos habían de ser los agentes que lo consiguieran.

Sus vecinos se hallaban sumidos cada uno en sus propios pensamientos. Probablemente, la mayoría sopesaban los riesgos, ajustaban sus objetivos de investigación, se adaptaban a la amplitud del desafío, calculaban las posibilidades.

—¡Shoat! —gritó entonces un hombre. Atento, el rostro de Shoat apareció bajo una luz del podium—. Nadie nos comunicó nada de esto —dijo el hombre.

—Firmó usted un contrato por un año —le indicó Shoat. —¿Espera que atravesemos el océano Pacífico? ¿A una profundidad de dos a cuatro kilómetros por debajo del lecho oceánico? ¿A través de un territorio inexplorado? ¿De un territorio abisal?

—Yo les acompañaré a lo largo de todo el camino —dijo Shoat.

—Pero nadie ha ido nunca más allá de la placa de Nazca, hacia el oeste.

—Eso es cierto. Nosotros seremos los primeros.

—Lo que está diciendo es que tendremos que avanzar durante todo un año.

—Ésa fue precisamente la razón por la que pusimos en marcha un programa de trabajo y ejercicios durante los últimos seis meses. Todas esas paredes de escalada, escalas maestras y obstáculos que superar no se prepararon para mejorar su agradable aspecto.

Ali casi pudo percibir al grupo, realizando cálculos.

—No tiene ni idea de lo que hay allí —dijo alguien.

—Eso no es del todo cierto —dijo Shoat—. Tenemos alguna idea. Hace dos años una misión militar de reconocimiento tanteó parte del camino. Básicamente, encontraron los restos de un pasaje prehistórico, una red de túneles y cámaras bien marcadas que han sido mejoradas y mantenidas durante un período de varios miles de años. Creemos que puede haberse tratado de una especie de Ruta de la Seda del abismo del Pacífico.

—¿Hasta dónde llegaron los soldados?

—Treinta y siete kilómetros —contestó Shoat—. Luego se dieron media vuelta y regresaron.

—Soldados armados.

—Ellos no estaban preparados —dijo Shoat inamovible—. Nosotros sí.

—¿Y qué pasa con los abisales?

—No hemos visto a ninguno desde hace dos años —dijo Shoat—. Pero, sólo para estar seguros, Helios ha contratado una fuerza de seguridad, que nos acompañará a lo largo de todo el camino.

Se levantó un caballero. Llevaba patillas a lo Arthur Clarke y gafas negras de concha y se había quitado la tarjeta de identificación. Ali conocía su rostro por las fotos de las contraportadas de sus numerosos libros. Era Spurrier, un famoso primatólogo.

—¿Qué me dice de las limitaciones humanas? Su proyectada ruta debe de tener ocho mil kilómetros de longitud. El cartógrafo se volvió hacia el mapa que relucía en la pantalla. Su dedo trazó un conjunto de líneas que cruzaban varias veces la curva ecuatorial.

—En realidad, teniendo en cuenta todos los recodos y giros, las pérdidas y ganancias de verticalidad, un cálculo más exacto daría unos trece mil kilómetros más o menos.

—¿Trece mil kilómetros? —repitió Spurrier—. ¿En un solo año? ¿A pie?

—Por el momento, nuestro viaje en tren nos ha permitido recorrer algo más de dos mil kilómetros sin necesidad de dar un paso.

—Lo que nos deja sólo once mil kilómetros por recorrer. ¿Se supone que debemos caminar ininterrumpidamente durante un año?

—La madre naturaleza nos echará una mano —dijo el cartógrafo.

—Hemos detectado movimientos significativos a lo largo de la ruta —intervino Shoat—. Creemos que hay un río.

—¿Un río?

—Que se mueve de este a oeste y que debe de tener unos mil seiscientos kilómetros de longitud.

—Un río teórico. Nadie lo ha visto.

—Nosotros seremos los primeros.

—En ese caso no tendremos sed —comentó Spurrier, sin resistirse.

—¿Es que no se dan cuenta? —preguntó Shoat—. Eso significa que podemos flotar. Se quedaron todos boquiabiertos.

—¿Y los suministros? ¿Cómo vamos a transportar lo suficiente para resistir un año?

—Empezaremos con porteadores. Después, cada cuatro o seis semanas, recibiremos nuestros suministros mediante agujeros de sondeo. Helios ya ha empezado a taladrar agujeros de suministros para nosotros, en puntos seleccionados previamente. Perforarán directamente a través del lecho oceánico para salir al encuentro de nuestra ruta y bajarnos alimentos y equipos. Y, a propósito, en esos puntos tendremos breves contactos con el Mundo. Podrán comunicarse con sus familias. Incluso podremos evacuar a los enfermos o heridos.

Todo parecía razonable.

—Es algo radical y osado —siguió diciendo Shoat—. Es un año de sus vidas que podrían pasar sentados en un agujero como este. En lugar de eso, dentro de un año habremos pasado a la historia. Estarán escribiendo artículos y publicando libros

sobre esto durante el resto de sus vidas. Eso cimentará su fama, les permitirá obtener cátedras universitarias, ganar premios y gloria. Sus hijos y nietos les rogarán que les cuenten la historia de lo que ahora se disponen a hacer.

—Es una decisión muy grave —dijo un hombre—, tengo que consultar con mi esposa.

Se escuchó un murmullo general de aprobación.

—Me temo que la línea de comunicaciones se ha cortado.

Era una mentira evidente, Ali estaba convencida. Pero eso formaba parte del precio. Shoat les trazaba una línea para que la cruzaran.

—Naturalmente, pueden enviar comunicación por correo. El siguiente tren de regreso a la ciudad de Nazca parte dentro de dos meses.

Helios jugaba fuerte, imponiendo un embargo total de información.

Shoat los examinó a todos con una frialdad de reptil.

—No espero que todos los presentes aquí esta noche estén con nosotros por la mañana. Tienen libertad para regresar a casa, naturalmente.

Al cabo de dos meses, en el tren. La expedición habría tenido unos inicios muy difíciles si se hubiese producido alguna filtración a los medios de comunicación. Miró su reloj.

—Se hace tarde —dijo Shoat—. La expedición se pone en marcha a las seis, de modo que sólo disponemos de unas pocas horas para dormir donde prefieran. Será suficiente, no obstante. Estoy firmemente convencido de que cada uno de nosotros ha venido a este mundo con decisiones ya tomadas.

Se encendieron las luces. Ali parpadeó. Por todas partes la gente se inclinaba hacia adelante sobre los respaldos de los asientos, se frotaba las manos, hacían cálculos. Los rostros aparecían encendidos por el entusiasmo. Pensando rápidamente, buscó la reacción de Ike, tratando de averiguar cómo juzgaba la propuesta. Pero él ya se había marchado, mientras las luces estaban aún apagadas.

10

SATÁN DIGITAL

*Aquel que luche con los monstruos y tenga poco cuidado,
se convertirá él mismo en monstruo.*

*Y si se mira tiempo suficiente hacia el abismo,
el abismo terminará por mirarle a uno.*

FRIEDRICH NIETZSCHE, Más allá del bien y del mal

*Centro de Ciencias de la Salud,
Universidad de Colorado, Denver*

—La encontramos en un asilo cerca de Bartlesville, Oklahoma —les explicó la doctora Yamamoto.

Thomas, Vera y Eoley, el industrial, la siguieron desde su despacho. Branch fue el último en salir, con los ojos protegidos por oscuras gafas de esquí y las mangas abotonadas en las muñecas para ocultar las cicatrices de las quemaduras.

—Era uno de esos asilos que causan pesadillas a los niños —siguió diciendo la doctora Yamamoto.

No debía de tener más de veintisiete años y llevaba desabrochada la bata de laboratorio. En la camiseta que llevaba debajo se leía «Bolder-Boulder, la maratón del pueblo». Exudaba vitalidad y felicidad, pensó Branch. El anillo de casada que lucía en el dedo sólo parecía tener unas pocas semanas.

Tomaron un ascensor para subir. Una tarjeta identificadita, complementada con Braille, indicaba los pisos por especialidad. Los primates ocupaban el sótano. En los pisos superiores estaban los departamentos de psiquiatría y neurofisiología. Salieron del ascensor en el último piso, donde no había indicación alguna, y echaron a andar por otro pasillo.

—Resulta que el administrador de aquel asilo de Bartlesville había sufrido condena por diversos fraudes y falsificaciones —informó la doctora Yamamoto—. Supongo que habrán vuelto a encerrarle. Eso espero. Un verdadero regalo. Sus mal llamados servicios se anunciaban como especializados en pacientes de Alzheimer. Subrepticamente, mantenía a los pacientes apenas con vida, lo suficiente para recibir los cheques de las mutuas de seguros. Les confinaba en la cama, en condiciones

espantosas. Tampoco había personal médico. Por lo visto, nuestra pequeña intrusa pudo ocultarse allí durante un mes, antes de que un conserje se diera cuenta.

La joven doctora se detuvo ante una puerta con una cerradura electrónica.

—Ya hemos llegado.

Introdujo el código con suavidad. Tenía los dedos largos. Un tacto seguro y blando.

—Toca usted el violín —aventuró Thomas.

Ella lo miró, encantada.

—La guitarra —confesó—. El bajo eléctrico. He organizado una banda, la «Girl Talk». Todos chicos, excepto yo.

Les abrió la puerta para que pasaran. Thomas percibió inmediatamente el cambio de luz y sonido. No había ventanas. No llegaba ningún rayo de sol y tampoco podía penetrar ningún sonido desde el exterior. Los muros eran gruesos. A derecha e izquierda, sendas puertas se abrían a habitaciones rodeadas de pantallas de ordenador. Una placa decía: «Proyecto Digital Adam, Biblioteca Nacional de Medicina». Branch no vio un solo libro.

La voz de la doctora Yamamoto se adaptó al nuevo silencio.

—Afortunadamente para nosotros, fue el conserje quien la descubrió —siguió explicando—. El administrador y su banda de ladrones nunca habrían llamado a la policía. En resumen, llegó la policía y quedó horrorizada ante lo que vio. Al principio estaban convencidos de que se trataba de animales. Uno de ellos solía poner trampas para cazar coyotes y felinos, y había tenido que abrir más de una trampa oxidada para soltar alguna pierna.

Llegaron a un conjunto de puertas dobles. Otra cerradura electrónica. Thomas observó que marcaba números diferentes. Entraron por fases: primero una adormilada sala de vigilancia, luego otra sala de aislamiento, donde Yamamoto les ayudó a ponerse batines verdes desechables, mascarillas quirúrgicas y un juego doble de guantes de goma; después una sala principal donde había varios biotecnólogos trabajando en tubos de ensayo y teclados de ordenador. Los condujo alrededor de baterías de equipo y reanudó su narración.

—Aquella noche, ella acudió a por más. Una de las trampas le atrapó la pierna. Los policías entraron en tromba. Su presencia allí fue una completa sorpresa. No estaban preparados para lo que vieron. A pesar de que medía apenas un metro veinte de altura y de que tenía la tibia y el peroné rotos por la mitad, casi derrotó a cinco hombres corpulentos. Estuvo a punto de escapar, pero finalmente pudieron con ella. Habríamos preferido un ejemplar vivo, claro está.

Llegaron ante una puerta donde una hoja escrita a mano anunciaba: «Atención con los pezones».

—¿Pezones? —preguntó Vera.

Yamamoto vio la hoja de papel y la arrancó.

—Es una broma —explicó—. Ahí dentro hace frío. La sala está refrigerada. La llamamos el pozo y los péndulos.

Branch se sintió gratificado al verla ruborizarse. Ella era una profesional y, aún más, deseaba parecerlo ante ellos. Los hizo pasar al otro lado de la puerta.

En el interior no hacía tanto frío como había esperado Branch. Un termómetro de pared indicaba dos grados bajo cero. Bastante soportable durante una o dos horas de trabajo. Aunque allí dentro no había nadie. Todo el trabajo se hacía automáticamente.

La maquinaria ronroneaba, produciendo un ritmo constante, como si alguien tratara de dormir a un niño. Una serie de luces parpadeaban a cada nuevo rumor.

—¿La mataron? —preguntó Vera.

—No, no fue así —contestó Yamamoto—. Estaba con vida cuando trajeron las redes y la cuerda. Pero la trampa estaba oxidada y se le declaró una septicemia generalizada y tétanos. Murió antes de que llegáramos nosotros. La traje aquí en un recipiente estanco lleno de hielo seco.

Había cuatro mesas de autopsia de acero inoxidable. Cada una contenía un bloque de gelatina azul. Cada bloque se hallaba situado junto a una máquina, y de cada máquina surgía un destello de luz cada pocos segundos.

—La hemos llamado Amanecer —dijo Yamamoto. Miraron en el interior de la gelatina azul y allí estaba su cadáver congelado, suspendido en gel y cortado transversalmente en cuatro secciones.

—Estábamos a medio camino de informatizar a nuestra Eva digital cuando el abisal salió a nuestro encuentro. —Yamamoto indicó una docena de cajones frigoríficos situados a lo largo de una pared—. Volvimos a guardar a Eva y nos pusimos a trabajar de inmediato con Amanecer. Como pueden ver, hemos seccionado su cuerpo en cuatro partes, sumergiéndolas en gelatina. Estas máquinas son criomacrótomos, capaces de cortar la carne muy fina. Cada pocos segundos cortan medio milímetro del fondo de cada bloque de gelatina y una cámara sincronizada se encarga de fotografiar cada nueva capa.

—¿Desde cuándo está esto aquí? —preguntó Foley.

Branch se dio cuenta de que había dicho «esto» y no «ella». Foley procuraba mantener las cosas a un nivel impersonal. Branch, por su parte, sentía cierta conexión. ¿Cómo podría ser de otro modo? Aquella pequeña mano tenía cuatro dedos y un pulgar.

—Dos semanas. Sólo se trata de una función de las hojas y las cámaras. Dentro de unos meses tendremos un banco informatizado con más de doce mil imágenes. Ella terminará convertida en cuarenta mil millones de bits de información, almacenados en setenta discos CD-ROM. Luego, utilizando un ratón podrán ustedes viajar por una imagen tridimensional del interior de Amanecer.

—¿Y cuál es su propósito al hacer esto?

—Fisiología abisal —contestó la doctora Yamamoto—. Queremos saber en qué difieren de los humanos.

—¿Hay alguna forma de acelerar su investigación? —preguntó Thomas.

—No sabemos lo que estamos buscando. Ni siquiera sabemos qué preguntas plantearnos. Tal como están las cosas, no nos atrevemos a perdernos nada. No hay forma de saber qué podemos encontrar en el más nimio detalle.

Se separaron y se situaron junto a mesas diferentes. A través del gel opaco, Branch vio la parte inferior de un par de piernas y pies. Allí estaba el lugar donde la trampa había saltado sobre los huesos. La piel ofrecía el aspecto blancuzco de un pez.

Encontró la sección de la cabeza y los hombros. Era como un busto en alabastro. Los párpados estaban medio cerrados, dejando al descubierto unos iris azules blanqueados. La boca aparecía ligeramente abierta. Trabajando a partir del cuello hacia arriba, el péndulo de la máquina todavía se encontraba al nivel de la garganta.

—Probablemente habrá visto usted a muchas como ella —dijo la doctora Yamamoto junto a su hombro, con un tono severo.

Branchladeó la cabeza y miró más de cerca, casi afectuosamente.

—Todos son diferentes —dijo—. Un poco como nosotros. Se dio cuenta de que ella esperaba alguna maldición o enojo por su parte. La mayoría de la gente le echaba un vistazo y asumía automáticamente que no debía de cansarse de derramar sangre de los abisales. La voz de la doctora se suavizó.

—A juzgar por sus dientes y por la inmadurez del arco pélvico, Amanecer debería de tener unos doce o trece años de edad, aunque podríamos estar muy equivocados, claro. Al no disponer de nada con lo que compararla, únicamente podemos suponer. Ha sido muy difícil obtener especímenes. Cabría imaginar que deberíamos disponer de multitud de cuerpos, después de tantos contactos y tantas matanzas.

—Eso es extraño —intervino Vera—. ¿Se descomponen con mayor rapidez que los restos de mamíferos normales?

—Eso depende de la exposición directa a la luz solar. Pero la escasez de buenos especímenes está más relacionada con la profanación.

Branch observó que, al decirlo, no le miró.

—¿Se refiere a la mutilación?

—Es algo más que eso.

—Profanación es un término fuerte —observó Thomas.

Yamamoto se inclinó sobre los cajones de almacenamiento y tiró de una larga bandeja colocada sobre unos rodillos.

—No sé. ¿Cómo lo llamaría usted?

Sobre el metal había un animal horrible completamente chamuscado, con los dientes al descubierto, desmembrado y mutilado. Podría haber tenido ocho mil años de antigüedad.

—Atrapado y quemado hace una semana —dijo la doctora.

—¿Soldados? —preguntó Vera.

—En realidad no. Éste procede de Orlando, Florida. De una barriada corriente. La gente está asustada. Quizá sea una forma de catarsis racial. Existe por todas partes ese asco, o cólera o terror. La gente parece tener la sensación de que tiene que

deshacerse por completo de estas cosas, incluso después de haberlas matado. Quizá crean que de ese modo están destruyendo al diablo.

—¿Usted lo cree así? —preguntó Thomas.

Sus ojos almendrados estaban tristes. Luego miraron con disciplina. En cualquier caso, fuera por compasión o por motivos científicos, no lo creía.

—Ofrecemos recompensas por especímenes intactos —les dijo—. Pero esto es lo mejor que hemos conseguido. Este tipo, por ejemplo, fue capturado con vida por un grupo de contables e ingenieros de software de mediana edad que jugaban al fútbol en un campo de una barriada. Cuando terminaron con él, lo dejaron convertido en un trozo de carbón.

Branch había visto cosas mucho peores.

—Es algo que ocurre por todo el país, incluso por todo el mundo —siguió diciendo ella—. Sabemos que están saliendo en medio de nosotros. Se producen avistamientos y matanzas a cada hora que pasa en alguna parte, en el metro, en las zonas rurales del país. Pero trate de conseguir un cadáver completo que no haya sufrido daños y verá qué pasa. Es un verdadero problema. Eso hace que la investigación sea muy lenta.

—¿Por qué cree que están subiendo, doctora? Parece ser que todo el mundo tiene una u otra teoría.

—Aquí no tenemos ni la menor idea —contestó Yamamoto—. Francamente, no estoy convencida de que los abisales estén subiendo en mayores cantidades de lo que lo han hecho a lo largo de la historia. Pero podemos decir que, en estos últimos tiempos, como sociedad, como raza, los seres humanos estamos más sensibilizados respecto a la presencia de los abisales, y por eso los vemos con mayor claridad. La mayoría de avistamientos son falsos, como los de ovnis. Un gran número han sido avistamientos de animales en tránsito y hasta de ramas de árboles que rozan en las ventanas, no de abisales.

—Ah —exclamó Vera—. ¿Quiere eso decir que está todo en nuestra imaginación?

—No, en absoluto. Están definitivamente aquí, ocultos en nuestros terraplenes, en los sótanos suburbanos, en los zoológicos, los almacenes y los parques nacionales. Por debajo de nosotros. Pero en ningún caso alcanzan las cifras que los políticos y periodistas quieren hacernos creer. Algunos han llegado a decir que nos están invadiendo. Vamos, ¿quién está invadiendo a quién? Somos nosotros los que perforamos pozos y colonizamos grutas.

—Esa forma de hablar es peligrosa —comentó Foley.

—Llega un punto en el que nuestro odio y nuestro temor nos cambian —dijo la joven en tono desafiante—. ¿En qué clase de mundo queremos educar a nuestros hijos? Eso también es importante.

—Pero, aunque no aparezcan en mayor número que antes, ¿descarta eso todas las teorías catastrofistas que oímos continuamente? —argumentó Thomas—. Que van a causar entre nosotros una gran hambruna, o una plaga o un desastre ambiental.

—Eso es otra cosa más que nuestra investigación puede ayudar a resolver. La historia de un pueblo se refleja en sus huesos y tejidos —dijo Yamamoto—. Pero mientras no logremos más especímenes y aumentemos nuestra base de datos, no puedo decirles más de lo que nos han contado los cuerpos de Amanecer y unos pocos más de sus hermanos y hermanas.

—¿Quiere decir eso que no sabemos nada sobre sus motivaciones?

—Desde un punto de vista científico, todavía no. Pero a veces, el personal y yo nos sentamos y les inventamos historias vitales. —La joven doctora indicó su mausoleo de acero inoxidable—. Les damos nombres y un pasado. Tratamos de comprender lo que debieron de sentir siendo ellos mismos.

Tocó un lado de la mesa de autopsia, donde estaba la cabeza de la hembra abisal.

—Amanecer se ha convertido en la favorita de nuestro grupo.

—¿Y eso? —preguntó Vera, a pesar de que, evidentemente, se sentía encantada con la humanidad del personal.

—Supongo que debido a su juventud, y a la vida dura que llevó.

—Cuéntenos su historia, si no le importa —le pidió Thomas.

Branch miró al jesuita. Lo mismo que le sucedía a él, ofrecía un aspecto exterior duro que la gente solía malinterpretar. Pero Thomas sentía por aquellas criaturas una afinidad que estaba pasada de moda. Branch pensó que eso cuadraba a la perfección con su carácter. ¿Acaso no eran todos los jesuitas unos teólogos de la liberación?

La joven doctora pareció sentirse incómoda.

—No es realmente asunto mío —dijo—. Los especialistas no han revisado todavía toda la información y cualquier otra cosa es pura conjetura.

—Da lo mismo —le aseguró Vera—. De todos modos nos gustaría escucharla.

—Está bien. Ella llegó desde algún lugar muy profundo, de una atmósfera rica en oxígeno a juzgar por la caja torácica, relativamente pequeña. Su ADN muestra una diferencia relevante con respecto a las muestras que nos han sido enviadas de otras regiones de todo el mundo. Se ha alcanzado el consenso de que estos abisales evolucionaron a partir del *Homo erectus*, nuestro propio antecesor. Todo el mundo parece estar de acuerdo en que hubo un tiempo en que compartimos un padre y una madre comunes. Pero eso mismo puede decirse también de nosotros y los orangutanes, o los lémures o incluso de las ranas. Hubo algún punto en el que todos compartimos la génesis.

»Algo que nos sorprende es lo mucho que los abisales se parecen a nosotros. Otra cuestión es lo mucho que difieren entre ellos mismos. ¿Ha oído hablar alguna vez de Donald Spurrier?

—¿El primatólogo? —preguntó Thomas—. ¿Estuvo aquí?

—Ahora sí que me siento en una situación realmente embarazosa —dijo Yamamoto—. Nunca había oído hablar de él, pero la gente me dijo más tarde que era mundialmente famoso. El caso es que una tarde pasó por aquí para ver a nuestra pequeña y, esencialmente, celebró un seminario improvisado para todos nosotros. Nos dijo que el *Homo erectus* experimentó más variaciones que ningún otro grupo de

homínidos. Nosotros somos una de esas variaciones. Los abisales pueden ser otra. Aparentemente, el *Homo erectus* emigró desde África a Asia hace cientos de miles de años y los grupos que se separaron evolucionaron posiblemente para adquirir formas diferentes en todo el mundo, antes de descender al interior. Pero vuelvo a decir que no soy una experta en esos temas.

Para Branch, la modestia de Yamamoto resultaba simpática, pero era también una distracción. Estaban allí para tratar de averiguar cualquier pista posible que ella y sus colegas hubieran podido encontrar a partir de aquel cadáver abisal.

—En cierto modo no ha hecho usted sino afirmar nuestro propósito —dijo Thomas—, que no es otro que comprender por qué nos hicimos como somos. ¿Qué más puede decirnos?

—Hay en sus tejidos una elevada concentración de radioisótopos, pero eso es algo que cabe esperar, al proceder del subplaneta, una cavidad de piedra bombardeada por la radiación mineral procedente de todas las direcciones. Tengo el presentimiento de que la radiación puede ayudar a explicar las mutaciones ocurridas en sus poblaciones. Pero, por favor, no me citen si exponen esa teoría. ¿Quién sabe por qué cada uno de nosotros es como es?

Yamamoto pasó una mano sobre el bloque de gel azulado, como si acariciara el monstruoso rostro.

—Para nosotros, Amanecer ofrece un aspecto muy primitivo. Algunos de los que nos han visitado no han dejado de comentar la reversión que ella representa. Están convencidos de que se halla más cerca del *erectus* y del *australopithecenes* que nosotros mismos. De hecho, ella está tan evolucionada como nosotros, sólo que en una dirección diferente. Eso constituyó toda una sorpresa para Branch. Cabía esperar encontrarse con estereotipos, racismo y prejuicios entre la gente corriente. Pero ahora resultaba que las ciencias parecían aceptarlo con madurez. De hecho, los prejuicios intelectuales, como la arrogancia académica, ayudaban a explicar por qué el infierno había permanecido sin descubrir durante tanto tiempo.

—La fórmula dental de Amanecer es idéntica a la nuestra... y a los fósiles homínidos de hace tres millones de años: dos incisivos, un canino, dos premolares, tres molares. —Yamamoto se volvió hacia otra mesa—. Las extremidades inferiores son similares a las nuestras, aunque las articulaciones abisales tienen el hueso más esponjoso, lo que sugiere que Amanecer pudo haber sido más eficiente que el *Homo sapiens sapiens* a la hora de caminar. Y caminar, caminó mucho, desde luego. Resulta difícil ver con claridad a través del gel, pero si se fijan con atención, verán que ha recorrido muchos kilómetros con eso. Los callos son más gruesos que mi uña del dedo gordo. Los arcos de los pies se muestran caídos. Alguien efectuó una medición; tienen una talla once y son de ancho cuádruple.

Se dirigió hacia la mesa siguiente, donde estaban el tórax y la parte superior de los brazos.

—Aquí tampoco encontramos grandes sorpresas. El sistema cardiovascular es vigoroso, aunque no perfectamente sano. El corazón está agrandado, lo que probablemente significa que ascendió rápidamente desde una profundidad de al

menos seis u ocho kilómetros. Sus pulmones muestran cicatrización química, debido probablemente a que ha respirado los gases emitidos desde la profundidad de la Tierra. Eso constituye un viejo detalle animal.

Yamamoto se volvió hacia la última mesa, donde estaban el abdomen y la parte inferior de los brazos. Tenía una mano cerrada y la otra abierta.

—Una vez más, resulta difícil obtener una vista clara, pero los huesos de los dedos muestran un encorvamiento significativo, a medio camino entre dígitos de mono y humanos. Eso ayuda a explicar las historias que hemos oído contar acerca de abisales capaces de escalar muros y auparse apoyándose en rincones y grietas subterráneas.

Yamamoto señaló con un gesto el fragmento abdominal. La hoja había empezado por la parte superior y el corte avanzaba en dirección a la zona pélvica. El pubis mostraba un escaso vello negro, el inicio de la edad adulta.

—Hemos podido imaginar parte de su corta y salvaje historia. Antes de montarla aquí, en el gel, e iniciar los cortes, revisamos las imágenes obtenidas por resonancia magnética y por tomografía asistida por ordenador. Había algo en su cintura pelviana que no parecía totalmente correcto, y le pedí al jefe de nuestro departamento de ginecología que viniera a echarle un vistazo. Reconoció inmediatamente el trauma. Violación. Violación en grupo.

—¿Qué es lo que está diciendo? —preguntó Foley.

—Sólo tenía doce años —dijo Vera—. ¿Se lo imagina? Eso, sin embargo, explica por qué subió.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Yamamoto.

—La pobre tuvo que haber huido de las criaturas que le hicieron eso.—No pretendía sugerir que fueron los abisales quienes se lo hicieron. Analizamos el esperma. Era humano. Las heridas fueron muy recientes. Nos pusimos en contacto con el departamento del sheriff en Bartlesville y allí nos dijeron que hablásemos con los auxiliares masculinos de la clínica. Ellos lo negaron todo. Podíamos obligarles a que nos permitieran obtener muestras, pero eso no cambiaría nada. Esta clase de cosas no constituyen un delito. El caso es que uno u otro grupo se sirvió de ella. Posiblemente incluso después de que hubiera muerto. La mantuvieron encerrada en un frigorífico de carne durante varios días.

Una vez más, Branch había visto cosas peores.

—Qué notable engreimiento supone la civilización —comentó Thomas, cuyo rostro no parecía colérico ni triste, sino curtido—. El sufrimiento de esta niña ha terminado. Y, sin embargo, mientras hablamos, un mal similar se despliega en cientos de lugares diferentes, el nuestro sobre el de ellos, el de ellos sobre nosotros. Mientras no podamos aportar un poco de orden que sea soportable, el mal seguirá teniendo un lugar donde ocultarse.

Parecía hablarle al cuerpo de la niña, pensando quizá en sí mismo.

—¿Qué más? —se preguntó Yamamoto en voz alta, como si se hubiera distraído. Observó las partes del cuerpo. Estaban ante el cuadrante abdominal—. Su

deposición —añadió, reanudando sus exposiciones—. Dura, oscura y de un fuerte olor. La deposición típica de un carnívoro.

—¿Cuál era entonces su dieta?

—¿En el último mes antes de su muerte? —preguntó Yamamoto.

—Imaginaría bollos de salvado de avena, zumos de fruta y lo que pudiera recoger de la basura de una cocina geriátrica. Alimentos con fibra, fáciles de digerir —sugirió Vera.

—No esta chica. Ella comía carne, de eso no cabe la menor duda. El informe de la policía estaba claro. La muestra de la deposición no hizo sino confirmarlo. Se alimentaba exclusivamente de carne.

—Pero ¿de dónde...?

—En su mayor parte de los pies y las pantorrillas —dijo Yamamoto—. Por eso tardaron tanto tiempo en detectar su presencia. El personal creía que se trataba de ratas o de algún felino feroz y se limitaba a aplicar ungüentos y vendajes. De ese modo, Amanecer podía regresar a la noche siguiente y alimentarse de unos cuantos más.

Vera guardó silencio. La pequeña «chica» de Yamamoto no impulsaba precisamente a abrazarla.

—No es muy agradable, lo sé —siguió diciendo Yamamoto—. Pero ella tampoco tuvo una vida agradable. —La hoja siseó y el bloque se movió imperceptiblemente—. No me malinterprete. No justifico con ello la actitud depredadora, pero tampoco la condeno. Algunas personas lo consideran canibalismo. Pero si insistimos tanto en que ellos no son *sapiens*, lo que hacen no es técnicamente muy diferente de lo que nos pueda hacer un puma. Estos incidentes, sin embargo, contribuyen a explicar por qué tiene miedo la gente, lo que dificulta a su vez que podamos conseguir especímenes intactos y en buen estado. Eso hace que no podamos cumplir los plazos. Andamos retrasados.

—¿Retrasados? ¿Con respecto a qué? —preguntó Vera.

—Con respecto a nosotros mismos —contestó Yamamoto—. Se nos han impuesto plazos y todavía no hemos cumplido con ninguno de ellos.

—¿Quién les ha impuesto esos plazos?

—Ése es el gran misterio. Al principio pensamos que eran los militares. No dejábamos de recibir toscos modelos informatizados para desarrollar nuevas armas. Se suponía que debíamos rellenar los huecos que faltaban por determinar, como densidades histiológicas, posiciones de los órganos, etcétera. En términos generales, se trataba de establecer distinciones entre nuestras especies y las suyas. Luego empezamos a recibir informes de grandes empresas. Pero las empresas fueron cambiando y ahora ni siquiera estamos seguros de que existieran. Por lo que a nosotros se refiere, nada de todo eso importa en realidad. Alguien se encarga de pagar la luz y el teléfono.

—Tengo una pregunta que hacerle —dijo Thomas—. Parece no estar muy segura acerca de si Amanecer y los de su clase son realmente una especie separada. ¿Qué dijo Spurrier al respecto?

—Afirmó con firmeza que los abisales son una especie diferente, alguna clase de primates. La taxonomía es un tema muy sensible. En estos momentos, Amanecer ha quedado clasificada como *Homo erectus abisalis*. El se enojó cuando le comenté la corriente favorable a rebautizarla como *Homo sapiens abisalis*. En otras palabras, como una rama evolutiva de nosotros mismos. Dijo que con la taxonomía *erectus* no había forma de equivocarse. Como ya he dicho, hay mucho temor en relación con este asunto.

—¿Temor a qué?

—Va en contra de la ortodoxia actual. Podría pensarse en un posible recorte de la financiación, en una pérdida de sinecuras, contratos o publicaciones. Es algo muy sutil. Por el momento, todo el mundo quiere jugar sobre seguro.

—¿Qué me dice de usted? —preguntó Thomas—. Ha estudiado a esta muchacha, ha seguido su disección. ¿Qué piensa?

—Eso no es justo —dijo Vera, reprendiendo a Thomas—. Acaba de decir lo peligrosos que son los tiempos actuales.

—No importa —le dijo Yamamoto a Vera y, mirando a Thomas, añadió—: ¿Si es *erectus* o *sapiens*? Permítame contestarle de la siguiente forma. Si se tratara de un sujeto vivo, si esto fuera una vivisección, no lo haría.

—¿Quiere decir entonces que es humana? —preguntó Foley.

—No. Quiero decir que es lo bastante similar, quizá, como para no ser simplemente *erectus*.

—Considéreme si quiere como un abogado del diablo y, desde luego, como un neófito en la materia —dijo Foley—. Pero a mí no me parece que tenga un aspecto similar.

Por toda respuesta, Yamamoto se dirigió hacia los cajones de la pared y abrió una bandeja inferior. Contenía un cadáver todavía más grotesco que el que habían visto. La piel se veía salvajemente escarificada. El vello del cuerpo estaba muy desarrollado. La cara aparecía encapirotada por una cúpula similar a una col de depósitos carnosos de calcio. Algo parecido al cuerno de un carnero le crecía en medio de la frente. La doctora Yamamoto apoyó una mano enguantada en la caja torácica de la criatura.

—Como ya les he dicho, la idea consistía en encontrar diferencias entre nuestras dos especies —dijo—. Sabemos que hay diferencias. Son evidentes a simple vista. O parecen serlo. Pero, por el momento, lo único que hemos encontrado son similitudes fisiológicas.

—¿Cómo puede decir que es similar? —preguntó Foley.

—Ésa es la cuestión. Nuestro jefe de laboratorio nos envió este espécimen, a modo de prueba para ver a qué conclusiones llegábamos. Diez de nosotros trabajamos en su autopsia durante una semana. Compilamos casi cuarenta distinciones con respecto al *Homo sapiens sapiens* medio. Encontramos toda clase de diferencias, desde gases en la sangre hasta alteraciones en la estructura ósea, deformidades oftálmicas o diferencias en la dieta. Encontramos restos de minerales

raros en su estómago. Había estado comiendo arcilla y productos fluorescentes. Sus intestinos relucían en la oscuridad. Sólo entonces nos lo dijo el jefe de laboratorio.

—¿Qué les dijo?

—Que éste era un soldado alemán perteneciente a las fuerzas de la OTAN.

Branch se había dado cuenta desde el principio de que el cuerpo era humano, pero dejó que Yamamoto presentara su conclusión.

—Eso no puede ser —dijo Vera, que empezó a levantar y abrir cavidades quirúrgicas y a presionar sobre el casco óseo—. ¿Qué me dice de esto? —preguntó—. ¿Y de esto?

—Todo son restos de su cumplimiento del deber. Efectos secundarios de los fármacos que se le dijo que tomara, o del ambiente geoquímico en el que tuvo que actuar.

Foley quedó impresionado.

—He oído hablar de que se han producido algunas modificaciones, pero nunca imaginé que pudiera llegarse a semejante desfiguración.

De repente, al recordar al propio Branch, se detuvo en seco.

—Parece demoníaco —comentó Branch con naturalidad.

—En conjunto, fue una instructiva lección de anatomía —dijo Yamamoto—. Hizo que nos sintiéramos muy humildes. Yo saqué de todo ello una conclusión perdurable. No importa que Amanecer proceda del *erectus* o del *sapiens*. Si nos remontamos lo suficiente, el *sapiens* termina por ser *erectus*.

—¿Quiere eso decir que no hay diferencias? —preguntó Thomas.

—Muchas. Muchas. Pero ya hemos visto las muchas incongruencias que hay entre un humano y otro. Esto se está convirtiendo en un tema epistemológico. Cómo saber lo que creemos saber —dijo, cerrando el cajón.

—Parece sentirse desmoralizada.

—No. Quizá distraída, descarrilada, fuera de mi camino. Pero estoy convencida de que empezaremos a encontrar verdaderas discrepancias en un período de tres a cinco meses.

—¿De veras? —preguntó Thomas.

Ella regresó a la mesa en la que el busto de Amanecer alimentaba el péndulo, lenta, muy lentamente.

—Eso se producirá cuando empecemos a entrar en el cerebro.

11

PERDER LA LUZ

*Empezar por el principio... y continuar hasta
llegar al final para, entonces, detenerse.*
LEWIS CARROLL, *Sopa de tortuga*

Entre las zonas de fractura de Clípperton y de las Galápagos

Los bajaron con cabrestante, en grupos de cuatro, hacia las profundidades de los acantilados de Esperanza. Como grandes cañones navales, una batería de cinco cabrestantes situados a lo largo del borde del abismo, con los motores rugiendo, fue desenrollando sus grandes carretes de cable de acero. Las redes y plataformas fueron bajando carga y personas por igual. El abismo tenía más de mil trescientos metros de profundidad. No había cinturones ni instrucciones de seguridad, sólo desgastadas correas improvisadas, cadenas engrasadas y cerrojos de pie para asegurar las jaulas y la maquinaria. El cargamento humano tenía que arreglárselas por sí solo.

Los macizos brazos del cabrestante crujían y gemían. Ali colocó la mochila detrás de ella y se amarró a la barandilla inferior con carabinas y un nudo. Shoat se acercó con una tablilla de notas en la mano.

—Buenos días —gritó en medio del rugido de los motores y los gases de escape.

Tal y como había predicho, algunos de ellos habían abandonado el juego durante la noche. Por el momento, sólo cinco o seis, aunque Ali esperaba que renunciasen más, dada la actitud de Shoat y de Helios. A juzgar por la complacida mueca de Shoat, él también lo esperaba. No había hablado en ningún momento con él y, ahora, un repentino temor surgió entre sus otros temores: que pudiera apartarla repentinamente de la expedición.

—Es usted la monja —le dijo.

No podría decirse que aquel rostro enjuto y aquellos ojos hambrientos fuesen precisamente encantadores, pero era bastante atractivo. Le ofreció la mano, que a ella le pareció sorprendentemente delgada para unos bíceps y muslos tan abultados.

—Estoy aquí en calidad de epigrafiasta y lingüista.

—¿Necesitamos a alguien así? Por lo visto, surgió usted de ninguna parte.

—No me enteré de la oportunidad hasta bastante tarde.

—Una última oportunidad —dijo él, estudiándola.

Ali miró hacia la plataforma y vio a algunos de los que se quedaban. Parecían enfurecidos, pero también entristecidos. Había sido una noche de lágrimas y rabia, de promesas de denuncias legales contra Helios. Se produjo incluso una pelea a puñetazos. Ali se daba cuenta de que parte de ese resentimiento se debía a que aquellas personas ya habían tomado una decisión en otro momento y Shoat les había obligado a tomarla de nuevo.

—Me siento en paz conmigo misma —le aseguró ella.

Los cables se tensaron por encima de su cabeza. La plataforma se elevó un poco. Shoat la empujó y se alejó mientras ellos quedaban allí, suspendidos sobre el abismo. Uno de los compañeros de Ali se despidió a gritos del grupo de científicos que quedaban atrás.

El sonido del motor del cabrestante se desvaneció sobre sus cabezas. Era como si de pronto se hubieran apagado las luces de Esperanza. Suspendidos del cable, se hundieron en la negrura, girando lentamente. El extraplomo era magnífico. A veces, la pared del acantilado se hallaba tan alejada que las luces de las linternas apenas llegaban hasta ella.

—Como un gusano colgado de un anzuelo —comentó uno de sus vecinos después de la primera hora—. Ahora ya sé lo que se siente.

Eso fue todo. Nadie dijo una sola palabra más durante todo el trayecto de descenso.

Ali nunca había experimentado tanto vacío.

Horas más tarde se acercaron al suelo. Los desechos químicos y los residuos humanos se habían acumulado para formar una hedionda marisma que se extendía a lo largo de la base, sobre el suelo, hasta más allá de donde alcanzaba la luz. El hedor atravesó incluso la mascarilla antipolvo que llevaba puesta Ali. Tuvo que abrir la boca y se tragó el hedor con asco. Se le puso la piel de gallina a causa de la acidez.

El cabrestante los depositó con un golpe al borde del depósito de venenos. Una mano algo carnosa, pero nudosa y a la que le faltaban dos dedos, sujetó la barandilla por delante de ella.

—Bájense, rápido —gritó el hombre.

Llevaba andrajos sobre la cabeza, quizá para empapar el sudor o para protegerse de sus luces.

Ali se desató y bajó de la plataforma. El tipo le lanzó la mochila. Casi enseguida, la plataforma empezó a elevarse. El último de sus vecinos tuvo que saltar al suelo.

Miró a su alrededor y examinó a la primera oleada de exploradores. Había quince o veinte, agrupados y moviendo las linternas encendidas. Un hombre había desenfundado un gran revólver, con el que apuntaba vagamente hacia la oscura lejanía.

—Mal sitio para quedarse. Será mejor que se muevan antes de que les caiga algo sobre la cabeza —dijo una voz. Todos se volvieron hacia un nicho en la roca. En el interior había un hombre sentado, con el rifle de asalto apoyado a un lado. Llevaba gafas oscuras—. Sigán ese sendero —indicó—. Continúen adelante durante una hora.

Los demás les alcanzarán dentro de muy poco. Y tú, atontado, el del revólver. Guárdate eso en los pantalones, antes de que se te dispare y hieras a alguien.

Hicieron lo que se les dijo. Moviendo las luces de un lado a otro, siguieron un sendero que serpenteaba alrededor de la base del acantilado. No había posibilidad de perderse. Era el único sendero que había.

Una cruda neblina se mantenía suspendida sobre el suelo. Jirones de gas ascendían hasta sus rodillas. Pequeñas nubes tóxicas giraban al nivel de la cabeza, haciéndose blancas a la luz de los focos de los cascos. De vez en cuando surgían pequeñas llamaradas, como fuegos de San Telmo, que luego se apagaban.

Estaba todo mortalmente silencioso, como en un pantano. Los animales habían acudido hasta allí a decenas de miles. Atraídos por los desperdicios, los nutrientes insólitos o, al cabo de un tiempo, por la carne de los primeros animales que llegaron, habían comido y bebido allí. Ahora, sus huesos y su carne en proceso de putrefacción se extendían sobre las rocas, kilómetro tras kilómetro.

Ali se detuvo al lado de dos biólogos que conversaban junto a un montón de carne en proceso de putrefacción y huesos espinosos.

—Sabemos que las espinas y la armadura protectora encontradas en un ambiente demuestran la existencia de una población de depredadores en expansión —le explicó uno de ellos—. Cuando los depredadores empiezan a devorar a los depredadores, la evolución empieza a desarrollar defensas físicas. La proteína no es una máquina de movimiento perpetuo. Tiene que iniciarse en alguna parte. Pero nadie ha descubierto aún dónde se inicia la cadena alimenticia de los abisales.

Al menos hasta la fecha, nadie había descubierto tampoco la existencia de plantas allí abajo. Sin plantas, por lo tanto, no había herbívoros. Se terminaba por tener todo un sistema ecológico basado en la carne.

Su amigo observó las quijadas abiertas para examinar los dientes. Algo escamoso y con garras salió a rastras, otra especie invasora procedente de la superficie.

—Las cosas son tal como esperaba —dijo el amigo—. Aquí abajo todo pasa hambre. Se mueren de hambre.

Ali continuó y vio por fin una docena de cráneos y costillares de tamaños y formas diferentes, un conjunto completamente nuevo cuya clasificación no era del todo desconocida para su imaginación. Un conjunto de huesos tenía las dimensiones de una serpiente corta con una cabeza grande. Alguna otra cosa se había movido en vida sobre dos patas. Otro animal podría haber sido una pequeña rana con alas. Ninguno de ellos se movió.

Ali no tardó en sudar y jadear. Sabía que habría un período de adaptación al sendero, que iba a tener que aclimatarse a las profundidades, desarrollar sus cuadriceps y ajustarse a nuevos ritmos circadianos. Pero, evidentemente, a ello no contribuía en nada el hedor de los restos animales y la red de residuos de los mineros. Además, una batería de obstáculos a base de cables oxidados, barandillas retorcidas, escalas de mano y escaleras dificultaba el progreso.

Ali llegó a una zona despejada. Un grupo de científicos descansaba sobre un banco natural de piedra. Se quitó la mochila y se unió a ellos. Más adelante, el sendero descendía hacia las profundidades por una escalera tortuosa. La obra parecía antigua, fusionada con las acreencias. Ali miró a su alrededor, en busca de inscripciones talladas o de cualquier otra señal de la cultura abisal, pero no encontró nada.

—Ésos deben de ser los últimos de nuestro grupo que descienden —dijo uno de los expedicionarios.

Ali siguió con la vista la dirección del dedo. Como diminutos cometas, tres puntos de luz descendían lentamente en la oscuridad, dejando tras de sí filamentos plateados. Se sorprendió. A pesar de todo lo que habían caminado, las plataformas no estaban tan lejos, quizá a sólo un par de kilómetros. Más arriba, en el límite del borde superior, la ciudad de Esperanza se encontraba envuelta en la negrura de la noche, como una bombilla mortecina. Por un momento, vio los acantilados pintados de la ciudad en expansión. El brillante color azulado titilaba en medio de la neblina tóxica como una estrella fugaz, así que pidió un deseo.

Después de su descanso, el sendero cambió. La marisma se fue quedando atrás y disminuyó, hasta desaparecer, el hedor nauseabundo de la muerte. El sendero se elevaba en una pendiente agradable. Llegaron hasta una plataforma de roca desde donde se dominaba una meseta plana.

—Más animales —dijo alguien.

—No son animales.

Hubo una época, en Palestina, en que la gente realizaba sacrificios humanos en el valle de Hinnon; más tarde utilizó ese mismo valle como vertedero de animales muertos y de los ejecutados. Allí podían verse hogueras de cremación, tanto de día como de noche. Con el paso del tiempo, el nombre de Hinnon se transformó en Gehenna, que se convirtió a su vez en la palabra hebrea para designar el país de los muertos. Ali había estudiado algo la literatura sobre el infierno, y no pudo dejar de preguntarse si acaso no se habrían encontrado con algún equivalente moderno de Hinnon.

La imagen se aclaró por sí misma mientras avanzaban por la meseta. Los cuerpos eran simplemente hombres tumbados en un campamento al aire libre.

—Tienen que ser nuestros porteadores —sugirió Ali. Calculó que debía de haber reunidos allí cien hombres o más. El humo del tabaco se mezclaba con su intenso olor corporal. Encontró la pista al ver docenas de tambores azules de plástico, curvados por uno de sus lados para adaptarse a la espina dorsal humana.

Habían llegado al punto de reunión. Este era el lugar desde donde se iniciaría realmente la expedición. Como si fueran invitados indeseables, los científicos esperaron en el límite del campamento, sin saber muy bien qué hacer a continuación. Los porteadores, por su parte, no hicieron nada por instruirles. Siguió allí tumbados, compartiendo cigarrillos y tazas de bebidas calientes o, simplemente, dormitando sobre el suelo.

—Parecen... ¡no me digas que han contratado a abisales! —dijo una mujer.

—¿Cómo podrían contratar a abisales? —replicó alguien—. Ni siquiera sabemos todavía si existen.

Los incipientes cuernos de los porteadores, sus frentes de escarabajo y la forma de sus cuerpos, casi deformada en su vileza de prisión, no dejaba de imbuirlos de un cierto patetismo. Nadie, sin embargo, se atrevería a demostrar piedad ante ellos. Poseían las miradas fijas y las cicatrices de una banda callejera. Su vestimenta era una combinación de gueto de Los Ángeles y de la jungla. Algunos llevaban pantalones cortos Patagonia y gorras de los Raiders, y otros taparrabos con chaquetas hasta las caderas. La mayoría portaban cuchillo. Ali vio machetes... a pesar de que allí no había lianas. Las armas servían como protección contra los animales, cuyos restos habían observado durante la última hora de marcha, y posiblemente contra cualquier señal de hostilidad, pero sobre todo para protegerse unos de otros. Alrededor del cuello llevaban collares nuevos de plástico blanco. Había oído hablar de la existencia de trabajos forzados y grupos encadenados en el subplaneta, y quizá aquellos collares fuesen alguna especie de argolla electrónica. Pero aquellos hombres ofrecían un aspecto físico demasiado similar y familiar como para ser un grupo de prisioneros. Debían de proceder de la misma tribu, formar parte de la vanguardia de una emigración. Eran indios, aunque Ali no supo decir de qué región. Posiblemente de origen andino. Sus pómulos eran anchos y prominentes y sus ojos negros casi orientales.

A su lado apareció un corpulento y joven soldado negro.

—Si quieren venir por aquí —les dijo—, el coronel ha hecho preparar café caliente. Acabamos de recibir un informe actualizado por radio. El resto de su grupo ya ha descendido. Pronto estarán aquí.

Sujeta a la cadena de su chapa de identificación había una pequeña cruz de Malta hecha de acero, el emblema oficial de los caballeros hospitalarios. Recientemente revitalizada gracias a la generosidad de un fabricante de calzado deportivo, la orden religiosa militar se había hecho famosa por emplear a antiguos atletas universitarios y de instituto con muy poco futuro por delante. El reclutamiento se inició en las manifestaciones de los Mantenedores de Promesas y en la Marcha del Millón de Hombres, y adquirió ímpetu y fama como un ejército mercenario bien entrenado y muy disciplinado, que ofrecía sus servicios a grandes empresas y gobiernos.

Al pasar junto a una cordada de indios, observó que una cabeza se levantaba; era Ike. La mirada que él le dirigió duró apenas un segundo. Todavía deseaba darle las gracias por aquella naranja que le había regalado en el ascensor de Nazca. Pero Ike concentró su atención en el grupo de porteadores, moviéndose entre ellos como Marco Polo.

En medio de ellos, Ali vio líneas y arcos trazados en la piedra; Ike movía guijarros y trozos de hueso de un lado a otro. Pensó que debían de estar participando en algún juego, hasta que se dio cuenta de que él interrogaba a los indios, en busca de direcciones o información. También observó otra cosa. Cerca de un pie, Ike tenía un pequeño montón de hojas cuidadosamente dispuestas que, sin lugar a dudas,

había comprado en el último momento. Las reconoció. Él tenía costumbre de masticar hojas de coca.

Se dirigió hacia la parte del campamento ocupada por los soldados. Allí todo estaba en movimiento y los hombres con uniformes de camuflaje iban de un lado a otro, comprobando las armas. Eran por lo menos treinta, todavía más silenciosos que los indios, y decidió que debía ser cierta la leyenda que hablaba de los votos de silencio de los mercenarios. Hablar se consideraba entre ellos como una extravagancia, a excepción de la oración o de la comunicación esencial.

Atraídos por el olor del café recién hecho, los científicos se acercaron a una estufa montada sobre las rocas y se sirvieron. Luego empezaron a husmear por entre las cajas y tambores de plástico, ordenadamente dispuestos, en busca de su equipo.

—Ustedes no pueden estar aquí —les dijo el soldado negro—. Desalojen la base, por favor.

Avanzó para bloquearles el paso. Ellos lo rodearon y continuaron la búsqueda.

—Estaría bueno —le dijo alguien—. Es nuestro material.

La búsqueda se tornó inquieta.

—¡Mi ciclotrón! —exclamó alguien con tono triunfal.

—Damas y caballeros —dijo entonces una voz.

Ali apenas la escuchó entre los gritos y el jaleo producidos al encontrar y sacar el equipo.

Un solo disparo desgarró el aire. La bala había sido disparada desde el campamento, dirigida hacia el suelo. Del lugar donde golpeó el desnudo lecho de roca, a unos quince metros de distancia, arrancó una rociada de chispas de luz. Todo el mundo se detuvo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó un científico.

—Eso ha sido el disparo de una Remington Lucifer —anunció el que había disparado.

Era un hombre alto, recién afeitado, delgado, a la manera de los oficiales de campaña. Llevaba un correa de cuero que le cruzaba el pecho, con una funda sobaquera para su pistola, de tamaño modesto. Vestía unos pantalones negros y gris carbón, al estilo de los del SWAT, introducidos en unas botas ligeras. Su camiseta negra parecía limpia. Del cuello le colgaban unas gafas oscuras.

—Es una munición especialmente desarrollada para utilizarla en el subplaneta. Es del calibre 25, hecha de plástico endurecido, con una punta de uranio. Según los niveles de calor y vibración sónica tiene distintas capacidades funcionales. Es capaz de producir una herida gigantesca con múltiples estrías o, simplemente, ceguera temporal. Esta expedición supone el estreno oficial para la Lucifer y otras tecnologías.

El acento de su voz era aristocrático, de Tennessee. Spurrier se acercó al soldado con las patillas hinchadas y la mano extendida. Se había nombrado a sí mismo portavoz de los científicos.

—Usted tiene que ser el coronel Walker.

Walker no hizo el menor caso de la mano que le tendía Spurrier.

—Tenemos dos problemas. Primero, esas cargas que han sacado de su sitio estaban distribuidas por peso y equilibradas para su transporte. Su contenido ha sido cuidadosamente inventariado. Tengo una lista de cada objeto en cada carga. Cada carga está debidamente numerada. Ahora han retrasado ustedes nuestra partida en media hora porque habrá que volver a guardar lo que han saqueado.

«Problema número dos. Uno de mis hombres les ha pedido que hicieran algo y ustedes no han hecho caso. —Los miró a todos—. En el futuro tendrán la amabilidad de aceptar esa clase de peticiones como una orden directa. Una orden mía.

Enfundó el arma y cerró la funda con un chasquido.

—¿Saqueado? —protestó un científico—. Se trata de nuestro equipo. ¿Cómo podemos saquearnos a nosotros mismos? ¿Quién está al mando aquí?

En ese momento llegó Shoat, que todavía llevaba su mochila.

—Ya veo que se han conocido —dijo y se volvió hacia el grupo—. Como saben, el coronel Walker será nuestro jefe de seguridad. A partir de ahora él estará a cargo de nuestra defensa y de la logística.

—¿Tenemos que pedirle permiso para investigar? —objetó un hombre.

—Esto es una expedición, no su despacho personal —dijo Shoat—. La respuesta es afirmativa. A partir de ahora tendrán que coordinar sus peticiones con el hombre que designe el coronel, que los dirigirá hacia los paquetes pertinentes.

—Formamos un grupo —dijo Walker. Ofrecía una innegable imagen de autoridad, con el uniforme, los correajes y su constitución delgada. Llevaba en una mano una Biblia encuadernada a juego con su vestimenta—. El grupo tiene prioridad. Sólo tienen que comunicar sus necesidades individuales y mi oficial de intendencia les ayudará. Por una cuestión de orden, tendrán que hablar con él al final de cada jornada. No por la mañana, mientras estemos recogiendo, ni en plena jornada, cuando estemos en marcha.

—¿Tengo que pedirle permiso para acceder a mi propio equipo?

—Ya lo arreglaremos —dijo Shoat con un suspiro—. Coronel, ¿hay alguna cosa más que quiera añadir?

Walker se sentó en el borde de la roca, con un pie firmemente plantado en el suelo.

—Mi trabajo es de mercenario —dijo—. Helios me ha traído aquí para proteger esta empresa. —Desplegó un manojo de hojas de papel y lo mantuvo en alto—. Mi contrato —dijo, hojeando las cláusulas—. Contiene algunos rasgos bastante singulares.

—Coronel —le advirtió Shoat. Walker le hizo caso omiso.

—Aquí, por ejemplo, hay una lista de bonificaciones que recibiré por cada uno de ustedes que sobreviva al viaje. —El coronel contaba ahora con la atención de todos. Shoat no se atrevió a interrumpir—. Me recuerda mucho una recompensa por el botín —siguió diciendo Walker—. Según esto, recibiré una cantidad determinada por cada mano, pie, extremidad, oreja u ojo que entregue intactos y sanos. Eso se refiere a sus manos, sus pies y sus ojos. —Encontró la parte donde así se especificaba—. Veamos, a trescientos dólares por ojo, eso supone seiscientos dólares por pareja.

Pero sólo ofrecen quinientos por mente. Ya pueden imaginárselo. Las protestas fueron ruidosas.

—¡Esto es inaudito! —exclamó alguien. Walker movió el contrato en el aire como una bandera blanca.

—Tienen que saber algo más —bramó, acallándolos un poco—. Ya he servido bastante tiempo aquí abajo y va siendo hora de oler las rosas, si se puede decir así. Meterme en política, quizá. Realizar algún trabajo de asesoría. Pasar algún tiempo con la mujer y los hijos. Y aquí es donde entran ustedes en juego. —Todos se quedaron muy quietos—. Como pueden ver, mi objetivo es hacerme muy rico con ustedes. Tengo la firme intención de cobrar hasta el último centavo de todo este programa de bonificaciones. Voy a cobrar por cada ojo, por cada testículo, por cada dedo. ¿Se han preguntado alguna vez en quién pueden confiar realmente? —Walker se guardó el contrato y lo cerró en su diario—. Permítanme decirles que lo único en este mundo en lo que pueden confiar siempre es en el interés de cada uno.

Ahora, ustedes ya saben cuál es mi interés.

Shoat prestaba una dolorida atención. El coronel acababa de amenazar la unión de la expedición... para luego salvarla. Pero ¿por qué?, se preguntó Ali. ¿Cuál era el juego de Walker?

Se golpeó el muslo con la Biblia.

—Vamos a iniciar un gran viaje hacia lo desconocido. A partir de ahora, esta expedición funcionará dentro de las normas y la guía de mi buen juicio. Nuestra mejor protección será un conjunto común de ideas, una ley si quieren llamarlo así. Y esa ley, señores, es la mía. A partir de ahora observaremos principios de jurisprudencia militar. A cambio, me comprometo a devolverlos sanos y salvos junto a sus familias.

Shoat alargó lentamente el cuello, como una tortuga. Su soldado de fortuna acababa de presentarse a sí mismo como la autoridad inapelable sobre la expedición Helios durante el siguiente año. Fue el acto más audaz que Ali hubiera visto jamás. Esperó a que los científicos expresaran airadamente sus protestas.

Pero se produjo un gran silencio. Nadie opuso la menor objeción. Entonces, Ali comprendió.

El mercenario acababa de prometerles la conservación de sus vidas.

Como sucede con toda expedición, iban separados sólo por unos pocos centímetros. Se empezaron a desarrollar ciertos hábitos. El campamento se levantaba a las ocho. Walker rezaba una oración a sus tropas, habitualmente algo tenebroso del Apocalipsis, de Job o de su pasaje favorito la carta de Pablo a los Corintios: «La noche ya ha pasado, empieza el día; librémonos por tanto de las obras de la oscuridad y pongámonos la armadura de la luz». Luego, enviaba por delante a media docena de hombres como exploradores. Les seguían los científicos. Los porteadores iban detrás, protegidos, aunque más bien se diría que conducidos, por los silenciosos soldados. La división del trabajo era estricta y no se podían traspasar los límites.

Los porteadores hablaban quechua, la lengua de los incas. Ninguno de los estadounidenses lo hablaba, y sus intentos por utilizar el español eran rechazados.

Ali intentó el lenguaje de los signos, pero los indios no estaban dispuestos a confraternizar. Por la noche, los mercenarios patrullaban en tres turnos el perímetro del campamento, que protegían no tanto contra los adversarios abisales como contra la huida de sus propios porteadores.

Durante las primeras semanas vieron raras veces a su guía. Ike se había hundido en la noche de los túneles y solía mantenerse a uno o dos días por delante de ellos. Su ausencia creó una extraña desazón entre los científicos. Cuando preguntaban cómo se encontraba, Walker se mostraba despectivo. El hombre ha de saber cuál es su deber, venía a decir.

Ali imaginó que el guía formaba parte del grupo paramilitar de Walker, pero finalmente se enteró de que no era así. Tampoco era exactamente un colaborador independiente, si ése era el término. Por lo visto, Shoat se lo había adquirido al ejército de Estados Unidos. Era esencialmente una propiedad, muy poco diferente a lo que había sido en sus tiempos abisales. Ali sospechaba que el misterio de Ike se intensificaba porque la gente podía proyectar sobre él sus propias fantasías. Ella limitaba sus propios deseos a preguntarle algún día sobre etnografía abisal, y posiblemente a reunir un glosario de palabras originales, a pesar de que no podía apartar de su mente aquella naranja.

Por el momento, Ike se limitaba a cumplir con lo que Walker consideraba que era su deber. Les encontraba el camino. Los conducía hacia la oscuridad. Todos conocían su brillante marca, una cruz de unos treinta centímetros pintada en las paredes con spray azul brillante.

Shoat les informó de que la pintura empezaría a degradarse al cabo de una semana. Aquello volvía a estar relacionado con sus secretos comerciales. Por lo visto, Helios estaba decidida a ahuyentar a cualquier competidor haciéndole perder la pista. Según señaló uno de los científicos, la desaparición de la pintura también les haría perder a ellos su propia pista. Así no habría forma de volver sobre sus pasos. Shoat procuraba tranquilizarlos mostrándoles una pequeña cápsula, que describió como un radiotransmisor en miniatura. Era uno de los muchos que iría dejando a lo largo del camino, y que permanecerían dormidos hasta que él decidiera ponerlos en marcha con su control remoto. Lo comparó al rastro de migas de pan que dejaron Hansel y Gretel, y cuando alguien comentó que todas las migas se las habían comido los pájaros, los miró con desprecio.

—Siempre negativos —dijo.

El equipo se movía, descansaba y volvía a emprender la marcha en ciclos de doce horas. Los hombres se dejaron crecer la barba. Entre las mujeres empezó a surgir el vello, y el pintalabios y el lápiz para los ojos dejaron de usarse a diario. Las tiras adhesivas acolchadas del doctor Scholl para evitar las ampollas se convirtieron en la principal moneda de cambio, más valiosas incluso que los cigarrillos.

Ali nunca había formado parte de una expedición, pero tenía un conocimiento, si bien novelesco, de ellas: eran balleneros en plena travesía, o una caravana de carretas en marcha hacia el Oeste. Tenía la sensación de conocerlo todo profundamente.

Durante los diez primeros días sufrieron las articulaciones y los músculos de todos los expedicionarios. Incluso los más endurecidos atletas gemían en sueños y sufrían calambres en las piernas. Se desarrolló una pequeña adoración del Ibuprofén, la pastilla antiinflamatoria contra el dolor. Pero sus fardos se fueron haciendo un poco más ligeros cada día que pasaba, a medida que comían o que descartaban libros que ahora ya no les parecían tan esenciales. Una mañana, Ali se despertó con la cabeza apoyada sobre una roca y se sintió realmente refrescada.

Sus bronceados de la despedida desaparecieron. Sus pies se endurecieron. Ahora ya eran capaces de ver con un cuarto de intensidad de luz, e incluso menos. A Ali le agradaba olerse a sí misma, por la noche, a verdadero sudor.

Los químicos de Helios habían introducido vitamina D extra en sus barras proteínicas, en sustitución de la perdida luz solar. Las barras también contenían otros aditivos, estimulantes de los que Ali nunca había oído hablar. Su visión nocturna, por ejemplo, se intensificó con rapidez. Se sentía más fuerte. Alguien se preguntó si las barras de alimentos no contendrían esteroides, lo que puso en marcha toda una serie de elucubraciones científicas que dieron alas a la imaginación.

Le gustaban los científicos. Los comprendía de una forma que Shoat y Walker no podían hacer. Estaban allí porque habían contestado a la llamada de sus corazones. Se sentían impulsados por razones ajenas a ellos mismos, por su sed de conocimientos, por reduccionismo, por sencillez e incluso, en cierto sentido, por Dios.

Inevitablemente, a alguien se le ocurrió que había que poner un nombre al conjunto de los participantes en la expedición. Resultó que Julio Verne era el autor que más atraía a aquel puñado de científicos, así que decidieron de nominarse Sociedad Julio Verne, acortado enseguida a JV. El nombre se mantuvo. Ayudó el hecho de que, para su viaje al centro de la tierra, Verne había elegido a dos científicos como héroes, en lugar de guerreros o poetas. Pero a los JV les atraía sobre todo que el pequeño grupo de científicos hubiera salido a la luz milagrosamente intacto.

Los túneles eran amplios. El camino que seguían parecía muy cuidado. Alguien, aparentemente hacía mucho tiempo, lo había despejado de piedras sueltas, y había cincelado las esquinas para formar paredes y bancos a lo largo de la ruta. Surgió la hipótesis de que la talla de la piedra podría haberse realizado varios siglos antes por esclavos andinos, pues las juntas y las enormes dimensiones de los sillares eran idénticas a las obras de manipostería del Macchu Pichu y de Cuzco. En cualquier caso, los portadores parecían saber exactamente para qué servían los bancos cuando dejaban sus pesadas cargas en ellos.

Ali no se cansaba de verlo todo. Recorrieron kilómetros y kilómetros llanos como una acera, serpenteando a derecha e izquierda por cómodos recodos; una verdadera delicia para los peatones. Los geólogos eran los que más atónitos estaban. Se suponía que, a aquellas profundidades, la litosfera debía estar compuesta de basalto sólido, que debía ser insoportablemente caliente, una zona muerta. Pero aquí se encontraban en un túnel que parecía el del metro. Casi se podían vender billetes para recorrerlo, comentó alguien.

—No te preocupes —le aseguró su compañero—. Helios lo hará.

Una noche acamparon junto a un bosque de cuarzo translúcido. Ali escuchó el susurro producido por el movimiento de diminutas criaturas del inframundo y el sonido del agua filtrándose por profundas grietas. Ése fue su primer encuentro serio con animales indígenas. Las luces de la expedición mantenían a los animales ocultos. Pero uno de los biólogos sacó un aparato de grabación y, a la mañana siguiente, les hizo escuchar el ritmo de corazones de dos y tres ventrículos: peces subterráneos, anfibios y reptiles.

Los sonidos nocturnos resultaron perturbadores para algunos, entre los que surgió el miedo a los depredadores abisales, a bichos o serpientes con venenos mortales. Para Ali, en cambio, la cercanía de la vida constituyó un verdadero bálsamo. Era vida lo que iba a buscar allí; vida abisal. Tumbada de espaldas, en la oscuridad, se sentía impaciente por ver a los animales.

En general, los campos del saber de los expedicionarios eran lo suficientemente variados como para evitar la competencia profesional. Eso significaba que compartían mucho más de lo que ocultaban. Escuchaban las hipótesis de los demás con paciencia de santos. Formaban corros por las noches. Alguien que tocaba la armónica interpretaba a John Mayall. Tres geólogos pusieron en marcha la barbería; se llamaban los Tectónicos. El infierno estaba resultando muy entretenido.

Ali calculó que recorrían 11,5 kilómetros diarios. Cuando llegaron al kilómetro 100 organizaron una pequeña fiesta, con Kool-Aid y un baile. Ali se atrevió con algunos pasos. Un paleobiólogo la hizo bailar un complicado tango, que fue para ella como haber tomado unas copas de más bajo la luna llena.

Ali era un misterio para todos ellos. Era una erudita como ellos y, no obstante, también era otra cosa: una monja. A pesar de haber bailado, algunas de las mujeres le dijeron que temían que se sintiera privada de algo. Nunca participaba en los cotilleos ni en las quejas de las mujeres cuando la marcha se ponía difícil. No sabían nada sobre sus pasados amantes, pero le adscribían por lo menos alguno. Declararon incluso su intención de descubrirlo, a lo que Ali les dijo, entre risas, que la hacían parecer una anomalía social.

—No te preocupes —le aseguraron—, aún queda tiempo para que podamos repararte.

Las inhibiciones fueron desapareciendo poco a poco. Las vestiduras se abrieron. Los anillos de matrimonio empezaron a desvanecerse.

Las relaciones sentimentales se desplegaron a la vista de todo el grupo y, a veces, incluso también las sexuales. Hubo algunos intentos iniciales de intimidad. Hombres y mujeres maduros se pasaban notas de un lado a otro, se tomaban de las manos en secreto o fingían hablar de asuntos importantes. Durante los descansos, cuando casi todo el mundo dormía, Ali escuchaba los jadeos de la gente, como niños del amor, entre las piedras y los fardos amontonados.

A principios de julio encontraron arte rupestre como el que se hubiera podido hallar en las cuevas paleolíticas de Altamira. Las paredes mostraban animales, figuras y formas geométricas hermosamente representados, algunos de ellos tan

pequeños como sellos de correos. Sus colores eran intensos. ¡Color! ¡En un mundo sumido en la oscuridad!

—¡Fijaos en ese detalle! —exclamó Ali con la respiración entrecortada por la emoción.

Había grillos, orquídeas, reptiles e invenciones de pesadilla como las que hubieran podido dibujar los surrealistas o El Bosco, bestias que eran en parte peces o salamandras, en parte aves y humanos y en parte cabras. Algunas de las representaciones utilizaban los abultamientos naturales de la roca como tallos oculares o gónadas, o desportillaban fragmentos para representar un agujero en el estómago, o vetas minerales para representar cuernos o antenas.

—Apagad las luces —les dijo Ali a sus compañeros—. Así es como debió de parecer todo esto a la llama de una antorcha. Movié la mano a uno y otro lado del foco de su casco; bajo la parpadeante luz, los animales parecían moverse sobre las paredes.

—Es posible que algunas de estas especies se hayan extinguido hace decenas de miles de años —comento un paleobiólogo—. Algunas ni siquiera sabía que existieran.

—¿Quiénes creéis que fueron los artistas? —preguntó alguien.

—Desde luego, no los abisales —contestó Gitner, especializado en petrología, la historia y clasificación de las rocas. Varios años antes había perdido a un hermano, miembro de la guardia nacional, y odiaba a los abisales—. Son sabandijas que se han enterrado bajo la tierra. Ésa es su naturaleza, como serpientes o insectos.

Una de las vulcanólogas habló. Con su cabeza rapada y sus largos muslos, Molly era una figura que infundía respeto entre porteadores y mercenarios.

—Es posible que haya otra explicación —dijo—. Fijaos en esto.

Todos se reunieron bajo una amplia sección del techo que ella había estudiado.

—Muy bien —dijo Gitner—, no es más que un puñado de figuras con forma de palo y de muñecas abultadas. ¿Y qué?

A primera vista, eso era lo que parecían ser. Blandiendo lanzas y arcos, los guerreros componían salvajes ataques, unos contra otros. Algunos tenían los troncos y las cabezas en forma de triángulos simétricos. Otros sólo aparecían esbozados con líneas. Amontonadas en un rincón había varias docenas de Venus con grandes senos y nalgas obesas.

—Estos parecen los prisioneros —dijo Molly, que señaló una hilera de figuras de palo encordadas unas a otras.

Ali señaló una figura que tenía una mano posada sobre el pecho de otra.

—¿Es éste un chamán que cura a los demás?

—Es un sacrificio humano —murmuró Molly—. Fíjate en su otra mano.

La figura sostenía algo rojo en la mano extendida. En realidad, la mano no se posaba sobre el pecho de la otra figura, sino en su interior. Estaba mostrando su corazón.

Esa noche, Ali copió algunas de las escenas rupestres en su diario. Había ido realizando mapas a modo de diario íntimo, pero, una vez descubiertos, sus mapas se

convirtieron rápidamente en propiedad de la expedición, como un punto de referencia para todos ellos.

A raíz de su trabajo en las excavaciones cerca de Haifay en Islandia, Ali conocía las trampas de su oficio. Se había disciplinado en el uso de rejillas, contornos y escalas y no iba a ninguna parte sin llevar el tubo de cuero donde guardaba los rollos de papel. Manejaba con facilidad el transportador, y su trabajo a partir de la nada se hizo legendario. Lo que hacía no eran tanto mapas como una especie de horario con lugares de paso, como una cronografía. Allí abajo, muy lejos del alcance de los satélites de ayuda a la navegación, desaparecían los conceptos de longitud, latitud y dirección. Sus brújulas eran inútiles debido a la distorsión electromagnética. Así pues, convirtió los días del mes en su verdadero norte. Estaban penetrando en territorio sin nombres humanos, encontrando lugares cuya existencia nadie conocía. A medida que avanzaban, empezó a describir lo indescriptible y a darle nombre a lo que no lo tenía.

Durante el día, tomaba notas. Por la noche, mientras se instalaba el campamento, abría el tubo de cuero donde guardaba el papel y extendía ante ella los lápices y acuarelas. Realizaba dos tipos de mapas, uno con una vista general o croquis del infierno, que se correspondía con la proyección de su ruta hecha por ordenador por Helios. Incluía fechas, con las correspondientes alturas y lugares aproximados, que relacionaba con alguna característica del lecho del océano que se encontraba sobre ellos.

Pero lo que la enorgullecía eran los mapas diurnos, los del segundo tipo, verdaderos gráficos del avance concreto realizado cada día. Las fotografías de la expedición se revelarían algún día en la superficie, pero, por el momento, eran sus pequeñas acuarelas, bocetos a lápiz y notas marginales lo que constituía la memoria de la expedición. Dibujaba y pintaba todo aquello que le llamaba la atención, como las muestras de arte rupestre o los grupos de calcitas verdes veteadas de minerales rojo *cereza* que flotaban en estanques de agua, o las perlas rupestres que se arremolinaban como nidos de huevos de colibríes. Intentó reflejar algo similar a viajar por el interior de un cuerpo vivo, representando las articulaciones y pliegues de la tierra, la viva piedra fluida, las estalagmitas enroscándose hacia lo alto, como sinapsis en busca de una conexión. Todo aquello le parecía hermoso. Seguramente, Dios no había creado un lugar semejante como una especie de gulag espiritual.

Incluso a los mercenarios y porteadores les agradaba mirar sus mapas. La gente disfrutaba viendo cómo su viaje adquiría vida bajo sus lápices y pinceles. Sus mapas los reconfortaban a todos. Se veían a sí mismos en los detalles minuciosos. Al observar su trabajo, tenían la sensación de ejercer un control sobre aquel mundo inexplorado.

El 9 de julio, su mapa del día incluía una anotación que produjo mucha alegría: «9.55, 8.870 m. Señales de radio», decía.

Aquella mañana, cuando todavía no habían levantado el campamento, el especialista en comunicaciones de Walker captó las señales. Toda la expedición se mantuvo a la espera mientras se colocaban más sensores y se registraba

pacientemente la transmisión de onda larga. Tardaron cuatro horas en captar un mensaje que sólo duraba 45 segundos reproducido a velocidad normal. Todos lo escucharon. Para su decepción, no iba dirigido a ellos.

Afortunadamente, una de las mujeres conocía bien el mandarín. Se trataba de una señal de socorro emitida por un submarino de la República Popular de China.

—Fíjense en esto —dijo la mujer—. Ese mensaje se emitió hace nueve años.

Eso extrañó a todos.

«15 de julio —registró Ali más adelante—, 18.40, 9.090 m. Más señales de radio.»

Esta vez, tras esperar a que las ondas largas latieran a través del basalto y de las zonas minerales, lo que recibieron fue una transmisión de sí mismos. Estaba codificada digitalmente en un código característico y propio de la expedición. Una vez traducido, el mensaje les habló de una desesperada situación de hambruna. Lo más extraño de todo era que, una vez digitalizado, se pudo comprobar que el despacho se había enviado cinco meses más tarde, en el futuro. Gitner se adelantó e identificó la voz de la cinta como la suya. Era un hombre al que no le gustaban las bromas, y exigió indignado una explicación. Un aficionado a la ciencia ficción sugirió que los cambios geomagnéticos podrían haber causado una deformación del tiempo, y supuso que el mensaje era una especie de profecía de lo que les aguardaba. Gitner dijo que aquello eran tonterías. No obstante, allí estaba, y la gente estuvo de acuerdo en que se trataba de una buena historia de fantasmas. La anotación del mapa de Ali de aquel día incluía un diminuto fantasma Casper, con la descripción de la voz fantasma.

En sus mapas se incluyó también la detección de la primera vida genuinamente abisal. Dos planetólogos la detectaron en una grieta y, tras apoderarse de ella, regresaron corriendo al campamento con su prisionera. Se trataba de una pelusa bacteriana de poco más de un centímetro, que formaba un ecosistema microbiano litoautotrófico de subsuperficie, SLIME en la jerga de los especialistas. Para los no entendidos, era un devorador de roca.

—¿De veras? —se limitó a preguntar Shoat. El descubrimiento de una bacteria capaz de comerse el basalto eliminaba la necesidad de la luz solar. Significaba que el abismo era capaz de mantenerse a sí mismo. El infierno era perfectamente capaz de autoabastecerse.

El 17 de julio encontraron un guerrero fosilizado. Era humano y probablemente databa del siglo XVI. Su carne se había transformado en piedra caliza. Su armadura estaba intacta. Imaginaron que había llegado hasta allí desde el Perú, como un Pizarro o un Don Quijote que hubiera penetrado en aquella oscuridad eterna por la fe, la gloria o el oro. Quienes tenían cámaras y grabadoras documentaron el descubrimiento del caballero perdido. Uno de los geólogos intentó tomar una muestra de la vaina de roca que le rodeaba el cuerpo y sólo consiguió arrancarle una pierna.

El vandalismo accidental del geólogo pronto se vio superado por las consecuencias de la presencia misma del grupo. En el espacio de apenas tres horas,

las sustancias bioquímicas de la respiración generaron de forma espontánea una especie de musgo verdoso. Lo que sucedió después fue como contemplar impotentes un incendio. La vegetación, estimulada por el aire del interior de sus cuerpos, colonizó rápidamente las paredes e impregnó al conquistador. Mientras estaban allí, ante sus propios ojos, la figura se vio consumida por ella. Huyeron como si huyeran de sí mismos.

Ali se preguntó si, al pasar ante aquel caballero perdido, Ike lo había visto.

Incidente en la provincia de Guangdong República Popular de China

Oscurecía; esta denominada «ciudad milagro» ni siquiera existía en los mapas.

Holly Ann hubiera deseado que el señor Li condujera un poco más deprisa. El guía de la agencia de adopción no era un buen conductor, aunque, en realidad, tampoco era un verdadero guía. Ocho ciudades recorridas, quince orfanatos visitados, veintidós mil dólares gastados y seguían sin bebé.

Wade, su esposo, miraba, con la nariz enyesada, por la ventanilla opuesta. Durante los diez últimos días habían cruzado las provincias meridionales, soportado inundaciones, enfermedades y pestilencias; incluso habían estado al borde del hambre. Su paciencia estaba hecha añicos.

Era extraño, pero en todas partes encontraban lo mismo. Cada vez que iban de visita, los orfanatos aparecían vacíos de niños. De vez en cuando encontraban marchitas y pequeñas deformidades, hidrocefálicos, mongoloides o niños genéticamente condenados, a los que sólo les quedaban unos pocos alientos para morir. Por lo demás, China parecía haberse quedado repentina e inexplicablemente sin huérfanos que adoptar.

Se suponía que las cosas no debían ser de este modo. La agencia de adopción anunciaba que en China había multitud de expósitos, sobre todo niñas, cientos de miles de ellas, diminutas y rechazadas por familias que sólo podían tener un hijo y querían que fuese varón. Holly Ann había leído en alguna parte que aún seguía vendiéndose a las huérfanas como sirvientas, como *tongyangxi* o novias infantiles. Si lo que se quería era adoptar a una niña pequeña, nadie regresaba a casa con las manos vacías. «Hasta que llegamos nosotros», pensó Holly Ann. Era como si alguien hubiese pasado con una gran aspiradora y hubiese limpiado el lugar. Faltaban incluso algo más que huérfanos. Faltaban niños. Podían verse pruebas de su existencia, como juguetes, cometas, pizarras de tiza. Pero en las calles no se veía un solo niño menor de diez años.

—¿Dónde han podido meterse? —preguntaba Holly Ann todas las noches.

A Wade se le había ocurrido una teoría.

—Creen que hemos venido a robarles a sus niños. Seguramente nos los ocultan.

A partir de aquella observación habían emprendido la incursión guerrillera del día de hoy. Sorprendentemente, el señor Li se mostró de acuerdo con la idea. Visitarían un orfanato apartado de las rutas convencionales, sin advertir previamente de su visita.

A medida que se acercaba la noche, el señor Lí se introdujo cada vez más profundamente en el dédalo de callejones. Holly Ann no esperaba encontrarse con

una selva virgen llena de pandas y templos a lo *kung fu* bajo la Gran Muralla, pero esto parecía obra de un planificador urbano loco, con desviaciones y callejones sin salida unidos por hilos eléctricos, oxidado hormigón armado y andamiajes de bambú. El sur de China debía de ser el lugar más feo de la Tierra. Se estaban nivelando las montañas para rellenar charcas y lagos. Se construían presas en los ríos. Extrañamente, al mismo tiempo que estas gentes nivelaban la tierra, atestaban también el cielo. Lo que hacían era como robar el sol para alimentar la noche.

La lluvia ácida empezó a golpear el parabrisas con besos pegajosos, amarillentos y nauseabundos como escupitajos. Las profundas minas de carbón abrían agujeros como panales en las colinas de aquel distrito donde todo el mundo quemaba carbón. El aire hedía.

El asfalto se convirtió en un camino de tierra. El sol se puso. Era la hora de las brujas. No habían visto nada igual en otras ciudades. Los policías, con sus uniformes verdes, desaparecieron de la vista. Desde los umbrales de las puertas y las ventanas y los nichos de los callejones de habitáculos altos, las miradas seguían a los *gweilo*, los diablos blancos, antes de transferirlos a otras miradas.

La oscuridad pareció petrificarse. El señor Li aminoró la marcha, evidentemente perdido. Bajó la ventanilla y llamó por señas a un hombre que estaba en la acera, al que ofreció un cigarrillo. Hablaron. Al cabo de un rato, el hombre sacó una bicicleta y el señor Li reinició la marcha, con su guía sujetándose a la puerta del vehículo. De vez en cuando, el ciclista emitía una orden y el señor Li giraba para entrar por otra calle. La lluvia entraba por la ventanilla abierta y salpicaba los asientos de atrás.

Uno al lado del otro, el coche y el ciclista efectuaron giros y más giros durante otros cinco minutos. Luego, el hombre gruñó algo y golpeó el techo del coche. Se apartó de ellos y se alejó pedaleando.

—Aquí —anunció el señor Li.

—Debe de estar bromeando —dijo Wade.

Holly Ann alargó el cuello para ver mejor a través del parabrisas. Ante ellos, rodeado de alambre de espino, se levantaban las paredes grises de un complejo fabril. Parecía achaparrado bajo la luz de sus duros focos. Algunos trozos de ominosa tela negra se habían atado a la alambrada, y en las paredes se veían grandes y feos caracteres en intensa pintura roja. Hacia el fondo, los rascacielos a medio terminar bloqueaban la vista. Habían llegado a una especie de epicentro muerto. Mirase donde mirase, una quietud de piedra irradiaba a partir de allí.

—Acabemos de una vez con esto —dijo Wade, que se bajó del coche. Empujó la puerta de entrada. La alambrada se onduló como el azogue. Holly Ann cambió su primera impresión. Aquello no parecía una fábrica, sino una prisión.

—¿Qué clase de orfanato es este? —le preguntó al señor Li.

—Buen lugar, no problema —dijo el hombre, aunque parecía un tanto nervioso.

Wade golpeó la puerta de estilo industrial. La decoración, a base de ladrillo y cemento armado, lo empequeñecía. Al ver que nadie contestaba, se limitó a hacer girar la manija y la puerta metálica se abrió. No se volvió para preguntar si era conveniente entrar o no. Simplemente, entró.

—Estupendo, Wade —murmuró Holly Ann.

Holly Ann bajó del coche. La puerta del señor Li permaneció cerrada. Ella lo miró por el parabrisas y le dio unos golpecitos en el cristal para llamarlo. El hombre la miró a través de su pequeña nube de humo de tabaco, como si quisiera privarla de vida, y luego se inclinó para apagar el motor. Los limpiaparabrisas dejaron de moverse de un lado a otro. La imagen del hombre quedó difuminada por la lluvia. Finalmente, se apeó.

Dejándose llevar por un impulso, Holly Ann se inclinó sobre los asientos de atrás y tomó un paquete de pañales desechables. El señor Li dejó los faros encendidos, pero cerró con llave todas las puertas.

—Bandidos —explicó.

Holly Ann abrió la marcha. Las palabras pintadas con trazos malignos los dominaban desde ambos lados. Observó entonces los lugares chamuscados, allí donde las llamas habían lamido el ladrillo. Al pie de la pared había gran cantidad de cristales rotos de los cócteles molotov. ¿Quién habría asaltado un orfanato?

La puerta de metal estaba fría. El señor Li se le adelantó y entró en la oscuridad.

—Espere —le dijo ella.

Pero los pasos del hombre ya se perdían por el pasillo.

Recordando el propósito que los había llevado hasta allí, Holly Ann entró. Respiró profundamente y olió la evidencia. Bebés. Buscó figuras de cartón, rayas de tiza o manchas de pequeñas manos en la parte inferior de las paredes. En lugar de eso sólo observó el *stacatto* de los agujeros y las desportilladuras que invadían el enyesado. Termitas, pensó asqueada.

—¿Wade? —llamó. Ante el silencio, probó de nuevo—. ¿Señor Li?

Continuó pasillo abajo. El musgo florecía en las grietas. Todas las puertas habían desaparecido. Cada estancia la miraba desde la negrura. Si alguna vez había habido ventanas, tenían que haberlas tapiado. Aquel lugar era completamente estanco y aislado. Llegó entonces a un rimero de luces de Navidad.

Fue la visión más extraña de todas. Alguien había colgado cientos de luces de Navidad, rojas, verdes y blancas, que parpadeaban, y hasta luces de color chile rojo, y rana verde y trucha turquesa, como las que se encuentran en los restaurantes mexicanos allá, en casa. Quizá eso les gustara a los huérfanos.

El aire cambió. Un olor se infiltró hasta llegar a ella. El amoniaco de los orines. El olor a deposición de bebé. No había error posible. Allí había bebés. Holly Ann sonrió por primera vez en varias semanas. Casi se abrazó a sí misma.

—¿Oiga? —llamó.

Una voz infantil balbuceó algo en la oscuridad. Holly Ann levantó la cabeza. Por un momento hasta pensó que aquella alma diminuta la había llamado por su nombre.

Siguió el sonido hacia una estancia lateral que olía a residuos humanos y a basuras. El parpadeo de las luces de Navidad no llegaba hasta allí. Holly Ann se preparó, se agachó y, apoyada sobre sus pies y sus manos, avanzó a través del montón, guiándose por el tacto. La basura estaba fría. Necesitó echar mano de todo

su control para no pensar en lo que estaba sintiendo. Era materia vegetal, arroz cocido, carne desechada. Pero, por encima de todo, intentó no pensar en alguien capaz de arrojar a la basura a un niño vivo.

El suelo descendía suavemente hacia el fondo. Quizá se hubiera producido un terremoto. Notó una ligera corriente de aire que le daba en la cara. Parecía proceder de algún lugar más profundo. Recordó la gran cantidad de minas de carbón que había por allí. Cabía la posibilidad de que hubiesen construido la ciudad sobre antiguos túneles que ahora se derrumbaban bajo su peso. Encontró al bebé por el calor que despedía. Lo levantó como si hubiera sido siempre suyo, como si lo tomara directamente de la cuna. La pequeña criatura estaba desnuda y grasienta y despedía un olor agrio. Era diminuta. Holly Ann le pasó las yemas de los dedos por la frente y vio que el cordón umbilical estaba recortado y blando, como si lo hubieran mordido hacía poco. Era una niña, y no debería de tener más que unos pocos días. Holly Ann sostuvo el pequeño cuerpo contra su hombro y escuchó. El alma se le cayó a los pies. Lo supo instantáneamente. El bebé estaba enfermo. Se estaba muriendo.

—Oh, cariño —susurró. Le fallaba el corazón. Se le encharcaban los pulmones. Podía escucharlo. No debía de faltar mucho para el final. Holly Ann envolvió a la niña en su suéter y se arrodilló entre el montón de pútrida basura, acunándola. Quizá fuera eso lo que estaba destinada a tener, una maternidad que únicamente durase unos pocos minutos. Mejor eso que nada, pensó. Se levantó y miró hacia el pasillo y las luces de Navidad.

Un pequeño ruido la detuvo. El sonido tenía varias partes, como si se tratara de un escorpión metálico que levantara la cola, preparándose para atacar. Lentamente, Holly Ann se volvió.

Al principio no se dio cuenta del fusil y del uniforme militar. Lo único que vio fue a una mujer muy alta y fornida que no había sonreído desde hacía muchos años. La nariz debió de habersele roto hacia un lado mucho tiempo atrás. El pelo se lo tenían que haber cortado con un cuchillo. Ofrecía el aspecto de alguien que ha estado luchando, y perdiendo, durante toda su vida.

La mujer le siseó algo a Holly Ann en un batiburrillo de chino. Le hizo un gesto colérico, señalando el bulto arropado en el suéter. Su exigencia no dejaba lugar a dudas. Quería que devolviera a la niña y la dejara en el montón de basura de aquella horrible habitación.

Holly Ann retrocedió y aferró con más fuerza al bebé. Lentamente, levantó el paquete de pañales desechables.

—Está bien —le aseguró a la mujer alta.

Las mujeres se estudiaron una a otra, como si pertenecieran a dos especies diferentes. Holly Ann se preguntó si acaso sería aquella la madre de la niña. Decidió que no podía serlo.

De repente, la mujer china frunció el ceño y apartó los pañales con el cañón de su fusil. Extendió una mano hacia la niña. Era una mano campesina, gruesa, callosa y varonil.

Holly Ann nunca había peleado a puñetazos en toda su vida, y mucho menos le había propinado un puñetazo a alguien. Así, el primero que lanzó conectó con la delgada boca de la mujer. No fue muy potente, pero hizo brotar sangre.

Retrocedió, asustada ante su propia violencia, y rodeó al bebé con los dos brazos.

La mujer china se limpió el hilillo de sangre que le corría por la comisura de la boca y adelantó el cañón del fusil. Holly Ann estaba aterrorizada. Pero, por la razón que fuese, la mujer se limitó a susurrar lo que pareció una imprecación y le hizo un gesto con el arma.

Holly Ann se encaminó hacia donde le indicaba. Seguramente, Wade aparecería en cualquier momento. El dinero cambiaría de manos y podrían marcharse de aquel terrible lugar.

Con la boca del cañón apretada contra su espalda, Holly Ann subió sobre un montón de ladrillos y sacos terreros desgarrados. Llegaron ante un tramo de escalones y empezaron a subir. Algo crujió bajo sus pies, como escarabajos metálicos. Holly Ann observó una profunda capa de cientos de vainas de balas, todas ellas impregnadas de una húmeda coloración verde gris.

Siguieron subiendo, primero tres pisos, luego cinco. Holly Ann se las arregló para mantener el paso, sin soltar a la niña. No le quedaba otra alternativa. De repente, la mujer sujetó a Holly Ann por el brazo. Se detuvieron. Esta vez el fusil apuntó hacia el hueco de la escalera.

Allá abajo se movía algo. Parecían anguilas agitándose enroscadas en el barro. Las dos mujeres compartieron una temerosa mirada. Por un instante, tuvieron algo en común: su miedo. Holly Ann protegió suavemente a la niña con el brazo. Al cabo de un momento, la mujer china la hizo ponerse de nuevo en movimiento, esta vez con mayor rapidez.

Llegaron al piso superior. El tejado se abría en huecos violentos y Holly Ann pudo ver los retazos de un cielo estrellado. Olió a aire fresco. Pasaron sobre una pequeña pasarela de madera chamuscada y bloques de ceniza y se acercaron a una puerta brillantemente iluminada.

Habían apilado sacos de cemento a modo de sacos terreros, formando una barricada. Las partes delanteras estaban rajadas y abiertas y la lluvia había empapado el material derramado, convirtiéndolo en duros nudos de cemento. Aquello era como escalar pliegues de lava.

Holly Ann se esforzó, aferrando con un brazo a la niña. Cerca de lo alto, se golpeó la cabeza contra el frío tubo de un cañón que apuntaba hacia el lugar por donde ellas habían llegado. Unas manos con las uñas rotas se tendieron hacia abajo, desde el resplandor eléctrico, para ayudarla a subir.

El paisaje cambió de repente. Aquello fue como entrar en un campamento asediado, con soldados por todas partes, cañones, arquitectura con huellas de explosiones y la lluvia cayendo a través de las grandes heridas abiertas en el techo. Para el enorme alivio de Holly Ann, Wade estaba allí, sentado en un rincón, con la cabeza entre las manos.

En otro tiempo la estancia donde se encontraban debía de haber sido un pequeño auditorio o una cafetería. Ahora, el espacio estaba iluminado por potentes focos de gulag estalinista, y ofrecía el aspecto del último bastión del general Custer. Varios soldados del Ejército Popular de Liberación, la mayoría enfundados en uniformes verde guisante o de camuflaje negro a rayas, se hallaban entregados a sus tareas, entre las armas. Le indicaron una amplia litera a Holly Ann. Algunos mandos vestidos con camuflaje negro a rayas señalaron al bebé que ella llevaba envuelto en el suéter.

En la distancia, el señor Li hablaba con un oficial que llevaba la espina de hierro de héroe del pueblo. Su cabello corto era gris, y parecía cansado.

Holly Ann se acercó a Wade. Tenía los ojos cubiertos de sangre, a causa de una herida en la línea del cráneo.

—Wade —le dijo.

—¿Holly Ann? —preguntó él—. Gracias a Dios. El señor Li les dijo que todavía estabas ahí abajo. Enviaron a alguien a buscarte.

Ella evitó su fuerte abrazo.

—Tengo algo que mostrarte —le anunció en voz baja.

—Este lugar es peligroso —le dijo Wade—. Está ocurriendo algo. Una revolución o algo así. Le entregué a Li todo nuestro dinero. Le dije que le pagaría lo que fuese con tal de que nos sacara de aquí.

—Wade —le espetó ella.

Pero él no la escuchaba. De repente, una voz atronó desde donde estaba el señor Li. Era el oficial. Le gritaba a la rescatadora de Holly Ann, a la mujer alta. A su alrededor, los soldados parecían enojados o avergonzados por ella. Evidentemente, había cometido algún grave acto de trasgresión, y Holly Ann sabía que tenía que ver con el bebé.

El oficial se abrió la pistolera de cuero y la miró. Desenfundó la pistola.

—Santo Dios —murmuró Holly Ann.

—¿Qué? —dijo Wade.

Se quedó allí de pie, como un monstruo desconcertado. Inútil.

Había llegado su momento. Holly Ann se asombró a sí misma con su determinación. A medida que el oficial se le acercaba, ella salió a su encuentro. Se encontraron en el centro de la estancia cubierta de cascotes.

—Señor Li —ordenó Holly Ann.

El señor Li la miró furiosamente, pero se acercó.

—Dígale a este hombre que ya he seleccionado a mi hija —dijo—. Tengo medicamentos en el coche. Y ahora quiero marcharme a casa.

El señor Li empezó a traducir, pero el oficial, bruscamente, introdujo una bala en la recámara. El señor Li parpadeó rápidamente. Estaba muy pálido. El oficial le dijo algo.

—Déjelo en el suelo —le dijo el señor Li a Holly Ann.

—Tenemos todos los permisos necesarios —explicó ella con tono sereno. Luego, volviéndose directamente hacia el oficial, añadió—: En el coche, permisos, ¿comprende? Pasaportes. Documentos.

—Por favor, déjelo en el suelo —repitió el señor Li, esta vez muy suavemente, señalándole al bebé—. Eso —añadió, como si se tratara de algo sucio.

Holly Ann lo despreció. Despreciaba a China. Despreciaba al Dios que permitía que sucedieran aquellas cosas.

—Es una niña —dijo Holly Ann—. Y viene conmigo.

—No bueno —dijo el señor Li suavemente complacido.

—Si no me la llevo morirá.

—Sí.

—¿Holly Ann?

Wade se acercó por detrás de ella, como un ciego en Gaza.

—Es un bebé, Wade. Nuestro bebé. Yo la encontré. En un montón de basura. Y ahora quieren matarla. —Notó cómo el bebé se movía. Los diminutos dedos le tiraban de su blusa.

—¿Un bebé?

—No —dijo el señor Li.

—Me la llevo a casa con nosotros.

El señor Li negó enfáticamente con un gesto de la cabeza.

—Entrégueles el dinero —ordenó ella.

—Somos ciudadanos estadounidenses —fanfarroneó Wade estúpidamente—. Se lo ha dicho, ¿verdad?

—Esto no es para usted —dijo el señor Li—. Es un trato, ¿comprende? Esto a cambio de aquello.

Ella percibió el hambre de la niña, los diminutos labios que tanteaban en busca de un pezón.

—¿Un trato? —preguntó—. ¿Con quién está haciendo tratos? —El señor Li miró nerviosamente a los soldados—. ¿Con quién? —insistió ella.

—Con ellos —contestó finalmente el señor Li señalando hacia el suelo.

—¿Qué? —exclamó ella mareada.

—Nuestros bebés. Sus bebés. Intercambio.

El bebé emitió un ligero sonido.

Por encima del hombro del señor Li, Holly Ann vio al oficial que apuntaba con su arma. Vio una llamarada de color brotar del cañón.

Holly Ann apenas sintió la bala. Su caída al suelo fue más bien como si flotara. Y durante toda la caída no soltó en ningún momento a la niña.

Por encima de ella atronaron unas sombras violentas. Sonaron más disparos. Alguien rugió su nombre.

Sonrió y, muy suavemente, descansó la cabeza contra el bulto que sostenía junto a su hombro. La pequeña sin nombre, sin suerte. «Te pertenezco.» Antes de que pudieran llegar a su lado, Holly Ann hizo lo único que le quedaba por hacer. Destapó a la hija que China había rechazado. Había llegado el momento de decirle adiós.

En su búsqueda de un niño por todo el mundo, Holly Ann había visto bebés de todas las razas y colores. Estaba convencida de que aquella búsqueda la había cambiado para siempre. Ojos negros o azules, cabello ensortijado o recto, piel achocolatada, amarilla, amarronada o blanca. Ojos bizcos, ciegos o de mirar recto. Nada de todo eso importaba.

Al abrir el suéter que contenía al bebé Holly Ann esperaba reconocer su humanidad común en aquel diminuto ser. Cada niño era como un cáliz. Ésa era su convicción. Hasta entonces.

Incluso a punto de morir, Holly Ann pudo apartar aquella cosa de un manotazo.

«¡Oh, Dios mío!», maldijo y cerró los ojos.

La despertó un sonido, como de gigantes caminando. Miró. No eran pasos, sino el viejo oficial que apuntaba cuidadosamente y disparaba, persiguiendo al recién nacido.

Finalmente, acabó su tarea.

Y ella se alegró.

12

ANIMALES

*La naturaleza había adaptado los ojos de los liliputienses
para que pudieran ver adecuadamente todos los objetos.*

JONATHAN SWIFT, Los viajes de Gulliver

Los túneles de June

Los mortales se alimentaron en las ensortijadas entrañas de granito. La carne todavía estaba caliente por la vida. Aquello fue algo más que alimento y algo menos que sacramento. La carne es un hito, una vez que se ha probado su sabor. El truco consiste en poner el reloj en hora, por así decirlo, y luego marcar categóricamente los cambios de tono u olor, o las diferencias en la piel, la musculatura y la sangre, a medida que te mueves por el territorio. Hay que memorizar los detalles que, a partir de entonces, pueden empezar a orientarte, en una cartografía basada en la carne cruda. En términos de sabor, el hígado era a menudo lo más inconfundible, aunque a veces lo era el corazón.

Se acurrucó en la bolsa de oscuridad, con aquella criatura apretada entre los muslos, abierta la cavidad del pecho. Lo revolvió todo. Como un marino que tratara de encontrar el norte, guardó en la memoria los órganos, su posición y tamaño relativos, su olor. Probó diferentes piezas, sólo para comprobar su sabor. Palmeó el cráneo, levantó las extremidades y pasó las manos a lo largo de ellas.

Nunca había encontrado una bestia como aquella. Su singularidad no se le antojaba un nuevo filo o especie. Apenas registró el asesinato al nivel del lenguaje. Y, sin embargo, formaría permanentemente parte de él. Recordaría a aquella criatura con todo detalle.

Con la cabeza en alto para escuchar a los intrusos, introdujo las manos dentro del pellejo del animal y dejó que le invadiera su sensación de maravilla. Fue escrupulosamente respetuoso. Era un estudiante, nada más. El animal era su maestro. No se trataba únicamente de situarse al este o al sur. Las profundidades eran a veces mucho más coherentes y la consistencia de la carne serviría como una especie de altímetro. En los mares, profundos monstruos batipelágicos como el pez pescador se movían con lentitud, con un índice metabólico tan bajo que apenas alcanzaba el uno por ciento de los peces que vivían cerca de la superficie. Los tejidos

de su cuerpo eran acuosos, con poco músculo y sin grasa. Lo mismo sucedía a ciertas profundidades en el subplaneta. Allí abajo, en algunos de aquellos canales, se encontraban reptiles o peces que eran poco más que verduras con dientes. No valía la pena comer ni siquiera los que no eran venenosos. Su valor energético apenas superaba el del aire. Pero incluso esos se los había comido.

Una vez más, había más razones para cazarlos que el simple hecho de llenarse el estómago. Actuando con cuidado, se podía trazar un curso, encontrar un destino, localizar agua, evitar... o seguir la pista de los enemigos. Eso convertía la simple supervivencia en algo más, en un viaje, en un destino. El cuerpo le hablaba. Lo palpó en busca de los ojos y encontró pedúnculos; intentó separar los párpados y los halló sellados. Ciego. Las garras eran las de un animal de presa, con pulgar oponible. Lo había encontrado dejándose llevar por la brisa del túnel, pero las alas eran demasiado pequeñas para efectuar un verdadero vuelo. Empezó a palpar de nuevo por la parte de arriba. El hocico. Dientes de leche, pero tan afilados como agujas. La forma en que se movían las articulaciones. Los genitales; sí, éste era macho. Los huesos de la cadera, con abrasiones causadas por los roces contra la piedra. Apretó la vejiga y el líquido que contenía despidió un fuerte olor. Tomó un pie, lo apretó contra la suciedad del suelo y palpó la huella.

Y todo eso lo hizo sumido en la más completa oscuridad:

Finalmente, Ike terminó su inspección. Volvió a dejar las partes en el interior de la cavidad, le dobló los brazos e introdujo el cuerpo, a presión, en una grieta de la pared.

Penetraron en una serie de profundas trincheras que parecían cañones terrestres, pero que no habían sido cortadas por el fluir del agua. En este caso, se trataba de restos diseminados por un lecho marino y fosilizados. Habían encontrado, pues, un fondo oceánico, completamente seco, 1.280 metros por debajo del fondo del océano Pacífico.

Por la noche establecieron el campamento cerca de un enorme lecho de coral que se extendía a derecha e izquierda, perdiéndose en la oscuridad. Era como un bosque de Sherwood de pólipos calcificados. Grandes ramas, como de roble, se elevaban hacia lo alto y lo ancho, mostrando sus colores verdes, azules, rosados pastel e intensos rojos, secretados, según comentó el geobotánico, por un antecesor de la gorgonia *Corallium nobile*. Allí había abanicos marinos disecados con sus extremidades extendidas, tan antiguos que sus colores se habían degradado hasta adquirir un tono blanquecino cercano a la transparencia. A sus pies yacían antiguos animales marinos, convertidos en piedra.

La expedición llevaba ya más de cuatro semanas de marcha y Shoat y Walker aceptaron la petición de los científicos de quedarse allí dos días. Durante su estancia en el yacimiento de coral, los científicos apenas pudieron dormir. Ya nunca más volverían a pasar por aquel lugar. Quizá no volviera a pasar ningún otro ser humano. Recogieron frenéticamente muestras de esta evolución alternativa. En lugar de

llevarlas consigo, dispusieron el material para su conservación digital en sus discos duros, y las videocámaras estuvieron funcionando día y noche.

Walker les llevó dos animales alados, todavía vivos.

—Ángeles caídos —anunció.

Estaban boca abajo, atados con cuerda, todavía envenenados por el sedante. Un soldado había sido mordido por uno de ellos y sufría vómitos secos. Se podía ver qué animal lo había mordido porque tenía el ala izquierda aplastada por una bota.

En realidad, claro está, no eran ángeles caídos. Eran demonios. Gárgolas.

—¡Abisales! —exclamó alguien—. ¡Por fin!

Los científicos se acercaron, mirando con ojos desorbitados a las débiles bestias, torpes en su pavor y respeto. Los animales se retorcían. Uno arrojó un angelical arco de orina.

—¿Cómo te las has arreglado para conseguirlos, Walker? ¿Dónde los has encontrado?

—Ordené a mis hombres que narcotizaran a sus presas. Ya se estaban comiendo a otro de estos. Lo único que tuvimos que hacer fue esperar tranquilamente a que regresaran a comer unos cuantos más, y entonces atraparlos.

—¿Hay más?

—Dos o tres docenas. Quizá cientos, toda una bandada o una pollada. Son como murciélagos, o como monos.

—Una nidada —dijo uno de los biólogos.

—Les he ordenado a mis hombres que se mantengan a distancia. Hemos establecido una zona de caza en la boca del túnel. No corremos ningún peligro.

Por lo visto, Shoat también había estado allí.

—Tendríais que oler su estiércol —comentó.

Cuando algunos de los portadores vieron a los animales, murmuraron entre sí y se persignaron. Los soldados de i Walker los apartaron bruscamente.

No es habitual que en el campamento de un naturalista aparezcan ejemplares vivos de especies desconocidas, especialmente de vertebrados superiores de sangre caliente. Los científicos no tardaron en tomar sus cintas métricas, bolígrafos y una buena iluminación.

El más largo de ellos medía cincuenta y seis centímetros y mostraba maravillosos colores, desde ricas tonalidades color orquídea, hasta moteados púrpura, turquesa y beige. Aquella era una más de las paradojas de la naturaleza: ¿de qué servía tanta coloración en aquella oscuridad?

El grande tenía tetillas de lactancia, que alguien apretó obteniendo un goteo de leche, y unos abultados labios carmesí. A primera vista, el otro parecía tener genitales, pero la punta de un bolígrafo abrió los pliegues para dejar al descubierto una sorpresa.

—¿Qué es lo que veo aquí?

—Es un pene, de acuerdo.

—No es que sea demasiado grande.

—Me recuerda a un tipo con el que salí —dijo una de las mujeres.

Pero, a pesar de fanfarronear y gastar chanzas, no dejaban de obtener información de aquellos cuerpos. El animal más alto era una hembra criando y en celo. El otro era un macho con erosionados molares triangulares y zarpas encallecidas y acolchadas, garras astilladas y zonas ulceradas allí donde los huesos de codos, rodillas y hombros habían rozado la roca. Eso, unido a otras muestras de envejecimiento, lo eliminaban como «hijo» de la hembra. Quizá fueran pareja. En cualquier caso, la hembra tenía probablemente a uno o más pequeños esperando su regreso.

Con accesos de temblor, los dos animales se recuperaron de los sedantes de Walker. Volvieron a la plena conciencia para sufrir la conmoción de las luces de los humanos y hundirse de nuevo en un estado de estupor.

—Mantened esas cuerdas bien apretadas, porque muerden —dijo Walker mientras las criaturas se estremecían, forcejeaban y volvían a caer en la semiinconsciencia.

Eran diminutas y no parecía posible que pudieran ser los abisales que habían aniquilado a ejércitos enteros, dejado huellas de arte rupestre y acobardado a los humanos durante eones.

—No son King Kong —dijo Ali—. Fijaos en ellos, apenas pesan quince kilos cada uno. Los mataréis con esas cuerdas tan apretadas.

—No puedo creer que le hayáis destrozado el ala —le reprochó un biólogo a Walker—. Probablemente sólo defendía su nido.

—¿Qué es esto? —replicó Shoat con sorna—. ¿El día de los derechos de los animales?

—Se me ocurre una pregunta —dijo Ali—. Se supone que debemos partir por la mañana. ¿Qué hacemos entonces? No son precisamente animales de compañía. ¿Los llevamos con nosotros? ¿Deberíamos retenerlos más tiempo aquí?

La expresión de Walker, complacida al principio, se puso seria. Evidentemente, pensaba que ella era una desagradecida. Shoat observó el cambio y le dirigió a Ali un gesto de asentimiento, como felicitándola por un trabajo bien hecho.

—Bueno, el caso es que ahora los tenemos —dijo un geólogo encogiéndose de hombros—. No podemos desperdiciar una oportunidad como ésta.

No tenían redes, jaulas o medios para limitar sus movimientos. Mientras los animales se mantenían relativamente inmóviles, los biólogos los amordazaron con alambre, y ataron a cada uno de ellos a la estructura de una mochila, con las alas y los brazos extendidos y los pies sujetos con alambre por debajo. La envergadura de sus alas era modesta, inferior a la de su altura.

—¿Pueden volar realmente? —preguntó alguien—. ¿O son simplemente oportunistas aéreos que planean lanzándose desde lugares altos?

Durante la hora siguiente debatieron apasionadamente esos y otra clase de detalles. De una u otra forma, todos estuvieron de acuerdo en que eran prosimios que, de algún modo, se habían caído del árbol genealógico de los primates.

—Fijaos en esa cara casi humana, como una de esas cabezas reducidas de los jíbaros que se ven en las exposiciones antropológicas. ¿Cuál es la medición craneal de este tipo?

—En relación con el tamaño del cuerpo corresponde, en el mejor de los casos, a la de un mono del Mioceno.

—Son radicalmente nocturnos, como imaginaba —dijo Spurrier—. Y fijaos en el *rhinarium*, esta mancha húmeda de piel. Es como la punta de la nariz de un perro. Creo que son *lemuriformes*. Un colonizador accidental. El econicho subterráneo tuvo que haber sido muy adecuado para ellos. Proliferaron. Su adaptación les permitió extenderse rápidamente. Las especies se diversificaron. Para eso sólo se necesita una hembra preñada que se aleje.

—Pero eso de desarrollar alas...

Las gárgolas empezaron a forcejear de nuevo. Era un lento forcejeo ciego. Una de ellas produjo un sonido, a medio camino entre un ladrido y el piar de un pájaro.

—¿Qué suponéis que pueden comer?

—Insectos —aventuró alguien.

—Podrían ser carnívoros. Fijaos en esos incisivos.

—¿Vais a estar hablando todo el día o vais a investigar? —intervino Shoat.

Antes de que nadie pudiera detenerle, sacó su machete de combate con estrías y doble filo y, de un solo movimiento, le cortó la cabeza al macho.

Se quedaron todos atónitos.

Ali fue la primera en reaccionar. Empujó a Shoat. No tenía el tamaño de los atletas-guerreros de Walker, pero era bastante macizo. Puso más energía en su segundo empujón, y esta vez consiguió hacerle retroceder un paso. Él le devolvió el empujón, con la mano abierta contra su hombro. Ali trastabilló. Rápidamente, Shoat hizo ademán de apartar el machete, como si ella pudiera hacerse daño con la hoja. Quedaron uno frente al otro.

—Cálmate —dijo él.

Más tarde, Ali cumpliría con su penitencia. Pero, por el momento, se sentía demasiado furiosa con él y únicamente deseaba golpearlo. Necesitó hacer un gran esfuerzo para apartarse. Se dirigió hacia el animal decapitado. Sorprendentemente, brotó poca sangre del tajo del cuello. Junto a él, el otro ejemplar empezó a forcejear salvajemente, con las garras curvadas arañando el aire. Las protestas del grupo fueron suaves.

—Eres un verraco, Montgomery —dijo uno de ellos.

—Adelante con lo que tengáis que hacer —dijo Shoat—. Abridle las tripas. Tomad vuestras fotos. Investigad el cráneo. Conseguir vuestras respuestas y luego liemos el petate y preparémonos para reanudar la marcha.

Y, tras decir esto, canturreó «Volvemos a la carretera», de Willie Nelson.

—Bárbaro —murmuró alguien.

—Ahórrate los comentarios —dijo Shoat y, señalando a Ali con el machete, añadió—: Nuestra buena samaritana lo dejó bien claro. No son animales de compañía y no podemos llevarlos con nosotros.

—Sabías perfectamente lo que quería decir —replicó Ali—. Tenemos que soltarlos, al menos al que queda con vida. La criatura que quedaba había dejado de forcejear. Levantó la cabeza y olisqueó atentamente, escuchando sus voces. Aquella concentración resultaba perturbadora.

Ali esperó a que el grupo la apoyara. Nadie lo hizo. Aquello sólo le concernía a ella.

De repente, se sintió tremendamente aislada de toda aquella gente marginada y peculiar. No se trataba de una sensación nueva. Siempre había sido un poco diferente, con respecto a sus compañeras de niña, con respecto a las novicias en St. Mary's, y hasta en relación con el mundo. Por alguna razón, sin embargo, no esperaba serlo aquí también.

Se sintió estúpida. Entonces se le ocurrió. Se habían separado de ella porque creían que aquello sólo era asunto suyo, algo que únicamente afectaba a una monja. Naturalmente, ella defendería la misericordia. Eso la hizo sentirse ridícula.

¿Y ahora qué?, se preguntó. ¿Disculparse? ¿Alejarse? Miró a Shoat, que estaba de pie junto a Walker, con una mueca burlona. Que la condenaran si iba a dejarse vencer por él.

Ali sacó la navaja suiza y trató de abrir una de las hojas.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó un biólogo.

—Lo voy a soltar —contestó tras un carraspeo.

—Ah, Ali, no creo que eso sea lo mejor ahora. Recuerda que el animal tiene un ala rota.

—No deberíamos haberlo aprisionado —dijo y trató de abrir de nuevo la hoja.

Pero ésta se había quedado encallada y con el esfuerzo se le rompió la uña al tirar de la pequeña ranura. Todo le salía mal. Notó que las lágrimas se le agolpaban en los ojos y bajó la cabeza para que al menos el cabello actuara a modo de cortina ante ellos.

—Déjeme pasar —dijo una voz desde atrás del grupo.

Hubo un momento general de sorpresa y luego el círculo se abrió. Ali se quedó todavía más sorprendida que los demás. Fue Ike el que avanzó y se situó a su lado.

No lo veían desde hacía más de tres semanas. Había cambiado. Tenía el pelo enmarañado y sucio y la camisa blanca y limpia había desaparecido, sustituida por un sucio pellejo gris. Tenía una herida a medio curar en un brazo y llevaba el feo desgarrón cubierto con algo de color rojo ocre. Ali le miró los brazos, cubiertos de cicatrices y marcas y, a lo largo de la parte interna de uno de los antebrazos, vio un texto grabado, como chuletas para un examen.

Había perdido u ocultado su mochila, pero la escopeta y el machete estaban en su lugar, junto con una pistola con silenciador. Llevaba puestas las abultadas gafas de alpinista y olía como un cazador. Su hombro rozó el de ella, su piel estaba fría. En su alivio, aunque ligero, Ali se apoyó contra él, por la seguridad que le transmitía.

—Empezábamos a preguntarnos si habrías regresado a casa —dijo el coronel Walker.

Ike no le dijo nada. Tomó la navaja de bolsillo de la mano de Ali y le abrió la hoja.

—Ella tiene razón —fue lo único que dijo.

Se inclinó sobre el animal que quedaba y, con un murmullo que sólo Ali pudo escuchar, dijo algo tranquilizador, pero también formal, como una especie de saludo, casi como una oración. El animal se quedó quieto y Ali tomó una parte de la cuerda para que Ike la cortara.

—Ahora veremos si estas cosas son realmente capaces de volar —comentó alguien.

Pero Ike no cortó la cuerda. Efectuó un corte rápido en la vena yugular del animal. A pesar de estar sujeta con alambre, la pequeña boca trató de absorber aire. Un instante después estaba muerto. Ike se incorporó y miró al grupo.

—No se deben hacer presas vivas.

Sin pensárselo dos veces, Ali le golpeó con el puño en el hombro, sin causarle el menor daño. Fue como acariciar a un caballo, de tan duro como era. Las lágrimas descendieron por sus mejillas.

—¿Por qué? —exigió saber.

Él cerró la navaja y se la devolvió con gesto solemne.

—Lo siento —le oyó susurrar, pero no a ella. Ante el asombro de Ali le hablaba al ser al que acababa de matar. Luego se volvió a mirar al grupo—. Eso ha sido un despilfarro de vida —les recriminó.

—Ahórrate los sermones —dijo Walker.

—Creía que ya sabías algunas cosas —dijo Ike mirándolo directamente.

Walker se ruborizó e Ike se volvió para mirar a los demás.

—No podéis quedaros más tiempo aquí. Los otros vendrán a ver lo que ha pasado. Tenemos que ponernos en marcha.

—Ike —dijo ella cuando el grupo ya empezaba a dispersarse.

Él se volvió para mirarla y Ali lo abofeteó.

13

EL SUDARIO

Así, el diablo siempre es el mono de Dios.
MARTÍN LUTERO, Charlas de sobremesa (1569)

Venecia, Italia

—Ali ha descendido más profundamente —informó January con gesto serio, mientras el grupo esperaba en la bóveda.

Ella había perdido bastante peso y tenía tensas las venas del cuello, como cuerdas de violín que le mantuvieran la cabeza sujeta a los huesos. Se sentó en una silla, con un vaso de agua mineral. Branch se acurrucaba junto a ella, hojeando tranquilamente una guía Baedeker de Venecia.

Era la primera vez que los miembros del Proyecto Beowulf se reunían desde hacía varios meses. Algunos habían estado muy ocupados en bibliotecas o museos; otros trabajando duramente, entrevistando a periodistas, soldados, misioneros, a todo aquel que tuviera experiencia en las profundidades. Todos habían participado en la búsqueda.

Se sentían encantados de hallarse en esta ciudad. Los tortuosos canales de Venecia conducían a mil y un lugares secretos. El espíritu renacentista se ocultaba agradablemente en sus plazas soleadas. La ironía era que en un domingo lleno de luz y de campanas de iglesia, se hubiesen reunido en la cámara de seguridad de un banco.

La mayoría de ellos parecían más jóvenes, bronceados y ágiles. Volvía a verse cierta chispa en sus ojos. Se sentían ávidos por compartir sus descubrimientos con los demás. January fue la primera en hacerlo.

Sólo el día anterior había recibido la carta de Ali, entregada por uno de los siete científicos que habían abandonado la expedición y que finalmente lograron salir del Punto Z-3. La historia contada por el científico y el informe de Ali resultaban bastante perturbadores. Tras la partida de Shoat y de su expedición, los disidentes tuvieron que esperar durante semanas, malhumorados y abandonados entre desplazados violentos. Hombres y mujeres por igual que fueron golpeados, violados y robados. Finalmente, un tren los condujo de regreso a la ciudad de Nazca. Una vez que lograron salir a la superficie tuvieron que someterse a tratamiento para combatir

un exótico hongo litosférico y diversas enfermedades venéreas, además de los habituales problemas de compresión. Pero sus desgracias palidecieron ante las noticias que trajeron consigo.

January sintetizó la estratagema de Helios. Tras leer extractos de la carta de Ali, escrita hasta una hora antes de su descenso desde el Punto Z-3, perfiló el plan para efectuar la travesía por debajo del lecho del Pacífico y salir en alguna parte cerca de Asia.

—Y Ali se ha marchado con ellos —gimió—. Lo ha hecho por mí. ¿A qué la he inducido?

—Tú no eres responsable de nada. —Desmond Lynch golpeó el suelo con su bastón de madera de espino—. Ella decidió meterse en esto. Todos lo hicimos.

—Gracias por el consuelo, Desmond.

—¿Cuál puede ser el significado de todo esto? —preguntó alguien—. El coste tiene que ser tremendo, incluso para Helios.

—Conozco a C. C. Cooper —dijo January—, así que me temo lo peor. Parece estar creando un estado propio. —Tras una pausa, añadió—: Le he pedido a mi personal que investigue y está claro que Helios se prepara para una ocupación a gran escala de toda la zona.

—Pero ¿y su propio país? —preguntó Thomas.

—No olvidéis que está convencido de que le robaron la presidencia mediante una conspiración. Por lo visto, ha decidido que empezar de nuevo es lo mejor, y en un lugar donde sea él mismo quien pueda imponer todas las reglas.

—Una tiranía. Una plutocracia —dijo uno de los eruditos.

—Él no lo llamaría así, desde luego.

—Pero no puede hacer eso. Viola las leyes internacionales. Seguramente...

—La posesión lo es todo —dijo January—. Sólo hay que recordar a los conquistadores del Nuevo Mundo. Una vez que pusieron de por medio un océano entre ellos y su rey, decidieron establecerse en sus propios dominios. Eso amenazó por un tiempo el equilibrio de poder.

—Mayor Branch —dijo Thomas muy serio—, seguramente podrá usted interceptar la expedición. Póngase al frente de sus soldados. Obligue a esos invasores a regresar antes de que estallen más guerras.

—No tengo autoridad para hacer eso, padre —dijo Branch cerrando el libro.

—Él es su soldado —insistió Thomas, apelando a January—. Ordéneselo. Déle la autoridad.

—Las cosas no funcionan de ese modo, Thomas. Elias no es mi soldado. Es un amigo. En cuanto a la autoridad, ya he hablado con el jefe de asuntos operativos, el general Sandwell. Pero la expedición ha cruzado más allá de las fronteras militares. Y, como tú mismo has señalado, no desea provocar una nueva guerra.

—¿Para qué sirven entonces todos sus comandos y especialistas? ¿Quieres decir que Helios puede introducir a algunos mercenarios en territorio inexplorado, pero el ejército de Estados Unidos no puede hacerlo?

Branch asintió.

—Habla usted como algunos de los oficiales que conozco. Las grandes empresas hacen lo que quieren allá abajo. Tenemos que jugar de acuerdo con las reglas. Ellos no. Lo llamamos «Jopoc», jodidos por completo.

—Tenemos que detenerlos —dijo Thomas—. Las consecuencias podrían ser devastadoras.

—Aunque nos dieran luz verde, probablemente ya sería demasiado tarde —dijo January—. Nos llevan una ventaja de dos meses. Y desde su partida no hemos vuelto a saber nada de ellos. No tenemos ni idea de dónde están exactamente. Helios no proporciona ninguna información. Me siento agobiada por la preocupación. Ali podría correr un grave peligro. Podrían estar dirigiéndose hacia una nación de abisales.

Eso les condujo a una discusión acerca de dónde podrían esconderse los abisales, cuántos podrían quedar con vida y cuál sería realmente su amenaza. En opinión de Desmond Lynch, la población abisal era escasa, se hallaba diseminada y probablemente se extinguiría al cabo de tres o cuatro generaciones. Calculaba que su cifra global no debía de ser superior a cien mil.

—Constituyen una especie en peligro de extinción —declaró.

—Quizá la población se haya retirado —aventuró Mustafah, el egipcio.

—¿Retirado? ¿A dónde? ¿A dónde pueden ir?

—No lo sé. Quizá a algún lugar más profundo. ¿Es eso posible? ¿Qué profundidad alcanza el inframundo?

—He estado pensando —dijo Thomas—. ¿Qué ocurriría si su objetivo fuera salir del inframundo? Hacerse un lugar en la luz.

—¿Crees que Satán está buscando una invitación? —preguntó Mustafah—. No se me ocurren muchas barriadas en las que estén dispuestos a recibir a una familia así con los brazos abiertos.

—Tendría que ser un lugar donde nadie más quisiera estar, o al que nadie se atreviera a ir. Un desierto, quizá. Una selva. Territorios con un valor negativo.

—Thomas y yo hemos estado hablando del tema —dijo Lynch—. Pasado cierto punto, ¿dónde puede ocultarse mejor un fugitivo que a la vista de todos? Y es posible que dispongamos de pruebas de que tratan de hacer precisamente eso.

Branch escuchaba con atención.

—Hemos sabido de la existencia de un señor Karen de la guerra en el sur de Birmania, cerca del territorio de los jemereros rojos —dijo Lynch—. Se dice que fue visitado por el diablo. Es posible que haya sido visitado por nuestro elusivo Satán.

—Quizá los rumores no sean más que una leyenda —dijo Thomas—, pero también existe la posibilidad de que Satán intente encontrar un nuevo santuario.

—Si eso fuera cierto, sería casi maravilloso —observó Mustafah—. Satán sacando a sus tribus de las profundidades, como Moisés conduciendo a su pueblo hacia Israel.

—Pero ¿cómo podemos saber más? —preguntó January.

—Como cabe imaginar, el señor de la guerra nunca saldrá de su selva para que lo entrevistemos —dijo Thomas—. Y no hay enlaces por cable ni líneas telefónicas. La

región ha sido arrasada por las atrocidades y la hambruna. Es una de esas zonas apocalípticas donde se practica el genocidio. Supuestamente, ese señor de la guerra ha hecho retroceder el reloj hasta el año cero.

—Entonces, su información está perdida para nosotros.

—En realidad —dijo Lynch entonces—, he tomado la decisión de ir a esa jungla. January, Mustafah y Rau, el intocable, reaccionaron al unísono.

—No debes hacerlo, Desmond. Es demasiado peligroso.

Si el descubrimiento constituía uno de los objetivos de Lynch, la aventura era el otro.

—Ya lo he decidido —aseguró, disfrutando con su preocupación.

Se encontraban en una jaula virtual con una maciza puerta de acero y relucientes barrotes. Mirando hacia el interior, Thomas pudo ver paredes de cajas de seguridad y más puertas con complejos mecanismos de cierre. Continuaron la discusión mientras esperaban. Los eruditos empezaron a plantear hipótesis.

—Debe de ser como un Kublai Jan o un Atila —afirmó Mustafah—. O un rey guerrero como Ricardo I, que convocó a toda la cristiandad para marchar contra el infiel. Un personaje de inmensa ambición. Un Alejandro, Mao o César.

—No estoy de acuerdo —dijo Lynch—. ¿Por qué un gran emperador guerrero? Lo que estamos viendo es casi exclusivamente defensivo, con operaciones de guerrilla. Yo diría que, en el mejor de los casos, nuestro Satán se parece más a Gerónimo que a Mao.

—Yo diría que más bien se parece a Lon Chaney antes que a Gerónimo —dijo una voz—. Un personaje capaz de adoptar numerosos disfraces.

El que había hablado no era otro que De l'Orme. A diferencia de los demás, De l'Orme no se había sentido mejor con aquellos meses de trabajo de investigación. El cáncer era en él como una llama que le lamía la carne y el hueso. La parte izquierda de su rostro se había fundido prácticamente, y la órbita de su ojo se hundía tras las gafas oscuras. Debería estar en la cama de un hospital. Sin embargo, entre aquellos pilares de mármol y barras de metal parecía mucho más fuerte de lo que daban a entender el pulmón artificial y el riñón Samson que lo acompañaban.

A su lado estaba Bud Parsifal y dos frailes dominicos, junto con cinco *carabinieri* que portaban fusiles y metralletas.

—Por aquí, por favor —dijo Parsifal—. Disponemos de poco tiempo. Nuestra oportunidad con la imagen sólo dura una hora.

Los dos dominicos empezaron a susurrar algo entre ellos, con gran preocupación, hablando evidentemente de Branch, al que no dejaban de mirar. Uno de los *carabinieri* dejó el fusil a un lado y abrió una puerta de barrotes. Al pasar el grupo, un dominico le dijo algo a los *carabinieri*, que bloquearon el paso, impidiéndole la entrada a Branch, el cual se quedó ante ellos, como un ogro virtual, vestido con una gastada chaqueta deportiva.

—Este hombre viene con nosotros —le dijo January al dominico.

—Discúlpeme, pero somos los custodios de una santa reliquia —dijo el fraile—. Y él no parece un hombre.

—Tiene mi palabra de que es un hombre justo —intervino Thomas.

—Le ruego que me comprenda —dijo el fraile—. Corren tiempos de inquietud y debemos recelar de todos.

—Tiene usted mi juramento —insistió Thomas.

El dominico miró al jesuita, dos órdenes enfrentadas. El primero sonrió. Su poder era ahora explícito. Efectuó un leve gesto con la barbilla y los *carabinieri* se hicieron a un lado, dejando pasar a Branch.

El grupo se introdujo más profundamente en la bóveda, siguiendo a Parsifal y a los dos frailes hacia una sala más grande. La sala se mantuvo a oscuras hasta que todos hubieron entrado en ella. Luego, las luces se encendieron.

El Sudario de casi cinco metros de altura colgaba ante ellos. Al pasar de la oscuridad a la exposición a plena luz, causaba una primera impresión espectacular. Aun así, y a pesar de conocer su importancia, la reliquia parecía ser poco más que un mantel alargado y sin lavar, utilizado en demasiadas fiestas.

Estaba chamuscado y quemado, remendado y amarillento. Ocupando el centro, formando manchas alargadas, como si se tratara de alimento derramado, se observaba la débil imagen de un cuerpo. La imagen estaba doblada por el centro, a partir de la punta de la cabeza del hombre, para mostrar tanto la parte delantera como la espalda. Era una figura desnuda y tenía barba.

Uno de los *carabinieri* no pudo contenerse. Entregó el arma a sus comprensivos compañeros y se arrodilló ante el paño. Otro no dejaba de golpearse el pecho y murmurar *mea culpas*.

—Como saben —dijo el dominico de edad más avanzada—, la catedral de Turín sufrió graves daños causados por un incendio en 1997. Sólo gracias al mayor de los heroísmos pudo rescatarse el sagrado objeto de una segura destrucción. El santo *sindone* se conservará en este lugar mientras duren las obras de reconstrucción de la catedral.

—Pero ¿por qué aquí, si no le importa decirlo? —preguntó Thomas con naturalidad, para luego añadir maliciosamente—: ¿Pasar de un templo a un banco? ¿A un lugar de mercaderes?

El dominico de mayor edad no mordió el anzuelo.

—Desgraciadamente, los mañosos y terroristas no se detienen ante nada, y no vacilarían en secuestrar las reliquias de la Iglesia si de ese modo pudieran cobrar un rescate. El incendio de la catedral de Turín fue, esencialmente, un intento de destruir este mismo objeto. En consecuencia, se decidió que la cámara de seguridad de un banco sería lo más conveniente para guardarlo.

—¿Y por qué no en el Vaticano mismo? —insistió Thomas.

El dominico se limitó a dejar traslucir su impaciencia con un tamborileo de sus dedos sobre la mano. No respondió.

Pero Parsifal miró a los dominicos y luego a Thomas. Se consideraba una especie de maestro de ceremonias y deseaba que todo se desarrollara bien.

—¿Adonde quieres ir a parar, Thomas? —preguntó Vera, igualmente desconcertada.

Fue De l'Orme quien contestó.

—La Iglesia se negó a recogerlo —explicó—. Y por una razón. El sudario es un objeto interesante, pero ya ha dejado de ser creíble.

Parsifal se mostró escandalizado. Como presidente del Proyecto de Investigación del Santo Sudario de Turín, de carácter semicientífico, había utilizado su influencia para que todos ellos pudieran verlo.

—¿Qué estás diciendo, De l'Orme?

—Esto es un engaño.

Parsifal parecía un hombre al que hubieran descubierto desnudo en la ópera.

—Pero si no crees en él, ¿por qué me pediste que dispusiera todo esto? ¿Qué estamos haciendo aquí? Creía...

—Oh, claro que creo en él —lo tranquilizó De l'Orme—, pero por lo que es, no por lo que tú quisieras que fuese.

—Pero si se trata de un verdadero milagro —exclamó el dominico más joven sin poderse contener, persignándose, incrédulo ante la blasfemia.

—Un milagro, sí —asintió De l'Orme—. Un verdadero milagro de la ciencia y el arte del siglo XIV.

—La historia nos dice que la imagen es *achieropoietos*, es decir, que no está hecha por manos humanas. Éste es el Santo Sudario. «Y José tomó el cuerpo, lo envolvió en un sudario limpio y lo colocó en su propia tumba nueva» —citó el dominico.

—¿Es la prueba de que dispone, una cita del evangelio?

—¿Prueba? —intervino Parsifal. A pesar de sus setenta años, todavía quedaba en él mucho de su juventud. Casi se le pudo ver arremeter a través de un agujero en el lino—. ¿Qué prueba necesitas? Vengo aquí desde hace muchos años. El Proyecto de Investigación del Sudario de Turín ha sometido este objeto a docenas de pruebas, y en su estudio se han empleado cientos de miles de horas de trabajo y millones de dólares. Los científicos, incluido yo mismo, lo hemos estudiado con el mayor escepticismo.

—Pues yo creía que vuestra datación del carbono 14 situaba la fabricación del lino entre los siglos XIII y XV.

—¿Por qué me pones a prueba? Ya te he hablado de mi teoría del destello —dijo Parsifal.

—Sí, que un destello de energía nuclear transfiguró el cuerpo de Cristo, dejando esta imagen. Sin quemar la tela hasta hacerla cenizas, claro.

—Fue un destello moderado —dijo Parsifal—, lo que, de paso, explica la datación alterada del carbono 14.

—¿Un destello moderado de radiación que creó una imagen negativa con detalles de la cara y el cuerpo? ¿Cómo puede ser eso? En el mejor de los casos, eso mostraría una silueta, o simplemente una gran mancha oscura.

Se trataba de viejos argumentos. Parsifal ofreció las respuestas habituales. De l'Orme planteó otras dificultades a las que Parsifal dio respuestas complicadas.

—Lo único que digo —sugirió De l'Orme— es que, antes de arrodillarte, harías mejor en saber ante qué te arrodillas. —Se colocó junto al Sudario—. Una cosa es

saber quién no es el hombre del sudario. Hoy, sin embargo, tenemos la oportunidad de saber quién es. Y esa es la razón por la que he pedido que se muestre.

—El Hijo de Dios en forma humana —dijo el dominico más joven.

El dominico de mayor edad dirigió una mirada de soslayo hacia la reliquia. De repente, toda su expresión se amplió. Sus delgados labios formaron una O.

—Como Dios es mi Padre —dijo el más joven.

Ahora, Parsifal también lo vio. Y los demás. Thomas no podía dar crédito a lo que veían sus ojos.

—¿Qué has hecho? —preguntó Parsifal casi gritando.

El hombre del Sudario no era otro que el propio De l'Orme.

—¡Eres tú! —exclamó Mustafah, que se echó a reír encantado.

La imagen de De l'Orme aparecía desnuda, con las manos modestamente cruzadas sobre los genitales y los ojos cruzados. Llevaba una peluca y una barba postiza. Uno al lado de la otra, el hombre y su imagen sobre la tela eran del mismo tamaño, tenían la misma nariz corta, los mismos hombros de duende.

—¡Santo Cristo en el cielo! —gimió el dominico más joven.

—Es un truco jesuítico —siseó el anciano.

—Es un engaño —aulló el más joven.

—De l'Orme, ¿qué demonios es esto? —preguntó Foley.

Los *carabinieri* se habían puesto nerviosos ante la repentina alarma. Luego, compararon al hombre con la imagen y sumaron dos y dos por sí mismos. Cuatro de ellos no tardaron en caer de rodillas ante De l'Orme. Uno llegó a colocar la frente sobre uno de los zapatos del ciego. El quinto, sin embargo, retrocedió hasta apoyarse contra la pared.

—Sí, soy yo el que está en la tela —dijo De l'Orme—. Sí, es un truco. Pero no de los jesuitas, sino de la ciencia, o más bien de la alquimia.

—Detengan a este hombre —gritó el dominico más anciano.

Pero los *carabinieri* andaban demasiado ocupados adorando al hombre-dios.

—No se preocupen —les dijo De l'Orme a los asustados dominicos—. Su original está en la sala de al lado, a buen recaudo y perfectamente a salvo. Lo cambié por éste exclusivamente para hacer mi demostración. Su reacción me indica que la semejanza es tal como había esperado.

El dominico de mayor edad recorrió la sala con su iracunda mirada y la fijó, como un Torquemada, sobre el quinto *carabinieri*, que se apoyaba desventuradamente contra la pared.

—Usted —dijo el dominico.

El *carabinieri* se amedrentó. De modo, pensó Thomas, que De l'Orme le había pagado para que le ayudara a perpetrar aquella tomadura de pelo. El hombre tenía buenas razones para sentirse asustado. Había dejado en ridículo a toda una orden religiosa.

—No le eche la culpa a él, sino a sí mismo —dijo De l'Orme—. Fue usted engañado. Lo engañé del mismo modo que el otro sudario ha engañado a tanta gente.

—¿Dónde está? —exigió saber el dominico.

—Por aquí, por favor —contestó De l'Orme.

Entraron en la siguiente cámara, donde ya les esperaba Vera, en su silla de ruedas. Detrás de ella, el Sudario; era idéntico al falso de De l'Orme, a excepción de la imagen. Aquí, el hombre era más alto y joven. La nariz más alargada. Los pómulos más completos. Los dominicos se precipitaron hacia su reliquia y se alternaron entre examinar atentamente el lino en busca de posibles daños, y protegerlo de aquel impostor ciego.

De l'Orme adoptó una actitud profesional.

—Creo que estarán de acuerdo conmigo en que ambas imágenes fueron producidas por el mismo proceso —les dijo.

—¿Has solucionado el misterio de su producción? —exclamó alguien—. ¿Qué utilizaste entonces, pintura?

—Ácido —sugirió otro—. Siempre lo he sospechado. Una débil solución, suficiente para morder las fibras.

De l'Orme contaba con toda su atención.

—Examiné los informes realizados por el Proyecto de Investigación del Sudario de Turín, emitidos por Bud. Llegué así a la convicción de que el engaño no se había creado con pintura. Sólo hay un rastro de pigmento, probablemente de imágenes pintadas que se aplicaron contra el paño para obtener su bendición. Tampoco fue ácido, pues en tal caso la coloración habría sido diferente. No, fue algo completamente diferente.

Efectuó una pausa para aumentar el efecto dramático.

—Fotografía.

—Tonterías —declaró Parsifal de inmediato—. Ya hemos examinado esa teoría. ¿Es que no te das cuenta de lo elaborado que es ese proceso? ¿No sabes los productos químicos que hay que utilizar? ¿Los pasos que hay que dar para preparar una superficie, enfocar una imagen, determinar un período de exposición y fijar el producto final? De haber existido una fórmula medieval, ¿qué mente habría podido captar los principios de la fotografía tanto tiempo atrás?

—Ninguna mente corriente, eso os lo puedo garantizar.

—No eres el primero en plantear esa teoría —dijo Parsifal—. Hace años hubo un par de locos que ofrecieron la idea de que todo esto no era más que un engaño perpetrado por Leonardo da Vinci. Los barrimos con nuestras argumentaciones. No eran más que unos aficionados.

—Mi enfoque es diferente —dijo De l'Orme—. En realidad, deberías sentirte complacido, Bud, porque lo que voy a decir no es sino una confirmación de tu propia teoría.

—¿De qué estás hablando?

—De tu teoría del destello —contestó De l'Orme—. Sólo que para eso no se necesita un flash, sino más bien un baño lento de radiación.

—¿Radiación? —repitió Parsifal—. ¿Vas a decirnos ahora que Leonardo se adelantó a Madame Curie?

—Esto no lo hizo Leonardo —dijo De l'Orme.

—¿No? ¿Quién entonces, Miguel Ángel? ¿Picasso?

—Sé amable, Bud —le interrumpió Vera con suavidad—. Todos los demás también queremos saberlo, aunque tú ya lo sepas.

Parsifal echaba humo. Pero ya era demasiado tarde para enrollar la imagen y echarlos a todos de allí.

—Tenemos aquí la imagen de un hombre real —dijo De l'Orme—. Un hombre crucificado. Es anatómicamente demasiado correcto como para haber sido creado por un artista. Observad el escorzo de sus piernas y la exactitud de esos hilillos de sangre, cómo se doblan allí donde hay arrugas en la frente. Y el agujero producido por el clavo en la muñeca. Esa herida es muy interesante. Según los estudios hechos en cadáveres, no se puede crucificar a un hombre clavándole las palmas de las manos a una cruz. El peso del cuerpo desgarró la carne de la mano.

Vera, la doctora, asintió. Rau, el vegetariano, se estremeció con un gesto de asco. Estos cultos a los muertos lo confundían.

—El único lugar en el que se puede introducir un clavo en el brazo humano y colgar de él todo el peso del cuerpo es éste —dijo y sostuvo un dedo en el centro de su propia muñeca—. El espacio de Destot, el hueco natural que existe entre todos los huesos de la muñeca. Recientemente, los antropólogos forenses han confirmado la presencia de señales de clavo precisamente en ese lugar, en víctimas conocidas de una crucifixión.

»Se trata de un detalle crucial. Si se examinan las pinturas medievales realizadas aproximadamente en la época en que se creó este paño, se puede comprobar que los europeos se habían olvidado por completo del espacio de Destot. Sus representaciones artísticas muestran a Cristo clavado a través de las palmas de las manos. La exactitud histórica de esta herida se ha ofrecido como prueba de que un falsificador medieval no pudo haber falsificado el Sudario.

—¡Bien por eso! —asintió Parsifal.

—Hay dos explicaciones —siguió diciendo De l'Orme—. El padre de la antropología forense y de la anatomía fue, en efecto, Da Vinci. Dispuso de bastante tiempo y de diferentes partes del cuerpo para experimentar con las técnicas de la crucifixión.

—Ridículo —rechazó Parsifal.

—La otra explicación —continuó De l'Orme— es que esto representa a la víctima de una verdadera crucifixión. —Hizo una pausa, antes de añadir—: Pero todavía estaba viva en el momento en que se hizo el Sudario.

—¿Qué? exclamó Mustafah.

—Sí —asintió De l'Orme—. Gracias a la experiencia médica de Vera me las he arreglado para determinar ese hecho tan curioso. Aquí no aparece la menor señal de descomposición necrótica. Antes al contrario, Vera me ha mostrado cómo se hallan difuminados los detalles de la caja torácica, debido a la respiración.

—Herejía —siseó el dominico más joven.

—No sería ninguna herejía si éste no fuera Jesucristo —replicó De l'Orme.

—Pero lo es.

—En tal caso, es usted el herético, buen padre. Pues no ha hecho sino adorar a un gigante.

Muy probablemente, el dominico nunca había golpeado a un ciego en toda su vida. Pero a juzgar por lo apretados que tenía los dientes, todos se dieron cuenta de que estaba a punto de hacerlo.

—Vera lo midió. Dos veces. El hombre del sudario mide dos metros y tres centímetros —siguió diciendo De l'Orme.

—Fijaos en eso. Ahora resulta que es un bruto alto —comentó alguien—. ¿Cómo puede ser?

—En efecto —dijo De l'Orme—. Seguramente, los evangelios no habrían dejado de mencionar la enorme altura de Cristo. —El dominico de mayor edad lo miró furibundo—. Creo que ha llegado el momento de mostrarles nuestro secreto —añadió De l'Orme dirigiéndose a Vera.

Apoyó una mano sobre la silla de ruedas y ella lo condujo hasta una mesa cercana. La mujer sostuvo una caja de cartón mientras él levantaba una pequeña estatua de plástico de la Venus de Milo, que estuvo a punto de caérsele de entre los dedos.

—¿Puedo ayudar? —se ofreció Branch.

—Gracias, pero no. Será mejor que todos se hagan un poco hacia atrás.

Fue como ver a dos niños abrir una caja de experimentos de ciencia. De l'Orme sacó un tarro de cristal y un pincel de pintura. Vera alisó un paño sobre la mesa y se puso un par de guantes de látex.

—¿Qué están haciendo? —preguntó el dominico de mayor edad.

—Nada que pueda dañar a su sudario —contestó De l'Orme.

Vera desenroscó la tapa del tarro e introdujo el pincel en su interior.

—Esto es nuestra «pintura» —explicó.

El tarro contenía un polvo, finamente molido, de un gris deslucido. Mientras De l'Orme sostenía la estatuilla de Venus por la cabeza, ella agitó suavemente el polvo.

—Y ahora, di treinta y tres —dijo De l'Orme dirigiéndose a la Venus.

Vera tomó la estatuilla por la cintura y la sostuvo horizontalmente sobre el paño.

—Tarda un minuto —dijo ella.

—Avísame cuando empiece —dijo De l'Orme.

—Vaya —exclamó Mustafah.

La imagen de la Venus empezaba a materializarse sobre el paño. Era un negativo. Cada detalle se iba clarificando.

—Eso debería convencer a cualquiera —comentó Foley.

Parsifal se negaba a creerlo. Se quedó allí de pie, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—La radiación caliente y debilita la tela por un lado, creando una imagen sobre ella. Si sostengo la estatuilla aquí durante el tiempo suficiente, la tela se oscurecerá. Si la coloco más alta, la imagen será más grande. Si la sitúo a una altura suficiente, mi

estatuilla de Venus adquirirá proporciones gigantescas. Eso explica nuestro Cristo gigante.

—La pintura que empleamos es newtonio con un isótopo de grado bajo —explicó Vera—. Un material que se encuentra en estado natural.

—¿Y tú mismo te has pintado con ella, sobre tu cuerpo desnudo, para crear la falsificación que hemos visto antes? —preguntó Foley.

—En efecto —asintió De l'Orme—. Con la ayuda de Vera. Y debo decir que conoce muy bien la anatomía masculina.

El dominico más anciano parecía correr peligro de absorber el esmalte mismo de sus dientes.

—¡Pero eso es radiactivo! —exclamó Mustafah.

—Todo sea por el bien de la verdad. En realidad, los isótopos me permitieron sentirme mejor de la artritis durante unos días, hasta el punto de que creí haber encontrado una cura.

—Tonterías —exclamó entonces Parsifal, volviendo a regresar a la discusión como quien regresa a casa a recoger el sombrero olvidado—. Si esa fuera la respuesta, habríamos detectado radiación en nuestras pruebas.

—Se puede detectar en nuestro paño —admitió Vera—, pero sólo porque hemos derramado polvo sobre él. Si hubiera tenido cuidado para no tocar el paño, lo único que detectarías sería la propia imagen visual.

—Esto es como si hubiese ido y regresado de la Luna —dijo Parsifal, y cuando él echaba mano de su autoridad lunar, era porque estaba a punto de quedarse sin argumentos—. Y yo que nunca me he encontrado con un fenómeno mineral como éste...

—El problema es que tú nunca has estado debajo de la superficie de la tierra —le dijo De l'Orme—. Desearía apropiarme del mérito de esto, pero lo cierto es que los mineros habían hablado desde hace años de imágenes fantasmas grabadas como a fuego en cajas o en las partes laterales de sus vehículos. Ésta es la explicación.

—Entonces admites que sólo hay trazas en la superficie —dijo Parsifal—. Dices que sólo recientemente ha descubierto el hombre lo suficiente de tus polvos como para causar un efecto. Si eso es así, ¿cómo pudo un artista medieval obtener suficiente polvo para impregnar todo un cuerpo humano y crear esta imagen?

De l'Orme frunció el ceño ante la pregunta.

—Pero si ya te dije que esto no lo había hecho Leonardo.

—Lo que no acabo de comprender es el porqué —dijo Desmond Lynch entusiasmado, golpeando el suelo con el bastón—. ¿Por qué tomarse tantas molestias? ¿No es más que una travesura?

—Ya os lo dije. Todo se reduce a una cuestión de poder —contestó De l'Orme—. ¿Disponer de una reliquia como esta, en tiempos tan supersticiosos? Pero si se construyeron iglesias enteras alrededor del poder de convocatoria de una sola astilla de la cruz. En 1350 toda Europa quedó maravillada ante la exposición del supuesto rostro de Jesús impreso por la Verónica. ¿Sabéis la cantidad de reliquias que existían en el cristianismo de aquellos tiempos? Los cruzados regresaban a casa con toda clase

de santos botines de guerra. Además de huesos y biblias de mártires y santos, se trajeron los dientes de leche del niño Jesús, la piel de su prepucio, nada menos que siete para ser exactos, y suficientes fragmentos de la santa cruz como para crear todo un bosque de cruces. Evidentemente, ésta no fue la única falsificación que circuló, pero sí fue la más audaz y llamativa.

«Imaginaos qué podría ocurrir si alguien decidiera aprovecharse de esta ignorante credulidad cristiana. Podría haber sido un papa, un rey o, simplemente, un artista ingenioso. ¿Qué otra cosa podría existir más poderosa que una imagen de tamaño natural de todo el cuerpo de Cristo, representándolo justo después de la gran prueba a la que fue sometido en la cruz, y justo antes de su desaparición en el reino de Dios? Un objeto así, hecho artísticamente y expuesto cínicamente, tendría capacidad incluso para cambiar la historia, para crear una fortuna y gobernar los corazones y las mentes de la gente.

—Oh, vamos —se quejó Parsifal.

—¿Y si ése hubiera sido el juego? —postuló De l'Orme—. ¿Y si él hubiera tratado de infiltrarse en la cultura cristiana a través de su propia imagen?

—¿Él? —preguntó Desmond Lynch—. ¿De quién estás hablando?

—De la figura que se ve en el sudario, desde luego.

—Muy bien, ¿y quién fue ese bribón? —gruñó Lynch.

—Míralo —dijo De l'Orme.

—Sí, ya lo miramos.

—Es un autorretrato.

—El retrato de un embaucador —dijo Vera—. Se cubrió a sí mismo con newtonio y se colocó delante de una sábana de lino. Perpetró deliberadamente ese ingenioso truco. Una xerocopia primitiva del Hijo de Dios.

—Renuncio. ¿Se supone que tenemos que reconocerlo?

—Se parece un poco a ti, Thomas —bromeó alguien.

Thomas lanzó un bufido.

—Pelo largo, barbilla de chivo. Se parece más a su amigo Santos —bromeó alguien con De l'Orme.

—Pues ahora que lo mencionáis —musitó De l'Orme—. Bien podría ser cualquiera de nosotros.

Aquello se estaba convirtiendo en un juego.

—Nos rendimos —dijo Vera.

—Pues habéis estado muy cerca —dijo De l'Orme.

—¡Ya basta! —gritó Gault.

—Kublai Jan —dijo De l'Orme.

—¿Qué?

—Vosotros mismos lo habéis dicho.

—¿Dicho? ¿Qué?

—Gerónimo, Atila, Mao, un rey guerrero, o un profeta. O simplemente un errante, muy poco diferente a nosotros mismos.

—No estarás hablando en serio, ¿verdad?

—¿Por qué no? ¿Por qué no el autor de las cartas del apóstol Juan? El autor de un Cristo ficticio. ¿Por qué no el autor de las leyendas de Cristo, Buda y Mahoma?

—¿Te estás refiriendo a...?

—En efecto —asintió De l'Orme—. Os presento a Satán.

14

EL AGUJERO

*Esas nuevas regiones que descubrimos y exploramos...
podemos llamarlas correctamente un Nuevo Mundo...
un continente más densamente poblado y con mayor
abundancia de animales que nuestra Europa, o Asia o África.*
AMERICO VESPUICIO, *Mundus Novus*

Zona de la sierra de Colón

«4 de agosto —anotó Ali—. Campamento 39, a 9.866 m y 26,2 °C. Llegamos hoy al Avituallamiento I.»

Levantó la mirada para captar la escena. ¿Cómo describir aquello?

Mozart inundaba la cámara a través de los altavoces Dolby. Las luces resplandecían con el brillo de la electricidad alimentada por cable. Botellas de vino y huesos de pollo aparecían desparramados por el suelo. Una hilera sinuosa de recios científicos, endurecidos por la marcha, bailaba la conga sobre el suelo ligeramente inclinado. Al compás de *La flauta mágica*.

«¡Alegría!», escribió en letras mayúsculas.

La fiesta bullía a su alrededor.

Hasta aquella misma tarde todo el mundo había dudado, sin expresarlo, de que los víveres estuvieran allí. Los geólogos murmuraron que el festín sería imposible, sugiriendo que los túneles cambiaban aquí abajo, tan sinuosos como serpientes. Pero, tal como les había prometido Shoat, las cápsulas de penetración les estaban esperando.

Los equipos de superficie habían perforado un agujero a través del lecho del océano y lanzado el cargamento al objetivo, en la elevación y lugar exactos en los túneles. Unos pocos metros a la derecha o a la izquierda, algo más alto o más bajo, y habría quedado encajado en un lecho rocoso sólido, siendo por tanto irrecuperable. En tal caso se habría visto afectado su regreso a la civilización, pues empezaban a andar escasos de alimentos.

Pero ahora contaban con todas las provisiones, equipo e indumentaria necesarios para las ocho semanas siguientes, además del vino de aquella noche, los altavoces para la ópera y un discurso holográfico de «aliento» del propio C. C.

Cooper. «Estáis empezando a hacer historia», les dijo el pequeño fantasma de láser, brindando por ellos.

Por primera vez en varias semanas, Ali pudo anotar en su mapa diario las coordenadas exactas: «107 grados, 20 minutos oeste, 3 grados, 50 minutos norte». Sobre un mapa tradicional de la superficie, estaban en alguna parte al suroeste de México, en el océano sin islas. Un mapa del lecho oceánico los situaba por debajo de un accidente geográfico llamado sierra Colón, cerca del borde occidental de la placa de Nazca.

Ali tomó un sorbo del chardonnay que Helios les había enviado. Cerró los ojos mientras la reina de la noche cantaba su conmovedora aria. Por lo visto, alguien allá arriba tenía cierto sentido del humor. ¿El inframundo mágico de Mozart? Menos mal que no les habían puesto *La condena de Fausto*. Los cilindros, de algo más de trece metros, estaban de costado entre los restos de la perforación, como barcos varados. Las puertas abiertas tipo escotilla aparecían entre cables enmarañados, en medio de una estructura de acero, con agua salada que goteaba desde casi dos kilómetros por encima. Varias líneas colgaban del agujero de un metro de ancho practicado en el techo, una para comunicaciones, dos para suministrarles corriente desde la superficie y otra dedicada a descargar videocorrespondencia comprimida enviada desde casa. Uno de los porteadores estaba sentado junto al segundo cable eléctrico, recargando una pequeña montaña de pilas para los focos de sus cascos, las linternas, el equipo de laboratorio y los ordenadores portátiles.

El oficial de intendencia de Walker y varios ayudantes tenían mucho trabajo en clasificar el envío, amontonar cajas y numerarlas. Helios también les había enviado correspondencia escrita, hasta 680 gramos por persona.

Como parte de su voto de pobreza, Ali se había acostumbrado a recibir sólo unas pocas noticias de casa. Ahora, sin embargo, se sintió decepcionada al ver la poca correspondencia que le había enviado January. Como siempre, la nota estaba escrita a mano sobre papel impreso del Senado. Llevaba fecha de dos semanas antes y el sobre había sido abierto, lo que posiblemente explicara la poca información que contenía. January se había enterado de su partida secreta de Esperanza y le angustiaba saber que Ali había decidido descender más profundamente.

Perteneces... ¿a dónde? No ahí abajo, invisible, fuera de mi alcance. Ali, tengo la sensación de que me has arrebatado algo. El mundo ya me resultaba demasiado grande como para que tú desaparecieras como una sombra en la noche. Por favor, llámame o escíbeme en cuanto se te presente la oportunidad. Y, por favor, regresa. Si hay otros que regresan, ve con ellos.

Había una mención sesgada a los progresos de los eruditos de Beowulf: «Continúa el trabajo en el maldito proyecto». Ese era su código para identificar a Satán. «Por el momento no hay localización, sólo unos pocos elementos específicos y quizá un nuevo terreno.» Por alguna razón, January le había incluido unas cuantas fotografías ampliadas del Sudario de Turín, acompañadas por unas imágenes

tridimensionales de la cabeza hecha por ordenador. Ali no supo qué sentido darle a aquello.

Observó el campamento y vio que la mayoría ya habían abierto sus paquetes personales, comido los manjares enviados desde sus casas y compartido con los demás las fotos de sus familias y seres queridos. Todo el mundo había recibido algo, incluidos los portadores y soldados. Únicamente Ike no parecía tener nada. Estaba ocupado con un nuevo montón de cuerda trenzada de escalada que medía por vueltas, a las que luego cortaba y quemaba las puntas.

No todas las noticias eran buenas. En un alejado rincón, un hombre intentaba convencer a Shoat para que lo hiciera volver por el agujero de perforación. Ali pudo captar algunas de sus palabras, por encima del sonido de la música.

—Pero se trata de mi esposa... —decía— cáncer de mama.

Shoat se mostraba inflexible.

—En ese caso no deberías haber venido —le dijo—. Las salidas sólo se practicarán en casos de vida o muerte.

—Éste es un caso de vida o muerte.

—De tu vida o muerte —decidió Shoat, que volvió a establecer contacto con la superficie.

Transmitió sus informes y recibió instrucciones. Luego transmitió los datos reunidos por la expedición a través de un cable de comunicaciones colgante y húmedo. Les habían prometido que dispondrían de una línea de videoteléfono en cada recepción de víveres, para que pudieran llamar a sus casas, pero por el momento Shoat y Walker habían monopolizado la única línea existente. Shoat les dijo que en la superficie se había desatado un huracán y que la perforación corría riesgos.

—Tendréis vuestra oportunidad si queda tiempo aún —dijo.

A pesar de los problemas de comunicación y de la nostalgia, los miembros de la expedición se sentían muy animados. La tecnología de reavituallamiento funcionaba. Ahora disponían de alimentos y suministros para la siguiente fase, que duraría dos meses. Aún quedaban die2 meses para terminar.

Ali observó por entre el alegre movimiento de sus luces. Esta noche, los científicos parecían jubilosos; bailaban, se abrazaban y trasegaban vinos de California enviados por deferencia de C. C. Cooper, y hasta le aullaban a la invisible luna. También ofrecían un aspecto muy diferente al que tenían dos meses antes: sucios, con los cabellos enmarañados, parecían seres antediluvianos.

Nunca los había visto de aquel modo. Ali se dio cuenta de que ello se debía a que, desde hacía más de un mes, no los había visto realmente. Desde que abandonaron Esperanza, habían estado viviendo con una fracción de la luz normal. Esta noche ya no existía penumbra. Ahora podía verlos bajo una luz brillante, con sus pecas, verrugas y el resto de sus defectos. Se habían dejado crecer la barba, las patillas y el bigote, olían a barro y aceite y estaban más pálidos que gusanos. Los hombres llevaban restos de comida en la barba y las mujeres vestían casi andrajos. Habían iniciado un baile vaquero en fila con el aria «La dulce emoción del amor», que canta Papageno en la ópera de Mozart.

Justo en ese momento, alguien quitó la ópera y puso música vaquera. El ritmo se hizo más lento. Los amantes se levantaron, se entrelazaron y bailaron sobre el suelo rocoso.

La mirada de Ali se detuvo en Ike, que estaba en el extremo más alejado de la cámara.

El pelo le estaba creciendo. Con su letal escopeta de cañones recortados, a Ali le recordaba a un muchacho campesino dedicado a cazar conejos. Las gafas de alpinista eran un detalle desconcertante; siempre estaba protegiéndose lo que él llamaba sus «activos». A veces pensaba que aquellas gafas oscuras no hacían sino proteger sus pensamientos, darle un margen de intimidad. Ali se sintió contenta de que estuviera allí, aunque no sabía por qué.

En cuanto lo miró, Ike giró la cabeza hacia el otro lado y ella se dio cuenta entonces de que la había estado mirando. Molly y unas pocas de sus otras compañeras bromeaban diciéndole que se había fijado en ella, y rechazó sus comentarios como maliciosos. Pero allí estaba la prueba de que era así.

Lo justo era lo justo, pensó, e hizo un esfuerzo por dirigirse hacia él. No había forma de saber cuándo desaparecería de nuevo para hundirse en la oscuridad.

El vino le dio ánimos adicionales, o quizá las profundidades disminuían sus inhibiciones. Fuera lo que fuese, se sintió atrevida. Se dirigió directamente a él y le preguntó:

—¿Te apetece un baile?

Ike fingió no haberse dado cuenta de su presencia hasta ese momento.

—Probablemente, no es una buena idea —dijo sin moverse—. Ando un poco oxidado.

¿Qué pretendía, hacérselo sudar?

—No te preocupes, ya me han puesto la antitetánica.

—En serio. He perdido práctica.

«¿Qué quieres decir? ¿Que yo tengo mucha?», pensó, aunque sin decirlo.

—Vamos —le insistió.

Él intentó una última defensa.

—Creo que no lo comprendes. Ése es el canto de Margo Timmons.

—¿Y qué?

—Margo —repitió él—. Su voz es capaz de afectar a una persona. Hace que uno se olvide de sí mismo. Ali se relajó. No la estaba rechazando a ella. Estaba flirteando.

—¿De veras? —preguntó ella, quedándose directamente delante de él.

A la pálida luz de los túneles, las cicatrices y señales de Ike tenían una forma curiosa de mezclarse con la roca. Aquí, brillantemente iluminadas, volvían a parecer terribles.

—Quizá lo puedas comprender —dijo él cambiando de opinión.

Se levantó y la escopeta se alzó con él. La correa estaba formada por cincha gruesa de escalador, de color rosado. Se la echó a la espalda, con el cañón hacia abajo, y la tomó de la mano. Era una mano grande.

Se dirigieron hacia donde los demás habían despejado una zona de rocas para formar una improvisada pista de baile. Ali notó que las miradas los seguían. Mientras bailaban con sus propias parejas, Molly y algunas de las demás mujeres le sonrieron como maníacas. Por extraño que pudiera parecer, Ike había sido incluido en su lista de los diez hombres más deseados. Tenía cierta aura. Algo que afloraba entre la superficie mutilada. La gente se hacía preguntas sobre él y allí estaba Ali, provocando la primera fisura en su coraza. Ali se comportaba como si fuera el baile de final de curso, haciéndoles señas con los dedos.

Ike actuó con bastante naturalidad, pero hubo en él cierta vacilación de joven inexperto cuando se situó frente a ella y abrió los brazos. Ali también vaciló. Se entrelazaron y él se sintió tan tímido como ella ante el contacto establecido entre ambos. Mantuvo una valerosa sonrisa, pero Ali le oyó carraspear varias veces mientras sus cuerpos se unían y se movían.

—Tenía intención de hablar contigo —dijo Ali—. Me debes una explicación.

—¿Por lo del animal? —imaginó.

Su decepción fue evidente y dejó de bailar.

—No —dijo ella, volviendo a ponerlo en movimiento—. Una vez me regalaste una naranja, ¿lo recuerdas? En el trayecto de descenso desde las Galápagos.

Ike retrocedió un paso para mirarla.

—¿Eras tú?

—¿No lo sabías? —preguntó, contenta por eso. Evidentemente, él se burlaba—. ¿Tenía yo un aspecto tan deplorable?

—¿Qué quieres decir? ¿Que aquello fue como un trabajo de rescate?

—Si quieres decirlo de ese modo...

—Yo era escalador. Y esa era siempre la mayor pesadilla de todas, ser rescatado. Uno hace siempre todo lo que puede por mantener el control. Pero, a veces, las cosas se te escapan y caes.

—En aquellos momentos, yo me sentía angustiada.

—No me lo creo.

Estaba claro que le mentía.

—¿Cómo se te ocurrió darme la naranja?

No había ninguna respuesta en particular que ella deseara escuchar. Y, sin embargo, tenía necesidad de completar el círculo. Había algo en aquella naranja que necesitaba explicación. Quizá fuera lo poético del acto, la intuición de Ike de que ella necesitaba precisamente esa clase de gesto en aquel preciso momento. Aquel regalo por parte de un hombre tan tosco y embrutecido se había convertido para ella en un enigma. ¿Una naranja? ¿De dónde había salido? Quizá hubiera leído a Flaubert en su vida anterior, antes de su cautividad. O a Durrell, pensó Ali, o incluso a Anais Nin. Pero eso no eran más que pensamientos sobre lo que a ella le gustaría que fuese. Se estaba inventando cómo era él.

—Porque estaba allí —contestó con sencillez, y ella percibió lo contento que se sentía con su confusión—. Tenía tu nombre escrito en ella.

—Mira, no pretendo obsesionarme con esto —dijo. Pero, inmediatamente, recordó sus palabras sobre el mantenimiento del control. Vaciló. Él había detectado su problema: frialdad, control—. Sólo que fue tan adecuado... —murmuró—. Ha sido un misterio para mí y nunca había tenido la oportunidad de...

—Pelirrojas —interrumpió él.

—¿Qué?

—Debo confesar que sois una vieja debilidad mía.

No expresó, sin embargo, ninguna predilección entre el universo de pelirrojas y la singularidad de ella en particular.

Ali se quedó sin aliento. A veces, cuando los hombres descubrían que era monja, se atrevían de algún modo a hacerle insinuaciones. Con el transcurso de los años, Ali había hablado con lesbianas, especialmente con aquellas que eran atractivas para los hombres, y todas le habían comentado que habían tenido que soportar una u otra forma de festiva seducción, de piropos atrevidos, de palabras sucias que sólo pretendían ser sucias, de invitaciones destinadas a ser rechazadas. Había llegado a la conclusión de que se trataba de una especie de burla insultante, de una forma que tenían los hombres de dominar sus temores de castración o algo así. No parecía importarles el resultado final. Lo que hacía que Ike fuera diferente era su abandono. Su actitud era tan descuidada que no es que fuese temeraria, sino que estaba llena de riesgos. Se había lanzado a volar. La perseguía, pero no con mayor rapidez de lo que ella le perseguía a él. Eso hacía que fuesen como dos fantasmas girando uno alrededor del otro.

—Entonces, ¿se trata de eso? —dijo ella—. Fin del misterio.

—¿Por qué? —preguntó él.

Estaba resultando ser un baile muy agradable.

—Me gusta cómo canta —dijo ella.

Ike observó su estilizado cuerpo. Fue una mirada rápida, que ella percibió, y le hizo recordar el escrutinio de los vincapervincas de su vestido de colores.

—Vives peligrosamente —dijo él.

—¿Y tú no?

—Hay una diferencia. Yo no estoy tan entregado como... —su voz vaciló antes de terminar.

—¿Una virgen? —preguntó ella atrevidamente, dejándose arrastrar por el vino.

Los músculos de la espalda de Ike se tensaron.

—Iba a decir como un recluso.

Ali se ruborizó ante su error. Empezó a disculparse. Ike la apretó con más fuerza y le acarició la frente con la suya, de una forma tan lánguida que los senos se le movieron y jadeó ligeramente.

—Capitán Crockett —le reprendió al tiempo que se apartaba.

Instantáneamente, él la soltó y su actitud la asombró todavía más. No había tiempo para tomar decisiones complicadas. Echándole la culpa al vino, se apretó de nuevo contra él y le colocó la mano en el hueco de la espina dorsal.

Bailaron en silencio durante otro rato. Ali trató de dejarse arrastrar por la música. Pero las canciones terminarían; tendrían que abandonar la seguridad de este lugar brillantemente iluminado y reanudar su investigación de los lugares oscuros.

—Ahora eres tú quien tiene que darme una explicación —dijo él—. ¿Cómo es que terminaste por encontrarte aquí?

Sin saber muy bien cuánto deseaba saber él, se fue explicando. Ike siguió haciéndole preguntas y ella no tardó en definir el protolenguaje y la lengua madre.

—Agua —explicó— es *wassar* en alemán antiguo y *aqua* en latín. Si se ahonda más en las lenguas derivadas empieza a aparecer la raíz. En indoeuropeo y amerindio, agua es *hakw* y en denocaucasiano *kwa*. Lo más lejos que se ha llegado es a *haku*, una protopalabra simulada por ordenador. Ya no la utiliza nadie. Es una palabra enterrada, una raíz. Pero puede verse cómo una palabra renace a lo largo del tiempo.

—*Haku* —dijo Ike, aunque de forma diferente a como lo había dicho ella, con un acento glotal en la primera sílaba—. Conozco esa palabra.

—¿De ellos? —preguntó Ali mirándole.

De sus captores abisales. Tal como había imaginado, en él tenía un glosario vivo.

Ike parpadeó, como si experimentara un dolor fantasma, y ella contuvo la respiración. El recuerdo pasó, si es que se trataba de eso. Ali decidió no seguir con el tema por el momento y regresó a su propia historia, explicándole que había llegado hasta allí para recoger y descifrar los glifos abisales y los restos de textos.

—Lo único que necesitamos es un traductor capaz de leer sus escritos —dijo ella—. Eso podría abrirnos el camino hacia su civilización.

—¿Me estás pidiendo que te enseñe? —le preguntó Ike, malinterpretándola.

—¿Sabes cómo hacerlo, Ike? —le preguntó ella sin inflexión en su voz.

Él hizo chasquear la lengua con un gesto negativo. Ali reconoció inmediatamente aquel sonido a partir de su estancia entre los bosquimanos san del sur de África. ¿Eso también?, se preguntó. ¿Lenguaje de chasqueo? Su expectación iba en aumento.

—Ni siquiera los abisales saben leer abisal —dijo él.

—Eso quiere decir únicamente que nunca has visto leer a un abisal —le aclaró—. Los que conociste eran analfabetos.

—No saben leer los escritos abisales —repitió Ike—. Han perdido el conocimiento de su significado. Conocí una vez a uno capaz de leer inglés y japonés. Pero la vieja escritura abisal le era desconocida. Eso suponía una gran frustración para él.

—Espera un momento —le interrumpió Ali, atónita. Nadie le había sugerido nunca una cosa así—. ¿Quieres decir que los abisales leen los lenguajes humanos modernos? ¿Hablan también nuestras lenguas?

—Éste las hablaba —contestó Ike—. Era un genio. Los demás son.... mucho menos que él.

—¿Le conociste? —preguntó ella, con el pulso acelerado.

¿De quién podían estar hablando sino del histórico Satán? Ike se detuvo. La miró, traspasándola con aquellas impenetrables gafas de alpinista. Ella ni siquiera podía adivinar qué pensaba.

—¿Ike?

—¿Por qué estás haciendo esto?

—Tengo un secreto.

—Deseaba confiar en él. Todavía estaban físicamente en contacto y eso parecía un buen principio—. ¿Y si te dijera que mi propósito consiste en efectuar una identificación cierta de ese hombre, sea quien fuere? Obtener más información sobre él, una descripción de su rostro, pistas sobre su comportamiento e incluso, ¿por qué no?, conocerle.

—No podrás —dijo Ike con voz fríamente mortal.

—Cualquier cosa es posible.

—No, quiero decir que tú no podrás. Cuando hayas conseguido acercarte a él, ya no serás tú misma.

Ali meditó un momento. Era evidente que él sabía algo que no quería decir.

—Lo estás protegiendo —declaró.

Fue un comentario malhumorado, como un último recurso.

Los bailarines flotaban a su alrededor.

Ike levantó un brazo. Lo hizo girar de tal modo en la luz que Ali pudo ver las abultadas cicatrices allí donde se había marcado un glifo en la carne. A simple vista, las cicatrices aparecían ocultas debajo de marcas más superficiales. Las tocó con las yemas de los dedos... tal como haría un abisal en la más completa oscuridad.

—¿Qué significa? —preguntó.

—Es una marca de propiedad —explicó él—. El nombre que me dieron. Aparte de eso, no tengo ninguna otra pista. Y la cuestión es que los abisales tampoco la tienen. Simplemente, imitan los dibujos que sus antepasados les dejaron hace mucho tiempo.

Ali siguió recorriendo la sinuosa cicatriz con los dedos.

—¿Qué quieres decir al hablar de una marca de propiedad?

Él se encogió de hombros y observó el brazo como si perteneciera a otro.

—Probablemente exista un término mejor para describirlo, pero así es como yo las llamo. Cada clan tiene la suya y cada miembro de ellos también. —La miró, antes de añadir—: Puedo mostrarte otras.

Ali mantuvo la expresión imperturbable. Interiormente, sin embargo, estaba a punto de ponerse a gritar. Durante todo el tiempo que llevaba de búsqueda, Ike había tenido la respuesta. ¿Cómo es que nadie le había hecho esas preguntas a este hombre? Quizá se las habían hecho y él no estaba preparado para contestarlas.

—¿Qué sería lo mejor? —preguntó ella—. Tengo papel ahí.

Apenas podía contener su impaciencia. Allí estaba el principio de su glosario. El inicio de su piedra de Rosetta. Al descifrar el código abisal, abriría un lenguaje completamente nuevo a la comprensión humana.

—¿Papel? —preguntó él sin comprender.

—Para dibujar las marcas.

—Pero si las llevo conmigo.

—¿Que llevas qué?

Ike empezó a desabrocharse la camisa, pero entonces se detuvo.

—¿Estás segura de que lo quieres así?

Ella miró con impaciencia el bolsillo, deseando que se abriera.

Ike sacó un pequeño paquete de trozos de cuero, cada uno del tamaño aproximado de una entrada de estadio deportivo, y se los entregó. Cada uno había sido cortado en rectángulos bien proporcionados y curtido para que se mantuviera blando. Al principio, Ali pensó que el cuero era alguna clase de vitela que Ike había utilizado para trazar signos o escribir. Había, en efecto, dibujos débilmente coloreados a un lado. Se dio cuenta entonces de que los colores procedían de tatuajes, de que las protuberancias como verrugas eran cicatrices queloides y de que había pequeños pelos pálidos. Aquello era piel, no había duda. Piel humana. Piel abisal. Lo que fuese.

Ike no se dio cuenta de los recelos de Ali, ocupado como estaba en disponer las tiras sobre las manos de ella, juntas y extendidas. Hizo un comentario natural con el ánimo de informar.

—Sólo tiene dos semanas —dijo de una—. Observa la serpiente enroscada. Nunca me había encontrado con ese motivo. Casi puedes sentir cómo el que efectuó la incisión debió de enortijarla, muy hábilmente.

Dejó a un lado un par de fragmentos.

—Estos dos los obtuve de alguien muerto hacía poco. Se nota por los círculos entrelazados. Debieron de ser viajeros procedentes de muy lejos, pertenecientes a la misma región. Es un dibujo que solía ver entre los afganos y los pakis. Capturados, ya sabes, por debajo del Karakorum.

Ali miraba fijamente, tanto a él como a los pellejos. Nunca había sido una persona remilgada, pero se quedó muy quieta ante la colección que él había reunido.

—Aquí se observa la forma de un escarabajo, ¿la distingues? ¿Te das cuenta de cómo está abriendo las alas? Es un clan diferente a otros que he conocido, con las alas cerradas o con las alas abiertas. Y este otro me ha dejado atónito. Fíjate, no son más que puntos. ¿Serán quizá huellas? ¿Una forma de contar el tiempo o las estaciones? No lo sé.

«Evidentemente, este es un dibujo de un pez rupestre. Fíjate en los tallos de luz que le cuelgan de la boca. He comido un pescado como ese. Son fáciles de atrapar, a mano, en los estanques no muy profundos. Sólo hay que esperar a que se encienda la luz y luego lo coges por los tallos. Es como arrancar zanahorias o cebollas.

Dejó el último de los pellejos.

—Aquí se ven algunas de las formas geométricas que puedes observar en los bordes de sus mandalas. Son bastante comunes aquí abajo y es una forma de cerrar ritualmente el círculo exterior y contener dentro la información del mandala. Los habrás visto en las paredes. Confío en que alguien de nuestro grupo pueda descifrarlos. Aquí contamos con gente muy lista.

—Ike —le interrumpió Ali—, ¿qué quieres decir con eso de «muerto hacía poco»?

Ike tomó los dos pellejos a los que ella se refería.

—Sólo tiene un día, quizá dos.

—Quiero decir a qué te refieres. ¿Quién murió? ¿Un abisal?

—Uno de los portadores. No conozco su nombre.

—¿Hemos perdido a un portador?

—Más bien a diez o doce —dijo Ike—. ¿No te habías dado cuenta? En grupos de dos y tres. Durante la pasada semana. Están hartos de las amenazas de Walker.

—¿Lo sabe alguien más?

Nadie le había comentado nada. Aquello suponía otro nivel completamente distinto de la expedición, un nivel mucho más oscuro y violento de lo que ella o cualquier otro científico hubiera conocido.

—Naturalmente, eso supone que han perdido mucha mano de obra —dijo Ike como si hablara de animales de una recua—. Walker dedica más hombres a vigilar la retaguardia que la vanguardia. No deja de enviarlos a buscar a estos desertores, para dar ejemplo a los demás.

—¿Para castigarlos? ¿Por abandonar el trabajo?

Ike la miró con extrañeza.

—Cuando diriges un grupo de hombres, un desertor puede echarlo todo a perder. Todo el grupo se te puede echar encima. Walker lo sabe. Lo que no parece entrar en su mollera es que cuando se escapan ya es demasiado tarde para sujetarlos. Si fueran míos, las cosas serían muy diferentes —añadió con franqueza.

Así pues, las historias que se contaban sobre su esclavización eran ciertas. De una forma u otra, él había dirigido a sus compañeros cautivos. Hubiera deseado saber más detalles, pero se controló. Ya probaría a husmear en sus recovecos más profundos en otro momento.

—¿Quieres decir que atraparon a uno de los fugitivos? —preguntó Ali.

—¿Los hombres de Walker? —Ike hizo una pausa—. Son mercenarios. Siguen las reglas con mentalidad de rebaño. No están dispuestos a alejarse demasiado, a buscar en profundidad. Tienen miedo. Se despliegan hacia atrás durante una hora, permanecen allí un tiempo y luego regresan.

Por lo que a ella se refería, eso solo dejaba una opción, que la entristeció.

—Entonces, lo hiciste tú —dijo.

Ike frunció el ceño, sin comprender.

—Mataste al portador.

—¿Por qué iba a hacer una cosa así?

—Tú mismo acabas de decirlo: para dar ejemplo. Para el coronel Walker.

—Walker —bufó Ike—. Si quiere ver muerto a alguien, tendrá que hacerlo él mismo.

Ali se sintió aliviada.

—¿Qué ocurrió entonces? —preguntó.

Se había producido un homicidio, no un accidente. Alguien había muerto, según Ike. Eso exigiría una investigación, pensó Ali. No habían llegado hasta allí para perder su sentido de la humanidad.

—Ese pobre hombre no llegó muy lejos —dijo Ike—. Dudo mucho que ninguno de ellos llegara muy lejos. Lo encontré casi completamente marcado. ¿Marcado? ¿No era eso algo que se hacía con el ganado? Ike volvía a hablar con naturalidad.

—¿Quién haría una cosa así? —preguntó ella.

Quizá uno de los porteadores huidos se hubiera vuelto psicópata.

—Son estos dos, no me cabe la menor duda —dijo Ike. Levantó la pareja de pellejos con los círculos entrelazados de tejido cicatricial—. Les seguí la pista y lo encontré. Lo pillaron por sorpresa, uno por delante y el otro por detrás.

—Y tú los encontraste.

—Sí.

—¿Y no pudiste traerlos hasta nosotros?

Lo absurdo de la pregunta le asombró.

—¿A unos abisales? —preguntó.

Por fin, ella comprendió. No había sido un asesinato. Ya se lo había dicho desde el principio. Un muerto reciente.

—¿Abisales? ¿Había abisales? ¿Aquí?

—Ya no.

—No trates de tranquilizarme. Quiero saberlo.

—Ahora estamos en su casa. ¿Qué otra cosa se puede esperar?

—Pero Shoat nos dijo que este túnel no estaba habitado.

—Demostró tener una fe ciega.

—¿Y tú no se lo has dicho a nadie?

—Me ocupé del problema. Ahora, todo vuelve a estar despejado.

Una parte de ella se alegró y otra se enfureció. ¡Abisales vivos! Y ahora muertos.

—¿Qué hiciste? —le preguntó con serenidad, sin estar muy segura de querer conocer los detalles.

—Los dejé de tal forma que puedan hablar al que los encuentre —contestó él sin dar mayores detalles—. No tendremos problemas.

—Entonces, ¿qué son estos otros? —preguntó Ali, señalando su colección de pellejos.

—Proceden de otros lugares y de otros momentos.

—Pero tú crees que puede haber más.

—Nada organizado, ni en gran número.

—¿Y llevas esto contigo a todas partes? —preguntó conmovida, indicándole los pellejos.

—Los considero como si se tratara de sus permisos de conducir o sus tarjetas de identificación. Eso me ayuda a hacerme una idea más completa de sus movimientos, de las migraciones. Aprendo de ellos, casi como si me estuvieran hablando. —Se llevó uno de los pellejos a la nariz y lo olisqueó. Luego lo lamió—. Éste, por ejemplo, procede de un lugar muy profundo. Se nota por la limpieza que tiene.

—¿De qué estás hablando?

Ike se lo ofreció y ella apartó la cabeza.

—¿Has comido alguna vez carne de vaca de montaña? Tiene un sabor muy diferente al de una vaca que sólo ha comido granos y hormonas. Lo mismo sucede aquí. Este tipo nunca absorbió la luz del sol. Nunca estuvo en la superficie. Nunca comió de un animal que hubiera estado arriba. Probablemente, era la primera vez que se alejaba de su tribu.

—Y tú lo mataste —dijo ella. Ike la miró—. No tienes ni idea de lo brutal que es todo esto. Santo Dios. ¿Qué te hicieron?

Él se encogió de hombros. En apenas un abrir y cerrar de ojos, se había alejado mil kilómetros de ella.

—Lo encontraré —dijo Ike.

—¿A quién?

Indicó las cicatrices abultadas de su brazo.

—A él —contestó.

—Dijiste que ése era tu nombre.

—Lo era. Su nombre era mi nombre. Yo no tenía nombre excepto el suyo.

—¿De quién?

—Del que era mi dueño. Cuatro días después descubrieron el río.

Ike iba por delante. Esperaba a la expedición en una cámara llena de estruendo. Lo escuchaban desde hacía días. En el centro había un gran pozo vertical, configurado en su parte superior como un embudo. El estruendo surgía de un agujero de la anchura de una manzana de casas.

Las paredes sudaban. Pequeñas corrientes se precipitaban hacia las fauces abiertas. Rodearon el borde, tratando de ver el fondo. Sus luces iluminaron una garganta profunda y pulida. La piedra formaba un serpentín calcáreo con motas verdes. Ike bajó un foco sujeto por una cuerda. Doscientos metros más abajo, la diminuta luz se deslizó y fue arrastrada lateralmente por una corriente invisible.

—Que me aspen —exclamó Shoat—. El río.

—¿No esperaba que estuviese ahí? —preguntó alguien.

—Nadie lo sabía con seguridad —contestó Shoat con una mueca burlona—. Nuestro departamento de cartografía nos indicó que sólo había una posibilidad entre tres de que fuese real. Por otro lado, ésa era la forma más lógica de explicar el flujo continuo que daban sus datos.

—¿Quiere decir que hemos llegado hasta aquí dejándonos llevar por una suposición?

Shoat se encogió de hombros, con una expresión feliz.

—Quitaos los zapatos —dijo—. Ya no habrá más mochilas. Dejaremos de caminar. A partir de ahora, flotaremos.

—Creo que antes deberíamos estudiar la situación —dijo uno de los hidrólogos—. No tenemos ni idea de lo que podemos encontrar allí abajo. ¿Cuál es el perfil de ese río? ¿Con qué rapidez fluye su corriente? ¿Hacia dónde conduce?

—Estudiadlo desde los botes —dijo Shoat. Los porteadores no llegaron hasta tres horas más tarde. Desde que habían salido del Avituallamiento I se veían obligados a transportar cargas dobles por doble paga, y algunos llevaban más de setenta y cinco kilos de peso. Depositaron su cargamento en una zona seca y se dirigieron a una cámara aparte, donde Walker había dispuesto que se les preparase una comida caliente.

Ali se acercó a Ike, que introducía cuerdas por el agujero. En el momento en que se separaron, después de bailar, ella estaba un poco bebida y llena de curiosidad y, en último término, de repulsión. Ahora estaba tan sobria como un guijarro, y la repulsión había disminuido.

—¿Qué ocurrirá con ellos? —le preguntó, señalando con un gesto a los porteadores—. Todos nos preguntamos lo mismo.

—Fin del trayecto —contestó—. Shoat los jubila.

—¿Pueden regresar a casa? El coronel se ha dedicado a perseguir a los desertores ¿y ahora los sueltan a todos?

—Eso es cosa de Shoat —dijo Ike.

—¿Estarán bien?

No era lugar para despedir a los hombres, a dos meses de marcha de la civilización más cercana. Pero a Ike no le pareció conveniente despertar de nuevo su indignación.

—Claro —contestó—. ¿Por qué no?

—Creía que se les garantizaba empleo durante un año.

Ike tomó un rollo de cuerda y se entretuvo en hacer nudos.

—Nosotros ya tenemos suficientes preocupaciones —dijo—. Esos hombres están a punto de convertirse en un polvorín. En cuando se den cuenta de que los dejamos en la estacada, sólo es cuestión de tiempo que se revuelvan contra nosotros.

—¿Contra nosotros? ¿Para vengarse?

—Es algo más básico que eso. Querrán nuestras armas, nuestros alimentos, todo. Desde un punto de vista estrictamente militar, es decir, el punto de vista de Walker, lo más conveniente sería dividirlos y acabar con ellos.

—Nunca se atreverá a hacer una cosa semejante —dijo Ali—. Quizá no sea un cristiano modelo, pero es un hombre de palabra.

—¿Es que no te das cuenta? —preguntó Ike—. Los porteadores están ahora separados del resto de nosotros. Esa cueva lateral donde los han metido es una jaula sin puerta. De ahí sólo pueden salir uno a uno, lo que los convierte en objetivos fáciles si se cansaran de cooperar.

Ali no podía creer que la expedición hubiera descendido a ese nivel.

—No irá a disparar contra ellos, ¿verdad?

—No hay necesidad. Cuando finalmente decidan asomar la cabeza, probablemente ya nos habremos alejado por el río.

Una vez más, el oficial de intendencia abrió los fardos y extrajo los suministros del Avituallamiento I. Una de sus primeras tareas consistió en distribuir entre los soldados y científicos trajes de supervivencia especialmente diseñados por la NASA

con una tela antidesgarros e impermeable, pero suave al tacto. Tenía trajes desde un tamaño pequeño hasta el extra grande. Un nervudo mercenario les explicó las normas básicas.

—Pueden caminar, escalar y dormir con él puesto. Si se cayeran por la borda, tiren de esta anilla de emergencia y el traje se autoinflará. Conserva el calor de su cuerpo, les mantiene secos y está hecho a prueba de tiburones.

Alguien comentó en broma algo sobre una armadura mágica.

Los trajes eran un compuesto de pantalones cortos de goma, chalecos sin mangas y recubrimiento superior que se apretaba sobre la piel. La tela tenía rayas gris carbón y azul cobalto. Cuando los científicos se probaron esta vestidura elástica, tuvieron una sensación de excepcional ligereza. Se produjeron unos cuantos silbidos, tanto de hombres como de mujeres.

Intentaron bajar una videocámara para examinar los lugares más profundos del pozo. Al ver que eso no daba resultados, Walker envió a su hombre de choque: Ike.

No hacía muchos años debió de haber un sendero que descendía desde la cámara al río. Ike había dedicado parte del día a buscarlo. Pero en los túneles en los que pudo estar únicamente encontró tapones de cantos rodados producidos por recientes temblores. Había señales abisales por todas partes, como columnas talladas, pinturas en la pared, caños para dirigir las corrientes de agua o rocas apiladas para desviarlos, pero nada sugería que el agujero hubiera sido utilizado tal como se disponían a hacer, para acceder al río directamente desde arriba.

Ike descendió en rappel por la garganta de piedra, con los pies apoyados contra la venosa roca. Al llegar al final de la primera cuerda, a unos cien metros de profundidad, miró hacia arriba, entre el agua que caía. Desde arriba lo miraban para ver qué ocurría.

El pozo daba paso al vacío. Ike no tuvo advertencia previa. Sus pies quedaron repentinamente colgando sobre la oscuridad. Se detuvo, balanceándose en la vasta y serena burbuja de la noche.

Al dirigir el rayo de luz a su alrededor, encontró el río, a unos quince metros por debajo. Había descendido hasta una alargada y tortuosa cúpula geológica, cuyo techo abovedado se extendía por encima de la superficie del río. Extrañamente, el ruido atronador se detuvo en el momento en que abandonó el pozo; donde se hallaba ahora reinaba prácticamente el silencio. Apenas escuchaba el deslizarse del agua y poco más.

De no ser por la cuerda que pasaba por él, el agujero del pozo podría haber desaparecido entre el resto de las protuberancias que había encima de él y a su alrededor. Las paredes y el techo aparecían escamadas con ígneos rompecabezas. Era un espacio complicado dominado por una lógica, el río.

Descendió por la segunda cuerda y se detuvo a ras del agua. Se deslizaba con suavidad, como seda negra. Con precaución, Ike introdujo las yemas de los dedos en el agua. Nada saltó para morderle. La corriente era consistente. El agua se notaba fría y pesada. No tenía olor. Si procedía del océano Pacífico, ya no era agua de mar. Su

viaje hacia el interior la había despojado de la sal que pudiera contener en un principio. Estaba deliciosa.

Comunicó su informe por una radio de onda corta que le había entregado Walker.

—A mí me parece bien —dijo.

Descendieron como arañas sujetas por hilos de seda. Para algunos, incluidos varios soldados, se necesitó mucho poder de persuasión para que realizaran el rappel. Clientes, pensó Ike.

Las lanchas resultaron más complicadas.

Las balsas se bajaron con cuerdas, ya totalmente hinchadas, montados los asientos y el suelo. A Ike le recordaron botes salvavidas descendiendo por el costado de un buque condenado a hundirse.

El río se llevó la primera. Afortunadamente, no había nadie en ella.

Siguiendo instrucciones de Ike, la siguiente balsa se dejó suspendida sobre el nivel del agua, mientras que un equipo de remeros descendía por otras cinco cuerdas. Parecían marionetas suspendidas en el aire. Al contar tres, el equipo se dejó caer sobre la balsa en el momento en que tocaba el agua. Dos de los hombres no se soltaron de las cuerdas con la suficiente rapidez y terminaron nadando de un lado a otro, mientras la balsa avanzaba con la corriente. Los otros tomaron los remos y empezaron a dirigir la balsa hacia una enorme rampa pulida situada no muy lejos, corriente abajo.

La operación fue más fácil en cuanto pudieron bajar un pequeño motor e instalarlo en una de las balsas. La lancha motorizada les permitió trazar círculos en el agua e ir recogiendo a los pasajeros y las bolsas de instrumentos y equipo que colgaban de una docena diferente de cuerdas. Algunos de los científicos demostraron ser muy competentes en el manejo de las cuerdas y las embarcaciones. En cambio, varios de los impresionantes vengadores de Walker parecieron marearse. Eso le gustó a Ike. De ese modo, el juego se nivelaba más.

Tardaron cinco horas en bajar sus toneladas de suministros por el pozo. Una pequeña flotilla de barcas motorizadas llevó el cargamento hasta la orilla. A excepción de una sola balsa y del sacrificio de los porteadores, la expedición no había perdido nada. La facilidad con que se desarrolló todo produjo una gran satisfacción general. La Sociedad Julio Verne se sentía capaz y probada, como si pudiera soportar y controlar cualquier cosa que el infierno quisiera echarles encima.

Ali soñó con los porteadores durante toda la noche. Vio sus rostros desvaneciéndose en la oscuridad.

15

MENSAJE EN UNA BOTELLA

Enviad delante a vuestros mejores hombres. Destinad a vuestros hijos al exilio para servir las necesidades de vuestros cautivos.

RUDYARD KIPLING, La carga del hombre blanco

Base Little America, Antártida

January había esperado encontrar un aullante infierno blanco, con huracanes y cobertizos metálicos. Pero la pista de aterrizaje estaba seca y el viento era lánguido. Había tenido que tocar muchas teclas para conseguir que pudieran estar aquel día allí, y no estaba muy segura de saber qué podía esperar. Branch sólo pudo decir que tenía que ver con la expedición Helios. Se estaban desarrollando una serie de acontecimientos que podían afectar a todo el interior del planeta.

El avión carreteó y finalmente se detuvo. January y Thomas bajaron por la rampa de carga del Globemaster, entre toros de carga y soldados abrigados.

—Les están esperando —les dijo un escolta.

Entraron en un ascensor. January confiaba en que fuese una habitación en un piso alto, con vistas. Deseaba contemplar aquel inmenso territorio y el sol permanente. En lugar de eso, descendieron. Diez pisos más abajo, las puertas se abrieron.

El pasillo les condujo a una sala de conferencias, en cuyo interior todo estaba oscuro y en silencio. Creía que la sala estaba vacía, pero una voz sonó desde el fondo.

—Luces —dijo, como una advertencia.

Cuando se encendieron las luces, resultó que la sala estaba llena... de monstruos.

Al principio pensó que eran abisales que se tapaban los ojos con las manos ahuecadas. Pero todos eran oficiales estadounidenses. Delante de ella, el pelo corto de un capitán revelaba bultos y ondulaciones en un cráneo que tenía la forma y el tamaño del casco de un jugador de fútbol americano.

Como congresista, había presidido un subcomité dedicado a la investigación de las estancias prolongadas en el interior. Ahora, rodeada por oficiales de su propio ejército, comprendió por sí misma lo que significaban realmente expresiones como «verruga esquelética» y «osteítis deformans»: un exilio entre sus iguales. January recordó el término preciso: enfermedad de Paget. Hacía que el tejido óseo

experimentara un ciclo incontrolado de descomposición y crecimiento. La cavidad craneal no se veía afectada y tampoco corrían peligro el movimiento y la agilidad. Pero la deformidad predominaba por todas partes. Buscó rápidamente a Branch pero, por una vez, no pudo distinguirlo entre la multitud.

—Damos la bienvenida a nuestros distinguidos invitados, la senadora January y el padre Thomas. —En el podio estaba un general llamado Sandwell, conocido por January como un intrigante de extraordinaria energía. No tenía precisamente buena reputación como comandante de campo. De hecho, acababa de advertir a sus hombres que tuvieran cuidado con la política y el sacerdote que ahora se encontraban entre ellos—. Acabamos de empezar. Las luces se apagaron y se oyó un suspiro de alivio colectivo cuando los hombres volvieron a relajarse en sus asientos. Los ojos de January se adaptaron a la oscuridad. Una gran pantalla de vídeo relucía con una tonalidad azulada sobre una pared. Surgieron mapas, la topografía de un lecho marino, la vista cuadriculada del Pacífico y luego un primer plano.

—En síntesis —dijo Sandwell—, en nuestro sector del Pacífico occidental se ha desarrollado una situación complicada en la estación fronteriza número 1492. Los aquí presentes son comandantes de las bases del subpacífico reunidos para recibir la última información de los servicios secretos y mis órdenes.

January sabía que eso se decía para ponerla al día. El general declaraba que había decidido emprender una acción, algo que no perturbó a January lo más mínimo. Siempre podría influir sobre el resultado en caso necesario. El hecho de que ella y Thomas estuvieran presentes en aquella sala ponía de manifiesto el poder de ambos.

—Cuando se informó de la desaparición de una de nuestras patrullas, supusimos que había sido atacada. Enviamos una unidad de respuesta rápida para localizar y ayudar a la patrulla perdida. La unidad de respuesta rápida también desapareció y fue entonces cuando recibimos el despacho final de la patrulla perdida.

January se sintió presa de los remordimientos. Allí estaba allí, más allá de la patrulla perdida. «Concéntrate», se ordenó a sí misma, fijando la atención en el general.

—Lo llamamos un mensaje en una botella —explicó Sandwell—. Un miembro de la patrulla, habitualmente el responsable de la radio, lleva una caja de termopolos que continuamente acumula y digitaliza imágenes de vídeo. En el caso de que se produzca una emergencia, se puede disparar para que transmita automáticamente. La información se lanza al espacio geológico.

»El problema estriba en que diferentes fenómenos subterráneos retrasan nuestras frecuencias a diferentes velocidades. En este caso, la transmisión rebotó contra el manto superior y regresó arriba a través de plegamientos de basalto. En resumen, la transmisión quedó perdida en la piedra durante unas cinco semanas. Finalmente, interceptamos la onda del mensaje en nuestra base situada sobre las montañas marinas Matemático. La transmisión estaba fuertemente degradada por el ruido tectónico. Tardamos otras dos semanas en filtrarla e intensificarla con ordenadores. Como consecuencia de todo ello, han transcurrido 57 días desde que se

produjo el incidente inicial. Durante ese tiempo, hemos perdido otras tres unidades de respuesta rápida. Ahora sabemos que no se trató de ningún ataque. Nuestro enemigo es interno. Es uno de nosotros. Vídeo, por favor.

«Último despacho, Halcón Verde», decía un titular. Pudo verse una línea de datos en la parte inferior derecha: «ClipGal/MLI492/7-03/2304:34».

En susurros, January le tradujo a Thomas:

—Sea lo que fuere, estamos a punto de ver algo procedente de la estación de línea MacNamara 1492, en el túnel Clipperton/Galápagos, enviado el 3 de julio a las doce menos cincuenta y seis minutos.

Unas configuraciones de calor brotaron de la negrura de la pantalla. Eran siete almas. Parecían desmembrados.

—Aquí están —dijo Sandwell—. Operaciones especiales, en base Tres UDT, Pacífico occidental. Patrulla rutinaria de búsqueda y destrucción.

Las configuraciones de calor de la patrulla se resolvieron en la pantalla. Las almas verdes calientes se metamorfosearon en cuerpos humanos característicos. Al acercarse a las cámaras, los rostros de los miembros de la patrulla de operaciones especiales adquirieron personalidades individuales. Había unos pocos muchachos blancos, un par de negros y un chino-estadounidense.

—Estos son clips editados del vídeo que llevaba el operador de radio. Se están poniendo ahora su equipo ligero. Ahora están muy cerca de la línea.

Por línea sea refería a un perímetro robot, concebido por primera vez durante la guerra de Vietnam, una especie de línea Maginot automática que serviría como alambrada improvisada de campaña. En las partes remotas del inframundo, la tecnología parecía contribuir a mantener la paz. Durante los tres últimos años no se habían producido transgresiones de esas líneas.

La pantalla destelló y adquirió un azul más claro. Puestas en marcha por detectores de movimiento, la primera banda de luces, o la última, dependiendo de la dirección que se siguiera, si hacia dentro o desde fuera, se encendió automáticamente desde los recovecos de las paredes del túnel. A pesar de llevar puestas las gafas oscuras, los hombres de operaciones especiales se encogieron y volvieron las caras hacia otro lado. De haberse tratado de abisales, habrían huido, o muerto. Ésa era la idea.

—Pasaré rápidamente por los doscientos metros siguientes —dijo Sandwell—. Nuestro punto de interés se encuentra en la boca.

Mientras Sandwell aceleraba la proyección, la patrulla pareció pasar velozmente a través de costillares de luz. A cada zona sucesiva en la que entraban, se encendían más luces, y la zona que dejaban atrás quedaba a oscuras. Eran como rayas de cebra. La combinación cuidadosamente entrelazada de luz y otras longitudes de onda electromagnética resultaba cegadora y generalmente letal para las formas vitales criadas en la oscuridad. A medida que se había ido pacificando el interior del planeta, los puntos de convergencia como aquel se habían dotado de un dispositivo de luces, infrarrojas, ultravioleta y otros transmisores de fotones, además de láseres guiados por sensores, para «mantener al genio embotellado», como solían decir.

Empezaron a aparecer evidencias de la presencia de los genios, y Sandwell recuperó la velocidad normal de proyección.

Huesos y cuerpos se desparramaban sobre el camino mortalmente iluminado, como si allí se hubiese librado una feroz batalla. A plena vista, iluminados por los megavatios de electricidad, los restos de los abisales casi no tenían interés alguno. Pocos mostraban coloración alguna en sus pieles. Hasta a su pelo le faltaba color. Ni siquiera era blanco, sino de una tonalidad mortalmente amarillenta, similar a la manteca de cerdo.

Al acercarse la patrulla al extremo más alejado del túnel, lo que Sandwell había llamado la boca, los intentos de sabotaje eran evidentes. Se habían roto las luces o bloqueado con herramientas primitivas, o se habían lanzado piedras contra ellas. Los zapadores abisales habían pagado un alto precio por sus esfuerzos. Los hombres de la patrulla se detuvieron. Justo por delante, allí donde la boca del túnel se tornaba blanca, empezaba el verdadero territorio desconocido.

January tragó saliva, angustiada. Algo malo estaba a punto de suceder.

—¿Alguien lo ha visto? —preguntó Sandwell sin dirigirse a nadie en particular. Nadie contestó—. Pasaron justo por delante, tal como se suponía que debían hacer.

Una vez más, adelantó la proyección. A alta velocidad, los soldados se quitaron las mochilas e iniciaron sus tareas de mantenimiento, reponiendo componentes y bombillas en las paredes y el techo, lubricando el equipo y volviendo a calibrar los láseres. El reloj automático de la pantalla avanzó rápidamente varios minutos.

—Aquí es donde lo descubrieron —dijo Sandwell, volviendo a ralentizar la proyección.

Un grupo de soldados se había reunido alrededor de un espolón de roca, discutiendo evidentemente sobre una curiosidad. El operador de radio se les acercó y su videocámara captó un pequeño cilindro, que era del tamaño de un dedo meñique. Se hallaba alojado en una grieta de la roca.

—Aquí está —anunció Sandwell.

No había banda de sonido y no sonaron voces. Uno de los soldados extendió una mano hacia el cilindro. Un segundo intentó prevenirle. Bruscamente, un hombre cayó hacia atrás. Los demás, simplemente, se derrumbaron sobre el suelo. El operador de radio se giró alocadamente y se quedó quieto, de costado, sobre una vista de la bota de alguien. La bota se retorció una sola vez, no más.

—Lo hemos cronometrado —dijo Sandwell—. Sólo se necesitaron menos de dos segundos, 1,8 para ser exactos, para que murieran siete hombres. Naturalmente, fue en su forma concentrada. Pero incluso varias semanas más tarde y a cinco kilómetros de distancia, después de haberse dispersado en la corriente de aire, sólo tardó algo más de dos segundos, 2,2, en matar a nuestras unidades de respuesta rápida. En otras palabras, sus efectos son casi instantáneos, y tienen un índice de mortalidad del cien por cien.

—¿Qué es? —le preguntó Thomas a January en un susurro—. ¿De qué está hablando este hombre?

—No tengo ni la menor idea —murmuró ella.

—Veámoslo de nuevo, a cámara lenta, con mayor detalle. Encuadre tras encuadre, Sandwell les mostró la escena de la muerte a partir del encuadre del cilindro. Esta vez el tubo de metal, que tenía la longitud de un dedo, reveló sus partes: un cuerpo principal, una pequeña capucha de cristal, una luz diminuta. Aumentados de tamaño, los dedos del soldado se extendieron hacia la cápsula. La diminuta luz cambió de color. El cilindro emitió el más diminuto destello de un aerosol. Los hombres cayeron al suelo, lentamente, como marineros borrachos. Esta vez, January pudo observar pruebas de la violencia biológica. Uno de los muchachos negros retorció su cara ante la cámara, con la boca abierta; sus ojos habían desaparecido. La mano de un hombre pasó balanceándose ante las lentes, con la sangre goteándole de las uñas. La bota se retorció una vez más y algo, un líquido humano, goteó por los agujeros de las cordonerías.

Gas, reconoció January. O gérmenes. Pero ¿con una acción tan contundentemente rápida?

—Y encima de todo lo demás, ahora esto —gruñó una voz.

Los oficiales eran estudiantes rápidos. Absorbieron la información de un solo salto. La GQB, la guerra química y biológica, era la parte de su entrenamiento con la que menos querían tener que ver en campaña. Pero allí estaba.

—Una vez más —dijo Sandwell.

—Imposible, es absolutamente imposible —dijo un oficial—. Los abisales no disponen en ninguna parte de esas capacidades. Son retrógrados neolíticos. Apenas tienen conocimientos para encender fuego. Adquieren sus armas, no las inventan. Lanzas y trampas cazabobos, ese es su límite creativo. No podrán convencerme de que son capaces de fabricar armas químicas y biológicas.

—Desde entonces —siguió diciendo Sandwell sin hacerle caso—, hemos descubierto tres cápsulas más como esta. Tienen detonadores diseñados para dispararse mediante una orden codificada transmitida por radio. Una vez colocadas, sólo se las puede neutralizar enviándoles la señal adecuada. Si se tocan, ya han visto lo que sucede. Así pues, las hemos dejado intactas. Veamos ahora un vídeo del cilindro más reciente. Fue descubierto hace cinco días.

Esta vez los actores iban cubiertos con trajes de protección bioquímica. Se movían con la lentitud de astronautas en gravedad cero. La información sobre la fecha era diferente. Decía «ClipGal/Rail/09-01/0732:12». El ángulo de la cámara se desplazó hacia una fractura en la pared de la cueva. Uno de los soldados enfundado en el traje insertó en la grieta una tablilla brillante. January se dio cuenta de que contenía un espejo dental. El siguiente ángulo se centró en una imagen reflejada en el espejo.

—Ésta es la parte posterior de una de las cápsulas —dijo Sandwell.

Las letras estaban completas esta vez, boca abajo. Había un diminuto código de barras y una identificación en inglés. Sandwell congeló la imagen.

—Ángulo en vertical —ordenó.

El ángulo de la cámara pivotó. «SP-9», decían las letras, seguidas por «USDoD».

—¿Es una de las nuestras? —dijo una voz.

—SP designa el Prion sintético, fabricado en laboratorio. El nueve es el número de generación.

—¿Es eso una buena o una mala noticia? —preguntó alguien—. Ahora resulta que los abisales no fabrican lo que nos está matando, sino que lo fabricamos nosotros.

—El modelo Prion-9 dispone de un acelerador incorporado. En contacto con la piel, la coloniza casi instantáneamente. El director de laboratorio la comparó con una especie de peste negra supersónica. —Sandwell hizo una pausa—. El Prion-9 se fabricó a la medida de ese teatro de operaciones, para el caso de que las cosas se descontrolaran allá abajo. Pero, una vez fabricado, se decidió que nada podía quedar tan descontrolado como para justificar su empleo. Dicho de modo más sencillo: es demasiado mortal como para ser empleado. Puesto que se reproduce, las pequeñas cantidades tienen el potencial de expandirse y llenar todo un nicho medioambiental. En este caso, ese nicho es todo el subplaneta.

Una mano se cerró alrededor del brazo de January con la fuerza de una trampa. El dolor que le produjo la mano férrea de Thomas le recorrió todo el hueso. Finalmente, él la soltó.

—Lo siento —le susurró, apartando la mano.

January sabía que no debía interrumpir una sesión militar de información, pero a pesar de ello lo hizo.

—¿Y qué sucede cuando ese Prion llena su nicho y decide saltar al siguiente nicho? ¿Qué puede suceder con nuestro mundo?

—Excelente pregunta, senadora. Dentro de lo malo hay alguna buena noticia. El Prion-9 se desarrolló para ser utilizado exclusivamente en el interior del planeta, de modo que sólo es capaz de vivir y de matar en la oscuridad. Muere a la luz del sol.

—En otras palabras, no puede saltar de nicho. ¿Es esa la teoría? —preguntó, permitiendo que se notara el escepticismo en su voz.

—Hay una cosa más —añadió Sandwell—. El Prion sintético se ha probado en abisales cautivos. Una vez expuestos, ellos mueren el doble de rápido que nosotros.

—En eso, entonces, les llevamos ventaja —se burló alguien—. Duraremos nueve décimas de segundo más que ellos.

¿Abisales cautivos? ¿Pruebas? January nunca había oído hablar de aquello.

—Finalmente —dijo Sandwell—, cabe añadir que todo el stock que quedaba de esta generación ha sido destruido.

—¿Hay otras generaciones?

—Eso es materia reservada. El Prion-9 se iba a destruir, de todos modos. La orden llegó pocos días después de que se produjera el robo. A excepción de los cilindros de contrabando existentes en el interior del planeta, no hay más.

Una pregunta surgió desde la oscuridad de la sala.

—¿Cómo es posible que los abisales se apoderaran de nuestro material, mi general?

—No son los abisales los que colocaron el Prion en nuestro corredor ClipGal —espetó Sandwell—. Ahora tenemos pruebas de ello. Fue uno de nosotros.

La pantalla de vídeo volvió a encenderse. January estaba segura de que volvía a pasar la primera grabación. Parecía tratarse del mismo túnel negro vomitando las mismas configuraciones de calor desencarnado. Las amebas verdes y *calientes* se hicieron bípedas. Ella comprobó los datos de la *fecha* y vio que las imágenes procedían de la estación de línea número 1492. Pero la fecha era diferente. Decía «6/18». Este vídeo se había tomado dos semanas antes que el de la patrulla de operaciones especiales.

—¿Quién es esa gente? —preguntó una voz.

Las configuraciones de calor adquirieron rostros característicos. Una docena se convirtió en dos docenas, todas ellas encordadas. No eran soldados. Pero con las gafas nocturnas puestas era imposible saber exactamente quiénes o qué eran. El primer conjunto de luces del túnel se encendió automáticamente. Y, de repente, pudo verse que las figuras que había en la pantalla se ponían a gritar alegremente, se quitaban las gafas y, en general, actuaban como civiles de vacaciones.

Sus uniformes de Helios estaban sucios, pero no andrajosos ni muy desgarrados. January realizó un cálculo rápido. En este punto, la expedición debía encontrarse en su segundo mes de recorrido.

—Fíjate —le susurró a Thomas.

Era Ali. Llevaba una mochila y parecía en buen estado de salud, aunque un poco delgada y en mejor forma que algunos de los hombres. Su sonrisa era realmente hermosa. Pasó ante la cámara de la pared sin darse cuenta de que la estaba grabando.

Sin necesidad de girar la cabeza, January detectó un cambio en los oficiales que la rodeaban. De algún modo, la sonrisa de Ali manifestaba su nobleza.

—La expedición Helios —dijo Sandwell, para información de quienes no lo supieran.

Más y más gente apareció en la pantalla. Sandwell dejó que sus comandantes apreciaran todo el ambiente de fiesta.

—¿Quiere decir que uno de ellos puso allí los cilindros? —preguntó alguien.

Una vez más, Sandwell dejó las cosas en claro.

—Repito que fue uno de nosotros. —Hizo una pausa—. No de ellos, sino de nosotros. Uno de ustedes.

El pulso se le aceleró a January ante la imagen de Ali. Sobre la pantalla, la joven se arrodilló ante su mochila, desenrolló un delgado saco de dormir sobre la piedra y compartió un dulce con un amigo. La pequeña comunión con sus vecinos fue encantadora en su sencillez.

Ali terminó sus preparativos, se sentó sobre el saco de dormir y abrió un paquete de papel de aluminio que contenía un paño plegado, con el que empezó a limpiarse la cara y el cuello. Finalmente, entrecruzó las manos y suspiró. No se podía pasar por alto la satisfacción que manifestaba. Al final de la jornada, se sentía satisfecha con lo que le había tocado en suerte. Se sentía feliz.

Ali levantó la mirada y January pensó que rezaba. Pero miraba hacia las luces del techo del túnel. La mirada rayaba en la adoración. January se sintió conmovida y

abrumada al mismo tiempo. Aquello indicaba, sencillamente, que Ali amaba la luz. Y, sin embargo, había renunciado a ella. ¿Y todo por qué? «Por mí», pensó January.

—Conozco a ese hijo de puta —dijo entonces uno de los comandantes de ClipGal. En el centro de la pantalla, un mercenario delgado impartía órdenes a otros tres hombres armados—. Se llama Walker —siguió diciendo el comandante—. Perteneció a la fuerza aérea. Pilotaba F-16. Lo dejó para meterse en negocios propios. Hizo matar a un puñado de baptistas en aquella aventura colonial que se emprendió al sur de la península de Baja California. Los supervivientes lo denunciaron por incumplimiento de contrato. De algún modo, terminó cerca de mi posición. Me enteré de que Helios estaba contratando hombres. Por lo visto han conseguido un jodido puñado de ellos.

Sandwell dejó que la grabación siguiera durante otro rato, sin añadir ningún comentario. Entonces dijo:

—No es Walker quien puso las cápsulas de Prion. —Congeló la imagen—. Fue este hombre.

Thomas se sobresaltó, aunque casi imperceptiblemente. January experimentó una conmoción al reconocerlo. Observó con curiosidad el rostro de él, que también la miró. Negó con la cabeza. Hombre equivocado. Ella volvió a mirar la imagen de la pantalla, buscando en su memoria. No conocía a aquella figura deteriorada.

—Se equivoca —afirmó con naturalidad una voz desde la audiencia.

January reconoció inmediatamente la voz.

—¿Mayor Branch? —preguntó Sandwell—. ¿Eres tú, Elias?

Branch se levantó, bloqueando en parte la pantalla. Su silueta aparecía gruesa, deformada y primitiva.

—Su información es incorrecta, señor.

—¿Lo reconoce usted, entonces?

La imagen congelada en la pantalla era de perfil, en tamaño tres cuartos, tatuada, con el pelo que parecía cortado con un cuchillo. Una vez más, January intentó comprobar si Thomas recordaba algo, un temblor de dientes, un cambio en el ritmo de la respiración. Él miraba fijamente la pantalla.

—¿Conocemos a este hombre? —le susurró ella.

Thomas levantó un solo dedo y lo movió de un lado a otro: no.

—Ha cometido un error —repitió Branch.

—Desearía que fuese así —dijo Sandwell—. Se ha vuelto un malvado, Elias. Ésa es la verdad.

—No, señor —declaró Branch con firmeza.

—Nosotros mismos tenemos la culpa —dijo Sandwell—. Lo aceptamos entre nosotros. El ejército le ofreció refugio. Imaginamos que había regresado junto a nosotros. Pero es muy posible que nunca dejara de identificarse con los abisales que lo capturaron. Todos habrán oído hablar del síndrome de Estocolmo.

Branch lanzó un bufido de burla. A su oficial superior.

—¿Está diciendo que trabaja para el diablo?

—Estoy diciendo que parece ser un refugiado psicológico, que se encuentra atrapado entre dos especies y se aprovecha de las dos. Tal como yo lo veo, está matando a mis hombres. Y ha tomado como objetivo todo el interior del planeta.

—Él —exclamó January con la respiración entrecortada. Ahora fue ella la conmovida—. Thomas, es el hombre sobre el que nos escribió Ali justo antes de salir del Punto Z-3. El guía de Helios.

—¿Quién? —preguntó Thomas.

January encontró finalmente el nombre en su banco mental de datos.

—Ike. Crockett —susurró—. Un rescatado. Escapó de los abisales. Ali dijo que esperaba entrevistarle, conseguir que le transmitiera sus recuerdos de la vida abisal, obtener sus conocimientos. ¿En qué lío la habré metido?

—A juzgar por el trabajo realizado hasta el momento por este hombre —siguió diciendo Sandwell—, intenta establecer un cinturón de contagio a lo largo de todo el ecuador subpacífico. A una sola señal puede poner en marcha una reacción en cadena que exterminará a todo ser vivo del interior, sea humano, abisal o de cualquier otro tipo.

—Déme una prueba —insistió Branch con tenacidad—. Muéstreme un clip o una imagen en la que se vea a Ike colocando la cápsula químico-biológica.

January percibió en sus palabras cierto apego, mezclado con una actitud de desafío. Branch tenía alguna conexión con el personaje que aparecía en la pantalla.

—No tenemos imágenes —dijo Sandwell—. Pero le hemos seguido la pista al grupo original de cápsulas del Prion-9 robado. Lo robaron de nuestro depósito de armas químicas de Virginia Occidental. El robo se produjo la misma semana que Crockett visitó Washington D. C. La misma semana en la que tenía que presentarse ante un tribunal militar y una posible expulsión deshonrosa del cuerpo. Fue entonces cuando huyó y desapareció. Ahora, cuatro de esos cilindros se han descubierto en el mismo corredor por el que está guiando la expedición Helios.

—Si el contagio se dispara, él también muere —dijo Branch. Eso no es propio de Ike. No se suicidaría. Cualquiera que lo conozca se lo puede asegurar. Es un superviviente.

—De hecho, esa es precisamente nuestra pista —dijo Sandwell—. Su protegido se ha inmunizado. —Se produjo un silencio, antes de que siguiera hablando—. Entrevistamos al médico que le administró la vacuna. Recordaba el incidente y por una buena razón. Sólo un hombre ha sido inmunizado contra el Prion-9.

Una foto apareció en la pantalla. Mostraba un formulario médico. Sandwell dejó la imagen quieta durante un rato, para que la leyera. En la parte superior se veía el nombre y dirección de un médico. En la parte inferior una sencilla firma que el propio Sandwell se encargó de leer en voz alta:

—Dwight D. Crockett.

—Mierda —exclamó uno de los comandantes.

Branch, sin embargo, se mostró porfiado en su lealtad.

—No estoy de acuerdo con su prueba.

—Sé que esto es difícil —le dijo Sandwell.

January observó que los hombres empezaban a removerse, inquietos. Más tarde se enteraría de que Ike les había enseñado a muchos de ellos y había salvado la vida de algunos.

—Es imperativo que descubramos a este traidor —les dijo Sandwell—. Ike se ha convertido en el hombre más buscado de la Tierra.

—Veamos si lo comprendo —intervino January, elevando la voz—. La única persona inmune a esta plaga ¿es supuestamente el hombre que la colocó?

—Afirmativo, senadora —contestó Sandwell—. Pero no por mucho tiempo. Con objeto de contener el Prion liberado, hemos cerrado todo el corredor ClipGal con explosivos. Asimismo, estamos evacuando el interior del planeta dentro de un radio de trescientos kilómetros, incluida la ciudad de Nazca. Nadie volverá a entrar ahí hasta que haya sido vacunado. Y empezaremos por ustedes, caballeros. En la siguiente sala ya hay médicos esperando. Senadora y padre Thomas, ustedes también serán inyectados.

Fue Thomas el que aceptó, antes de que January pudiera rechazar la oferta. Luego la miró, antes de decirle:

—Por si acaso.

Un mapa llenó la pantalla. Se centró sobre una especie de vena dentro de la tierra.

—Ésta es la proyectada trayectoria de la expedición de Helios —siguió diciendo el general—. Probablemente no hay forma de que podamos alcanzarlos desde atrás, lo que significa que tampoco podemos interceptarlos desde los lados o desde el frente. El problema es que sabemos dónde han estado, pero no exactamente hacia dónde se dirigen.

»El cartel Helios se ha mostrado dispuesto a compartir información sobre el curso previsto de la expedición. Durante el transcurso de los próximos meses trabajaremos en estrecha colaboración con su departamento de mapas para tratar de averiguar dónde están los exploradores. Mientras tanto, saldremos de caza.

»Vamos a valorar todas las posibles salidas. Quiero que se envíen escuadrones, que se cubran todos los puntos de salida. Lo haremos salir. Le pondremos trampas. Lo esperaremos. Y en cuanto lo localicemos, lo mataremos. En cuanto lo descubramos. Las órdenes vienen de arriba. Repito, hay que matarlo en cuanto lo descubramos. Antes de que ese renegado pueda matarnos a nosotros. —Sandwell se volvió para mirarlos—. Éste es el momento de preguntarse ¿hay entre nosotros algún hombre que no se sienta capaz de cumplir la misión que acabo de encomendarles? La pregunta sólo iba dirigida a un hombre, y todos lo sabían. Esperaron en silencio a que Branch se negara a cumplir la orden. Pero no lo hizo.

Nueva Guinea

La llamada telefónica despertó a Branch en su camastro a las tres y media de la madrugada. Dormía poco. Habían transcurrido dos días desde que los comandantes

regresaran a sus bases e iniciaran la exploración de las profundidades para encontrar a Ike. A Branch, sin embargo, se le había encomendado la misión de control en el cuartel general del Pacífico sur, en Nueva Guinea. Se trataba de un gesto humanitario pero, sobre todo, de una forma de neutralizarlo. Deseaban disponer de las opiniones que pudiera tener Branch sobre su presa, pero no confiaban en él para que matara a Ike llegado el momento. Él, por su parte, no se lo echaba en cara a nadie.

—Mayor Branch —dijo una voz por el teléfono—. Es el padre Thomas.

Desde la conferencia, Branch esperaba la llamada de January. Él estaba conectado con ella, no con su confidente jesuita. Le sorprendió que la senadora hubiese acudido acompañada a la conferencia de la Antártica, y ahora no se sintió complacido al escuchar su voz.

—¿Cómo me ha encontrado? —fue lo primero que le preguntó.

—Por January.

—Probablemente ésta no sea la mejor línea telefónica que podamos utilizar —le advirtió Branch.

Thomas no le hizo caso.

—Tengo información sobre su soldado Crockett. —Branch esperó—. Alguien está utilizando a nuestro amigo. —«¿A nuestro amigo?», pensó Branch—. Vengo de visitar al médico que le administró la vacuna. —Branch escuchó, muy atento—. Le mostré una foto del señor Crockett. —Branch apretó fuertemente el teléfono contra su oreja—. Creo que ambos estaremos de acuerdo en que tiene un aspecto muy característico. Pero resultó que el médico no había visto a Crockett en su vida. Alguien falsificó su firma. Alguien se hizo pasar por él.

—¿Quién fue, Walker? —preguntó Branch, aflojando la presión sobre el teléfono, pues esa había sido su primera sospecha.

—No —contestó Thomas—. Le mostré una foto de Walker. Y fotos de cada uno de sus pistoleros. El médico se mostró concluyente. No era ninguno de ellos.

—Entonces, ¿quién?

—No lo sé. Pero aquí hay algo que anda mal. Estoy tratando de conseguir fotografías de todos los miembros de la expedición para mostrárselas. La corporación Helios no muestra muchas ganas de cooperar. De hecho, sus representantes me han comunicado que oficialmente no existe tal expedición.

Eso hizo que el propio Branch se sentara al borde de su camastro de fibra de vidrio. Resultaba difícil mantener la calma. ¿Qué pretendía este sacerdote? ¿Por qué jugaba al detective con un médico del ejército? ¿Y por qué le hacía una llamada en plena noche para anunciarle la inocencia de Ike?

—Yo tampoco dispongo de esas fotos —dijo Branch.

—Se me ha ocurrido que otra fuente de imágenes podría ser ese vídeo que nos pasó el general Sandwell. Allí parecían verse multitud de caras.

De modo que se trataba de eso.

—¿Quiere que yo se lo consiga?

—Quizá el médico pueda descubrir a ese hombre entre la multitud.

—En tal caso, pídaselo a Sandwell.

—Ya lo he hecho. No manifiesta un mayor grado de cooperación que Helios. De hecho, sospecho que es algo más de lo que finge ser.

—Veré lo que puedo hacer —le dijo Branch.

Sin embargo, no se comprometió con la teoría.

—¿Hay alguna posibilidad de detener la búsqueda de Crockett, o al menos de dejarla en suspenso?

—Negativo. Ya se han introducido equipos de cazadores. Están bajando a grandes profundidades y no se puede contactar con ellos.

—Entonces tenemos que movernos con rapidez. Envíe ese vídeo al despacho de la senadora.

Después de colgar, Branch se quedó sentado en la semioscuridad. Podía olerse a sí mismo, la carne plastificada, con el hedor de su duda. Su presencia aquí no servía de nada. Eso era, sin embargo, lo que pretendían. Se suponía que debía quedarse tranquilamente aparcado en la superficie mientras ellos se ocupaban del asunto. Ahora, Branch no podía esperar.

Obtener los vídeos de ClipGal para el sacerdote podía tener su valor. Pero aunque el médico señalara al culpable, ya sería demasiado tarde para dar marcha atrás en la decisión de Sandwell. La mayoría de las patrullas de largo alcance ya se hallaban fuera del radio de acción de las comunicaciones. Cada hora que pasaba descendían más profundamente en el interior del planeta.

Branch se levantó. No más vacilaciones. Tenía un deber que cumplir. Consigo mismo y con Ike, que no tenía forma de saber lo que le tenían reservado.

Branch se quitó el uniforme. Fue como quitarse su propia piel, sabiendo que, después de esto, ya nunca podría volvérselo a poner.

La vida era algo muy peculiar. Con casi 52 años, había pasado más de tres décadas con el ejército. Lo que se disponía a hacer ahora debería haberle parecido algo mucho más difícil de hacer. Quizá sus compañeros oficiales lo comprendieran y le perdonaran por este exceso. Quizá pensaran que finalmente se había vuelto majareta. La libertad era así.

Desnudo, se miró en el espejo, como una mancha negra sobre las gafas oscuras. Su carne destrozada brillaba como una piedra preciosa del abismo. De repente, sintió pena por no haber tenido nunca una esposa, o hijos. Habría sido bonito dejarle una carta a alguien o un último mensaje telefónico. En lugar de eso, no le quedaba más que aquel terrible compañero, una estatua rota en el espejo.

Se puso unas ropas civiles que apenas le quedaban bien y tomó su fusil.

A la mañana siguiente nadie quiso informar de la desertión de Branch.

El general Sandwell se enteró finalmente de lo sucedido. Se puso furioso y no vaciló en impartir la orden. Según declaró, el mayor Branch participaba en la conspiración con Ike.

—Los dos son unos traidores. Matadles.

16

SEDA NEGRA

Allá abajo había un río monstruoso.
MARK TWAIN, *Aventuras de Huckleberry Finn*

El Ecuador, oeste

El paladín siguió los caminos del río, devorando grandes distancias. Sabía que se habían producido más invasiones, pero esta vez a lo largo del camino antiguo, y acercándose a su asilo final. Así pues, acudía para investigar esta violación, o para destruirla, en nombre del pueblo.

Luchó contra todos los recuerdos. Sufrió privaciones. Se desprendió de los deseos. Arrojó la aflicción lejos de sí. Al servicio del grupo, dejó con satisfacción su corazón a un lado.

Algunos renuncian al mundo. A otros, el mundo les es arrebatado. En cualquier caso, la gracia surge en el momento preciso. Así, el paladín corrió, tratando de borrar todos los pensamientos de su gran amor.

Mientras vivió, la mujer le había dado un hijo, aprendió cuál era su puesto, cumplió correctamente con sus deberes y se convirtió en maestra. La cautividad le había roto la mente y el espíritu. Había creado una tablilla negra sobre la que poder escribir el camino. Lo mismo que él, se había recuperado de las mutilaciones e iniciaciones. Sobre los méritos de su naturaleza, se había elevado por encima de su bajo estatus bestial. Él había contribuido a crearla, y finalmente terminó por amar a su propia creación. Ahora, Kora estaba muerta.

Separado del clan, con su mujer muerta, ahora ya no tenía raíces y el mundo era vasto. Había tantas nuevas regiones y especies que investigar, tantos destinos hacia los que sentirse llamado... Podría haber abandonado a las tribus abisales para descender más profundamente en el planeta, o incluso regresar a la superficie. Pero ya hacía mucho tiempo que había elegido su propio camino.

Después de muchas horas, el asceta se sintió cansado. Había llegado el momento de descansar.

Abandonó la carrera por el sendero. Una mano tocó la pared rocosa. Como dotadas de una inteligencia propia, las yemas de los dedos encontraron apoyos al azar. Una parte de su cerebro cambió de dirección, dio a la mano la orden de seguir y

los pies se levantaron con él. Podría haber estado corriendo todavía, pero de repente escalaba a gran velocidad. Corrió rápidamente, en diagonal, ascendiendo por las paredes arqueadas hasta una cavidad cercana a la parte central del techo, a lo largo del río.

Olisqueó la cavidad para saber qué otra cosa se había introducido allí y cuándo. Satisfecho, se introdujo en la burbuja de piedra. Apretó las extremidades, hasta encajarlas en el espacio, acopló la columna vertebral y rezó su oración nocturna, compuesta en parte por súplica y en parte por superstición. Pronunció algunas de las palabras en un idioma que habían hablado sus padres y los padres de sus padres. Palabras que Kora había enseñado a su hija: «Santificado sea tu nombre», pensó.

El paladín no cerró los ojos. Pero el ritmo de su corazón se hizo más lento. La respiración se detuvo casi por completo. Se quedó quieto. «Mantener mi alma.» El río seguía fluyendo por debajo de donde se encontraba. Se quedó dormido.

Unas voces lo despertaron, arrancando ecos de la piel del río. Humanos.

El reconocimiento se abrió paso lentamente en su interior. En los últimos años, había realizado esfuerzos por olvidarse de aquel sonido. Tenía una desgarradora discordancia, incluso en las bocas de los más tranquilos. Era como un sonido rompehuesos por su calidad agresiva. Irrumpía en todas partes, como la misma luz del sol. No era nada extraño que animales más poderosos huyeran ante ellos. Le avergonzaba haber formado parte de su raza, aunque eso hubiese sucedido más de medio siglo antes.

Aquí, el lenguaje era diferente. Articular era simplemente eso, unir distintas cosas. Cada precioso espacio, cada tubo, arruga, vacío y hueco dependía de su conexión con otro espacio. La vida en un laberinto dependía de la vinculación con él.

Escuchar a los humanos ya era como profanar el almacén. El espacio los podría. Sin nada por encima de las cabezas, sin ninguna piedra que rematara el mundo, sus pensamientos echaban a volar hacia un vacío más terrible que cualquier abismo. No era tan extraño que su invasión se llevara a cabo de grado o por fuerza. El hombre había perdido su mente a manos del cielo.

Se llenó los pulmones gradualmente, pero el olor del agua era demasiado intenso. No había posibilidad de oler bien. Eso sólo le dejaba los ecos para calcular su posición. Podría haberse marchado mucho antes de que llegaran. Pero esperó.

Llegaron en botes. Sin guardias en los puntos estratégicos, sin disciplina ni precaución, sin protección para sus mujeres. Sus luces eran como un río cuando una gota habría sido suficiente. Miró a través de un diminuto agujero entre sus dedos, sintiéndose agredido por la extravagancia de aquellos seres.

Pasaron por debajo de su cavidad sin molestarse siquiera en mirar hacia arriba. ¡Ni uno de ellos! Se sentían muy seguros de sí mismos. Se quedó quieto en el techo, a la vista, con las extremidades enroscadas, despectivo ante la seguridad que demostraban.

Sus balsas avanzaban por el túnel en una alargada masa aleatoria. Dejó de contar cabezas para concentrarse en los débiles y los dispersos.

Pocas eran las cosas que sobresalieran positivamente en ellos. Eran lentos, con sentidos apagados y faltos de sincronización. Cada uno se comportaba con muy poca coordinación con respecto al grupo. Durante la hora siguiente observó a diferentes individuos poner en peligro la seguridad del grupo al rozar las paredes o arrojar trozos de comida. Aquello eran más que señales, suponía dejar cosas para los depredadores. Dejaban tras de sí el sabor de sí mismos. Cada vez que uno pasaba la mano por la roca, dejaba la grasa humana pintada en ella. Sus orines despedían un olor acre. Aparte de abrirse las venas y tumbarse a esperar, no podrían haber hecho más cosas para invitar a su propia aniquilación.

Los que sufrían pequeñas heridas no hacían nada por ocultar su dolor. Advertían de sus vulnerabilidades, se ofrecían como las presas más fáciles. Sus cabezas eran demasiado grandes y sus articulaciones estaban torcidas en las caderas y en las rodillas. Casi no podía creer que hubiese nacido así, como ellos. Una del grupo se cambió unas pequeñas vendas que le rodeaban los pies y arrojó al agua los vendajes viejos. Las vendas terminaron en la orilla, arrastradas por la corriente. Desde allí arriba, él pudo oler distintos detalles de la mujer.

Había muchas mujeres entre ellos. Eso era lo más increíble de todo. Hablaban entre sí, sin darse cuenta de nada, sin protegerse. Eran mujeres maduras. De ese mismo modo había llegado Kora hasta él, en la oscuridad, hacía ya tanto tiempo.

Después de que desaparecieran, llevados por la corriente del río, esperó una hora a que sus ojos se recuperaran de las luces. Luego, músculo a músculo, salió de la cavidad. Quedó colgado de un brazo del ligero reborde, a la escucha, no tanto de los extranjeros como de otros depredadores, pues seguramente los habría. Satisfecho, se soltó y aterrizó sobre el sendero.

Sumido en la oscuridad, se movió entre sus desperdicios, recogiénolos. Lamió el metal de una envoltura de dulce, olisqueó la roca que habían rozado, hundió la nariz en los vendajes de la mujer y luego se los llevó a la boca. Aquel era el sabor de los humanos. Lo masticó.

Les siguió la pista de nuevo, corriendo por viejos senderos gastados en la piedra de la orilla, y los alcanzó cuando acampaban. Observó.

Muchos de ellos hablaban o cantaban para sí mismos, y eso fue para él como escuchar el interior de sus mentes. A veces, su Kora había cantado del mismo modo, especialmente a su hija.

En repetidas ocasiones, individuos sueltos se alejaban del campamento y se colocaban en lugares situados a su alcance. Hubo momentos en que incluso se preguntó si no habrían detectado su presencia y sólo intentaban ofrecérsele como víctimas propiciatorias. Una noche recorrió el campamento mientras dormían. Sus cuerpos relucían en la oscuridad. Una mujer solitaria se despertó mientras él pasaba y lo miró directamente. Su rostro pareció horrorizarla. Él retrocedió, ella perdió su imagen y volvió a quedarse dormida. No había sido para ella nada más que una fugaz pesadilla.

Resultó difícil no haber cosechado por lo menos a uno de ellos. Pero el momento no era el propicio y no serviría de nada asustarlos tan pronto. Descendían

cada vez más profundamente hacia el santuario, lo hacían por voluntad propia y él todavía no conocía la razón por la que habían llegado hasta allí. Así pues, comió escarabajos, poniendo buen cuidado de hacer con ellos una bola en la lengua, en lugar de aplastarlos con los dientes.

Día tras día, el río se convirtió en su fiebre.

Formaban una flotilla de veintidós balsas unidas por cuerdas, algunas atadas de costado, otras arrastradas en solitario detrás, por motivos de soledad, de salud mental, de experimentos científicos o de clandestinos actos amorosos. Las grandes embarcaciones estancas tenían capacidad para diez hombres, más unos 700 kilos de carga. Las más pequeñas las utilizaban durante el día como botes para transportar pasajeros de una isla de poliuretano a otra, como camas flotantes de hospital para los enfermos o para las tareas de vigilancia de los *rangers*, dotadas con uno de los motores de baterías y con una ametralladora montada. A Ike se le entregó el único kayak marino del que disponían.

Se suponía que allí no había fenómenos meteorológicos. No podía haber viento, lluvia o estaciones; era científicamente inconcebible. Se les había asegurado que el subsuelo del planeta estaba herméticamente sellado, era casi un vacío, con su termostato fijado en los 27,4 °C y su atmósfera inmóvil.

Nada de cascadas de trescientos metros de altura. Ningún dinosaurio. Pero lo principal es que se suponía que allí dentro no había ninguna luz.

Y, no obstante, había todo eso. Pasaron ante un glaciar del que se desprendían pequeños icebergs que caían al río. De los techos llovía a veces con intensidad monzónica. Uno de los mercenarios fue mordido por un pez recubierto de una placa blindada, que probablemente no había cambiado desde la época de los trilobites. Entraban con creciente frecuencia en cavernas iluminadas por un tipo de liquen que devoraba la roca. Al parecer y en su fase reproductora, el liquen extendía un tallo carnoso o ascocarpio, dotado de una carga eléctrica positiva y negativa. El resultado era la producción de luz, lo que atraía a millones de platelmintos. El liquen era devorado a su vez por moluscos que se desplazaban a regiones nuevas no iluminadas. Los moluscos secretaban por sus vientres esporas de liquen, que maduraban para devorar nueva roca. Así, la luz se difundía centímetro a centímetro a través de la oscuridad.

A Ali le encantaba. Pero lo que entusiasmó a los botánicos no fue la producción de energía lumínica, sino la descomposición de la roca, un subproducto del liquen. La roca descompuesta significaba existencia de tierra, lo que suponía la existencia de vegetación y de animales. Resultaba, pues, que el país de los muertos estaba muy vivo.

El entusiasmo de los geólogos era desbordante. La expedición estaba a punto de abandonar la placa de Nazca para atravesar por debajo la Dorsal Oriental del Pacífico. Aquí empezaba a nacer la placa del Pacífico, roca recién formada que se movía permanentemente hacia el oeste, con un movimiento como de cinta

transportadora. La roca tardaría 180 millones de años en llegar al margen asiático; allí sería devorada, absorbida de nuevo hacia el manto terrestre. Iban a ver toda la geología de la placa del Pacífico, desde su nacimiento hasta su muerte.

Durante el cuarto mes atravesaron la Dorsal, entre las raíces de una montaña marina sin nombre y un volcán en el lecho del océano. La propia boca marina estaba a más de kilómetro y medio por encima de sus cabezas, alimentada por aquella especie de ganglios que se hundían profundamente en el manto, de donde tomaban los suministros de magma vivo. Las paredes del río se pusieron calientes.

Los rostros se encendieron. Los labios se agrietaron. Quienes todavía tenían protectores labiales, los utilizaron sobre los cutículos agrietados. Treinta horas después ya sabían lo que era sentirse asado en vida.

Con la cabeza envuelta en una tela de algodón a cuadros rojos y blancos, Ike les advirtió que mantuvieran cubiertas las cabezas. Se suponía que los trajes de supervivencia de la NASA debían absorber el sudor para circular por una segunda capa y ejercer así un efecto de enfriamiento. Pero la humedad que notaban dentro de los trajes les resultó insoportable. No tardaron en quitarse la mayor parte de la ropa, hasta quedarse en paños menores, incluido Ike en su kayak. Las cicatrices de las operaciones, los lunares y las marcas de nacimiento quedaron al descubierto, revelaciones que alimentarían la imposición de nuevos apodos.

Ali nunca había experimentado tanta sed.

—¿Cuánto tiempo más? —preguntó una voz crujiente desde la línea.

—Bebe —dijo Ike con una mueca burlona.

Siguieron adelante, con las bocas abiertas. Las baterías de sus motores se habían agotado, y ahora remaban sin escuchar nada.

En un momento determinado, la pared del túnel se puso tan caliente que relució con un rojo apagado. Pudieron ver el magma en bruto a través de una abertura en la pared. Se arqueaba y hervía como oro y sangre, irritado en el útero planetario. Ali sólo se atrevió a mirar una vez, y enseguida tuvo que apartar la cara hacia otro lado y seguir remando. El silencio era como una gran canción de cuna geológica.

El río serpenteaba alrededor y entre el desgarrado sistema de raíces del volcán. Hubo, como siempre, bifurcaciones y falsos caminos. De algún modo, Ike sabía qué camino había que seguir.

El túnel empezó a cerrarse sobre ellos. Ali se encontraba casi al final de la hilera. De repente, unos gritos llegaron desde atrás. Pensó que estaban siendo atacados. Apareció Ike, con su kayak avanzando rápidamente río arriba, como una chinche de agua. Pasó junto a la balsa de Ali y luego se detuvo. Las paredes se habían plastificado y abombado en el túnel, confinando a la última balsa en la zona río arriba.

—¿Quiénes son? —preguntó Ike a los que iban en la balsa en que se encontraba Ali.

—Hombres de Walker —contestó alguien—. Había dos.

Los gritos desde el otro lado de la abertura eran anónimos. La piedra congestionada producía un ruido similar al de las cuadernas de un barco al cruzar. La vaina exterior de la piedra se astilló, lanzando rocas por todas partes.

El bote donde iba Walker llegó apresuradamente desde la vanguardia. El coronel valoró la situación.

—Dejadlos —dijo.

—Pero son sus hombres —le dijo Ike.

—No se puede hacer nada. El paso ya es demasiado estrecho como para que quepa su balsa. Saben que tienen que retirarse si se ven separados.

En el bote de Walker, los demás soldados tenían las mandíbulas apretadas por el temor, con las sinuosas venas marcadas desde las muñecas hasta los hombros.

—Eso no será necesario —dijo Ike, y salió disparado río arriba.

—¡Vuelva! —le gritó Walker desde atrás.

Ike introdujo su kayak por el ahora estrecho canal. Las paredes se deformaban a ojos vista. Parte de la tela a cuadros que llevaba en la cabeza rozó las paredes y se incendió. El pelo de la cabeza le humeaba. Atravesó la boca a toda velocidad.

Los costados del túnel se hinchaban tras él. Los tres metros inferiores de la abertura se cerraron con un beso. Quedaba abierto un hueco, cerca del techo, pero la temperatura allí debía de alcanzar fácilmente los quinientos grados. Nadie podía escalar por allí.

—¿Ike? —le llamó Ali.

Fue como si hubiese cambiado para convertirse en roca sólida.

La nueva pared hizo retroceder rápidamente el río. Mientras el bote donde estaba Ali permanecía allí, el fondo del río fue quedando más y más descubierto, centímetro a centímetro. El pasillo se estaba llenando de vapor. Iba a ser una carrera a la desesperada para mantenerse por delante del abombamiento.

—No podemos quedarnos aquí —dijo alguien.

—Espera —ordenó Ali y, tras una pausa, añadió—: Por favor.

Esperaron mientras el río se iba quedando sin agua. En apenas cinco minutos más la balsa se encontraría posada sobre piedra desnuda.

Los ya agrietados labios de Ali se partieron. «Dios mío —rezó—. No permitas que le pase nada.»

No era propio de ella. La verdadera devoción no era un toma y dame. Nunca se hacían tratos con Dios. Una vez, de niña, había rezado para que regresaran sus padres. Desde entonces, Ali hacía decidido dejar que las cosas sucediesen. Hágase tu voluntad.

—Déjalo vivir —murmuró.

Entonces, escucharon un sonido diferente. Condenado en el extremo más alejado, el río había adquirido altura. De repente, un chorro de agua atravesó la abertura fundida de lo alto.

—¡Mirad!

Como hombres vomitados por una ballena, uno y luego dos hombres surgieron disparados por el agujero. Envueltos en agua, se hallaban protegidos de la roca incandescente, y fueron arrojados hacia la parte inferior del río.

Los dos soldados se tambalearon corriente abajo sobre el agua que les llegaba hasta los muslos, sin armas, quemados, desnudos, pero vivos. La balsa de los científicos regresó e hizo subir a los dos hombres ampollados y conmocionados, que se tendieron sobre el suelo.

—¿Dónde está Ike? —les gritó Ali.

Pero los hombres tenían las gargantas demasiado hinchadas como para contestar.

Miraron hacia el agujero de agua que brotaba con fuerza y una figura surgió entonces a través del torrente. Era una forma alargada y negra, el kayak marino de Ike, vacío. A continuación apareció su remo. Ike surgió después.

Se sujetaba a la regala del kayak, medio cocido. Una vez que logró recuperar un poco sus fuerzas, vació la embarcación de agua, se volvió a introducir en ella y se les acercó remando. Estaba quemado, pero entero, incluida su escopeta.

Había estado más cerca que nunca de la muerte, y él lo sabía. Respiró profundamente, se sacudió el agua del pelo e hizo todo lo que pudo por mostrar una amplia mueca burlona. Miró a cada uno de ellos a los ojos, en último término a Ali. Quizá su buena suerte fuera cosa de escaladores.

—¿A qué estamos esperando? —preguntó.

Muchas horas más tarde, la expedición terminó su maratón bajo el lecho del mar. Llegaron a un banco de basalto verde, rodeados de aire fresco. Había una pequeña corriente de agua clara.

Los dos afortunados soldados fueron devueltos a Walker, desnudos. Su gratitud hacia Ike era evidente. La vergüenza del coronel por haberlos abandonado era como una nube peligrosa.

La gente durmió durante las veinte horas siguientes. Cuando fueron despertando, Ike había acumulado varias rocas para remansar la corriente y permitirles beber. Ali nunca lo había visto tan feliz.

—Les hiciste esperarme —le dijo Ike más tarde.

Luego, delante de todos los demás, la besó en los labios. Quizá esa fue la forma más segura que se le ocurrió de hacerlo. Ella lo consintió, a pesar de ruborizarse.

Pero, a estas alturas, Ali ya empezaba a reconocer el arcángel que había dentro de la piel cruzada de cicatrices y salvajes tatuajes de Ike. Cuanto más confiaba en él, más lo veía como tal. Tenía cierto espíritu, un aire de inmortalidad. Se daba cuenta de que cada situación de gran riesgo servía para alimentar aquel espíritu, y llegó a la conclusión de que hasta un beso podía destruirlo.

Naturalmente, al río lo llamaron Estigio.

La lenta corriente los fue impulsando. Algunos días apenas tenían que remar, y se dejaban arrastrar por la corriente. Cientos de kilómetros de orillas fueron pasando ante ellos, con elástica monotonía. Bautizaron con nombres algunas de las

características geográficas más destacadas y Ali anotaba los nombres para incluirlos por la noche en sus mapas.

Después de un mes de aclimatación, sus ritmos circadianos se habían sincronizado finalmente con una noche sin cambios. El sueño se parecía a la hibernación, a profundas inmersiones en los sueños, de las que prácticamente salían sacudidos en la fase REM. Inicialmente dormían tramos de diez horas, luego de doce. Cada vez que cerraban los ojos, parecían dormir durante más tiempo. Finalmente, sus cuerpos se adaptaron a una norma común: quince horas. Después de tanto sueño seguido, habitualmente eran capaces de funcionar durante un «día» de treinta horas.

Ike tuvo que enseñarles a administrar un ciclo de vigilia tan prolongado, ya que de otro modo se habrían muerto de agotamiento. Se necesitaban músculos más fuertes, callos más gruesos y una atención constante a la respiración y el alimento para permanecer móviles durante veinticuatro horas seguidas o más.

De no haber sido por sus relojes, habrían jurado que sus relojes biológicos seguían siendo los mismos que en la superficie. Este nuevo régimen tenía muchas ventajas. Eran capaces de recorrer mucho más espacio. Además, sin el sol y la luna que les dieran una pista, empezaron a vivir, en cierto modo, más tiempo.

El tiempo se dilató. Se podía terminar una novela de quinientas páginas de una sola sentada. Se despertó en ellos el anhelo por Beethoven, por Pink Floyd y por James Joyce, por cualquier obra suficientemente larga.

Ike trató de instilar en ellos una nueva conciencia. Las formas de las rocas, el sabor de los minerales, las zonas de silencio en una caverna: había que memorizarlo todo, les decía. Ellos se lo tomaban a broma. Le decían que aquello era cosa suya, lo que les descargaba a ellos. Aquel era trabajo de Ike, no de ellos. Él siguió intentándolo. «Algún día es posible que no tengáis vuestros instrumentos y mapas — les decía—. O a mí. Necesitaréis detectar dónde estáis con las yemas de los dedos o por el eco.» Algunos trataban de imitar su actitud tranquila, otros su indiscutible autoridad con las cosas «violentas. Les gustaba su forma de infundir respeto entre los solemnes pistoleros de Walker.

Que había sido alpinista se veía en la economía y el cuidado que ponía en sus movimientos. Desde las grandes paredes de roca de las Yosemite hasta las montañas del Himalaya, Ike había aprendido a tomarse el viaje paso a paso. Mucho antes de que el inframundo apareciera en su vida, Ali se dio cuenta de que fue el alpinismo lo que configuró las percepciones táctiles de Ike. Le resultaba natural leer el mundo a través de las yemas de los dedos y a Ali le gustaba pensar que eso le había dado cierta ventaja, incluso en su primer descenso accidental del Tibet. La ironía consistía en que su talento para la escalada se hubiese convertido en el vehículo que le permitía el descenso al abismo.

A menudo, antes de que los demás se despertaran, Ali lo veía chapotear en el agua negra, sin el fusil en la mano. En esos momentos, imaginaba que ese era el hombre real que había dentro de él. Verlo perderse en lo desconocido, avanzando con la agilidad de un mono, la hacía pensar en la sencilla fuerza de la oración.

Dejó de utilizar pintura, y ahora se limitaba a marcar la pared con un par de velas químicas, antes de seguir. Ellos pasaban flotando ante sus frías cruces azules, que brillaban sobre las aguas como un anuncio de neón sobre Jesucristo. Lo seguían a través de las aberturas y meandros de roca. Él los esperaba sobre un declive de olivina o unos acantilados de hierro, o simplemente sentado en su kayak amarillo, sujeto a un afloramiento rocoso. A Ali le gustaba verlo en paz.

Un día doblaron un recodo y escucharon un sonido que no parecía terrenal, en parte silbido, en parte viento. Ike había descubierto un primitivo instrumento musical dejado por algún abisal. Hecho de hueso animal, tenía tres agujeros en la parte superior y uno en la inferior. Una vez que acamparon, algunos de los que sabían tocar la flauta se turnaron para hacerlo funcionar. Uno consiguió interpretar algo de Bach, y otro algo de Jethro Tull.

Luego se lo devolvieron a Ike, que tocó aquello para lo que se había hecho la flauta. Era una canción abisal, con coágulos de melodía y medido ritmo. El extraño sonido los asombró a todos.

Quedaron hechizados, incluso los soldados. ¿Era eso lo que conmovía a los abisales? La sincopación, la rima pulmonar, los chirridos, trinos y repentinos gruñidos, terminados en una especie de grito apagado: era una canción terrenal completa, con sus sonidos animales y acuáticos, con el retumbar de los terremotos.

Ali quedó hechizada, pero también anonadada. Más que los tatuajes y las cicatrices, fue la flauta de hueso la que puso más de manifiesto la cautividad a la que se había visto sometido Ike. No se trataba sólo de la eficiencia y de la buena memoria con las que recordaba la canción, sino también del evidente placer que sentía al interpretarla. Aquella música extraña le llegaba al corazón. Cuando Ike terminó, aplaudieron con no poca incertidumbre.

Ike miró la flauta de hueso como si nunca hubiera visto un instrumento igual y luego la arrojó al río. Una vez que todos los demás se hubieron marchado, Ali tanteó a lo largo del fondo y recuperó el instrumento.

Convirtieron en deporte el descubrir senderos abisales. Allí donde las cavernas se estrechaban y la orilla se desvanecía para convertirse en farallones de roca, trataban de encontrar agarraderos de pies y manos que atravesaran por encima del agua, uniendo los dos lados del río. Encontraron rimeros de toscas cadenas fijadas en las paredes, oxidándose. Una noche en que no pudieron encontrar una orilla donde acampar, ataron las barcas a las cadenas y durmieron en ellas. Quizá los barqueros abisales habían utilizado aquellas cadenas para avanzar río arriba, o habían ascendido descalzos, apoyados en los eslabones. De una u otra forma, era evidente que el antiguo sendero llevaba a algún sitio.

Allí donde el río se ensanchaba, extendiéndose a veces a lo ancho de varios centenares de metros, el agua parecía detener su flujo y casi quedaba paralizado. Otras veces, en cambio, el río descendía aguadamente, aunque esas zonas con las que se encontraban ocasionalmente no pudieran considerarse como rápidos. El agua tenía densidad y las cascadas caían con torpor amazónico. Raras veces era necesario desembarcar y llevar los botes a mano.

Al final de cada «jornada» los exploradores se relajaban junto a pequeñas hogueras de campamento, compuestas por una bengala química colocada sobre el suelo, alrededor de la cual se reunían cinco o seis personas para compartir su luz coloreada. Se sentaban sobre las rocas y contaban historias o daban vueltas a sus propios pensamientos.

El pasado volvió con fuerza. Soñaban más vivamente. Enriquecieron las historias que contaban. Una noche Ali se sintió consumida por un recuerdo. En la tabla de cortar de la cocina de su madre vio tres limones maduros de cuyos poros parecía brotar la luz del sol. Escuchó cantar a su madre mientras preparaba la masa para un pastel, envuelta en una nube de harina. Esas imágenes se le presentaban con mayor frecuencia y de forma más viva. Quigley, el psiquiatra del grupo, creía que podía ser una forma de demencia, o un ligero episodio psicótico.

Los túneles y cuevas estaban muy silenciosos. Se podía escuchar el ávido hojear de las páginas de las novelas de bolsillo que leía la gente, como si fueran rumores. El tecleo en los ordenadores de bolsillo se mantenía durante horas, mientras ellos registraban datos o escribían cartas para su transmisión en el siguiente avituallamiento. Después, poco a poco se iban apagando las velas y el campamento se quedaba dormido.

Los mapas de Ali se hicieron más soñadores. En lugar de una clara línea este-oeste, recurrió a lo que los artistas llaman un punto de fuga. De ese modo, todas las características de su gráfico tenían el mismo punto de referencia, aunque fuera arbitrario. No es que estuvieran totalmente perdidos. En términos muy amplios, sabían exactamente dónde estaban, a algo más de un kilómetro y medio por debajo del lecho oceánico, avanzando hacia el oeste desde el suroeste, entre las zonas de fractura de Clipperton y de las islas Galápagos. En los mapas que mostraban la topografía del lecho marino, la región situada por encima era una llanura.

A pie habían recorrido una media de menos de dieciséis kilómetros al día. Durante las dos primeras semanas en el río, hicieron más de diez veces esa distancia y recorrieron casi dos mil kilómetros. Si el río continuaba y seguían avanzando a esa velocidad, llegarían al bajo vientre de Asia al cabo de tres meses. El agua oscura no lo era del todo. Tenía una débil fosforescencia pastel. Si mantenían las luces apagadas, el río brotaba entre la oscuridad como una serpiente fantasma de tonalidad vagamente esmeralda. Uno de los geoquímicos se abrió los pantalones y demostró cómo, después de beber aquella agua, se orinaban chorros débilmente iluminados.

Ayudadas por la sutil luminiscencia del río, las personas pacientes como Ali podían ver perfectamente bien con la luminosidad de la superficie, equivalente a la del crepúsculo. La luz, que en otro tiempo había parecido necesaria, le hacía ahora daño a los ojos. Aun así, Walker insistió en mantener luces fuertes para proteger sus flancos, lo que perturbaba los experimentos y observaciones de los científicos.

Estos se acostumbraron a alejarse todo lo posible de los focos de los soldados, flotando en sus balsas. Nadie dio importancia a su creciente separación de los mercenarios hasta la noche del campamento de los mandalas.

Había sido una jornada breve, de dieciocho horas fáciles, sin ninguna característica notable que comentar. La pequeña armada de balsas dobló un recodo y un foco permitió distinguir una figura pálida y solitaria en una playa, en la distancia. Sólo podía ser Ike en el lugar de acampada que les había encontrado y, sin embargo, no contestó a sus saludos. Al acercarse, se dieron cuenta de que estaba sentado frente al muro de roca, en la clásica posición del loto. Se encontraba sobre un saledizo, por encima de lo que era evidentemente el lugar adecuado para acampar.

—¿Qué es esta idiotez? —se quejó Shoat—. ¡Eh, Buda! Permiso para desembarcar.

Se desplegaron por la orilla como un grupo de invasión, desparramándose sobre la roca seca desde las balsas, una vez aseguradas. La gente se olvidó de Ike mientras se dedicaba a apropiarse de lugares llanos donde tender los sacos de dormir, o ayudaban a descargar las balsas. Sólo después de la actividad inicial volvieron a fijar en él su atención.

Ali se unió al creciente grupo de observadores. Ike seguía dándoles la espalda. Estaba desnudo. No se había movido.

—¿Ike? —le preguntó Ali—. ¿Estás bien?

La caja torácica se elevaba y descendía tan débilmente que Ali casi no pudo detectar movimiento alguno. Los dedos de una mano tocaban el suelo. Estaba más delgado de lo que Ali había imaginado. Mostraba los omóplatos de un mendigo, no los de un guerrero, pero su desnudez no fue lo que más le impresionó.

Había sido en otro tiempo torturado, azotado, cosido a puñaladas y hasta herido por armas de fuego. Las alargadas y tenues líneas de tejido cicatricial le recorrían la parte superior de la espalda, allí donde los médicos le habían extirpado su famosa argolla entre las vértebras. Todo este lienzo de dolor había sido decorado, estropeado con tinta. Bajo las vacilantes luces que ahora lo alumbraban todo, los dibujos geométricos, las imágenes animales, los glifos y textos parecían animados sobre su carne.

—Por el amor de Dios —exclamó una mujer con una mueca.

Su trenzado de costillas, piel decorada y cicatrices parecía la historia misma, como si terribles acontecimientos se hubiesen superpuesto unos a otros. Ali no pudo apartar de su cabeza la idea de que había sido torturado por los diablos.

—¿Cuánto tiempo lleva sentado así? —preguntó alguien—. ¿Qué está haciendo?

La gente se sentía subyugada. Había algo tremendamente enérgico en este marginado. Había sufrido encierro, pobreza y privaciones hasta límites que ninguno de ellos podía imaginar. Y, sin embargo, su espalda se mantenía tan recta como un junco, como si pudiera trascenderlo todo. Evidentemente, estaba rezando.

Se dieron cuenta entonces de que la pared de roca frente a la que se encontraba contenía filas de círculos pintados en la roca. Las luces de los focos apagaban los círculos, débiles y sin color.

—Materia abisal —exclamó un soldado con desprecio.

Ali se acercó más. Los círculos estaban completos, con líneas ligeramente trazadas y garabatos o mandalas de un tipo desconocido. Tuvo la sospecha de que, en la oscuridad, brillarían. Pero intentar extraer información de ellos con tantas luces era inútil.

—Crockett —espetó Walker—. Contrólate.

La actitud ausente de Ike empezaba a asustar a la gente, y Ali sospechó que el coronel se sentía intimidado por la amplitud del mudo sufrimiento de Ike, como si eso lo alejara aún más de su propia autoridad.

Al ver que Ike no se movía, ordenó:

—Cubrid a ese hombre.

Uno de sus hombres se inclinó y empezó a extender las ropas de Ike sobre sus hombros.

—Coronel —dijo el soldado—. Creo que puede estar muerto. Está muy frío.

Durante los pocos minutos que siguieron, los médicos establecieron que Ike había reducido su metabolismo hasta dejarlo casi totalmente inmóvil. Su pulso registraba menos de veinte pulsaciones por minuto y respiraba menos de tres veces por minuto.

—He oído hablar de monjes capaces de hacer cosas así —comentó alguien—. Es como una especie de técnica de meditación.

El grupo se apartó, para comer y dormir. Más tarde, aquella misma noche, Ali se acercó para comprobar cómo estaba. Sólo se trataba de un gesto de cortesía, se dijo a sí misma. De encontrarse en la misma situación, habría apreciado que alguien comprobara su estado. Ascendió hasta el saliente y lo encontró todavía allí, con la espalda erguida y las yemas de los dedos apretadas contra el suelo. Con la luz apagada, se le acercó para ponerle la camisa por encima de los hombros, pues se le había caído. Fue entonces cuando descubrió la sangre que le brillaba en la espalda. Alguien más había visitado a Ike y le había pasado la hoja de un cuchillo sobre la horquilla de sus hombros.

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó Ali en voz baja, enfurecida.

Podría haber sido un soldado, un grupo de ellos o Shoat. De repente, los pulmones de Ike se llenaron de aire. Ella escuchó el aire que le salía lentamente por la nariz.

—Da lo mismo —dijo Ike como en un sueño.

Cuando la mujer se separó del grupo y ascendió por una rampa lateral que se alejaba del río, él pensó que se apartaba para defecar. Era una perversidad racial que los humanos siempre se alejaban para estar a solas. En su momento de mayor vulnerabilidad, con los intestinos abiertos y los tobillos atrapados por la ropa, con las vaharadas de olor difundiéndose por el túnel, era precisamente cuando más necesitaban que sus camaradas estuviesen cerca para protegerlos, a pesar de lo cual cada uno de ellos insistía en hacer sus necesidades en soledad.

Pero, ante su sorpresa, la mujer no vació sus intestinos, sino que más bien se bañó.

Empezó por despojarse de sus ropas. A la luz de la lámpara que llevaba, se produjo espuma en el pubis con la pastilla de jabón y se pasó las palmas de las manos alrededor de cada muslo, haciéndolas subir y descender a lo largo de las piernas. No se parecía a las gruesas Venus, tan queridas por ciertas tribus que había observado, pero tampoco era huesuda. Había músculo en sus nalgas y muslos. El arco pélvico relucía, como una sólida copa para el parto. Se vació una botella sobre los hombros y el agua descendió por sus curvas. Justo entonces, decidió hacerla procrear. Quizá, razonó, Kora había muerto para dejar paso a esta otra mujer. O quizá fuera un consuelo por la muerte de Kora aportado por su destino. Hasta existía la posibilidad de que fuese la propia Kora la que hubiese pasado de un barco a otro. ¿Quién podía saberlo? Se decía que las almas que andaban a la búsqueda de un nuevo hogar habitaban en la piedra, a la caza de caminos a través de las grietas.

Ella tenía la carne incólume de un recién nacido. Su estructura y sus largas extremidades no dejaban de ser prometedoras. La vida cotidiana podía ser dura, pero las piernas, especialmente, sugerían capacidad para mantenerse en pie. Imaginó el cuerpo con argollas, pintura y cicatrices, una vez que siguiera su camino. Si ella sobrevivía al período de iniciación le daría un nombre abisal que pudiera sentirse y verse, pero nunca pronunciarse, como se habían dado tantos otros nombres, como a él mismo se lo habían dado.

La adquisición podría producirse de varias formas. Podía atraerla, o apoderarse de ella o, simplemente, dislocarle una de las piernas y llevársela. Si todo lo demás fallaba, su cuerpo sería buena carne.

Según su experiencia, la tentación era lo preferible. Era diestro y hasta artístico en eso, como bien lo reflejaba su estatus entre los abisales. En varias ocasiones, cerca de la superficie, se las había arreglado para atraer a pequeños grupos, que cayeron en sus manos. Si cogía en una trampa a uno de ellos, podía utilizarlo a veces para atraer a todos los demás. Si era una esposa, su marido la seguía a veces. En general, un niño garantizaba al menos apoderarse también de uno de sus progenitores. Los peregrinos religiosos eran los más fáciles. Eso era un juego para él.

Permaneció inerte en las sombras, atento a todos aquellos que hubieran podido sentirse atraídos hacia aquel lugar, humanos o no. Satisfecho de su aislamiento, efectuó finalmente su movimiento, en inglés.

—¿Hola?

Procuró que la palabra ondulara, furtivamente, y no hizo nada para ocultar su deseo.

Ella se había vuelto para llenar una segunda botella de agua y, al escuchar su voz, se detuvo. Giró la cabeza a izquierda y derecha. La palabra le había llegado desde atrás, pero juzgaba algo más que su dirección. A él le gustó la rapidez mental, la capacidad para calibrar las oportunidades al mismo tiempo que los peligros.

—¿Qué estás haciendo ahí? —preguntó la mujer. Se sentía muy segura de sí misma. No hizo ningún intento por cubrirse. Miró ladera arriba, desnuda, abierta, deslumbrantemente blanca. Su desnudez y su belleza eran herramientas para ella.

—Observando —contestó él—. Te estaba observando. Había algo en su porte, en la línea de su cuello, en el arco de la espalda que aceptaba el voyeurismo.

—¿Qué quieres?

—¿Que qué quiero?

—¿Qué querría escuchar ella en un lugar tan profundo de la tierra? Eso le recordó a Kora—. El mundo —contestó—. Una vida. A ti. Ella mordió el anzuelo. — Eres uno de los soldados.

Él dejó que sus propios deseos hablaran por sí mismos. Se dio cuenta de que había observado que los soldados la espiaban. Había fantaseado sobre ellos, aunque probablemente no con ninguno en particular, pues no le preguntó su nombre, sino sólo su ocupación. El anonimato la atraía. Sería menos complicado. Probablemente, se había alejado para estar a solas con la esperanza de atraer a uno de ellos hasta aquí.

—Sí —dijo él y, sin mentirle, añadió—: En otros tiempos fui soldado.

—¿Vas a permitir entonces que te vea? —preguntó ella. Él se dio cuenta de que no era esa su mayor necesidad. Lo desconocido le resultaba mucho más primitivo. Buena moza, pensó.

—No —contestó—. Aún no. ¿Y si se lo contaras a alguien?

—¿Qué pasaría si lo contara? —preguntó ella. Pudo oler el cambio experimentado en ella. El potente olor de su sexo empezaba a llenar la pequeña cámara.

—Me matarían —contestó él. La mujer apagó la luz.

Alí comprendió que el infierno empezaba a poder con ellos.

Ésta debía de ser la vista que contempló Jonás, el vientre de la bestia, en forma de tierra hueca. Era el sótano de sus almas. De niños, todos habían aprendido que estaba prohibido entrar en aquel lugar en el que sólo entraban los condenados, de Dios. Y, sin embargo, allí estaban, y eso les asustaba.

Quizá no resultara tan antinatural que se volvieran hacia ella. Hombres y mujeres, científicos y soldados, empezaron a buscarla para hacerle sus confesiones. Agobiados por los mitos, deseaban desprenderse de su carga de pecados. Era una forma de mantener la cordura. Extrañamente, ella no se veía preparada para satisfacer aquella necesidad de los demás.

Siempre era algo que se hacía individualmente. Uno de ellos se rezagaba o la interceptaba cuando estaba sola en el campamento. Hermana, le murmuraba, cuando apenas un rato antes la llamaba Ali. Pero en esos momentos le decían hermana, y ella comprendía de inmediato lo que querían, que se mostrara extraña a ellos, extraña y comprensiva, sin nombre, toda misericordia.

—No soy sacerdote —les decía Ali—. No puedo absolverte.

—Eres monja.

—No lo comprendes. No he pronunciado mis votos definitivos. No soy lo que crees que soy.

—Pues claro que lo eres —le aseguraban.

Y luego empezaban a recitar temores y lamentaciones, debilidades, rencores y venganzas, apetitos y perversiones.

Las cosas que no se atrevían a decir en voz alta entre ellos, se las decían a ella.

En la jerga ecuménica tan al uso en la superficie, a eso se le llamaba ahora reconciliación. El apetito que demostraban por alcanzarlo no dejaba de asombrarle. A veces se sentía atrapada por sus autobiografías. Deseaban que ella les protegiera de sus propios monstruos.

Ali observó el estado de Molly una tarde, durante una partida de póquer. Ellas dos estaban solas, en una pequeña barca. Molly mostró un par de ases. Y fue entonces cuando Ali le vio las manos.

—Estás sangrando —le dijo.

—No es importante —dijo Molly con sonrisa vacilante—. Aparece y desaparece.

—¿Desde cuándo?

—No lo sé. —Se mostraba evasiva—. Hace un mes.

—¿Qué ocurrió? Esto tiene un aspecto terrible.

Había un hueco raspado en la carne de cada palma. Parte de la carne parecía corrompida. No era una incisión, pero tampoco una úlcera. Parecía más bien comido por el ácido, sólo que el ácido habría cauterizado la herida.

—Ampollas —dijo Molly.

En sus ojos habían aparecido unos círculos oscuros. Llevaba el pelo corto por costumbre, pero ahora ya no mostraba una esplendorosa buena salud, como antes.

—Quizá uno de los médicos debería echarle un vistazo —sugirió Ali.

—No me ocurre nada malo —dijo Molly cerrando los puños.

—Sólo estaba preocupada. No tenemos por qué hablar de ello si no quieres.

—Estás dando a entender que ocurre algo malo.

Los ojos de Molly empezaron a sangrar.

Sin querer correr riesgos, el equipo de médicos puso en cuarentena a las dos mujeres en una barca unida por una cuerda a cien metros por detrás de las demás. Ali lo comprendió. La posibilidad de que se difundiera alguna enfermedad tenía aterrorizado a la expedición. Pero no le gustaba que los soldados de Walker las vigilaran por las mirillas telescópicas de los rifles. No se le permitió quedarse con un *walkie talkie* para comunicarse con el grupo porque, según Shoat, únicamente lo utilizarían para rogar y lloriquear. Pero a la mañana del cuarto día, Ali estaba exhausta.

A unos cuatrocientos metros por delante, una barca se separó de la flotilla y empezó a retroceder hacia ella. Era la hora de la visita diaria. Los médicos llevaban mascarillas, batas de papel y guantes de goma. El día anterior Ali los había llamado cobardes, y ahora lo lamentaba. Hacían las cosas lo mejor que podían.

Se acercaron y le hicieron un gesto a Ali. Uno de ellos iluminó a Molly con su luz. Tenía sus hermosos labios agrietados. Su exuberante cuerpo se marchitaba. Las ulceraciones se habían extendido por todas partes. Giró la cabeza, apartándola de la luz.

Uno de los médicos subió a la barca de Ali, que pasó a la de ellos, mientras el otro médico la mantenía a cierta distancia para hablar.

—No encontramos ninguna explicación —dijo él, con la voz amortiguada por la mascarilla—. Realizamos de nuevo un análisis de sangre. Aún podría deberse todo a un insecto venenoso o a una reacción alérgica. Sea lo que fuere, tú no lo tienes. No tienes por qué quedarte aquí con ella.

Ali desdeñó la tentación. Nadie más se presentaría voluntario para acompañar a Molly. Todos estaban demasiado asustados. Y Molly no podía quedarse a solas.

—Otra transfusión —dijo Ali—. Necesita más sangre.

—Ya le estamos poniendo dos litros y medio. Es como un colador. Y parece como si la tirásemos por el lavabo.

—¿Abandonáis?

—Pues claro que no —dijo el médico—. Todos seguiremos luchando por ella.

El médico la volvió a llevar a la barca de la cuarentena. Ali sintió frío, entumecimiento. Molly iba a morir.

Cuando ya se alejaban, los médicos se quitaron los protectores. Se arrancaron las batas de papel y los guantes de goma y los arrojaron a la corriente, donde quedaron flotando como pellejos.

Las heridas de Molly se hicieron más profundas. Empezó a sudar y a despedir una grasa rancia por los poros de su cuerpo. Le pusieron antibióticos, pero no sirvió de nada. Apareció la fiebre. Ali le notaba el calor con tan sólo inclinarse sobre ella.

En otro momento, Ali abrió los ojos y vio a Ike sentado en su kayak gris y negro, al lado de la barca en cuarentena, con todo el aspecto de un ballenero balanceándose en las lentas corrientes. No llevaba la obligada mascarilla y la bata de papel y su despreocupación fue como un pequeño milagro para Ali. Ató el kayak junto a la barca y subió a ella.

—He venido a verte —le dijo.

Molly estaba acostada, dormida, entre las piernas de Ali.

—Es algo que tiene en los pulmones —le dijo Ali—. Se ahoga debido a los hongos.

Ike deslizó una mano por debajo del cráneo de Molly, que levantó suavemente, y se inclinó hacia su cabeza. Por un momento, Ali pensó que pensaba besarla. En lugar de eso, olisqueó ante su boca abierta. Tenía los dientes manchados de rojo, como si fuera una especie de plancton.

—No durará mucho —dijo, como si eso fuera un acto de misericordia—. Deberías rezar por ella.

—Oh, Ike —suspiró Ali. De repente deseó que la abrazara, pero no se decidió a pedirselo—. Es una mujer tan joven... Y este no es el lugar correcto para morir. Me pregunto qué sucederá con su cuerpo.

—Yo sé qué hacer —dijo Ike, sin darle más explicaciones—. ¿Te ha contado cómo le sucedió esto?

—Nadie lo sabe —contestó Ali.

—Ella sí lo sabe —le aseguró él.

Más tarde, Molly confesó. No podía decírselo más que a ella, a la hermana. Al principio, pareció como una broma.

—Hola, Al —dijo, abriendo los ojos—. ¿Quieres oír algo surgido de la pared?

Pequeños espasmos agarrotaban y liberaban el alargado cuerpo de la mujer. Se esforzó por mantener el control, al menos de cuello para arriba.

—Sólo si es bueno —bromeó Ali.

Había que ser así con Molly. Se tomaron de las manos.

—Bueno —dijo Molly, y su pequeña sonrisa apareció y desapareció—. Supongo que hace un mes que empecé con esta cosa.

—¿Cosa? —preguntó Ali.

—Sí. Ya sabes, ¿cómo lo llaman? Sexo.

—Te escucho.

Ali esperó una revelación. Pero los ojos de Molly la miraban con desesperación.

—Sí —susurró Molly. Y entonces Ali comprendió—. Creí que era un soldado —añadió Molly—. Al menos la primera vez.

Ali dejó que Molly fuera desgranando la historia. El pecado era el entierro. La salvación era la excavación. Si Molly necesitaba ayuda con la pala, Ali ayudaría.

—Él estaba agazapado entre las sombras —dijo Molly—. Ya conoces las reglas del coronel en contra de que los soldados confraternicen con nosotras, las infieles. No tenía ni idea de quién era. No sé qué se apoderó de mí. Supongo que fue piedad. Sentí pena por él. Así que me entregué en la oscuridad. Le permití ser anónimo. Le dejé que me poseyera.

Ali no se sorprendió. Aceptar a un soldado sin nombre parecía muy propio de Molly. Su valentía era legendaria.

—Hiciste el amor —dijo Ali.

—Follamos —la corrigió Molly—. A lo duro, ¿vale? —Ali esperó. ¿Era aquello el sentido de la culpabilidad?—. Luego, noche tras noche, salí a la oscuridad y él siempre estaba allí, esperándome.

—Comprendo.

Pero no, Ali no comprendía. No veía ningún pecado en ello. Nada por lo que tuviera que reconciliarse.

—Finalmente, la curiosidad mató al gato. ¿Quién es el príncipe encantado? ¿No es eso? Tenía que saberlo. —Molly hizo una pausa—. Así que, una noche, encendí mi luz.

—¿Sí?

—No debería haberlo hecho. —Ali frunció el ceño—. No era uno de los soldados de Walker.

—¿Uno de los científicos, entonces?

—No.

—¿Y bien? ¿Quién era?

La mandíbula de Molly se tensó por la fiebre y empezó a temblar. Al cabo de un rato, abrió los ojos.

—No lo sé —dijo—. Nunca lo había visto hasta entonces.

Ali aceptó aquello como una negativa. Si Molly deseaba ocultarle la identidad secreta de su amante, parecía formar parte de la tarea de Ali, como confesora, sonsacarle el nombre del íncubo.

—Sabes que eso es imposible —le dijo—. No hay extraños en este grupo. No los hay desde hace cuatro meses.

—Lo sé. Eso es lo que te estoy diciendo.

Horrorizada, Ali se dio cuenta entonces de lo ocurrido.

—Descríbemelo —le pidió—. Antes de que encendieras la luz.

Juntas fueron construyendo al personaje. Luego, encendieron la luz.

—Olía... diferente. Su piel. Cuando estaba en mi boca, tenía un sabor diferente. ¿Sabes el sabor que tiene un hombre así? Ya sea blanco, negro o moreno, no importa. Sus jugos, su lengua, el aliento de sus pulmones. Tienen ese... sabor peculiar.

Ali la escuchaba. Clínicamente.

—Él no lo tenía. Mi hombre de medianoche no es que fuera una hoja en blanco, sino que era diferente. Como si tuviera más tierra en su sangre. Oscuridad. No sé.

Aquellos comentarios no la ayudaron mucho.

—¿Qué me dices de su cuerpo? ¿Había algo que lo distinguiera? Vello en el cuerpo. El tamaño de sus músculos.

—¿Mientras lo tuve entre mis piernas? —preguntó Molly— Sí. Se le notaban las cicatrices. Parecía como si hubiese pasado por el escurridor. Viejas heridas, huesos rotos, y alguien le había grabado dibujos en la espalda y en los brazos.

Entre ellos sólo había uno como el que Molly acababa de describir. Se le ocurrió pensar que quizá tratara de ocultarle su identidad.

—Y cuando encendiste la luz...

—Lo primero que pensé fue que se trataba de un animal salvaje. Tenía rayas y manchas, imágenes y signos.

—Tatuajes —dijo Ali.

¿Por qué prolongar la tortura? Pero aquella era la confesión de Molly, que asintió con un gesto.

—Todo sucedió en un instante. Me arrancó la luz de la mano. Luego desapareció.

—¿Tenía miedo de tu luz?

—Eso fue lo que pensé. Más tarde recordé algo. En aquel primer segundo, pronuncié un nombre en voz alta. Ahora creo que fue ese nombre el que le hizo correr. Pero no tenía miedo.

—¿Qué nombre era ese, Molly?

—Me equivoqué, Ali. Fue el nombre equivocado. Sólo se parecen.

—Ike —afirmó Ali—. Dijiste ese nombre porque era él.

—No.

—Pues claro que era él.

—No lo era, aunque desearía que hubiese sido él. ¿Es que no te das cuenta?

—No. Tú creíste que era él. Deseabas que fuese él.

—Sí —admitió Molly con un susurro—. Porque ¿qué nos queda si no lo era? —Ali vaciló—. Eso es lo que estoy diciendo —gimió Molly—. Lo que tuve entre mis piernas... —Hizo una mueca al recordarlo—. Ahí fuera hay alguien.

Ali levantó la cabeza y miró repentinamente hacia atrás.

—¡Un abisal! Pero ¿por qué no nos lo has dicho antes?

—¿Para que tú se lo dijeras a Ike? —preguntó Molly con una sonrisa—. Entonces habría salido de caza.

—Pero mira —dijo Ali indicándole la ruina de su cuerpo con un gesto de la mano—. Fíjate en lo que te ha hecho.

—No acabas de comprenderlo, muchacha.

—No me lo digas. Te has enamorado.

—¿Y por qué no? Lo mismo que te ha pasado a ti. —Molly cerró los ojos—. De todos modos, se ha marchado. Está a salvo de nosotros. Y ahora no se lo puedes contar a nadie, ¿verdad, hermana?

Ike estuvo allí para asistir al final.

Molly boqueaba, con alientos de pajarito. La grasa le exudaba por todos sus poros. Ali le lavaba el cuerpo con agua del río.

—Deberías descansar —dijo Ike—. Ya has hecho todo lo que has podido.

—No quiero descansar.

Él le tomó el vaso.

—Échate —le dijo—. Duerme.

Al despertar, horas más tarde, Molly ya no estaba. Ali se sentía mareada por la fatiga.

—¿Vinieron a buscarla los médicos? —preguntó esperanzada.

—No.

—¿Qué quieres decir?

—Se ha marchado, Ali. Lo siento.

—¿Dónde está, Ike? ¿Qué has hecho?

—La dejé en el río.

—¿A Molly? No es posible. —Sé muy bien lo que hago.

Por un instante, Ali experimentó una terrible soledad. Las cosas no deberían haber sucedido de este modo. ¡Pobre Molly! Condenada a flotar para siempre en aquel mundo. ¿Sin entierro? ¿Sin ceremonia? ¿Sin oportunidad para que los demás se despidieran?

—¿Quién te dio ese derecho?

—Trataba de facilitarte las cosas.

—Dime una cosa —le preguntó fríamente—. ¿Estaba Molly muerta cuando la dejaste en el agua?

Quería castigarlo por su distanciamiento, y la pregunta lo conmovió realmente.

—¿Asesinato? —preguntó—. ¿Es eso lo que crees?

Ante sus propios ojos, Ike pareció alejarse de ella. Una expresión cruzó por su rostro, con el horror de un loco reflejado en su propio espejo.

—No pretendía decirlo así —dijo ella.

—Estás cansada. Has pasado mucho.

Se levantó, se metió en su kayak, tomó el remo y empezó a remar. La oscuridad se lo tragó y ella se preguntó si era eso lo que se sentía al volverse loca.

—Por favor, no me dejes sola —murmuró.

Al cabo de un rato sintió un tirón. La cuerda se tensó. La barca empezó a moverse. Ike tiraba de ella para devolverla a la sociedad humana.

Incidente en Nube Roja

Nebraska

La tercera vez que las brujas empezaron a jugar con él, Evan no luchó.

Acababa de quedarse todo lo quieto que pudo, y no intentó olerías. Una lo sostuvo alrededor del pecho, desde atrás, mientras las otras se turnaban para trabajarle. Ella no dejaba de susurrarle algo junto a la oreja. Era como un conjuro, en círculos. Pensó en la anciana señorita Sands con su rosario de cuentas. Pero con un aliento que olía a animal muerto en la carretera.

Evan fijó los ojos en las estrellas que se extendían sobre el campo de maíz. Las luciérnagas revoloteaban entre las constelaciones. Se fijó con todas sus fuerzas en la estrella Polar. Cuando lo soltaran, ese sería el faro que le conduciría de regreso a casa. En su mente se imaginó la puerta de atrás, la escalera, la puerta de su habitación, el edredón sobre su cama. Luego, se despertaría por la mañana. Y lo que le estaba sucediendo no sería más que una pesadilla.

La noche era tan negra como aceite de motor. No había luna y las luces del patio parecían hallarse a un kilómetro de distancia, apenas un lejano parpadeo entre los tallos. Durante la primera media hora, sus secuestradoras fueron simples siluetas, formas oscuras recortadas contra las estrellas. Estaban desnudas. Podía notar su carne. Olería. Sus senos eran alargados y tubulares, como los que había visto en alguna ocasión en un viejo ejemplar del *National Geographic* que estaba guardado en el sótano. Su pelo negro se movía como serpientes negras contra las estrellas.

Evan estaba convencido de que no eran estadounidenses ni mexicanas. Sabía un poco de español por los obreros temporeros de la zona y por los cantos de la vieja, y no hablaban nada de eso. Decidió que eran brujas. Un culto satánico. Uno oía hablar de esas cosas.

Fue una especie de consuelo. Nunca había pensado mucho en brujas. En vampiros sí, pero no en brujas. Y también en los monos alados de *El mago de Oz*, y en los hombres lobo, y en zombies que comían la carne. Y, naturalmente, en los abisales, aunque aquello era Nebraska, un lugar tan seguro que las milicias habían sido licenciadas. Pero ¿brujas? ¿Desde cuándo las brujas le hacían daño a uno? Y, sin embargo, le asustaban. Se sentía muy asustado. En sus diez años de vida, Evan nunca había imaginado que pudieran existir aquellos sentimientos. Lo que le hacían le

permitía sentirse bien. Pero era algo prohibido. Si su madre y su padre se enteraban, se enfurecerían.

Una parte de sí mismo sintió que aquello no era justo. No debería haber regresado tan tarde a casa en la bicicleta. Sin embargo, él no tenía ninguna culpa de que las brujas le hubieran asaltado en el sendero. Cuando pedaleaba dejaba atrás a los zorros, pero incluso a pie le alcanzaron. Tampoco tenía la culpa de que lo hubieran llevado hasta el medio de este campo para hacerle cosas.

El problema era que lo habían educado para ser responsable. Y esto le producía placer. Y era sucio. Decir palabrotas sobre tetas y bragas después de la escuela era una cosa. Pero esto era totalmente diferente. Quedarse hasta tarde después del partido de béisbol fue culpa suya. Y sentir placer también era culpa suya. Iban a enfurecerse con él.

En los momentos iniciales, cuando lo desnudaron, las brujas le arrancaron la camisa y se la hicieron trizas. Evan no podía perdonarles eso. Era una camisa nueva y su destrucción le asustaba más que la fuerza animal o el apetito con el que se habían lanzado sobre él. Su madre y sus hermanas siempre andaban remendando y planchando prendas de ropa. Nunca habrían desgarrado una camisa, ni la habrían tirado al suelo. Ni le habrían hecho esas otras cosas. Nunca.

No sabía exactamente qué le estaba sucediendo. Se trataba de aquella cosa sucia de la que se suponía que no debía hablar, eso sí estaba claro. Copulación. Pero, en qué consistía exactamente el acto, eso seguía siendo un misterio para él. A la luz del día podría haber visto qué sucedía. Pero esto se parecía más a un forcejeo con los ojos vendados. Por el momento, la mayor parte de su información procedía del tacto, el olor y los sonidos. La novedad y el poder de la sensación lo confundían. Le avergonzaba haber gritado delante de mujeres, mortificado porque aquello afectara a su identidad.

Ahora ya lo habían hecho dos veces, como ordeñar a una vaca. La primera vez Evan se sintió alarmado. No hubo forma de contener la emisión física. La percibió como un gran calor que le recorría la columna vertebral. Después, la suciedad quedó caliente y espesa como la sangre, sobre su vientre y su pecho.

Temeroso de haberlas disgustado, Evan empezó a disculparse. Pero ellas se apretaron a su alrededor y hundieron los dedos en el espeso líquido. Era casi como en la iglesia. Pero en lugar de santiguarse, se untaron con él entre las piernas. «De modo que así es como se hace», pensó Evan.

Aquello iba mucho más allá de su mundo de conocimientos. Por alguna razón, Evan recordó el vídeo de ciencias en el que una mantis religiosa se apresura a devorar a su pareja una vez que ha concluido el acto. Eso era la reproducción. Hasta ahora se había sentido perplejo ante las terribles consecuencias de hacerlo. Ahora, la noción de castigo tras el pecado adquiriría todo su sentido. No era nada extraño que la gente lo hiciese en la oscuridad.

Evan deseaba que lo dejaran pero, en el fondo, no lo deseaba. Y estaba claro que el grupo de mujeres nocturnas quería más. Después de la primera vez, pensando que todo había terminado, preguntó:

—¿Puedo marcharme ahora a casa, por favor?

Sus palabras las agitaron. Si los saltamontes o los escarabajos pudieran hablar, se comportarían así, produciendo chasquidos, murmurando y relamiéndose los labios. Aquello no tenía ningún sentido para él, pero comprendió lo esencial. Se quedaba. Volvieron a por él. Y luego otra vez.

La tercera vez ya empezó a resultar problemática. Quizá transcurrió una hora. Los frotamientos, tirones y escupitajos sobre él no parecían causar el efecto esperado y él percibió la frustración de las mujeres. La que lo sostenía desde atrás, reanudó sus canturreos y balanceos.

—Seré un buen chico —le aseguró él en un susurro agotado.

Ella le dio unas palmaditas en la mejilla con la palma llena de callos. Fue como si lo acariciaran con una vara.

Evan deseaba genuinamente ayudar. Lo que seguramente ellas no sabían era que tenía un examen de matemáticas a la mañana siguiente. Se suponía que a esta hora debería estar estudiando.

Poco a poco, sus ojos se fueron adaptando a la noche. La piel pálida de las brujas fue adquiriendo un débil resplandor. Pudo empezar a verlas. Él y sus amigos habían visto en la televisión películas con chicas en bikini, y algunos tenían hermanos mayores con ejemplares del *Playboy*. No es que no supiera qué aspecto tenía el cuerpo de una mujer. Evan se sintió como el centro de una granja, como una vaca. O como los cerdos que su padre mataba cada invierno. Como una bestia en tiempo de cosecha. Llevaban trabajándolo desde hacía varias horas.

Quizá fueran cinco, o incluso una docena. Se marchaban y regresaban. Se movían con una elegancia acuosa, cerca de la tierra, como si el cielo fuera un peso para ellas. Los tallos de maíz se agitaban. Orbitaban a su alrededor como lunas blanqueadas. Su hedor disminuía y luego se intensificaba. Se turnaban, discutiendo sobre él con sílabas cortas. Cada una parecía tener una idea diferente de cómo manipularlo mejor. Evan ya se había acostumbrado a la que tenía junto a su cabeza. Parecía ser la más vieja, y su pecho le producía en la espalda la sensación de una tabla de lavar. Evan se fue sintiendo cada vez más pasivo contra ella y la presión del brazo se relajó. No es que fuera brutal, sólo firme. Su escuálido brazo era una maravilla, formado por unos pocos tendones cubiertos de piel, pero tan fuertes como alambre de embalar. Cuando algunas de las otras lo abofetearon o le empujaron, ella les gritó algo, molesta.

Una de ellas, más pequeña que las demás, tomaba lecciones de las otras. Evan llegó a la conclusión de que era la más joven, y que quizá tuviera su misma edad. La animaron a montarse sobre él un par de veces, pero era torpe y Evan no sabía lo que se esperaba de él. Ella parecía tan asustada como él. En sus pensamientos, Evan gravitó hacia ella.

No podía ver sus rostros con exactitud, y tampoco quería verlos. De ese modo se podía imaginar rodeado de sus vecinas y maestras y de algunas de las chicas de la escuela. No se olvidó de añadir a la bonita camarera del Surf-and-Turf, en el centro del pueblo. Colocó máscaras familiares a estos rostros desconocidos que surgían

sobre su *cabeza* y eso le consoló. También se permitió dar nombres a cada una de ellas.

Lo que echaba a perder todas sus fantasías era el olor que despedían. Ni siquiera la señora Peterson, la medio loca que permanecía sentada todo el día en el parque, se habría permitido oler tan mal. Aquellas mujeres hedían. Despedían un olor rancio, sin lavar, peor que el de un corral de ganado. El estiércol adherido en costras a sus flancos tenía la dulzura grasienta del estiércol de ganado. Cuando le murmuraban algo, podía oler la pestilencia que despedían sus gargantas.

Estaba grasiento por sus jugos y su saliva. Eso constituyó otra conmoción para él, comprobar la humedad que tenían entre las piernas. En las conversaciones con sus amigos, nada le había preparado para eso, ni tampoco para su avidez y apetito. Periódicamente, una hundía la cabeza y notaba algo caliente y blando allá abajo, como las cataplasmas calientes que solía prepararle su abuela cuando estaba enfermo.

Sus manos y dedos estaban tan resecos como la piel de lagarto. No dejaban de frotarle, pero su dolor estaba atenuado por la fatiga que sentía. Estaba tumbado en el centro y parecía como si las estrellas girasen en un gran círculo sobre él.

Los grillos cantaban. Una lechuza pasó volando. De repente, Evan se preguntó si las brujas no serían acaso la razón por la que tantos perros y gatos habían desaparecido durante el último mes. Quizá los animales habían huido. Se le ocurrió entonces otra idea. ¿Y si se los habían comido? Una ráfaga de viento agitó las panochas de maíz. Se estremeció.

Las brujas iniciaron una especie de ritual a su alrededor. Era como una danza, aunque se arrodillaban o acucillaban sobre los talones. Él se dejó arrastrar por la pulsación de sus movimientos, por el canto, por sus manos y bocas. Evan aún encontró esperanza cuando algunas de ellas susurraron con aprobación. De repente, se encontró aproximándose a aquella misma pérdida de control que le había ocurrido antes. Intentó no gruñir, pero fue demasiado.

De repente, el calor sanguinolento del líquido se expandió sobre su pecho. Evan parpadeó ante el salado rocío. Lo probó y frunció el ceño.

Esta vez era el calor de la verdadera sangre.

En ese mismo instante, el disparo de un rifle rasgó el silencio. Algo, un cuerpo, cayó pesadamente sobre los muslos de Evan.

—Evan, muchacho —ordenó una voz a través de las hileras de maíz. ¡Era su padre!—. ¡Quédate quieto!

El cielo se rasgó, abriéndose. Un ensordecedor traqueteo de rifles, escopetas, pistolas y viejos revólveres desgarraron las constelaciones. Las balas destrozaron las hojas del maíz. El fuego repiqueteaba como palomitas de maíz.

Evan se quedó quieto, tumbado sobre la espalda. Aquello era como dejarse llevar en una balsa, contemplando la Vía Láctea. Lo que más recordaría no serían los disparos, ni los gritos de los hombres, ni la precipitada huida de las brujas. Tampoco los focos de luz que recorrían los muros de maíz verde, ni la horca que se levantó para aquella joven abisal ante el cielo fuertemente iluminado, en el que vio el ligero

muñón de una cola al final de su espalda y la intensa palidez de su cara, los ojos de chimpancé, sus dientes amarillentos. Tampoco el seco crujido de las vainas de las escopetas al penetrar en la recámara. Ni a su padre, de pie sobre él, levantando la cabeza hacia las estrellas y mugiendo como un toro.

No. Lo que más recordaría fue a la vieja mujer que seguía junto a su cabeza y que, antes de que le volaran los huesos de la cara, se inclinó y le besó junto a la oreja. Era la clase de beso que le daba su abuela.

17

CARNE

*Los aztecas dijeron que... mientras quedara uno solo de ellos,
seguirían luchando, y que no conseguiríamos nada de ellos
porque lo quemarían todo o lo arrojarían al agua.*

HERNÁN CORTÉS, Tercera relación a Carlos V

Al oeste, por debajo de la zona de fractura Clipperton

Tras la muerte de Molly continuaron el descenso por el río, ansiosos por recuperar su sentido del control científico. Las orillas se estrecharon, la corriente se hizo más rápida. Como ahora se movían con mayor rapidez, disponían de más tiempo para llegar a su destino, que era su siguiente punto de avituallamiento, a principios de septiembre. Empezaron a explorar las riberas del río y a veces se quedaban durante dos o tres días en un mismo lugar.

En otro tiempo debió de abundar la vida en aquella región. En un solo día descubrieron treinta plantas nuevas, incluido un tipo de hierba que crecía a partir del cuarzo, y un árbol que parecía sacado del doctor Seuss, con un tallo que absorbía gases del suelo y los sintetizaba para formar celulosa metálica. Llamaron *Molly* a una nueva orquídea rupestre. Descubrieron restos animales fosilizados. Los entomólogos atraparon a más de un monstruoso grillo, de 68 centímetros de longitud. Los geólogos localizaron una veta de oro del espesor de un dedo.

Todas las noches, Shoat reunía sus informes en un disco, en nombre de Helios, que tenía los derechos de patente sobre todos aquellos descubrimientos. Si el descubrimiento tenía algún valor especial, como el oro, emitía un vale para el pago de una bonificación. Los geólogos consiguieron tantos de aquellos vales que empezaron a utilizarlos como moneda entre los demás, para comprar prendas de ropa, comida o pilas de aquellos otros que tenían de más.

La recompensa más gratificante para Ali era encontrar más pruebas de la civilización abisal. Descubrieron un intrincado sistema de acequias tallado en la roca, para transportar agua a varios kilómetros río arriba, sobre el valle colgante. En un saledizo situado a medio camino de un acantilado encontraron una copa hecha con un cráneo de neanderthal. En otro lugar, un esqueleto gigantesco, posiblemente un monstruo humano, apareció sujeto por grilletes oxidados. Ethan Troy, el antropólogo forense, estaba convencido de que los dibujos geométricos profundamente tallados

en el cráneo del gigante se habían practicado por lo menos un año antes de la muerte del prisionero. A juzgar por las marcas observadas en todo el cráneo, daba la impresión de que se le hubiera quitado el cuero cabelludo al gigante, manteniéndolo vivo como un escaparate de su trabajo artístico.

Se reunían alrededor de un panel central, adornado con ocre y huellas de las manos. En el centro aparecía una representación del Sol y de la Luna. Los científicos quedaron atónitos.

—¿Quieres decir que adoraban al Sol y a la Luna? ¡A once mil metros de profundidad!

—Tenemos que ser prudentes —dijo Ali.

Y, sin embargo, ¿qué otra cosa podía significar aquello? Qué gloriosa herejía, que los hijos de la oscuridad adorasen la luz.

Ali hizo únicamente una foto de la iconografía del Sol y la Luna. Al disparar el flash, todo el muro de pictografías, sus pigmentos y su registro, perdió el color, se volvió pálido y luego se desvaneció. Diez mil años de trabajo artístico se transformaron en piedra desnuda.

Sin embargo, una vez quemados los animales, las huellas de las manos y las imágenes del Sol y de la Luna, descubrieron un conjunto más profundo de escritura grabada.

Sobre el basalto se había tallado un grupo de letras de unos sesenta centímetros de longitud. En las sombras abisales, las incisiones eran como líneas negras sobre la piedra oscura. Se acercaron con precaución a la pared, como si esto también pudiera desaparecer. Ali pasó los dedos a lo largo de la pared.

—Es posible que esto se haya tallado para leerlo, como el braille.

—¿Es una escritura?

—Una palabra. Una sola palabra. ¿Veis este carácter de aquí? —Ali siguió la señal de una especie de Y y luego retrocedió sobre una E—. Y esto. No están rematadas. Pero fijaos en la forma lineal. Tiene la prestancia y el trazo del antiguo sánscrito, hebreo, o posiblemente paleohebreo. Es posible incluso que sea más antiguo. Antiguo hebreo. Fenicio o como se le quiera llamar.

—¿Hebreo? ¿Fenicio? ¿Con qué nos encontramos aquí? ¿Con las antiguas tribus de Israel?

—¿Nuestros antepasados enseñaron a los abisales a escribir? —preguntó alguien.

—O los abisales nos enseñaron a nosotros —dijo Ali sin poder apartar los dedos de la palabra—. ¿Os dais cuenta? —susurró—. El hombre lleva hablando desde hace por lo menos cien mil años. Pero nuestra escritura sólo se remonta al neolítico superior, a los jeroglíficos hititas, al arte aborigen australiano. Es decir, a siete u ocho mil años como máximo.

»Esta escritura debe de tener por lo menos quince o veinte mil años de antigüedad. Eso supone que es dos o tres veces más antigua que cualquier escritura humana que se haya descubierto. Esto son fósiles lingüísticos. Podríamos estar

acercándonos al lenguaje hablado por Adán y Eva. La raíz que está en el origen del lenguaje humano. A la primera palabra.

Ali se sentía embelesada. Al mirar a su alrededor, se dio cuenta de que los demás no comprendían. Esto era algo grande. Humano o no, doblaba o triplicaba la línea temporal de la mente. Y no tenía a nadie con quien celebrarlo. «Tranquilízate», se dijo a sí misma. En todos sus viajes, el mundo de Ali era un mundo de papel, de lingüistas y obispos, de visitas a bibliotecas y amarillentos legajos legales. Había ocupado un puesto silencioso donde no se permitía ninguna celebración. Y, sin embargo, aunque sólo fuera por una vez, hubiera deseado descorchar una botella de champán y rociarse con sus burbujas, tener a alguien que le diera un beso húmedo.

—Mantén el lápiz junto a las letras para dar una idea de la proporción —le dijo uno de los fotógrafos.

—Me pregunto qué dice —comentó alguien.

—¿Quién sabe? —dijo Ali—. Si Ike tiene razón, si este es un lenguaje perdido, entonces ni siquiera los primeros abisales lo conocen. Fijaos cómo lo han enterrado bajo otras imágenes más primitivas. Creo que para ellos ha perdido todo significado.

Al regresar a las barcas, por alguna extraña razón el nombre de su pareja de baile rondó por su cabeza: Ike.

El 5 de agosto encontraron a los primeros abisales. Al llegar a una orilla fosilizada, descargaron las barcas, llevaron el equipo a terreno más alto y empezaron a prepararse para pasar la noche. Entonces, uno de los soldados observó formas dentro de los pliegues opacos de la piedra.

Al dirigir las luces de las linternas formando cierto ángulo, pudieron ver una Pompeya virtual de cuerpos inmersos entre varios centímetros y algunos metros de una materia traslúcida similar al ámbar. Se encontraban en las mismas posiciones en que habían muerto, algunos enroscados sobre sí mismos, otros tumbados. Los científicos y soldados se desplegaron por metros y metros cuadrados de ámbar, que de vez en cuando se deslizaba goteando sobre la pegajosa superficie.

Las piezas de pedernal todavía sobresalían de las heridas. Alguno había sido estrangulado con sus propias entrañas o aparecía decapitado. Las alimañas se habían alimentado de ellos. Faltaban extremidades, se observaban hundimientos en pechos y vientres. No cabía la menor duda de que aquello suponía el final de toda la tribu o de un pueblo.

Bajo el oscilante foco de Ali, la piel blanca relucía como el cristal de cuarzo. A pesar de la pesada osamenta de sus cejas y mejillas y de la evidente violencia que suponía su exterminio, eran notablemente delicados.

El *Homo abisalis*, o en cualquier caso esta variedad, se parecía ligeramente a un mono, pero con muy poco vello en el cuerpo. Tenían anchas narices negroides y los labios llenos, algunos como los aborígenes australianos, pero de color albino, provocado por la noche perpetua. Había unas pocas barbas de chivo, muy tenues, compuestas por apenas unas pocas cerdas. La mayoría no debían de tener más de treinta años en el momento de su muerte y muchos eran niños.

Los cuerpos mostraban cicatrices que no tenían nada que ver con deportes o con la cirugía: no se detectó ninguna cicatriz de apendicitis en este grupo, ni líneas límpidas alrededor de las rodillas o los hombros. Las que se veían procedían de accidentes de campamento, de la caza o de la guerra. Los huesos rotos se curaban produciendo excrescencias curvadas. Les habían arrancado los dedos a tirones. Los senos de las mujeres colgaban, reseco y flácidos. Las armas de aquellos seres parecían ser las afiladas uñas y los dientes, los aplanados pies anchos o los grandes y extendidos dedos gordos, adaptados para la escalada.

Ali intentó imaginarlos integrados en la familia del hombre moderno. No ayudó en nada el hecho de que tuvieran cuernos y pliegues de calcio y bultos deformes en los cráneos. Se sintió extrañamente intolerante. Sus mutaciones, enfermedades o giros evolutivos, fueran lo que fuesen, la mantenían a distancia. Le preocupaba encontrárselos, pero le alegraba tenerlos encapsulados en piedra. Imaginó que lo mismo que les habían hecho a ellos, serían perfectamente capaces de hacérselo también a ella.

Aquella noche hablaron sobre los cuerpos situados debajo de su campamento.

Fue Ethan Troy quien solucionó su misterio. Se las había arreglado para obtener fragmentos sueltos de los cuerpos, la mayoría de ellos niños, y se los ofreció a los demás para que los vieran.

—Su esmalte dental no se ha desarrollado adecuadamente. Se ha visto perturbado. Y todos los niños padecen raquitismo y otras malformaciones de las extremidades. Sólo hay que mirar sus vientres hinchados para darse cuenta de que murieron fundamentalmente de hambre. Vi esto mismo una vez, en un campamento de refugiados de Etiopía. Es algo que nunca se olvida.

—¿Estás sugiriendo que son refugiados? —preguntó alguien—. Refugiados, ¿de quién?

—De nosotros —contestó Troy.

—¿Quieres decir que el hombre los mató?

—Al menos indirectamente. Su cadena alimentaría se vio interrumpida. Estaban huyendo, de nosotros.

—Tonterías —se burló Gitner, tumbado de espaldas sobre su saco de dormir—. Por si se te ha pasado por alto, eso que sobresale de ellos son puntas de la edad de piedra. No tuvimos nada que ver con eso. A estos tipos los mataron otros abisales. ¿Habéis visto al que tenía los genitales cortados y metidos en la boca?

—Eso es aparte —dijo Troy—. Se vieron diezmados y tenían hambre. Fueron una presa fácil.

—Tienes razón —intervino Ike. No intervenía con frecuencia en las discusiones del grupo, pero en esta ocasión los había escuchado con atención—. Estaban en movimiento. Todos ellos. Ésta es su diáspora. Se habían diseminado y descendían a las profundidades para evitar nuestra llegada.

—¿Acaso importa eso? —dijo Gitner.

—Tenían hambre —dijo Ike—. Estaban desesperados. Claro que importa.

—Eso es historia antigua. Este grupo murió hace mucho tiempo.

—¿Por qué estás tan seguro?

—La concreción de la piedra ambarina. Están cubiertos por ella. Debe de tener por lo menos quinientos años, pero probablemente serán más de cinco mil. Todavía no he hecho mis cálculos.

—Déjame tu martillo para partir rocas —le pidió Ike acercándose hacia él.

Gitner se lo colocó a Ike en la mano. En estos últimos tiempos parecía sentirse crónicamente harto. Su interminable debate sobre los vínculos abisales con la humanidad echaba a perder hasta el poco buen humor que le quedaba.

—¿Me lo devolverás? —preguntó con sorna.

—Sólo es un préstamo —dijo Ike—, mientras dormimos.

Se acercó a la pared, lo hundió en la roca y luego se alejó.

A la mañana siguiente Gitner tuvo que pedir prestado otro martillo para liberar el suyo de la roca. Durante el transcurso de la noche el martillo había quedado cubierto por varios milímetros de clara piedra ambarina.

Era una simple cuestión aritmética. Pudieron calcular que aquellos refugiados habían sido aniquilados hacía no mucho más de cinco meses. La expedición seguía el mismo sendero que siguieron ellos en su huida. Y era algo que aún estaba muy fresco.

Hasta los mercenarios habían terminado por depender del infalible sentido del peligro que demostraba Ike. De algún modo, se difundieron los rumores sobre sus buenos tiempos de escalador y lo apodaron el Cap, por el monolito del Yosemite. Fue un sobrenombre peligroso, que molestó a Ike incluso más de lo que fastidió a su comandante. Ike no deseaba su confianza. Los evitaba. Cada vez se quedaba más tiempo fuera del campamento. Pero Ali pudo darse cuenta de todos modos del efecto que eso causaba sobre él. Algunos de los muchachos se tatuaron los brazos y la cara como Ike. Unos pocos empezaron incluso a caminar descalzos y a llevar los rifles en bandolera, colgados de la espalda. Walker hizo lo que pudo por evitar la evolución. Cuando uno de sus hombres fue descubierto sentado, con las piernas cruzadas, concentrado en la oración, Walker lo castigó a hacer guardia durante una semana.

Ike reanudó su costumbre de adelantarse uno o dos días a la expedición y Ali echaba de menos sus excentricidades. Ella se despertaba temprano, como siempre, pero ya no veía su kayak navegando hacia el desconocido territorio tubular mientras el campamento seguía dormido. No tenía prueba alguna de que él se estuviera alejando de ellos o de ella. Pero sus ausencias la ponían nerviosa, especialmente al quedarse dormida, por la noche. Ike había abierto un vacío en ella.

El 9 de agosto detectaron la señal para el Avituallamiento II. Habían cruzado la línea de fecha internacional sin saberlo. Llegaron al lugar, pero no encontraron los cilindros esperándoles. En lugar de eso hallaron en el suelo una pesada esfera de metal, del tamaño de una pelota de baloncesto. Estaba sujeta a un cable que colgaba del techo, que estaba a más de treinta metros sobre sus cabezas.

—Eh, Shoat —preguntó alguien—, ¿dónde está nuestra comida?

—Estoy seguro de que tiene que haber una explicación —dijo Shoat, aunque estaba claramente desconcertado.

Desatornillaron la esfera. En el interior, en medio de poliespuma, encontraron un pequeño teclado numérico, con una nota. «A la Expedición Helios: los cilindros de suministro están preparados para la penetración en cuanto se pidan. Teclear los cinco primeros números de pi, a la inversa, seguido por el signo de la libra.» Imaginaron que se trataba de una medida de precaución, para salvaguardar sus alimentos y suministros ante cualquier posible acto de piratería abisal.

Shoat necesitó que alguien le anotara el número pi y luego lo tecleó. Pulsó la tecla del signo de la libra y una pequeña luz roja cambió y se puso verde.

—Supongo que tenemos que esperar —dijo.

Acamparon en la orilla y se turnaron para vigilar la parte inferior del agujero de perforación. Poco después de medianoche, uno de los centinelas de Walker dio la voz de alarma. Ali escuchó el roce del metal. Todos se reunieron y dirigieron las luces de las linternas hacia arriba y allí estaba, una cápsula plateada hundiéndose hacia ellos, sujeta por un reluciente alambre. Fue como ver el ataque de un barco rápido. El grupo lanzó vítores.

El cilindro siseó al tocar el río, luego descendió lentamente sobre un costado y el cable quedó suelto, hecho un ovillo, en el agua. La vaina de metal se veía azulada por varias marcas de chamuscado. Se acercaron, pero enseguida tuvieron que retroceder ante el calor que despedía.

Ninguno de los cilindros del Avituallamiento I se había recalentado tanto. Eso significaba que el cilindro tenía que haber pasado por alguna zona volcánica, probablemente un ramal de la cordillera Magallanes bajo el mar. Ali percibió el olor del humo sulfuroso que despedía.

—Nuestros suministros se están cocinando dentro —lamentó alguien.

Formaron rápidamente una brigada contra incendios y se pasaron botellas de plástico arriba y abajo de la hilera, para rociar el cilindro con agua. El metal despidió vapor y los colores palpitaron al pasar de una situación termal a otra. Gradualmente, se enfrió lo suficiente como para desenroscar las tuercas. Introdujeron los cuchillos en los bordes y soltaron la escotilla, abriendo la puerta.

—Dios mío, ¿qué es ese hedor?

—Carne. ¿Nos han enviado carne?

—El calor tiene que haber producido un incendio ahí dentro.

Las luces se enfocaron hacia el interior. Ali miró por encima de los hombros y le resultó difícil ver debido al humor, el mal olor y el calor que brotaba de la portilla abierta.

—Santo Dios, ¿qué nos han enviado?

—¿Son personas? —preguntó ella.

—Parecen abisales.

—¿Cómo puedes decir eso? Están demasiado quemados como para saberlo —dijo alguien.

Walker se abrió paso hasta el frente, seguido por Ike y Shoat.

—¿Qué es esto, Shoat? —preguntó Walker—. ¿Qué es lo que pretende Helios?

—No tengo la menor idea —contestó Shoat desconcertado, y Ali, por una vez, lo creyó.

En el interior había tres cuerpos sujetos por correas, uno encima del otro, en una improvisada red de nailon. Aunque el cilindro era vertical deberían de haber permanecido suspendidos de los arneses como saltadores en paracaídas.

—Llevan uniformes —dijo alguien—. Mirad, del ejército de Estados Unidos.

—¿Qué hacemos? Están muertos.

—Desatarlos y sacarlos.

—Los correaes se han fundido. Tendremos que cortarlos. Dejemos antes que se enfríen un poco más.

—¿Qué estaban haciendo aquí dentro? —le preguntó uno de los médicos a Ali.

Las extremidades muertas se movían fláccidamente. Uno de los hombres se había mordido la lengua y tenía el trozo cortado sobre la barbilla. Entonces escucharon un gemido. Procedía de la parte inferior de la escotilla, donde estaba suspendido el tercer hombre, fuera de su alcance.

Sin decir una sola palabra, Ike se introdujo en el humeante interior de la cápsula. A horcajadas, arrastró los cuerpos hasta el nivel de la escotilla y cortó las correas, sacando primero a los muertos. Luego se arrastró más profundamente, llegó hasta donde estaba el tercer hombre, lo liberó de los correaes y lo arrastró hasta la escotilla, donde una docena de manos terminaron de extraerlo.

Ali y los demás atendían a los muertos, colocándoles fragmentos de tela quemada sobre las caras. El hombre situado en la parte superior del cilindro, donde el calor y el fuego debieron de ser peores, se había pegado un tiro en la boca. El hombre del centro se había estrangulado con una de las correas, fusionada ahora con su cuello. Sus ropas se habían incendiado y estaban vestidos sólo con los arneses y con las cinchas de sus armas. Cada uno llevaba pistola, rifle y cuchillo.

—Fijaos en estas mirillas. —Un geólogo apuntaba hacia el río con uno de los rifles de los soldados—. Estos trastos están preparados para realizar un trabajo nocturno. ¿Qué vendrían a cazar?

—Nosotros nos haremos cargo de las armas —dijo Walker, y sus mercenarios se encargaron de recoger las otras armas.

Ali ayudó a tender al tercer hombre sobre el suelo y luego se apartó. Tenía los pulmones y la garganta llagados. Expectoraba un claro fluido seroso y su control de temperatura estaba afectado. Se moría. Ike se arrodilló a su lado, junto con los médicos, Walker y Shoat. Todos los demás miraban.

Walker apartó un trozo de tela chamuscada. «Primero de Caballería», decía, y se volvió para mirar a Ike.

—Son gente suya. ¿Para qué envían *rangers* aquí abajo?

—No tengo ni idea.

—¿Conoce a este hombre?

—No.

Los médicos cubrieron al quemado con un saco de dormir y le dieron a beber agua. El hombre abrió el único ojo sano que le quedaba.

—¿Crockett? —balbuceó con voz rasposa.

—Supongo que él te conoce —dijo Walker.

Todos se quedaron quietos, a la expectativa.

—¿Por qué te enviaron? —le preguntó Ike.

El hombre intentó formar las palabras. Se removió bajo el saco de dormir. Ike le dio más agua.

—Más cerca —dijo el soldado.

Ike se acercó más y se inclinó hacia él.

—Judas —susurró el hombre.

El cuchillo surgió cruzando directamente el saco de dormir.

No obstante, la tela o el dolor malograron el impulso asesino. La hoja rozó la caja torácica de Ike, pero no penetró en ella. El soldado aún tuvo fuerza suficiente para lanzar una segunda cuchillada a través de la espalda de Ike, antes de que éste le sujetara la muñeca.

Walker, Shoat y los médicos retrocedieron ante el ataque. Uno de los mercenarios reaccionó con tres rápidos disparos en el tórax del hombre quemado. El cuerpo se estremeció con cada bala.

—¡Alto el fuego! —gritó Walker.

Todo sucedió demasiado rápidamente. El único sonido que quedó después fue el del fluir del agua.

Todos los miembros de la expedición se quedaron mirando fijamente, incrédulos. Nadie se movió. Acababan de ver un ataque y habían escuchado al soldado susurrar «Judas».

Ike se arrodilló en medio de ellos, mudo de asombro. Todavía sostenía la muñeca del asesino con una mano y el roce del cuchillo a lo largo de sus costillas se tiñó de rojo. Los miró a todos, con una expresión retorcida por la ignorancia.

De repente, un terrible y penetrante sonido surgió de él. Ali no lo esperaba.

—¿Ike? —preguntó desde el anillo que formaban los testigos del hecho. Nadie se atrevió a acercarse más. Ali se adelantó de entre el círculo y se dirigió hacia él—. Basta —dijo ella.

Ellos habían dependido tanto de la fortaleza de Ike que la fragilidad que demostraba ahora suponía un peligro para ellos. Se estaba desmoronando ante sus propios ojos.

Ike la miró y luego huyó.

—¿A qué viene todo esto? —murmuró alguien.

A falta de palas, arrastraron los cuerpos hasta el río y dejaron que la corriente se los llevara. Muchas horas más tarde, les llegaron otros dos cilindros, cada uno lleno de suministros. Comieron. Helios les había enviado un festín para cien personas: filetes de pavo enlatado, salsa de arándanos, ñame endulzado, pacana y pasteles de cereza y manzana. Ike debía de estar muerto y aquel banquete era en realidad un velatorio. A Ali le pareció surrealista.

El atentado contra la vida de Ike ni tenía explicación, ni motivo ni hacía justicia. Lo más irracional de todo era que Ike se había convertido en el miembro más valioso

de la expedición. Hasta los mercenarios habrían votado por él. Tenerlo como guía les había hecho sentirse privilegiados, destinados a salir de aquel territorio desconocido siguiendo las huellas de su tatuado Moisés. Ahora, sin embargo, alguien de arriba le había acusado de traidor y había quedado inexplicablemente marcado para la muerte.

El cable de comunicaciones con la superficie se incendió al pasar por la zona de magma que tenían por encima, de modo que los miembros de la expedición no pudieron hacer más que conjeturas y depender únicamente de la superstición. Ike había sido el mejor de los hombres y, sin embargo, habían intentado castigarlo por pecados desconocidos para ellos. Todos tuvieron la sensación de que una gran tormenta se había desatado sobre ellos. La respuesta del grupo consistió en un poco de preocupación y luego mucha negación y especulación.

—Sólo era una cuestión de tiempo —dijo Bergson—. Ike iba a tener que destaparse tarde o temprano. Casi podía verse venir. Me sorprende incluso que resistiera tanto tiempo.

—¿Qué tiene que ver eso con lo sucedido? —espetó Ali.

—No quiero decir que él mismo se lo buscara, pero ese hombre se siente definitivamente atormentado. Tiene más fantasmas que en un cementerio.

—¿Qué hay que hacer para que el ejército de Estados Unidos te persiga? —se preguntó Quigley, el psiquiatra—. Ésa fue una misión suicida. No envían a la muerte a hombres buenos por nada.

—¿Y eso de Judas? Creía que una vez pasado por el tribunal militar, ya habían terminado con uno. Creo que es un caso de mala suerte. Ese hombre es un marginado nato.

—Es como si todo el mundo se hubiera vuelto contra él.

—No te preocupes por él, Ali —le dijo Lucinda—: Volverá.

—No estoy tan segura —dijo Ali.

Hubiera querido echarle la culpa a Shoat o a Walker, pero ellos parecían sentirse genuinamente desorientados ante el incidente. Si Helios tenía la intención de matar a Ike, ¿por qué no utilizar a sus propios agentes? ¿Por qué hacer participar al ejército de Estados Unidos? ¿Y por qué implicar al ejército en algo que sólo les atañía a ellos? No tenía sentido.

Mientras los demás dormían, Ali se alejó de la luz de su campamento. Ike no se había llevado ni su kayak ni su escopeta, de modo que lo buscó a pie, con la linterna. Las huellas de Ike se alejaban sobre el barro de la orilla.

Se sentía furiosa por la suficiencia del grupo. Habían dependido de Ike para todo. Sin él podrían estar muertos o perdidos. Él les había sido fiel, pero ahora que los necesitaba, no le apoyaban.

«Hemos sido su ruina.» Ahora lo veía claro. Con su dependencia de él, lo habían condenado. Él podría estar a muchos miles de kilómetros de distancia de no haber sido por la debilidad, la ignorancia y el orgullo de todos ellos. Eso era lo que lo había retenido a su lado. Los ángeles guardianes eran así. Condenados por su destino.

Pero Ali tuvo que admitir que echarle la culpa de todo al grupo sólo era una excusa. Pues eran su propia ignorancia, debilidad y orgullo lo que en realidad habían atado a Ike, no la de los demás, sino la de ella. El bienestar del grupo no era más que un beneficio secundario. La incómoda verdad era que él se había comprometido con ella.

Mientras avanzaba a lo largo del río, trató de poner en orden sus pensamientos. Al principio, la alianza de Ike con ella no había sido deseada e incluso le resultó molesta. Enterró la evidencia de la devoción de Ike hacia ella bajo un montón de ficciones, contentándose con decirse que él recorría las profundidades impulsado por sus propias razones, en busca de una fabulosa amante perdida o por venganza. Quizá fuera así al principio, pero ya no. Lo sabía. Sabía que Ike continuaba allí por ella.

Lo encontró en un campo de tinieblas, sin luces, sin armas. Estaba sentado frente al río, en su posición de loto, de espaldas a cualquier enemigo que se le pudiera acercar. Se había colocado así, a merced de aquel desierto salvaje.

—Ike —le llamó.

La velluda cabeza permaneció erguida y quieta. La luz de ella arrojó su sombra sobre el agua negra, donde se perdió enseguida. Qué lugar, pensó. Una oscuridad tan ávida que hasta devoraba cualquier otra oscuridad.

Se acercó a él y se quitó la mochila.

—Te perdiste tu propio funeral —bromeó—. Han enviado un festín.

No se produjo ningún movimiento. Ni siquiera sus pulmones se movieron. Se metía más en sí mismo. Escapaba.

—Ike —dijo ella—. Sé que puedes oírme. Una de sus manos descansaba sobre el regazo. Las yemas de los dedos de la otra mano tocaban el suelo, ejerciendo sobre él la misma presión que un insecto.

Ali se sintió como una intrusa. Pero no se entrometía en una actitud de contemplación, sino de inicio de la locura. Él, por sí solo, no podía ganar.

Ali se le acercó desde un lado. Visto desde atrás, Ike parecía estar en paz. Pero entonces vio la expresión de su rostro.

—No sé lo que está pasando —dijo ella. Él se le resistía con su inmovilidad de estatua. Tenía la mandíbula apretada.

—Ya es suficiente —dijo Ali. Abrió la mochila y sacó el botiquín—. Voy a limpiarte esos cortes.

Ali empezó a empapar bruscamente la herida con betadine, pero sus movimientos se hicieron más lentos. La propia carne la indujo a ello. Le pasó los dedos por la espalda y los huesos y músculos, la tinta abisal, el tejido cicatricial y los callos producidos por las correas de la mochila la dejaron asombrada. Aquel era el cuerpo de un esclavo. Ike había sido degradado y cada marca indicaba la utilización de que había sido objeto. Eso la desconcertó. Había conocido a los condenados en muchas de sus encarnaciones, como prisioneros, prostitutas, asesinos y leprosos proscritos. Pero nunca conoció a un esclavo. Se suponía que esa clase de criaturas ya no existían en esta época.

Ali se sorprendió al comprobar lo bien que encajaba el hombro de Ike en su mano. Entonces se recuperó con una pequeña sacudida.

—Sobrevivirás —le dijo Ali.

Se alejó un poco de él y se sentó. Durante el resto de la noche permaneció encogida sobre sí misma, con la escopeta de él, protegiéndolo mientras terminaba de regresar al mundo.

18

BUENOS DÍAS

¿Acaso no soy una mosca como tú?

¿O no eres tú un hombre como yo?

WILLIAM BLAKE, *La mosca*

Centro de Ciencias de la Salud, Universidad de Colorado, Denver

Yamamoto salió del ascensor con una sonrisa.

—¡Buenos días! —saludó alegremente a un conserje que limpiaba el suelo.

—Yo no veo el sol —gruñó el hombre.

Fuera soplaba una fuerte ventisca, con potentes rachas y bajas temperaturas. Se hallaban bajo asedio. Hoy tendría el laboratorio para ella sola.

Yamamoto encontró dormido al vigilante de noche, que todavía estaba de guardia. Lo envió al dormitorio para que descansara y comiera algo caliente.

—Y no vuelva hasta esta tarde —le dijo—. Puedo mantener el fuerte yo sola. De todos modos, no va a venir nadie.

En estos últimos días se sentía así, como la madre del mundo. Se le había espesado el cabello, tenía las mejillas constantemente arreboladas y le tarareó a la panza, como la llamaba su marido. Sólo faltaban tres meses más.

El proyecto Satán Digital se acercaba a su culminación. El laboratorio empezaba a estar sucio, con envolturas de comida rápida, grandes copas de soda recicladas para contener lápices y restos momificados de cumpleaños. La cartelera estaba llena de anuncios, extractos de artículos y, últimamente, noticias de puestos de trabajo, tanto aquí como en el extranjero.

Entró sin ponerse los guantes dobles ni la mascarilla. Se había abandonado ya cualquier ritual de centro de investigación, otra señal más de que el proyecto se acercaba a su fin. Había frascos de laboratorio en una caja de Taco Bell. Alguien había hecho un móvil con los recipientes de patatas fritas consumidos durante los últimos meses.

La máquina dos realizaba su trabajo rítmicamente. A excepción de la cabeza, la joven abisal había desaparecido de la existencia, incluidos sus huesos. Ahora, sin embargo, se la podía hacer renacer con un ratón y un CD-ROM. Estaba a punto de ser electrónicamente inmortal. Allí donde hubiera un ordenador, podría existir una

manifestación de Amanecer. En cierto sentido, hasta su alma estaba verdaderamente en el interior de la máquina.

Yamamoto ya llevaba varias semanas agobiada por terribles sueños sobre Amanecer. La muchacha abisal caía por un acantilado, o era arrastrada por el mar, y extendía las manos en petición de ayuda. Otros especialistas del laboratorio contaron que habían tenido pesadillas similares. Diagnosticaron aquello como ansiedad por la separación definitiva. Amanecer había formado parte del grupo durante aquel tiempo. Todos la iban a echar de menos.

Lo único que quedaba por informatizar eran las dos terceras partes superiores del cráneo de la abisal. El trabajo avanzaba con lentitud. La máquina dos estaba calibrada para efectuar los cortes más finos que se pudieran. El cerebro ofrecía la exploración más interesante. Seguían manteniendo grandes esperanzas de llegar a desvelar realmente el proceso sensorial y cognitivo, logrando, por así decirlo, que la mente hablara. Lo único que tenían que hacer durante las diez semanas que quedaban era cuidar de un glorificado rebanador. La paciencia no era más que una cuestión de Pepsi dietética y chistes obscenos.

Yamamoto se acercó a la mesa metálica. La parte superior del cráneo de la muchacha mostraba un color blanco pálido dentro del bloque de gel de un color azul helado. Parecía como una luna suspendida de un cuadrado de espacio exterior. Los electrodos salían de la parte superior y de los lados del gel. En la base, la hoja cortaba las finas rebanadas y la cámara funcionaba.

La máquina había ido reduciendo la mandíbula inferior, para luego continuar de un lado a otro, a través de los dientes superiores, hasta introducirse en la cavidad nasal. Externamente, ya había desaparecido la mayor parte de la ancha nariz, similar a la de un murciélago, y los amplios lóbulos de las orejas. En términos de estructuras internas, habían cortado ya la mayor parte de la médula oblonga, que ascendía desde la médula espinal, y reducido a impulsos digitales la mayor parte del cerebelo, que controlaba las capacidades motrices. Por el momento no se habían descubierto lesiones o anormalidades. Para tratarse de un cerebro necrótico, todos los sistemas estaban notablemente intactos, prácticamente viables. Todos se maravillaban por ello. «Sólo confío en tener tanta salud después de mi muerte», bromeó alguien. Las cosas empezaban a ponerse interesantes. Neurocirujanos y especialistas cerebrales y de la cognición de todo el país habían empezado a llamar o a enviar correos electrónicos casi a diario, solicitando información actualizada. Ciertas partes del cerebro, como el cerebelo que acababan de pasar, formaban parte de una anatomía mamífera bastante estándar. Explicaban lo que hacía que un animal fuera un animal, pero contribuían poco a aclarar qué hacía que un abisal fuese un abisal.

Amanecer pronto dejaría de ser aquel cadáver animal subterráneo. Desde el sistema límbico hacia arriba, volvería a ser ella misma. Surgiría una personalidad, un proceso racional, aparecerían claves que explicarían su lenguaje, sus emociones, hábitos e instintos. En resumen, estaban a punto de echar un vistazo a través de la ventana craneal de Amanecer y contemplar su visión del mundo. Aquello equivalía a descender con una nave espacial sobre otro planeta. Incluso más que eso, era como

entrevistar por primera vez a un alienígena y preguntarle cuáles eran sus pensamientos.

Yamamoto revisó los electrodos, clasificando los hilos del lado derecho, que estaban ordenadamente colocados sobre la mesa. Seguía siendo un misterio por qué Amanecer parecía generar una ligera pulsación eléctrica. Su gráfico debería haber mostrado una línea recta, pero de vez en cuando brotaba un pico irregular, con su correspondiente y breve pitido. Eso se venía produciendo desde hacía meses. Pero es un hecho que, si se espera el tiempo preciso, los electrodos terminan por detectar señales vitales incluso en un cuenco de jalea.

Yamamoto rodeó la mesa por el lado izquierdo y desplegó los cables en su mano. Era casi como trenzar el cabello de una niña. Se detuvo para mirar lo que quedaba del rostro abisal, dentro del bloque de gel.

—Buenos días —dijo.

La cabeza abrió los ojos.

Rau y Bud Parsifal encontraron a Vera en un departamento de ropa del Oeste, en la terminal internacional del aeropuerto de Denver, probándose sombreros vaqueros. No se podría haber inventado mejor antídoto para la oscuridad de la mente. Cada cual tenía una opinión, un temor, una solución. Nadie sabía lo que estaba sucediendo allá abajo, lo que podrían encontrar, en qué clase de mundo iban a crecer sus hijos. Pero aquí, en esta gigantesca terminal, saturada de luz solar y de espacios abiertos, podía uno olvidarse de todo eso y dedicarse, simplemente, a comer helado o a probarse sombreros de vaquero.

—¿Qué aspecto tengo? —preguntó Vera.

Rau dio unas palmaditas sobre su maletín, a modo de aplauso. Parsifal pidió protección al Señor.

—¿Habéis venido juntos? —preguntó ella.

—Londres vía Cincinnatti —contestó Parsifal.

—Ciudad de México —dijo Rau—. Nos encontramos en la terminal de llegadas.

—Temía que nadie pudiera conseguirlo —dijo Vera—. Tal como están las cosas, es posible que ya sea demasiado tarde.

—Llamaste y vinimos —dijo Parsifal—. Trabajo de equipo.

Su barriga y las detestadas gafas hicieron que la galantería resultase mucho más encantadora. Rau comprobó su reloj.

—Thomas llega dentro de una hora. ¿Y los demás?

—En otras partes —contestó Vera—. En tránsito, incomunicados, ocupados. Supongo que os habréis enterado de lo de Branch.

—¿Ha perdido la cabeza? —preguntó Parsifal—. Huir al interior del planeta de la forma en que lo hizo, a solas. Precisamente de entre todos era el único que sabía de qué son capaces los abisales.

—No son ellos quienes me preocupan.

—Oh, por favor, no me vengas con eso de que «el enemigo somos nosotros».

—¿No sabes nada de la orden de disparar a matar? —preguntó Vera—. La han recibido todos los ejércitos, y también la Interpol.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Parsifal mirándola de soslayo—. ¿Matar a Branch?

—January ha hecho lo que ha podido para suspender esa orden, pero hay un tal general Sandwell que parece tener una vena vengativa. Es alguien muy peculiar. January está intentando averiguar más sobre ese general.

—Thomas está furioso —añadió Rau—. Branch era nuestros ojos y oídos entre los militares. Ahora no nos queda más remedio que imaginar en qué andan metidos los ejércitos.

—Y quién puede estar colocando las cápsulas con los virus.

—Feo asunto —murmuró Parsifal.

Acudieron a recibir a Thomas a su puerta de llegada, en vuelo directo desde Hong Kong. Los finos ángulos cúbicos de su rostro formaban una masa de sombras que profundizaban aún más sus rasgos a lo Abe Lincoln. Por lo demás, y para tratarse de un hombre recién expulsado de China, parecía notablemente fresco. Observó a su comité de bienvenida.

—¿Un sombrero de vaquero? —le preguntó a Rau.

—Donde fueres... —dijo Rau encogiéndose de hombros.

Se dirigieron hacia la salida, agrupados alrededor de la silla de ruedas de Vera, comunicándose las novedades unos a otros.

—¿Y Mustafah y Foley? —preguntó Vera—. ¿Están bien?

—Cansados —contestó Thomas—. Estuvimos detenidos en Kashi, en la provincia de Xinjiang, durante varios días. Nos confiscaron las cámaras y periódicos y nos revocaron los visados. Se nos ha declarado oficialmente *personae non gratae*.

—¿Y qué demonios estabas haciendo allí, Thomas?

—Quería examinar un conjunto de momias caucasicas y algunos de sus fragmentos escritos. Tienen cuatro milenios de antigüedad y muestran escritura germánica. Tocharia, para ser exactos. ¡En Asia!

—Momias en el desierto chino —murmuró Parsifal enojado—. Escritura críptica. ¿Qué nos podrá decir eso?

—En esta ocasión tengo que estar de acuerdo contigo —admitió Vera—. Parece algo bastante alejado de nuestra misión. A veces me pregunto qué es lo que estoy haciendo realmente. Durante los tres últimos meses me habéis hecho revisar resúmenes sobre el ADN mitocondrial y la evolución humana. ¿Me quieres explicar de qué modo los datos sobre las muestras de placenta de Nueva Guinea pueden acercarnos más a identificar a un tirano primordial?

—En este caso —dijo Thomas—, las momias y su escritura indoeuropea parecerían demostrar que los nómadas caucasicos influyeron sobre la civilización china hace cuatro mil años.

—¿Y por eso te expulsaron del país? —preguntó Parsifal, que cubrió el cristal con su aliento y sacó un crucifijo—. ¿O es que los comunistas te pillaron administrando la extremaunción a las momias?

—Imagino que debió de ser algo más peligroso —intervino Rau—. Si no me equivoco, Thomas, estabas demostrando que la civilización china no se desarrolló de modo aislado. La probabilidad de que los primeros europeos ayudaran a germinar su cultura resulta extremadamente amenazadora para los chinos. Son un pueblo muy orgulloso, estos hijos del Imperio del Centro.

—Pero, una vez más, ¿qué tiene eso que ver con nosotros? —insistió Vera.

—Quizá lo tenga que ver todo —aventuró Rau—. Sería muy relevante la noción de que una gran civilización pueda ser modificada o incluso inspirada por el enemigo, por una raza menor, o por bárbaros.

—En lenguaje algo más sencillo hasta lo entendería, Rau —gruñó Parsifal.

Thomas guardó silencio. Parecía disfrutar con las elucubraciones de los demás.

—¿Y si la civilización humana no se desarrolló en aislamiento? ¿Y si tuvo seres que la impulsaron?

—¿En quién estás pensando, Rau? —preguntó Parsifal—. ¿En los marcianos?

—Un poco más abajo —contestó Rau con una sonrisa—. En los abisales.

—¡Abisales! —exclamó Parsifal—. ¿Ellos nos ayudaron?

—¿Y si resultara que los abisales ayudaron a crear nuestra civilización a lo largo de los eones? ¿Y si cultivaron a nuestros ignorantes antepasados y expusieron su propia inteligencia nativa ante la humanidad?

—¿Un abisal convertido en nuestra niñera? ¿Esos salvajes?

—Cuidado —le advirtió Rau—. Empiezas a hablar como los chinos de sus bárbaros.

—¿Se trata de eso? —le preguntó Vera a Thomas—. ¿Buscabas en China un paradigma de la civilización humana?

—Algo así —contestó Thomas.

—¿Y viajaste dieciséis mil kilómetros y fuiste a la cárcel sólo para demostrar una teoría?

—En realidad, también para algo más. Tuve un presentimiento y acerté. Sospechaba que los textos caucasianos de Xinjiang habían sido escritos en escritura tocharia y no en otro lenguaje humano. Todos los informes estaban equivocados. Mustafah, Foley y yo sólo necesitamos echar un vistazo a las momias para saberlo. El caso es que esas momias estaban tatuadas con símbolos abisales. Aquellos nómadas caucásicos actuaban como agentes o como mensajeros. Transportaban documentos a la antigua China. Documentos escritos en alguna forma de escritura abisal. ¡Si pudiéramos leerlos!

—Pero, una vez más, ¿y qué? —dijo Parsifal—. Todo eso ocurrió hace cuatro mil años. Y no sabemos leerlo.

—Hace cuatro mil años, alguien envió a esas gentes a una misión a China —dijo Thomas—. ¿No sientes algo de curiosidad? ¿Quién los envió?

Una camioneta los llevó al centro médico. A la entrada del ala de investigación se encontraron con un grupo de policías y cámaras de televisión. Una falange de portavoces universitarios se turnaban para ofrecerse a los lobos. La espuma casi se

adivinaba en todas las bocas. Aparentemente, lo lógico tras una conferencia de prensa al aire libre y en pleno invierno debía de ser su brevedad.

—Les pido una vez más que utilicen su sentido común —decía con voz serena una figura que parecía la de un decano—. No existen cosas como la posesión.

Una bonita reportera, empapada de nieve de muslos para abajo, gritó desde la multitud:

—Doctor Yaron, ¿niega usted los informes según los cuales el centro médico universitario está practicando actualmente exorcismos como tratamiento?

Un hombre con barba y una blanca sonrisa burlona se inclinó hacia el micrófono.

—Estamos esperando —dijo—. Todavía no ha llegado el chico con el pollo y el agua bendita.

Los policías apostados ante las puertas no estaban dispuestos a permitir la entrada de cualquiera. La identificación médica de Vera no sirvió de nada. Finalmente, Parsifal mostró una vieja credencial de la NASA.

—¡Parsifal! —exclamó uno—. Demonios, claro que sí, entren.

Todos querían estrecharle la mano a Parsifal, que estaba radiante.

—Hombres del espacio —le susurró Vera a Rau.

En el interior del laboratorio, la actividad era igualmente frenética. Los especialistas estudiaban los gráficos, las placas de rayos X, las imágenes de película o manejaban modelos computerizados. Los teléfonos portátiles permanecían pegados a los hombros que los sujetaban, mientras la gente leía datos procedentes de las pantallas y tableros. Los trajes civiles se mezclaban con las sobaqueras y la indumentaria quirúrgica de diversos colores. El ajeteo le recordó a Vera la situación que se produce después de un desastre natural, con una sala de emergencia utilizada incluso más allá de su capacidad.

Se detuvieron junto a un grupo que observaba un vídeo. Sobre la pantalla, una mujer joven se inclinaba sobre un bloque de gel azul, situado encima de una mesa de acero.

—Es la doctora Yamamoto —les susurró Vera a Rau y a Parsifal—. Thomas y yo la conocimos la última vez que estuvimos aquí.

—Ahora va a suceder —dijo un hombre del grupo, que llevaba un cronómetro en una mano—. Tres, dos, uno y... ¡bum!

Yamamoto se puso repentinamente rígida en la pantalla y luego se hundió hasta caer de rodillas. Por un momento, se quedó allí, apoyada sobre los talones, mirando fijamente. Luego se desmoronó hacia un lado y empezó a sufrir violentos espasmos. Los eruditos del grupo Beowulf siguieron su camino.

En otras salas había otras pantallas e imágenes; el fondo de un cráneo parecía florecer y abrirse; la flecha de un cursor navegaba subiendo por las arterias y se desviaba por las ramificaciones nerviosas, una verdadera autopista de sueños e impulsos.

Vera llamó a una puerta abierta. Una mujer rubia, con bata de laboratorio, estaba inclinada sobre un microscopio.

—Busco a la doctora Koenig —dijo Vera.

La mujer levantó la cabeza e inmediatamente se acercó a Vera con los brazos abiertos.

—Vera, has vuelto. Yammie me dijo que la visitaste hace algunos meses.

Vera hizo las presentaciones.

—Mary Kay fue una de mis mejores alumnas cuando conseguía llamar su atención. Siempre andaba enfrascada en sus triatlones y escaladas sobre rocas. Nunca lográbamos mantenernos a su altura.

—Los viejos tiempos —dijo Mary Kay, que probablemente tenía poco más de treinta años. Por lo visto, la medicina se había convertido en el dominio exclusivo de los jóvenes y los que se mantenían en buena forma—. Pero has elegido un mal momento para visitarnos —añadió—. Toda la instalación está patas arriba. Hay representantes de organismos gubernamentales por todas partes, incluido el FBI.

Los círculos de color púrpura que había bajo los ojos de la joven doctora demostraban que, en efecto, se había producido una emergencia en la que llevaba trabajando desde hacía muchas horas.

—En realidad, supimos que estaba ocurriendo algo —dijo Vera—. Hemos venido para enterarnos de todo lo posible. Si puedes dedicarnos unos minutos...

—Pues claro que puedo. Deja que termine una cosa. Estaba a punto de revisar parte del material anterior.

—Si quieres que te ayude... —insistió Vera.

Agradecida, Mary Kay le entregó unos gráficos de encefalograma.

—Estos son los gráficos del primer día de preparación de nuestra abisal, hace casi un año. He sincronizado el vídeo a las 14.34, que fue cuando partieron el cuerpo en cuatro fragmentos. Si no te importa, revisa el gráfico mientras se llevaron a cabo los cortes. Debería detectarse alguna actividad cuando la sierra efectuó la partición. Yo te diré cuándo se produce eso.

Apretó una tecla del teclado del ordenador y la imagen congelada hasta entonces empezó a moverse.

—Está bien —dijo Mary Kay—. ¿Preparada? Están a punto de cortarles las piernas. Ahora.

Pareció como si un grupo de carniceros aparecieran en la pantalla. Los obreros manipularon un alargado rectángulo de gel azul, que dejaron a un lado. Dos de ellos levantaron una sección después de que pasara por la sierra.

—Nada —dijo Vera—. Ninguna respuesta en el gráfico. Es plano.

—Aquí va la sección de la cabeza. ¿Ves algo?

—Ninguna respuesta. Ni una sola oscilación —contestó Vera.

—¿Qué se supone que estamos buscando? —preguntó Parsifal.

—Actividad. Una respuesta al dolor. Cualquier cosa.

—Mary Kay —preguntó Vera—, ¿por qué buscas señales vitales en un abisal muerto?

La doctora se volvió para mirar a Vera, impotente.

—Estamos considerando ciertas posibilidades —dijo, como dando a entender que no serían precisamente ortodoxas.

Los acompañó por el pasillo mientras hablaba.

—Durante las últimas cincuenta y dos semanas, nuestra división de anatomía informática se ha dedicado a seccionar lámina a lámina un espécimen abisal para su estudio general. La directora del proyecto era la doctora Yamamoto, una destacada patóloga. El domingo por la mañana se encontraba a solas, trabajando en el laboratorio, cuando sucedió esto.

Entraron en una gran sala que olía a sustancias químicas y a tejido muerto. La primera impresión de Rau fue la de que había explotado una bomba. Había grandes máquinas volcadas, cables eléctricos arrancados de los paneles del techo, largas tiras de moqueta despegadas del suelo. La gente de investigación policial y los científicos deseaban encontrar respuestas a lo ocurrido.

—Un guarda de seguridad encontró a la doctora Yamamoto acurrucada en el rincón más lejano. El intentó pedir ayuda y ese fue su último mensaje enviado por radio. Lo localizamos colgado de las tuberías, por encima del techo. Le habían cortado la yugular. Tenía el esófago desgarrado. Todo se hizo a mano. Yammie seguía en el rincón, desnuda, sangrando, sin responder.

—¿Qué ocurrió?

—Al principio pensamos que alguien había entrado a robar o sabotear las instalaciones y que Lindsey había sido asaltado. Pero como se puede ver no hay ventanas y únicamente una puerta. La puerta no estaba forzada, lo que planteó la preocupación de que algunos abisales pudieran haberse introducido a través del sistema de ventilación, con el propósito de destruir nuestra base de datos. Después de todo, estamos estudiando la anatomía abisal. El proyecto se había puesto en marcha con fondos del departamento de Defensa. Los fabricantes de armas llevan tiempo pidiéndonos información histiológica para mejorar sus armas y municiones.

—¿Dónde está Branch cuando lo necesitamos? —preguntó Rau—. Nunca había oído decir que los abisales fueran capaces de estas cosas. Un ataque como este implica una gran complejidad.

—En cualquier caso, eso fue lo que pensamos al principio —siguió diciendo Mary Kay—. Ya se puede imaginar el alboroto que se armó. Llegó la policía. Nos disponíamos a transportar a Yammie en una silla de ruedas cuando, de pronto, recuperó la conciencia y escapó.

—¿Escapó? —preguntó Parsifal—. ¿Seguía asustada por el intruso?

—Fue terrible. Derribó máquinas. Hirió a dos guardas con un escalpelo. Finalmente, la derribaron con una escopeta de dardos para adormilar a animales salvajes. Fue entonces cuando perdió al niño.

—¿Niño? —preguntó Vera.

—Yammie estaba embarazada de siete meses. El fuerte sedante, el estrés o la actividad... El caso es que abortó.

—Qué terrible.

Llegaron ante la mesa de autopsia, de casi dos metros y medio de longitud. Vera había visto el cuerpo humano martirizado de cien formas diferentes, destrozado por el trauma, la enfermedad o el hambre. Pero no estaba preparada para la frágil y joven mujer de rasgos japoneses que estaba extendida sobre la mesa, cubierta con mantas, con una cabeza convertida en una maraña de medusa a base de parches de electrodos y cables. Parecía como una sesión de tortura. Le habían atado las manos y los pies con un dispositivo improvisado de toallas, tubos de goma y cinta adhesiva. Habitualmente, los ocupantes de la mesa de autopsia no necesitaban ningún tipo de sujeción.

—Finalmente, uno de los policías tomó las huellas dactilares e identificó a nuestro culpable —dijo Mary Kay—. Fue Yammie quien lo hizo.

—¿Que hizo qué? —murmuró Vera.

—¿Quiere decir que fue ella? —preguntó Rau—. ¿La doctora Yamamoto mató al guarda?

—Sí. Sus uñas aparecieron con el tejido del cuello del hombre.

—¿Esta mujer? —preguntó Parsifal con un bufido—. Pero si las máquinas deben de pesar una tonelada cada una.

A un lado, Thomas mostraba una expresión sombría, sumido en oscuros pensamientos.

—¿Por qué haría una cosa así? —preguntó Rau.

—Estamos desconcertados. Es posible que se halle relacionado con un ataque de epilepsia, aunque su esposo nos ha asegurado que nunca ha sufrido ninguno. Podría ser un acceso de rabia psicótica que nadie previo. El único video-monitor que no consiguió derribar nos la muestra cayendo en la inconsciencia, para luego levantarse y destrozarse las máquinas empleadas para el corte de tejido. El objetivo de su cólera fue muy específico, se limitó únicamente a esas máquinas, como si quisiera vengar una gran afrenta que le hubiesen hecho.

—¿Y por qué mató al guarda?

—No lo sabemos. El asesinato tuvo lugar fuera del ángulo de visión de la cámara. Según el informe de radio del guarda de seguridad, la encontró en posición fetal. Aferraba eso entre sus manos —dijo Mary Kay señalando hacia una mesa.

—Santo Dios —dijo Vera.

Parsifal se acercó a la mesa. Allí estaba la fuente del hedor. Lo que quedaba de la cabeza de una abisal se había dejado entre una caja de botes de refresco y la guía de las páginas amarillas de Denver. El gel azul que en otro tiempo lo rodeaba se había licuado casi por completo. El líquido se filtraba por los cajones de la mesa.

La parte inferior de la cara y el cráneo había sido rebanada por las hojas de la máquina, con tal limpieza que la criatura parecía materializarse a partir de la superficie plana de la mesa. Su pelo negro estaba pegado y enmarañado sobre el cráneo deformado. De una docena de pequeños agujeros brotaban cables de electrodos. Después de haber pasado tantos meses protegido del aire, se encontraba ahora en un estado de rápida descomposición.

Más desconcertante que la putrefacción y la ausencia de mandíbulas eran los ojos. Los párpados estaban completamente abiertos. Sus ojos estaban abultados, con las pupilas fijas en una mirada aparentemente furiosa.

—Parece cabreado —dijo Parsifal.

—Cabreada —le corrigió la doctora—. Los ojos protuberantes son un síntoma de hipertiroidismo. No tomaba suficiente yodo en la dieta. Probablemente procedía de una región deficiente en minerales básicos, como la sal. Muchos abisales ofrecen ese mismo aspecto.

—¿Qué impulsaría a alguien a abrazar una cosa así? —preguntó Vera.

—Eso es lo que nos hemos preguntado. ¿Empezó Yammie a identificarse inconscientemente con su espécimen? ¿Hubo algo que puso en marcha una reacción de personalidad? ¿Se produjeron procesos de identificación, sublimación y conversión? Revisamos todas esas posibilidades. Pero Yammie siempre fue una mujer muy equilibrada. Y nunca se había sentido tan feliz como ahora, embarazada, autorrealizada y amada.

Mary Kay arrojó el cuello de Yamamoto con la manta y le apartó un mechón de pelo de la frente. Un gran moratón le estaba apareciendo por encima de los ojos. En su frenesí, la mujer tenía que haberse golpeado contra las máquinas y las paredes.— Luego debieron de reproducirse los ataques epilépticos. La conectamos con un electroencefalograma y nunca habíamos visto nada igual. Una verdadera tormenta neurológica, casi como una tempestad. Le indujimos un coma.

—Bien —asintió Vera.

—Pero ni siquiera eso funcionó. Seguíamos obteniendo actividad. Parece como si algo se le estuviera abriendo paso en el cerebro, destruyendo los tejidos a medida que avanza. Es como si observáramos una descarga eléctrica a cámara lenta, o el funcionamiento de una silla eléctrica a baja corriente. La gran diferencia en este caso es que la actividad eléctrica no es general. Cabría pensar que una sobrecarga eléctrica debería afectar a todo el cerebro. Pero todo esto se genera únicamente a partir del hipocampo y de un modo casi selectivo.

—¿Qué es el hipocampo, por favor? —preguntó Rau.

—El centro de la memoria —contestó Mary Kay.

—La memoria —repitió Rau en voz baja—. ¿Y había sido diseccionado el hipocampo antes, en su máquina?

Todos se volvieron a mirar a Rau.

—No —contestó Mary Kay—. De hecho, la hoja de corte se estaba aproximando a él. ¿Por qué?

—Sólo era una pregunta. —Rau se volvió a mirar por la habitación—. ¿Tenían animales de laboratorio en esta sala?

—Desde luego que no.

—Así lo pensaba.

—¿Qué tienen que ver los animales con esto? —preguntó Parsifal.

Pero Rau aún tenía más preguntas que hacer.

—En términos clínicos, doctora Koenig, y explicado de la forma más básica posible, ¿qué es la memoria?

—¿La memoria? —repitió Mary Kay—. ¿En pocas palabras? Veamos. La memoria son cargas eléctricas que estimulan sustancias bioquímicas a lo largo de las redes sinápticas.

—Cables eléctricos —sintetizó Rau—. ¿Es a eso a lo que se reduce nuestro pasado?

—Es bastante más complicado que eso. —Pero ¿es esencialmente cierto lo que digo?

—Sí.

—Gracias —dijo Rau.

Esperaron a que expusiera su conclusión, pero al cabo de un momento quedó claro que se había sumido en una profunda reflexión.

—Lo extraño —dijo Mary Kay— es que los escáneres cerebrales de Yammie muestran casi un doscientos por cien de aumento de los estímulos eléctricos normales en un cerebro humano.

—Así pues, no es tan raro que haya sufrido una especie de cortocircuito —comentó Vera.

—Hay algo más —añadió Mary Kay—. Al principio todo parecía una confusa actividad cerebral. Pero empezamos a clasificarla. Y es como si encontrásemos dos pautas cognitivas distintas.

—¿Qué? —exclamó Vera—. Eso es imposible.

—No acabo de comprender —dijo Parsifal.

—Yammie no está sola ahí dentro —dijo Mary Kay en voz baja.

—Dígalo una vez más, por favor —pidió Parsifal.

—Deben comprender que nada de todo esto puede salir a la luz pública —dijo Mary Kay.

—Tiene nuestra palabra —le aseguró Thomas.

Mary Kay acarició el brazo de Yamamoto.

—No pudimos encontrarle ningún sentido a las dos pautas cognitivas. Pero entonces sucedió algo. Ocurrió hace unas pocas horas. Los ataques epilépticos se interrumpieron. Por completo. Y Yammie empezó a hablar. Estaba inconsciente, pero empezó a hablar.

—Excelente —dijo Parsifal.

—Pero no hablaba en inglés, ni en ningún idioma que hubiésemos oído antes.

—¿Qué?—Resultó que teníamos un interno en la sala que había servido como médico en la marina, en el sub-México. Por lo visto, los militares colocaron micrófonos en lugares remotos. El interno había escuchado algunas de las grabaciones y creyó reconocer el sonido.

—No sería abisal, ¿verdad? —preguntó Parsifal, más confundido todavía.

—Sí.

—Tonterías —exclamó Parsifal, cuyo rostro se ruborizó.

—Conseguimos una cinta de voces abisales en la biblioteca de Denver. Es máximo secreto. Entonces, la comparamos con la forma de hablar de Yammie. No era idéntica, pero sí bastante parecida. Al parecer, las cuerdas vocales humanas necesitan practicar para dominar la pronunciación de consonantes, los trinos y clics. Pero Yammie hablaba su mismo lenguaje.

—¿Dónde podría haber aprendido a hablarlo?

—Ésa es precisamente la cuestión —asintió Mary Kay— Por lo que se refiere a los humanos, sólo hay un puñado de recapturados en todo el mundo que lo hablan. Pero Yammie lo habla. Está todo en la grabación.

—En tal caso, tiene que habérselo oído hablar a algunos recapturados —propuso Parsifal.

—Esto, sin embargo, es algo más que simple imitación. Fíjense en esa pared.

—¿Es eso barro? —preguntó Vera.

—Heces. Sus propias heces. Yammie las utilizó para pintar esos símbolos con los dedos.

Todos reconocieron los símbolos como abisales.

—No sabemos qué representan —dijo Mary Kay—. Me han dicho que alguien que participa en una expedición científica por debajo del Pacífico ha empezado a descifrar el código. Un arqueólogo llamado Van Scott o algo así. Se supone que esa expedición es altamente secreta. Pero desde una de las colonias de mineros se han filtrado fragmentos de la historia. Aunque parece ser que la expedición ha desaparecido.

—Van Scott. No será una mujer, ¿verdad? —preguntó Vera—. ¿Von Schade? ¿Ali Von Schade?

—Eso es. ¿Conoces entonces su trabajo?

—No lo suficiente —contestó Vera.

—Es una amiga —explicó Thomas—. Estamos muy preocupados por ella.

—Sigo sin comprender —dijo Parsifal—. ¿Cómo es posible que esta joven haya imitado un alfabeto cuya existencia apenas ha sido descubierta por los humanos? ¿Cómo es posible que imite un lenguaje que los humanos no hablamos?

—El caso es que ella no está imitando nada.

—¿Debemos suponer entonces que las criaturas del infierno están mostrándose a través de esta pobre mujer?

—Desde luego que no, señor Parsifal.

—¿De qué se trata, entonces?

—Lo que voy a exponer les parecerá terriblemente improvisado.

—¿Después de todas las tonterías que hemos visto hoy? —replicó Parsifal—. Posesión, exorcismo. Estoy bastante bien preparado para lo que pueda venir.

—De hecho —dijo Mary Kay—, Yammie parece haberse convertido en su súbdita o, más bien, la abisal se ha convertido en ella.

Parsifal se quedó con la boca abierta y luego lanzó un gruñido.

—Escucha —le interrumpió Vera—. Escúchala un momento.

—Bud tiene razón —protestó Thomas—. No hemos venido hasta aquí para escuchar tonterías.

—Sólo tratamos de llegar hasta donde nos conduce lo que vernos —se justificó Mary Kay.

—Vamos a ver si lo he entendido bien —dijo Parsifal, señalando el cráneo húmedo de ojos abultados—. ¿Quiere decir que el alma de esa cosa se ha introducido en esta joven?

—Créame, ninguno de nosotros quiere dar crédito a esa idea —dijo Mary Kay—. Pero es evidente que a ella le ha ocurrido algo catastrófico. Los gráficos lo registraron justo antes de que Yammie cayera inconsciente. Hemos repasado mil veces ese vídeo. Se ve a Yammie sosteniendo las lecturas del electroencefalograma y de repente se desmorona y cae al suelo. Quizá recibió una corriente eléctrica a través de las manos, o la cabeza estableció una conexión con ella. Sé que parece fantástico.

—¿Fantástico? Más bien lunático —exclamó Parsifal—. Ya he oído bastante. —Antes de abandonar la sala se detuvo ante el cráneo seccionado—. Debería limpiar su necrópolis —declaró mirando a los presentes—. No es extraño que se les ocurran tantas tonterías medievales.

Abrió una revista y la dejó caer sobre la cabeza abisal. Luego se marchó. Desde el hueco formado por las páginas de papel couché, los ojos abisales parecieron mirarlos a todos. Mary Kay temblaba, perturbada por la vehemencia de Parsifal.

—Disculpemos —le dijo Thomas—. Estamos acostumbrados a las pasiones y dramas de nuestros amigos, pero a veces se nos olvida que estamos en público.

—Creo que todos nosotros deberíamos tomar una buena taza de café —declaró Vera—. ¿Hay algún lugar donde podamos estar tranquilos para hablar?

Mary Kay los condujo a una pequeña sala de conferencias donde había una cafetera. Un monitor instalado en la pared mostraba el laboratorio. El aroma del café supuso un alivio frente a las sustancias químicas y el hedor de la putrefacción. Thomas los hizo sentarse a todos e insistió en servirles. Le entregó la primera taza a Mary Kay.

—Sé que todo esto parece una locura —dijo ella.

—En realidad —dijo Rau, que había guardado silencio tras la salida de Parsifal—, no debería sorprendernos tanto.

—¿Por qué no? —preguntó Thomas.

—No estamos sino hablando de la anticuada reencarnación. Si os remontáis en el tiempo veréis que las versiones de la teoría son casi universales. Durante veinte mil años los aborígenes australianos han ido trazando una cadena ininterrumpida que une a sus antepasados con sus hijos. La idea se encuentra por todas partes, desde los indonesios a los bantúes o los druidas. Podéis encontrar a pensadores que han tratado de describirla, como Platón, Empédocles, Pitágoras y Plotino. Los misterios órneos y la cabala judía intentaron probarlo. Hasta la ciencia moderna ha investigado la cuestión. En el lugar de donde yo procedo se la acepta como un fenómeno perfectamente natural.

—Pero no puedo aceptar que, en el ambiente de un laboratorio de investigación, esa alma abisal pasara a otra persona.

—¿Alma? —dijo Rau—. En el budismo no existe lo que llamamos alma. Ellos hablan de una corriente indiferenciada del ser que pasa de una existencia a otra. Lo llaman *samsara*. Animada en parte por el escepticismo de Thomas, Vera también se opuso a la idea.

—¿Desde cuándo el renacimiento implica ataques epilépticos, homicidio y canibalismo? ¿Te parece eso perfectamente natural?

—Lo único que puedo decir es que el nacimiento no transcurre siempre sin problemas —dijo Rau—. ¿Por qué no iba a pasar lo mismo con el renacimiento? En cuanto a la devastación —añadió, haciendo un gesto para indicar la imagen de destrucción que aparecía en el monitor de televisión—, quizá tenga que ver con la limitada capacidad de memoria del hombre. Quizá, tal como nos ha descrito la doctora Koenig, la memoria sólo sea una cuestión de cableado eléctrico. Pero también es un laberinto, un abismo. ¿Quién sabe hasta dónde conduce?

—¿Por qué hiciste antes aquella pregunta sobre animales de laboratorio, Rau?

—Sólo trataba de eliminar otras posibilidades —contestó—. Por lo general, la transferencia ocurre entre un adulto moribundo y un niño o un animal. Pero, en este caso, el abisal sólo tenía a mano a esta joven. Y encontró una casa ocupada, por así decirlo. Ahora está desarmando la memoria de la doctora Yamamoto para hacerse sitio a sí mismo.

—Pero ¿por qué ahora? —preguntó Mary Kay—. ¿Por qué de forma tan repentina y de este modo?

—Eso es algo sobre lo que sólo puedo conjeturar. Me dijo que su hoja mecánica estaba a punto de diseccionar el hipocampo. Quizá fuera esa la forma que tenía la memoria abisal de defenderse a sí misma, mediante la invasión de un nuevo territorio.

—¿Invadió a Yammie? Es una forma muy extraña de expresarlo.

—Ustedes, los occidentales —dijo Rau—, toman erróneamente la reencarnación por un acto social, algo así como un apretón de manos o un beso. Pero la reencarnación es una cuestión de dominio, de ocupación, de colonización si así lo quieren. Es como un país que arrebató territorio a otro y que sitúa en ese territorio a su propia gente, su lenguaje y su gobierno. Poco tiempo después de la conquista, los aztecas ya están hablando español o los mohawks inglés. Y empiezan a olvidar quiénes fueron en otro tiempo.

—Empiezas a sustituir metáforas por sentido común —dijo Thomas—. Aunque me temo que eso no nos acerca más a nuestro objetivo.

—Piénsalo por un momento —dijo Rau, que empezaba a animarse—. Un traspaso continuo de memoria. Un hilo perpetuo de conciencia, de eones. Eso podría ayudar a explicar su longevidad. Desde la estrecha perspectiva histórica del hombre, podría hacerle parecer eterno.

—¿De quién está hablando? —preguntó Mary Kay.

—De alguien a quien estamos buscando —contestó Thomas—. De nadie.

—No pretendía husmear.

Después de todo, ella había compartido su información y ahora se sentía evidentemente dolida.

—Sólo se trata de un juego en el que participamos, nada más —se apresuró a explicarle Vera.

El videomonitor de la pared, situado tras ellos, no emitía sonido, pues en tal caso habrían podido percibir la agitación inicial de la acción que se produjo en el laboratorio. El busca de Mary Kay sonó y ella lo miró. De pronto, se giró en la silla para observar la pantalla.

—Yammie —gimió.

La gente entraba precipitadamente en el laboratorio. Alguien gritó hacia el monitor. Fue un grito sin sonido.

—¿Qué? —preguntó Vera.

—Código azul —dijo Mary Kay, que salió corriendo de la sala.

Medio minuto más tarde reapareció en el monitor.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Rau.

Vera hizo girar la silla de ruedas para situarse frente al monitor.

—Están perdiendo a la pobre joven. Sufre una parada cardíaca. Fijaos, ahí llega la unidad de urgencia con un fibrilador eléctrico.

Thomas estaba de pie, observando la pantalla con atención. Rau se le unió.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó.

—Le van a aplicar descargas de reanimación —dijo Vera—, para que el corazón empiece a latir de nuevo.

—¿Quieres decir que está muerta?

—Hay una diferencia entre la muerte biológica y la muerte clínica. Quizá no sea demasiado tarde.

Bajo la dirección de Mary Kay, varias personas apartaban mesas y maquinaria destrozada, dejando espacio para la unidad de urgencia. Mary Kay tomó las dos paletas del fibrilador y las sostuvo en alto; detrás de ella, una mujer agitaba el cable eléctrico en una mano, buscando frenéticamente un enchufe.

—Pero no tienen que hacer eso —exclamó Rau.

—Tienen que intentarlo —le dijo Vera.

—¿Es que nadie ha entendido lo que yo estaba diciendo?

—¿Qué quieres decir, Rau? —gritó Thomas.

Pero Rau ya había salido.

—Ahí está ahora —dijo Vera al cabo de un momento, señalando la pantalla.

—Pero ¿qué piensa que está haciendo? —preguntó Thomas.

Todavía con el sombrero vaquero puesto, Rau apartó de un empujón a un fornido policía y saltó ágilmente sobre una silla caída. Ellos observaron mientras la gente se apartaba de la mesa de acero inoxidable, lo que dejó ante la cámara el cuerpo de Yamamoto. La frágil figura desnuda seguía inmóvil, atada y sujeta a la mesa, con los cables conectados a las máquinas. Al ver aproximarse a Rau, Mary Kay

se mantuvo firme en el extremo más alejado, preparadas las paletas del fibrilador. Él discutía con ella.

—¡Oh, Rau! —exclamó Vera desesperada—. Thomas, tenemos que sacarlo de ahí... Se trata de una emergencia médica.

Mary Kay le dijo algo a una enfermera, que trató de apartar a Rau tomándolo de un brazo. Pero Rau la apartó de un empujón. Un técnico de laboratorio lo sujetó entonces por la cintura y Rau se sujetó con fuerza al borde de la mesa metálica. Mary Kay se inclinó en ese momento para aplicar las paletas del fibrilador. Lo último que Vera vio en el monitor fue su cuerpo que se arqueaba.

Con Thomas empujando la silla de ruedas, se apresuraron a regresar al laboratorio, apartando a policías, bomberos y personal que encontraron en el pasillo. Hallaron un carrito cargado con equipo y emplearon para pasarlo un tiempo precioso. Cuando llegaron al laboratorio, el drama ya había terminado. La gente abandonaba la estancia. Una mujer estaba de pie junto a la puerta, con una mano sobre los ojos.

En el interior, Vera y Thomas vieron a un hombre derrumbado sobre la mesa, con la cabeza junto a la de Yamamoto, sollozando. El esposo, supuso Vera. Mary Kay, todavía sosteniendo las paletas del fibrilador, estaba de pie a un lado, con la mirada vacía. Un asistente le dijo algo. Al ver que no respondía, le quitó las paletas de las manos. Alguien más le dio unas palmaditas en la espalda; ella seguía sin moverse.

—¿Doctora Koenig? —dijo Thomas.

Los cables se amontonaban sobre la reluciente mesa. Ella trató de encontrar la voz y levantó la mirada hacia él.

—¿Padre? —preguntó mareada.

Vera y Thomas intercambiaron una mirada de preocupación.

—¿Mary Kay? ¿Estás bien? —preguntó Vera.

—¿Padre Thomas? ¿Vera? —dijo Mary Kay—. ¿También se ha ido ahora Yammie? ¿En qué nos equivocamos?

—Me habías asustado —dijo Vera con un suspiro—. Vamos, ven, hija. Ven aquí.

Mary Kay se arrodilló junto a la silla de ruedas y hundió el rostro en el hombro de Vera.

—¿Rau? —preguntó Thomas, mirando a su alrededor—. ¿Dónde está?

De repente, Rau se levantó del lugar donde se ocultaba, entre un montón de gráficos y cables amontonados. Se movió con tal rapidez que apenas se dieron cuenta de que era él. Al pasar ante la silla de ruedas de Vera, una mano efectuó un movimiento de gancho y Mary Kay lanzó un gruñido y se inclinó hacia atrás, transida de dolor. Su bata de laboratorio se desgarró de repente, de un hombro al otro, y se tiñó de rojo a causa de una alargada cuchillada. Rau tenía un escalpelo en la mano. Entonces vieron al técnico de laboratorio que había tratado de apartar a Rau de la mesa. Estaba derrumbado en el suelo, con las entrañas desparramadas sobre las piernas.

Thomas le gritó algo a Rau. Fue una orden, no una pregunta. Vera no sabía hindi, si es que fue en eso en lo que habló, y tampoco le importó.

Rau se detuvo y miró a Thomas, con el rostro desencajado por la angustia y el desconcierto más absoluto.

—¡Thomas! —gritó Vera, al tiempo que caía de la silla de ruedas, con la doctora herida entre sus brazos.

En el preciso instante en que Thomas apartó la mirada del hombre Rau desapareció por la puerta.

El suicidio se anunció aquella misma noche por la televisión nacional. Rau no podría haberlo programado en mejor momento, con todos los medios nacionales ya reunidos para la conferencia de prensa en la universidad, abajo, en la calle. Sólo se trató de cambiar el ángulo de las cámaras para dirigirlo hacia el tejado del edificio, ocho pisos por encima. Con una feroz puesta de sol de las Montañas Rocosas como fondo, los policías del SWAT se acercaron más y más a la vacilante figura de Rau, con las armas preparadas. Los equipos de sonido de tierra apuntaron los discos acústicos hacia lo alto y recogieron las palabras que dirigió el negociador del equipo al hombre acorralado. Las lentes de las telecámaras se concentraron en su rostro desencajado. Varios cámaras utilizaron la misma técnica de rebote, en un rápido giro hacia arriba, para autoeditar el impacto.

No cabía la menor duda de que el antiguo presidente del parlamento de la India se había vuelto loco. La cabeza abisal que sostenía entre sus brazos fue la prueba que todos necesitaron para convencerse. Eso y el sombrero de vaquero.

19

CONTACTO

Hermano, tu cola te cuelga por detrás.
RUDYARD KIPLING, *El libro de la selva*

176 grados oeste, 8 grados norte por debajo de la cordillera de Magallanes

El campamento se despertó con los temblores que se produjeron el último día de verano.

Lo mismo que los demás, Ali dormía sobre el suelo. Notó que el terremoto le agitaba hasta en lo más profundo de su cuerpo. Pareció moverle los huesos.

Durante un minuto, los científicos permanecieron echados en el suelo, algunos cogidos sobre sí mismos, en posiciones fetales, mientras que otros daban las manos a sus vecinos o se abrazaban con ellos. Esperaron en un terrible silencio a que el túnel se cerrase o que el suelo se abriese bajo ellos.

Finalmente, alguien gritó:

—Ya ha pasado. Ha sido ese maldito Shoat, que ha vuelto a bramar.

Todos se echaron a reír, nerviosos. No hubo más temblores, pero aquello bastó para recordarles lo minúsculos que eran. Ali se preparó para recibir un cúmulo de confesiones de su frágil rebaño.

Más tarde, esa misma mañana, varias de entre un grupo de mujeres con las que iba en la barca pudieron oler lo que quedaba del terremoto en el débil polvillo que permanecía suspendido sobre el río. Pia, una de las planetólogas, dijo que le recordaba un taller de tallistas que había cerca de casa de sus padres, donde se tallaban y pulían las lápidas del cementerio, para grabar en ellas los nombres de los muertos.

—¿Lápidas? Eso sí que es un pensamiento agradable —bromeó una de las mujeres.

—¿Veis lo blanco que es el polvo? —preguntó Ali para disipar la sensación de mal agüero—. ¿Habéis olido alguna vez el mármol inmediatamente después de cortado?

Recordó para ellas las sensaciones producidas por un estudio de escultor que había visitado una vez en el norte de Italia. Él trabajaba en un desnudo con poco

éxito y le pidió a Ali que posara, que le ayudara a trazar el perfil de la mujer en su bloque de piedra. Durante un tiempo, la estuvo persiguiendo con sus cartas.

—¿Quería que posaras desnuda? —preguntó Pia, encantada—. ¿Es que no sabía que eras monja?

—Yo fui muy clara.

—¿De veras? ¿Se lo dijiste?

De repente, Ali se sintió triste.

—Claro que no.

La vida en estos tubos y venas oscuros la había cambiado. La habían formado para eliminar su identidad, de modo que Dios pudiera estampar su firma sobre ella. Ahora deseaba desesperadamente que la recordaran, aunque sólo fuera en un trozo de mármol esculpido.

El inframundo también producía efectos sobre los demás. Como antropóloga, Ali estaba naturalmente atenta a la metamorfosis de toda la tribu. Seguir la pista de sus transformaciones era como ver crecer lentamente un jardín. Adoptaron matices peculiares, viejas formas de peinarse el pelo o de enrollarse los trajes de supervivencia hasta la rodilla o el hombro. Muchos de los hombres habían empezado a caminar descalzos, con la parte superior de los trajes colgando de la cintura, como pieles desprendidas. El desodorante era cosa del pasado y ya casi no se percibían los olores corporales, a excepción de unos pocos infortunados. Shoat, en particular, era bien conocido por el olor de sus pies. Algunas de las mujeres se hacían unas a otras las trenzas, que adornaban con abalorios o conchas. Sólo lo hacían por diversión, decían, pero lo cierto es que las composiciones eran cada vez más elaboradas.

Algunos de los soldados se dedicaban a charlar en grupos cuando Walker no rondaba entre ellos, y descuidaban sus armas o se dedicaban a pasatiempos como tallar animales, citas de la Biblia o los nombres de sus novias en las culatas o en los mangos de sus armas.

Ike ya no parecía tan diferente. Después del incidente en el punto de Avituallamiento II se le veía cada vez menos. Muchas noches ni siquiera *aparecía*, y únicamente su pequeño trípode de relucientes bengalas verdes señalaba el lugar donde les indicaba que acamparan. Cuando aparecía, sólo estaba unas horas entre ellos. Se mostraba cada vez más retraído y Ali no sabía cómo acercársele o por qué él le importaba tanto. Quizá fuese porque Ike, el miembro del grupo que parecía más necesitado de reconciliación, fuera precisamente el que más la rehuía. También había otra posibilidad, que se hubiese enamorado de él. Pero llegó a la conclusión de que eso era poco razonable.

Durante uno de los raros períodos que Ike pasó en el campamento, Ali le llevó la comida y se sentaron a la orilla del agua.

—¿Con qué sueñas? —le preguntó ella, y al ver que fruncía el entrecejo, añadió —: Bueno, no tienes por qué contármelo.

—Debes de haber estado hablando con los psiquiatras. Me preguntaron lo mismo. Se supone que eso es una medida de cordura, ¿no es así? Si sueño en abisal o no.

Ali se sintió desconcertada. Todos parecían querer un fragmento de este hombre.

—Sí, en cierto modo... Y no he hablado con nadie de eso.

—¿Qué es lo que quieres, entonces?

—Conocer tus sueños. Pero no tienes por qué contármelos.

—Muy bien.

Se quedaron escuchando el agua. Al cabo de un rato, ella cambió de opinión.

—No, tienes que contármelos —dijo en voz baja.

—Ali, no querrás escucharlos.

—Prueba.

—Ali —dijo él y sacudió la cabeza.

—¿Son tan malos? —De repente, él se levantó y se dirigió hacia el kayak—. ¿Adonde vas? —Su actitud era extraña—. Mira, déjalo. Me estaba entrometiendo en tu vida. Lo siento.

—No es culpa tuya —dijo él y arrastró la embarcación al agua.

Mientras él se alejaba río abajo, se le ocurrió finalmente:

Ike soñaba con ella.

El 28 de septiembre llegaron al Avituallamiento III.

Desde hacía dos días estaban captando señales cada vez más fuertes. Sin estar muy seguros de qué otras sorpresas podría tenerles reservado Helios, sin saber muy bien qué pretendían en realidad los asesinos *rangers*, Walker le dijo a Ike que se quedara atrás, mientras él enviaba a sus soldados por delante. Ike no se opuso y se limitó a hacer avanzar su kayak entre las barcas de los científicos, silencioso y mortificado por haberse visto apartado de la vanguardia.

Allí donde se suponía que debía producirse el avituallamiento resultó que caía una cascada. Walker y sus mercenarios atracaron en su base y registraron las paredes inferiores con los potentes focos montados en sus embarcaciones. La cascada descendía entre un escudo de piedra olivácea, desde alturas demasiado grandes como para ver su principio, levantando una neblina en la que sus luces formaban un arco iris. Los científicos llevaron las barcas hasta la orilla y desembarcaron. Un extraño efecto en la acústica de aquel callejón sin salida parecía convertir el rugido en un estruendo ensordecedor. Walker se les acercó.

—El telémetro da una lectura de cero —informó—. En mi opinión, eso significa que los cilindros están aquí, en alguna parte, aunque lo único que hemos encontrado sea esta cascada.

Ali pudo saborear la sal en la neblina y levantó la mirada hacia la gran garganta del pozo que se abría en la oscuridad. Habían recorrido ya las dos terceras partes del sistema del océano Pacífico y se encontraban a una profundidad de 5.630 metros. Sobre ellos no había más que agua, que se filtraba a través del lecho oceánico.

—Tienen que estar por aquí —dijo Shoat.

—Tú también tienes tu telémetro —dijo Walker—. Veamos funciona mejor.

Shoat retrocedió y se llevó la mano a la bolsa de cuero que siempre llevaba alrededor del cuello.

—No funciona con este tipo de cosas —dijo—. Es un instrumento casero, hecho especialmente para los transistores que estoy colocando a lo largo del camino. Sólo para utilizar en caso de emergencia.

—Quizá los cilindros hayan quedado colgados en algún saliente —sugirió alguien.

—Los estamos buscando —dijo Walker—, pero estos telémetros están calibrados con precisión. Los cilindros deberían estar situados en un radio no superior a los setenta metros. No hemos visto ninguno de ellos, ni cables, ni huellas de perforación. Nada.

—De una cosa podemos estar seguros —dijo el profesor Spurrier—. No podemos ir a ninguna parte hasta que no encontremos esos suministros.

Ike llevó su kayak río abajo para investigar en otras orillas más alejadas.

—Si los encuentras, déjalos. No los toques. Regresa y nos lo comunicas —le ordenó Walker—. Parece que alguien te la tiene jurada y no quiero que te encuentres cerca del cargamento cuando aprieten el gatillo.

La expedición se dividió en grupos de búsqueda, pero no encontró nada. Frustrado, Walker puso a algunos de sus mercenarios a trabajar para apartar la tosca arena, por si los cilindros se hubieran enterrado en ella. Nada. Los nervios empezaron a Saquear y pocos quisieron escuchar los cálculos que hizo alguien acerca de cómo racionar la poca comida que les quedaba hasta que llegaran al siguiente punto de avituallamiento, al cabo de cinco semanas.

Suspendieron la búsqueda para comer y debatir su situación. Ali estaba sentada con un grupo de gente, de espaldas a las barcas, frente a la cascada. De repente, Troy dijo:

—¿Y si mirásemos ahí? —preguntó, señalando la cascada.

—¿Dentro del agua? —preguntó Ali.

—Es el único sitio donde no hemos mirado. Dejaron la comida y se acercaron al borde del anuente que se alimentaba con la cascada, tratando de ver entre la neblina y el agua que caía. El presentimiento de Troy se difundió y otros se les unieron.

—Alguien tiene que meterse ahí —decidió el profesor Spurrier.

—Yo lo haré —dijo Troy.

Pero Walker ya se les había acercado.

—De eso nos encargaremos nosotros —dijo.

Tardaron otro cuarto de hora en preparar al «voluntario» de Walker, un corpulento y hosco joven del West Side de San Antonio, que últimamente había empezado a marcarse con glifos abisales. Ali había escuchado las invectivas que le dirigió el coronel ante aquella irreverencia, y la misión de exploración que se le

encargaba ahora era evidentemente un castigo. El muchacho se mostraba asustado mientras se ataba al extremo de una cuerda.

—No me meto en la cascada —dijo—. Que lo haga el Cap.

—Crockett se ha marchado —gritó Walker por encima del estruendo—. Sólo tienes que mantenerte cerca de la pared.

Protegido por su traje de supervivencia, puestas las gafas de visión nocturna más como anteojos de buceo que para ver en la oscuridad, el muchacho empezó a avanzar lentamente, atomizado en medio de la neblina producida por la cascada. Siguieron soltando cuerda, que se perdía en el interior de la cascada, pero al cabo de unos minutos ya nadie tiró de la cuerda, que quedó flácida.

Tiraron suavemente de la cuerda y terminaron por recoger los cincuenta metros que habían soltado. Walker sostuvo en alto el extremo.

—Se ha desatado —le gritó Walker al segundo «voluntario»—. Eso quiere decir que dentro hay un hueco. Esta vez no te desates. Da tres tirones cuando llegues a la cámara y luego ácala a una roca o algo así. La idea es prepararla como una cuerda a la que agarrarse, ¿lo comprendes?

El segundo soldado partió, más seguro de sí mismo.

La cuerda fue desapareciendo, más profundamente esta vez.

—¿Hasta dónde puede haber ido por ahí dentro? —preguntó Walker.

La cuerda se tensó y luego dio un tirón. El que la sostenía empezó a quejarse, pero, de repente, un fuerte tirón le arrancó la cuerda de entre las manos y su extremo desapareció entre la neblina.

—Esto no es un tira y afloja —le dijo Walker a su tercer explorador—. Sólo tienes que sujetar bien tu extremo. Unos pocos tirones suaves bastarán para hacernos una señal. Al fondo, varios de los mercenarios miraban divertidos. Por lo visto, sus camaradas se estaban divirtiendo a costa del coronel al otro lado de la cascada. La tensión se relajó.

El tercer hombre de Walker penetró en la cortina de rocío y empezaron a perderlo de vista. De repente, regresó hacia ellos. Todavía de pie, surgió tambaleante entre la neblina y empezó a retroceder de espaldas.

Todo ocurrió muy rápidamente. Movía desesperadamente los brazos, tratando de alejarse de algo invisible que tenía delante, como si hubiera sufrido un ataque mental. El impulso hacia atrás terminó por llevarlo hasta donde estaban todos los que miraban. La gente se apartó, desparramándose sobre la arena. El hombre cayó en medio de ellos, entre sus piernas, y arqueó la columna hacia arriba, levantándose del suelo. Ali no pudo ver lo que sucedió a continuación. El soldado emitió un bramido bajo, que pareció brotar de su núcleo, como una descarga visceral.

—¡Atrás, atrás! —gritó Walker con la pistola en la mano, vadeando entre la gente.

El soldado se derrumbó, boca abajo, sin dejar de retorcerse.

—¿Tommy? —le preguntó un compañero.

Brutalmente, Tommy o lo que quedaba de él se irguió. Una vez en pie, todos pudieron ver que tenía la cara y el rostro desgarrados y hechos jirones. El cuerpo se desplomó hacia atrás.

Fue entonces cuando vieron a la abisal.

Estaba acuclillada en la arena hasta donde Tommy la había llevado, con la boca, las manos y los pechos brillantemente empapados de sangre a la luz de las linternas, cegada, tan blanca como los peces abisales que habían visto. Ali únicamente la vio durante una fracción de segundo. Aquella criatura parecía tener mil años. «¿Cómo es posible que una criatura tan marchita haya sido capaz de causar esta carnicería?», pensó.

Lanzando un grito colectivo, la gente se apartó de la aparición. La estampida hizo que Ali cayera al suelo y se viera pisoteada. Sobre ella, los soldados preparaban sus armas. Una bota le golpeó la cabeza. Por encima, Walker se adelantó entre el rebaño enloquecido, más sombra que hombre entre las luces que se movían frenéticamente, con su arma lanzando destellos.

Entre el bosque de piernas, Ali vio saltar a la abisal. Fue un salto imposible, de siete metros, hacia el escudo de piedra olivácea. Bajo el móvil entrecruzado de luces, fue como una fantasmagórica aparición blanca, ribeteada, al parecer, por escamas o suciedad. ¿Era un ser como aquel el depositario de la lengua materna original? Ali se sentía confusa. Durante los últimos meses habían humanizado a los abisales en sus discusiones, pero en la realidad ésta resultaba ser más un animal salvaje. Su piel era prácticamente de reptil. Entonces se dio cuenta de que aquello era cáncer de piel y de que la carne de la abisal estaba ulcerada y cubierta de costras.

Walker se lanzó sin miedo, corriendo a lo largo de la pared y disparando contra la abisal que huía precipitadamente. Se dirigía hacia la cascada y Ali supuso que se dejaba guiar por su sonido. Pero o bien la piedra estaba resbaladiza por el rocío, o los puntos de agarre fueron arrancados por las balas de Walker, o alguna de éstas alcanzó su objetivo, porque la abisal cayó. Walker y sus hombres la rodearon y lo único que pudo ver Ali fueron los fogonazos de los cañones de sus armas.

Mareada por la patada, Ali gateó para ponerse en pie y se dirigió hacia el grupo de exaltados soldados. A juzgar por su júbilo, éste era el primer abisal vivo que veían y contra el que luchaban. El curtido equipo de mercenarios de Walker no estaba más familiarizado que ella con el enemigo.

—Regrese a las barcas —le dijo Walker.

—¿Qué van a hacer? —Se han apoderado de nuestros cilindros —dijo.

—¿Van a entrar ahí?

—No hasta que hayamos pacificado la cascada.

Fue algo casi poético para ella. Vio a los soldados preparar las ametralladoras montadas en sus barcas. Parecían ávidos e inflexibles y ella temía aquel entusiasmo excesivo. Después de haber pasado por las guerras civiles africanas, sabía de primera mano que una vez se soltaba el monstruo de la muerte, éste era imparable. Todo aquello estaba sucediendo con excesiva rapidez. Deseaba que Ike estuviera allí:

alguien que conocía el territorio y pudiera calibrar las precipitadas decisiones del coronel.

—Pero esos dos muchachos todavía están ahí dentro.

—Esto es un asunto militar —replicó Walker.

Efectuó un gesto y uno de los mercenarios la acompañó, cogida del brazo, hasta donde el último de los científicos subía a los botes. Ali también subió a bordo y las embarcaciones se apartaron de la orilla; iban a observar el espectáculo desde la distancia.

Walker ordenó enfocar todas las luces hacia la cascada, iluminando la alta columna de agua, de modo que parecía como un vasto dragón de cristal que ascendiera por la roca, respirando. Luego, les ordenó disparar hacia el agua.

Ali no pudo sino pensar en el rey que intentó ordenar a las olas del océano que se detuvieran. El agua se tragó las balas. El ruido ensordecedor devoró el estruendo de los disparos, convirtiendo las ráfagas en meros estallidos de cohetes de feria. Continuaron haciendo fuego y el agua apenas se desgarró en agujeros líquidos que se cerraban al instante. Algunas de las balas especiales Lucifer, con punta de uranio, dieron en las paredes de los alrededores, arrancando esquirlas de rocas. Un soldado disparó un cohete hacia las entrañas de la cascada y la vaina rebotó hacia afuera, revelando un nebuloso hueco interior. Instantes más tarde el hueco se cerró de nuevo y el agua siguió cayendo.

Después, el agua de la cascada comenzó a sangrar.

Las aguas se tiñeron de rojo bajo los potentes focos de luz. El afluente enrojeció, aunque el color se fue diluyendo de forma desigual hacia el centro del río, arrastrado corriente abajo. Ali pensó que si el sonido de los disparos no atraía a Ike, el rastro de sangre seguramente sí lo haría. Se sentía asustada ante la magnitud de lo que había hecho Walker. Disparar y matar a la abisal asesina era una cosa. Pero, al parecer, había abierto las venas de una fuerza de la naturaleza. Tenía la sensación de que, con sus acciones, Walker había desatado algo.

—¿Qué demonios había ahí adentro? —preguntó alguien jadeante.

Walker desplegó a sus soldados con una sola señal de la mano. Brillantes en sus trajes de supervivencia, los hombres flanquearon la cascada, corriendo rápidamente, como insectos. Los rifles que empuñaban permanecieron notablemente mudos y firmes, y cada soldado era apenas poco más que las partes móviles de su arma. La mitad del contingente de Walker entró en la neblina desde cada lado de la cascada. Mientras los científicos observaban la escena desde las barcas que se balanceaban en el centro del río, la otra mitad de hombres armados apuntaba sus armas hacia la cascada, preparados para seguir disparando.

Transcurrieron varios minutos. Un hombre reapareció, reluciente por la humedad en su traje anfibio de neopreno. Gritó que todo estaba despejado.

—¿Qué hay de los cilindros? —le gritó Walker.

—Están aquí —gritó el soldado.

Walker y el resto de sus hombres se levantaron y se dirigieron hacia la cascada sin decirles nada a quienes protegían.

Finalmente, los científicos remaron de regreso a la orilla. A algunos les aterrorizaba que pudieran saltar sobre ellos más abisales, o les asustaba la sangre que habían visto, y prefirieron quedarse en las barcas. Un puñado de ellos se acercó a la abisal muerta, incluida Ali. Poco quedaba de ella. Las balas habían destrozado por completo a la criatura.

—He visto animales muertos en la carretera con mejor aspecto que esto — comentó uno de los médicos.

Junto con otros cinco, Ali penetró en la cascada. Como el rocío ya le había empapado el pelo, no se molestó en ponerse la capucha. Allí había un estrecho sendero a lo largo de las paredes. Mientras avanzaban por él, por encima del estanque, la cascada se convirtió en un velo iluminado desde dentro por los focos. Al penetrar más, los focos se convirtieron en órbitas líquidas y, finalmente, la cascada se hizo tan densa que no permitió el paso de ninguna luz. El ruido ensordecedor apagaba todos los sonidos del exterior. Ali encendió su foco del casco y siguió bordeando, entre la cortina de agua y la roca. Al final llegaron a una gruta interior.

Los tres cilindros que faltaban estaban a la entrada, amontonados, junto con cientos de metros de grueso cable. Completamente cargado, cada cilindro pesaba más de cuatro toneladas; tuvo que haberse realizado un enorme esfuerzo para arrastrarlos hasta este escondite. Ali observó que dos de los cables todavía se extendían hacia lo alto, introduciéndose en la cascada, lo que sugería que sus líneas de comunicación podían mantenerse intactas.

Bajo el cartel negro fuertemente erosionado que decía «Helios», el nombre de la NASA sobresalía en letras fantasmagóricas a lo largo de un costado del cilindro. La envoltura exterior aparecía abollada y perforada por las balas y la metralla, pero no se había roto. Un soldado tenía que limpiarse continuamente el agua de los ojos mientras trataba de abrir la escotilla. Los abisales habían tratado de forzar la entrada con piedras y barras de hierro, pero sólo consiguieron romper muchos de los gruesos pernos. Todas las escotillas estaban en su lugar. Ali rodeó la masa de cables y vio el cuerpo del primer voluntario de Walker que había llegado hasta allí, el corpulento muchacho de San Antonio. Le habían desgarrado la garganta con las manos. Se preparó para ver más carnicería.

Más al fondo, los hombres de Walker colocaban luces químicas en los salientes y las fijaban en los nichos de la pared, lo que arrojaba un resplandor verdoso a través de cada cámara. El humo de las explosiones permanecía aún en el aire, como una neblina húmeda. Los soldados circulaban entre los muertos. Ali parpadeó rápidamente ante los densos montones de huesos y carne y levantó la mirada para contener las náuseas. Allí dentro había muchos cuerpos. Bajo la luz verde, las paredes parecían exudar humedad, pero el brillo que despedían era de sangre. Estaba por todas partes.

—Cuidado con los huesos astillados —le advirtió uno de los médicos—. Si te causas una herida con uno de ellos podrías producirte una fea infección.

Ali hizo un esfuerzo por bajar la mirada, aunque sólo fuese para ver dónde ponía los pies. Las extremidades estaban diseminadas por todas partes. Lo peor de todo eran las manos, que parecían suplicar.

Varios soldados miraron hacia Ali con los ojos hundidos. No quedaba en ellos ni el menor rastro de su entusiasmo anterior. Se sintió arrastrada hacia su sentimiento de contrición, pensando que se sentían conmocionados por lo que habían hecho. Pero era algo más terrible que eso.

—Son todas mujeres —murmuró un soldado.

—Y niños.

Ali tuvo que mirar más atentamente de lo que hubiera querido, más allá de la carne pintada y las caras de escarabajo. Apenas unos minutos antes había sido un puñado de gente que esperaba a los humanos. Tuvo que mirar para detectar su sexo y su fragilidad y se dio cuenta entonces de que era cierto lo que decían los soldados.

—Brujas y bichos —bromeó uno, tratando de ocultar la vergüenza que aquello le causaba.

Pero no había forma de ocultarlo. No les gustaba esto. Allí no había armas, ni un solo varón. Aquello había sido una matanza de inocentes.

Por encima de ellos, un soldado apareció en la boca de una cámara secundaria y empezó a mover los brazos y a gritar algo. Era imposible escucharlo con el estruendo de la cascada tras ellos, pero Ali pudo escuchar la comunicación por un cercano *walkie talkie*.

—Sierra Víctor, aquí Zorro Uno —informó una voz entusiasmada—. Coronel, tenemos a algunos vivos. ¿Qué quiere que hagamos?

Ali vio cómo Walker se enderezaba entre los muertos y echaba mano de su propio *walkie talkie*. No le fue difícil imaginar cuál sería la orden. Ya había perdido a tres de sus hombres. Por simple cuestión de conservación, ordenaría a sus hombres que terminaran el trabajo. Walker se llevó el *walkie talkie* a la boca.

—Espere —le gritó ella, precipitándose hacia donde estaba. Enseguida se dio cuenta de que él conocía su intención.

—Hermana —la saludó.

—No lo haga —le pidió.

—Debería usted estar fuera, con los demás —le dijo.

—No.

El momento de tensión podría haber aumentado. Pero, en ese preciso momento, un hombre aulló algo desde la entrada y todo el mundo se volvió. Era Ike, que estaba de pie sobre los cilindros, chorreando agua.

—¿Qué habéis hecho?

Con las manos levantadas, en un gesto de incredulidad, descendió de los cilindros. Lo vieron acercarse a un cuerpo y arrodillarse. Dejó la escopeta a un lado. Tomó el cuerpo por los hombros y lo levantó del suelo. La cabeza de la figura se ladeó fláccidamente, con las enmarañadas cerdas blancas alrededor de los cuernos, y los dientes al descubierto. Unos dientes tan afilados que se convertían en agudas puntas.

Ike fue suave. Levantó la cabeza de la abisal, le miró el rostro y olisqueó por detrás de la oreja. Luego la volvió a dejar en el suelo.

Junto a ella había un pequeño abisal que tomó cuidadosamente en sus brazos, como si todavía estuviera vivo.

—No tenéis ni la menor idea de lo que habéis hecho —les dijo a los mercenarios con una voz que fue más bien un gemido.

—Aquí Sierra Víctor, Zorro Uno —murmuró Walker por el *walkie talkie*, con una mano ahuecada sobre el micrófono, a pesar de lo cual Ali escuchó la orden—: Abrid fuego.

—¿Qué está haciendo? —gritó ella, le arrebató la radio al coronel y apretó el botón de transmisión—. Alto el fuego —y tras una breve pausa, añadió—: Maldita sea.

Soltó el botón de transmisión y oyó una voz confusa que preguntaba.

—Repita, coronel. ¿Coronel?

Walker no hizo ningún esfuerzo por recuperar el radiotransmisor.

—No lo sabíamos —le dijo un muchacho a Ike.

—No estabas aquí, hombre —dijo otro—. No viste lo que le hicieron a Tommy. Y fíjate en A-Z. Le desgarraron la garganta.

—¿Y qué esperabais? —les rugió Ike.

Ellos se mostraban sumisos. Ali nunca lo había visto tan enfurecido. ¿Y de dónde procedía aquella voz?

—¿A sus bebés? —tronó Ike.

Los hombres retrocedieron ante él.

—Eran abisales —dijo Walker.

—Sí —asintió Ike.

Sostuvo al destrozado niño en sus brazos y miró su pequeño rostro. Luego apretó el cuerpo contra su corazón. Se inclinó para recoger la escopeta y se levantó.

—Son bestias, Crockett —dijo Walker en voz alta, para que todos lo escucharan—. Nos han costado tres hombres. Robaron nuestros cilindros y los habrían abierto. Si no les hubiésemos atacado habrían saqueado nuestros suministros y eso habría significado nuestra muerte.

—Esto —dijo Ike, sosteniendo ante él al niño muerto—, esto será vuestra muerte.

—Estás muy... —empezó a decir Walker.

—Os habéis suicidado —dijo Ike, ahora más sereno.

—Ya basta, Crockett. Únete a la raza humana o regresa al lado de ellos.

El radiotransmisor que sujetaba Ali volvió a sonar, y lo levantó para que Ike también lo oyera.

—Empiezan a moverse. Dígalo otra vez. ¿Abrimos fuego o no?

Walker le arrebató el *walkie talkie*, pero Ike fue igualmente rápido. Sin vacilación, apuntó la escopeta de cañones recortados hacia la cara del coronel. La boca de Walker se retorció en su barba.

—Dame a ese bebé —le dijo ella a Ike, haciéndose cargo del pequeño cuerpo—. Tenemos otras cosas que hacer, ¿verdad, coronel? Walker la miró, con unos ojos agrandados por la rabia.

Rápidamente, tomó una decisión.

—Alto el fuego —espetó por el *walkie talkie*—. Vamos a echar un vistazo.

El suelo de piedra se curvaba y ella tuvo que salvar agujeros profundos. Ascendieron por una resbaladiza inclinación hasta una cámara más pequeña situada en lo alto. El halo mortal de los disparos no había llegado hasta allí más que como rebotes, que no obstante causaron suficiente daño. Pasaron junto a varios cuerpos más antes de llegar a la parte superior.

Los supervivientes se hallaban acurrucados en una bolsa y parecía como si sintieran los rayos de luz contra su piel.

Ali contó siete, dos de ellos muy pequeños. Permanecían en silencio y sólo se movían cuando alguien los iluminaba durante demasiado tiempo.

—¿No hay más? —preguntó Ike a los soldados que los custodiaban.

—Sólo esos otros que trataban de huir. El hombre indicó a otros once o doce acurrucados cerca de un conducto.

Los abisales procuraban mantener las caras alejadas de la luz y las madres protegían a sus hijos. Su carne relucía. Las marcas y cicatrices se ondulaban al mover los músculos.

—¿Son gordas o me lo parecen? —le preguntó un mercenario a Walker.

Varias de las mujeres estaban realmente obesas. Más concretamente, ofrecían un aspecto esteatopígico, con grandes reservas de grasa en las nalgas y en los pechos. Para la mirada experta de Ali, eran idénticas a las Venus neolíticas talladas en piedra o pintadas en las paredes. Se las veía magnificadas en su tamaño y decoración, en sus pelos grasientos y aplastados. Aquí y allá, Ali detectó las cejas y las frentes bajas de los simios y, una vez más, le resultó difícil considerarlos humanos.

—Éstas son sagradas —dijo Ike—. Han sido consagradas.

—Hablas como si fueran vírgenes vestales —se burló Walker—. No, en absoluto. Éstas son sus criadoras. Las embarazadas y las que han sido madres recientemente. Sus bebés e hijos pequeños. Saben que su especie se está extinguiendo. Esto es su tesoro racial. Una vez que las mujeres conciben, las traen a escondites comunales como éste. Es como vivir en un harén o en una guardería infantil. Se ocupan de ellas, se las vigila y se las honra.

—¿Sirve esto de algo?

—Los abisales son nómadas. Se desplazan estacionalmente. Cuando se ponen en movimiento, cada tribu mantiene a sus mujeres en el centro de la línea, para protegerlas mejor.—Pues menuda protección —opinó un soldado—. Acabamos de convertir a su siguiente generación en hamburguesas.

Ike guardó silencio.

—Espera un momento —dijo Walker—. ¿Quieres decir que nos hemos cruzado con el centro de su línea? —Ike asintió con un gesto—. ¿Significa eso que los hombres están distribuidos por ambos extremos?

—Es una cuestión de suerte —dijo Ike—. De mala suerte. No creo que ninguno de nosotros quiera estar aquí cuando lleguen ellos.

—Está bien —dijo Walker—. Ya has echado un vistazo. Terminemos con esto de una vez.

Pero Ike se dirigió hacia los abisales.

Ali no pudo escuchar las palabras de Ike con claridad, pero sí percibió la elevación y el descenso de su tono y los ocasionales chasquidos de su lengua. Las hembras respondieron con sorpresa, y también los soldados que las apuntaban con sus rifles. Walker le dirigió una mirada a Ali y, de repente, ella temió por la vida de Ike.

—Si alguien intenta huir, abrid fuego contra todo el grupo —les dijo Walker a sus hombres.

—Pero el Cap está entre ellas —dijo un muchacho.

—Disparad automáticamente —le advirtió Walker hoscamente.

Ali se dirigió hacia donde estaba Ike, situándose en la línea de tiro.

—Retrocede —le susurró Ike.

—No lo hago por ti —mintió ella—, sino por ellas.

Las manos se levantaron para tocarles. Las palmas eran rudas y tenían las uñas rotas y con costras. Ike se movió entre ellas, mientras Ali dejaba que algunas tomaran sus manos y las olieran. La marca de posesión de Ike atrajo especialmente su interés. Una anciana se aferró a su brazo. Le acarició los nódulos escarificados y lo interrogó. Cuando Ike le contestó, ella se apartó, aparentemente con un gesto de repulsión. Luego susurró algo a las demás, que se mostraron agitadas y procuraron apartarse de él. Todavía de pie entre ellas, Ike probó a decir otras pocas frases, pero su temor no hizo sino aumentar.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Ali—. ¿Qué les has dicho?

—Mi nombre abisal —contestó Ike.

—Pero si dijiste que estaba prohibido pronunciarlo en voz alta.

—Lo estaba. Hasta que abandoné el pueblo. Quería descubrir hasta qué punto andaban mal las cosas respecto a mí.

—¿Te conocen?

—Saben cosas sobre mí.

A juzgar por la aversión que ahora le demostraban las abisales, estaba claro que su reputación era odiosa. Hasta los niños parecían temerle.

—Esto no es bueno —dijo Ike mirando a los soldados—. No podemos quedarnos aquí, y si nos alejamos...

El *walkie talkie* anunció que dos de los cilindros habían sido abiertos y que Shoa tenía en funcionamiento una línea de comunicación. Ali comprendió por la expresión de su rostro que Walker quería quitarse de encima este asunto.

—Ya basta —dijo Walker.

—Déjelos —le pidió Ali.

—Soy hombre que hace honor a su palabra —replicó Walker—. Fue su amigo Crockett el que propuso la línea de actuación. Nada de prisioneros.

—Coronel —dijo Ike—, matar a un abisal es una cosa. Pero en este grupo hay una mujer humana. Si dispara contra ella, será un asesinato ¿verdad?

Ali pensó que lanzaba un farol para ganar tiempo ó que hablaba de ella. Pero él se inclinó entre los abisales y tomó por el brazo a una criatura que se había ocultado hasta entonces tras las demás. La criatura lanzó un grito y le mordió, pero Ike la arrastró fuera del grupo, le sujetó los brazos y la liberó. Ali no tuvo la oportunidad de verla. Las demás se arremolinaron a sus pies e Ike les lanzó patadas, haciéndolas retroceder.

—Muévete —le ordenó a Ali—. Corre mientras puedas.

Las abisales emitieron un desgarrador gemido común. Ali estaba segura de que se precipitarían tras Ike y la criatura que acababa de arrebatárles.

—¡Muévete! —le gritó Ike.

Ella echó a correr hacia los soldados, que se apartaron para que pasaran ella, Ike y su presa. Tropezó y cayó. Ike tropezó con ella.

—En el nombre del padre —entonó Walker—, liquidadlas.

Los soldados abrieron fuego sobre las supervivientes. El ruido que produjeron los disparos en la pequeña cámara fue ensordecedor, y Ali se llevó las palmas de las manos a las orejas. La matanza duró menos de doce segundos. Hubo algunos disparos sueltos más, hasta que cesaron por completo; la sala olía al humo que despedían los cañones de sus armas. Ali oyó el grito de una mujer y pensó que habían herido a una o que la estaban torturando.

—Por aquí —le dijo un soldado, tomándola de la mano.

Se ocupaba de ella. Lo conocía por sus «confesiones». Una novia embarazada, algún robo que otro y poco más.

—Pero Ike...

—El coronel ha dicho que ahora mismo.

Ali observó que se estaba produciendo una pelea junto a la pared del fondo, con Ike cerca del montón. En el rincón yacía el resultado de su pequeña matanza. Todo aquello para nada, pensó, y dejó que el soldado la sacara de allí, de regreso a la gruta y al otro lado de la cascada.

Durante las horas siguientes, Ali esperó junto a la neblina producida por la cascada. Cada vez que salía un soldado, le preguntaba por Ike. Ellos evitaban su mirada y no le daban respuesta.

Finalmente, salió Walker. Detrás de él, custodiada por los mercenarios, estaba la criatura salvada por Ike.

Le habían atado los brazos con cuerdas y tapado la boca con una mordaza. Llevaba las manos cubiertas con cinta adhesiva y un alambre alrededor del cuello, como una trailla. También tenía las piernas atadas a corta distancia, con cable de» una línea de comunicación. Tenía cortes y sangre por todas partes.

A pesar de todo, caminaba como una reina, tan desnuda como el cielo azul.

Ali se dio cuenta de que, efectivamente, no era abisal. Por debajo del cuello, la mayoría de los *Hornos* de los últimos cien mil años eran todos virtualmente iguales. Ali lo sabía bien. Centró la mirada en la forma craneal. Era moderna y correspondía a

una *sapiens*. A excepción de eso, había bien poca cosa más que permitiera catalogarla como una mujer humana.

Todas las miradas se fijaron en el desnudo. A ella no pareció importarle. Podían mirar todo lo que quisieran. Podían tocar incluso, o hacerle cualquier cosa. Cada mirada, cada insulto la hacía más superior a ellos.

Los tatuajes que mostraba podían avergonzar a los de Ike. Cubrían prácticamente todo, hasta el punto de que apenas podían verse los detalles de su cuerpo. El pigmento introducido en su piel había eliminado su color moreno natural. Su vientre era redondeado y los pechos gruesos. Los sacudió ante un soldado, que balanceó la cabeza arriba y abajo, con su ritmo. Nada indicaba que supiera hablar inglés o cualquier otro idioma humano.

Había sido adornada, grabada, enjoyada y pintada desde la cabeza a los pies. Cada dedo de los pies aparecía rodeado por una delgada argolla de hierro. Tenía los pies planos de tanto caminar descalza. Ali supuso que no debía de tener más de catorce años.

—Nuestro explorador nos ha dicho que esta joven puede saber lo que nos espera ahí delante —dijo Walker—. Nos marchamos... inmediatamente. A excepción de la pérdida de los tres mercenarios de Walker, parecían haber escapado sin consecuencias del Avituallamiento III. Habían conseguido otras seis semanas de alimentos y baterías, además de establecer una apresurada conexión con la superficie para informar a Helios que seguían en movimiento.

No percibieron señales de persecución, a pesar de lo cual Ike los obligó a avanzar durante treinta horas seguidas, sin acampar. No hacía más que asustarles. —Nos están persiguiendo —les aseguraba. Varios de los científicos que deseaban renunciar y regresar por donde habían venido, encabezados por Gitner, acusaron a Ike de colaborar con Shoat para obligarles a descender más profundamente. Ike se encogió de hombros y les dijo que hicieran lo que quisieran.

Pero nadie se atrevió a cruzar aquella línea. El 2 de octubre desaparecieron un par de mercenarios que protegían la retaguardia. Su ausencia pasó inadvertida durante doce horas. Convencido de que los hombres habían robado una barca y desertado con la intención de regresar a casa, Walker ordenó que otros cinco hombres les siguieran la pista y los encontraran. Ike discutió con él. Lo que hizo que el coronel revocara la orden no fue Ike, sino el mensaje que recibió por el radiotransmisor. El campamento se tranquilizó, convencido de que la pareja que faltaba estaba tratando de informar.

—Quizá sólo se hayan perdido —sugirió uno de los científicos.

Las capas de roca dificultaban la transmisión, pero fue claramente una voz que hablaba en inglés la que sonó por la radio.

—Alguien ha cometido un error —les dijo la voz—. Os habéis llevado a mi hija.

La criatura salvaje emitió un sonido gutural.

—¿Quién es? —preguntó Walker.

Ali lo sabía. Era el amante nocturno de Molly.

Ike también lo sabía. Era el que los había conducido a la oscuridad en cierta ocasión. Isaac había regresado.

La radio quedó en silencio.

Continuaron descendiendo por el río y no volvieron a acampar durante una semana.

20

ALMAS MUERTAS

El gran león sale de su guarida, todas las serpientes muerden; la oscuridad se cierne, la tierra está silenciosa, mientras su hacedor descansa en la tierra iluminada.

El gran himno a Atenas, 1350 a.C.

San Francisco, California

Con la cabeza por delante, el abisal avanzó desde el panal que formaban las aberturas de la gruta. Jadeaba débilmente, muerto de hambre, mareado, en lucha contra su debilidad. La escarcha cubría las aberturas perfectamente redondas de las tuberías de cemento. La niebla era muy fría.

Pudo escuchar a los enfermos y a los moribundos en los túneles colocados en forma piramidal. La enfermedad era tan letal como una plaga, una corriente envenenada o el avance de un gas raro a través de su hábitat arterial.

De sus ojos brotaba pus. Este aire. Esta horrible luz. El vacío de estas voces. Los sonidos eran tan lejanos y, no obstante, tan cercanos... Había mucho espacio. Los propios pensamientos no tenían aquí ninguna resonancia. Uno imaginaba algo y la idea se desvanecía inmediatamente en la nada.

Se envolvía la *cabeza* con trapos, como un leproso. Agazapado dentro de aquellas cortinas hechas jirones, se sintió mejor, más capaz de ver. La tribu le necesitaba. Los otros varones adultos habían muerto. Ahora todo dependía de él. Armas, alimentos, agua. Su búsqueda del Mesías tendría que esperar. Aunque hubiera tenido la fortaleza de escapar, no lo habría intentado, al menos mientras las mujeres y los niños permanecieran con vida. Juntos, sobrevivirían. O sucumbirían todos juntos. Así eran las cosas. Todo dependía de él. Sólo tenía dieciocho años y ahora era el mayor de todos. ¿Quién quedaba? Sólo una de sus esposas seguía respirando. Tres de sus hijos. Se elevó en él una imagen de su hijo pequeño, tan frío como un guijarro. ¡Ay, ya! Convirtió aquel desgarró en cólera.

Los cuerpos de su gente yacían allí donde se habían lanzado, o desmoronado o caído. La corrupción de sus cuerpos era extraña. Tenía que ser algo propio de este aire tenue y estrangulados O de la misma luz, como un ácido. Había visto muchos cadáveres en sus tiempos, pero ninguno que se descompusiera tan rápidamente y de

aquel modo. Había transcurrido un solo día aquí y no pudieron salvar ni uno solo para carne.

Cada pocos pasos descansaba las manos sobre las rodillas, jadeante, en busca de aire. Era un cazador y un guerrero. El terreno era tan llano como la superficie de un estanque. Sin embargo, apenas podía sostenerse en pie. Qué terrible lugar era este. Siguió moviéndose y tropezó con una serie de huesos.

Llegó ante una fantasmagórica línea blanca y levantó la cortina de andrajos, entrecerrando los ojos para ver en la niebla. La línea era demasiado recta como para ser un sendero de caza. La posibilidad de que fuera un camino lo animó. Quizá condujera al agua.

Siguió la línea, deteniéndose para descansar, sin atreverse a sentarse. Si se sentaba, se tumbaría, y si se tumbaba se quedaría dormido y ya nunca volvería a despertar. Intentó olisquear las corrientes de aire, pero estaba todo demasiado corrompido por la hediondez como para detectar animales o agua. Y no podía confiar tampoco en sus oídos porque había muchas voces. Parecía toda una legión de voces la que se abalanzaba sobre él. Ni una sola de aquellas palabras tenía sentido alguno. Eran almas muertas, decidió.

En este extremo, la línea daba con otra línea que se extendía a derecha e izquierda, perdiéndose en la niebla. Eligió la de la izquierda, el camino sagrado. Tenía que conducir a alguna parte. Se encontró con más líneas. Efectuó más giros, algunos a la derecha, otros a la izquierda... violando el camino.

Antes de efectuar cada giro, orinaba para dejar su olor en la tierra. Pero dio lo mismo, porque se perdió. ¿Cómo podía ser? ¿Un laberinto sin paredes? Se regañó a sí mismo. Si al menos hubiera girado siempre a la izquierda en cada revuelta, tal como le habían enseñado, habría trazado inevitablemente un círculo hasta llegar al lugar del que había partido, o al menos habría podido retroceder sobre sus pasos hasta la siguiente conexión. Pero ahora había mezclado las direcciones, encima, en su debilitado estado. Y el bienestar de la tribu sólo dependía de él. Las enseñanzas servían precisamente para momentos como éste.

Continuó la marcha, todavía confiado en encontrar agua o carne, o sus propios olores en la extraña vegetación. Le palpitaba la cabeza. Se sentía agobiado por las náuseas. Trató de lamer la escarcha de la espinosa vegetación, pero el gusto de las sales y del nitrógeno fue superior a su sed. El terreno vibraba con un movimiento constante.

Hizo todo lo que pudo para concentrarse, para avanzar con ritmo y contener los pensamientos que lo distraían. Pero la luminosa línea blanca se repetía implacablemente y la altura era tan grande que su atención se distraía de modo natural, inevitable. Por eso no vio la botella rota hasta que le atravesó la carne de su pie descalzo.

Contuvo el grito antes de lanzarlo. No había que emitir ningún sonido. Le habían enseñado bien. Absorbió el dolor. Aceptó su presencia como un gracioso invitado. El dolor podía ser su amigo o su enemigo, y eso sólo dependía de su autocontrol.

¡Cristal! Había rezado por encontrar un arma y aquí la tenía. Se inclinó sobre el pie, tomó la resbaladiza botella en la mano y la examinó.

Era de un grado inferior, destinada al comercio, no a la guerra. No tenía la agudeza de la obsidiana negra, que se partía en bordes cortantes, ni la durabilidad del cristal preparado por los artesanos abisales. Pero le serviría.

Sin poder dar crédito a su buena suerte, el joven abisal se echó hacia atrás el tocado de jirones y se dispuso a ver en la luz. Se abrió a ella, resistiendo el dolor del pie, adaptándose a la agonía. De algún modo, tenía que regresar junto a su tribu mientras aún tuviera tiempo.

Con sus otros sentidos revisó la pestilencia, los temblores y las voces de este lugar, que hizo esfuerzos por ver.

Sucedió algo, algo profundo. Al quitarse los andrajos que le cubrían la malformada cabeza fue como si se hubiese desgarrado la niebla. Toda la ilusión se desvaneció y se quedó en medio de algo. En la línea de las cincuenta yardas del estadio Candlestick, el abisal se encontró en el oscuro cáliz, en el pozo de un universo de estrellas.

Lo que vio fue espantoso, incluso para alguien tan valiente como él.

¡Cielo! ¡Estrellas! ¡La legendaria Luna!

Gruñó como un cerdo y giró en círculos. Allí estaban sus cuevas, en la cercana distancia, y en ellas su gente. Allí estaban los esqueletos de los suyos. Empezó a cruzar el campo, lisiado, cojeando, con la mirada fija en el suelo, desesperado. La vastedad de todo lo que le rodeaba le absorbía la imaginación, tenía la impresión de que en cualquier momento caería hacia arriba y se perdería en la vasta copa extendida sobre su cabeza.

La situación empeoró. Se vio a sí mismo flotando por encima de su cabeza. Era gigantesco. Levantó la mano derecha para ahuyentar la colosal imagen y la imagen también levantó la mano derecha para ahuyentarlo a él.

Un terror mortal se apoderó de él y aulló. La imagen aulló con él.

El vértigo lo hizo derrumbarse.

Se revolvió sobre la hierba como una babosa recubierta de sal.

—Por el amor del cielo —exclamó el general Sandwell apartándose de la pantalla del estadio—. Ahora se está muriendo. Como sigamos así vamos a terminar sin machos.

Eran las tres de la madrugada y el aire olía intensamente a mar, incluso allí dentro. El aullido de la criatura permaneció suspendido en la estancia, extendido por un conjunto caro de altavoces estéreos.

Thomas, January y Foley, el industrial, miraron por los prismáticos de visión nocturna, contemplando la escena. Parecían tres capitanes, allí de pie, ante el amplio ventanal de la alta caseta de observación, al borde del estadio Candlestick. La pobre criatura continuó moviéndose de un lado a otro en el centro del campo, muy por debajo de donde ellos estaban. De l'Orme estaba sentado, muy atento, al lado de la silla de ruedas de Vera, acumulando la información que podía a partir de la conversación surgida entre los demás.

Durante los diez últimos minutos habían estado siguiendo la imagen infrarroja del abisal en la fría niebla, mientras avanzaba a lo largo de las líneas del campo, a izquierda y derecha, en ángulos de 90 grados, seducido por la linealidad, dejándose guiar por algún instinto primitivo o, simplemente, por su locura. Luego, la niebla se levantó y, de repente, había sucedido esto. Sus acciones tenían tan poco sentido aumentadas desmesuradamente en la gigantesca pantalla de vídeo Sony, en directo, como en la realidad en miniatura de allá abajo.

—¿Es este su comportamiento normal? —le preguntó January al general.

—No. Está siendo muy atrevido. Los demás se han agazapado cerca de las tuberías de desagüe. Éste, en cambio, ha forzado el límite. Ha llegado hasta la marca de las cincuenta yardas.

—Nunca había visto a uno con vida.

—Pues mire con rapidez, porque en cuanto salga el sol pasará a la historia.

Aquella noche el general vestía unos pantalones de pana y una camisa de franela de varias tonalidades de azul. Sus mocasines acolchados se movían silenciosamente sobre el cemento. El Bulova era de platino. La jubilación le sentaba bien, especialmente con Helios para contratar sus servicios.

—¿Y dice que se le rindieron a usted?

—Es la primera vez que hemos visto algo similar. Enviamos una patrulla a unos 800 metros por debajo del Sandia. Simple rutina. Nunca ha subido nada hasta esa altura. Entonces, como surgidos de la nada, apareció este grupo. Eran varios cientos.

—Nos dijo que aquí sólo había un par de docenas.

—Correcto. Como ya les he dicho, nunca habíamos visto una rendición en masa. Las tropas reaccionaron ante su presencia.

—¿Disparar primero y preguntar después? —dijo Vera.

El general le dirigió su mejor sonrisa.

—Teníamos cincuenta y dos cuando llegaron. En el último cómputo, realizado ayer, sólo quedaban veintinueve. Probablemente ahora son menos.

—¿A ochocientos metros? —preguntó January—. Pero eso es prácticamente la superficie para ellos. ¿Se trataba de una invasión?

—No. Más bien algo similar a un movimiento de rebaño. La mayoría eran hembras y jóvenes.

—¿Y qué estaban haciendo en lugares tan altos?

—Ni la menor idea. No hay forma de comunicarse con ellos. Tenemos a los lingüistas y a los superordenadores trabajando a toda velocidad, pero hasta es posible que no hablen un verdadero lenguaje. Para los fines que nos importan esta noche, todo es un galimatías al que se da demasiada importancia. Se trata más bien de señales emocionales que no parecen contener ninguna información. El jefe de nuestra patrulla, sin embargo, dijo que el grupo se dirigía claramente hacia la superficie. Apenas iban armados. Fue más bien como si anduvieran buscando algo... o a alguien.

Los miembros del grupo Beowulf guardaron silencio. Sus miradas transmitieron la pregunta entre ellos. ¿Y si el abisal que ahora gateaba sobre la

escarchada hierba del estadio Candlestick se hubiese embarcado en una búsqueda idéntica a la suya, para encontrar a Satán? ¿Y si esta tribu perdida hubiera estado buscando realmente a su jefe perdido... en la superficie?

Durante la semana anterior habían analizado una teoría y esto parecía encajar en ella. Gault y Mustafah plantearon la posibilidad de que su majestad satánica pudiera ser en realidad un viajero errante que había hecho incursiones ocasionales por la superficie, explorando las sociedades humanas durante eones. Las imágenes, la mayoría talladas en piedra, y la tradición oral de pueblos de todo el mundo daban un retrato notablemente similar de este personaje. El explorador iba y venía. Surgía de la nada y desaparecía con la misma facilidad. Podía ser seductor o violento. Vivía sumido en el disfraz y el engaño. Era inteligente e incansable, estaba lleno de recursos.

Gault y Mustafah habían dado forma a su teoría mientras estaban en Egipto. Desde entonces habían llevado a cabo una discreta campaña telefónica para convencer a sus colegas de que el verdadero Satán no se encontraría probablemente en algún oscuro agujero del interior del planeta, sino que más bien se dedicaría a estudiar a su enemigo desde sus propias filas. Argumentaban que el Satán histórico podía pasar la mitad de su tiempo abajo, entre los abisales, y la otra mitad arriba, entre los hombres. Eso había planteado a su vez otras cuestiones. ¿Era Satán, por ejemplo, el mismo hombre a través de las edades, sin morir? ¿Era una criatura inmortal? ¿O podía ser una sucesión de exploradores, un linaje de dirigentes? Si viajaba entre los hombres, parecía probable que se pareciese al hombre. Quizá, tal como proponía De l'Orme, fuese el personaje del Sudario. En tal caso, ¿qué aspecto tendría ahora? Si era cierto que Satán vivía entre los hombres, ¿qué disfraz se pondría? ¿El de un mendigo, un ladrón o un déspota? ¿El de un erudito, un soldado o un agente de bolsa?

Thomas rechazaba la teoría. Su escepticismo era irónico en momentos como éste. Después de todo, era él quien los había lanzado a todos a aquel complicado torbellino de contraintuiciones y explicaciones al revés. Se había unido a ellos para salir al mundo y localizar nuevas pruebas, pruebas antiguas o cualquier clase de pruebas que pudieran encontrar. «Necesitamos conocer a ese personaje —les había dicho—. Necesitamos saber cómo piensa, en qué consisten sus planes, cuáles son sus deseos y necesidades, sus vulnerabilidades y fortalezas, qué ciclos sigue inconscientemente, qué caminos es probable que siga. Si no lo hacemos, nunca tendremos ventaja sobre él.» Así fue como lo dejaron, en tablas, cuando el grupo se diseminó.

Ahora, la mirada de Foley pasó de Thomas a De l'Orme. El rostro de duende era un misterio. Era De l'Orme quien había forzado esta reunión con Helios y arrastrado con él a cada uno de los miembros del grupo Beowulf. Allí estaba sucediendo algo. Les había prometido que aquello afectaría al resultado de su trabajo, aunque se negó a decirles cómo. Todo esto pasó por la cabeza de Sandwell. Delante de él no hablaron una sola palabra del asunto de Beowulf. Seguían tratando de juzgar cuánto daño les había causado el general desde que se pasara a Helios, cinco meses antes.

La cabina alta en la que se encontraban servía como despacho temporal de Sandwell. «El Palo», como él la llamaba afectuosamente, era un proyecto serio. Helios estaba creando unas instalaciones de investigación biotecnológica por importe de 500 millones de dólares en el espacio del campo. Una biosfera sin luz solar, según decía burlonamente. Se estaba reclutando a científicos de todo el país. El desvelamiento de los misterios del *Homo abisalis* no había hecho sino entrar en una fase nueva. El proyecto se comparaba a la división del átomo o al alunizaje. El abisal que se movía de un lado a otro sobre la moribunda hierba y las desvaídas marcas del campo de juego formaba parte del primer grupo que se pretendía investigar.

Aquí, donde jugadores como Y. A. Tittle y Joe Montana habían conseguido fama y fortuna, donde habían actuado los Beatles y los Stones, donde el Papa había hablado sobre las virtudes de la pobreza, los contribuyentes estaban financiando un avanzado campo de concentración. Una vez terminado, estaba previsto que alcanzara una capacidad para albergar hasta 500 FAS (Formas Animales Subterráneas). En su extremo más alejado, el campo de juego propiamente dicho empezaba a parecerse al sótano de las ruinas del Coliseo romano. Se había iniciado la construcción de los rediles de contención. Había callejones que serpenteaban entre jaulas de titanio. Finalmente, la vieja superficie del campo de juego y todas sus jaulas quedarían cubiertas con más de ocho pisos de espacio para laboratorios. Había incluso una incineradora sin humo, aprobada por la Agencia de Protección Ambiental, para la eliminación de los restos.

Abajo, en el campo, el abisal había empezado a gatear hacia el montón de alcantarillas de cemento donde temporalmente se alojaban sus compañeros. El Palo no estaría preparado para habitantes no humanos hasta por lo menos un año después.

—Eso sí que es una señal de los condenados —comentó De l'Orme—. En el término de apenas una semana, varios cientos de abisales se han convertido en algo menos de dos docenas. Vergonzoso.

—Los abisales vivos son tan raros como los marcianos —explicó el general—. Traerlos a la superficie vivos e intactos, antes de que se les agrien las bacterias de sus intestinos, de que sus tejidos pulmonares sufran hemorragias o de que les ocurran cientos de otras condenadas cosas, es como intentar hacer crecer pelo sobre una roca.

Se habían dado casos aislados de abisales individuales que vivieron en cautividad en la superficie. El récord lo ostentaba una captura israelí: ochenta y tres días. A la velocidad actual, lo que quedaba de este grupo no iba a durar ni una semana.

—No veo nada de agua, ni de alimento. ¿De qué se supone que se alimentan?

—No lo sabemos. Ése es el problema. Llenamos una bañera galvanizada con agua limpia y no la han tocado. Pero ¿ven ese recipiente para los obreros de la construcción? Unos pocos abisales llegaron hasta allí el primer día y se bebieron las aguas sucias y las sustancias químicas. Tardaron horas en dejar de retorcerse y gritar.

—¿Quiere decir que murieron?

—Terminarán por adaptarse o morir —dijo el general—. Es el período de adaptación, lo que nosotros llamamos curtir al soldado.

—¿Y todos esos otros cuerpos que se ven junto a las líneas laterales?

—Es lo que queda de un intento por escapar.

Desde la altura a la que se encontraban, los visitantes pudieron ver las gradas inferiores llenas de soldados, armados con subfusiles y entrenados en el combate. Los soldados llevaban abultados trajes con capuchas y tanques de oxígeno. Sobre la pantalla gigante, el abisal macho dirigió otra mirada hacia el cielo nocturno y pronto hundió el rostro sobre la hierba. Lo vieron aferrarse a la hierba como si se sujetara a la pared de un acantilado.

—Después de nuestra reunión, quisiera acercarme más —dijo De l'Orme—. Quisiera escucharlo, olerlo.

—Eso está completamente descartado —dijo Sandwell—. Es una cuestión sanitaria. Nadie entra ahí. No queremos que se contaminen con enfermedades humanas.

El abisal avanzó gateando desde la línea de cuarenta a la de treinta y cinco yardas. La pirámide de tuberías de alcantarillado estaba situada cerca de la marca de las diez yardas. Más allá, comenzaba a avanzar entre esqueletos y cuerpos en descomposición.

—¿Por qué se dejan los restos al aire libre, de ese modo? —preguntó Thomas—. Yo sí que diría que eso supone un peligro sanitario.

—¿Quiere que los enterremos? Esto no es un cementerio de animales de compañía, padre.

Vera giró la cabeza al percibir el tono. Definitivamente, Sandwell había cruzado la línea. Ahora pertenecía a Helios.

—Tampoco es un zoológico, general. ¿Por qué traerlos aquí si sólo se va a limitar a verlos padecer y morir?

—Ya se lo he dicho, anticuado investigador. Estamos construyendo una máquina de la verdad. Ahora nos encontramos en la fase de obtención de datos acerca de qué les impulsa realmente.

—¿Y cuál es el papel que desempeña usted en todo esto? —le preguntó Thomas—. ¿Por qué está aquí, con ellos, con Helios?

—Configuración operativa —gruñó el general ofendido.

—Ah —exclamó January, como si aquello tuviera algún significado para ella.

—En efecto, he abandonado el ejército, pero sigo haciendo funcionar la línea —dijo Sandwell—. Todavía estoy a cargo de la lucha contra el enemigo, sólo que ahora lo hago apoyado por una verdadera musculatura.

—Querrá decir dinero —dijo January—. La tesorería de Helios.

—Lo que se necesite, con tal de detener a los abisales. Después de todos esos años gobernado por globalizadores y contenido por pacifistas, ahora trato finalmente con verdaderos patriotas.

—Todo eso es una mierda, general —dijo January—. Es usted un mercenario. Está simplemente ayudando a Helios a introducirse en el interior del planeta.

El rostro de Sandwell se enrojeció.

—¿Se refiere a esos rumores sobre la creación de una nación por debajo del Pacífico? Eso no es más que palabrería de la prensa amarilla.

—Cuando Thomas lo describió por primera vez pensé que era algo paranoico —dijo January—. Pensé que nadie en su sano juicio se atrevería a desgarrar el mapa en trozos, pegar las piezas y declarar que eso era un país nuevo. Pero la verdad es que está ocurriendo y que usted forma parte de ello, general.

—Pero su mapa sigue intacto —dijo entonces una nueva voz. Se volvieron. C. C. Cooper estaba junto a la puerta—. Lo único que hemos hecho ha sido levantarlo y dejar al descubierto la superficie de la mesa y trazar un nuevo territorio allí donde antes no existía nada. Estamos creando un mapa dentro del mapa. Fuera de la vista. Pueden seguir ustedes con sus asuntos como si no existiera. Mientras tanto, nosotros podemos seguir con nuestros propios asuntos. Lo único que hacemos es bajarnos del tiovivo, eso es todo.

Años atrás, la revista *Time* había convertido en mito a C. C. Cooper, como uno de los brujos de Reagan que consiguió su meteórico ascenso gracias a los chips de ordenador, las patentes de biotecnología y la programación de televisión. El artículo no mencionaba sus especulaciones monetarias, ni el acaparamiento de los recursos preciosos para aplastar a la Unión Soviética, ni el juego de manos realizado con las turbinas hidroeléctricas para el proyecto de la presa de los Tres Ríos, en China. Su patrocinio de los grupos medioambientales y en defensa de los derechos humanos se había aireado constantemente ante el público, como demostración de que el gran capital también podía tener una gran conciencia.

En persona, el flequillo y las gafas metálicas del empresario le daban un aspecto demasiado juvenil para un hombre de su edad. El antiguo senador poseía una vitalidad característica de la costa Oeste, que le podría haber dado buenos resultados de haberse convertido en presidente. Pero a esta hora tan temprana, parecía excesiva.

Cooper entró, seguido por su hijo. Su semejanza era extraña, sólo que su hijo tenía mejor pelo, llevaba lentes de contacto y poseía la musculatura de un defensa de béisbol. Tampoco poseía la facilidad de su padre para moverse entre el enemigo. Le estaban formando, pero se percibía que el poder en bruto era algo que no se le daba de modo natural. Que hubiera sido incluido en esta reunión de madrugada y que la reunión se hubiese celebrado a esta hora, mientras la ciudad dormía, era muy indicativo tanto para Vera como para los demás. Significaba que Cooper los consideraba peligrosos y que tenía la intención de que su hijo aprendiera a deshacerse de los oponentes fuera de la vista del público.

Detrás de los dos Cooper apareció una mujer alta y atractiva de algo menos de cincuenta años, con el cabello ahuecado y de un negro azabache. Estaba claro que se había invitado a sí misma.

—Eva Shoat —la presentó Cooper ante el grupo—. Mi esposa. Y éste es mi hijo, Hamilton. Cooper.

Vera se dio cuenta de que lo había añadido tras una pausa para diferenciarlo de Montgomery, el hijastro, que era un Shoat.

Cooper dirigió a quienes le acompañaban hacia una mesa y se unió a los miembros del grupo Beowulf y a Sandwell. No les preguntó sus nombres. No se disculpó por llegar tarde.

—Su supuesto país nuevo es un acto ilegal —dijo Foley—. Ninguna nación puede actuar al margen de la política internacional.

—¿Quién lo dice? —preguntó Cooper con amabilidad—. Discúlpeme la expresión, pero la política internacional puede irse al diablo. Yo voy al infierno.

—¿Se da cuenta del caos que producirá eso? —preguntó January—. El control de las líneas marítimas oceánicas, capacidad para actuar sin vigilancia, para violar las normas internacionales, para traspasar las fronteras nacionales.

—Pero considere el orden que aportaré al ocupar el inframundo. De una sola tajada, devolveré la humanidad a su inocencia. Este abismo que hay bajo nuestros pies ya no será terrorífico y desconocido. Ya no se verá dominado por criaturas como esa.

Señaló hacia el vídeo del estadio. El abisal lamía sus propios vómitos de la hierba. Eva Shoat se estremeció.

—Una vez que se inicie nuestra estrategia colonial, podemos dejar de temer a los monstruos. No más supersticiones. No más terrores nocturnos. Nuestros hijos y sus hijos concebirán el inframundo como una propiedad más. Pasarán las vacaciones en las maravillas naturales que existen bajo nosotros. Disfrutarán con los frutos de nuestros inventos. Serán los dueños de la energía no aprovechada del planeta. Tendrán libertad para trabajar en pos de la utopía.

—No es ese el abismo que teme el hombre —protestó Vera—. Es el que está aquí —dijo, tocándose las costillas por encima del corazón.

—El abismo es el abismo —dijo Cooper—. Se ilumina uno y se ha iluminado el otro. Todos seremos mejores gracias a esto, ya lo verá.

—Propaganda —exclamó Vera, que giró la cabeza con un gesto de asco.

—¿Y su expedición? —preguntó Thomas. Esta noche se sentía enojado, y fue explícito—. ¿Adonde han ido?

—Me temo que las noticias no son buenas —contestó Cooper—. Hemos perdido el contacto con ella. Ya puede imaginarse nuestra preocupación. Ham, ¿tienes nuestro mapa?

El hijo de Cooper abrió el maletín y extrajo un mapa batimétrico plegado que mostraba el lecho oceánico. Estaba manchado y marcado con una docena diferente de lápices y bolígrafos. Cooper siguió con el dedo las latitudes y longitudes.

—Su última posición conocida se estableció al oeste-suroeste de Tarawa, en las islas Gilbert. Eso, naturalmente, puede haber cambiado. De vez en cuando conseguimos extraer despachos del lecho rocoso.

—¿Todavía siguen recibiendo noticias de ellos? —preguntó January.

—En cierto modo. Desde hace algo más de tres semanas, los despachos no han sido más que fragmentos de comunicaciones más antiguas, enviadas hace meses. Las transmisiones llegan fragmentadas, mezcladas y deterioradas por las capas de piedra. Terminamos por recibir únicamente ecos. Son como acertijos

electromagnéticos que sólo nos sugieren dónde estuvieron hace semanas. Pero ¿quién sabe dónde pueden estar hoy?

—¿Es eso todo lo que puede decirnos? —preguntó January.

—Los encontraremos —intervino de pronto Eva Shoat.

Lo hizo con ferocidad. Sus ojos estaban inyectados en sangre de tanto llorar. Cooper le dirigió una mirada de soslayo.

—Debe sentirse usted muy preocupada —dijo Vera, compadeciéndola—. ¿Montgomery es su único hijo?

Cooper entrecerró los ojos, mirando a Vera, que le hizo un gesto de asentimiento. Había planteado la pregunta deliberadamente.

—Sí —contestó Eva, pero enseguida miró al hijo de su esposo—. Quiero decir, no. Pero me siento preocupada. También lo estaría si fuese Hamilton quien estuviera allí abajo. Nunca debería haber permitido a Monty que bajara.

—Él mismo lo decidió —observó Cooper tensamente.

—Sólo porque estaba desesperado —le espetó Eva—. ¿De qué otro modo podía competir en esta familia?

Vera vio a Thomas al otro lado de la mesa, recompensándola con la más leve de sus sonrisas. Había hecho bien.

—Él quería formar parte del proyecto —dijo Cooper.

—Sí, parte de todo esto —exclamó Eva, efectuando un amplio gesto con la mano, hacia la vista que se dominaba.

—Y ya te he dicho, Eva, que forma parte de todo. No tienes ni idea de lo importante que será su aportación.

—¿Mi hijo ha tenido que arriesgar su vida para que fuese importante para ti?

Cooper ya no le contestó. Evidentemente, se trataba de una vieja discusión.

—¿Qué es exactamente esto, señor Cooper? —preguntó Foley.

—Ya se lo he dicho —contestó Sandwell—. Unas instalaciones de investigación.

—Sí —dijo January—, un lugar donde «curtir» a los cautivos abisales. Y a propósito, general, ¿sabía que antiguamente se utilizó un término similar con los esclavos africanos que llegaban a este país?

—Tendrán que disculpar a Sandy —intervino Cooper—. Es una reciente adquisición que todavía se está adaptando al lenguaje y a la vida de un campus de investigación. Les aseguro que no estamos creando una población de esclavos.

Sandwell se encendió, pero guardó silencio.

—¿Para qué necesita entonces a los abisales vivos? ¿Qué persigue con su investigación? —preguntó Vera.

Cooper tamborileó con los dedos sobre la mesa, muy serio.

—Estamos empezando a reunir finalmente datos a largo plazo sobre la colonización —informó—. Los soldados constituyeron el primer grupo de humanos que descendió. Seis años más tarde, son los primeros que muestran los verdaderos efectos secundarios. Alteraciones.

—¿Se refiere a las excrescencias óseas y las cataratas? —preguntó Vera—. Eso son cosas que hemos visto desde el principio, y sabemos que los problemas terminan por desaparecer con el tiempo.

—Eso es diferente. En los últimos diez meses hemos detectado la aparición de una serie de síntomas. Corazones que aumentan de tamaño, edemas de altitudes elevadas, displasia esquelética, leucemia aguda, esterilidad, cáncer de piel. Las excrescencias córneas y los cánceres de hueso han vuelto a la carga. La evolución más perturbadora es que empezamos a detectar esos mismos síntomas entre los recién nacidos de los veteranos. Durante cinco años no hemos tenido más que nacimientos normales. Ahora, de repente, sus recién nacidos muestran defectos mórbidos. Estoy hablando de mutaciones. Los índices de mortalidad infantil han aumentado espectacularmente.

—¿Cómo es que no me he enterado de nada de eso? —preguntó January recelosa.

—Por la misma razón por la que Helios se apresura a encontrar una cura. Porque, en cuanto lo descubra el público, todos los humanos que están en el interior del planeta se apresurarán a evacuarlo. Eso quiere decir que el interior se va a quedar sin fuerzas de seguridad, sin mano de obra, sin colonos. Ya se puede imaginar el revés que ello supone. Después de tanto esfuerzo e inversión, podríamos perder todo el subplaneta por la evolución de los acontecimientos. Helios no quiere que eso suceda.

—¿Qué está ocurriendo?

—¿En pocas palabras? El subplaneta nos está cambiando. —Cooper señaló a la criatura de la pantalla del estadio—. Nos está convirtiendo en eso.

Eva Shoat se llevó una mano a su alargado cuello.

—¿Sabías eso y dejaste que mi hijo descendiera?

—Los efectos no son universales —dijo Cooper—. Entre las poblaciones de veteranos afectan aproximadamente a la mitad. La mitad de ellos no muestran efecto alguno. La otra mitad muestra estas mutaciones tardías. Se trata de fisiologías abisales: aumento en el tamaño de los corazones, edemas pulmonares y cerebrales, cáncer de piel; esos son los síntomas que desarrollan los abisales cuando llegan a la superficie. Hay algo que parece ponerse en marcha o detenerse a nivel del ADN, algo que altera el código genético. Sus cuerpos empiezan a producir proteínas, proteínas quiméricas que alteran los tejidos de formas radicalmente diferentes.

—¿No se puede predecir qué mitad de la población sufrirá esos problemas? —preguntó Vera.

—No tenemos ninguna pista. Pero si es algo que les sucede a veteranos que han permanecido allí seis años, terminará por afectar a mineros y colonos que sólo hayan estado cuatro meses.

—Y Helios tiene que encontrar una solución —observó Foley—, ya que, en caso contrario, su imperio bajo el océano se habrá convertido en una ciudad fantasma incluso antes de empezar.

—Ésa es exactamente la situación, expresada en términos vulgares.

—Evidentemente, cree usted que hay una solución en la propia fisiología abisal —dijo Vera.

—Los ingenieros genéticos lo llaman cortar el nudo gordiano —asintió Cooper—. Tenemos que resolver las complejidades. Clasificar los virus y retrovirus, los genes y los fenotipos. Tenemos que examinar los factores ambientales, codificar el caos. Por eso Helios ha construido aquí unas instalaciones de investigación de varios cientos de millones de dólares y está importando abisales vivos para investigar sobre ellos. El propósito consiste, en último término, en lograr que el interior del planeta sea un lugar seguro para los humanos.

—Pero no acabo de comprender —dijo Vera—. A mí me parece que la investigación y el desarrollo resultarían mucho menos complicados allá abajo. Entre otras cosas, ¿por qué someter a sus conejillos de Indias a la tensión que supone trasladarlos hasta la superficie? Podría haber construido estas mismas instalaciones en una estación subterránea, a un coste mucho menor. Aquí tendrá que presurizar todo el laboratorio a niveles subplanetarios. ¿Por qué no estudiar a los abisales allí abajo? No habría costes de transporte. La tasa de mortalidad sería mucho menor. Y podría comprobar los resultados con los colonos en su ambiente real.

—Ésa no es una opción —dijo De l'Orme, que habló por primera vez—. O pronto dejará de serlo. —Todos se volvieron para mirarlo—. Si no hace salir a la superficie a una muestra de la población abisal, muy pronto no quedarán abisales con los que formar una muestra. ¿No es ésa la idea, señor Cooper?

—No tengo ni idea de qué me está hablando —contestó Cooper.

—Quizá pueda usted hablarnos del contagio —dijo De l'Orme—. Del Prion-9.

Cooper valoró con la mirada al pequeño arqueólogo.

—Sé lo mismo que usted. Hemos sabido que se han colocado cápsulas de Prion a lo largo de la ruta seguida por la expedición. Pero Helios no tiene nada que ver con eso. No les pido que me crean. No importa si me creen o no. Es mi gente la que corre un riesgo allá abajo. Mi expedición. A excepción de esa espía suya —añadió—, esa tal Von Schade.

La expresión de January se endureció.

—¿Qué ocurre con un contagio? —preguntó Eva.

—No te quería preocupar más —le dijo Cooper a su esposa—. Parece ser que un ex soldado psicótico se alistó en la expedición. Está colocando un virus sintético a lo largo de la ruta.

—Dios mío —susurró su esposa.

—Despreciable —siseó De l'Orme.

—¿Qué ha dicho? —se revolvió Cooper.

De l'Orme sonrió.

—La persona que está colocando las cápsulas con el virus se llama Shoat. Es su hijo, señora.

—¿Mi hijo?

—Está siendo utilizado para difundir una plaga sintética. Y fue su esposo quien lo envió.

Todos los presentes miraron al arqueólogo con la boca abierta. Hasta el propio Thomas se quedó desconcertado.

—Eso es absurdo —barbotó Cooper.

De l'Orme señaló hacia el hijo de Cooper.

—Él me lo dijo.

—Yo no le he visto en mi vida —protestó Hamilton.

—Eso es cierto, del mismo modo que yo tampoco le he visto a usted —asintió De l'Orme con una sonrisa—. Pero fue usted quien me lo dijo.

—Lunático —exclamó Hamilton en voz baja.

—*Ach* —exclamó De l'Orme en tono de reproche—. Ya hemos hablado antes acerca de esa lengua demasiado larga. No había que humillar a la mujer en las fiestas, ni pelearse más con ella. Estuvimos de acuerdo en eso. Tenía que trabajar para controlar su cólera, ¿no es así? Tenía que contener sus prontos.

El joven se puso grisáceo bajo el bronceado de Aspen. De l'Orme se dirigió entonces a todos ellos.

—A lo largo de los años, he observado que el nacimiento de un hijo atempera a menudo a un hombre joven y fogoso. Eso puede señalar incluso su regreso a la fe. Así que cuando me enteré del bautismo del hijo de Hamilton, se me ocurrió una idea. Desde luego, parece ser que la paternidad cambió realmente a nuestro joven malcriado. Ha regresado de nuevo al seno de la Piedra, imbuido de ese fervor especial recién encontrado por el hombre perdido. Desde hace un año, Hamilton se ha mantenido alejado de su costumbre de tomar heroína y de divertirse con fulanas caras, y se ha purificado semanalmente.

—¿De qué está hablando? —preguntó Cooper en tono exigente.

—El joven Cooper ha desarrollado cierto gusto por la oblea sagrada —siguió diciendo De l'Orme—. Y ya conocen las reglas. No puede haber eucaristía sin confesión previa.

Cooper se volvió horrorizado hacia su hijo.

—¿Hablaste con la Iglesia?

Hamilton parecía muy afligido.

—Hablaba con Dios.

De l'Orme ladeó ligeramente la cabeza, con un burlón reconocimiento.

—¿Qué ocurre con el secreto de confesión entre penitente y confesor? —preguntó Vera maravillada.

—Hace tiempo que dejé los hábitos —explicó De l'Orme—, pero mantuve mis amistades y conexiones personales. Sólo se trató de anticipar ese venal *mea culpa* de un hombre, para luego instalarme en un pequeño confesionario, en ciertas ocasiones. Oh, Hamilton y yo hablamos durante horas. He llegado así a enterarme de muchas cosas sobre el hogar de los Cooper. Realmente de muchas cosas.

Cooper, el padre, se arrellanó en el asiento. Miró por el ventanal hacia la noche o hacia su propia imagen reflejada en el espejo. Tras una pausa, De l'Orme continuó.

—La estrategia de Helios consiste en que la enfermedad se extienda por el interior como un vasto huracán mortífero. La empresa podrá ocupar después un

mundo convenientemente esterilizado de todas sus nauseabundas formas vitales, incluidos los abisales. Ésa es la única razón por la que Helios trata de preservar aquí arriba a una población, porque está a punto de matar a todo lo que respire allá abajo.

—Pero ¿por qué? —preguntó Thomas.

—Historia —contestó De l'Orme por toda respuesta—. El señor Cooper ha leído la historia. La conquista se produce siempre del mismo modo. Resulta mucho más fácil ocupar un paraíso vacío.

Cooper le dirigió una mirada encendida a su estúpido hijo. De l'Orme continuó:

—Helios obtuvo el Prion99 de un laboratorio que tenía contrato con el ejército. Quién se lo consiguió a Helios es evidente: el general Sandwell, y también es usted quien reclutó al soldado Dwight Crockett. De ese modo, se podía vacunar a Montgomery Shoat, proporcionándole alguien que pagara el pato.

—¿Monty ha sido vacunado? —preguntó su madre.

—Su hijo está a salvo —contestó Thomas—, al menos de la enfermedad.

—¿Quién controla la vacuna contra ese contagio? —le preguntó Vera a Cooper—. ¿Usted?

Cooper lanzó un bufido burlón.

—Montgomery Shoat —aventuró Thomas—. Pero ¿cómo? ¿Las cápsulas están programadas para liberarse automáticamente? ¿Existe un dispositivo de control remoto? ¿Un código? ¿Cómo se produce?

—¿Se refiere a cómo se detiene?

—Por el amor de Dios, díselo —le rogó Eva a su esposo.

—No se puede detener —dijo Cooper—. Ésa es la verdad. El propio Montgomery codificó el artilugio de puesta en marcha. Él es el único que sabe cuál es la secuencia electrónica. Es una cuestión de salvaguardia mutua. De ese modo, su misión no puede verse comprometida por nadie, ni siquiera por usted —le dijo a Thomas, antes de añadir amargamente—: y tampoco por un hijo indiscreto. Y nosotros, en nuestra precipitación, no podremos difundir prematuramente el virus mientras él no considere llegado el momento oportuno.

—Entonces, tenemos que encontrarle —dijo Vera—. Entréguenos su mapa. Muéstranos dónde ha colocado los cilindros.

—¿Se refiere a esto? —preguntó Cooper dándole una palmada al mapa—. Esto no es más que una proyección. Sólo la gente de la expedición sabe dónde ha estado. Aunque pudiera encontrarle, dudo mucho que Montgomery recuerde dónde colocó las cápsulas a lo largo de un camino de dieciséis mil kilómetros.

—¿Cuántas cápsulas hay?

—Varios cientos. Teníamos la intención de ser muy meticulosos.

—¿Y los artilugios para ponerlas en marcha?

—Sólo uno.

Thomas estudió el rostro de Cooper.

—¿Cuál es el calendario que ha preparado para este genocidio? ¿Cuándo debe desatar Shoat la plaga?

—Ya se lo he dicho. Cuando él mismo decida que ha llegado el momento. Naturalmente, necesitará los servicios de la expedición durante tanto tiempo como sea posible. No es un suicida ni un kamikaze. Insistió en que se le vacunara. Posee un fuerte sentido de la supervivencia y también de la ambición. Estoy seguro de que, cuando llegue el momento, no vacilará en terminar el trabajo.

—Aunque eso suponga matar a todos los demás miembros de la expedición, a su gente y a todos los colonos, mineros y soldados que se encuentren allá abajo.

Cooper guardó silencio.

—¿En qué has convertido a nuestro hijo? —preguntó Eva.

—Es tu hijo —le recordó Cooper, mirándola.

—Monstruo —le susurró ella.

—Miren —exclamó Vera en ese momento.

Miraba la pantalla de vídeo. El abisal había llegado a los amontonados tubos de alcantarilla. Empezaba a incorporarse ante las oscuras aberturas redondas. La pantalla de vídeo lo mostró como si tuviera doce metros de altura. Su caja torácica, puntuada por viejas heridas y marcas rituales, se hundía e hinchaba en rápidas oleadas jadeantes. La criatura estaba vocalizando algo, eso era evidente.

Sandwell se acercó e hizo girar el botón redondo de la pared. La toma de audio sonó por los altavoces. Parecían los gruñidos indignados de un mono cautivo.

Un rostro había aparecido en la boca de una de las tuberías de alcantarilla. Luego, otros rostros surgieron por las otras aberturas. Roñosos y húmedos con su propia suciedad, salieron de sus covachas de cemento y cayeron al suelo, a los pies del abisal. Sólo quedaban nueve o diez de ellos.

La voz del abisal cambió. Ahora canturreaba, o rezaba algo. Suplicaba o hacía una ofrenda. A su propia imagen, a todas las cosas. A la pantalla de vídeo. Los otros, mujeres y niños, empezaron a ulular.

—¿Qué está haciendo?

Sin dejar de cantar, el abisal tomó a uno de los pequeños de manos de una de las mujeres y empezó a acunarlo en sus brazos. Realizó un movimiento sacramental, como si le arrojara cenizas sobre la cabeza y la garganta, pues resultó difícil verlo. Luego, dejó al pequeño a un lado y tomó a otro que se le tendía, llevando a cabo el mismo gesto.

—Les está cortando el cuello —se dio cuenta January, espantada.

—¿Qué?

—¿Es eso un cuchillo?

—Cristal —dijo Foley.

—¿Dónde consiguió ese cristal? —rugió Cooper volviéndose para mirar al general.

Una escuálida hembra estaba delante del abisal carnicero. Echó la cabeza hacia atrás y abrió los brazos; su asesino tardó un momento en encontrarle la arteria y abrirle el cuello. Una segunda mujer se adelantó hacia él.

Una voz tras otra, su canto iba muriendo.

—¡Detenedlo! —le gritó Cooper a Sandwell—. ¡Ese bastardo está matando a todos mis prisioneros!

Pero ya era demasiado tarde.

Amor es deber. Tomó en el brazo doblado a su propio hijo, tan frío como una piedra. Gritó el nombre del Mesías. Llorando, efectuó el corte y sostuvo a su último hijo mientras la sangre le corría por el pecho. Finalmente era libre para unirse con los de su propia sangre porque *ínter Babiloniam et jerusalem nullapax est, sed guerra continua...*

Tercera parte

GRACIA

21

ABANDONADOS

Entre Babilonia y Jerusalén no hay paz, sino guerra continua...

SAN BERNARDO, Los sermones.

El mar, a 11.810 m

Nadie había soñado jamás un lugar como este.

Los geólogos habían hablado de antiguos paleo-océanos enterrados bajo los continentes, pero sólo como hipotéticas explicaciones que explicaran los errantes polos de la Tierra y las anomalías de la gravedad. Los paleo-océanos eran fantasías matemáticas. Esto, en cambio, era real.

Bruscamente, el 22 de octubre, lo encontraron, inmóvil, en calma. Los hombres y mujeres que habían avanzado precipitadamente río abajo para salvar sus vidas, se detuvieron de pronto. Desembarcaron y se unieron a sus camaradas, que estaban boquiabiertos sobre la arena de peltre. El agua se extendía ante ellos como una enorme media luna plana. La más alta de las olas lamía suavemente la orilla. La superficie era suave. Sus luces la rozaban. No tenían ni idea de la forma o el tamaño de aquella extensión de agua. Dirigieron sus rayos láser hacia lo alto, en busca de un techo que, después de medirlo, comprobaron que estaba a ochocientos metros por encima. En cuanto a la extensión del mar, la superficie se curvaba. Lo único que sabían con certidumbre era que el horizonte se hallaba a unos trescientos kilómetros de distancia, sin obstrucciones intermedias y sin que vislumbraran el final.

El camino que habían seguido hasta entonces se bifurcaba a derecha e izquierda, rodeando el mar. Nadie sabía qué camino seguir ni adonde conducía.

—Aquí están las huellas de Walker —dijo alguien, y las siguieron.

Más adelante, playa abajo, encontraron su cuarto avituallamiento. Uno junto a otro, los tres cilindros estaban perfectamente colocados, como una mercancía. Los hombres de Walker habían llegado varias horas antes y apilado los contenedores, formando una base defensiva, con arena amontonada formando un parapeto circular, trincheras y ametralladoras instaladas en campos de fuego cruzados.

Los científicos se aproximaron a pie. Uno de los mercenarios se adelantó y levantó una mano.

—Ya se han acercado bastante —dijo.

—Pero si somos nosotros —dijo una mujer.

En ese momento apareció Walker.

—El depósito queda fuera de los límites para ustedes —les informó.

—No puede hacer eso —gritó alguien.

—Estamos en máxima alerta —dijo Walker—. Nuestra principal prioridad es la protección de los alimentos y los suministros. Si fuésemos atacados y se encontraran dentro de nuestro perímetro, se produciría un caos. Esto es lo mejor que podemos hacer. Les hemos localizado un lugar para montar el campamento, en el lado opuesto de esa roca caída, allí. El oficial de avituallamiento les ha dejado allí sus raciones y la correspondencia.

—Necesito ver a la muchacha —dijo Ali.

—Me temo que eso queda fuera de los límites —dijo Walker—. Ha quedado clasificada como patrimonio militar.

La forma en que lo dijo resultó harto extraña, incluso para Walker.

—¿Quién la ha clasificado? —preguntó Ali.

—Está clasificada —dijo Walker con un parpadeo—. Ella posee información valiosa sobre el terreno.

—Pero si habla un dialecto abisal.

—Tengo la intención de enseñarle inglés.

—En eso se tardará mucho tiempo. Yo e Ike podemos ayudar. Ya he preparado glosarios con anterioridad.

Aquella era su oportunidad para ahondar en el lenguaje.

—Gracias por su entusiasmo, hermana.

Walker señaló hacia veinte botellas rodeadas con envoltorios de burbujas que había sobre la arena.

—Helios ha enviado whisky. Pueden beberlo o tirarlo. En cualquier caso, se quedará aquí. No vamos a llevar con nosotros nada de peso líquido.

Sólo más tarde se darían cuenta los científicos de que el whisky formaba parte de su plan. Aquella noche se pusieron melancólicos y se emborracharon. Su distanciamiento respecto de los mercenarios había ido en aumento a lo largo de los meses. La matanza de los abisales contribuyó a aumentar la división. Ahora vivían en dos campamentos distintos. Se utilizó generosamente el contenido de las botellas.

—Aquí abajo somos como débiles polluelos —se quejó alguien.

—¿Cuánto más podemos soportar? —preguntó una mujer.

—Por Dios que estoy más que dispuesto a regresar a casa —anunció Gitner.

Ali se dio cuenta del estado de ánimo reinante y decidió alejarse. El grupo se veía afectado por el temor, el dolor y la confusión. Trató de encontrar a Ike para compartir pensamientos y lo encontró apoyado contra las rocas, con su propia botella. Walker lo había vuelto vago, sin agallas. Ella se sentía ligeramente decepcionada con Ike. Desprovisto de sus armas, parecía impotente, más dependiente de su habilidad para cometer tropelías.

—¿Por qué te dedicas a beber? —le preguntó con firmeza—. Precisamente esta noche.

—¿Qué le pasa a esta noche?

—Nos estamos desmoronando. Observa a tu alrededor y verás.

En la distancia, la milicia de Walker había instalado focos móviles para defender su posición. Más cerca, como siluetas puntuadas, bailarines medio borrachos ejecutaban movimientos de baile y se quitaban las ropas. Pero no había música. Se podían escuchar las discusiones, la desesperación y el forcejeo de los amantes sobre la arena dura. Aquello ocurría en pleno mes de agosto.

—Para empezar, fuimos demasiados —comentó Ike.

—¿No te sientes preocupado? —le preguntó Ali mirándole fijamente.

Él se llevó la botella a los labios y luego se limpió la boca.

—A veces tiene uno que dejarse llevar —dijo.

—No nos abandones, Ike.

El apartó la mirada. Ali se dirigió hasta un lugar aislado a medio camino entre los dos campamentos y se tumbó a dormir.

A media noche la despertó una mano apretada contra su boca.

—Hermana —le susurró un hombre. Sintió un bulto pesado que le entregaban en las manos—. Escóndalo.

El hombre se marchó antes de que ella pudiera decir una sola palabra.

Ali dejó el bulto junto a ella y lo abrió. Palpó su contenido con las manos: un rifle y una pistola, una escopeta de cañones recortados que sólo podía pertenecer a Ike y cajas de municiones. Fruta prohibida. Su visitante sólo podía haber sido un soldado, y estuvo segura de que debía de ser uno de los quemados a los que Ike había salvado. Pero ¿por qué las armas?

Temerosa de que Walker la estuviera poniendo a prueba, Ali estuvo a punto de devolver el bulto de armas a la base iluminada. Fue antes a preguntarle su opinión a Ike, pero lo encontró inconsciente. Finalmente, escondió la prohibida herencia bajo un farallón.

A primeras horas de la mañana, Ali se despertó ante una neblina de aspecto fosfórico que cubría la playa. En la quietud sintió, más que oyó, los pasos que avanzaban sobre la arena. Se levantó y distinguió unas figuras recortadas a través de la niebla, como espectros que arrastraran un tesoro. Una de ellas se acercó y vio que era un soldado, que le hizo gestos de que guardara silencio y se sentara. Lo conocía ligeramente y le había copiado unos cortos versos de santa Teresa de Ávila, su mística preferida. Esta mañana, sin embargo, el hombre no la miró a los ojos.

Se sentó y guardó silencio, mientras pasaba el último de ellos. Se dirigieron hacia el agua, pero ni siquiera entonces imaginó lo que ocurría. Sólo después de unos pocos minutos, al ver que no aparecía nadie, se levantó y se acercó a la orilla, y vio sus luces que disminuían suavemente en la distancia, a través del mar negro y quieto.

Pensó que Walker debía de haber enviado una especie de patrulla de reconocimiento. Pero luego se dio cuenta de que sobre la arena no había balsas. Ali caminó de un lado a otro, buscando sus embarcaciones, convencida de que se había equivocado de sitio. Sin embargo, las huellas dejadas por las balsas estaban bastante claras. Se las habían llevado todas.

—Esperad —gritó tras las luces que se adentraban en el agua—. ¡Eh! Debía de tratarse de un error absurdo. Seguramente, se habían olvidado de ella al dejarla allí.

Pero si era un error, ¿por qué aquel soldado le había indicado que se sentara de nuevo? Comprendió que aquello formaba parte de un plan, que tenían la intención de dejarla allí.

La conmoción que experimentó hizo que se sintiera vacía. La habían dejado sola. Abandonada.

La sensación de pérdida que experimentó fue inmediata y abrumadora, muy similar a la sufrida hacía ya mucho tiempo atrás, cuando un comisario acudió a su casa para darle la noticia del accidente de coche que habían sufrido sus padres.

El sonido de una tos llegó hasta ella a través de la niebla y entonces comprendió toda la verdad. No la habían abandonado a ella sola. Walker había prescindido de todos aquellos que no se encontraran bajo su mando directo.

Trastabillando sobre la arena, se precipitó a través de la playa y encontró a los científicos diseminados allí donde su juega los había dejado, todavía dormidos. Se fueron despertando de mala gana y se negaron a creerla. Cinco minutos más tarde, al borde del mar, allí donde antes habían dejado sus barcas, fueron comprendiendo el horrible hecho.

—¿Qué significa esto? —rugió Gitner.

—¿Nos han abandonado? ¿Dónde está Shoat? Será mejor que nos dé una buena explicación.

Pero Shoat también se había marchado. Y se habían llevado consigo a la muchacha abisal.

—Esto no puede estar sucediendo.

—¿Sabéis dónde estamos? —preguntó alguien.

Por lo visto, alguien no se había enterado aún. Ali observó sus reacciones como si fuesen extensiones de sí misma. Se sintió obnubilada, encolerizada, paralizada. Lo mismo que sus amigos y camaradas, quería ponerse a gritar, patear la arena, dejarse caer de espaldas. La traición era tan completa que se negaban a aceptarla.

—¿Por qué nos han hecho esto? —preguntó alguien entre lágrimas.

—Tiene que habernos dejado una nota, una explicación.

—Escuchad —exclamó Gitner—, parecéis jovenzuelos a los que acabaran de dar calabazas. Eso no es más que un asunto de negocios. Una carrera por la supervivencia. Walker no ha hecho más que librarse de un puñado de estómagos vacíos. Me sorprende que no lo hiciera antes.

Ike llegó desde el campamento base con un trozo de papel en una mano y Ali observó en él una fila de números.

—Walker ha dejado una parte de los alimentos y los medicamentos. Pero la línea de comunicación está destruida. Y se han llevado todas sus armas.

—Nos han dejado atrás como una boya —se lamentó alguien—, como una ofrenda sacrificial para los abisales.

Ali tomó a Ike por el brazo y la mirada que le dirigió hizo que todos se callaran. De pronto adquirió todo su sentido la visita que había recibido en plena noche.

—¿Crees en el karma? —le preguntó a Ike.

La siguieron hasta donde había ocultado la manta con las armas y cuchillos. La sacaron rápidamente de la arena, pero luego se pasaron una hora discutiendo sobre quién recibiría qué armas.

—No acabo de entenderlo —dijo Gitner—. Ike salva a ese hombre y luego resulta que le entrega todas estas armas a una monja.

—¿No es evidente? —preguntó Pia—. Es la monja de Ike.

Ike no le hizo caso.

—Ahora tenemos nuestra oportunidad —se limitó a decir, mientras cargaba su escopeta de cañones recortados.

En el depósito de avituallamiento revisaron las cajas y latas. Walker les había dejado más de lo esperado, pero menos de lo que necesitaban. Además, sus hombres habían saqueado los paquetes enviados a los científicos por familiares y amigos angustiados. El interior del improvisado fuerte de arena estaba cubierto de pequeños regalos, tarjetas y fotografías. Aquella intromisión en sus intimidades añadió un insulto al delito y aumentó la desesperación de los científicos.

Eran en total cuarenta y seis personas. Un cuidadoso cómputo demostró que disponían de alimentos para 1.124 días-persona, lo que suponía 29 días de raciones completas. Si lo acordaban, eso se podía ampliar reduciendo las raciones. Si la reducción era de la mitad por persona, la comida de que disponían podría durarles dos meses.

Su exploración había terminado. Lo único que quedaba ahora era una carrera por la supervivencia. La expedición se enfrentaba a dos alternativas. Podían regresar al punto Z-3, en Esperanza, a pie, o bien podían continuar a la búsqueda del siguiente punto de avituallamiento, de más suministros y de una forma de salir del interior del planeta.

Gitner se mostró inexorable: su única salvación estaba en llegar a Esperanza.

—Siguiendo ese camino, al menos, no nos enfrentamos con lo desconocido —dijo.

Con las raciones de dos meses podrían llegar al Avituallamiento III, reparar la línea de comunicaciones y pedir más suministros. Llamó estúpidos a todos aquellos que no estuvieran de acuerdo.

—No tenemos un minuto que perder —aseguraba continuamente.

—¿Qué piensas tú? —le preguntaron a Ike.

—Es cuestión de buena suerte —contestó.

—Pero ¿qué camino seguirías tú?

Ali sabía que Ike ya había tomado su decisión, pero no quería asumir la responsabilidad de las decisiones de los demás, de modo que guardó silencio.

—Hacia el oeste no hay más que vacío —declaró Gitner—. Todo aquel que quiera proseguir hacia el este, que venga conmigo.

Ali se sorprendió cuando Ike actuó con astucia y negoció las armas con Gitner. Finalmente, cambió el rifle y su munición, la radio y un cuchillo por cincuenta raciones-día extra de comida.

—Si no os importa, nosotros iremos rodeando esta extensión de agua.

Ahora que contaba con la mayoría de las armas, los alimentos y varios seguidores, a Gitner no le importó lo más mínimo.

—Estáis locos —le dijo Gitner a Ike—. Y vosotros, ¿qué haréis?

—Prefiero explorar territorios nuevos —contestó Troy, el joven experto forense.

—Ike lo ha hecho bien hasta ahora —dijo Pia.

En cuanto a Ali, no defendió su decisión.

—Entonces, os recordaremos —dijo Gitner.

Rápidamente, reunió a su equipo y se prepararon para emprender el viaje, acuciados por la posibilidad de que Walker decidiera regresar para reclamar lo que quedaba. Hubo tiempo para que los dos grupos se despidieran. Las personas de ambas coaliciones se estrecharon las manos, se desearon buena suerte y prometieron enviar un grupo de rescate si lograban salir los primeros.

Poco antes de partir, Gitner se acercó a Ali con su nuevo rifle.

—Creo que sería justo que nos entregaras tus mapas —le dijo—. Tú no los necesitas. Nosotros sí.

—¿Los mapas de mi diario? —preguntó Ali.

Eran suyos. Ella los había creado con su arte y los consideraba como una extensión de sí misma.

—Los necesitamos para recordar todo lo posible las características del terreno. Fue la primera vez que Ali deseó que Ike la apoyara activamente, pero no lo hizo. A la vista de todos, le entregó a Gitner el tubo con los mapas.

—Prométeme cuidarlos —le pidió—. Me gustaría recuperarlos algún día. —Claro.

Gitner ni siquiera le dio las gracias. Se limitó a introducirlos en su mochila y poco después iniciaba la marcha sendero arriba, junto al río. Su gente le siguió.

Además de Ali e Ike, sólo siete personas se quedaron con ellos.

—¿Qué camino seguimos?

—A la izquierda —contestó Ike con total seguridad en sí mismo.

—Pero Walker se fue a la derecha con las barcas. Yo misma lo vi —comentó Ali.

—Eso podría funcionar —admitió Ike—, pero supone un retroceso.

—¿Un retroceso?

—¿Es que no lo notas? —preguntó Ike—. Este es un lugar sagrado. Y en los lugares sagrados se avanza siempre hacia la izquierda. Montañas, templos, lagos, así es como se hace. Siguiendo el sentido de las agujas del reloj.

—¿No es eso algo budista? —preguntó Pia.

—Dante —dijo Ike—. ¿Has leído alguna vez el Infierno? Cuando llegaban a una bifurcación, el grupo seguía a la izquierda, siempre a la izquierda. Y Dante no era budista.

—¿De veras? —se maravilló un corpulento geólogo—. ¿Y durante todos estos meses no hemos hecho más que seguir un poema y tus supersticiones?

—¿Acaso no lo sabías? —preguntó Ike con una sonrisa.

Durante los quince primeros días marcharon descalzos, como paseantes por la playa. La arena estaba fría entre los dedos de los pies. Sudaban bajo las pesadas mochilas. Por la noche les dolían los muslos. Dejarse llevar por las barcas pasaba ahora su factura. Ike procuró mantenerlos en movimiento, pero muy lentamente, al ritmo que siguen los nómadas.

—No tiene sentido echar a correr —dijo—. Lo estamos haciendo bien.

Aprendieron mucho sobre el agua. Ali introdujo la lámpara bajo la superficie y fue como si hubiese tratado de hacer brillar la luz desde detrás de un espejo. Tomó el agua entre las palmas de las manos y fue como contener el tiempo. El agua era antigua.

—Esta agua... lleva aquí desde hace más de medio millón de años —le dijo Chelsea, la hidróloga.

Conservaba un aroma a profundidad de la tierra. Ike la agitó con la mano y dejó caer unas pocas gotas sobre su lengua.

—Es diferente —sentenció.

Después de beber del mar sin vacilación, dejó que los demás tomaran sus propias decisiones, sabiendo que lo observaban con atención para comprobar si enfermaba o le sangraba la orina. Twiggs, el especialista en orquídeas, estuvo especialmente atento. Al final del segundo día, todos bebían de aquella agua sin purificarla.

—Es deliciosa —dijo Ali.

Hubiera querido decir voluptuosa, pero no quiso decirlo en voz alta. De algún modo, era diferente al agua corriente por la forma en que se deslizaba sobre la lengua, por su limpieza. Tomó un poco con las manos para enjuagarse la cara y la dejó resbalar sobre los pómulos. La sensación que le produjo se mantuvo durante largo rato. Finalmente, decidió que todo aquello estaba sólo en su cabeza. Seguramente tendría que ver con aquel lugar.

Un día observaron pequeños destellos sulfurosos a lo largo del horizonte negro. Ike dijo que se trataba de disparos de armas de fuego, a unos ciento cincuenta kilómetros por el lado opuesto del mar. Walker estaba causando problemas, o los estaba teniendo.

El agua era su norte. Durante varios meses habían avanzado sin orientación, sin poder confiar en ninguna brújula, atrapados en aquellas venas ciegas. Ahora tenían el mar y, por una vez, podían prever su geografía. Podían contemplar el mañana y el día siguiente. No era un destino recto, pues había recodos y arcos, pero, para variar, podían ver hasta donde alcanzara su visión, una alternativa muy agradable después del laberinto de túneles claustrofóbicos.

Aunque todos pasaban hambre, ninguno se moría por ello y siempre disponían del agua, que los reconfortaba. Dos, tres y hasta cuatro veces al día se bañaban para quitarse el sudor. Llevaban las tazas de plástico atadas de una cuerda alrededor del cuello y tomaban un trago siempre que querían, casi sin necesidad de inclinarse o de interrumpir la marcha. El cabello de Ali estaba largo, y se lo soltó de la trenza que

llevaba hasta entonces, dejándolo que le cayera sobre los hombros, abundante y limpio.

Se sentían complacidos con el régimen impuesto por Ike. No les azuzaba. Si alguien se cansaba, Ike le llevaba parte de la carga durante un rato. Una vez que se marchó para investigar un cañón lateral, algunos trataron de levantar su mochila y no pudieron soportarlo.

—¿Qué lleva ahí dentro? —preguntó Chelsea.

Nadie se atrevió a mirar, claro. Eso habría sido como tentar a su buena suerte.

Por la noche, cuando apagaban la última luz, la playa brillaba con una fosforescencia del Cretácico inicial, que Ali contemplaba durante horas mientras la arena parecía palpar contra un mar negro que contenía la oscuridad. Se acostumbró a permanecer tumbada de espaldas, imaginando las estrellas y rezando sus oraciones. Cualquier cosa con tal de no dormir.

Desde que Walker perpetrara la matanza, el sueño significaba horribles pesadillas. Mujeres sin ojos la perseguían. En el nombre del Padre. Una noche, Ike la despertó de una pesadilla.

—¿Ali?

La arena se le pegaba al sudor. Jadeaba y se aferró a la mano que le tendía Ike.

—Estoy bien —murmuró jadeante.

—Las cosas no te resultan fáciles —dijo Ike.

«Quédate», estuvo a punto de decirle ella. Pero luego ¿qué? ¿Qué se suponía que debía hacer con él entonces?

—Duerme —le dijo Ike—. Dejas que las cosas te afecten demasiado...

Transcurrió otra semana. Su marcha se hacía más lenta. Los estómagos les producían retortijones de hambre por las noches.

—¿Cuánto tiempo queda todavía? —le preguntaron a Ike.

—Lo estamos haciendo muy bien —les animó él. —Tenemos mucha hambre. Ike los miró, como valorándolos. —No tanta —dijo con suavidad en tono misterioso. Cuánta hambre sufrían, se maravilló Ali. ¿Y cuál sería su alivio?

—¿Dónde puede estar el Avituallamiento IV? Debemos de estar cerca.

—¿A qué fecha estamos? —preguntó Ike.

Sabía que no estaba previsto descender los siguientes cilindros hasta el cabo de otros seis días. Eso, sin embargo, no les impidió caminar esperanzados, a la búsqueda de señales del avituallamiento. Cada uno de ellos tenía un pequeño localizador del avituallamiento, incluido en los relojes de pulsera de Helios. Primero Pia y luego Chelsea agotaron las pilas de sus relojes tratando de captar alguna señal. Era como desear que se produjese un acto de magia. Nadie quería hablar sobre lo que ocurriría si Walker y sus piratas llegaban antes al avituallamiento.

Transcurrieron los seis días y seguían sin encontrar el punto. Sólo recorrían unos pocos kilómetros al día. Ike se hacía cargo cada vez más del peso de los demás. Ali observó con sorpresa que ahora tenía que esforzarse para llevar apenas ocho kilos a la espalda.

Ike recomendó que se racionaran los alimentos.

—Compartir un paquete de supervivencia con dos o tres personas —sugirió—. O comer un solo paquete en un período de dos días.

No obstante, él nunca les tomaba la comida para racionarla por sí mismo. Y ellos nunca lo veían comer.

—¿De qué se mantiene? —le preguntó Chelsea a Ali.

Durante veintitrés días, Gitner pudo conducir a su gente aceleradamente. Parecía imposible, pero en la segunda semana perdieron de algún modo el río. Un buen día estaba allí, y al día siguiente desapareció.

Gitner lo achacó a los mapas trazados por Ali. Sacó los rollos de papel del tubo de cuero y los arrojó al suelo.

—¡Que se pudran! —exclamó—. No son más que ciencia ficción.

Desaparecido el río, les pareció superfluo su equipo para el agua. Abandonaron los trajes de supervivencia, con los que formaron un montón de neopreno.

Al final de la tercera semana hubo gente que empezó a quedar rezagada hasta desaparecer.

Un arco de sal que utilizaron como puente se derrumbó a su paso y cinco de ellos cayeron al vacío. Increíblemente, los dos médicos de la expedición sufrieron fracturas múltiples en las piernas. Fue Gitner quien tomó la decisión de dejarlos atrás, argumentando que los médicos se curaran a sí mismos. Transcurrieron dos días antes de que los ecos de sus lastimosas súplicas se desvanecieran en los túneles que iban dejando atrás.

A medida que disminuía su número, Gitner contaba con tres ventajas: su rifle, su pistola y la provisión de anfetaminas de la expedición. El sueño era el enemigo. Todavía creía posible encontrar el Avituallamiento III y reparar las líneas de comunicación. La comida empezaba a escasear. Pronto se produjeron dos asesinatos. En ambos casos se utilizaron dos fragmentos de roca y se saqueó la mochila de las víctimas.

Al llegar ante una bifurcación del túnel, la opinión de Gitner se impuso a la del grupo. Sin molestarse en explorar, los condujo a todos directamente a una formación conocida por unos como laberinto de esponja y por otros como osario. Al principio, le dieron poca importancia. El laberinto poroso aparecía lleno de bolsas, cavidades interconectadas y burbujas abiertas en la roca que se extendían en todas direcciones, adelante, abajo, arriba y atrás. Aquello era como recorrer una enorme esponja petrificada.

—Ahora sí que avanzamos hacia alguna parte —los animó Gitner—. Evidentemente, alguna clase de disolución gaseosa se ha abierto paso hacia arriba, desde el interior. Ahora sí que podemos ganar terreno hacia arriba.

Los que quedaban empezaron a escalar, a avanzar verticalmente a través de los poros y oviductos. Pero se liaron con las cuerdas al seguir el agujero erróneo. La fricción hizo más lento su progreso. Los agujeros se estrechaban y finalmente conducían a callejones sin salida. Había que pasar las mochilas a través de los intersticios. Todo aquello les hacía emplear mucho tiempo.

—Tenemos que retroceder —le gritó disgustado alguien a Gitner.

Él, sin embargo, le indicó que se desatara de la cordada y continuó el ascenso. Algunos se fueron soltando y se perdieron, ante lo que Gitner aseguró que «ahora se trata de luchar por soportar el peso». Por la noche escuchaban las voces de los que se habían perdido y trataban de localizar al grupo. Gitner se limitó a imprimir una mayor velocidad a la marcha y a mantener la luz encendida.

Finalmente, se quedó a solas con un único hombre.

—Nos has jodido a todos, jefe —le dijo el hombre.

Gitner se limitó a meterle una bala en la cabeza. Escuchó cómo el cuerpo golpeaba y rebotaba, hundiéndose en la profundidad. Luego, se volvió y continuó el ascenso, convencido de que el laberinto de esponja le permitiría encontrar una salida del inframundo para ver de nuevo el sol. En alguna parte, a lo largo del camino, dejó el rifle colgado en un saliente. Un poco más adelante dejó la pistola.

El 15 de noviembre, a las 4.40, el laberinto de esponja se interrumpió. Gitner había llegado al techo.

Le dio la vuelta a la mochila y montó cuidadosamente la radio. El nivel de batería estaba cerca del rojo, pero imaginó que sería lo suficiente para lanzar un fuerte grito de socorro. Con enorme exactitud, procuró enviar la transmisión siguiendo diversas características ramificadas del laberinto de esponja. Luego se sentó sobre un saledizo de mármol y se aclaró tanto los pensamientos como la garganta. Encendió la radio.

—Mayday, mayday —dijo y una vaga sensación de *déjà vu* le recorrió el fondo de su mente—. Aquí el profesor Wayne Gitner, de la Universidad de Pennsylvania, miembro de la Expedición Helios por el sub-Pacífico. Todos los miembros de mi grupo han muerto. Me encuentro ahora solo y necesito ayuda. Repito, suplico ayuda.

La batería se agotó. Dejó el aparato a un lado, tomó el martillo y empezó a golpear el techo, tratando de abrirse paso como fuese. Un recuerdo que no acababa de adquirir forma se introdujo en su mente. Pero él se limitó a seguir martilleando con más fuerza.

En pleno martilleo, se detuvo de pronto y bajó el martillo. Cinco meses antes había escuchado su propia voz enunciando la misma señal de angustia que ahora acababa de transmitir. Durante todo ese tiempo había avanzado en círculos hasta su propio principio.

Para algunos, eso podría haber significado un nuevo inicio.

Para un hombre como Gitner, significó el final.

22

MALOS VIENTOS

*Me siento, apoyado en el acantilado, mientras pasan los años,
hasta que la hierba verde crece entre mis pies y el polvo rojo se
asienta sobre mi cabeza, y los hombres del mundo, creyéndome
muerto, acuden con ofrendas... que dejan junto a mi cadáver.*

HAN SHAN, *Montaña fría*, c. 640 d.C.

Alpes dolomitas

Los eruditos habían trabajado para llegar a este día desde la primera noche que pasaron juntos. Durante diecisiete meses, sus viajes, los *capriccios* de Thomas, les habían llevado a todas las partes del globo, como un dado. Finalmente se reunían de nuevo, esta vez en el castillo de De l'Orme, que se levantaba en una elevada formación de piedra caliza sobre un precipicio, donde era suficiente un poco de ejercicio para jadear.

Por una vez, el enfisema de Mustafah le dio una ventaja, pues llevaba una botella de oxígeno, y se limitó a elevar el flujo de oxígeno. Foley y Vera compartían un polvo italiano de aspirinas para combatir sus dolores de cabeza. Parsifal, el astronauta, pudo fanfarronear demostrando a todos su naturaleza atlética, aunque tenía un color algo verdoso, sobre todo cuando De l'Orme los llevó a visitar las curvadas murallas desde las que se dominaban los escarpados peñascos y las lejanas llanuras.

—¿No te gustan los vecinos? —le preguntó Gault.

Su Parkinson se había estabilizado. Acomodado en una gran silla de ruedas parecía un Pinocho manipulado por niños traviesos.

—¿Verdad que es maravilloso? —dijo De l'Orme—. Cada mañana me despierto y agradezco a Dios que me haya librado de la paranoia.

Ya había explicado los orígenes del castillo, construido por un cruzado alemán que enloqueció ante los muros de Jerusalén y se exilió en lo más alto de aquellas peñas.

Era un castillo bastante pequeño. Construido formando un círculo pequeño al borde mismo del precipicio, casi se parecía a un faro. Terminaron de realizar el recorrido y regresaron adonde habían dejado a January agotada por la malaria, sentada cara al sur, tomando el sol con Thomas. Allá abajo, aparcados al final del

camino, estaban sus coches alquilados. Sus chóferes y enfermeras disfrutaban de un picnic entre las primeras flores.

—Entremos —dijo De l'Orme—. A esta altura, el sol calienta mucho, pero la más ligera nube es suficiente para hacer descender la temperatura. Y se nos acerca una tormenta.

Los gruesos leños encendidos en la chimenea con rejilla de hierro apenas lograban ahuyentar el frío de la sala. El comedor era sobrio, de paredes desnudas, sin ningún tapiz o cabeza de oso. De l'Orme no tenía necesidad alguna de decoración.

Se sentaron alrededor de una mesa y un sirviente acudió a servirles cuencos de espesa sopa caliente. No había tenedores, sino sólo cucharas para la sopa y cuchillos para cortar la fruta, el queso y el *prosciutto*. El sirviente les sirvió vino y luego se retiró, cerrando las puertas tras él. De l'Orme propuso un brindis por sus generosos corazones y todavía más generosos apetitos. La mayoría de ellos habían sido extraños los unos para los otros al principio, y sus caminos sólo se habían cruzado raras veces desde que Thomas los diseminara a los cuatro vientos, desde la ciudad de Nueva York. Pero todos compartían un propósito común tan fuerte que bien podrían haber sido hermanos y hermanas. Se sentían muy animados con las historias que contaban los demás y contentos por su seguridad.

January volvió a contar la última hora pasada con Desmond Lynch en el aeropuerto de Phnom Penh. El se dirigía a Rangún, y luego hacia el sur, en busca de un señor de la guerra de la tribu karen que afirmaba haberse encontrado con Satán. Desde entonces, nadie había vuelto a saber de él.

Esperaron a que Thomas aportara sus propias impresiones, pero él parecía distraído y melancólico. Había llegado tarde, llevando consigo una caja cuadrada, inabordable.

—¿Y dónde está Santos? —le preguntó Mustafah a De l'Orme—. Empiezo a pensar que no le caemos bien.

—Está en Johannesburgo —contestó De l'Orme—. Parece ser que se ha rendido otro grupo de abisales, pero esta vez a un puñado de mineros desarmados.

—Es el tercero en lo que va de mes —observó Parsifal—. Uno en los Urales y otro por debajo del Yucatán.

—Tan dóciles como corderos —dijo De l'Orme—, cantando al unísono, como peregrinos que se dispusieran a entrar en Jerusalén.

—¿Qué idea!

—Cabría imaginar que sería mucho más seguro para ellos seguir el camino contrario y bajar más profundamente, alejándose de nosotros. Es casi como si temieran las profundidades que hay bajo ellos, como si le tuvieran tanto miedo como nosotros a esas profundidades.

—Empecemos —dijo Thomas.

Habían esperado largo tiempo para sintetizar su información. Finalmente empezaron, con los cuchillos en la mano, comiendo uvas. Al principio lo hicieron con precaución, con una actitud de «tú me cuentas lo tuyo y yo te cuento lo mío». Pero al cabo de poco rato el intercambio de información se convirtió en una conversación

abierta y democrática. Psicoanalizaron a Satán con el vigor de nuevos investigadores. Las pistas de que disponían les conducían en una docena de direcciones distintas. Sabían que no les conducía a nada, pero no pudieron evitar el contrarrestar las más extrañas teorías con otras propias todavía más extrañas.

—Me siento muy aliviado —admitió Mustafah—. Creía ser el único en llegar a esas conclusiones tan extraordinarias.

—Deberíamos atenernos a lo que sabemos —les recordó Foley remilgadamente.

—Muy bien —asintió Vera.

Y las cosas no hicieron sino desbocarse aún más.

En algo todos estaban de acuerdo: a excepción del relato sumerio, de cuatro mil años de antigüedad sobre la reina Ereshkigal, Allatu en asirio, el señor del inframundo era siempre masculino. Incluso si el Satán contemporáneo era más que una persona una entidad colectiva, lo más probable es que estuviera dominada por una sensibilidad masculina, por el afán de dominio, el gusto por el derramamiento de sangre.

A partir de los puntos de vista generales sobre los machos alfa, extrapolaron puntos de vista sobre el comportamiento animal, sus impulsos territoriales y la tiranía reproductora. Con un personaje de aquel tipo podía funcionar la diplomacia o no; un puño apretado, una amenaza vacía probablemente le irritarían. El jefe abisal no debía ser un estúpido, al contrario: su fama de artero, de ser capaz de disfrazarse, de inventar y de cerrar acuerdos favorables para él le mostraban como un genio real y capaz de moverse entre las distintas culturas. Tenía el instinto comercial de un mercader de sal, el valor de quien se atreve a atravesar el Ártico en solitario. Era un viajero entre los hombres capaz de conversar en las lenguas humanas, un estudioso del poder, alguien capaz de mezclarse entre los humanos sin llamar la atención, un aventurero que explora al azar, para su beneficio, como el grupo Beowulf o la expedición Helios, sin curiosidad científica.

Su habilidad para el anonimato era un arte; sin embargo, no era infalible. Nunca había sido atrapado, pero sí se le había visto. Nadie conocía su aspecto, lo que quería decir que no se mostraba dos veces como la gente esperaba. Probablemente no tenía cuernos rojos, ni pezuñas ni la cola terminada en un tridente. Podía ser grotesco o animalesco a veces, seductor, voluptuoso, incluso bello en otras ocasiones. Eso, simplemente, manifestaba su capacidad para disfrazarse, o la ayuda de lugartenientes o espías. O la existencia de un linaje de Satán.

En opinión de Mustafah era significativa su habilidad para transferir recuerdos de una conciencia a otra, demostrada ahora clínicamente. La reencarnación hacía posible la existencia de una «dinastía» similar a la teocracia del Dalai Lama. La noción de que Satán pudiera constituir una monarquía religiosa constituyó una sacudida para todos ellos.

—El budismo dotado del más extremado prejuicio —comentó Parsifal.

—Quizá podamos concebir mejor a Satán como un moribundo que va a convertirse en una idea, en lugar de esforzarse por ser una realidad —propuso De l'Orme con irreverencia—. Al deambular por el campamento del hombre durante

todos estos años, el león ha degenerado hasta convertirse en hiena. La tempestad se ha convertido en un bufido de malos vientos, en una especie de pedo en la noche.

Aunque la literatura y las pruebas arqueológicas y lingüísticas describieran al propio Satán o más bien a sus lugartenientes y espías, lo cierto era que el perfil les parecía que encajaba con una mentalidad inquisitiva. No cabía la menor duda de que la oscuridad quería aprender de la luz. Pero ¿para saber sobre qué? ¿Sobre la civilización, la condición humana, la sensación de los rayos del sol?

—Cuanto más aprendo sobre la cultura abisal —dijo Mustafah—, tanto más me reafirmo en la impresión de hallarnos ante una gran cultura en declive. Es como si el intelecto colectivo hubiera desarrollado un Alzheimer y empezara a perder lentamente la razón.

—Yo pienso más bien en el autismo, no en el Alzheimer —comentó Vera—. Un vasto inicio de presencia centrada en sí misma. Una incapacidad para reconocer el mundo exterior, unida a la incapacidad para crear. Fijaos en los artefactos que llegan hasta nosotros desde los lugares abisales. Durante los últimos cinco mil años, esos artefactos han sido cada vez más de origen humano: monedas, armas, arte rupestre, herramientas manuales. Eso podría significar que los abisales se alejaron del trabajo manual y artístico para dedicarse a las artes superiores, o bien que dejaron las minucias cotidianas en manos de artesanos humanos a los que capturaron, o que valoran más las posesiones robadas que las hechas por ellos mismos.

»Pero comparemos eso con el declive de la población abisal a lo largo de los últimos milenios. Algunas proyecciones demográficas sugieren que pudieron haber alcanzado los cuarenta millones de individuos que vivieron subglobal—mente en tiempos de Aristóteles y Buda. En el momento actual, esa cifra ha quedado reducida a menos de 300.000. Ahí abajo hay algo que está saliendo terriblemente mal. Los abisales se han hecho menos avanzados, no han seguido las artes superiores y, en todo caso, se han convertido en poco más que ratas dedicadas a acumular sus cachivaches humanos en nidos tribales, cada vez más inconscientes de lo que tienen, de dónde están o de lo que son.

—Vera y yo hemos hablado ampliamente de esto —dijo Mustafah—. Naturalmente, todavía queda mucho trabajo de campo por hacer. Pero si retrocedemos un millón de años y nos basamos en las pruebas fósiles de que disponemos, parece que los abisales desarrollaron herramientas manuales y hasta amalgamaron artefactos metálicos mucho más adelantados de lo que produjeron los humanos en la superficie. Mientras que el hombre aún andaba tratando de imaginar cómo aporrear dos piedras juntas, los abisales ya habían inventado instrumentos musicales hechos de cristal. ¿Quién sabe? Quizá el hombre nunca descubrió el fuego. ¡Quizá nos lo enseñaron ellos! Pero ahora nos encontramos con estas criaturas grotescas reducidas al salvajismo, con sus tribus desapareciendo en los agujeros más profundos. Realmente, es muy triste.

—La cuestión —dijo Vera— es si ese declive general se refleja en todos los abisales.

—Y sobre todo en Satán —dijo January—. ¿Le afecta eso a él?

—No lo podemos saber con seguridad si no lo conocemos. Pero siempre existe una dinámica entre un pueblo y su líder. El es como una imagen de ellos reflejada en el espejo. Una especie de Dios, pero a la inversa. ¿Somos nosotros una imagen de Dios? ¿Y si él fuese una imagen de nosotros?

—¿Quieres decir que el dirigente no dirige? ¿Que no hace sino seguir a sus masas ignorantes?

—Desde luego, hasta el déspota más aislado refleja a su pueblo —dijo Mustafah—. De otro modo, no sería más que un loco. —Hizo un gesto hacia el espacio que les rodeaba—. No muy diferente al caballero que se construyó este castillo, en lo alto de una montaña perdida en una soledad rocosa.

—Quizá se trate de eso —dijo Vera—. Aislado, alienado, segregado por su propio genio. Dedicado a recorrer el mundo, por encima y por debajo, separado de los de su propia especie, tratando de encontrar una forma de penetrar en la nuestra.

—¿Somos tan atractivos para él? —se preguntó January.

—¿Por qué no? ¿Y si nuestra luz, civilización y salud física e intelectual fuesen su salvación, por así decirlo? ¿Y si representásemos para él o para ellos el paraíso, del mismo modo que su oscuridad, salvajismo e ignorancia representan para nosotros el infierno?

—¿Que Satán se ha cansado de ser Satán? —preguntó Mustafah.

—Pues claro —dijo Parsifal—. ¿Qué otra cosa podría estar más de acuerdo con su naturaleza? El traidor definitivo, el Judas de todos los tiempos. Una serpiente ascendente. La rata que salta del barco.

—O, al menos, un intelecto contemplando su propia transformación —dijo Vera—. Angustiado por la dirección que ha de seguir y tratando de decidir si realmente puede desprenderse de las profundidades.

—¿Qué hay de malo en eso? —preguntó Foley—. ¿Acaso no fue esa la agonía de Cristo? ¿No es ese el problema de Buda? El salvador alcanza su límite y se cansa de ser el salvador, de sufrir. Significa que nuestro Satán es mortal, eso es todo.

January abrió las palmas de las manos ante ellos, como una fruta madura.

—¿Por qué fantasear tanto? —preguntó—. La teoría funciona perfectamente bien con una explicación mucho más sencilla. ¿Y si Satán vino para hacer un trato? ¿Y si lo que quiere es encontrar a alguien como nosotros, tanto como nosotros queremos encontrarle a él?

El lápiz de Foley trazó un nervioso arco amarillo en el aire.

—¡Pero si eso es lo que estaba yo pensando! —exclamó—. De hecho, creo que ya nos ha encontrado.

—¿Qué? —preguntaron tres de ellos a la vez. Hasta el propio Thomas levantó la mirada abandonando sus tenebrosos pensamientos.

—Si hay algo que he aprendido como empresario es que las ideas se producen por oleadas. Las ideas traspasan la inteligencia. En diferentes culturas, diferentes lenguas y diferentes sueños. ¿Por qué habría de suceder de modo diferente con la idea de la paz? ¿Y si la idea de un tratado, o una cumbre o un alto el fuego se le ocurrió a nuestro Satán del mismo modo que se nos ocurrió a nosotros?

—Pero eso daría a entender que nos ha encontrado.

—¿Y por qué no? No somos invisibles. El grupo Beowulf lleva recorriendo el mundo desde hace año y medio. Si Satán cuenta con la mitad de recursos de los que pensáis, habrá oído hablar de nosotros. Y, desde luego, puede habernos localizado y quizá también hasta penetrado.

—Eso es absurdo —exclamaron.

Pero parecían ávidos por saber más.

—Hablas desde la evidencia —le dijo Thomas.

—Sí, claro, la evidencia —asintió Foley—. Es tu propia evidencia Thomas. ¿No fuiste tú quien propuso la idea de que Satán podía querer ponerse en contacto con un líder tan desesperado, enigmático y vilipendiado como él mismo? Un líder como por ejemplo ese señor de la guerra que vive en la jungla y al que Desmond Lynch fue a conocer. Recuerdo que fuiste tú quien sugirió que Satán quizá deseara establecer una colonia propia en la superficie, a la vista de todos, por así decirlo, en un país como Birmania o Ruanda, un lugar tan ignorante y salvaje que nadie se atreva a cruzar sus fronteras.

—¿Quieres decir con ello que yo soy Satán? —preguntó Thomas con expresión burlona.

—No, en modo alguno.

—Ah, eso hace que me sienta aliviado. ¿Quién es, entonces?

—Desmond —propuso Foley.

—¿Lynch? —vomitó Gault.

—Lo digo en serio.

—¿De qué estás hablando? —protestó January—. El pobre se desvaneció. Probablemente haya sido devorado por los tigres.

—Quizá, pero ¿y si se introdujo en secreto entre nosotros? ¿Y si escuchó nuestros pensamientos, esperó a que se le presentara una oportunidad como ésta para conocer a un déspota y establecer un pacto con él? Dudo que se despidiera agradablemente de nosotros antes de desaparecer para siempre.

—Es absurdo.

Foley dejó el lápiz amarillo sobre el bloc de notas.

—Mirad, hemos estado de acuerdo en varias cosas. Que Satán es artero, un maestro del anonimato, que sobrevive gracias a sus disfraces y engaños. Es posible que intentara cerrar un trato... a cambio de paz o de un lugar donde ocultarse, eso no importa. Lo único que sé es que la senadora January vio a Desmond vivo por última vez cuando iba camino de una selva en la que nadie se atreve a entrar.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? —preguntó Thomas—. Yo mismo elegí a ese hombre. Lo conozco desde hace décadas.

—Satán es paciente. Dispone de mucho tiempo.

—¿Estás sugiriendo que Lynch nos siguió la corriente desde el principio, que nos utilizó?

—Por supuesto.

Thomas parecía triste. Triste y decidido.

—Acúsalo tú mismo —dijo.

Dejó entonces la caja sobre la mesa, entre la fruta y los quesos. Bajo un formulario federal de exportación mostraba los sellos diplomáticos en un lacre roto.

—Thomas, ¿es esto necesario? —preguntó Janúary, imaginando lo que vendría a continuación.

—Esto me fue entregado hace tres días —dijo Thomas—. Me llegó vía Rangún y Pekín. Aquí está la razón por la que convoqué esta reunión con todos vosotros. La cabeza de Lynch se había hundido en goma laca. No se habría sentido complacido con lo que habían hecho con su tupido cabello escocés, normalmente separado a la altura de la sien derecha. A través de sus párpados ligeramente abiertos, pudieron ver unos guijarros redondos.

—Le arrancaron los ojos y le colocaron piedras —dijo Thomas—. Probablemente lo hicieron cuando todavía estaba con vida. Y también en vida le hicieron probablemente esto. —Sacó del interior de la caja un collar de dientes humanos—. En varios de ellos aún se ven las huellas dejadas por las tenazas.

—¿Por qué nos muestras esto? —susurró January.

Mustafah mantenía baja la mirada, fija en su plato. Foley había dejado caer los brazos fláccidamente, a lo largo del respaldo de la silla. Parsifal miraba atónito; él y Lynch habían discutido a causa del socialismo. Ahora, su sangrante boca estaba cerrada y sus pobladas cejas plastificadas, y Parsifal se dio cuenta de que se plantearía hasta su muerte cuál era el valor de sus propias convicciones. ¡Qué bastardo tan valeroso!, pensó.

—Otra cosa más —siguió diciendo Thomas—. Dentro de la boca se encontró un par de genitales. Los correspondientes a un mono.

—¿Cómo te atreves? —susurró De l'Orme, que pudo oler la muerte y percibir la palidez del otro—. ¿Aquí, en mi casa, en nuestra comida?

—Sí, he traído esto a tu casa y lo he presentado en nuestra comida para que no dudéis de mí. —Thomas se levantó, apoyando sus grandes nudillos planos sobre la mesa de roble, con su maltratada cabeza caída entre los brazos—. Amigos míos —añadió tras una pausa—, hemos llegado al final.

Si en ese momento hubiera sacado una segunda cabeza, no los habría dejado más asombrados a todos.

—¿Al final? —preguntó Mustafah.

—Hemos fracasado.

—¿Cómo te atreves a decir algo así? —objetó Vera—. Después de todo lo que hemos conseguido.

—¿Es que no veis al pobre Lynch? —preguntó Thomas, sosteniendo la cabeza en alto—. ¿Es que no escucháis vuestras propias palabras? ¿Éste es Satán? —Guardaron silencio y Thomas dejó el horrible objeto de nuevo en la caja, antes de añadir—: Soy tan responsable como vosotros. Sí, es cierto, hablé de la posibilidad de que Satán visitara a algún déspota oculto en alguna remota selva y eso os confundió a todos. Pero ¿no es igualmente posible que Satán hubiera deseado conocer y valorar a una clase de tirano diferente, como por ejemplo al jefe de Helios? Y el hecho de que

conociéramos a Cooper en su complejo de investigación, ¿quiere eso decir que uno de nosotros tiene que ser Satán, quizá incluso tú mismo, Brian? No, no lo creo.

—Está bien, me salí de madre —admitió Foley—, pero una deducción equivocada no debería impedirnos seguir con nuestra investigación.

—Toda esta empresa no es más que un proceso desbocado de deducciones —dijo Thomas—. Nos hemos dejado seducir por nuestro propio conocimiento. No estamos más cerca de conocer a Satán que cuando empezamos. Hemos terminado.

—Seguramente, todavía no —dijo Mustafah—. Aún quedan muchas cosas por saber.

Sus expresiones registraban ese mismo sentimiento.

—Ya no puedo seguir justificando las penalidades y peligros —dijo Thomas.

—No tienes por qué justificar nada —le desafió Vera—. Esto es algo que hemos elegido nosotros mismos, desde el principio. Míranos.

A pesar de los tormentos sufridos y del asalto del tiempo, no eran las figuras espectrales que Thomas había reunido por primera vez en el Louvre y a las que había impulsado a la acción. Sus rostros estaban bronceados por soles exóticos, su piel curtida por los vientos y el frío, sus ojos brillaban encendidos por la aventura. Esperaban morir, y su llamada a las armas les había salvado la vida.

—Está claro que el grupo quiere continuar —dijo Mustafah.

—Yo acabo de empezar a estudiar esa nueva prueba olmeca —explicó Gault.

—Y los suecos están ahora mismo desarrollando una nueva prueba del ADN —dijo Vera—. Me mantengo en contacto diario con ellos. Creen que eso sugiere que existe una ramificación de una especie nueva. Sólo es cuestión de unos pocos meses más.

—Y se ha recibido una nueva transmisión fantasma desde el interior —dijo Parsifal—. De la expedición Helios. El código de la fecha indicaba el 24 de noviembre, hace ya casi medio año. Pero eso es todavía un mes más reciente que nada de lo que hayamos logrado recibir. La cadena digital aún se tiene que intensificar, y sólo se trata de una comunicación parcial, algo en lo que se habla de un río. No es mucho, pero eso quiere decir que están con vida. O que lo estaban. De eso hace meses. No podemos abandonarlos, Thomas. Dependen de nosotros.

El comentario de Parsifal no pretendía ser cruel, pero hizo que Thomas hundiera la barbilla sobre su pecho. Semana tras semana su rostro se había ido haciendo más cavernoso, evidentemente agobiado por todo lo que había puesto en movimiento.

—¿Y qué me dices de ti mismo? —le preguntó January con mayor suavidad—. Ésta ha sido tu búsqueda desde mucho antes de que cualquiera de nosotros te conociera.

—Mi búsqueda —murmuró Thomas—. ¿Y adonde nos ha llevado eso?

—La caza tiene un valor intrínseco —dijo Mustafah—. Eso ya lo sabías al principio. Aunque no hayamos logrado ver alguna vez a nuestra presa y mucho menos traerla a la tierra, el caso es que hemos aprendido sobre nosotros mismos. Al

seguir las huellas de Satán, hemos conseguido disipar antiguas ilusiones y hemos podido tocar la realidad de lo que somos.

—¿Ilusión? ¿Realidad? —dijo Thomas—. Hemos perdido a Lynch en la selva. A Rau a causa de la locura. Y a Branch en esta búsqueda. Hemos enviado a una mujer joven a la muerte en el centro de la tierra. Os he alejado de vuestras familias y hogares. Y cada día que transcurre seguimos arrojando nuevos riesgos.

—Pero Thomas, somos voluntarios —le recordó Vera.

—No —insistió él—, ya no puedo justificar esto.

—En ese caso márchate —dijo la voz de De l'Orme. Al otro lado de la ventana, por detrás de su cabeza, unos negros nubarrones se acumulaban en preparación de la tormenta que sin duda se desencadenaría aquella misma tarde. El rostro de De l'Orme aparecía radiante a causa del reflejo de las llamas de la chimenea. El tono de su voz fue firme.

—Puedes seguir manteniendo la antorcha en alto —le dijo a Thomas—, pero no puedes apagarla.

—Ahora estamos muy cerca, Thomas —le dijo January.

—¿Cerca de qué? —preguntó Thomas—. Entre todos nosotros contamos con más de quinientos años de erudición y experiencia combinadas. ¿Y adonde hemos llegado después de un año y medio de investigación? —Dejó el collar de dientes de Lynch dentro de la caja, como si fuera un rosario de abalorios—. A la conclusión de que uno de nosotros es Satán. Amigos míos, hemos contemplado el agua negra durante tanto tiempo, que ésta se ha convertido en un espejo. El fulgor de un relámpago recorrió el cielo entre dos torres de piedra caliza, a media distancia. El trueno resonó en la sala. Más abajo, los chóferes y enfermeras contratados echaron a correr hacia los coches, justo cuando empezó a llover torrencialmente.

—Ahora no puedes detenernos, Thomas —dijo De l'Orme—. Ahora disponemos de nuestros propios recursos, tenemos nuestros propios imperativos. Seguiremos el camino que tú nos abriste, conduzca adonde conduzca.

Thomas cerró la caja y posó los dedos sobre la tapa de cartón.

—Seguidlo entonces —dijo—. Me duele mucho decirlo, pero a partir de ahora, seguiréis vuestro camino sin contar con la bendición y el *imprimatur* del santo padre. Y lo seguiréis sin mí. Amigos míos, me falta la fortaleza que vosotros demostráis. Me falta vuestra convicción. Perdonadme por mis dudas y que Dios os bendiga a todos.

Cerró la caja.

—No, no te marches —le susurró January.

—Adiós —les dijo antes de salir hacia la tormenta.

23

EL MAR

Había dejado de ser un espacio en blanco de delicioso misterio...

JOSEPH CONRAD, El corazón de las tinieblas.

Por debajo de las fosas de las Marianas y de Yap, a 12.400 m

El mar se extendía ante ellos. Llevaban caminando desde hacía cuarenta y un días. Ike procuraba tenerlos bien controlados. Marcaba el ritmo, descansaba cada media hora, circulaba entre ellos como Gunga Din, les llenaba las botellas de agua, los felicitaba por su resistencia.

—¿Dónde estabais cuando os necesité en el Makalu? —les decía—. Si hubiera podido contar con gente como vosotros...

El siguiente más fuerte del grupo era Troy el forense, que probablemente se tomaba sus copas en Barrio Sésamo cuando Ike se enfrentaba a sus picos del Himalaya. Realizaba un magnífico trabajo tratando de ser como Ike, solícito y útil a los demás. Pero también él se estaba agotando. A veces, Ike lo colocaba al frente, en un puesto de confianza, que era su forma de hacerle honor. Ali decidió que lo mejor que podía hacer para ayudar era caminar con Twiggs, cuya desaparición hubieran deseado todos los demás. Desde el momento en que se despertaba, el hombre no hacía más que lloriquear, rogar y cometer pequeños hurtos. El microbotánico era un mendigo nato. Sólo Ali podía tratar con él y lo hacía como si fuese una novicia adolescente con granos en la cara. Cuando Pía o Chelsea se maravillaban ante su paciencia, Ali les explicaba que si no fuera Twiggs sería alguna otra persona. Nunca había visto a una tribu que no contara con su chivo expiatorio.

Sus tiendas de campaña habían pasado a mejor vida. Ahora dormían en delgadas colchonetas enrollables, como única pretensión de su antigua civilización. Sólo a tres de ellos les quedaba el saco de dormir, pues el kilo y medio de peso había demostrado ser excesivo para llevarlo auestas. Cuando la temperatura bajaba, se apretujaban unos a otros, envueltos en los sacos extendidos sobre el montón de cuerpos. Ike raras veces dormía con ellos. Habitualmente, tomaba la escopeta y se alejaba, para regresar por la mañana. Una de esas mañanas, antes de que Ike regresara de su patrulla nocturna, Ali se despertó y descendió hasta el mar para lavarse la cara. Una neblina propia de los pantanos avanzaba sobre la orilla, aunque

ella veía lo suficiente como para saber dónde ponía los pies, sobre la arena. Cuando estaba a punto de rodear una gran roca redonda, oyó ruidos.

Los sonidos eran delicados y tenues. Enseguida se dio cuenta de que no hablaban en inglés y, probablemente, en ningún idioma humano. Escuchó con mayor atención y luego avanzó varios pasos más, sin hacer el menor ruido, hasta el borde de la roca, aunque manteniéndose escondida. Daba la impresión de que allí abajo había dos figuras. Escuchó en silencio las voces que murmuraban y emitían clics y, lentamente, se fue introduciendo en un horizonte diferente de la existencia. No cabía la menor duda de que eran abisales.

Contuvo la respiración. El sonido de una de las figuras no era muy diferente al agua que chapoteaba ligeramente sobre la arena de la orilla. La otra era menos articulada en la pronunciación de las vocales, con sonidos más cortantes y secos en su encadenamiento de palabras. Parecían amables, como dos viejos amigos. Se asomó desde el otro lado de la roca para verlos.

Resultó que no eran dos, sino tres. Uno era una gárgola similar a las que Shoat e Ike habían matado. Se encontraba acucillado al borde mismo del agua, con las manos planas sobre el líquido, mientras sus alas se movían lánguidamente arriba y abajo. Las otras dos figuras parecían anfibios, o algo similar, como pescadores que no tuvieran más recuerdo que el mar, medio hombres medio peces. Uno estaba tumbado de costado sobre la arena, con los pies en el agua, mientras que el otro se dejaba mecer en ella, en reposo. Tenían las cabezas en forma de huso y los ojos grandes de las focas, pero con dientes muy afilados. Su carne era lisa, lustrosa y blanca, con pequeños pelos negros en el lomo.

Ali tenía miedo de que huyeran si se asomaba. De pronto, temió que no se marcharan. Uno de los anfibios se agitó y se revolvió para verla, mostrándole su grueso falo. Estaba erecto. Ali se dio cuenta entonces de que se lo había estado acariciando. La gárgola flexionó la boca como un babuino y la arcada dental que mostró fue algo depravado.

—Oh —exclamó Ali estúpidamente.

¿En qué había estado pensando al venir aquí a solas? La observaron con la compostura de unos filósofos en una encrucijada. Uno de los anfibios siguió adelante y terminó de expresar su pensamiento en su suave lenguaje, sin dejar de mirarla. Ali consideró la idea de regresar corriendo adonde estaba el grupo. Retrocedió un paso para volverse y echar a correr. La gárgola dirigió hacia ella la más breve de las miradas de soslayo.

—No te muevas —murmuró entonces la voz de Ike.

Estaba acucillado en lo alto de la roca, a su izquierda, equilibrado sobre los talones. La pistola que sostenía en una mano parecía colgar de ella relajadamente.

Los abisales no volvieron a hablar. Tenían esa peculiar facilidad que poseen los orientales para los silencios prolongados. El que se había estado acariciando continuó haciéndolo con la complacencia de un mono, sin demostrar la menor timidez, pero tampoco un propósito definido. No se oía nada, excepto el lamer del agua sobre la arena, y el sonido de la piel del que se rascaba.

Al cabo de un rato, la gárgola dirigió una última mirada a Ali; luego se impulsó hacia adelante, sobre la superficie del agua, y se alejó, batiendo lentamente las alas, sin elevarse más que unos pocos centímetros sobre el mar. Trazó una diagonal hacia la neblina y desapareció en ella.

Para cuando Ali volvió a fijar su atención sobre los anfibios, uno de ellos se había desvanecido. El único que quedaba, el masturbador, alcanzó un estado de abulia y abandonó su actividad. Se deslizó bajo el agua y fue como si hubiera sido tragado por una enorme boca. Los labios del mar se cerraron sobre él.

—¿Ha ocurrido esto realmente? —preguntó Ali en voz baja.

El corazón le latía con fuerza. Se adelantó para comprobar las huellas en la arena, para confirmar la realidad.

—No te acerques al agua —le advirtió Ike—. Te está esperando.

—¿Sigue ahí?

¿Cómo podía ser que sus abisales zen estuvieran allí, al acecho? Pero si estaba todo muy tranquilo...

—Será mejor que retrocedas, por favor. Empiezas a ponerme nervioso, hermana.

—Ike, ¿puedes entender lo que dicen? —preguntó ella de pronto.

—Ni una sola palabra. A éstos no.

—¿Hay otros?

—No hago más que decirlo: no estamos solos.

—Pero haberlos visto realmente...

—Ali, hemos estado cruzando entre ellos constantemente.

—¿Como éstos?

—Y como otros de los que preferirías no saber nada.

—Pero si parecían pacíficos. Casi como tres poetas. —Ike hizo chasquear la lengua—. Entonces, ¿por qué no nos han atacado?

—No lo sé. Intento imaginarlo. Es casi como si me conocieran. —Vaciló antes de añadir—: O a ti.

Branch iba retrasado y se sentía débil.

Seguía el camino que habían tomado los expedicionarios de Helios, pero el rastro serpenteaba, o quizá fuera él. Sabía que era propio de él. Las picaduras de los insectos le habían puesto enfermo y lo mejor que podía hacer era encontrar una madriguera y esperar a que se le pasara la fiebre. Pero con tanta presencia humana por los alrededores, no confiaba en ninguna madriguera.

La parada no haría sino atraer a depredadores de muchos kilómetros a la redonda. Si lo encontraban convaleciente en un agujero, todo habría terminado. Por eso, Branch mantuvo la marcha.

Las heridas de toda una vida le dificultaban el ritmo. El delirio le absorbía la atención. Se sentía muy viejo. Parecía como si hubiese estado viajando desde el principio de los tiempos.

Llegó a una estrecha chimenea, por la que se deslizaba un pequeño riachuelo. Con el fusil en bandolera, Branch descendió por la cuerda hacia el abismo. Al llegar al fondo, tiró de la cuerda, la enrolló y siguió su camino. Era nuevo en aquella región, pero no un novato.

Encontró el esqueleto de una mujer. El largo cabello negro le colgaba del cráneo, lo que era algo insólito, porque, debidamente anudado, aquello habría constituido una buena cuerda. El hecho de que lo dejaran allí le indicó que debía de haber otros muchos humanos disponibles en el mismo estado. Eso estaba bien. De ese modo los depredadores sentirían menos inclinación a cazarlo.

Durante el día, Branch encontró más restos de humanos: esqueletos enteros, costillas sueltas, una huella o una mancha seca de orina, o el olor característico del *Homo sapiens* entre los excrementos abisales. Alguien había rascado sus nombres en la pared, junto con una fecha. Una fecha de sólo dos semanas antes le hizo concebir esperanzas.

Entonces encontró el montón de trajes de supervivencia, algunos de los cuales estaban rasgados o cortados. Para un abisal, los trajes de neopreno debieron de parecer como pieles sobrenaturales o incluso como animales vivos. Revisó el montón y se puso uno que estaba completo y le ajustaba bien.

Poco después, Branch encontró los rollos de papel con los mapas de Ali. Los revisó apresuradamente, por orden cronológico. Al final, la mano de otra persona había narrado la traición de Walker al llegar al mar y la dispersión del grupo. Pronto pudo hacerse una composición de lugar y comprendió por qué este grupo se había separado, lo cual le había hecho vulnerable, y por qué no encontraba a Ike entre ellos. También comprendió hacia dónde tenía que moverse para encontrar aquel mar subterráneo. A partir de allí podía encontrar más señales, y la crónica de Ali tenía perfecto sentido para él. Tomó los mapas y siguió su camino.

Un día más tarde, Branch se dio cuenta de que le seguían los pasos.

Pudo olerlos en la corriente de aire, y eso lo perturbó. Significaba que debían de estar muy cerca, porque su olfato no era tan agudo. Ike los habría detectado mucho antes. Una vez más, se sintió viejo.

Tuvo ante sí las mismas dos alternativas que tiene cualquier animal: luchar o huir. Branch prefirió echar a correr.

Tres horas más tarde llegó al río. Vio el sendero que se extendía a lo largo de la orilla, pero ya era demasiado tarde. Se giró en redondo y allí estaban. Eran cuatro, abiertos en abanico sobre la ladera, por encima, pálidos como larvas.

Una delgada lanza, con la punta de obsidiana sujeta por juncos, se estrelló sobre la roca, a su lado. Otra se hundió en el agua. Le habría resultado fácil disparar contra el más joven, que se le acercaba por la izquierda. Pero eso aún habría dejado a tres de ellos y exactamente la misma necesidad de hacer lo que hizo entonces.

El salto fue torpe, dificultado por el fusil y el tubo de mapas con envoltura impermeable. Tuvo la intención de caer en aguas abiertas, pero su pie derecho se golpeó contra una roca. Oyó el limpio chasquido de su rodilla derecha. Se aferró al

fusil, pero los mapas se le cayeron a la orilla. El impulso, por sí solo, fue suficiente para introducirlo en la corriente, que se lo tragó.

Durante todo el tiempo que pudo contener la respiración, Branch dejó que el río lo arrastrara. Finalmente, tiró de la anilla de seguridad del traje de supervivencia y notó cómo se inflaban las vejigas. Salió a flote a la superficie, como un corcho.

El abisal más rápido todavía intentaba encontrar su pista a lo largo del río. En cuanto la cabeza de Branch asomó por encima del agua, el abisal se apresuró a lanzar.

La lanza se hundió profundamente en él al tiempo que disparaba desde debajo del agua; el disparo se abrió hacia arriba en alargadas patas de gallo. El abisal se giró sobre sí mismo, muerto, y cayó de bruces al agua. El río lo arrastró, alrededor de recodos y ángulos, alejándolo del peligro.

Durante los cinco días siguientes, Branch tuvo al abisal muerto por compañero, mientras ambos eran arrastrados hacia el mar. El río, como una madre, se mostraba imparcial para con las diferencias de sus hijos. Bebió su agua y su fiebre disminuyó.

La lanza terminó por salirse por sí sola.

Unas anguilas parásitas le chuparon suavemente. Se alimentaron de su sangre, pero la herida se mantuvo limpia. En alguna parte, a lo largo del camino, consiguió devolver a su sitio la rodilla dislocada.

Con todo aquel dolor no fue nada extraño que soñara tanto, mientras era arrastrado hacia el mar.

Más atrás, en la orilla del río, una monstruosidad, pintada, tintada y llena de cicatrices, recogió el tubo de mapas, Les quitó la envoltura impermeable y sujetó las esquinas con rocas, mientras los abisales se reunían a su alrededor. Ellos no sabían comprender aquella clase de cosas. Pero Isaac observó el gran cuidado y detalle que había desplegado el cartógrafo en aquellas páginas.

—Hay esperanza —dijo en abisal.

Durante días habían estado observando un brillo nebuloso del color de la leche, que ocupaba la grupa de su horizonte. Pensaron que podría tratarse de una nube o del vapor producido por una cascada, o quizá de un iceberg varado, Ali temió que estuvieran sufriendo alucinaciones colectivas producidas por el hambre, pues ya empezaban a tambalearse en el camino y a hablar a solas. Nadie imaginaba encontrar una fortaleza junto al mar, tallada en acantilados fosforescentes.

Tenía cinco pisos de altura, y sus muros eran tan suaves como el alabastro egipcio. Había sido cortada gradualmente a partir de la roca sólida. Según les dijo Twiggs era de caliza no oolítica. Los romanos solían obtenerla de canteras de la antigua Bretaña. Era la piedra utilizada en la construcción de la abadía de Westminster. Una calcita blanca y cremosa surgía del suelo y ofrecía un aspecto tan blando como el jabón que a lo largo de los años se secaba para adquirir la dureza perfecta para la escultura. La adoraba por los residuos de polen que contenía.

Hacía mucho tiempo, los abisales habían tallado la cara de esta pared, arrancándole la piedra más blanca para construir un complejo de salas, defensas y

estatuas, todas hechas de una sola pieza. No se le había añadido un solo bloque o ladrillo, y aquello formaba un único y enorme monumento.

Con una anchura tres veces superior a su altura, la fortaleza estaba vacía y en bastante mal estado. Respiraba el mar y estaba claro que había sido el baluarte del comercio de algún gran imperio desaparecido. Podía verse lo que quedaba en los muelles de piedra y en las rampas sumergidas un par de centímetros en el agua.

A pesar de estar tan debilitados por el hambre, se sintieron seducidos. Recorrieron las estancias peladas que daban al mar nocturno y a los farallones por debajo de la fortaleza, en su parte posterior. Se habían tallado escalones en los lados del acantilado, aparentemente miles de ellos, que daban a nuevas profundidades.

Fueran quienes fuesen los seres contra los que los abisales habían construido este monstruo defensivo, no eran humanos. Ali calculó que la fortaleza se remontaba a 15.000 años atrás, y probablemente más.

—El hombre seguía tallando el pedernal en las cuevas mientras esta civilización abisal mantenía un comercio ribereño a lo largo de miles de kilómetros de costa. Dudo mucho que constituyéramos una amenaza para ellos.

—Pero ¿adonde se marcharon? —preguntó Troy—. ¿Qué pudo haberlos destruido? Mientras recorrían la mole medio derrumbada, encontraron a un pueblo de otra época. Las salas y parapetos de la fortaleza se habían construido a escala del *Homo*, con techos planificados a una altura notablemente uniforme de dos metros.

Las paredes contenían restos de imágenes grabadas, de escrituras y glifos, y Ali declaró que aquella escritura era más antigua de la que habían visto antes. Estaba segura de que ningún epigrafista había visto aquella escritura.

En lo más profundo del cavernoso interior se elevaba una columna aislada. Alcanzaba los veinte metros de altura, en una gran cámara abovedada, situada en el corazón mismo del edificio. Una plataforma elevada los separaba de la base del capitel. Recorrieron una circunferencia completa alrededor de la inmensa sala, siguiendo los estrechos pasillos, iluminando con las luces la sección superior de la aguja. No había puertas ni escalones que condujeran hasta la plataforma.

—La aguja podría ser la tumba de un rey —dijo Ali.

—O el torreón de un castillo —dijo Troy.

—O un buen viejo y anticuado símbolo fálico —propuso Pia, que estaba allí porque su amante, el primatólogo Spurrier, confió en Gitner menos de lo que confiaba en Ike—. Como una roca de Siva o el obelisco de un faraón.

—Tenemos que descubrirlo —dijo Ali—. Podría ser importante.

Importante para su búsqueda del desaparecido Satán, aunque no lo dijo.

—¿Qué propones? ¿Que esperemos a ver si nos salen alas? —preguntó Spurrier—. No hay escalera.

Con un delgado rayo de luz de su linterna, Ike siguió el trazado de un conjunto de manijas de agarre talladas en la parte superior de la pared circular de la plataforma. Abrió la mochila de cincuenta kilos de peso y vació todo su contenido; todos aprovecharon para echar un vistazo.

—¿Sigues llevando cuerda? —preguntó Ruiz, el séptimo de los que habían decidido acompañar a Ike—. ¿Cuántos rollos llevas ahí?

Ali vio incluso un par de calcetines limpios. ¿Después de todos aquellos meses?

—Fijaos en todas esas raciones de supervivencia —dijo Twiggs—. Nos las has estado quitando a los demás.

—Cierra el pico, Twiggy —le cortó Pia—. Son sus raciones.

—Tomad, estaba esperando este momento —dijo Ike, que les fue entregando los paquetes de comida—. Son los últimos que nos quedan. Feliz día de Acción de Gracias.

En efecto, era el 24 de noviembre.

Fueron voraces. Sin mayores ceremonias, el resto de miembros de la Sociedad Julio Verne abrió los paquetes, calentó el jamón y las rebanadas de pina y llenó sus doloridos estómagos. No se tomaron la molestia de racionar la comida.

Ike, mientras tanto, se dedicó a desenrollar una de sus cuerdas. Rechazó la comida, y aceptó algunas de las latas, aunque sólo de las rojas. De todos modos, ellos no sabían qué hacer con ellas y sólo se peleaban por las migajas de dulce.

—Pero si no hay diferencia alguna con las amarillas o las rojas —comentó Chelsea.

—Claro que la hay —replicó Ike—. Son rojas. —Ike se ató un extremo de la cuerda a la cintura—. Llevaré la cuerda tras de mí. Si encuentro algo allá arriba, la sujetaré y podréis subir para echar un vistazo.

Armado con el foco del casco y su única pistola, Ike se aupó sobre los hombros de Spurrier y Troy y luego se lanzó de un salto para alcanzar la manija más baja. Desde allí sólo tuvo que subir siete metros hasta lo alto. Se afianzó como una araña, se sujetó al borde de la plataforma y empezó a izarse a pulso. De pronto, se detuvo y, desde abajo, lo vieron mantenerse inmóvil durante un minuto.

—¿Ocurre algo? —preguntó Ali.

Ike los miró desde arriba.

—Será mejor que subáis a verlo vosotros mismos.

Hizo nudos en la cuerda y les improvisó una escala. Uno tras otro, ascendieron, débiles, necesitados de ayuda. Iban a necesitar más de una comida para recuperar su fortaleza.

Entre ellos y la torre les esperaba un ejército de cerámica. Sin vida y, sin embargo, vivo.

Eran guerreros abisales, hechos de terracota vidriada. De frente hacia los intrusos, eran varios cientos. Aparecían dispuestos en círculos concéntricos alrededor de la torre, y cada estatua llevaba un arma y mostraba una expresión feroz. Algunos todavía conservaban una armadura hecha de delgadas planchas de jade unidas con eslabones de oro. Como máximo, el tiempo había tensado o roto el oro y las placas se habían caído a sus pies, dejando desnudos a los maniqués abisales.

Resultaba difícil no hablar en susurros. Se quedaron impresionados, intimidados.

—¿Con qué nos hemos topado? —preguntó Pia.

Algunos blandían garrotes terminados en puntas de obsidiana, preaztecas. Eran atlats, lanzadores de lanzas, mazas de piedra con cadenas y mangos de hierro. Algunas de las armas mostraban signos geométricos de tipo maorí, pero tenían que ser anteriores a la cultura maorí por lo menos unos catorce mil años. Las lanzas y flechas hechas de junco abisal se habían dotado no de plumas de animales, sino de espinas de pescado.

—Esto es como la tumba Qin, en China, aunque más pequeño —comentó Ali.

—Y siete veces más antiguo —sentenció Troy—. Y abisal.

Penetraron con precaución entre los círculos de centinelas, teniendo mucho cuidado en dónde ponían los pies, como estudiantes de tai-chi para no perturbar la escena. A los que todavía les quedaba película tomaron fotografías.

Ike enfundó la pistola y fue de uno a otro, reuniendo cosas que sólo tenían significado para él. Ali se limitó a recorrer la plataforma acompañada por Troy, la verdadera imagen del asombro.

—Estas pieles del suelo están llenas de mercurio —dijo él, señalando la red tallada en el lecho de piedra—. Y se mueve como si fuese sangre. ¿Cuál podrá ser el significado?

Resultaba relativamente fácil imaginar, por los detalles, que las estatuas se habían construido siguiendo fielmente a los modelos originales. En tal caso, los guerreros habrían tenido una extraordinaria altura media de un metro setenta y ocho centímetros... hacía quince mil años. Según señaló Troy, siempre era un error generalizar demasiado a partir del aspecto de un ejército, pues éstos tenían tendencia a reclutar a los ejemplares más sanos y físicamente mejor preparados de una población. Aun así, durante ese mismo período neolítico, el *Homo sapiens* medio sólo alcanzaba una altura de diez a quince centímetros más baja.

—Frente a estos tipos, Conan el Bárbaro no habría sido más que un enano mesomórfico al frente de un puñado de insignificantes humanos —dijo Troy—. Eso hace que uno se pregunte por qué, con su tamaño físico, su nivel de organización social y su riqueza, no nos invadieron los abisales.

—¿Y quién dice que no nos invadieron? —preguntó Ali, sin dejar de estudiar las estatuas—. Lo que me intriga es lo doblada que está la base craneal y lo rectas que son las mandíbulas. ¿Recordáis aquella cabeza que trajo Ike? El cráneo encajaba de modo diferente en el cuello. Eso lo recuerdo claramente. Se extendía hacia adelante, como un chimpancé. Y la mandíbula mostraba un pronunciado adelantamiento.

—Yo también lo observé —asintió Troy—. ¿Estás pensando lo mismo que yo?

—¿Inversión?

—Exactamente. Es una posibilidad. —Troy abrió las manos—. Desde luego, no puedo estar seguro, Ali. En términos corrientes, la mandíbula recta, lo que técnicamente se conoce como ortognatismo, constituyó un salto evolutivo respecto del rasgo más primitivo de la mandíbula adelantada. La antropología, sin embargo, no se ocupa del avance evolutivo, como tampoco lo hace de su retroceso. Una mandíbula recta se llama un rasgo «derivado». Lo mismo que todos los rasgos, se trata de una adaptación a las condiciones medioambientales. Pero las presiones

evolutivas se hallan en flujo constante y pueden conducir al desarrollo de nuevos rasgos que, a veces, parecen primitivos. A eso se le llama inversión. La inversión no supone un retroceso más que en apariencia. No es un regreso a un rasgo primitivo, sino un nuevo rasgo derivado que imita el rasgo primitivo. En este caso, los abisales habían evolucionado hacia una mandíbula recta hacía quince o veinte mil años antes, como podía verse por aquellas estatuas, pero aparentemente habían derivado a una mandíbula adelantada, que les daba un aspecto muy simiesco y primitivo. Al margen de cuál fuese la razón, el *Homo abisalis* parecía hallarse en proceso de inversión.

La importancia que aquello tenía para Ali se relacionaba con lo que significaba para el lenguaje el conocimiento abisal. Una mandíbula recta proporciona capacidad para pronunciar una gama más amplia de consonantes, mientras que la estructura erecta de la unión cuello-cráneo, la llamada flexión basicraneal, significa una laringe o caja de resonancia más baja, lo cual permite una gama de vocales más amplia. El hecho de que las estatuas abisales de 15.000 años de antigüedad tuvieran mandíbulas rectas y cabeza erecta, unos rasgos que no mostraba el trofeo de Ike, sugería que podrían haber tenido problemas con el lenguaje abisal moderno y, posiblemente, con su conocimiento. Ali también recordó la observación de Troy sobre la simetría en el cerebro abisal. Parecía como si las condiciones subterráneas hubieran hecho evolucionar a los abisales, transformándolos de unas criaturas capaces de esculpir esta fortaleza, cocer estos guerreros de terracota y recorrer el mar y los ríos, en prácticamente unas bestias. Ike había dicho que los abisales ya no podían leer la escritura abisal. ¿Y si hubieran perdido también su capacidad para razonar? ¿Y si resultaba que Satán no era más que un cretino salvaje? ¿Y si los Gitner y Spurrier del mundo tenían razón y el *Homo abisalis* no merecía mejor tratamiento que un perro depravado?

—Sin embargo, ¿cómo pudieron experimentar una inversión tan rápida? —se preguntó Troy—. Digamos que en veinte mil años. No es tiempo suficiente para que se produjera una evolución tan pronunciada, ¿verdad?

—No me lo puedo explicar —dijo Ali—. Pero no olvides que la evolución es una respuesta al medio ambiente, y fíjate en el medio ambiente. Rocas radiactivas, gases químicos, descargas electromagnéticas, anomalías gravitacionales. ¿Quién sabe? Quizá todo se deba a la genética. '

Ike se había adelantado con Ruiz y Pia y examinaba tres figuras que sostenían espadas de fuego, mirándoles las caras como si comprobara su propia identidad.

—¿Ocurre algo? —preguntó Ali.

—Ahora ya no son así —contestó Ike—. Son similares, pero han cambiado.

Ali y Troy se miraron.

—¿Qué quieres decir?

Ali pensó que quizá hablaba de algunas de las diferencias físicas que ella y Troy habían observado. Ike levantó las manos y señaló toda la plataforma.

—Fijaos en esto. Esto es... esto fue... grandeza, magnificencia. En todo el tiempo que he pasado entre ellos, nunca encontré un solo atisbo de esto. ¿Magnificencia? No, nunca.

Pasaron el resto del primer día y el siguiente dedicados a explorar. La humedad rezumaba en los dinteles de las puertas y derribaba las secciones. Hacia el interior encontraron una gran cantidad de reliquias, la mayoría de ellas humanas. Había monedas antiguas de Estigia y Creta, mezcladas con cuartos de dólar americano y doblones españoles acuñados en México. Encontraron botellas de Coca-Cola, tarjetas japonesas de béisbol y una llave de arma de fuego de pedernal, un juego de armadura de samurai, un espejo inca, y debajo de eso, figurillas y tablillas de arcilla y huesos tallados de civilizaciones olvidadas hacía tiempo. Uno de los descubrimientos más extraños fue una esfera armilar, un instrumento renacentista de enseñanza compuesto por varias esferas metálicas, unas dentro de otras, para representar las revoluciones planetarias.

—¿Qué demonios haría un abisal con algo como esto? —preguntó Spurrier.

Pero lo que más les atrajo fue la plataforma circular, con su ejército rodeando la aguja de piedra. Por muy valiosos que fuesen los artefactos humanos diseminados por la fortaleza, eran vulgares en comparación con la exposición de la torre. Durante la segunda mañana, Ike encontró una serie de pomos ocultos en la propia torre. Utilizándolos como puntos de apoyo, realizó una osada ascensión, sin protección, hasta lo alto de la columna.

Luego le vieron mantener el equilibrio sobre lo alto del capitel. Permaneció allí durante largo rato. Luego, les gritó que apagaran las luces. Permanecieron sumidos en la oscuridad durante media hora, envueltos por la débil incandescencia que brotaba del suelo.

Cuando volvió a bajar por la cuerda, Ike parecía increíblemente impresionado.

—Nos encontramos en su mundo —dijo—. Toda esta plataforma es un mapa gigantesco. La aguja se construyó como una estación de observación.

Miraron a su alrededor, a los pies, y lo único que vieron fueron entalladuras serpenteantes sobre una superficie plana sin pintar. Pero, durante toda la tarde, Ike los subió por turno, ayudados por las cuerdas, y pudieron verlo con sus propios ojos. Cuando le tocó el turno a Ali, Ike ya había realizado seis veces la ascensión y empezaba a familiarizarse con algunas partes del mapa. Ali se encontró con que la parte superior era plana y pequeña, de poco menos de tres metros cuadrados. Al parecer, nadie, excepto Ike, se había sentido cómodo de pie en lo alto, así que había preparado un par de bucles con la cuerda, para que la gente pudiera sentarse, con las piernas colgando por fuera. Ali se apretó junto a Ike, a veinte metros de altura, mientras adaptaba su visión nocturna.

—Es como un gigantesco mándala de arena, pero sin arena —dijo Ike—. Resulta extraño que me encuentre continuamente aquí abajo con fragmentos de mándala. Hablo de lugares como los situados por debajo de Irán o de Gibraltar. Pensaba que los abisales habían secuestrado a un puñado de monjes a los que pusieron a trabajar en tareas de decoración, pero ahora lo comprendo todo.

Y también lo comprendía ella. En un círculo gigantesco que la rodeaba, la plataforma situada por debajo empezó a irradiar colores fantasmagóricos.

—Es alguna especie de pigmento introducido en la piedra —dijo Ike—. Quizá hubo un tiempo en el que también se pudo ver a ras del suelo. No obstante, me gusta la idea de un mapa invisible. Probablemente, las personas corrientes como nosotros nunca debieron de tener acceso a este conocimiento. Únicamente a la élite se le habría permitido subir hasta aquí para contemplar la imagen completa.

Cuanto más tiempo esperaba, más se adaptaba su visión. Los detalles empezaron a aclararse. Las incisiones con mercurio fluido se convirtieron en diminutos ríos que surcaban la superficie. Las líneas de turquesa, rojo y verde se entremezclaban y ramificaban siguiendo pautas fantásticas, representando los túneles.

—Creo que esa gran mancha es nuestro mar —dijo Ike. La forma negra se hallaba cerca de la base de la torre. Las marcas de los caminos confluían desde regiones muy alejadas. Si esto era real, significaba que allí abajo existían mundos enteros. Al margen de que en otro tiempo se les hubiera conocido como provincias, naciones o fronteras, las abiertas cavidades parecían burbujas de aire dentro de un gran pulmón redondo.

—¿Qué sucede? —preguntó Ali de pronto—. Parece cobrar vida.

—Tu vista sigue adaptándose —le dijo Ike—. Espera y verás. Es tridimensional.

De repente, lo que parecía plano se hinchó y adquirió contornos y profundidad. Las líneas de color ya no se superponían, sino que tenían sus propios niveles, se hundían y se elevaban entre otras líneas.

—Oh —murmuró Ali—. Tengo la impresión de estar cayendo.

—Lo sé. Esto se abre, y se abre más y más. Está todo en el arte. De algún modo, las culturas himalayas tienen que haberlo copiado hace mucho tiempo. Ahora los budistas lo utilizan para trazar los planos de los palacios *dharma*. Si meditas el tiempo suficiente, la geometría se transforma en una ilusión óptica de un edificio. Pero aquí es donde encuentras la intención original. Un mapa de todo el interior de la Tierra.

Hasta la mancha negra del mar tenía dimensiones. Ali pudo contemplar su superficie plana y, por debajo de ella, los recortados perfiles de su lecho. Las líneas del río aparecían suspendidas en el espacio intermedio.

—No estoy muy seguro de saber cómo se interpreta esto, No hay norte-sur, ni escala —dijo Ike—. Pero no cabe la menor duda de que aquí hay una lógica. Fíjate en la línea costera de nuestro mar. Puedes ver perfectamente el camino que hemos seguido para llegar hasta aquí.

Era diferente del camino que ella había dibujado en sus propios mapas. A falta de brújula, los mapas que seguía haciendo eran proyecciones de su deseo de avanzar hacia el oeste, y constituían esencialmente una línea recta con recodos. Estas líneas, en cambio, eran más lánguidas y plenas. Ahora comprendía lo estrechamente que había disciplinado su temor a este espacio. El mundo subterráneo era prácticamente infinito y se parecía más al cielo que a la tierra.

El mar tenía la configuración de una pera alargada. Ali intentó en vano distinguir alguna característica a lo largo de la ruta de la derecha seguida por Walker. Aparte de extrapolar los ríos que se cruzaban con esa ruta, no pudo detectar sus peligros.

—Esta aguja tiene que representar el centro del mapa, su fortaleza —dijo Ali—. Como una especie de X que marcara el lugar. Pero en realidad no toca el mar. De hecho, el mar se encuentra a alguna distancia.

—Eso también me intrigó a mí —asintió Ike—. Pero ¿te das cuenta de que todas las líneas convergen aquí, en la aguja? Todos hemos mirado hacia afuera sin encontrar esa clase de convergencia. El sendero por el que llegamos continúa fluyendo a lo largo de la línea de la costa. Y un camino desciende desde atrás, un solo camino. Ahora creo que sólo somos un punto en uno de numerosos caminos. —Señaló hacia donde una sola línea verde se separaba del mar—. Ese punto, en ese camino.

Si Ike tenía razón y si las proporciones del mapa eran ciertas, quería decir que el grupo apenas había recorrido una quinta parte de la circunvalación del mar.

—Entonces, ¿qué podría representar esta aguja? —preguntó Ali.

—He estado pensando en ello. Ya conoces el dicho de que todos los caminos conducen a...

—¿Roma? —preguntó ella, con la respiración entrecortada.

¿Podía ser?

—¿Por qué no? —preguntó él.

—¿El centro del infierno antiguo?

—¿Puedes levantarte un momento? —le pidió Ike—. Yo te sujetaré por las piernas.

Ali se puso de rodillas sobre el vértice de un metro de anchura, y luego se puso de pie. Desde aquella altura suplementaria observó que todas las líneas trazadas convergían hacia sus pies. De repente, tuvo la sensación de poseer un gran poder. Era como si, por un momento, todo el mundo se hubiera fusionado en ella. El centro estaba allí, y sólo podía ser el único centro, su destino. Ahora comprendió por qué Ike había descendido tan asombrado la primera vez.

—Mientras estás ahí de pie —dijo Ike, que la sostenía con firmeza por las piernas—, dime si ves el mapa de modo diferente.

—Las líneas son más claras —dijo ella.

Sin nada a lo que sujetarse, sin nada delante o detrás, el panorama parecía salir a su encuentro. La gran red de líneas parecía elevarse cada vez más. De repente, fue como si ya no mirara hacia abajo, sino hacia arriba.

—¡Santo Dios! —exclamó.

La aguja se había transformado en el pozo.

Estaba viendo el mundo desde lo más profundo del mismo,

La cabeza empezó a darle vueltas.

—Déjame bajar, antes de que me caiga —rogó.

—Tengo algo que enseñarte —le dijo Ike esa misma noche.

¿Más?, pensó ella. Las revelaciones de aquella tarde la habían dejado agotada. Parecía sentirse feliz.

—¿No puede esperar hasta mañana? —preguntó.

Se sentía cansada. Habían transcurrido varias horas y todavía se tambaleaba debido a la ilusión óptica del mapa. Y tenía hambre.

—En realidad, no —contestó él.

Habían establecido el campamento dentro de la entrada de columnas, donde una corriente de agua pura brotaba desde un erosionado caño. El hambre que sentían todos era muy intensa. Un día más de exploraciones los había agotado. Los que habían subido hasta lo alto de la aguja eran los que más débiles se sentían. Estaban tumbados en el suelo, la mayoría de ellos doblados sobre sus vacíos estómagos. Pia sostenía a Spurrier, que sufría de migraña. Troy estaba sentado, con la pistola de Ike apuntada hacia el mar y la cabeza caída, medio adormilado. A partir de aquí era evidente que las cosas no iban a mejorar.

—Está bien —asintió Ali, cambiando de opinión. Tomó la mano de Ike y se levantó. Él la condujo hacia un pasillo secreto que contenía su propio tramo de escalones tallados.

—Avanza despacio —dijo él—. Reserva tus fuerzas. Llegaron a una torre que sobresalía por encima de la fortaleza. Tuvieron que arrastrarse por otro conducto oculto y subir más escalones. Mientras ascendían por el tramo final de estrechos escalones, ella observó una intensa luz mantecosa por encima. Ike la dejó ir en primer lugar.

En una estancia desde la que se dominaba el mar, Ike había encendido varias lámparas de petróleo. Eran pequeñas hojas de arcilla que contenían el petróleo y alimentaban la llama por una acanaladura hasta la punta.

—¿Dónde las has encontrado? —preguntó Ali—. ¿Es de ahí de donde procede el petróleo?

En un rincón había tres grandes ánforas de alfarería que bien podrían haber sido extraídas de un antiguo barco griego hundido.

—Estaba todo enterrado en bóvedas de almacenamiento, bajo el suelo. Ahí abajo debe de haber por lo menos cincuenta ánforas más como éstas —dijo Ike—. Esto tuvo que haber sido algo así como un faro. Quizá hubo otros a lo largo de la costa, como un sistema de estaciones transmisoras.

Una sola lámpara habría bastado para permitirle ver las huellas de sus dedos. A cientos, las lámparas transformaban la estancia en una habitación dorada. Se preguntó qué aspecto habría tenido para los barcos abisales que navegaban por el mar negro hacía veinte mil años.

Ali se volvió para mirar a Ike. Se dio cuenta de que había hecho aquello por ella. La luz le causaba un poco de daño en los ojos, pero no se los protegió.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Ike limpiándose las lágrimas de los ojos—. Quiero que vengas conmigo.

Intentaba no mirar bizqueando. Lo que era hermoso para ella resultaba doloroso para él. Sintió la tentación de apagar algunas de las lámparas para aliviar la incomodidad de Ike, pero decidió que quizá él se sintiera insultado por su gesto.

—No podemos salir de aquí —dijo ella—. No podemos continuar.

—Sí podemos —dijo él indicando con un gesto el interminable mar—. No todo está perdido. Los caminos continúan,

—¿Y los demás?

—Ellos también pueden venir. Pero han perdido la esperanza. Por favor, Ali, no pierdas la esperanza —le rogó fervorosamente—. Ven conmigo.

Estas palabras iban dirigidas sólo a ella, como la luz.

—Lo siento. Tú eres diferente, pero yo soy como ellos. Estoy cansada. Quiero quedarme aquí. —Él giró la cabeza, apartando la vista—. Sé que piensas que estoy tranquila.

—No tienes por qué morir —dijo Ike—. No importa lo que les ocurra a ellos, no tenemos por qué morir aquí.

Se mostró inflexible y a ella no le pasó por alto el hecho de que había hablado de ellos, refiriéndose a los dos.

—Ike —empezó a decir, pero se detuvo.

Había ayunado a veces y sabía que aún era demasiado pronto como para que le afectara la euforia. Pero experimentaba una intensa sensación de satisfacción.

—Podemos salir de aquí —la animó él.

—Nos has llevado todo lo lejos que has podido —dijo Ali—Has hecho todo lo que hemos querido hacer. Hemos efectuado nuestros descubrimientos. Sabemos que en otro tiempo existió aquí un gran imperio. Pero ahora, todo ha terminado.

—Ven conmigo, Ali.

—No tenemos comida.

Ike levantó la mirada muy ligeramente, apenas de soslayo y nada más. No dijo nada, pero hubo algo en su silencio que la sobresaltó. ¿Sabía acaso dónde había comida? Eso la intrigó.

La astucia aleteó ante ella como la de un animal salvaje. «Yo no soy tú», le decía. Luego, su mirada se hizo más franca y volvió a ser él mismo.

—Me siento agradecida por todo lo que has conseguido para nosotros —siguió diciendo ella—. Ahora sólo nos queda reconciliarnos con el lugar adonde hemos llegado en nuestras vidas. Permite que lo hagamos en paz. No tienes razones para quedarte aquí. Deberías marcharte.

Allí estaba, pensó Ali. Toda su nobleza en una sola copa. Ahora le tocaba el turno a él. Se resistiría con galantería. Era propio de Ike.

—Lo haré —dijo él.

Frunció el ceño.

—¿Te marchas? —barbotó, e inmediatamente deseó no haberlo dicho.

Y, sin embargo, ¿se marchaba? ¿La dejaba?

—Pensé en quedarme. Pensé que sería muy romántico. Imagínate cómo podría encontrarnos la gente dentro de diez años. Estarías tú. Y estaría yo. —Ali parpadeó.

La verdad era que se había imaginado aquella misma escena—. Y me encontrarían a mí sosteniéndote a ti. Porque eso, sería lo que haría cuando murieras, Ali. Te sostendría en mis brazos para siempre.

—Ike —dijo y volvió a detenerse.

De repente, parecía incapaz de pronunciar algo más que monosílabos.

—Creo que eso sería legal. Después de muerta, ya no serías la esposa de Cristo, ¿verdad? Él podría tener tu alma, y yo me conformaría con lo que quedara.

Aquello era un tanto mórbido, pero reflejaba la verdad.

—Si me estás pidiendo permiso, la respuesta es sí —le dijo ella.

Sí, podía abrazarla. En su imaginación las cosas sucedían al revés. Él moría primero y ella lo sostenía. Pero el concepto era el mismo.

—El problema —siguió diciendo Ike— es que lo pensé un poco mejor y, por decirlo con toda franqueza, llegué a la conclusión de que sería algo bastante duro para mí. —Ali dejó que su mirada se perdiera en la iluminada estancia.

—Te conseguiría, es cierto, pero demasiado tarde —terminó diciendo Ike, como si se contestara a sí mismo.

«Adiós, Ike», pensó ella. Ahora, ya sólo le faltaba decir las palabras.

—Esto no resulta fácil —dijo Ike.

—Lo sé —asintió Ali, pensando: «Vete con Dios».

—No, creo que no lo sabes.

—Está bien.

—No, tampoco está bien. Eso me rompería el corazón. Acabaría conmigo. —Se humedeció los labios y dio el salto—. Haber esperado contigo hasta que fuese demasiado tarde,

Ali lo miró de pronto. ¿Qué quería decir? Su sorpresa alarmó a Ike.

—Si me voy a quedar, debería poder decirlo —intentó defenderse—. ¿O es que ni siquiera puedo decirlo?

—¿Decir? ¿Qué, Ike? —preguntó con una voz que le sonó muy lejana.

—Ya he dicho bastante.

—Es algo mutuo, y lo sabes.

¿Mutuo? ¿Era eso lo mejor que ella podía ofrecer?

—Sí, lo sé —admitió—. Tú también me amas, y a todas las criaturas de Dios.

Se persignó, suavemente burlón.

—Basta —le advirtió Ali.

—Olvidalo —dijo Ike y cerró los ojos en aquel rostro atormentado.

De ella dependía romper el punto muerto al que habían llegado. No más fantasmas. No más imaginación. No más amantes muertos: ella era su Cristo, su Kora.

Al extender ella la mano fue como si la observara desde una gran distancia. Podrían haber sido los dedos de cualquier otra persona. Pero no, eran los de ella. Y le tocaron la cabeza.

Ike se encogió ante el contacto. Inmediatamente, Ali comprendió lo convencido que estaba Ike de que ella le tenía lástima. Eso ni siquiera lo habría considerado en

otro tiempo, con un rostro inmaculado y joven. Pero ahora se sentía cansado y lleno de su propia repulsión. Naturalmente, desconfiaría de cualquier contacto.

Por lo visto, Ali nunca había hecho una cosa así. Podía haberse sentido torpe, estúpida o falsa. Si lo hubiera planeado de alguna forma, si lo hubiese pensado por adelantado, habría fracasado fácilmente. Eso, sin embargo, no quería decir que sus manos fueran firmes cuando se desabrochó los botones y se dejó los hombros al descubierto. Dejó caer las ropas. Todas.

Desnuda, sintió el calor de las lámparas sobre su carne. Por el rabillo del ojo, vio la luz de hacía veinte eones, que la convertían en una figura dorada.

Al moverse el uno hacia el otro, ella pensó que allí había al menos un apetito por cuya satisfacción ya no necesitaba rezar.

El grito de Chelsea los despertó a todos.

Había adquirido la costumbre de lavarse el pelo al borde del agua a primeras horas de la mañana.

—Otro pescado en el agua —le murmuró Ali a Ike. Había estado soñando con zumo de naranja y cantos de pájaros, una paloma matinal y el olor a humo de roble en el aire campestre de Hill. Los brazos de Ike encajaban a su alrededor del mismo modo. Era una pena echar a perder el nuevo día con una falsa alarma.

Entonces, más gritos llegaron hasta ellos, en la torre. Ike se levantó del suelo y se asomó a la ventana, con la espalda dentada, marcada y rayada con textos, imágenes y antiguas escenas de violencia.

—Ha ocurrido algo —dijo y tomó sus ropas y el cuchillo.

Ali lo siguió escalera abajo y fue la última en llegar junto al grupo, reunido en la orilla. Estaban estremecidos. No hacía frío, pero habían ido perdiendo sus reservas de grasa en aquellos últimos días.

—Aquí viene Ike —dijo alguien, y el grupo se abrió.

Un cuerpo flotaba sobre el mar. Permanecía allí, tan quieto como el agua.

—No es abisal —observó Spurrer.

—Pues en todo caso, era un tipo corpulento —comentó Ruiz—. ¿Podría ser uno de los soldados de Walker?

—¿De Walker? —preguntó Twiggs—. ¿Aquí?

—Quizá se cayó de una de las barcas, se ahogó y ha llegado flotando hasta aquí.

Se había deslizado hacia la orilla como un barco sin tripulación, con la cabeza por delante, el rostro hacia arriba, mortalmente blanqueado por el mar. Sus brazos flácidos se ondulaban en la corriente. Los ojos habían desaparecido.

—Pensé que era madera la deriva y traté de alcanzarla —explicó Chelsea—. Luego, al acercarse más, lo vi.

Ike se introdujo en el agua y se inclinó sobre el cuerpo, dándoles la espalda. Ali creyó ver el resplandor de un cuchillo. Al cabo de un rato, regresó hacia ellos, tirando del cuerpo.

—En efecto, es uno de los hombres de Walker —dijo.

—Una coincidencia —dijo Ruiz—. Estaba destinado a ser arrastrado hasta alcanzar la costa en alguna parte.

—¿Precisamente aquí? Cabría imaginar que debería haberse hundido, corrompido o sencillamente debería haber sido devorado.

—Se ha conservado —dijo Ike.

Ali vio lo que los demás no parecieron ver, una incisión en uno de los muslos del hombre, allí donde Ike había manejado el cuchillo.

—¿Quieres decir que se trata de algo que hay en el agua? —preguntó Pia.

—No —contestó Ike—. Lo hicieron de algún otro modo.

—¿Los abisales? —preguntó Ruiz.

—Sí.

—Las corrientes, la casualidad...

—Lo han hecho llegar hasta nosotros.

El grupo necesitó de un largo rato para asimilar el hecho.

—Pero ¿por qué? —preguntó Troy.

—Seguramente es una advertencia —dijo Twiggs.

—¿Nos están diciendo que regresemos a casa? —preguntó Ruiz, echándose a reír.

—No lo comprendéis —les dijo Ike con serenidad—. Se trata de un ofrecimiento.

—¿Hacen un sacrificio por nosotros?

—Supongo que podría expresarse de ese modo —admitió Ike—, porque se lo podrían haber comido ellos mismos.

Todos guardaron silencio.

—¿Nos entregan a un hombre muerto a modo de alimento? —preguntó Pia, con un acento algo quejumbroso—. ¿Para que nos lo comamos?

—Lo que hay que preguntarse es por qué —dijo Ike, que se quedó mirando fijamente hacia el oscuro mar.

—¿Se creen acaso que somos caníbales? —preguntó Twiggs, que se sintió insultado.

—Más bien creen que, muy probablemente, deseamos vivir. Ike hizo entonces algo horrible. No empujó el cuerpo de regreso al mar, sino que esperó.

—¿A qué estás esperando? —le preguntó Twiggs—. Líbrate de eso.

Ike no dijo nada. Se limitó a esperar un poco más. La tentación era abrumadora. Finalmente, fue Ruiz el que habló.

—Nos has juzgado mal, Ike.

—No nos insultes —dijo Twiggs.

Ike hizo caso omiso y esperó a conocer la decisión del grupo. Transcurrió otro rato. Todos le miraban ferozmente. Nadie se atrevía a decir que sí, pero tampoco nadie deseaba decir no, y él no estaba dispuesto a decirlo por ellos. Ni siquiera Ali rechazó la idea de plano.

Ike fue paciente. El soldado muerto se balanceaba ligeramente a su lado. Sin duda, él también tenía toda la paciencia del mundo.

Todos abrigaban pensamientos similares. Ali estaba segura de ello, preguntándose qué sabor tendría, cuánto tiempo duraría y quién realizaría la hazaña. Al final, fue la propia Ali la que dio el paso decisivo y esa fue su respuesta.

—Podemos comerlo —dijo—. Pero ¿qué haremos cuando lo hayamos terminado?

Ike lanzó un suspiro.

—Exactamente —asintió Pia al cabo de unos segundos.

Ruiz y Spurrier cerraron los ojos. Troy sacudió la cabeza, muy ligeramente.

—Gracias al cielo —dijo Twiggs.

Languidecieron en la fortaleza, demasiado débiles como para hacer otra cosa que arrastrarse fuera de ella para hacer sus necesidades. Se movían de un lado a otro sobre las colchonetas. No era nada cómodo tumbarse teniendo los propios huesos como colchón.

«De modo que esto es el hambre», pensó Ali. Una prolongada espera para la pobreza definitiva. Siempre se había enorgullecido de su capacidad para trascender el momento. Una se desprendía de los vínculos mundanos pero, en el fondo, sabía que siempre podía volver a tenerlos. En el hecho de morir de hambre no había nada de eso. La privación resultaba hasta monótona.

Antes de que sus fuerzas disminuyeran todavía más, Ali e Ike compartieron otras dos noches en la sala de la torre, entre las lámparas encendidas. El 30 de noviembre descendieron con decisión al improvisado campamento. Después de eso, ella se sintió demasiado mareada como para volver a subir la escalera.

La inanición los hizo sentirse muy viejos y muy jóvenes. Twiggs, especialmente, pareció envejecer mucho, con el rostro chupado y la piel de los carrillos colgándole. Pero también parecían crios, enroscados sobre sí mismos y durmiendo más y más cada día. A excepción de Ike, que era como un caballo que necesitaba permanecer en pie, llegaban a dormir hasta veinte horas.

Ali intentó hacer un esfuerzo por trabajar, por mantenerse limpia, por rezar sus oraciones y seguir trazando sus mapas. Era cuestión de poner orden en el caos cotidiano de Dios.

En la mañana del 8 de diciembre escucharon ruidos animales procedentes de la playa. Quienes pudieron sentarse se esforzaron por incorporarse. Sus peores temores parecían hacerse realidad: los abisales acudían a por ellos.

Parecían lobos tomando posiciones. Se oían retazos de palabras. Troy empezó a alejarse, en busca de Ike, pero las piernas no le obedecieron y se volvió a sentar.

—¿Es que no podían esperar? —gimió Twiggs débilmente—. Sólo quería morir durante el sueño.

—Cierra el pico, Twiggs —siseó Ruiz, uno de los geólogos—. Y apaga esas luces. Quizá no sepan que estamos aquí.

El hombre se levantó. Bajo el resplandor preternatural de la piedra, todos lo vieron avanzar tambaleándose hasta un hueco cerca de la puerta. Con la precaución

propia de un intruso, levantó poco a poco la cabeza hasta asomarse por la abertura. Enseguida volvió a esconderla.

—¿Qué has visto? —le susurró Spurrier. El geólogo guardó silencio—. Eh, Ruiz —añadió, arrastrándose hacia él—. ¡Santo Dios, le ha desaparecido la nuca!

En ese instante comenzó el asalto.

Unas enormes figuras entraron, como monstruosas siluetas sobre el resplandor de la piedra.

—¡Oh, Dios mío! —gritó Twiggs.

De no haber sido por aquel desesperado grito en inglés podrían haber acabado destrozados bajo una lluvia de balas. En lugar de eso, se produjo una pausa.

—Alto el fuego —ordenó una voz—. ¿Quién ha hablado de Dios?

—Yo —suplicó Twiggs—. David Twiggs.

—Eso es imposible —dijo la voz.

—Podría ser una trampa —advirtió una segunda voz.

—Somos nosotros —dijo Spurrier y se iluminó la cara con su propia linterna.

—¡Soldados! —exclamó Pía—. ¡Estadounidenses!

Las luces se encendieron en toda la estancia.

Unos desharapados mercenarios se desplegaron a derecha e izquierda, todavía acucillados, dispuestos a disparar. Fue difícil saber quién se sintió más sorprendido, si los debilitados científicos o los andrajosos restos del comando de Walker.

—No se muevan, no se muevan —les gritaron los mercenarios.

Tenían los ojos ribeteados de rojo. No confiaban en nada. Los cañones de sus rifles se movían como colibríes, en busca del enemigo.

—Llamad al coronel —dijo un hombre.

Trajeron a Walker, sentado sobre unas parihuelas formadas por fusiles. A Ali le pareció que también se moría de hambre, pero entonces vio su sangre. Los andrajos de las perneras del pantalón, abiertos a cuchilladas, mostraban docenas de mordeduras de obsidiana incrustadas en la carne y el hueso. Era el dolor lo que le chupaba la cara. Sus facultades mentales, sin embargo, no se habían visto afectadas. Registró la estancia con la mirada de un violador.

—¿Están enfermos? —preguntó Walker.

Ali comprendió lo que él veía: hombres debilitados y mujeres apenas capaces de mantenerse en pie. Parecían espantapájaros.

—Sólo muy hambrientos —dijo Spurrier—. ¿Tienen comida?

Walker los examinó atentamente.

—¿Dónde están todos los demás? —preguntó—. Recuerdo que eran muchos más.

—Regresaron a casa —contestó Chelsea, inclinada junto a su tablero de ajedrez.

Miraba el cuerpo de Ruiz. Ahora pudieron ver que el geólogo había sido ensartado a través del ojo.

—Vuelven por donde vinimos —dijo Spurrier.

—¿También los médicos? —preguntó Walker, por un momento esperanzado.

—Ahora sólo quedamos nosotros —dijo Pía—. Y ustedes.

—¿Qué es este lugar, una especie de santuario? —preguntó Walker contemplando la estancia.

—Una especie de estación intermedia —dijo Pia.

Ali confió en que no diera más información. No quería que Walker o Shoat conocieran la existencia del mapa circular ni los soldados de cerámica.

—La descubrimos hace dos semanas —dijo Twiggs.

—¿Y todavía siguen aquí?

—Nos hemos quedado sin comida.

—Parece defendible —le dijo Walker a un teniente con la ropa quemada—. Establezca los perímetros, asegure las barcas. Traiga los suministros y a nuestro invitado. Y eliminen ese cadáver. Dejaron a Walker en el suelo, apoyado contra una pared. Actuaron con cuidado, pero extender las piernas supuso una agonía para él.

Empezaron a llegar mercenarios procedentes de la playa, con pesadas cargas de alimentos y suministros de Helios. Ninguno de ellos conservaba el aspecto de immaculados cruzados que tanto había cuidado Walker. Sus uniformes estaban andrajosos. Algunos no tenían botas. Había heridos, sobre todo en las piernas y en la cabeza. Olían todos a cordita y a sangre seca y vieja. Sus barbas y cabellos grasientos les hacían parecer una banda de moteros.

Su vena de vocación religiosa había desaparecido por completo, dejando tras de sí a unos hombres de armas cansados, enojados y asustados. La forma en que arrojaron las mochilas impermeables y las cajas decía muchas cosas. Su intento de escapada no iba bien.

Después de unos pocos minutos, Walker volvió su atención hacia los científicos.

—Díganme, ¿a cuánta gente han perdido a lo largo del camino?

—A nadie... hasta ahora —contestó Pia.

Walker ni siquiera se disculpó mientras sus hombres sacaban al geólogo Ruiz de la estancia, arrastrándolo por los talones.

—Estoy impresionado. Se las han arreglado para recorrer cientos de kilómetros por territorio desconocido, sin sufrir una sola baja, y desarmados.

—Ike sabe bien lo que hace —dijo Pia.

—¿Crockett está aquí?

—Se ha marchado a explorar —se apresuró a decir Troy—. A veces permanece fuera durante días enteros. Está buscando el Avituallamiento VI.

—Pues está perdiendo el tiempo. —Walker se volvió hacia el teniente negro—. Llévase a cinco hombres —le ordenó—. Localice a nuestro amigo. No necesitamos más sorpresas.

—A ese hombre no se le puede cazar, señor —dijo el soldado—. Nuestros hombres ya han sufrido bastante durante el último mes.

—No quiero tenerlo por ahí husmeando.

—¿Por qué hace esto? —preguntó Ali—. ¿Qué le ha hecho él?

—El problema es lo que yo le he hecho a él. Crockett no es la clase de hombre capaz de perdonar y olvidar. Ahora mismo está ahí fuera, vigilándonos.

—Escapará. De todos modos ya no hay nada más aquí para él. Dijo que nos dejábamos vencer.

—Entonces, ¿para qué preocuparse tanto?

—No tiene necesidad alguna de hacer esto —le dijo Ali con suavidad.

Walker se sulfuró.

—Nada de prisioneros, teniente. ¿Me ha oído? Ésa fue la primera orden de Crockett.

—Sí, señor —respondió el teniente con un suspiro.

Eligió a cinco de sus hombres y empezaron a entrar en el edificio.

Una vez que se hubo marchado la patrulla de búsqueda, Walker cerró los ojos. Un soldado sacó un machete de la vaina de su bota, abrió una caja de supervivencia e hizo gestos a los científicos. Tuvo que ser Troy el que llevó débilmente los paquetes a sus compañeros. Twiggs besó el suyo y luego lo abrió con los dientes.

El primer bocado que tomó Ali de los espaguetis militares procesados le supo delicioso. Procuró que sus bocados le durasen mucho. Y tomó agua a sorbos.

Twiggs vomitó. Luego empezó de nuevo.

La sala empezaba a llenarse. Entraron a más heridos. Dos hombres montaron una ametralladora en la ventana. En conjunto, Ali contó a poco menos de veinticinco personas, incluida ella misma y sus compañeros. Eso era todo lo que quedaba de los ciento cincuenta que habían iniciado el viaje. Walker abrió los ojos, inyectados en sangre.

—Traedlo todo aquí dentro —ordenó—, incluidas las barcas. Son vulnerables y denuncian nuestra presencia.

—Pero ahí fuera hay doce barcas.

Quince menos de las que tenían al empezar, calculó Ali. ¿Qué había ocurrido?

—Metedlas —dijo Walker—. Nos haremos fuertes aquí durante unos días. Ésta es la respuesta a nuestras oraciones. Un baluarte en este maldito lugar.

Los ojos de cerdo del soldado no parecieron estar de acuerdo, pero saludó acatando la orden. Se veía que Walker estaba perdiendo el control sobre sus hombres.

—¿Cómo nos ha encontrado? —preguntó Pia.

—Vimos su luz —contestó Walker.

—¿Nuestra luz?

Las lámparas de petróleo de Ike, pensó Ali. Había sido su secreto compartido con él, un faro abierto al mundo.

—Han encontrado el Avituallamiento VI, ¿verdad? —preguntó Spurrier.

—Los abisales se apoderaron de la mitad —dijo Walker.

—Considerémoslo como el diezmo del diablo —dijo una voz, y Montgomery Shoat entró en la estancia.

—¿Usted? ¿Todavía con vida? —preguntó Ali.

No pudo ocultar su repugnancia. Ser abandonados por los soldados era una cosa, pero Shoat era un civil, como ellos, y conocía el sucio plan de Walker. Su traición sentaba peor.

—Ha sido toda una excursión —dijo Shoat. Tenía un ojo negro y moratones amarillentos a lo largo de una mejilla, a consecuencia de una evidente paliza—. Los abisales llevan semanas destrozándonos, y los muchachos han trabajado horas extras para llevarme. Empiezo a pensar que no lograremos completar nuestra gran gira por el sub-Pacífico.

Walker no estaba de humor para ponerse a discutir.

—¿Está habitada esta parte de la costa?

—Sólo he visto a tres de ellos —contestó Ali.

—¿Tres pueblos?

—Tres abisales.

—¿Eso es todo? ¿No hay pueblos? —La barba negra de Walker se abrió en una sonrisa—. En ese caso los hemos perdido, gracias a Dios. Nunca podrán seguirnos la pista a través del agua. Estamos a salvo. Disponemos de comida para otros dos meses. Y tenemos el instrumento casero de Shoat.

—Ah, ah —exclamó éste moviendo un dedo ante el coronel—. Todavía no. Estuvo usted de acuerdo. Tres días más hacia el oeste. Luego hablaremos de retirada.

—¿Dónde está la muchacha? —preguntó Ali.

A medida que fueron entrando más mercenarios, vio las manos con garras, las orejas abisales, los trozos de genitales masculinos y femeninos que colgaban de los cintos, las mochilas y los rifles. El poema de Yeats resonó en su mente: el centro no se puede sostener. La marea teñida de sangre se ha desatado y la ceremonia de la inocencia se ve ahogada en todas partes.

—La juzgué mal —dijo Walker con voz ronca.

Necesitaba morfina. Ali sospechó lo que probablemente habían hecho los soldados con ella.

—La mató —dijo Ali.

—Debería haberlo hecho. No me ha sido de ninguna utilidad.

Hizo un gesto y dos soldados arrastraron a la indómita muchacha, que ataron a la cercana pared.

Lo primero que notó Ali fue su olor. La muchacha despedía un hedor bruto, fecal y almizcleño, y estaba cubierta de sudor. Su pelo olía a humo y a suciedad. La sangre y las mucosidades se extendían sobre la mordaza.

—¿Qué le han hecho a esta pobre niña? —Ha sido una tentación irresistible para mis hombres —dijo Walker.

—¿Ha permitido a sus hombres...?

—¿Me viene ahora con gazmoñerías? —preguntó Walker, mirándola—. Usted, sin embargo, no es muy diferente. Todo el mundo quiere algo de esta criatura. Adelante, consiga de ella su maldito glosario, hermana. Pero no salga de esta habitación sin permiso.

Troy se levantó y cubrió los hombros de la joven con su chaqueta. Ésta rechazó su caballerosidad, luego abrió las piernas todo lo que le permitieron las cuerdas y elevó las ingles hacia él. Troy retrocedió.

—Yo no me enamoraría de ella, muchacho —le dijo Walker, echándose a reír—. *Ferrae naturae*. Es salvaje por naturaleza.

Ali y Troy se acercaron para alimentar a la joven.

—¿Qué hacen? —preguntó un soldado.

—Quitarle la mordaza —contestó Ali—. ¿De qué otro modo podría comer?

El soldado tiró con fuerza de la cinta adhesiva y apartó la mano con rapidez. La muchacha casi se estranguló a sí misma con el alambre, al tratar de morderlo. Ali retrocedió. Las risas se extendieron por la estancia.

—Toda suya —dijo el hombre.

Tuvo que proceder con mucha precaución para alimentarla. Ali le habló en voz baja, pronunciando su nombre y tratando de desarmarla. La comida resultaba evidentemente asquerosa para la joven, pero la aceptó. En un momento, escupió la salsa de manzana y pareció pronunciar una complicada queja, que surgió con extraordinaria suavidad. No fue solamente el volumen, sino el modo formal de pronunciar los sonidos. A pesar de toda su ferocidad, la muchacha casi parecía piadosa. Parecía hablarle a la comida, o decir palabras sobre ella. Su temperamento era civilizado, no salvaje.

Una vez que hubo terminado, la muchacha se tumbó sobre el suelo de roca y cerró los ojos. No hubo transición alguna entre la alimentación y el sueño. Tomaba aquello que podía conseguir.

Transcurrieron dos días. Ike seguía sin aparecer. Ali percibió que estaba cerca, en alguna parte, pero las patrullas de búsqueda regresaban con las manos vacías.

Los soldados golpeaban a Shoat hasta dejarlo sin sentido, tratando de averiguar el secreto del código de su artilugio. La tenacidad que demostraba los ponía furiosos y sólo dejaron de pegarle cuando Ali interpuso su cuerpo ante el de Shoat.

—Si lo matan nunca sabrán el código —les dijo.

Atender a Shoat no hizo sino aumentar sus deberes, pues ya cuidaba de Walker y de alguno de los otros soldados.

Walker languidecía, con accesos de fiebre de los que luego se recuperaba. Hablaba en lenguas extrañas mientras dormía. Los soldados intercambiaban sombrías miradas. La estancia se llenó de presagios mortales y Ali se sintió cada vez más preocupada. La única buena noticia era que a Ike no se le encontraba por ninguna parte.

En la segunda noche, Troy intentó valerosamente impedir que un mercenario se llevara a la muchacha fuera, junto a otros que la esperaban. Los soldados lo golpearon y hubieran seguido haciéndolo de no haber sido por la risa de la muchacha; su locura les hizo perder interés por Troy. Más tarde la devolvieron al interior de la estancia, sudorosa y con la mordaza colocada. Todavía sangrando, Troy ayudó a Ali a bañarla con la ayuda de una botella de agua.

—Ya ha estado embarazada —observó Troy en voz baja—. ¿Lo has visto?

—Te equivocas —le dijo Ali.

Pero allí, entre las tatuadas líneas de cebra y las, marcas hechas a cuchillo, se veían los desgarros de la piel causados por el embarazo avanzado. Sus areolas eran oscuras. Ali no se había dado cuenta de las señales.

La tercera noche, los mercenarios regresaron de nuevo a por la muchacha. La devolvieron horas más tarde, semiinconsciente. Mientras ella y Troy la lavaban, Ali tarareó una melodía con suavidad. Ni siquiera se dio cuenta de ello hasta que, de pronto, Troy exclamó:

—¡Ali, mira!

Ali levantó la mirada de los amarillentos moratones de la pelvis de la muchacha, y vio que ésta la miraba con lágrimas rodándole por las mejillas. Ali elevó el tarareo y lo convirtió en palabras.

—A través de muchos peligros, fatigas y engaños, ya he llegado —cantó con suavidad—. Esta gracia que me ha traído hasta tan lejos, me llevará de regreso a casa.

La muchacha empezó a sollozar. Ali cometió entonces el error de tomarla en sus brazos. Aquel gesto de amabilidad desencadenó una terrible tormenta de patadas, empujones y rechazo. Fue un momento horriblemente esclarecedor, pues Ali supo así que aquella joven había tenido una vez una madre que le había cantado aquella misma canción.

Se pasó toda la noche con la prisionera, observándola. Con apenas catorce años, la muchacha había experimentado muchas más cosas que Ali en treinta y cuatro. Había estado casada o amancebada. Parecía haber dado a luz un niño. Y, hasta el momento, había logrado mantener su cordura a pesar de las brutales violaciones masivas. Su fortaleza interna era extraordinaria.

A la mañana siguiente, Twiggs necesitó hacer sus necesidades por primera vez desde que se inició la inanición. Tratándose de Twiggs, no pidió permiso a los soldados para abandonar la estancia. Uno de ellos le pegó un tiro en la cabeza.

Eso supuso el fin de la poca libertad de la que habían disfrutado los demás. Walker ordenó que se atara a los científicos y se les confinara en una estancia más profunda, algo que no le sorprendió a Ali. Ya sabía, desde hacía algún tiempo, que su ejecución era inminente.

24

TABULA RASA

La tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo...

GÉNESIS, 1, 2

Nueva York

La suite del hotel estaba a oscuras, a excepción del parpadeo azulado del aparato de televisión.

Aquello era un enigma: la televisión encendida, con el volumen apagado, en la habitación de un ciego. De vez en cuando, De l'Orme orquestaba esta clase de contradicciones, sólo para confundir a sus visitantes. Esta noche, sin embargo, no tenía visitas. Simplemente, la camarera se había olvidado de apagar el televisor después de ver el capítulo de la telenovela.

Ahora, la pantalla mostraba la bola de Times Square, que descendía hacia la multitud, delirantemente feliz.

De l'Orme leía al maestro Eckhart. El místico del siglo XIII había predicado cosas muy extrañas con palabras muy corrientes y también muy atrevidas, al haber vivido como vivió en las entrañas de la Edad Oscura. Dios nos espera. Su amor es como el anzuelo del pescador, que no obtiene ningún pez que no haya sido atrapado antes por él. Una vez que se le suelta del anzuelo, el pez pertenece al pescador. En vano se retuerce de uno a otro lado; el pescador puede estar seguro de su presa. Y lo mismo digo del amor. Aquel que se cuelga de su anzuelo se ve atrapado tan rápidamente que pies y manos, boca, ojos y corazón le pertenecen a Dios. Y cuanto más seguramente se vea uno atrapado, más seguramente será liberado.

No era extraño que el teólogo fuera condenado por la Inquisición y excomulgado. ¡Dios como dominador! Y, lo que era todavía más perturbador, el hombre liberado de Dios. Dios liberado de Dios. ¿Y luego qué? Nada. Se penetra en la oscuridad y se sale a la misma luz que se había dejado en un principio. «En tal caso, ¿para qué salir? —se preguntó De l'Orme—. ¿Sólo por el viaje? ¿Es eso lo mejor que podemos hacer con nosotros mismos?» Esos eran sus pensamientos cuando sonó el teléfono.

—¿Conoces mi voz, sí o no? —preguntó el hombre que se encontraba al otro extremo de la línea.

—¿Bud? —preguntó De l'Orme.

—Estupendo... mi nombre —murmuró Parsifal.

—¿Dónde estás?

—Ah, ah.

El astronauta hablaba arrastrando las palabras. Había bebido. ¿El muchacho dorado?

—Algo te preocupa —le dijo De l'Orme.

—Puedes apostar a que sí. ¿Está Santos contigo?

—No.

—¿Dónde está? —exigió saber Parsifal—. Si es que lo sabes.

—En una de las dos Coreas —contestó De l'Orme, sin saber muy bien en cuál—. Ha salido otro conjunto de abisales. Está inventariando algunos de los artefactos que han traído consigo. Emblemas de una divinidad acunada en lámina de oro.

—Corea. ¿Te lo dijo él?

—Yo lo envié, Bud.

—¿Y qué te hace estar tan seguro de que se encuentra donde lo enviaste? —preguntó Parsifal.

De l'Orme se quitó las gafas oscuras. Se frotó los ojos y los abrió. Eran blancos, sin retina o pupila. Unos distantes fuegos artificiales surcaron su rostro con chispas de color. Esperó.

—Llevo toda la noche intentando llamar a los demás sin conseguirlo —dijo Parsifal.

—Es Nochevieja —le recordó De l'Orme—. Quizá estén con sus familias.

—Nadie te lo ha dicho.

Fue más una acusación que una pregunta.

—Me temo que no, sea lo que fuere.

—Es demasiado tarde. ¿Realmente no lo sabías? ¿Dónde has estado los últimos días?

—Aquí mismo. Un poco resfriado. Hace una semana que no salgo de mi habitación.

—¿No te has enterado de lo que publica el *New York Times*? ¿Es que no escuchas las noticias?

—Me entrego a la soledad. Infórmame tú, por favor. No puedo ayudar si no sé lo que pasa.

—¿Ayudar?

—Por favor.

—Corremos un grave peligro. No deberías estar hablando por ese teléfono.

Fue surgiendo todo poco a poco, como una maraña. Dos semanas antes se había producido un gran incendio en la sala de mapas que utilizaban para reuniones. Y antes de eso explotó una bomba en la biblioteca de un templo antiguo sobre un acantilado, en Yungang, China, de la que se acusaba a los separatistas musulmanes. Durante el último mes se habían saqueado o destruido archivos y yacimientos arqueológicos en diez o más países.

—Me he enterado de lo ocurrido en la sala de reuniones, claro. Eso lo han dicho en todas partes. Pero en cuanto al resto, ¿qué lo relaciona todo?

—Alguien está intentando borrar nuestra información. Es como si alguien tratara de cerrar una empresa y borrara sus huellas.

—¿Qué huellas? Quemar museos, volar bibliotecas. ¿Para qué podría servir eso?

—Él está cerrando el tenderete.

—¿Él? ¿De quién hablas? Lo que dices no tiene ningún sentido.

Parsifal mencionó algunos otros acontecimientos, incluido un incendio en la Biblioteca de Cambridge, donde se encontraban los antiguos fragmentos *genizah* de El Cairo.

—Desaparecidos —dijo—. Completamente quemados. Han quedado hechos trocitos.

—Todos esos son lugares que hemos visitado durante el último año.

—Alguien está borrando nuestra información desde hace algún tiempo —dijo Parsifal—. Hasta hace poco sólo se ha tratado de cosas pequeñas. Ahora, en cambio, la destrucción parece más completa y espectacular. Es como si alguien tratara de terminar un negocio antes de largarse de la ciudad.

—Una simple coincidencia —dijo De l'Orme—. Incendiarlos de libros. Un *pogrom*. Antiintelectuales. En estos tiempos, el populacho está por todas partes.

—No es ninguna coincidencia. Nos ha utilizado como sabuesos. Nos dejó sueltos para que husmeásemos su propio rastro, nos indujo a que le cazáramos. Y ahora retrocede.

—¿A quién te refieres?

—¿A quién crees tú?

—Pero ¿qué consigue con esto? Aunque tuvieras razón, con esto no haría sino borrar nuestras notas a pie de página, no las conclusiones a las que hemos llegado.

—Está borrando su propia imagen.

—En ese caso, borra su rostro. ¿Y qué cambia eso?

Sin embargo, ya mientras hablaba, De l'Orme se sentía incómodo. ¿Estaban sonando aquellas sirenas o alarmas distantes sobre su propia cabeza?

—Destruye nuestra memoria —dijo Parsifal—. Borra totalmente su presencia.

—Pero ahora le conocemos. Al menos, sabemos todo aquello que nos han aportado las pruebas. Nuestra memoria está bien fijada.

—Somos el último testimonio —dijo Parsifal—. Después de nosotros, se regresa a una situación de *tabula rasa*.

De l'Orme se estaba perdiendo piezas del rompecabezas. Apenas llevaba una semana encerrado y parecía como si el mundo hubiese cambiado de órbita. Eso, o el que había cambiado era Parsifal. De l'Orme intentó poner en orden la información.

—¿Sugieres que hemos dirigido a nuestro enemigo a visitar sus propias pistas? ¿Que se trata de un trabajo confidencial, que Satán es uno de nosotros, que él o ella regresa sobre nuestras pruebas para destruirlas? Vuelvo a preguntar: si eso fuera así, ¿por qué? ¿Qué es lo que consigue al destruir todas las imágenes pasadas de sí

mismo? Si es cierta nuestra teoría de la línea reencarnada de reyes abisales, la próxima vez reaparecerá con un rostro diferente.

—Pero con sus mismas pautas subconscientes —dijo Parsifal—. ¿Recuerdas? Hablamos de eso. No puede uno cambiar su naturaleza fundamental. Es como una huella. Puede intentar alterar su comportamiento, pero cinco mil años de pruebas humanas lo han hecho identificable, si no para nosotros sí al menos para el siguiente grupo Beowulf o para el que venga después. Si no hay pruebas, no hay descubrimiento. Se convierte en el hombre invisible, signifique eso lo que signifique.

—Déjalo que se desboque —dijo De l'Orme. Hablaba tanto para calmar la agitación de Parsifal como la de su presa abisal—. Para cuando termine con su vandalismo, le conoceremos mejor de lo que se conoce a sí mismo. Estamos cerca.

Escuchó la dificultosa respiración de Parsifal, al otro lado de la línea. El astronauta murmuró algo inaudible. De l'Orme pudo escuchar la ráfaga de viento que agitó la cabina telefónica, cerca de la que pasaba seguramente un camión de dieciséis ruedas. Imaginó que Parsifal debía de estar en alguna perdida cafetería situada al lado de una carretera interestatal.

—Vete a casa —le aconsejó.

—¿De qué parte estás? Por eso te he llamado, en realidad. ¿De qué parte estás?

—¿De qué parte estoy?

—A eso es a lo que se reduce todo, ¿no es así?

La voz de Parsifal se perdió. El viento aullaba. Hablaba como un hombre a punto de perder la razón y el cuerpo ante la tormenta.

—Tu mujer debe de estar preguntándose dónde te encuentras.

—¿Y que ella muera como Mustafah? Ya nos hemos despedido. Ella nunca volverá a verme. Lo hago por su propio bien.

Se escuchó un golpeteo y luego unos arañazos sobre la ventana de la habitación de De l'Orme. Se retiró de nuevo a su presunción de oscuridad, apretó la espalda contra el sofá tapizado de pana. Escuchó. Unas garras arañaron el cristal. Y allí siguió la pista, un aleteo. Un pájaro. O un ángel. Perdido entre los rascacielos.

—¿Qué ocurre con Mustafah?

—Tienes que saberlo.

—Pues no lo sé.

—Lo encontraron el pasado viernes, en Estambul. Lo que quedaba de él estaba flotando en la presa subterránea de Yerebatan Sarayi. ¿De veras que no lo sabías? Lo mataron el mismo día que se encontró una bomba en Hagia Sofía. Nosotros formamos parte de las pruebas, ¿es que no te das cuenta?

Con una gran y concentrada precisión, De l'Orme dejó las gafas en la mesita. Se sentía mareado. Deseaba resistir, desafiar a Parsifal, obligarlo a retractarse de aquellas terribles noticias.

—Sólo hay una persona que pueda estar haciendo esto —dijo Parsifal—. Lo sabes tan bien como yo.

Se produjo un minuto de relativo silencio en el que ninguno de los dos dijo nada. El teléfono se llenó con los sonidos de la ventisca y con el golpeteo de los

quitanieves que se disponían a iniciar la batalla por mantener abiertas las carreteras. Luego, Parsifal habló de nuevo.

— Sé lo cerca que estabais el uno del otro.

Su lucidez, su compasión cimentaron la revelación.

— Sí — asintió De l'Orme.

Era la peor falsedad que podía imaginar. La obsesión de aquel hombre les había guiado. Y ahora los había desheredado, en cuerpo y en espíritu. No, eso era un error, puesto que, para empezar, nunca habían sido incluidos en su herencia. Desde el principio no había hecho otra cosa que explotarlos. Habían sido para él como ganado que se conduce a la muerte.

— Tienes que alejarte de él — le dijo Parsifal.

Pero De l'Orme únicamente pensaba en el traidor. Trató de imaginar los miles de engaños que había perpetrado con ellos. ¡La audacia de un rey! Casi con admiración, susurró el nombre.

— Más fuerte — dijo Parsifal —. No puedo oírte con este viento.

— Thomas — repitió De l'Orme.

¡Qué magnífico valor! ¡Qué engaño tan despiadado! Las profundidades de su conjura eran casi vertiginosas. ¿Qué buscaba entonces? ¿Quién era realmente? ¿Y por qué adoptar un disfraz para cazarse a sí mismo?

— Entonces te has enterado — gritó Parsifal. La ventisca empeoraba con rapidez.

— ¿Lo han encontrado?

— Sí.

De l'Orme se quedó atónito.

— Pero eso significa que hemos ganado.

— ¿Es que te has vuelto loco? — preguntó Parsifal.

— ¿Te has vuelto tú? ¿Por qué huyes? Lo han atrapado. Ahora podemos entrevistarlos directamente. Tenemos que ir junto a él de inmediato. Dame los detalles, hombre.

— ¿Atrapado? ¿A Thomas?

De l'Orme percibió la confusión de Parsifal y se sintió igualmente desconcertado. Incluso después de tantos meses de tratar al abisal como un hombre corriente, la mortalidad de Satán no le parecía muy natural. ¿Cómo se podía «atrapar» a Satán? Y, sin embargo, allí estaba. Habían logrado lo imposible. Habían trascendido el mito.

— ¿Dónde está? ¿Qué han hecho con él?

— ¿Te refieres a Thomas?

— Sí, a Thomas.

— Pero si Thomas está muerto.

— ¿Thomas?

— Creía haberte oído decir que lo sabías.

— No — gimió De l'Orme.

— Lo siento. Fue un gran amigo de todos nosotros. De l'Orme digirió las consecuencias de aquellas palabras, pero seguía sin comprender.

—¿Ellos lo mataron?

—¿Ellos? ¿Quiénes? —gritó el astronauta. ¿Es que Parsifal no le escuchaba o tanto el uno como el otro se equivocaban en el significado que daban a sus palabras?

—A Satán —exclamó De l'Orme.

Sus pensamientos se precipitaron. ¿Habían matado al César abisal? ¿Es que aquellos estúpidos no conocían el valor de Satán? Mentalmente De l'Orme vio a algún joven y asustado soldado, con educación de escuela superior, vaciando el cargador de su rifle sobre las sombras, y Thomas surgiendo a trompicones desde la oscuridad a la luz, muerto.

A pesar de todo, De l'Orme seguía sin comprender nada.

—Sí, Satán —dijo Parsifal. Cada vez resultaba más difícil distinguir su voz del ruido de la tormenta—. Ahora lo comprendes. Es la misma conclusión a la que yo he llegado. Mustafah. Ahora Thomas. Satán. Satán los mató.

De l'Orme frunció el ceño.

—Sin embargo, dijiste que lo encontraron, a Satán.

—No, me refería a Thomas —aclaró Parsifal—. Encontraron a Thomas. Un pastor beduino de cabras se lo encontró esta tarde. Estaba tumbado entre las rocas, cerca del monasterio de Santa Catalina. Se había caído, o había sido empujado de uno de los riscos del monte Sinaí. Es evidente quién lo mató. Satán lo hizo. Nos está cazando, uno a uno. Conoce nuestras pautas, nuestras vidas cotidianas, los lugares donde nos ocultamos. Mientras averiguábamos su perfil, el bastardo se enteraba del nuestro.

Finalmente, De l'Orme comprendió lo que Parsifal le estaba diciendo. Thomas no era el traidor. Era alguien incluso más cercano a él.

—¿Sigues ahí? —preguntó Parsifal.

—¿Qué han hecho con el cuerpo de Thomas? —preguntó De l'Orme tras aclararse la garganta.

—Lo que hacen los monjes del desierto con sus muertos. Probablemente no sirva de mucho para conservarlo. Querían enterrarlo cuanto antes. Lo harán el miércoles, allí mismo, en el monasterio. —Hizo una pausa antes de preguntar—: No irás, ¿verdad?

Tantas cosas que planificar y, en realidad, tan pocas. De l'Orme sabía exactamente qué necesitaba que ocurriera a continuación.

—Se trata de tu cabeza —le dijo Parsifal.

De l'Orme volvió a colgar el teléfono en su horquilla.

Savannah, Georgia

Ella se despertó en su cama con antiguos sueños de que volvía a ser joven y los hombres elegantes la cortejaban. Los muchos se convirtieron en unos pocos. Los pocos en uno solo. En sus sueños, estaba sola, como ahora, pero con una soledad diferente, con un dolor en los corazones de los hombres, con un recuerdo que nunca

terminaría. Y este único hombre nunca dejaría de buscarla, aunque ella se perdiera en sí misma, aunque envejeciera.

Abrió los ojos y la estancia se llenó de rayos de luna.

Las bastas cortinas de lino se agitaron con la brisa. Los grillos cantaban en la hierba de su porche. La ventana se había abierto.

Una luz diminuta efectuó un bucle dentro de la habitación. Una luciérnaga.

—Vera —dijo un hombre desde el rincón más oscuro.

Se sobresaltó y las gafas se le cayeron de entre los dedos. Un ladrón, pensó. Pero ¿un ladrón que conocía su nombre? ¿Quién podía hablar con un tono tan triste?

—¿Quién es? —preguntó.

—Te he estado observando en tu sueño —dijo él—. En esta luz, veo a la niña pequeña a la que su padre debió de haber querido.

Iba a matarla. Vera percibió la determinación que había en su ternura. Una forma surgió entre las sombras de la luna. Liberada de su peso, la silla de mimbre crujió y él se adelantó.

—¿Quién eres? —preguntó ella.

—¿Parsifal no te llamó?

—Sí.

—¿No te lo dijo?

—¿Decirme? ¿El qué?

—Quién soy.

Un frío invernal le recorrió el cuerpo.

Parsifal la había llamado el día anterior y ella le interrumpió en sus malos augurios desde la carretera. El cielo se desmorona; eso fue todo lo que pudo sacar en claro de sus tonterías. De hecho, su explosión de consejos paranoicos y malos presagios consiguieron finalmente lo que Thomas no había conseguido: convencerla de que el monstruo era ni más ni menos que su propia búsqueda del monstruo.

Le asombraba que su búsqueda del rey de la oscuridad fuese autogenética, surgida de nada más real que la idea que se hacían de ella. Retrospectivamente, aquella búsqueda se había alimentado a sí misma durante meses, con sus propias claves, predicciones y erudición libresca. Ahora empezaba a alimentarse de ellos. Tal y como había advertido Thomas, la búsqueda se había tornado peligrosa. Sus enemigos no eran los tiranos y los futuros tiranos, los C. C. Cooper del mundo, ni su fabuloso Satán del inframundo. El enemigo era más bien su propia imaginación calenturienta.

Le había colgado el teléfono a Parsifal. Repetidas veces. La había llamado varias veces más, vociferando y hablando como un loco, como un vendedor yanqui de alfombras tratando de asustarla para que abandonara su plantación. «Me quedo donde estoy», le había dicho ella.

Así pues, Parsifal tenía razón.

Tenía la silla de ruedas junto a la mesita de noche. No intentó convencerlo para que no la asesinara. No; cuestionó sus métodos ni puso a prueba su sadismo. Quizá

lo hiciera todo con rapidez y profesionalidad. «De modo que, después de todo, vas a morir en la cama», se dijo a sí misma.

Vera intentaba reunir su valor y sus pensamientos. El corazón le latía con fuerza. Deseaba mantener la calma.

—¿Parsifal?

—Me refiero a tu padre.

La pregunta la distrajo.

—¿Canciones?

—Antes de que te acostaras a dormir.

Era una invitación y ella la aprovechó. Cerró los ojos y se lanzó a la búsqueda. Eso significaba pasar por alto los grillos y penetrar en los acelerados latidos de su corazón, y descender a los recuerdos que creía desaparecidos para siempre. Pero aquí estaba él y, sí, era de noche y él le cantaba. Volvió a apoyar la cabeza sobre la almohada y sus palabras hicieron de manta y su voz le prometió cobijo. «Papá», pensó.

El suelo de madera emitió un crujido.

Vera lo lamentó. De no haber sido por aquel sonido, se habría quedado con la canción. Pero la madera le hizo regresar a la habitación. Ascendió a través del corazón, de vuelta al mundo de los grillos y los rayos de luna.

Abrió los ojos y allí estaba, con las manos desnudas, mientras la luciérnaga trazaba un enrevesado halo en lo alto, por encima de su cabeza. Se acercaba a ella como su amante. Su rostro entró entonces en la luz y ella, asombrada, preguntó:

—¿Tú?

Monasterio de Santa Catalina, Yébel Musa (monte Sinaí)

De l'Orme dispuso las copas y colocó la hogaza de pan. El abad le había proporcionado una sala de meditación, de las ocupadas durante miles de años por hombres y mujeres que buscan la sabiduría espiritual.

Santos estaría encantado. Le gustaban las cosas toscas y sencillas. La jarra de vino era de arcilla. Las planchas de la mesa se habían cepillado y claveteado hacía por lo menos cinco siglos. Ninguna cortina en la ventana. Ni siquiera cristal. El polvo y los insectos eran sus únicos compañeros de oración. Como palabras de la Biblia, un atrevido rayo de sol ensartaba la penumbra de la celda. De l'Orme sintió su calor sobre la cara. Sintió que se desplazaba desde el este hacia el oeste, a través de sus mejillas. Lo sintió ponerse. Hacía frío a esta altura, especialmente si se comparaba con el calor del desierto que había recorrido. La carretera ya no era tan buena. De l'Orme había tenido que sufrir sus baches. Como los turistas ya no acudían aquí en tan gran número, había menos razones para mantener el asfalto. La Tierra Santa ya no les atraía como antes. La revelación del infierno como una red corriente de túneles había logrado, por sí sola, lo que el Infierno mismo no pudo: el final del temor espiritual. La muerte de Dios a manos del existencialismo y del materialismo ya

había sido algo suficientemente penoso. Ahora, la muerte del Mal Supremo había transformado el paisaje de la vida en el más allá en una suerte de pensión barata llena de fantasmas. Desde Moisés hasta Mahoma y Agustín, los caminos habían sido buenos para su tiempo, pero últimamente ya no los recorría casi nadie.

Del mismo modo que la carretera que conducía hasta sus altos muros, Santa Catalina se notaba muy descuidado. De l'Orme oyó de labios del escandalizado abad cómo una serie de monjes se habían vuelto idiorrítmicos, adquiriendo propiedades en el ahora abandonado pueblo turístico, dedicándose a comer carne y a colocar iconos, espejos y alfombras en sus celdas. Aquella clase de corrupción conducía a la desobediencia, claro está. ¿Y qué era un monasterio sin obediencia? En el patio de Santa Catalina se moría incluso la zarza que, según se afirmaba, era el arbusto ardiente de Moisés.

De l'Orme aspiró intensamente la brisa del atardecer, introduciendo el incienso en sus pulmones como si fuera oxígeno. Olía un cercano almendro, a pesar del invierno. Alguien cultivaba una pequeña maceta de albahaca. Y todo se veía dominado por un dulce hedor, muy débil: el de los cuerpos de los santos muertos.

Los antropólogos llamaban segundo enterramiento a esta práctica de desenterrar a sus muertos después de varios años y añadir los huesos y calaveras de los monjes a la colección del monasterio. Al osario, algunos lo llamaban jocosamente la universidad. Según la tradición, los muertos seguían enseñando gracias a su recuerdo. ¿Y qué les enseñaste tú, Thomas? —se preguntó De l'Orme—. ¿Gracia? ¿Perdón? ¿O les comunicaste una advertencia contra la oscuridad?»

Se iniciaban las vísperas nocturnas. Excepcionalmente, se había permitido que hubiese un periquito enjaulado en el patio. Su canto se conjuntaba con el *kyrie eleison* de los monjes, como las notas de un ángel diminuto.

En momentos como aquel, De l'Orme anhelaba el regreso a los hábitos o, al menos, a la celda del ermitaño. Si se dejaban las cosas tal como estaban, el mundo era una superabundancia de riquezas. Si uno se quedaba quieto, todo el universo era tu amante. Pero ya era demasiado tarde para eso.

Santos llegó en un todoterreno que traqueteaba sobre la tierra ondulada. Perturbó a un rebaño de cabras y pudieron escucharse sus esquilas y el apagado repiqueteo de sus pezuñas. De l'Orme escuchó. Santos venía solo. Su paso era firme y alargado.

El periquito dejó de cantar. Los *kyrie eleison* no se interrumpieron. De l'Orme dejó que él mismo encontrara su camino.

Pocos minutos más tarde, Santos asomó la cabeza en la cámara de De l'Orme.

—Ah, estás ahí —dijo.

—Entra —le dijo De l'Orme—. No sabía si conseguirías llegar antes de que cayera la noche.

—Pues aquí estoy —dijo Santos—. Y tendrás que ocuparte de nuestra cena, porque no he traído nada.

—Siéntate, debes de estar cansado.

—Ha sido un viaje muy largo —admitió Santos.

—Has estado muy ocupado.

—He venido en cuanto he podido. ¿Lo han enterrado ya?

—Hoy. En el cementerio.

—¿Estuvo bien?

—Lo trataron como a uno de los suyos. Él se habría sentido complacido.

—No me caía muy bien, pero sé que tú le querías. ¿Te encuentras bien?

—Desde luego —asintió De l'Orme.

Hizo un esfuerzo por incorporarse, abrió los brazos y le dio un abrazo a Santos. El olor del sudor del joven y el pelado desierto mosaico eran buenos. Por lo visto, Santos llevaba el sol atrapado en sus poros.

—Llevó una vida plena —dijo Santos con simpatía.

—¿Quién sabe qué más pudo haber descubierto? —dijo De l'Orme.

Dio un ligero golpe con la mano en su ancha espalda y se separaron. De l'Orme se sentó cuidadosamente en su taburete de madera de tres patas. Santos dejó la bolsa en el suelo y tomó la silla que De l'Orme había colocado previamente en el extremo más alejado de la mesa.

—¿Y ahora? ¿Adonde vamos a partir de aquí? ¿Qué hacemos?

—Comamos —dijo De l'Orme—. Ya hablaremos mañana, durante el almuerzo.

—Olivas, queso de cabra, una naranja, pan, una jarra de vino —dijo Santos—. Esto tiene todos los visos de una última cena.

—Si quieres burlarte de Cristo, eso es asunto tuyo. Pero no te burles de nuestra cena —dijo De l'Orme—. No tienes por qué comer si no tienes hambre.

—Sólo era una broma. Estoy hambriento.

—Debería haber también una vela en alguna parte —dijo De l'Orme—. Seguramente ya ha oscurecido. Pero no tenía cerillas.

—Todavía hay penumbras —dijo Santos—. Hay luz suficiente. Prefiero este ambiente.

—Entonces, sirve el vino.

—Me pregunto qué pudo haberle traído hasta aquí —dijo Santos—. Me dijiste que Thomas había abandonado la búsqueda.

—Ahora ya está claro que Thomas no iba a dejar nunca la búsqueda.

—¿Había aquí algo que estuviera buscando?

De l'Orme percibió la extrañeza de Santos. En realidad, le preguntaba por qué le había dado instrucciones para que viniera aquí.

—Al principio pensé que había venido por el *Codex Sinaiticus* —contestó De l'Orme. Santos sabía que el *Codex* era uno de los más antiguos manuscritos del Nuevo Testamento. Abarcaba un total de tres mil volúmenes, de los que sólo se conservaban unos pocos en esta biblioteca—. Pero ahora pienso de otro modo.

—¿Sí?

—Creo que fue Satán quien lo atrajo hasta aquí —dijo De l'Orme.

—¿Lo atrajo? ¿Cómo?

—Quizá con su presencia. O dejándole un mensaje. No lo sé.

—Eso quiere decir que tiene cierto sentido de la teatralidad —comentó Santos entre bocados—. La montaña de Dios.

—Así parece.

—¿No tienes hambre?

—No tengo apetito esta noche.

Los monjes trabajaban en la iglesia. Su profundo canto reverberó a través de la piedra. Señor ten piedad. Cristo ten piedad. Señor ten piedad. *Domine Deus*.

—¿Lloras por la pérdida de Thomas? —preguntó Santos de pronto.

De l'Orme no hizo movimiento alguno para limpiarse las lágrimas que descendían por sus mejillas.

—No —contestó—. Por la tuya.

—¿Por la mía? Pero ¿por qué? Si yo estoy aquí, contigo.

—Sí.

Santos se quedó inmóvil.

—No te sientes feliz conmigo.

—No, no es eso.

—Entonces, ¿qué es? Dímelo.

—Te estás muriendo —dijo De l'Orme.

—Seguro que te equivocas —dijo Santos, riéndose aliviado—. Me encuentro perfectamente bien.

—No —le dijo De l'Orme—. He envenenado tu vino.

—Qué terrible broma de mal gusto.

—No es ninguna broma.

En ese preciso momento, Santos se llevó las manos al estómago. Se levantó de golpe y la silla de madera cayó sobre las losas.

—¿Qué has hecho? —preguntó boquiabierto.

No hubo ningún drama. No cayó al suelo. Suavemente, se arrodilló sobre la piedra y se tumbó en ella.

—¿Es cierto? —preguntó.

—Sí —contestó De l'Orme—. Desde Bordubor que he sospechado de tu malicia.

—¿Qué?

—Fuiste tú quien arrancó la cara de la talla y el que mató al pobre guarda.

—No.

La protesta de Santos fue apenas poco más que un aliento.

—¿No? ¿Quién, entonces? ¿Yo? ¿Thomas? No había nadie más, excepto tú. Santos gimió. Su bonita camisa blanca se mancharía en el suelo, imaginó De l'Orme.

—Eres tú el que se había propuesto dismantelar tu propia imagen entre los hombres —siguió diciendo. El aliento se elevaba más tenuemente desde el suelo—. No puedo explicar cómo pudiste elegirme a mí, hace ya tanto tiempo. Lo único que sé es que yo fui el instrumento que te condujo hasta Thomas. Yo te conduje hasta él.

Santos aún pudo decir algo:

—... todo equivocado —susurró.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó De l'Orme.

Pero ya era demasiado tarde.

Santos, o Satán, ya no estaba allí.

Había tenido la intención de mantener la vigilia sobre el cuerpo durante toda la noche. Santos pesaba demasiado como para levantarlo y tenderlo sobre el camastro, así que cuando empezó a hacer frío y ya no pudo mantenerse despierto por más tiempo, De l'Orme se envolvió con la manta y se tumbó en el suelo, junto al cadáver. Por la mañana explicaría su asesinato a los monjes. Aparte de eso, no le importaba nada más.

Y así se quedó dormido, hombro con hombro con su víctima.

La incisión a través de su abdomen lo despertó.

El dolor fue tan repentino e intenso que lo registró como una pesadilla, como algo ante lo que no había que sentir pánico.

Entonces sintió el salto animal dentro de su pared torácica y se dio cuenta de que no era ningún animal, sino una mano. Navegó hacia arriba, con la destreza de un cirujano. Intentó apartarse, con las palmas de las manos contra la piedra, pero su cabeza se arqueó hacia atrás y no pudo retirar su cuerpo, no pudo evitar aquella horrible intrusión.

—¡Santos! —balbuceó con el único aliento que le quedaba.

—No, no es él —murmuró una voz que conocía.

Los ojos de De l'Orme miraron fijamente en la noche.

Era en Mongolia donde hacían las cosas de aquel modo. El nómada efectúa un corte en el vientre de su oveja e introduce la mano en el interior, deslizándola hacia arriba, entre los resbaladizos órganos, hasta llegar donde está el corazón, todavía palpitante. Si se hace adecuadamente, se consideraba como una muerte indolora.

Se necesitaba una mano fuerte para apretar el órgano hasta dejarlo totalmente inmóvil. Esta mano era fuerte.

De l'Orme no forcejeó. Ésa era otra de las ventajas del método. Cuando la mano estaba dentro, ya no había nada que hacer. El propio cuerpo cooperaba, conmocionado por la inimaginable violación. Ningún instinto podía preparar a un hombre para ese momento. Sentir cómo los dedos se cerraban alrededor del propio corazón... Esperó, mientras su matarife sostenía en la mano el cáliz de la vida.

Tardó menos de un minuto.

La cabeza rodó hacia la izquierda y allí estaba Santos, junto a él, tan frío como la cera, la propia creación de De l'Orme. Su horror fue completo. Había pecado contra sí mismo. Había asesinado a la bondad personificada, en nombre de la bondad. Año tras año había recibido la bondadosa atención del joven, la había rechazado y puesto a prueba y nunca creyó que algo así pudiera ser real. Y, sin embargo, se había equivocado fatalmente.

Su boca formó el nombre del amor, pero ya no le quedaba aire para pronunciar la palabra.

Ante cualquier extraño habría podido parecer que De l'Orme se entregaba al sacrificio. Experimentó un pequeño espasmo y eso no hizo más que hundir más profundamente el brazo. Como una marioneta, buscó la mano que lo manipulaba,

que era como un fantasma dentro de los huesos de su pecho. Suavemente, colocó sus propias manos sobre su corazón. Su corazón indefenso. Señor ten piedad. El puño se cerró.

En ese último instante, una canción acudió a su mente. Surgió en su oído, imposible, muy hermosa. ¿La voz pura de un monje niño? ¿La radio de un turista, un fragmento de ópera? Se dio cuenta de que era el periquito enjaulado en el patio. En su mente, vio salir la luna llena sobre las montañas. Pero, naturalmente, los animales despertarían. Naturalmente, ofrecerían su canción matutina a su radiación. De l'Orme nunca había visto tanta luz, ni siquiera en su imaginación.

Por debajo de la península del Sinaí

A través de la herida, la entrada.

A través de las venas, la retirada.

Su búsqueda había terminado.

En la naturaleza de la verdadera búsqueda, se había encontrado a sí mismo. Ahora, su pueblo lo necesitaba mientras se reunían en su desolación. Era su destino el conducirlos a la nueva tierra, pues él era su salvador.

Adquirió velocidad en el descenso.

Descenso desde el ojo de Egipto del Sol, desde el Sinaí, lejos de sus cielos, como un mar vuelto del revés, con sus estrellas y planetas atravesándole el alma, con sus ciudades como insectos, todo cáscara y mecanismo, con su ceguera con ojos, sus vertiginosas llanuras y la mente aplastando las montañas. Descenso de los miles de millones que habían hecho el mundo a su propia imagen humana. Su firma podía haber sido una cuestión de belleza. Pero era una cuestión de muerte. Su presencia se había convertido en la del mundo, era la presencia de los chacales que desgarraban los músculos de las piernas incluso mientras intentaba ahuyentarlos.

La tierra se cerró sobre él. Con cada giro y cada recodo, se cerraba herméticamente tras él.

Resurgían sentidos enterrados desde hacía tiempo. ¡Soledad! ¡Silencio! La oscuridad era luz. Una vez más podía escuchar las articulaciones y la sangre vital del planeta. Como latidos en la piedra, como acontecimientos antiguos. Aquí, el tiempo era como el agua. Las criaturas más diminutas eran sus padres y madres. Los fósiles eran sus hijos. Lo convertían en el recuerdo mismo.

Dejó que las palmas desnudas rebotaran sobre las paredes, atrayendo el calor y el frío, lo afilado y lo redondeado y suave. Hundiéndose, galopando, dejaba en prenda la carne de Dios. Esta magnífica roca. Esta fortaleza de su ser. Ésta era la palabra. La Tierra.

Momento a momento, paso a paso, sintió cómo se convertía en prehistórico. Fue una bendita liberación de los hábitos humanos. En aquel vasto monasterio lleno de capilaridades, a través de aquellas aberturas, tortuosos pasajes y abiertas fístulas tetónicas, bebiendo de charcas de agua más antigua que la vida mamífera, donde el

recuerdo era simplemente recuerdo. No era algo que hubiera que marcar en calendarios, guardar en libros, etiquetar en gráficos o trazar en mapas. No se memorizaba la memoria, del mismo modo que no se memorizaba la existencia.

Recordó su camino hacia las profundidades por el sabor del suelo y por el tirón de las corrientes de aire que no tenían dirección cardinal. Dejó atrás la cartografía de la Tierra Santa y de sus cuevas de entrada a través de Yébel el Lawz, en la elusiva Midia. Olvidó el nombre del océano índico al > pasar por debajo. Palpó el oro, suave y serpentino, incrustado en las paredes, pero ya no lo reconoció como oro. Transcurrió el tiempo, pero dejó de contarlo. ¿Días? ¿Semanas? Perdió la memoria incluso mientras la recuperaba.

Se vio a sí mismo y no supo que era él. Estaba en una hoja de obsidiana negra. Su imagen se elevó como una silueta negra dentro de la negrura. Se acercó a ella y colocó las manos sobre el cristal volcánico y contempló fijamente su rostro que se reflejaba. Hubo algo en los ojos que le pareció familiar.

Siguió adelante, cansado y, sin embargo, refrescado. Las profundidades dieron carne a su fortaleza. Animales ocasionales le proporcionaron el don de su carne. Más y más, fue testigo de la vida en la oscuridad, escuchó sus chirridos y roces. Encontró pruebas de sus refugiados, mucho antes que ellos, de los nómadas abisales y los viajeros religiosos. Las marcas que dejaban en las paredes lo llenaron con el dolor por la gloria perdida de su imperio.

Su pueblo había perdido la gracia, había caído precipitada y profundamente y durante tanto tiempo que ya ni siquiera era consciente de su propio descenso. Ahora, sin embargo, incluso en su vacío y en su miseria, estaba siendo perseguido en nombre de Dios, y eso no podía ser. Pues ellos eran los hijos de Dios y habían vivido durante mucho tiempo en los páramos, el tiempo suficiente como para haber lavado sus pecados y obtenido la amnistía. Habían pagado por su orgullo, independencia o lo que ofendiera al orden natural de las cosas, y ahora, después de un exilio de cientos de eones, habían regresado a su inocencia.

Era un error que Dios continuara castigándoles, un sacrilegio que permitiera su caza hasta la extinción. Pero es que, desde el principio mismo, su pueblo había desafiado la idea de que Dios pudiera demostrar misericordia. Ellos eran su mentira. Ellos eran su pecado. Siempre había sido una falsa esperanza que Dios pudiera apartarlos de su propia cólera para llevarlos al amor. No, el rescate tenía que proceder de alguna otra alma.

25

PANDEMÓNIUM

Los muertos no tienen derechos.
THOMAS JEFFERSON, hacia el final de su vida.

8 de diciembre

El final empezó con algo pequeño que Ali descubrió en el suelo. Pudo haber sido un ángel tumbado allí, invisible para todos, excepto para ella, diciéndole que estuviera preparada. Sin cambiar el paso, colocó el pie sobre el mensaje y lo aplastó, haciéndolo añicos. Probablemente, no habría sido necesario. ¿Quién más podría haber leído tanto en un dulce rojo?

No mucho después, mientras se hallaba acucillada torpemente en el nicho en penumbras que se había designado como letrina, Ali descubrió otro dulce rojo, esta vez alojado en una grieta de la pared, por encima de la letrina. Acucillada sobre el montón de heces, con las cuerdas fuertemente atadas por los mercenarios, Ali aún pudo introducir los dedos de una mano por entre la grieta. Esperaba encontrar una nota y sólo halló un pomo duro y suave. Lo que extrajo de la piedra era un cuchillo negro para un trabajo clandestino, con estría para que corriera la sangre y con un peso manejable. Hasta el mango parecía cruel.

—¿Qué estás haciendo ahí dentro? —gritó el guarda.

Ali se guardó el cuchillo entre las ropas y el guarda la devolvió a la pequeña estancia lateral que se había convertido en la mazmorra de todos ellos. Con el corazón latiéndole en las orejas, Ali ocupó su lugar junto a la muchacha. Tenía miedo, pero se sentía gozosa. Allí estaba su oportunidad.

¿Y ahora qué?, se preguntó Ali. ¿Encontraría alguna otra señal? ¿Debía cortar las cuerdas ahora o esperar? ¿De qué la creería capaz Ike? Él tenía que saber que había límites a lo que podía hacer. Ella era una mujer de Dios.

Tres mercenarios se encontraban a diez pasos de distancia unos de otros, entre el ejército de terracota que rodeaba la aguja.

—Esto es una mierda, hermanos —dijo uno de ellos—. Ese tipo se ha largado. Eso es lo que yo habría hecho en su lugar.

—De todos modos, ¿qué estamos haciendo metidos aquí dentro? ¿El coronel todavía quiere más lucha?

—Es un hombre muerto. Sólo quiere que le sostengamos la mano mientras se pudre. Y mientras tanto damos de comer a los prisioneros. No creo que vayamos a encontrar ninguna tienda de comestibles en el camino.

—El mejor objetivo es el que se queda quieto. Ofrecemos un blanco precioso, como patos sentados.

—Lo mismo pienso yo.

Hubo una pausa. Todavía estaban tanteándose mutuamente.

—¿Qué hacemos entonces?

—En momentos desesperados, hay que tomar medidas desesperadas. El coronel está despilfarrando nuestro tiempo. Los civiles se están comiendo nuestra comida. Y los moribundos están muertos. A eso se le llama recursos limitados.

—Tiene sentido.

—¿Quemas?

—Con vosotros dos somos doce. Además de ese muermo de Shoat, que no querrá darnos el código de su artilugio de radioseñal.

—Déjame una hora con Shoat y te daré su código y hasta el número de teléfono de su mamá.

—Sería una pérdida de tiempo. En cuanto nos dé el código sabe que está muerto. Sólo tenemos que esperar a que active la combinación. Luego será comida de los perros.

—¿Cuándo lo hacemos?

—Recoge el cepillo de dientes, amigo. Pronto, muy pronto.

—Oh —gritó uno—. Jodidas estatuas.

—Alégrate de que no sean reales.

—Eh, chicas, ¿qué tenemos aquí?

—¡Monedas! Fíjate en esta.

—Están hechas a mano, ¿ves los bordes cortados? Son antiguas.

—Jodidamente antiguas. Esto es de oro.

—Ya iba siendo hora. Y por aquí hay más.

—Y allí también. Ya era hora de que encontrásemos algún botín.

Los tres hombres se separaron, recogiendo monedas del suelo con la misma elegancia que los gallos en el corral. Se fueron alejando más y más unos de otros.

Finalmente, el que llevaba la gorra de los Raiders con la visera hacia atrás se agachó, como un pato, con el fusil cruzado sobre el regazo, lo que le dejaba libres las dos manos para recoger el tesoro.

—Eh, muchachos —dijo—, tengo los bolsillos llenos. Os alquilo espacio en vuestras mochilas.

Transcurrió otro minuto.

—Eh —gritó de nuevo y se quedó inmóvil—. ¿Muchachos?

Abrió las manos. Las monedas se le cayeron. Lentamente, levantó las manos hacia el fusil. Demasiado tarde, escuchó el tintineo del jade.

Los chinos tienen una palabra especial, *Hnglung*, para describir el tintineo musical producido por las joyas de jade de los aristócratas al caminar. No había

forma de saber cómo lo llamaban los abisales veinte eones antes. Pero el sonido fue idéntico cuando la estatua situada junto a él cobró vida.

El mercenario empezó a levantarse. El garrote de guerra protoazteca salió a su encuentro desde arriba. La cabeza le estalló como un melón, con limpieza quirúrgica. La obsidiana era realmente más afilada que los escalpelos modernos. La estatua se desprendió de su armadura de jade y se convirtió en un hombre. Ike volvió a colocar el garrote en las manos de terracota y levantó el fusil. Era un intercambio justo, pensó.

Los amotinados llevaron las barcas hasta el mar y las cargaron con los suministros de la expedición. Eso lo hicieron a la vista de su comandante, al que habían atado y colgado de la pared, donde se debatía como un loco.

—Ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los príncipes, los poderes, las cosas presentes o las cosas por venir, ni la altura, ni las profundidades, ni cualquier otra criatura podrá separarnos de la venganza de Dios —les gritó.

En su estancia lateral, los prisioneros escucharon a Walker. Amor, no venganza, pensó Ali, tumbada en el suelo. El coronel lo había entendido mal. La cita era de la epístola a los Romanos y tenía que ver con el amor de Dios, no con su venganza. Una cuestión discutible.

El guarda que los vigilaba se marchó para ayudar a cargar las embarcaciones. Sabía que los civiles no iban a ir a ninguna parte.

Había llegado el momento. Ike le había dado toda la ventaja que pudo. A partir de ahora, tendría que improvisar.

Ali sacó el cuchillo.

Troy levantó la *cabeza*. Ella lo apretó contra los nudos de la muñeca y comprobó que la hoja estaba afilada. La cuerda casi se desintegró. Rodó sobre sí misma para quedar frente a Troy. Spurrier los oyó y miró.

—¿Qué estás haciendo? —le susurró—. ¿Te has vuelto loca?

Ella flexionó las muñecas y los hombros y se puso de rodillas para desatar el alambre que le rodeaba el cuello y lo sujetaba a la pared.

—Si los vuelves locos no nos llevarán con ellos —advirtió Spurrier.

—No nos van a llevar con ellos —dijo Ali mirándole con el ceño fruncido.

—Pues claro que sí —insistió Spurrier, aunque ella ya había hecho añicos su esperanza—. Sólo tienes que esperar.

—Volverán —dijo Ali—. Y no queremos estar aquí cuando suceda.

Troy tenía ahora el cuchillo y se acercó a Chelsea, Pia y Spurrier.

—Aléjate de mí —le dijo Spurrier.

Pia tomó las manos de Ali y la obligó a acercarse. La miró fijamente, con los ojos desorbitados. Olía como a algo enterrado. Junto a ella, Spurrier dijo:

—No deberíamos enojarles, Pia.

—Quédate tú entonces —dijo Ali.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó Troy, arrodillado junto a la muchacha cautiva que lo miraba imperturbable, vigilante.

La muchacha podía lanzarse hacia la entrada o empezar a gritar o incluso atacar a sus liberadores. Por otro lado, dejarla allí suponía condenarla a una segura sentencia de muerte.

—Tráela —dijo Ali—, pero no le quites la mordaza y déjale las manos atadas y también el alambre alrededor del cuello.

Troy ya tenía la hoja del cuchillo bajo la cuerda, preparado para cortarla. Vaciló. La mirada de la muchacha se desvió hacia Ali. De color amarillento, sus ojos eran felinos.

—Mantenla atada, Troy. Eso es todo lo que diré.

—Estúpidos —siseó Spurrier, que se negó a escapar.

Pia empezó a dirigirse hacia la puerta, pero luego se volvió.

—No puedo —le dijo a Ali.

—No puedes quedarte aquí —dijo Ali.

—¿Cómo voy a dejarlo a él solo?

Ali tomó a Pia por el brazo para tirar de ella, pero luego la soltó.

—Lo siento —dijo Pia—. Ten cuidado.

Ali la besó en la frente.

Los fugitivos salieron furtivamente de la estancia, hacia el interior de la fortaleza. No tenían luces, pero la luminiscencia de las paredes facilitó sus movimientos.

—Conozco un lugar —les dijo Ali.

Ellos la siguieron sin hacer preguntas. Encontró la escalera que Ike le había mostrado.

Chelsea cojeaba bastante a causa de lo que le habían hecho los mercenarios. Ali la ayudó mientras Troy ayudaba a la muchacha. En lo alto de la escalera, Ali los condujo a través de la entrada secreta de Ike y llegaron a la sala del faro.

La estancia estaba a oscuras, a excepción de una diminuta llama. Alguien había curioseado en el suelo de la bóveda, vaciándolo. También había dejado encendida una sola lámpara de arcilla. Ali descendió al interior de la bóveda y ayudó a Chelsea a bajar. Troy bajó a la muchacha. A Ali le sorprendió lo ligera que era.

—Ike ha estado aquí —dijo.

—Parece una tumba —observó Chelsea, que había empezado a temblar—. No quiero estar aquí.

—Era una bóveda de almacenamiento, con tinajas —dijo Ali—. Estaban llenas de aceite. Ike se las habrá llevado a alguna parte.

—¿Dónde está ahora?

—Quedaos aquí —les dijo Ali—. Yo lo encontraré.

—Iré contigo —se ofreció Troy de mala gana.

No quería dejar a la muchacha. Durante los últimos días había surgido en él cierta obsesión por ella. Ali miró a Chelsea, que no parecía estar muy bien. Troy tendría que quedarse con ellas. Procuró pensar tal como lo haría Ike.

—Esperad aquí. No hagáis ningún ruido. Volveremos a por vosotros cuando sea seguro.

La diminuta luz iluminó sus rostros hundidos. Ali hubiera querido quedarse con ellos, a salvo, con la luz. Pero Ike estaba allí fuera, en alguna parte, y quizá la necesitara.

—Llévate el cuchillo —le dijo Troy.

—No sabría qué hacer con eso —replicó. Intentó alegrar las expresiones de esperanza de Troy y Chelsea—. Os veré pronto —se despidió.

Las barcas se balanceaban con el movimiento del agua. No se podían percibir ni escuchar los temblores, pero otras intenciones más profundas empezaban a agitar el mar, hinchando las olas. Los alimentos y el equipo se habían atado con nudos propios de una reata de muías. Habían montado la ametralladora y encendido los focos. Iba a ser pesado para doce hombres, pero su gran abundancia de víveres les aseguraba los suministros durante varios meses y la carga se aligeraría a medida que se acercaran a la salida.

La mitad de los soldados esperaron en las barcas mientras la otra mitad regresaba para la limpieza. Habían sorteado el trabajo sucio, que le tocó a quienes sacaron las pajas más cortas. Les pareció nauseabundo que Shoat quisiera verlo.

No se deja con vida a los testigos, ni siquiera a los moribundos que aún caminan. Mucho antes de que se muriera de hambre, alguno de los supervivientes podía escribir un relato de lo ocurrido. Esa clase de cosas podían obsesionarle a uno. Podían transcurrir diez años hasta que algún colono encontrara aquella fortaleza, pero ¿por qué arriesgarse a que se conociera el testimonio de los fantasmas? Eso era lo que más les había confundido del coronel. Había considerado todo aquello como una llamada, cuando únicamente se trataba de un crimen.

Actuaron desde el frente hacia atrás y lo hicieron como profesionales. Cada uno de sus camaradas heridos recibió el tiro de gracia entre los ojos. A Walker lo dejaron con vida, atado a la pared, balbuceando citas de las Escrituras. Que se joda. Ni en un millón de años iba a ir a ninguna parte.

Luego, ya sólo quedó encargarse de los civiles de la estancia lateral. Dos de los soldados entraron.

—¿Qué ha pasado aquí? —gritó uno de ellos.

Spurrier levantó la mirada y trató de proteger a Pia.

—Huyeron. Podríamos habernos ido con ellos, pero fijaos, nos hemos quedado —dijo.

—Que te jodan, estúpido —dijo el otro.

Lanzaron rodando dos granadas de fragmentación al interior de la estancia y se protegieron en la pared exterior. Luego rociaron lo que quedaba con un cargador cada uno. Regresaron a la sala delantera. Ahora que los heridos habían dejado de quejarse, todo quedó en silencio. Sólo Walker seguía gimiendo.

—Ese imbécil —dijo uno de los mercenarios.

—No has visto nada todavía —dijo Shoat.

Acababa de insertar otra de sus cápsulas en la pared.

—¿De qué hablas?

—De pequeños guisantes —dijo Shoat.

—Eh, Shoat —dijo el otro—, ¿por qué sigues colocando esas cápsulas? No vamos a regresar por este camino.

—El que planta un árbol, planta para la posteridad —sentenció Shoat.

—Cierra el pico, idiota.

Observaron desde justo por debajo del agua. Otros ocuparon las alturas, camuflados con roca en polvo, entre las rocas. Su actitud era la propia de reptiles, o de insectos.

Eso sólo era una cuestión de clanes. Isaac los había dispuesto así.

Si a los mercenarios se les hubiese ocurrido iluminar las paredes del acantilado, habrían podido detectar un latido débil, la ondulación de muchos pulmones al respirar. Pero las luces que enfocaban el agua simplemente rebotaban sobre la oscilante superficie. Los humanos creían estar solos.

El grupo de ejecutores apareció ante la puerta de la fortaleza, sin prisas. Las piernas ya les pesaban, como a los campesinos al final de la jornada. Hasta que no se ha hecho, no se tiene ni la menor idea; matar era algo muy serio.

—¡La venganza será mía! —aulló la enloquecida voz de Walker desde la fortaleza.

—Que lo pases bien —murmuró alguien.

El parpadeo del fuego fulguró a través de la puerta. Alguien había encendido una hoguera con los últimos papeles de los científicos.

—Regresamos a casa, muchachos —les dijo el teniente a sus hombres al darles la bienvenida.

La lanza que lo empaló era un hermoso ejemplar de tecnología solutrense de la era glacial. La hoja de pedernal era alargada, en forma de hoja, con un exquisito lascado a presión y untada con veneno tóxico extraído de rayas abisales.

Fue un empalamiento clásico, surgido directamente del agua, que penetró con precisión por el ano del teniente, ensartándolo del mismo modo que, años atrás, había preparado él las ranas en el laboratorio de ciencias del instituto.

Nadie sospechó nada. El teniente permaneció erguido, o casi. Ciertamente que la cabeza se le inclinó levemente pero, por lo demás, mantuvo los ojos abiertos y la sonrisa muy amplia.

—Ya hemos terminado ahí atrás, teniente —le dijo uno de los hombres.

Más abajo, en el extremo más alejado de la línea de barcas, el soldado Grief estaba acuclillado sobre la cubierta de goma. Oyó un sonido, como el del aceite al separarse. Se volvió a mirar y el mar se le abrió. Sólo hubo tiempo para ver una cara feliz de ojos muy abiertos antes de que fuera arrastrado hacia el fondo. El agua se cerró herméticamente sobre sus talones.

Los mercenarios estaban diseminados sobre la arena, junto a diferentes embarcaciones varadas en la orilla. Dos de ellos llevaban los fusiles sujetos por la mirilla. Uno lo llevaba en bandolera.

—Vamos allá, pendejos —gritó uno de los hombres de las barcas—. Casi puedo oler sus fantasmas.

Se dice que los honderos romanos eran capaces de alcanzar a un hombre a 185 metros de distancia. Aunque sólo sea para dejar constancia, la piedra que alcanzó a Jefferson Bum-Bum se lanzó desde 235 metros. Su vecino oyó el golpetazo de sandía abierta que atravesó el pecho de Bum-Bum y miró para ver cómo el otrora notable centro de resonancia del jazz de Utah se ponía rígido y caía como un enorme árbol que hubiese decidido que le había llegado la hora. Sólo habían transcurrido diez segundos.

—¡Abisales! —gritó el vecino.

Ya habían pasado antes por esto, de modo que la sorpresa no fue total. Sabían cómo reaccionar sin pensárselo dos veces así que, simplemente, apretaron los gatillos, produjeron ruido y encendieron las luces. Aún no tenían blancos sobre los que disparar, pero no se esperaba a tener blancos; no con los abisales. Durante los primeros momentos, la potencia de fuego constituía la única oportunidad de agitar las piezas de su rompecabezas y darle la vuelta a la situación. Por eso dispararon hacia las paredes del acantilado. Dispararon hacia la arena y hacia el agua. Dispararon a lo alto. Intentaron no dispararse unos a otros, pero eso no era más que un riesgo colateral.

Sus cargadores especiales dieron resultados espectaculares. Las balas Lucifer alcanzaron las rocas y les arrancaron fragmentos de luz brillante, en una escena digna del cuatro de julio, pero con intenciones de matar. Acribillaron la arena, dispararon contra el agua en ráfagas arqueadas. También ametrallaron el techo, salpicado de constelaciones letales, y sobre ellos llovieron fragmentos de piedra.

Funcionó. Los abisales se quedaron quietos. Durante un minuto.

—Alto el fuego —gritó un hombre—. Contad. Yo soy uno.

—Dos —gritó otro hombre.

—Tres.

Sólo quedaban siete.

Los mercenarios situados más cerca de los botes descendieron rápidamente hacia la orilla. Tres retrocedieron hacia la fortaleza a través de melazas de espesa arena.

—Me han dado.

—El teniente ha muerto.

—¿Y Grief?

—Desaparecido.

—¿Y Bum-Bum?

—¿Ha terminado ya? ¿Se han largado los abisales?

Ésa había sido la pauta seguida durante semanas. Ataque rápido y huida. Los abisales eran los dueños de la noche en un lugar donde reinaba la noche para siempre.

—Jodidos abisales. ¿Cómo nos han encontrado?

Acurrucado al otro lado de la puerta de la fortaleza, Shoat observó la escena y calculó las posibilidades. No había terminado de salir cuando se inició el ataque y no vio razón alguna para anunciar a nadie su buen estado de salud. Se tocó la bolsa que contenía el artilugio de envío de la señal de radio. Era como un talismán para él, como una fuente de comodidad y poder. Una forma de lograr que se desvaneciera este peligroso mundo.

Con un simple tecleo podía eliminar por completo la amenaza. Los abisales se convertirían entonces en ilusiones. Pero también sucedería lo mismo con los mercenarios, que aún le resultaban útiles. Entre otras cosas, a Shoat no le gustaba remar. Conservaba su bolsa del Apocalipsis y consideró sus opciones: «¿Utilizarte ahora o más tarde?». Más tarde, decidió. No causaría daño alguno esperar algunos minutos más para ver cómo se solucionaban las cosas allí. Por lo visto, los abisales habían hecho valer su punto de vista, por así decirlo, y se retiraban a la oscuridad.

—¿Qué debemos hacer? —gritó un soldado.

—Marcharnos. Tenemos que largarnos de aquí —gritó otro—. Que todo el mundo suba a las barcas. Estamos más seguros en el agua.

Varias de las barcas iban a la deriva, sin tripulantes. El ametrallador remaba de regreso a la orilla.

—Vámonos. Vámonos —gritó a los tres compañeros acucillados contra la pared de la fortaleza.

Inseguros, los tres hombres se levantaron y miraron a su alrededor, por si había más emboscadas. Al no ver a nadie, introdujeron cargadores nuevos en los fusiles y procuraron prepararse para la carrera. Los soldados de los botes les hacían señas para que se acercaran.

—Cien metros —calculó uno de los mercenarios atrapados—. Una vez los hice en nueve coma nueve.

—Seguro que no sería en una pista de arena.

—Fíjate.

Se quitaron las mochilas y desecharon todo el peso extra, las granadas, las bayonetas, las luces y los chalecos inflables.

—¿Preparados?

—¿Nueve coma nueve has dicho? ¿Realmente eras tan lento?

Estaban preparados.

—Adelante.

El grito de una mujer cayó sobre ellos desde la zona más alta de la fortaleza. Todos lo escucharon. Incluso Ali, que descendía a través de la fortaleza, se detuvo para escuchar y supo que Troy la había desobedecido.

Los mercenarios levantaron la mirada. Era la horrible muchacha, que se asomaba por la ventana de la torre desde la que se dominaba el mar. Con la cinta

adhesiva arrancada de la boca, lanzó un segundo grito desde lo más profundo de su garganta. El ulular arrancó ecos sobre ellos. Lo sintieron como si sus propios corazones se elevaran sobre las aguas.

Ella podría haber lanzado su grito a la tierra o al mar. O haber invocado a Dios.

Como guiada por una llamada, la arena cobró vida. Ali llegó a una ventana justo a tiempo para ver. A medio camino entre la fortaleza y el agua un trozo de playa se abultó y se convirtió en una pequeña montaña. El bulto se elevó y adquirió las dimensiones de un animal. La arena salió despedida de sus hombros y se convirtió en un hombre. Los mercenarios quedaron demasiado atónitos como para disparar sobre él.

No era musculoso, como pudiera ser un atleta o un culturista, pero su carne se tensaba en placas que parecían hechas de cuerda, como si hubiera crecido sobre los huesos a partir de la necesidad, para luego crecer más, con poca simetría. Ali lo miró fijamente.

Su volumen, altura y las bandas plateadas de los brazos evidenciaban cierto pedigrí. Era imponente, alto como el más alto de los mercenarios y hasta majestuoso. Por un instante, Ali se preguntó si aquella deformidad bárbara no sería el mismo Satán al que estaba buscando.

Los focos de los mercenarios fijaron sus detalles, para que todos lo vieran. Ali estaba lo bastante cerca como para reconocerlo como un guerrero, aunque sólo fuera por la distribución de sus cicatrices. Era un hecho forense que los luchadores primitivos presentaban por lo general su lado izquierdo en la batalla. Desde el pie hasta el hombro, ese bárbaro hemisferio izquierdo mostraba el doble de viejas heridas que el derecho. El antebrazo izquierdo había sido cortado y roto por golpes desviados. La excrescencia calcárea que le brotaba de la cabeza tenía una textura ensortijada y la punta de su único cuerno se había roto en el combate.

En la mano derecha sostenía una espada de samurai robada en el siglo XVI. Con sus feroces ojos y la piel pintada de tierra, podría haber sido una de las figuras de terracota que había en el interior del foso de la fortaleza. Un demonio que protegiera el santuario. Cuando habló, sin embargo, lo hizo con acento londinense.

—¿Rezarás, muchacho? —le dijo a su primera víctima.

Ella había oído aquella voz por la radio. Había visto los ojos de Ike abrirse mucho al recordarlo.

Isaac se sacudió la arena del cuerpo y se volvió hacia la fortaleza, sin hacer el menor caso de sus enemigos. Buscó con la mirada en las alturas, absorbiendo masas de aire para captar el olor. Olió algo. Luego llamó a la muchacha y ya no hubo la menor duda acerca de lo ocurrido.

Habían raptado a la hija de la bestia. Ahora, el infierno quería recuperarla.

Antes de que los soldados pudieran apretar el gatillo, la trampa se cerró. Isaac saltó sobre el primero de ellos y le rompió el cuello.

La barca principal se levantó por un extremo y quedó suspendida sobre el borde. Sus ocupantes cayeron al agua negra.

Más lanzas arponearon el piso de las barcas y un hombre desesperado se ametralló sus propios pies.

Los focos se torcieron.

Los trazos se autoactivaron.

La obsidiana descendió sobre abisales y humanos por igual. Los últimos hombres de Walker se enfrentaron a sus propias armas, arrebatadas aquí y allá a sus camaradas muertos durante los últimos meses. Quienes pudieron quitar el mecanismo de seguridad y apretar el gatillo, causaron tanto destrozo entre los de su propia clase como entre los soldados. Muchos se limitaron a utilizar los fusiles como garrotes.

Los tres soldados atrapados cerca de la fortaleza intentaron alcanzar la puerta, pero los abisales saltaron desde los muros y les bloquearon el paso. Arrinconados contra la pared, uno de ellos vociferó:

—Recuerda El Álamo.

Su compañero, un hispano de Miami, gritó:

—A la mierda El Álamo. ¡Viva la raza!

Luego, le atravesó el cerebro. El tercer soldado mató al asesino por principio y luego se metió el cañón del arma en la boca y disparó su última bala. Los abisales quedaron impresionados por los suicidios.

Allá, en el agua, el ametrallador lanzaba arcos de luz hacia el horizonte negro. Cuando finalmente se encasquilló la alimentación de la cinta, el último que quedaba tomó una pala y empezó a remar alejándose mar adentro. En el silencio que siguió pudo escucharse su apresurada huida, palada a palada, así como el aletear de algún ser alado.

En el interior de la fortaleza, el coronel Walker servía de festín todavía en vida. Ni siquiera se molestaron en bajarlo de la pared, sino que simplemente lo fueron cortando a trozos, mientras él citaba fragmentos de las Escrituras, enloquecido.

En lo alto de la fortaleza surcada de agujeros, Ike corrió en busca de Ali. Inició la carrera en cuanto oyó el grito salvaje de la muchacha hacia su compañero abisal. Todavía goteando agua del lugar donde se había ocultado, al borde del mar, subió las escaleras y bajó corriendo por los pasillos. Debería haber sabido que Ali utilizaría el cuchillo para liberar a los demás. Naturalmente, una monja no sabría cuándo quedarse a solas. Si al menos hubiera hecho lo que él pretendía y dejado a los demás atados a sus destinos, su desaparición habría sido inmaculada. Aquella tormenta de abisales habría pasado por allí como un aguacero de verano. Habrían lavado las lanzas y luego se habrían marchado, dejando a Ike oculto con Ali. En lugar de eso, el pueblo revisaba ahora la estructura de escondites a la caza de su propiedad, aquella horrible muchacha. Sabía que no se detendrían hasta que no consiguieran lo que buscaban y, ahora, eso incluiría también a Ali. De una u otra forma, aquella muchacha la traicionaría. Tenía que encontrarla antes y sacarla de allí. El asalto abisal se había venido preparando desde hacía días. En su ignorancia, Walker y sus

mercenarios no habían visto las señales que lo indicaban. Pero, escondido en un cubículo de los acantilados, Ike había visto llegar a los abisales casi desde el momento mismo en que llegó Walker. Comprendió que su estrategia estaba muy clara. Esperarían a que los soldados partieran en las barcas y atacarían en el momento en que efectuaran la transición desde la tierra al mar. Anticipándose a todo eso, Ike había preparado maniobras de diversión, había explorado escondites y seleccionado qué partes de los suministros humanos quería para sí mismo. Además de Ali quería una de las barcas y por lo menos cien kilos de raciones militares. No necesitaban más. Con cien kilos podría alimentarla hasta llevarla a la superficie. Y él se alimentaría de lo que encontrara.

La única esperanza de Ike estribaba en su disfraz. Los abisales no sabían que él actuaba en su periferia, vestido como ellos, cubierto con roca en polvo, ocre y andrajos del enemigo humano. Llevaba meses comiendo lo mismo que ellos, procurándose criaturas de todo tipo, alimentándose de la carne, caliente o fría, cruda o aún espasmódica. Ahora despedía su mismo olor y contaba con algunas de sus ventajas. El rastro que dejaba tras de sí era un rastro abisal. Su sudor tenía el sabor del sudor abisal. No le buscarían. Todavía no.

Llegó a la escalera de la torre y subió precipitadamente. Entró en la sala adornado como los salvajes, pertrechado con equipo de guerra y prácticamente desnudo.

Chelsea estaba sentada sobre la ventana, con las piernas por fuera, como si esperase el autobús.

Para ella, lo que entró en la sala era una bestia abisal. Chelsea se dispuso a tirarse de cabeza en el momento en que Ike le gritó:

—¡Espera!

Lo oyó en el último instante.

—¿Ike? —preguntó.

Pero no pudo hacer retroceder lo que ya había entregado a la gravedad. Cayó de la ventana.

Ike ni siquiera se molestó en mirar. Se dirigió directamente a la bóveda del suelo y comprobó que estaba vacía. Ali se había marchado. No se veía por ninguna parte a Troy y a la muchacha.

El gran círculo volvía a envolverlo. Así era el camino. Todo el mundo tiene un círculo. Una vez había perdido a una mujer, y ahora también perdía a Ali. ¿Era ese su destino, representar el papel de Orfeo para su propio corazón?

Ya casi había salido del laberinto con Ali y ahora el laberinto se iniciaba de nuevo. «Que Dios me ayude», pensó. Miró hacia abajo y tuvo la impresión de que el nuevo laberinto crecía desde sus pies, que se extendía en giros a lo largo de su siguiente millón de kilómetros. «Habrá que empezar de cero», se dijo a sí mismo. Era la vieja paradoja. Tenía que perder el camino para poder encontrarlo.

Ali no le había dejado pistas. Miró. No había huellas. Ningún rastro de sangre. Ninguna señal hecha con las uñas. Recorrió la habitación, tratando de percibir las cosas. Quién había estado allí. Cuándo. Qué les había inducido a marcharse. Obtuvo

poca información. Quizá se había llevado a Troy y a la muchacha con ella, aunque no parecía propio de Ali dejar sola a Chelsea. Entonces se le ocurrió. Ali se había marchado para buscarle.

Darse cuenta de ello no fue algo inmaterial. Significaba que lo estaría buscando en aquellos lugares donde creyera que podía estar. Si era capaz de anticiparse a lo que ella imaginara, aún podía encontrarla. Pero la perspectiva era muy negra. Ella no sabría mirar en las bolsas rocosas del acantilado, a setenta metros de altura, ni en los escondites tomados de prestado a los gusanos de arena y a las almejas tuberosas. Lo buscaría por toda la fortaleza, ahora llena de abisales.

Ike sopesó sus opciones. Lo más seguro era mantener la discreción, aunque eso significara una preciosa pérdida de tiempo. Podía introducirse y recorrer el edificio, pero esto era una carrera, no un juego del escondite. La única alternativa consistía en darse a conocer y confiar en que ella hiciera lo mismo.

—¡Ali! —gritó.

Se dirigió a la puerta y gritó su nombre, y escuchó. Luego se acercó a la ventana y gritó de nuevo.

Abajo, los abisales, acucillados alrededor de su maná humano, levantaron la mirada hacia él. Estaban atando las embarcaciones. Saqueaban los suministros. Disparaban los fusiles en ráfagas al azar, sólo para hacer ruido y por el espectáculo de los fuegos artificiales.

Observó que algunos de los mercenarios más corpulentos eran descuartizados y proporcionaban impresionantes tajadas de carne, que sería curada sobre las fuentes de calor o escabechada en salmuera. Al menos dos habían sido capturados vivos y estaban siendo atados para su transporte. El cuerpo de Chelsea era utilizado por un puñado de delgados luchadores, que fingían que era una cautiva viva. A menudo, los jefes de un clan entregaban propiedad fallecida a sus seguidores, como una depravada experiencia, como una forma de ampliar su propio prestigio.

Sobre la playa debía de haber por lo menos cien abisales y probablemente otros tantos estarían registrando el interior de la fortaleza. Era una enorme suma de guerreros para haberlos reunido en un solo lugar. Ike ya había contado once clanes diferentes. Habían preparado bien su trampa, lo que sugería un extraordinario conocimiento de los humanos.

Ike asomó la cabeza por la ventana. Los abisales escalaban la cara de la fortaleza, convergiendo hacia él. Apuntó rápida y cuidadosamente hacia las ánforas que había colgado a lo largo de la corona de la fortaleza y disparó tres veces, rompiendo cada vez una vasija de arcilla e incendiando el petróleo que contenían. Formando cortinas de fuego, el petróleo se derramó pared abajo. Los abisales se desparramaron a derecha e izquierda de la cara vertical. Algunos saltaron, pero varios fueron alcanzados en esta primera fase.

Las llamaradas azules descendieron por la piedra en corrientes menguantes. Una tormenta de flechas y piedras repiqueteó contra el muro, al otro lado de la ventana. Algunas entraron en la estancia. Ahora ya había llamado su atención.

Ike escuchó a otros que subían por la escalera de la torre y se acercó serenamente a la puerta. Disparó una sola vez hacia el grupo de ánforas sujetas con cuerdas sobre el rellano. El petróleo de veinte ánforas se derramó escalera abajo, formando una catarata de fuego. Hasta él llegaron los gritos abisales.

Ike se dirigió hacia la ventana trasera y gritó de nuevo el nombre de Ali. Esta vez observó una sola y diminuta luz que descendía por el sendero en forma de sacacorchos, a medio kilómetro de profundidad. Sabía que eso tenía que ser humano. Pero ¿qué humano? Extendió la mano hacia su MI 6 robado. Había disparado ya todas las balas, pero su mira telescópica nocturna seguía funcionando. Apretó el botón de encendido, revisó rápidamente las profundidades y encontró la luz. Era Troy el que estaba allí, con la muchacha. Ike se frotó la mejilla contra la culata del fusil. No se veía a Ali por ninguna parte. Fue entonces cuando la oyó. Su eco pareció elevarse dentro de su cráneo, a través de las llamas del rellano y desde las profundidades del edificio. Aplicó la oreja contra la piedra. Su voz todavía vibraba, llegándole a través de las paredes.

—¡Oh, santo Dios! —gimió ella repentinamente.

A Ike el corazón le dio un vuelco en el pecho. La habían encontrado.

—Espera —rogó ella.

Esta vez su voz fue mucho más clara. Trataba de ser valerosa; la conocía bien. Y también los conocía a ellos.

Entonces, ella dijo algo que lo dejó petrificado. Pronunció el nombre de Dios... pero en abisal.

No había error posible. Efectuó correctamente los clics y la pausa glotal de la palabra. Ike estaba atónito. ¿Dónde podría haber aprendido eso? ¿Y qué efecto causaría? Esperó, con la cabeza apretada contra la piedra.

Ike se sentía enloquecido de temor por ella. Estaba allí, impotente, sin saber dónde estaba Ali, si en el piso de abajo o en alguna otra habitación más profunda. Su voz parecía proceder de toda la fortaleza. Hubiera querido lanzarse en su búsqueda, pero no se atrevió a abandonar aquel dulce lugar junto a la pared, donde podía escucharla. Apartó la oreja y dejó de oírla. La aplicó sobre la aplanada piedra y allí estaba otra vez.

—Aquí —dijo Ali—. Tengo esto.

—Sigue hablando —murmuró Ike, con la esperanza de averiguar su paradero.

En lugar de hablar, Ali empezó a tocar la flauta.

Ike reconoció el sonido. Era la flauta de hueso que Ike había arrojado al agua hacía meses, en el río. Ali debía de haberla recuperado y guardado como un recuerdo o un artefacto. Sus esfuerzos apenas daban de sí algo más que unos pocos sonidos breves y un silbato. ¿Creía realmente que eso les hablaría?

—Bueno, Ike —dijo ella de repente.

Parecía hablar consigo misma, como si se despidiera. Ike se puso en pie. ¿Qué estaba sucediendo? Se precipitó hacia la ventana opuesta en el momento en que un grupo salía por la puerta. Ali iba en el centro. Al cruzar la playa, vio que la llevaban atada y que cojeaba. Pero estaba con vida.

—¡Ali! —gritó.

Ella levantó la mirada al escuchar su voz. De pronto, una figura simiesca se elevó en la ventana, tratando de sujetarse al alféizar con los dedos de los pies. Ike retrocedió, pero le había alcanzado, produciéndole profundos arañazos. Ike tiró del portafusil rosado que colgaba de su pecho y se colocó la escopeta bajo el brazo, pasándosela desde la espalda a la mano con un movimiento. Luego apretó el gatillo.

Cuando la volvió a ver, Ali estaba a bordo de una de las embarcaciones y no estaba sola. La barca se alejaba de la playa, arrastrada desde abajo por los anfibios. Estaba sentada en la proa y lo miraba. El que la había capturado se volvió para seguir la dirección de su mirada, pero estaba demasiado lejos como para que Ike pudiera identificarlo. Tomó el fusil y, utilizando la mira telescópica, peinó la superficie del agua, en vano. La barca había pasado al otro lado del farallón rocoso. Ya no tuvo tiempo para nada más.

Él era el último que quedaba de sus enemigos, y ahora subían por los muros, a por él. Actuando ahora con suma rapidez, Ike extendió una mano por encima de la ventana y tanteó. La cuerda estaba justo donde la había escondido, en el nicho. Robar un equipo de demolición a los mercenarios había sido demasiado sencillo. Había dispuesto de varios días para colocar el C-4, ocultar los alambres y situar las pesadas ánforas de petróleo. Ahora, con dos hábiles movimientos, empalmó los extremos en el detonador, hizo girar con fuerza la manivela, tiró de ella hacia arriba y luego la empujó hacia abajo. El arrasador estruendo los iluminó como un sol.

En el centro de la luz, la fortaleza pareció fundirse sobre sí misma. Las ánforas de petróleo entraron en erupción a lo largo de la corona del edificio, al mismo tiempo que ésta se derrumbaba hecha añicos.

Nunca se había producido una luz tan pura y dorada en aquella oculta cavidad. Por primera vez en 160 millones de años, la cámara se hizo visible en su totalidad, y era como el interior de un útero que tuviera como venas las fracturas de tensión.

Ali pudo echar un buen vistazo a aquel día en plena noche, y luego cerró los ojos para protegerlos de su calor. Mentalmente, se imaginó a Ike sentado en la barca, frente a ella, dirigiéndole una amplia sonrisa burlona, mientras la pira se reflejaba en las lentes de sus gafas de alpinista. Eso fue suficiente para hacerle sonreír. En la muerte, él se había convertido en la luz. Luego, la oscuridad descendió de nuevo y la figura ya no fue la de Ike, sino la de aquel otro mutilado ser. Ali sintió entonces más temor que nunca.

26

EL POZO

Aquí estoy; no puedo hacer otra cosa. Que Dios me ayude. Amén.

MARTÍN LUTERO, Discurso ante la Dieta de Worms.

Por debajo de las fosas de Yap y de las Palau

Ella lo venía siguiendo desde hacía dos días, obteniendo percepciones y serpenteando como el sendero, en el descenso al gran pozo. El humano cojeaba. Tenía una herida, posiblemente varias. De vez en cuando, mostraba temor.

Sin embargo, ¿huía realmente o no? No conocía bien a este humano. En los breves momentos en que lo había visto en acción, le pareció más adaptado que los otros. Pero exteriormente parecía estar agotándose. El tortuoso camino también estaba pudiendo con ella.

Lamió la pared en el lugar donde él se había apoyado y su sabor no hizo sino acelerar la decisión que tomó. Aún le faltaba información, pero estaba hambrienta, y la sal y la carne del humano le parecieron repentinamente muy tentadoras. Se lo debía a su estómago. Había llegado el momento de cobrar la pieza. Empezó a acercarse más.

Necesitó otro día de cuidadosa persecución. Mantuvo la distancia cuidadosamente para no asustarlo. Se conocían demasiadas historias de cazadores de animales que no habían podido cobrar su pieza porque ésta, asustada, había saltado al abismo. Tampoco quería agotarlo más de lo necesario. Eso dilapidaba la energía de su carne, una carne que ella ya consideraba como suya.

Finalmente, llegaron a un estrechamiento, donde los cantos rodados habían obturado el paso. Lo vio observar enigmáticamente la confusión de piedras, lo vio espiar el agujero cerca de sus pies. Se agachó y se introdujo en el paso. Ella se abalanzó para atarle por las piernas mientras se hallaran al descubierto. Como si se hubiera anticipado, él retiró las piernas rápidamente. Ella bajó el cuchillo y se acuclilló, a la espera, mientras los sonidos que él producía disminuían a medida que descendía más y más.

Finalmente, todo quedó en silencio allá abajo. Entonces, se arrodilló y se impulsó por la abertura. La piedra parecía ligeramente jabonosa y anfibia, de tantos cuerpos como se habían deslizado por allí, abisales y animales. Se enorgullecó por

ser casi tan rápida en su avance horizontal como sobre sus pies. Generalmente, siempre ganaba en las carreras infantiles a través de pasajes estrechos como aquel.

El pasaje era más largo de lo que había pensado, aunque no tanto como otros que podían extenderse así durante días. Sobre éstos también se contaban leyendas e historias de fantasmas, de tribus enteras que se habían abierto paso por una delgada vena, uno tras otro, hasta llegar a los pies de un esqueleto que cerraba el túnel. No abrigaba la menor duda acerca de éste; había allí demasiado olor a animal fresco como para que fuese un callejón sin salida.

El pasaje se estrechó aún más y tuvo que efectuar un difícil giro hacia un lado y hacia arriba. Era la clase de recodo para el que se necesitaba un contorsionista. De vez en cuando se había encontrado con aquella clase de rompecabezas, en el que a una se le podían desarticular las rodillas o los hombros si previamente no se ensayaba bien el movimiento. Ella era ágil y pequeña, a pesar de lo cual tuvo necesidad de efectuar dos intentos en falso para aprender el movimiento. Encogió la espalda, sorprendida de que el hombre, más corpulento que ella, hubiera podido pasar con tanta facilidad por allí.

Salió al otro lado con el cuchillo por delante.

Empezaba a ponerse de pie cuando él saltó desde atrás. Le rodeó el cuello con una cuerda y tiró. Ella intentó golpear hacia atrás, pero él le colocó una rodilla sobre la columna y la obligó a tumbarse. Era rápido y fuerte; le ató las muñecas y los codos y apretó la cuerda con fuerza.

La captura apenas había durado diez segundos y se llevó a cabo en el más completo silencio. Sólo entonces se dio cuenta de quién había seguido a quién. La cojera, la extraña visibilidad, el temor... todo aquello no había sido más que una estratagema. Se le había ofrecido como un débil y ella había caído en la trampa. Empezó a chirriar de furia, sólo para saborear la cuerda a través de la lengua, mientras él terminaba de atarla y amordazarla.

Se le ocurrió que quizá fuese un abisal disfrazado con fragilidades humanas. Entonces, a la débil luz de la piedra, vio que era en efecto un humano y que estaba herido. Por sus marcas leyó que había sido un cautivo en otro tiempo y entonces supo de inmediato quién era. A partir de sus leyendas, reconoció al renegado que tanta destrucción había causado entre su pueblo. Era famoso, temido y despreciado. Lo consideraban como un diablo y la historia de su engaño se enseñaba a los niños como un ejemplo de extrañamiento y desorden.

Le habló en abisal corriente, con clics y expresiones casi impenetrables. Su pronunciación era bárbara y la pregunta que le hizo fue estúpida. Si le había comprendido bien, el traidor quería saber por dónde se llegaba al centro, algo que la alarmó, pues el pueblo apenas podía soportar más daños. Señaló hacia abajo, en la misma dirección que ya seguían. Pensando que él estaba perdido y que aún podía hacerle perderse más, le indicó serenamente la dirección opuesta. Él sonrió, como si supiera algo que ella no sabía, y le dio unas palmaditas en la cabeza, lo que constituía todo un insulto, aunque juguetón. Luego, dijo algo en su lenguaje llano. A continuación, le dio un tirón de la cuerda y la hizo descender por el sendero.

Mientras estuvo cautiva de los mercenarios, la muchacha no se había preocupado. Se había encontrado a solas entre ellos y eso era como ser una sombra de su propio cuerpo. Su vida era, simplemente, parte de una *sangha* o comunidad, más grande, y sin la *sangha* ella estaba esencialmente muerta para sí misma. Ése era el camino. Ahora, en cambio, este terrible enemigo la llevaba de regreso a la vida, de regreso al centro de su pueblo, y ella sabía que tenía la intención de utilizarla de algún modo contra la *sangha*. Y eso sería peor que mil muertes.

Ike había dedicado una semana a encontrar a la muchacha y luego otra para tenderle una trampa. En cuanto al lugar hacia donde conducía el sendero, sólo podía hacer conjeturas. Pero ella pareció decidida a seguirlo, así que Ike confió en que, de algún modo, le condujera adonde quería ir. Desde hacía siete meses había estado reuniendo pruebas de la diáspora abisal. Detente, abre tus sentidos y podrás percibir todo el inframundo en movimiento, casi como si se vertiera hacia recovecos más profundos. Estaba convencido de que este pozo más profundo era uno de esos recovecos. Era razonable pensar que pudiera conducir al centro de aquel mapa mándala que habían descubierto en la fortaleza. En alguna parte de allí abajo tenía que hallarse la confluencia de todos aquellos caminos subterráneos. Aquí encontraría una respuesta al enigma de la desaparición del pueblo. Allí encontraría a Ali. Una vez que se hubo apoderado de la muchacha, Ike se consideró preparado para continuar.

Sabiendo que ella trataría de suicidarse antes que ser su instrumento, Ike registró dos veces a la muchacha desnuda. Recorrió su carne con los dedos y encontró tres hojuelas de obsidiana incrustadas por debajo de la piel, una a lo largo de la parte interior del bíceps y las otras dos en la parte interior de los muslos, precisamente para un caso de emergencia como aquel. Efectuó con el cuchillo unas incisiones rápidas, apenas lo bastante grandes como para extraer aquellas diminutas hojas de afeitar, privándola así de tales opciones.

Éste era el rehén que necesitaba, aunque también se trataba de una cautiva abisal que, como él, se las había arreglado para sobrevivir. Ike la estudió. Virtualmente, todos los prisioneros humanos encontrados allí abajo habían acabado enfermos, habían perdido la razón o simplemente se hallaban a la espera de que los utilizaran como animales de carga, carne, sacrificio o para atraer a otros humanos hacia las profundidades. Con ésta, en cambio, no sucedía eso. Era de las que controlaba su propio destino en la medida en que pudiera. Ike le calculó unos trece años de edad.

La muchacha no era tan imponente como parecía. De hecho, era casi escuálida. Su secreto estribaba en su presencia majestuosa y en su maravillosa autosuficiencia. Ike observó las marcas de clan alrededor de los ojos y a lo largo de los brazos, pero no reconoció el clan. Sin duda, se había criado desde muy pequeña como una abisal.

También se la había cuidado para una procreación importante. Sus pechos eran inmaculados y estaban sin pintar, como dos frutas blancas destacadas de la

acumulación de símbolos tribales que cubrían el resto de su cuerpo. De ese modo, a los bebés que se amamantaban se les garantizaba la paz durante su primer mes de vida. Con el tiempo, el niño empezaría a aprender el camino leyéndolo en la carne de su madre.

Durante las dos últimas semanas la había visto purificarse repetidamente con sangre y agua, lavando y eliminando así de su cuerpo los pecados de los mercenarios. Olía a limpio y sus moratones se curaban con rapidez.

Su única otra posesión, aparte de las hojuelas de obsidiana, era el alimento para el camino: un antebrazo deficientemente curado y una mano agarrotada que aún conservaba el reloj de pulsera de Helios. La mayor parte de la carne comestible había desaparecido. Ella ya había llegado hasta el hueso. Ike ya había terminado de consumir el resto de Troy unos doce días antes.

Su propio reloj quedó estropeado en la destrucción de la fortaleza, así que se apoderó de éste. Eran las 2.40 horas del 29 de enero, aunque el tiempo ya no tenía tanta importancia. El altímetro daba una lectura de 15.650 metros, más de quince kilómetros por debajo del nivel del mar, una profundidad mucho mayor que la alcanzada en cualquier otro descenso humano registrado. Eso, en sí mismo, era significativo. Pues la profundidad indicaba la existencia de un arca o baluarte abisal de la alianza.

Durante buena parte del tiempo en el que Ali y sus socios, aquel jesuita y su puñado de amigos, habían discutido, por pura deducción, la hipótesis sobre la existencia de un señor abisal que tuviera un dominio global, Ike había estado cotejando las señales que indicaban la existencia de un refugio primordial en el que pudieran encontrarse todas las hordas desaparecidas. Tenían que haberse marchado a alguna parte. No era probable que se hubiesen desparramado por escondites múltiples, pues los ejércitos o los colonos se habrían tropezado con ellos tarde o temprano. En cierta ocasión había asistido a una cita de clanes, en la que unas pocas docenas de abisales se sentaban acucillados en una misma cámara. La reunión duró muchos días, mientras se contaban historias y se intercambiaban regalos. Ike había llegado a la conclusión de que se trataba de un acontecimiento cíclico que formaba parte de una ronda nómada estacional dictada por la disponibilidad de alimento o agua a lo largo de una ruta establecida.

En el Himalaya aprendió que había círculos dentro de otros círculos. El círculo o *kor* alrededor del templo central de Lhasa, por ejemplo, se hallaba dentro del *kor* que rodeaba toda la ciudad, situado a su vez dentro del *kor* que rodeaba el país. Ahora estaba más convencido que nunca de que los abisales disponían allí abajo de alguna clase de *kor* antiguo, de un círculo revestido de un carácter tradicional de asilo o arca de la alianza.

La fortaleza dio mayor credibilidad a su teoría, debido a su antigüedad y a su evidente función de estación intermedia a lo largo de una ruta comercial. Pero, por encima de todo, el asalto a la fortaleza no hizo sino confirmar su presentimiento. En contra de un pequeño grupo de intrusos humanos, los abisales montaron un ataque en el que participó un número insólitamente abundante de miembros de diferentes

clanes. Los abisales tenían que haberse refugiado allí abajo, en un lugar que consideraban seguro, tan antiguo como su memoria racial.

Así pues, en lugar de regresar al mar y tratar de seguir la pista de los captores de Ali, que le llevaban una ventaja de varias semanas, Ike prefirió seguir descendiendo. Si tenía razón, todos se reunirían tarde o temprano, y ahora ya no aparecería con las manos vacías. Mientras tanto, ya fuese una cuestión de días, meses o años, Ali tendría que utilizar su ingenio y fortaleza interior para sobrevivir sin él. No podía evitarle lo que él mismo había sufrido al principio de su cautiverio, y tampoco podía dejarse arrastrar por la desesperación, así que procuró borrarlo de su memoria. Intentó olvidar a Ali. Una mañana se despertó soñando con Ali. Era la muchacha, sin embargo, la que, con los brazos atados, se había montado a horcajadas sobre él y le masajeaba a través de los pantalones. Se le ofrecía para su placer, con el cuerpo maduro y el pecho enhiesto. Sus ingles se movían sinuosamente, trazando un ocho, y Ike se sintió tentado, pero sólo por un momento.

—Eres buena —le susurró con verdadera admiración. La muchacha utilizaba cada ventaja, cada medio que estuviera a su alcance. Y, además, le despreciaba profundamente. Eso había significado la condena del joven Troy, al no haber visto más allá de su encaprichamiento. Ike estaba convencido de que el joven había sucumbido a esta misma seducción, y eso supuso su fin.

Ike levantó a la muchacha hacia un lado. No fue su descarada manipulación, ni la amenaza que suponía lo que le hizo detenerse, ni siquiera soñar con Ali. De algún modo, la muchacha le resultaba familiar. La había visto antes y eso lo perturbaba, porque significaba que el encuentro tenía que haberse producido durante su cautividad, cuando ella aún era una niña pequeña. Pero no lograba recordar en qué circunstancias la había conocido.

Día tras día, descendieron más profundamente. Ike recordó la convicción de los geólogos según la cual un millón de años atrás había surgido del manto de la Tierra una gran burbuja de ácido sulfúrico que había abierto todas estas cavidades en la litosfera superior. Ahora, mientras serpenteaban por el vasto pozo desigual, Ike se preguntó si no sería éste el camino seguido por el ácido, abriéndose paso desde las profundidades. El misterio físico que eso planteaba atraía al escalador que seguía habiendo en él. ¿Hasta qué profundidad llegaría este pozo? ¿A partir de dónde sería insoportable el abismo?

La muchacha terminó con el hueso del brazo. Ike localizó un nido de serpientes y eso les proporcionó comida durante otra semana. Una corriente de agua apareció un día junto al sendero y a partir de entonces tuvieron agua fresca. Su sabor era como el del mar abisal, lo que sugería que el mar se filtraba en este pozo, del mismo modo que se alimentaba con los ríos superiores.

A los 17.000 metros llegaron a un reborde desde el que se dominaba un cañón. La corriente de agua se unía allí con otras y se convertía en una cascada que saltaba en caída libre. La piedra estaba moteada de fluorinas, lo que producía una fantasmagórica luminiscencia. Se encontraban al borde de un valle colgante, a media

altura de la pared. Su cascada era una más de entre los centenares que descendían por las paredes.

Un sendero serpenteaba entre el escudo de piedra olivácea, tallado en la roca sólida allí donde cedían las fisuras naturales. Unos trozos de enormes estalactitas servían como puente en una sección. Unas cadenas de hierro bordeaban los lugares que daban al vacío.

El camino ascendente y descendente exigía de Ike toda su atención. No sólo era antiguo y estaba bordeado por precipicios que caían a pico más de trescientos metros, sino que la muchacha decidió de pronto que aquella era su oportunidad para dar por terminada su relación. Bruscamente, se lanzó por el borde con todo su ímpetu. Fue un buen intento y estuvo a punto de arrastrar a Ike con ella, pero él se las arregló para evitar sus patadas y devolverla a la seguridad. Durante los tres días siguientes tuvo que mantenerse constantemente en guardia para prevenir nuevas intentonas.

Ya cerca del fondo, la neblina se elevaba en jirones aislados, como las nubes que se forman en Nuevo México. Ike pensó que debían de ser las cascadas las que producían la neblina. Llegaron a una serie de columnas rotas que formaban un extenso tramo de escalones poligonales. Cada columna había sido cortada de forma que su parte superior quedaba lisa. Ike observó que a la muchacha le temblaban los muslos a causa del descenso y le concedió un descanso. Estaban comiendo poco, generalmente insectos y algunos de los brotes de juncos que crecían en el agua. Ike podría haberse dedicado a buscar carroña, pero prefirió no hacerlo. Aparte del avance, utilizaba el hambre para que la muchacha se mostrara más condescendiente. Se encontraban en lo más profundo del territorio enemigo y tenía la intención de seguir descendiendo sin que ella diera ninguna alarma. Imaginó que el hambre le haría más amable que las cuerdas y mordazas bien apretadas.

El sonido de las cascadas cayendo por las paredes producía un ruido atronador permanente. Se movieron entre crestas de roca que cortaban la niebla y les inducían a error con falsos senderos. Pasaron ante esqueletos de animales que se habían agotado, perdidos en aquel laberinto.

La neblina parecía tener un pulso propio, se hinchaba y fluía. A veces descendía sobre sus cabezas o sus pies. En aquellas condiciones fue únicamente la casualidad lo que le permitió a Ike escuchar a un grupo de abisales que se aproximaba a través de uno de aquellos bancos de niebla que se movía como las mareas.

No perdió un instante en arrastrar a su prisionera al suelo, antes de que pudiera causarle ningún problema. Se tumbaron boca abajo, con los vientres contra la piedra, y luego, como medida adicional de seguridad, él se puso sobre ella y le apretó la boca con una mano. La muchacha forcejeó, pero pronto se quedó sin aliento. Ike apoyó la mejilla contra su tupido cabello y lanzó su mirada por debajo del techo de niebla, cuya masa fría colgaba apenas unos centímetros sobre la piedra.

De repente, apareció un pie junto a la cabeza de Ike. Pareció perderse en la niebla. Podría haberle atrapado el tobillo sin necesidad de extender siquiera la mano. Sus dedos eran largos. El pie se aferró al suelo de piedra como si lo pegara a él la

gravedad. El arco estaba aplanado después de toda una vida de viajes. Ike miró sus propios dedos y éstos le parecieron delgados y débiles en comparación con aquel testimonio bruto de clavos amarillentos y agrietados, de algo pesado que le recorría las venas.

El pie abandonó el agarre sobre la piedra en el momento en que su pareja descendió, justo por delante. Aquella criatura caminaba con la suavidad de una bailarina. Ike calculó rápidamente. Debía de corresponder por lo menos a un 45 de calzado.

La criatura iba seguida por otros. Ike contó seis... o siete, u ocho. ¿Le estaban buscando a él y a la muchacha? Lo dudaba. Probablemente se trataría de una partida de caza, o de exploradores, el equivalente a los centuriones de la edad de piedra.

Las pisadas se detuvieron no muy adelante. Ike pronto escuchó a los abisales en el lugar en que cobraban una pieza, haciendo crujir sus garrotes. Sabía que partían huesos. A juzgar por el sonido, su presa debía de ser más grande que un homínido. Luego escuchó algo parecido a cuando se rompe a tiras una alfombra. Se dio cuenta de que debía de ser la piel. Le arrancaban la piel a lo que acababan de matar, fuera lo que fuese. Se sintió tentado de esperar a que se marcharan, para aprovechar los restos. Pero mientras se mantenía la niebla, hizo levantarse a la muchacha y trazaron un arco amplio, rodeando al grupo.

Los paneles de piedra se fueron llenando de garabatos aborígenes, antiguos y nuevos. La escritura abisal, tallada o pintada hacía diez mil años, se superponía a imágenes superpuestas sobre otras imágenes. Aquello era como texto disimulado entre otro texto, como los palimpsestos de los libros antiguos, pero de una lengua fantasma.

Continuaron a través del laberinto, con Ike conduciendo a su rehén por la cuerda. Como cuando los bárbaros se acercaron a Roma, cruzaron por paisajes cada vez más elaborados. Pasaron bajo erosionados arcos, tallados en el lecho de roca. El sendero se convirtió en una maraña de losas, en otro tiempo sin duda de superficie suave, abombadas ahora por eones de movimientos de tierra. En una parte que estaba intacta, el sendero pavimentado aparecía perfectamente llano, y durante casi un kilómetro caminaron sobre un mosaico de luminosos adoquines de piedra. El estruendo de las cascadas estaba amortiguado por las paredes de roca. El fondo del cañón habría quedado inundado de no haber sido por las acequias que se alimentaban del agua de las cunetas del camino. En algunos lugares las acequias se habían roto y tuvieron que cruzar sobre el agua. Pero el sistema se mantenía intacto en su mayor parte. De vez en cuando escuchaban música, producida por el agua al pasar a través de los restos de raros instrumentos contruidos en la calzada.

Por el recelo de la muchacha, Ike sabía que se estaban acercando al centro. También llegaron a una larga formación de momias humanas que jalonaban el sendero.

Ike y la muchacha cruzaron entre ellas. Lo que quedaba de Walker y sus hombres estaba allí, atados de pie. Debía de haber unos treinta. Sus muslos y bíceps habían sido mutilados ritualmente. Sus pechos estaban abombados porque se les

había vaciado el abdomen. Tampoco tenían ojos, sustituidos por órbitas de mármol, redondas y blancas. Los ojos de piedra eran ligeramente más grandes de lo que hubiese correspondido, lo que les daba una mirada feroz, abultada, de insecto. Allí estaba Calvino, el teniente negro y, finalmente, la cabeza de Walker. Como acto de desprecio, le habían atado su corazón seco a la barba, para que todos lo vieran. Si le hubiesen respetado como enemigo, se lo habrían comido de inmediato.

Ike se alegró ahora de haber dejado pasar hambre a su prisionera. De haber conservado toda su fortaleza, habría supuesto un grave desafío para su sigiloso avance. En el estado en que se hallaba, apenas podía caminar poco más de un kilómetro sin descansar. Confiaba en que la muchacha pudiera alimentarse pronto y quedar en libertad. Y en recuperar a Ali, que poblaba todas las noches sus sueños.

El 6 de febrero, la muchacha intentó ahogarse en una de las acequias, saltando al agua y encajando su cuerpo bajo un saledizo de roca, por debajo del agua. Ike tuvo que sacarla a rastras, ya casi demasiado tarde. Cortó la cuerda que le rodeaba el cuello y finalmente consiguió sacarle el agua de los pulmones. Quedó inerte sobre sus rodillas, derrotada y enferma. Agotados por el enfrentamiento, ambos descansaron.

Algo más tarde, ella empezó a cantar. Aún mantenía los ojos cerrados. Era una canción con la que sólo pretendía consolarse, cantada con suavidad, en abisal, con los clics y entonaciones propios de un verso íntimo. Al principio, Ike no sabía lo que era, de tan suave como cantaba. Luego escuchó con mayor atención y fue como si le hubieran atravesado el corazón.

Ike se incorporó sobre sus talones, incrédulo. Escuchó más atentamente. Las palabras eran demasiado intrincadas para su limitado léxico, pero la melodía era inconfundible, convertida apenas en un susurro: «Gracia admirable».

La canción le hizo recordar. Era familiar y querida para ella, eso era evidente, tanto como para él. Aquello era lo último que le había escuchado cantar a Kora antes de que se hundiera en el abismo, por debajo del Tibet, hacía ya muchos años atrás. Era el mismo himno que él había tratado de seguir, envuelto en la oscuridad. «Estaba perdido, pero ahora he hallado. Estaba ciego, pero ahora veo.» Ella había introducido sus propias palabras, pero la pronunciación era idéntica.

Había aceptado como cierta la reclamación de paternidad de Isaac, pero no veía en la muchacha semejanza alguna con aquella bestia. Impulsado por la canción, Ike reconoció ahora los rasgos de Kora en la muchacha. Ike buscó a tientas otras explicaciones. Quizá Kora hubiera enseñado aquella melodía a la muchacha. Quizá Ali se la había cantado. Pero, desde hacía días, se sentía cada vez más agobiado por la sensación vaga y cuestionable de que ya la conocía. Había algo en sus pómulos y en su frente, en la forma de adelantar la barbilla en momentos de obstinación y en la postura general de su cuerpo. Otros detalles también llamaron su atención. ¿Podía ser realmente? Algunos eran la imagen de su madre, pero otros no, como los ojos, la forma de las manos, la mandíbula.

Debilitada, la muchacha abrió los ojos. Ike no había visto a Kora reflejada en ellos porque no eran los ojos color turquesa de Kora. Quizá se equivocaba. Y, sin

embargo, aquellos ojos le resultaban familiares. Entonces se le ocurrió. La muchacha tenía los mismos ojos que él. Era su propia hija. Ike se dejó caer contra la pared. La edad que tenía era la correcta. El color del cabello también. Comparó las manos de ambos y observó que ella tenía sus mismos dedos alargados, las mismas uñas.

—¡Dios santo! —susurró. ¿Qué hacer ahora? Se volvió hacia ella y le preguntó, en su deficiente abisal—: Mamá.

Tuya. Dónde.

Ella dejó de cantar. Levantó la mirada hacia la suya e Ike pudo leer fácilmente sus pensamientos. Ella observó su turbación e inmediatamente la tradujo como una oportunidad. Pero cuando trató de arrojarle desde la piedra húmeda, su cuerpo se negó a moverse.

—Por favor, habla con más claridad, hombre-animal —le dijo amablemente.

Para los oídos de Ike, ella había expresado algo así comí «¿Qué?». Lo intentó de nuevo e invirtió el orden de la pregunta, esforzándose por encontrar la sintaxis correcta y e posesivo.

—Dónde. Tu propia. Madre. Estar.

Ella lanzó un bufido e Ike supo que sus intentos le sonaban como gruñidos. La muchacha mantuvo en todo momento la vista alejada del cuchillo de hoja negra. Ike se dio cuenta de que aquel era precisamente el objeto de su deseo. Quería matarlo.

Esta vez trazó un signo sobre la tierra y lo enlazó con otro.

—Tu madre —dijo.

Ella efectuó un suave movimiento de ondulación con los dedos y esa fue la respuesta que Ike buscaba. No se hablaba de los muertos. Se convertían en alguien o en algo más. Y puesto que nunca se podía estar seguro de qué forma pudiera tomar esa reencarnación, se prefería no mencionar al muerto. Ike dejó las cosas como estaban.

Naturalmente, Kora había muerto. Y si ella no estaba presente, probablemente no habría forma de reconocer lo que quedaba. Sin embargo, aquí estaba el legado que habían dejado los dos. Y ahora resultaba que la necesitaba para intercambiarla por Ali. Ése había sido su plan inicial. De repente, tuvo la sensación de que el bote salvavidas rescatado del naufragio se hundía ante sus ojos.

Era algo atroz: la aparición de una hija a la que no llegó a conocer, transformada en lo que él estuvo a punto de ser transformado. ¿Qué se suponía que debía hacer ahora? ¿Rescatarla? ¿Y luego qué? Evidentemente, los abisales la habían aceptado, la habían convertido en uno de ellos. Ella no tenía ni idea de quién era o de qué mundo procedía. Para ser honrados, ni siquiera él tenía muy claro quién era. ¿Qué clase de rescate podía ser aquel?

Miró la delgada espalda pintada de la muchacha. Desde que *h capturó, la había tratado como una propiedad*. Lo único bueno que se podía decir de su actitud hacia ella era que no la había golpeado, violado o matado. «¿A mi propia hija?» Bajó la cabeza.

¿Cómo podía ahora intercambiar a un ser de su propia sangre, aunque fuese por la mujer a la que amaba? Pero, sino lo hacía, Ali viviría en la esclavitud para siempre. Ike trató de aclarar sus pensamientos. La muchacha ignoraba su pasado. Por

dura que fuese, tenía una vida hecha entre los abisales. Sacarla de allí significaría arrancarla de las raíces del único pueblo que conocía. Y dejar a Ali significaba... ¿qué? Seguramente, Ali no sabía que había sobrevivido a la explosión de la fortaleza, y mucho menos que la estaba buscando. Del mismo modo, si se daba la vuelta y arrastraba a su hija fuera de esta oscuridad, Ali nunca lo sabría. En realidad, conociéndola como la conocía, aprobaría su actitud aunque lo supiera. ¿Y dónde le dejaba eso a él? Se había convertido en una maldición. Toda persona a la que amaba desaparecía.

Consideró la posibilidad de dejar escapar a la muchacha. Pero eso únicamente sería cobardía por su parte. Era él quien debía tomar la decisión. Sólo él. Era una cosa o la otra. Era demasiado realista como para perder el tiempo imaginando la familia completa y feliz que podían formar. Se sintió atormentado durante el resto de la noche.

Cuando la muchacha despertó, Ike le ofreció una comida a base de larvas y tubérculos pálidos y le aflojó las cuerdas. Sabía que devolverle la fortaleza no haría sino complicar las cosas y que hasta el más ligero sentido de culpabilidad por haber agotado a la niña era un moralismo peligroso para su propia supervivencia. Pero ya no podía seguir dejando que su propia hija se muriese de hambre.

Imaginando que ella nunca se lo diría, le preguntó su nombre. Ella apartó la mirada ante aquel acto de grosería. Ningún abisal daría tanto poder a un esclavo. Poco después, Ike reinició la marcha sendero abajo, aunque ahora más lentamente, en consideración a la fatiga de la joven. La revelación le torturaba. Después de su regreso al lado de los humanos, Ike se había prometido a sí mismo elegir siempre blanco o negro, sin matices. Atenerse a su propio código. Si vacilaba, estaba muerto. Si no era capaz de decidir algo en cuestión de tres segundos, las cosas no hacían más que complicarse demasiado.

Ahora, lo más sencillo, lo más seguro, habría sido cortar las cuerdas y escapar mientras pudiera. Ike nunca había creído en la predestinación. No era Dios, sino uno mismo, quien le hacía las cosas que le sucedían. La situación actual, sin embargo, suponía una contradicción.

El misterio que eso suponía pesaba sobre Ike como una losa, y su lento descenso se hizo todavía más lento. La pesadez que experimentaba no tenía nada que ver con la profundidad, que ahora alcanzaba ya más de diecisiete kilómetros. Al contrario, a medida que aumentaba la presión del aire disponía de más oxígeno y el efecto era el de una mayor ligereza, como la que se experimenta al descender de una montaña. Pero el indeseable efecto de tanto oxígeno sobre su cerebro también fue el de más pensamientos y más preguntas.

Aunque no sabía exactamente cómo, Ike estaba seguro de que debía de haber elegido cada una de las circunstancias que le condujeron a su propia caída. Y, no obstante, ¿qué alternativas tuvo su hija para nacer en la oscuridad y no conocer la luz, ni a su propio padre o a su verdadero pueblo?

El descenso estuvo acompañado de sonidos acuáticos. Con los ojos vendados, Ali pasó los primeros días escuchando el chapoteo del mar, mientras los anfibios arrastraban su embarcación. Los días siguientes los emplearon en descender a lo largo de cascadas y por detrás de inmensas cortinas de agua. Finalmente, al descender más, caminó a/través de corrientes que sorteaban por encima de unas piedras. El agua fue su hilo conductor.

La mantuvieron separada de los dos mercenarios a los que habían capturado vivos. Pero en una ocasión se le bajó la venda de los ojos y los vio a la penumbra perpetua que producía el liquen fosfórico. Los hombres estaban atados con cuerdas de pellejo curtido y trenzado, y todavía llevaban las flechas hundidas en sus heridas. Uno de ellos la miró con ojos horrorizados y ella le hizo la señal de la cruz, para su consuelo. Luego, su vigilante abisal le apretó la venda sobre los ojos y continuaron el camino. Sólo más tarde se dio cuenta Ali de por qué no habían vendado también los ojos a los mercenarios: porque ninguno de ellos tendría nunca la oportunidad de ascender para salir de allí.

Ése fue el inicio de sus esperanzas. No iban a matarla, al menos de inmediato. Al pensar en el seguro destino de los dos soldados, se sintió culpable por su optimismo. Pero se aferró a él con una avidez inusitada. Nunca se le había ocurrido pensar en lo básico que es el instinto de supervivencia. No tiene nada de heroico.

Empujada, arrastrada, impulsada o conducida, entró tambaleante en una cavidad que podría haber sido el centro de su propio ser. No le habían hecho ningún daño. No la violaron. A pesar de todo, sufrió.

Para empezar tenía mucha hambre, no porque no la alimentaran, sino porque rechazaba la carne que le ofrecían. El monstruo que les conducía se le acercó.

—Tienes que comer, querida —le dijo en perfecto y correcto inglés—. ¿De qué otro modo terminarás el *hayy*?¹

—Sé de dónde procede esa carne —replicó ella—. Conocía a esa gente.

—Ah, claro. No tienes suficiente hambre.

—¿Quién eres?

—Un peregrino, como tú.

Pero Ali lo sabía. Antes de que le pusieran la venda lo había visto dirigiendo a los abisales, impartiendo órdenes, delegando tareas. Sin necesidad de aquellas pruebas, su aspecto era ciertamente el que podría tener Satán, con las pobladas cejas, el retorcido cuerno asimétrico y la escritura dibujada sobre su carne. Era más alto que la mayoría de los abisales, mostraba más cicatrices y había en sus ojos algo que reflejaba un conocimiento de la vida que ella no quería saber.

Después de eso la alimentaron con una dieta de insectos y pequeños peces que ella hizo esfuerzos por tragar. La marcha continuó. Por la noche le dolían las piernas de los golpes que se daba contra las rocas. Ali acogió el dolor con satisfacción porque fue una forma de no lamentar la pérdida de Ike. Quizá si su cuerpo hubiese estado

¹ Peregrinación que los musulmanes deben hacer a La Meca al menos una vez en la vida. (N. del e.)

atravesado por las flechas, como el de los mercenarios, habría sido capaz de no lamentarse. Pero la realidad estaba siempre allí, acechándola. Ike había muerto.

Llegaron finalmente a los restos de una ciudad tan antigua que parecía más bien una montaña a punto de derrumbarse. Éste era su destino. Ali lo supo porque finalmente le quitaron la venda y pudo caminar sin necesidad de que la guiaran.

Agotada, asustada, hipnotizada, Ali siguió el camino. La ciudad se hallaba construida, desde su base, en un glaciar tropical de piedra de aluvión que emitía una débil incandescencia. El resultado era mucha menos luz que penumbra, y con esto había suficiente. Comprendió que la ciudad se hallaba en el fondo de un enorme abismo. Una lenta invasión de mineral se había ido tragando buena parte de la ciudad, pero muchas de sus estructuras permanecían erguidas, salpicadas de cámaras huecas. Las paredes y columnatas estaban adornadas con animales tallados y representaciones de la antigua vida abisal, todo ello entremezclado con sutiles arabescos.

Deteriorada por el tiempo y el asedio geológico, la ciudad, a pesar de todo, estaba habitada, o al menos se la utilizaba. Para su sorpresa, a este lugar habían acudido miles de abisales, decenas de miles, por lo que podía deducir. Aquí se hallaba la respuesta al enigma de la casi total desaparición de los abisales. Procedentes de todo el mundo, se habían refugiado en este santuario. Tal y como dijo Ike, huían, y éste era su éxodo.

A medida que el grupo de guerreros cruzó la ciudad, Ali vio a unos niños pequeños apoyados contra los muslos de sus madres, agotados por la gripe. Observó con atención, pero vio a muy pocos niños de mayor edad entre la multitud apática. Había armas de todo tipo en el suelo, aparentemente demasiado pesadas para levantarlas. En su languidez, los abisales transmitían la sensación de haber llegado al final de la tierra. A Ali siempre le había parecido un misterio que los refugiados, sin que importase su raza, se detuvieran donde lo hacían; no entendía por qué no seguían más allá. Existía una línea muy fina entre un refugiado y un pionero, algo que tenía que ver con el impulso, una vez que se cruzaba determinada frontera. Se preguntaba por qué aquellos abisales no habían continuado el descenso.

Subieron una colina en el centro de la ciudad. En lo alto, los restos de un edificio se elevaban sobre la piedra aluvial, de aspecto ambarino. Condujeron a Ali por un pasillo que ascendía en espiral por el interior de las ruinas. La celda en la que la confinaron era una biblioteca. La dejaron sola.

Ali miró a su alrededor, asombrada ante aquel tesoro. ¿Éste iba a ser entonces su infierno, una biblioteca llena de textos sin descifrar? En tal caso, habían elegido el castigo equivocado para ella. Le habían dejado una lámpara de arcilla, como las que encendía con Ike. Una pequeña llama se retorció en el pitorro de petróleo.

Con su luz, Ali inició la exploración, pero no fue lo bastante cuidadosa al llevarla y la llama se apagó. Se quedó sumida en la oscuridad, llena de incertidumbre, asustada y sola. De repente, el agotamiento del viaje pudo con ella. Se tumbó en el suelo y se quedó dormida.

Horas más tarde, al despertar, encontró una segunda lámpara encendida en el extremo más alejado de la estancia. Al acercarse, una figura se incorporó contra la pared, envuelta en andrajos y con una capa de arpillera.

—¿Quién eres? —preguntó una voz de hombre.

Sonaba cansada y desanimada, como un fantasma. Ali se alegró. Evidentemente, era un prisionero, como ella. ¡No estaba sola!

—¿Quién eres? —preguntó a su vez, al tiempo que retiraba la capucha del hombre, dejándole al descubierto la cara.

Se quedó atónita.

—¡Thomas! —exclamó.

—¡Ali! —exclamó él, resplandeciente—. ¿Cómo puede ser?

Ella lo abrazó y notó los huesos de su espalda y de su caja torácica. El jesuita tenía el mismo rostro apegaminado que cuando lo vio por primera vez en el museo de Nueva York. Pero sus cejas se habían espesado, mostraba una grisácea barba de varios meses y tenía el cabello largo, gris y denso de suciedad. Numerosas costras de sangre le cubrían el pelo. Sus ojos no habían cambiado. Siempre habían sido los de un viajero experimentado.

—¿Qué le han hecho? —le preguntó—. ¿Cuánto tiempo lleva aquí? ¿Por qué está en este lugar?

Ayudó al anciano a sentarse y le acercó agua para que bebiera. El apoyó la espalda contra la pared, sin dejar de darle palmaditas en la mano, regocijado.

—Es la voluntad del Señor —repetía continuamente.

Durante horas, se contaron sus vicisitudes. Según le dijo Thomas, había ido a buscarla en cuanto llegaron a la superficie las noticias sobre la desaparición de la expedición.

—Tu benefactora, January, no hacía más que recordarme las responsabilidades contraídas contigo por el grupo Beowulf. Finalmente, decidí que sólo podía hacer una cosa. Buscarte yo mismo.

—Pero eso es absurdo —dijo Ali.

Un hombre de su edad, y completamente solo.

—Y, sin embargo, fíjate hasta dónde he llegado —dijo Thomas.

Había descendido desde un túnel situado entre unas ruinas javanasas, rezando para arrostrar la oscuridad, imaginando cuál podría haber sido la trayectoria seguida por la expedición.

—No me fue muy bien —confesó—. No tardé en perderme. Se me agotaron las pilas. Me quedé sin comida. Cuando los abisales me encontraron, fue más un acto de caridad que una captura.

Desde entonces, Thomas languidecía entre aquellas montañas de texto.

—Pensé que dejarían que me pudriera aquí dentro. ¡Pero ahora tú estás aquí!

Ali le contó a su vez el triste destino de la expedición. Relató la inmolación de Ike en la fortaleza abisal.

—Pero ¿estás segura de que murió? —preguntó Thomas.

—Yo misma lo vi —contestó con la voz entrecortada. Thomas le expresó su pésame—. Es la voluntad de Dios —dijo Ali recuperándose—. Y también ha sido su voluntad la que nos ha conducido hasta aquí, a esta biblioteca. Ahora intentaremos realizar la tarea que nos habíamos propuesto. Juntos podremos acercarnos a la palabra original.

—Eres una mujer muy notable —dijo Thomas.

Emprendieron inmediatamente la tarea y se entregaron a ella con intensidad, agrupando textos y comparando observaciones. Al principio de un modo delicado y luego más ávidamente, examinaron los libros, hojas, códices, rollos y tablillas. Nada estaba guardado de manera ordenada. Era casi como si allí hubieran acumulado una masa de escritos, como un montón de copos de nieve. Dejando la lámpara a un lado, se enfrascaron en su tarea al lado del montón más grande.

El material de la parte superior era el más actual, algo en inglés, japonés o chino. Cuanto más se sumergían en la pila, tanto más antiguos eran los escritos. Las páginas casi se desintegraban entre los dedos de Ali. En otros casos, la tinta se confundía a través de capa tras capa de escritura. Algunos libros estaban sellados con filtrado mineral. Pero la mayor parte del material contenía letras y glifos. Afortunadamente, la estancia era espaciosa, porque pronto pudieron trazar un árbol virtual de lenguas, con obras extendidas sobre el suelo, formando un montón tras otro de libros.

Al cabo de varias horas, Ali y Thomas habían clasificado alfabetos totalmente desconocidos para cualquier lingüista. Distanciándose un poco de su clasificación, Ali se dio cuenta de que apenas habían avanzado un poco entre los escritos amontonados. Allí se encontraban los principios de toda literatura, de toda historia. En cierto sentido, aquello prometía contener el principio mismo de la memoria, tanto humana como abisal. ¿Qué podrían encontrar en su centro?

—Necesitamos descansar. Necesitamos tranquilizarnos —advirtió Thomas.

Tenía una fea tos. Ali lo ayudó a llegar a su rincón y también hizo un esfuerzo por sentarse, a pesar de lo animada que se sentía.

—Ike me dijo una vez que los abisales desean ser como nosotros —dijo Ali—. Pero ya son como nosotros, del mismo modo que nosotros somos como ellos. Ésta es la clave de su edén. No les permitirá recuperar su antigua civilización, pero puede unirlos y darles coherencia como pueblo. Puede tender un puente que salve el vacío que existe entre ellos y nosotros. Este es el principio de su regreso a la luz o, al menos, de la soberanía de su raza. Quizá podamos descubrir una lengua común. Quizá podamos hacerles un lugar entre nosotros, o hacernos ellos un lugar entre los suyos. Pero todo empieza aquí.

Ese día comenzó la tortura de los hombres de Walker. Sus gritos se elevaron hasta Ali y Thomas. Los sonidos se apagaban periódicamente. Después de una noche de silencio, Ali estuvo convencida de que los hombres habían muerto. Pero los gritos se reiniciaron. Con pausas, aquello continuó del mismo modo durante muchos días.

Antes de que pudieran continuar con su trabajo de erudición, Ali y Thomas recibieron una visita.

—Es aquel del que le he hablado —le susurró ella a Thomas.

—Es posible que tengas razón —asintió Thomas—. Pero ¿qué quiere de nosotros?

El monstruo se acercó a ellos portando un tubo de plástico marcado con el nombre de Helios. Estaba muy arañado. Ali reconoció inmediatamente su tubo de mapas. Él se dirigió directamente hacia ella y Ali pudo oler la sangre fresca. Iba descalzo. Sacudió el rollo de mapas y lo abrió.

—Esto me ha sido entregado —dijo en su pulcro inglés.

Ali quiso preguntarle cómo, pero se lo pensó mejor. Evidentemente, Gitner y su grupo de científicos no habían conseguido escapar.

—Son míos —dijo ella.

—Sí, lo sé. Los soldados me lo dijeron. He estudiado los mapas y está clara su autoría. Desgraciadamente, no son verdaderos mapas, sino sólo una aproximación a las cosas. Muestran, en general, el camino seguido por su expedición. Pero necesito saber más. Quiero conocer los detalles, los desvíos, los caminos laterales, los callejones sin salida. Y los campamentos, cada campamento de cada noche. Quién estuvo en ellos y quién no. Necesito saberlo todo. Tiene que recrear toda la expedición para mí. Eso es crucial.

Ali miró a Thomas, temerosa. ¿Cómo iba a poder recordarlo todo?

—Puedo intentarlo —dijo.

—¿Intentarlo? —El monstruo la olisqueaba—. Su existencia misma depende de su memoria. Yo en su lugar haría mucho más que intentarlo.

—Yo la ayudaré —dijo entonces Thomas, adelantándose.

—Ayúdela con rapidez —dijo el monstruo—, porque su vida también depende ahora de ello.

El 11 de febrero, a las 14.20 horas ya 19.402 metros de profundidad, llegaron a un acantilado desde el que se dominaba un valle. No era el fondo del pozo, pero en la distancia podía verse un gran agujero abierto. Se trataba, no obstante, de una pausa geológica en aquel abismo que habían estado siguiendo.

Antes de que ella tratara de hacerse daño nuevamente, Ike ató a aquella hija sin nombre a un saliente de roca junto a la pared. Luego se arrastró sobre el estómago hasta el borde para echar un vistazo al terreno y calcular sus opciones.

Tenía la forma y el tamaño de un cráter, encendido con un resplandor de color siena. Unas vetas de minerales luminosos se extendían como telarañas a través de los muros que lo circundaban y la niebla era como lenguas lánguidas y ligeras. Se hizo una idea de la arquitectura de este enorme hueco, de tres a cinco kilómetros de ancho, de sus muros surcados por huecos, y de la vasta e intrincada ciudad que contenía.

A quinientos metros por debajo de su peligrosa posición, la ciudad ocupaba todo el suelo. Era a un tiempo magnífica y decadente. Desde la altura, podía verse claramente toda la deteriorada metrópoli.

Las agujas y pirámides yacían en ruinas. En la distancia, una o dos estructuras altas se elevaban casi hasta el mismo borde, aunque sus partes más altas se habían desmoronado. Los estrechos canales se habían hecho más profundos por las riadas, tallando cañones serpenteantes. Buena parte de la ciudad se había medio derrumbado, se encontraba inundada o se había visto arrollada por la piedra aluvial. En algún momento hubo varias estalactitas gigantes, tan pesadas que habían caído desde el invisible techo, ensartando los edificios. Ike necesitó tiempo para adaptarse a la escala de este lugar. Sólo entonces empezó a distinguir a las multitudes. Eran tan numerosas, abigarradas y lánguidas que lo único que vio al principio fue una gran mancha sobre el suelo. Pero aquella mancha tenía un ligero movimiento, como la lenta agitación de los glaciares. De vez en cuando, criaturas aladas se lanzaban desde los acantilados, atravesando la neblina.

Los refugiados, en efecto, no acampaban en la ciudad antigua, sino sobre ésta. Distinguió figuras individuales desde su distancia, pero imaginó que allí debía de haber miles, quizá decenas de miles de abisales. Tenía razón acerca del santuario.

Debían de haber acudido desde todo el planeta a este lugar. Aunque imaginaba que emigraban hacia un punto central, su gran número lo asombró. El abisal formaba una raza solitaria, tan dispuestos a destrozarse unos a otros como al enemigo, con tendencia a marchar en pequeños grupos paranoides. Había llegado a la conclusión de que, probablemente, no quedaban más que unos pocos miles en todo el interior del planeta. Allí, en cambio, debía de haber por lo menos cincuenta veces más de lo que él había calculado. Para haberse reunido de este modo, en un aparente armisticio, tendría que suceder para ellos algo como el fin del mundo.

Su abundancia era buena y mala a un tiempo. Garantizaba que Ali terminaría entre la horda de refugiados, si es que no se encontraba ya entre ellos. Ike no había pensado en ninguna estratagema específica, aunque bien era cierto que creía tener que habérselas con muchos menos abisales. Encontrarla desde tan lejos sería imposible, e infiltrarse entre ellos sería una prolongada pesadilla. Podría tardar meses en localizarla. Y, mientras tanto, tendría que ocuparse de su rehén, de su propia hija. La perspectiva lo arrojaba a una espiral descendente. Miró su reloj, el reloj de Troy, y observó la hora, la fecha y la profundidad.

Oyó entonces el avance de los pies y empezó a incorporarse, con el cuchillo en la mano. Tuvo tiempo para ver la culata de un fusil. Luego, éste se cruzó sobre su cara, notó que le golpeaba en la sien y perdió todas las ganas de luchar.

Cuando recuperó el sentido, se encontró atado de pies y manos con su propia cuerda. Abrió los ojos con cautela. Su captor esperaba, sentado a cinco pasos de distancia, descalzo y andrajoso, mirando la cara de Ike a través de la mira telescópica de visión nocturna de un fusil del ejército de Estados Unidos. Del cuello le colgaban unos prismáticos. Ike suspiró. Finalmente, los *rangas* lo habían localizado en el fondo de la tierra.

—Espera antes de disparar —dijo Ike.

—Claro —dijo el hombre, con el rostro todavía oculto tras el fusil y la mira telescópica.

—Sólo dime por qué.

¿Qué había hecho él para merecer su venganza?

—¿Por qué? ¿Qué quieres decir, Ike?

El que se disponía a ejecutarlo levantó la cabeza. Ike quedó atónito. No era un *ranger*.

—Sorpresa —dijo Shoat—. A mí tampoco me pareció posible que un tipo corriente como yo pudiera tenderle una trampa al gran Ike Crockett. Pero la verdad es que me lo has puesto muy fácil. Fanfarroneando sobre derechos, resulta que venzo a Superman y me llevo a la chica.

A Ike no se le ocurrió nada que decir. Miró hacia donde estaba su hija. Shoat le había apretado los nudos. Eso era significativo, pues no la había matado enseguida.

A pesar de la barba y de que estaba demacrado Shoat no había abandonado su estúpida sonrisa burlona! Parecía sentirse muy complacido consigo mismo.

—En cierto modo —prosiguió—, tú y yo somos iguales. Nos alimentamos de las sobras. Podemos vivir de la mierda de los demás. Y siempre procuramos averiguar dónde está la puerta trasera. Allá arriba, en el presidio, yo estaba tan preparado como lo estabas tú.

A Ike le dolía la cara a causa del culatazo. Pero lo que más le dolía era su orgullo.

—¿Me has seguido la pista? —preguntó.

Shoat dio unos golpecitos a la mira telescópica.

—Tecnología superior. Podía verte desde más de un kilómetro de distancia, con tanta claridad como si fuera de día. Y una vez que recibiste en el nido a nuestra pajarita, las cosas todavía fueron más fáciles. No sé, Ike, pero has sido lento y descuidado. Quizá te estés haciendo viejo. En cualquier caso —añadió mirando por detrás de él, sobre el precipicio—, hemos llegado al corazón de la manzana, ¿no es así?

Mientras Shoat hablaba, Ike reunió las pocas pistas que necesitaba. Había una mochila apoyada contra la pared, medio vacía. Cerca de la muchacha, que se mantenía vigilante, Shoat había desparramado el recipiente de plástico de un solo paquete de ración militar. Eso le indicó que había permanecido inconsciente el tiempo suficiente para que Shoat lo atara y terminara de comer. Y, lo que era más importante, había venido solo, únicamente quedaba un paquete y los restos de una ración, y eso significaba que no se alimentaba de lo que encontraba, probablemente porque no sabía hacerlo.

Evidentemente, Shoat había registrado la fortaleza destruida y encontrado unos pocos elementos esenciales: el fúsil, algunas raciones militares de supervivencia. Ike se quedó perplejo. Aquel hombre disponía del billete de vuelta a casa. Entonces, ¿por qué seguirlo a las profundidades?

—Deberías haber tomado una barca o haberte alejado a pie —le dijo Ike—. A estas alturas ya podrías estar muy lejos de aquí.

—Lo habría hecho, pero resultó que alguien se llevó mi máspreciado bien. —Levantó la bolsa de cuero que colgaba de su cuello, como un amuleto. Todo el mundo

sabía que contenía su emisor de radioseñales—. Eso es lo único que me garantiza la salida. Ni siquiera me di cuenta de que había desaparecido hasta que lo necesité. Al abrir la bolsa, sólo encontré esto.

Desató la cinta que abría la bolsa y sacó una placa plana de jade. Ike comprendió que alguien le había robado el emisor, sustituyéndolo por un fragmento de antigua armadura abisal.

—Y ahora quieres que te guíe hasta la salida —aventuró.

—No creo que eso saliera muy bien, Ike. ¿Hasta dónde llegaríamos antes de que los abisales nos encontraran? O, simplemente, me la jugarías.

—¿Qué quieres entonces?

—Mi caja. Eso sería estupendo.

—Aunque la encontráramos, ¿para qué la querías ahora?

Con o sin su emisor de radioseñales, los abisales encontrarían a aquel hombre. E Ike también podría encontrarlo.

Shoat sonrió misteriosamente y apuntó con la placa de jade, como si se tratara del mando a distancia de un televisor.

—Eso me permitiría cambiar de canal —dijo, emitiendo un clic con la lengua—. Detesto hablar como un maestro zen, pero tú no eres más que una ilusión, Ike. Y la muchacha también. Y todos los que están ahí abajo. Ninguno de vosotros existís.

—¿Y tú sí?

Ike no se burlaba de él. Sus palabras eran la clave de que disponía para comprender la rara actitud de Shoat. El hombre los había seguido implacablemente hasta el centro del abismo y ahora, rodeado por el enemigo, aprisionaba al único posible aliado con que contaba para salir de allí. Durante las últimas semanas, podría haber disparado contra ellos desde la distancia en cualquier momento. En lugar de eso, los había respetado por alguna razón. Sin duda, todo debía de tener una lógica. Shoat era astuto, estaba perfectamente cuerdo y era peligroso. Ike se lo reprochó a sí mismo. Había subestimado a aquel hombre.

—Te has equivocado de hombre —dijo Ike—. Yo no me he llevado tu caja.

—Pues claro que no. He pensado mucho en eso. Los chicos de Walker no se habrían molestado con ninguna clase de trucos. Simplemente, me habrían metido una bala en la cabeza. Lo mismo habrías hecho tú. Así que fue alguien más, alguien que necesitaba mantener oculto el robo. Alguien que cree conocer mi código. Lo he averiguado todo, Ike. Sé quién me la robó, y cuándo lo hizo.

—¿La muchacha?

—¿Crees que habría permitido que ese animal salvaje se me acercara? No, me refiero a Ali.

—¿Ali? Ella es monja —bufó Ike, desechando la idea.

Pero si no había sido ella, ¿quién más podría haber sido?

—Una monja muy mala. No lo niegues, Ike. Sé que ha estado jugando al escondite contigo. Me doy cuenta de esas cosas. Poseo un buen sentido para captar a las personas.

—De modo que me has seguido a mí para seguirla a ella —dijo Ike, sin dejar de mirarlo.

—Chico listo.

—Yo, sin embargo, no la he encontrado.

—En realidad, sí.

Shoat tomó un lazo de la cuerda y lo arrastró hasta el borde. Colocó sus prismáticos alrededor del cuello de Ike y, con precaución, aflojó la cuerda que le ataba las manos a los pies. Luego se apartó, apuntándolo con su pistola.

—Echa un vistazo —le dijo Shoat—. Alguien a quien conoces está allá abajo. Ella y nuestro señor de la guerra con cuernos. Su satánica majestad. El tipo que escapó con ella.

Con un esfuerzo, Ike se sentó. La noticia sobre Ali le infundió energía. Notaba las manos adormecidas por la tensión de las cuerdas, pero se las arregló para situar los prismáticos en posición. Ike observó los canales y avenidas obturadas arriba y abajo, las ruinas iluminadas de verde por el dispositivo de visión nocturna.

—Busca una aguja y luego ve a la izquierda...

Tardó varios minutos, incluso con Shoat describiéndole los rasgos más destacados, que miraba a través de la mira telescópica del fusil.

—¿Ves las columnas?

—¿Son ésos los hombres de Walker?

Había dos cuerpos colgados, derrumbados. Ninguno de ellos era el de Ali... todavía.

—Sólo se toman un descanso —dijo Shoat—. Los han sometido a un tratamiento bastante duro. Y también hay otro prisionero. Lo he visto con Ali. Sin embargo, lo sacan continuamente. —Ike buscó más arriba—. Ella está ahí —lo animó Shoat—. Puedo verla. Es increíble, parece como si estuviera tomando notas en su cuaderno. ¿Notas del inframundo?

Ike continuó la búsqueda. Una colina de piedra aluvial se abombaba sobre las construcciones, engulléndolo todo, excepto los pisos superiores de un tallado edificio de piedra. Los muros se habían derrumbado sobre el lado del edificio que veía Ike, dejando al descubierto una espaciosa sala sin techo. Y allí estaba, sentada sobre un montón de cascotes. Le habían desatado las manos y los pies, ¿por qué no? Apenas dos pisos más abajo se hallaba rodeada por toda la nación abisal.

—¿La tienes?

—Ya la veo.

Todavía no habían iniciado con ella los ritos de iniciación, el mareaje, las argollas y las mutilaciones, que habitualmente comenzaban los primeros días. La recuperación duraría años. Pero Ali parecía hallarse entera. No la habían tocado.

—Bien. —Shoat le arrancó los prismáticos de un tirón—. Ahora ya tienes tu rastro. Ya sabes adonde tienes que ir.

—¿Pretendes que me infiltre en una ciudad entera de abisales y robe el emisor?

—Concédeme un poco de inteligencia, hombre. Eres mortal y hay cosas que ni siquiera tú puedes hacer. Además, ¿por qué hacer las cosas a hurtadillas cuando puedes efectuar una entrada triunfal?

—¿Quieres que entre ahí y les pida que te devuelvan tu propiedad?

—Mejor lo harás tú que yo.

—Aunque la tenga Ali, ¿luego, qué?

—Soy un hombre de negocios, Ike. Vivo y muero por la negociación. Veamos hasta dónde podemos llegar con ellos y qué se puede hacer con un poco de viejo y anticuado regateo.

—¿Con ellos? ¿Aquí abajo?

—Tú serás mi ayudante, mi embajador privado.

—Nunca soltarán a Ali.

—Lo único que yo quiero es mi caja.

Ike se sentía realmente desconcertado.

—¿Por qué crees que te la van a devolver?

—Eso es precisamente de lo que quiero hablar con ellos. —Shoat retrocedió y se agachó sobre la mochila, de la que extrajo un maltratado ordenador personal extraplano, con el logotipo de Helios—. Nuestros radioteléfonos han desaparecido. Pero dispongo de un instrumento de comunicación en los dos sentidos, conectado con mi ordenador. Vamos a mantener una videoconferencia.

Shoat abrió la tapa y puso en marcha el ordenador. Retrocedió y se instaló un auricular portátil en una oreja. Luego mantuvo delante de su cara una pequeña bola dotada de cámara y micrófono. Sobre la pantalla, su rostro giró y se distorsionó.

—Probando, probando —dijo su voz por el altavoz del ordenador.

—Esto es lo que vas a hacer, Ike. Llévate el ordenador allá abajo. Una vez que llegues junto a Ali, compruebas que está en línea, a la vista, que no haya ningún obstáculo entre donde estás tú y donde estoy yo. No quiero perder la transmisión. Luego haces que su presidente o lo que sea se ponga al habla conmigo. Mientras lo haces, les devuelves a esta cachorrilla, como un gesto de buena voluntad. Yo lo veré desde aquí.

—¿Y qué gano yo con eso?

—Ahora sí que empiezas a hablar con sensatez —sonrió Shoat—. ¿Qué te gustaría? ¿Tu vida o la de Ali? ¿Quieres que apueste a que conozco la respuesta?

Era exactamente la oportunidad que Ike había deseado para ella.

—Está bien —asintió—. Tú eres el jefe.

—Me alegro de tenerte a bordo, Ike.

—Córtame las cuerdas.

—Desde luego. —Shoat hizo oscilar el cuchillo como si Ike fuese un niño malo. Luego lo arrojó al suelo, a lo lejos—. Pero antes tenemos que comprendernos muy bien el uno al otro. Vas a tardar un tiempo en arrastrarte hasta donde está el cuchillo y cortarte las ligaduras. Para entonces, yo ya estaré a resguardo y preparado en un agradable nido de francotirador, no muy lejos de aquí. Vas a escoltar a nuestra

pequeña caníbal para devolvérsela a esos canallas y luego establecerás la conexión con su jefe ejecutivo, sea quien fuere.

Shoat dejó el ordenador en el suelo y retrocedió hacia un hueco alto y de bordes dentados abierto en la pared. Ike tenía la mirada fija en el cuchillo.

—Nada de trucos, ni desviaciones ni engaños. El ordenador está encendido. No lo apagues. Quiero escuchar todo lo que digas. Y tampoco regreses a buscarme. Desde mi cubículo puedo dispararte con facilidad a lo largo del sendero. Si intentas alguna jugarreta, empezarán los fuegos artificiales. Pero no dispararé contra ti, Ike. Será Ali la que pague por tus pecados. La mataré primero a ella y a continuación, para joderlos, al jefe de esos bestias. Después ya me ocuparé de encontrar blancos oportunos. Pero no habrá una bala para ti. Te lo prometo. Podrás vivir con tus remordimientos. Podrás quedarte a vivir con los abisales. El infierno te recuperará. ¿Lo he dejado bien claro? Ike empezó a arrastrarse.

27

SHANGRI LA

Y en la más baja profundidad, una profundidad mayor aún amenaza con devorarme las entrañas, por lo que el infierno que sufro parece un cielo. «Satán», en JOHN MILTON, El paraíso perdido.

Bajo la intersección de las fosas de Filipinas, Java y Palau

Ike descendió a la ciudad antigua, conduciendo a su hija de una cuerda. La ciudad se fue acercando bajo la penumbra orgánica, como un rompecabezas de restos, de arquitectura fundida y de ventanas sin ojos.

En el fondo del vasto cañón, al borde de las ruinas, Ike se colgó el ordenador personal de Shoat de un hombro e inclinó la bengala de plástico que se le había entregado, rompiendo el frasco de su interior. La alargada bengala cobró vida, con una luz verdosa. Sin necesidad de utilizar la mira telescópica, Shoat podría seguir su avance a través de la ciudad.

Durante aproximadamente el primer kilómetro no encontró ningún desafío directo, aunque los animales se escabullían a lo largo de la piedra aluvial. A cada paso que daba, Ike trataba de imaginar alguna alternativa a lo que ya se había puesto en marcha. La telaraña tejida por Shoat parecía irrompible. Ike imaginaba perfectamente su propia nuca centrada en el punto de mira telescópico. Si al menos fuera él la presa, pensó. Podía evitar la bala o incluso recibirla. Pero Shoat ya había establecido con toda claridad cuáles serían sus objetivos. Y Ali era el primero de ellos. Ike continuó cruzando la ciudad fosilizada.

La noticia de la intromisión humana se extendía rápidamente por toda la ciudad. Más allá del alcance de la luz verde de la bengala, figuras que normalmente habrían parecido siluetas contra el pálido brillo de la piedra se escabullían ahora como sombras. El resplandor de neón de la bengala deterioraba su visión nocturna. Desde el principio de aquella condenada expedición había despilfarrado sus poderes nocturnos, comiendo incluso carne humana. Ahora ya no podía ocultar sus orígenes.

El lenguaje clic sonaba en la penumbra. Olía a los abisales arracimados en las sombras, almizcleños y untados de ocre. Una piedra arrojada desde las sombras le alcanzó en el brazo. No fue un golpe duro y sólo pretendía ser una provocación. Unas bestias aladas se movían a pocos centímetros por encima de su cabeza. Ike mantuvo su porte estoico. Algunos otros trazaban círculos, fuera de su alcance. Sintió un cálido escupitajo descendiéndole por el cuello.

Una monstruosidad apareció corriendo por delante y le bloqueó el camino. Bajo y fornido, recubierto de barro fluorescente reseco, llevaba un taparrabos, mostraba sus cicatrices de guerra y blandía un hacha. Hizo avanzar la lengua como un reptil y abultó sus ojos, todo como señales de desafío. Ike procuró que sus movimientos fueran pasivos y la bestia le dejó pasar.

Las masas plásticas y las circunvoluciones minerales del suelo de la ciudad empezaron a inclinarse hacia arriba. Ike se aproximaba a la elevación del centro de la ciudad, que había observado por los prismáticos. Cada vez había más refugiados a su alrededor, los canales estaban cegados por sus desperdicios y las aguas fecales. Había muchos tumbados en el suelo, enfermos y hambrientos.

En todos sus años de cautividad, Ike nunca había visto ni una parte de los rasgos y estilos aquí reunidos. Algunos tenían aletas en lugar de brazos, otros manos en lugar de pies. Había cabezas aplanadas por los vendajes y cuencas de los ojos genéticamente vacías. La variedad de arte tatuado corporal y de ropajes era disparatada. Algunos iban desnudos, otros llevaban armadura o cota de malla. Pasó ante eunucos de ingles orgullosamente tajadas, guerreros con el pelo entretejido con abalorios y cuernos entreverados con cueros cabelludos, y mujeres criadas por su pequeñez o por su gordura.

Mientras avanzaba, Ike mantuvo la expresión impasible. Subió por el sendero que serpenteaba hacia lo alto de la colina y la masa de abisales, se espesó a su paso. De vez en cuando, algunas cajas torácicas rayadas se arqueaban por encima de cadáveres devorados. Sabía perfectamente que, en un momento de tanta necesidad, el ganado humano era el primero en consumirse.

Detrás de él, la muchacha continuaba el avance. Su propia hija era su pasaporte. Nadie se opuso al avance de Ike y él continuó cruzando la ciudad. Desde los riscos más altos, Ike había observado que el pozo no tenía fondo, sino que sólo se interrumpía. Y, sin embargo, toda la raza parecía haber echado sus raíces aquí. No mostraban señales de querer continuar a mayores profundidades, impulsados por su espíritu nómada. Sintió el deseo de hundirse más y más en el agujero, de escalar la montaña a la inversa, aunque sólo fuese para contemplar las nuevas vistas que encontrara. Su curiosidad le hizo sentirse triste, porque no era probable que viviera ni una hora más, y mucho menos en otro territorio.

Un montón de ruinas se proyectaba desde lo alto de la acumulación de piedra aluvial e Ike se dirigió hacia la estructura más elevada. Ascendiendo cada vez más, Ike y la muchacha llegaron hasta donde estaban los hombres de Walker. Los dos mercenarios estaban atados a columnas rotas, no con cuerdas, sino con sus propias entrañas. Al ver a sus enemigos, la muchacha se puso a brincar de alegría. Ike la dejó. Uno de ellos levantó su rostro sin ojos, ante el ruido producido por su júbilo. También le habían arrancado la mandíbula inferior. Su lengua colgaba flácida sobre la garganta.

Al cabo de un momento, continuaron. Siguieron la ascensión. Las ruinas de la parte superior aplanada ocupaban varios metros cuadrados. Los abisales estaban tumbados o sentados en los pliegues amorfos de la piedra pero, extrañamente, no

habían instalado su residencia en aquella estructura que coronaba la ciudad. Una vez más, Ike se sintió impresionado por su sentido de la espera.

La pared de un lado del edificio principal se había derrumbado e Ike y la muchacha ascendieron sobre los restos. Diversos guerreros simulaban atacar y lanzaron amenazas e insultos. Ninguno de ellos, sin embargo, se acercó más allá de los límites de su luz y el efecto que causó fue una ondulación de sombras verdosas.

Llegaron a aquel piso superior de las ruinas, que Ike había visto a través de los prismáticos. El tejado se había hundido o había sido derruido y el resultado era una especie de escenario alto, abierto a la mira telescópica de Shoat. La galería era más espaciosa de lo que Ike había esperado. De hecho, observó que se trataba de una especie de biblioteca abarrotada.

Ike se detuvo en el centro de la estancia. Aquí era donde había visto a Ali leyendo, aunque ahora no estaba. El suelo era plano pero inclinado, como un barco que empezara a hundirse. Éste era un lugar tan bueno como cualquier otro.

Le transmitía una sensación de espacio, expuesto al equivalente del cielo. Si podía elegir, no quería morir en un pequeño tubo o cavidad escondida. Que fuese a la vista de todos. Además, según las instrucciones recibidas, tenía que estar a la vista, en la línea de tiro y de conexión de Shoat.

Mientras esperaba, Ike fue acumulando rápidamente información, pergeñando planes improvisados y trayectorias mortales, tratando de localizar a los actores y sus armas en este lugar nuevo para él, buscando las posibles salidas y lugares donde ocultarse. Lo hacía por una cuestión de hábito, no de esperanza.

Encontró una estela rota y plana y colocó el ordenador sobre ella, a la altura de los ojos. Abrió la tapa. La pantalla se iluminó con el rostro de Shoat, como un mago de Oz en miniatura.

—¿A qué están esperando? —preguntó la voz de Shoat desde el monitor.

La muchacha retrocedió al escucharla. Los abisales más cercanos se escabulleron hacia las sombras y ulularon suavemente su alarma.

—Los abisales se toman las cosas a su ritmo —dijo Ike.

Miró a su alrededor. Montones de tablillas de piedra estaban apoyadas unas al lado de otras, contra una pared, había códigos abiertos como alargados mapas de carreteras y montones de rollos y pieles pintados con glifos y escritura. Para facilitarle la lectura, los abisales le habían proporcionado a Ali las linternas Helios arrebatadas a los miembros de la expedición. Por lo visto, ella buscaba la lengua madre. Transcurrieron otros diez minutos. Luego, enviaron a Ali, que surgió desde el desordenado interior. Se detuvo a unos cinco o seis metros de distancia. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Ike. —Afligida por su pérdida, ahora volvía a sentirse afligida por él—. Creí que habías muerto. Recé por ti. Luego, recé más para que, si estabas con vida, no vinieras a buscarme.

—Seguramente me perdí eso último —dijo Ike—. ¿Estás bien?

Extrañamente, aún no habían empezado a inscribirla, al menos que él pudiera ver. Hacía ya más de tres semanas que estaba con ellos. A estas alturas, normalmente

ya le tendrían que haber arrancado los dientes y comenzado otras iniciaciones. El hecho de que Ali no mostrara ninguna marca de propiedad le hizo concebir esperanzas. Quizá fuera posible negociar un acuerdo.

—Sigo escuchando a los soldados de Walker. ¿Han muerto ya?

—No te preocupes por ellos. ¿Cómo estás tú?

—Teniendo en cuenta las circunstancias, se han portado bien conmigo. Hasta que apareciste tú, creía que podría encontrar un lugar aquí.

—No digas eso —le espetó Ike.

Ya se había iniciado el proceso de seducción por parte de los abisales. No era ningún gran misterio. Era la seducción de la historia de un territorio, de convertirse en un expatriado. Uno llegaba a sentir cariño por un lugar como lo más oscuro de África, o por París o Katmandú, y pronto se quedaba uno sin nación propia, convertido en ciudadano del tiempo. Eso lo había aprendido muy bien allí abajo. Entre los cautivos humanos siempre había esclavos que eran como muertos en vida. Y luego había unos pocos raros, como él mismo, o como Isaac, que habían perdido sus almas, completamente entregados a este lugar.

—Estoy muy cerca de la palabra. De la primera palabra. Lo percibo. Está aquí, Ike.

Sus vidas estaban en juego. La tormenta de Shoat estaba a punto de desatarse, ¿y ella le hablaba de la lengua original? La palabra constituía su seducción. Ella era la de él.

—Descartado —dijo él.

—¿Qué tal, Ali? —dijo Shoat a través del ordenador—. Has sido una chica traviesa.

—¿Shoat? —preguntó Ali.

—Mantén la calma —le dijo Ike.

—¿Qué estás haciendo?

—No le echas la culpa a él —dijo Shoat—. No es más que el chico encargado de entregar la pizza.

—Ike, por favor —susurró ella—. ¿Qué trama? Hagas lo que hagas me han dado seguridades. Déjame hablar con ellos. Tú y yo...

—¿Seguridades? Sigues tratándolos como si fueran nobles salvajes —le reprochó Ike.

—Puedo ayudar a salvarles de esto.

—¿Salvarles? Mira a tu alrededor.

—Tengo un regalo para ellos —dijo Ali indicando con un gesto los pergaminos, glifos y códigos—. El tesoro está aquí, los secretos de su pasado, de su memoria racial. Todo está aquí.

—Pero si son analfabetos, endogámicos y hasta se mueren de hambre...

—Por eso me necesitan —dijo ella—. Podemos ayudarles a recuperar su grandeza. Se necesitará tiempo, pero ahora sé que podemos hacerlo. Las interconexiones aparecen entrelazadas dentro de su escritura. Es tan diferente del abisal moderno como lo pueda ser el antiguo egipcio respecto del inglés. Pero este

lugar es la clave, una gigantesca piedra de Rosetta. Todas las pistas están aquí, en un solo lugar. Es posible que pueda descifrar una civilización muerta hace veinte mil años.

—¿Nosotros? —preguntó Ike.

—Hay aquí otro prisionero. Es la coincidencia más extraordinaria. Le conozco. Hemos empezado a trabajar.

—No puedes hacerles volver a ser lo que eran. No necesitan historias de los tiempos dorados. —Ike absorbió el aire a través de las aletas de la nariz—. Huele, Ali. Eso es muerte y decadencia. Ésta es la ciudad de los condenados, no un Shangri La. No sé por qué los abisales se han reunido todos aquí. Pero no importa. Se están muriendo. Por esa razón se apoderan de nuestras mujeres e hijos. Por eso te han mantenido a ti con vida. Tú eres la que permites la continuación de su raza. Nosotros somos como el ganado. Nada más.

—¿Chicos? —interrumpió la aflautada voz de Shoat—. Se me acaba el tiempo. Terminemos de una vez con esto.

Ali miró la pantalla, sin saber que él la observaba por la mira telescópica de su fusil.

—¿Qué quieres, Shoat?

—Primero, al jefe de la pandilla. Segundo, recuperar lo que es mío. Empecemos por lo primero. Pásame con él.

Ali miró a Ike.

—Quiere negociar. Cree poder hacerlo. Deja que lo intente. ¿Quién está aquí al mando?

—Aquel al que había venido a buscar, Ike. El que tú mismo has estado buscando. Ambos son la misma persona.

—No son lo mismo.

—Lo son. El es el único. Hablé con él y te conoce. —A continuación, utilizando el lenguaje abisal, Ali pronunció el nombre de su mítico dios-rey—. Más antiguo que la antigüedad misma —añadió en inglés.

Era un nombre prohibido, y la muchacha le dirigió una rápida y atónita mirada.

—Él. —Ali indicó la marca de propiedad tatuada sobre el brazo de Ike y éste se quedó frío—. Satán.

Su mirada se dirigió hacia las figuras abisales que acechaban en los huecos, por detrás de Ali. ¿Podía ser? ¿Aquí? De repente, la muchacha emitió un pequeño grito.

—¡*Batr!* —exclamó en abisal.

Aquello pilló desprevenido a Ike. «Padre», había dicho. El corazón le dio un vuelco al escucharla y se volvió para mirar su rostro. Pero ella olisqueaba las sombras. Un momento más tarde, Ike también percibió el olor. A excepción de un fugaz vistazo del enemigo durante el asedio de la antigua fortaleza abisal, Ike no había visto a aquel hombre desde el sistema de cuevas en el que se perdió, en el Tibet.

En todo caso, Isaac parecía mucho más imponente. Había desaparecido el cuerpo ascético de palillo. Había aumentado el volumen y el peso de sus músculos,

lo que significaba que los abisales le habían concedido un estatus superior, lo que conllevaba mayores raciones de carne. Las excrescencias de calcio formaban un cuerno retorcido en un lado de su pintada cabeza y sus ojos mostraban un abultamiento abisal. Se movía con la elegancia de un bailarín tai-chi. Desde los brazaletes plateados que le rodeaban los bíceps hasta la protuberante mirada demoníaca y la antigua espada de samurai en una mano, Isaac parecía nacido para gobernar aquí abajo, como un caudillo del inframundo.

—Nuestro renegado —lo saludó Isaac con una amplia sonrisa burlona—. ¿Y nos trae regalos? Mi hija y una máquina. La muchacha se inclinó hacia adelante. Ike la contuvo efectuando otro bucle con la cuerda alrededor del puño. El labio de Isaac retrocedió sobre su hilera de dientes. Dijo algo en abisal, demasiado intrincado como para que Ike lo comprendiera.

Ike se llevó la mano a la empuñadura del cuchillo y dominó su temor. ¿Éste era el Satán de Ali? Sería propio de él hacerla creer que era el jan, engañar a la hija de Ike convenciéndola de que era su padre.

—Ali —murmuró Ike—. No es él.

No pronunció el nombre del más antiguo que la antigüedad más que como un leve susurro. Se tocó la marca de propiedad para indicar lo que quería dar a entender.

—Pues claro que lo es.

—No. Sólo es un hombre, un cautivo como yo.

—Pero todos le obedecen.

—Porque él obedece a su rey. Él sólo es un lugarteniente, un favorito. Ali frunció el ceño.

—Entonces, ¿quién es el rey?

Ike escuchó entonces un débil tintineo. Conocía el sonido por haberlo escuchado en la fortaleza, el tintineo del jade contra el jade. La armadura del guerrero, de diez mil años de antigüedad. Ali se volvió para mirar entre las sombras.

Una terrible gravedad empezó a tirar de Ike, la sensación que se experimenta cuando falla aquello sobre lo que uno se sujeta y las profundidades se abren para tragarle.

—Te hemos echado de menos —dijo una voz desde las ruinas.

En el momento en que una figura familiar surgió de entre la oscuridad, Ike bajó la mano que empuñaba el cuchillo. Soltó la cuerda que sostenía a su hija y ésta se apartó rápidamente de su lado. La mente de Ike se llenó. Su corazón se vació. Se entregó incondicionalmente al abismo.

«Por fin», pensó Ike, cayendo de rodillas.

«Él.»

Shoat tarareó sin melodía en su nido de francotirador, con el fusil apoyado sobre una acanaladura de piedra desde la que se dominaba el abismo. Mantenía el

ojo pegado a la mira telescópica, observando cómo las diminutas figuras representaban los papeles que había escrito para ellas.

—Tic toe —susurró.

Había llegado el momento de cerrar el ataúd con clavos e iniciar el largo camino de regreso. Con el túnel de salida esterilizado por el virus sintético, no quedarían criaturas de las que ocultarse o escapar. Sus peores peligros serían la soledad y el aburrimiento. Básicamente, le esperaba medio año de caminata solitaria, con una dieta a base de barras energéticas, que había ido dejando secretamente en escondites a lo largo del camino.

Encontrar a los abisales reunidos en aquel nauseabundo pozo había sido un verdadero golpe de buena suerte. Los investigadores de Helios habían calculado que se necesitaría por lo menos una década para que el contagio del Prion se filtrara por toda la red del sub-Pacífico y exterminara a toda la cadena alimenticia abisal, incluidos los propios abisales. Pero ahora, con las cinco últimas cápsulas sujetas con cinta en el interior de la carcasa extraplana del ordenador, Shoat podría exterminar a toda aquella población con varios años de antelación. Era el definitivo caballo de Troya. Shoat experimentaba el entusiasmo desbocado de un superviviente. Seguramente, aún lo pasaría mal y todavía se encontraría con algunos de ellos sueltos. Pero, en general, había valido la pena saber esperar. La expedición se había autodestruido, aunque no antes de conducirlo hasta las profundidades. Los mercenarios se habían desmandado, pero sólo después de que dejaran de serle de utilidad. Y ahora, Ike acababa de llevar el Apocalipsis directamente al corazón del enemigo.

—Y bandadas de ángeles cantarán tus alabanzas en tu descanso —murmuró, volviendo a mirar por la mirilla telescópica.

Apenas un minuto antes había tenido la impresión de que Ike estaba preparado para huir. Ahora, sin embargo, lo vio de rodillas, inclinado servilmente ante un personaje que acababa de salir del edificio interior. Aquello sí que era todo un espectáculo: Crockett en actitud servil, con la cabeza pegada al suelo.

Shoat hubiera deseado disponer de más ángulo de visión. ¿Quién podía ser aquél? Habría resultado interesante ver con detalle el rostro del abisal. Tendría que conformarse con el cruce del punto de mira.

—Ha sido un placer conocerle —murmuró Shoat—. Creo que ya sabe mi nombre.

—De modo que has regresado a mí —dijo la voz desde las sombras—. Levántate. Ike no levantó la cabeza en ningún momento. Ella observó fijamente la espalda desnuda de Ike, asustada ante su sumisión. Aquello ponía del revés todo su universo. Él siempre le había parecido el definitivo espíritu libre, el rebelde original. Ahora, sin embargo, se arrodillaba en un acto abyecto de rendición, sin ofrecer resistencia ni protesta alguna.

Su jan abisal, o *rex*, o *mahdi*, o rey de reyes o como se quisiera traducir, permaneció inmóvil, con Ike postrado a sus pies. Llevaba una armadura hecha de

placas de jade y cristal, y bajo ella una cota de malla de cruzado de manga corta, con cada eslabón cuidadosamente aceitado para protegerlo de la oxidación.

Ella sintió náuseas al darse cuenta. ¿Éste era Satán? ¿Este era el que Ike había estado buscando, rostro a rostro, entre todos aquellos abisales muertos? No para destruirlo, como había imaginado, sino para adorarlo. La humillación de Ike estaba clara, su temor y su vergüenza eran transparentes. Apoyaba la frente contra la piedra.

—Pero ¿qué está haciendo? —preguntó ella—. ¿Qué está haciendo?

Thomas abrió solemnemente los brazos y el rugido de las naciones abisales se elevó hasta él desde todas las partes de la ciudad. Ali cayó de rodillas, muda de asombro. Ni siquiera podía empezar a imaginar las profundidades de todos sus engaños. En cuanto comprendía una, inmediatamente se acumulaba otra más indignante, desde haber fingido ser su compañero de cautiverio, hasta manipular al grupo de January o aparecer como humano cuando había sido siempre abisal.

Y, sin embargo, incluso viéndole aquí envuelto en un antiguo equipo de combate, recibiendo los vítores abisales, Ali no pudo evitar ver en él únicamente al jesuita, austero, riguroso y humano. Le resultaba imposible eliminar de un plumazo la confianza y el compañerismo que se había establecido entre ellos durante aquellas últimas semanas.

—Levántate —ordenó Thomas. Luego miró a Ali y su tono de voz se suavizó—. Dile que se levante, por favor. Tengo preguntas que hacerle.

Ali se arrodilló junto a Ike, con la cabeza junto a la suya, de modo que él pudiera escucharla por encima de un nuevo rugido de adoración abisal. Le recorrió los nudosos hombros con la mano, acariciando las cicatrices de su cuello, allí donde la argolla de hierro le había sujetado las vértebras.

—Levántate —repitió Thomas.

Ali miró a Thomas.

—Él no es su enemigo —le dijo.

El instinto la impulsó a defender a Ike. Era algo más relacionado con la sumisión y el temor de Ike. De repente, experimentó motivos propios para sentir temor. Si Thomas era realmente su amo, era él quien había permitido que se torturara durante todos aquellos días a los soldados de Walker. E Ike era un soldado.

—No al principio —admitió Thomas—. Al principio, cuando lo trajeron, era más como un huérfano. Lo integré en nuestro pueblo. ¿Y cuál fue nuestra recompensa? Trae la guerra, el hambre y la enfermedad a mi pueblo. Yo le di la vida y le enseñé el camino. Y él trajo soldados y guió a colonos. Ahora ha regresado a casa, con nosotros. ¿Pero lo ha hecho como nuestro hijo pródigo, o como nuestro enemigo mortal? Contéstame. Levántate.

Ike se incorporó.

Thomas le tomó la mano izquierda y se la llevó a la boca. Ali pensó que tenía la intención de besar la mano del pecador, de reconciliarse con él, y sintió un rayo de esperanza. En lugar de eso, separó los dedos de Ike y se introdujo el dedo índice en la

boca. Luego lo chupó. Ali parpadeó ante la obscenidad del gesto. El anciano tomó toda la longitud del dedo, hasta el fondo, y rodeó la raíz con sus labios.

Ike miró a Ali con la mandíbula apretada. «Cierra los ojos», le indicó. Ella no lo hizo. Thomas mordió.

Sus dientes aplastaron el hueso. Luego soltó la mano de Ike a un lado.

La sangre de Ike se derramó sobre la armadura de jade de Thomas y salpicó el cabello de Ali. Ella lanzó un grito. El cuerpo de Ike se estremeció. Por lo demás, no dio la menor señal de reaccionar, como no fuera para bajar la cabeza, con un gesto de súplica. Mantuvo el brazo extendido. ¿Más dedos?, pensó Ali.

—¿Qué está haciendo? —gritó ella.

Thomas la miró, con los labios ensangrentados. Se sacó el dedo de la boca como si fuera una espina de pescado y lo dejó en la mutilada mano de Ike, que luego soltó.

—¿Qué querías que hiciese con este cordero sin fe?

Ali lo comprendió. Se encontraba ante el verdadero Satán.

La había confundido desde el principio. Ella se había confundido a sí misma. Con el estudio sistemático de sus mapas, con su prometedora interpretación de los alfabetos, glifos e historia abisal, Ali se había engañado a sí misma, pensando que comprendía los términos de este lugar. No era más que la ilusión del erudito según la cual las palabras podían ser el mundo. Pero aquí estaba la leyenda de las mil caras. Amable y luego colérica, generosa y después dominante, humana y a continuación abisal.

Ike se arrodilló, con la cabeza todavía inclinada.

—Perdónele la vida a esta mujer —pidió con un tono de dolor en su voz.

—Qué galante —dijo Thomas con frialdad.

—Puede utilizarla para muchas cosas.

Ali estaba atónita, menos por el hecho de que Ike intentara salvarla que por la convicción de que necesitaba la salvación.

Hasta hacía pocos minutos su seguridad le había parecido una apuesta razonable. Ahora, en cambio, la sangre de Ike le había salpicado el pelo. Por mucho que penetrara en su erudición, parecía que la crueldad de aquel lugar era inexorable.

—En efecto —asintió Thomas—, para muchas cosas.

Acarició el cabello de Ali y la armadura tintineó como el cristal de un candelabro. Ella se sobresaltó ante aquel gesto de posesión.

—Ella restaurará mi memoria. Me contará mil historias. A través de ella, recordaré todas las cosas que el tiempo me ha arrebatado. Sabré cómo leer los viejos escritos, cómo soñar un imperio, cómo conducir a un pueblo a la grandeza. Todo lo que se ha ido alejando de mi mente. Cómo fueron las cosas al principio. El rostro de Dios. Su voz. Sus palabras.

—¿Dios? —murmuró ella.

—Como quieras llamarlo. El *shekinah* que existió antes que yo. El encarnado divino. Antes de que empezara la historia. En el límite más alejado de mi memoria.

—¿Lo ha visto?

—Yo soy él. Un bruto feo por lo que recuerdo. Más simiesco que Moisés. Pero resulta que lo he olvidado. Ya no es como tratar de recordar el momento de mi propio nacimiento. Mi primer nacimiento como quien soy.

Su voz se fue debilitando, como el polvo.

¿Primer nacimiento? ¿La voz de Dios? ¿La plaga? Ali no podía ni imaginarse sus historias y, de repente, no quiso tampoco hacerlo. Sólo deseaba estar en casa, abandonar este lugar horrendo. Deseaba estar con Ike. Pero el destino la había conducido hasta el vientre del planeta. Toda una vida de oraciones y allí estaba, rodeada de monstruos.

—Padre Thomas —le dijo, menos por temor que por su incapacidad para usar su otro nombre—. Desde que nos conocimos he sido fiel a sus deseos. Dejé atrás mi propio pasado y viajé hasta aquí para restaurar el suyo. Y me quedaré aquí, como hablamos. Ayudaré a dominar su lengua muerta. Eso no cambiará.

—Sabía que podía contar contigo.

Pero su devoción no era para él más que una de sus muchas posesiones, ahora lo comprendía. Ali juntó las manos, obediente, tratando de no mirar la sangre que manchaba la barba de Ike.

—Puede contar conmigo hasta el final de mi vida. Pero, a cambio, no debe causar daño alguno a este hombre.

—¿Es eso una exigencia?

—Él también tiene sus utilidades. Ike puede ayudarme a clarificar los mapas, a llenar mis lagunas. Puede guiarle allí donde decida llevarme.

Ike levantó ligeramente la cabeza.

—No —dijo Thomas—, no lo comprendes. Ike ya no sabe quién es. ¿No te das cuenta de lo peligroso que es eso? Se ha convertido en un animal, para uso de otros. Los ejércitos lo utilizan para matarnos. Las empresas lo utilizan para asolar nuestro territorio y plantar en él la enfermedad. Con la plaga. Y él se oculta de su propia maldad saltando de uno a otro lado, de una raza a la otra.

Junto a él, el monstruo Isaac sonrió.

—¿Plaga? —preguntó Ali, en parte para distraer a Thomas de su decisión, pero también porque lo había mencionado y no tenía ni idea de a qué se refería.

—Habéis traído la desolación a mi pueblo. Os sigue.

—¿Qué plaga es esa?

Thomas la miró con ojos relampagueantes.

—No más engaños —atronó.

Ali se encogió ante él.

—Exactamente lo mismo que yo pienso —dijo entonces una voz aflautada desde el ordenador.

Thomas giró la cabeza, como si hubiera escuchado el zumbido de una mosca. Miró ceñudo el ordenador.

—¿Qué es esto? —susurró.

—Es un hombre llamado Shoat —contestó Ike—. Quiere hablar con usted.

—¿Montgomery Shoat? —Thomas pronunció el nombre como si expulsara un aliento fétido—. Le conozco.

—No sé cómo —dijo Shoat—, pero tenemos preocupaciones comunes.

Thomas sujetó el brazo de Ike y le hizo girar la cara hacia los distantes acantilados.

—¿Dónde está este hombre? ¿Está cerca? ¿Nos vigila?

—Ah, ah, cuidado, Ike. Ni una palabra más —advirtió Shoat.

Un dedo le dirigió un gesto negativo desde la pantalla. Thomas se quedó pegado tras Ike, inmóvil, a excepción de la cabeza, que giraba de un lado a otro, escudriñando la penumbra.

—Por favor, únase a nosotros, señor Shoat.

—Gracias de todos modos —dijo la imagen de Shoat en la pantalla—. Ya estoy lo bastante cerca.

El surrealismo de la situación era impresionante, con una pantalla de ordenador que hablaba desde la distancia en este inframundo. Lo antiguo hablando con lo moderno. Entonces, Ali observó los ojos de Ike que miraban a uno y otro lado. Valoraba la situación de la cámara medio desmantelada.

—Bajará dentro de poco, señor Shoat —dijo Thomas al ordenador—. Mientras tanto, ¿hay algo de lo que quiera hablar?

—Parece ser que un objeto propiedad de Helios ha caído en sus manos.

—¿Qué es lo que quiere este estúpido? —le preguntó Thomas a Ike.

—Es un emisor localizador, un dispositivo que envía una radioseñal —contestó Ike—. Afirma que alguien se lo ha quitado.

—Estoy perdido sin eso —dijo Shoat—. Devuélvamelos y me largo con viento fresco.

—¿Eso es todo lo que quiere? —preguntó Thomas.

Shoat se lo pensó un momento.

—¿Y algo de ventaja? El rostro de Thomas se inundó de rabia, pero controló su voz.

—Sé lo que ha hecho usted, Shoat. Sé lo que es el Prion-9. Y va usted a mostrarme dónde lo ha colocado. Me va a indicar cada uno de los lugares donde lo ha escondido.

Ali miró a Ike, que parecía igualmente confundido.

—Ahora ya pisamos terreno común, que es la base de toda negociación —dijo Shoat entusiasmado—. Yo dispongo de información que usted quiere y usted me garantiza mi seguridad en tránsito. Un buen *quid pro quo*.

—No debe usted temer por su vida, señor Shoat —afirmó Thomas—. Va a vivir mucho tiempo en nuestra compañía. Mucho más del que hubiera creído posible.

Para Ali estaba claro que ofrecía evasivas mientras lo buscaba. A su lado, Isaac también registraba las tinieblas en busca de cualquier señal que indicara la presencia del hombre oculto. La muchacha estaba a su lado, susurrándole algo, guiándole en su examen.

—Mi emisor de radioseñales —dijo Shoat.

—He visitado recientemente a su madre —dijo Thomas, como si acabara de recordar algo que decir por cortesía.

—¿A mi madre? —preguntó Shoat desconcertado.

—Eva. Hace tres meses. Es una elegante anfitriona. Se encontraba en su propiedad, en los Hampton. Mantuvimos una prolongada charla sobre ti, Montgomery. Se sintió consternada al saber en qué te habías metido.

—Eso no es posible.

—Baja, Monty. Tenemos cosas de que hablar.

—¿Qué le ha hecho a mi madre?

—¿Por qué dificultar más las cosas? Vamos a encontrarte. Dentro de una hora, o de una semana, eso no importa. Pero no te vas a marchar de aquí.

—Le he preguntado por mi madre.

Los ojos de Ike seguían mirando de un lado a otro. Ali vio que los fijaba en los suyos, intensos, a la expectativa.

Respiró profundamente y trató de acallar su confusión y su temor. Su mirada se fijó en la de él.

—¿Un *quid pro quo*? —preguntó Thomas.

—¿Qué le ha hecho?

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Thomas con naturalidad—. ¿Por el principio? ¿Por tus principios? Naciste por una cesárea...

—Mi madre nunca revelaría...

—Ella no me lo dijo, Monty —le interrumpió la voz de Thomas, más dura. — Entonces, ¿cómo...? La voz de Shoat se desvaneció.

—Yo mismo encontré la cicatriz —contestó Thomas—. Y la abrí. Yo abrí esa herida a través de la cual naciste al mundo. —Shoat guardó silencio—. Vamos, baja —repitió Thomas—, y te contaré qué fue lo que le dejé dentro.

Los ojos de Shoat llenaron la pantalla y luego se retiraron. La pantalla quedó en blanco. «¿Y ahora qué?», se preguntó Ali.

—Ha empezado a correr —le dijo Thomas a Isaac—. Tráemelo. Con vida.

Una expresión de alivio cruzó por el rostro de Ike. Con Thomas agazapado por detrás de su hombro, levantó la mirada hacia los distantes acantilados. Ali no sabía qué estaba buscando. Ella también se volvió para mirar hacia los oscuros acantilados y allí lo vio, un parpadeo de luz. Una momentánea estrella Polar. Ike se arrojó al suelo.

En ese mismo instante, Thomas se encendió. La armadura abisal, la cota de malla cruzada y la camisa de oro no sirvieron de nada para protegerlo. Normalmente, la bala se habría abierto paso hasta la espalda para luego salir convertida en una bola de fuego y una explosión de fósforo. Pero en el caso de Thomas, recubierto como estaba por delante y por detrás, no encontró salida. El calor y los dardos metálicos se desparramaron por su interior y su carne explotó, incendiándose. Su columna vertebral crujió. Y, no obstante, su caída pareció eterna.

Ali lo miraba como hipnotizada. Las llamas brotaron por el cuello de la armadura de Thomas y él las absorbió con una gran aspiración. El fuego se vertió

garganta abajo. Luego exhaló y las llamas brotaron de su boca. Sus cuerdas vocales se quemaron y Thomas se quedó en silencio. Se produjo un suave tintineo de escamas de jade que caían al suelo, al tiempo que se fundían los eslabones de oro que las sujetaban.

El señor de la guerra se irguió sobre ella, como si fuera a derrumbarse. Pero su voluntad era fuerte. Con la mirada fija en las alturas, como si se dispusiera a volar, sus rodillas se fueron doblando por fin. Ali se sintió impulsada hacia el suelo.

Pero fue Ike el que la arrastró hacia una columna derribada, en la penumbra. La arrojó tras la columna y saltó para unirse a ella en el momento en que se desataba la verdadera destrucción de Shoat. Parecía un verdadero ejército por sí solo. Su munición caía como rayos, detonando en explosiones de luz blanca, rociando la biblioteca con letales esquirlas. Disparó a uno y otro lado, en abanico, sobre las ruinas, y los abisales cayeron.

La columna derribada les protegió de las balas, pero no de las esquirlas. Ike arrastró algunos cuerpos y los situó por encima de ellos, como sacos terreros.

Ali gritó al contemplar cómo se destrozaban y se incendiaban preciosos códices, inscripciones y rollos. Delicados globos de cristal, con escritura grabada por su parte interior al aguafuerte, gracias a algún proceso perdido, estallaron en trozos diminutos en medio del fragor. En polvo se convirtieron las tablillas de arcilla que describían a satanes, divinidades y ciudades diez veces más antiguas que el mito mesopotámico de la creación de Emannu Elish. La deflagración se extendió hacia las entrañas de la biblioteca, alimentándose de pergaminos, papiros y papel de arroz, y de disecados artefactos de madera.

La ciudad misma parecía aullar. Las masas huyeron colina abajo, alejándose de las ruinas, mientras los mártires se amontonaban alrededor de Thomas, en un intento de proteger a su señor de una mayor profanación. Con un grito, Isaac se lanzó hacia la oscuridad, en busca de los asesinos, seguido velozmente por los guerreros.

Ali se asomó sobre la columna. Los fogonazos del cañón de Shoat seguían destellando en la boca del distante nido de francotirador. Un solo disparo habría conseguido todo lo que Shoat necesitaba para escapar. En lugar de eso, la cólera desatada lo había descontrolado por completo.

Mientras aún duraba el caos, Ike empezó a trabajar en la transformación de Ali. No se anduvo con miramientos. Las llamas, la sangre, la destrucción de toda aquella antigua tradición, de la ciencia y las historias habían sido demasiado para ella. Ike empezó por arrancarle las ropas y luego la untó con grasa ocre tomada de los cuerpos que los rodeaban.

Utilizó su cuchillo para cortar pieles curtidas y cabellos anudados de los muertos. La vistió como ellos, y con la sangre le endureció el pelo con formas de cuernos. Apenas una hora antes había sido una erudita enfrascada en los textos, como invitada del imperio. Ahora estaba completamente sucia y empapada de muerte.

—¿Qué estás haciendo? —lloró ella.

—Todo ha terminado. Nos marchamos. Sólo espera. Los disparos cesaron.

Habían encontrado a Shoat.

Ike se levantó.

Agachado para protegerse del fuego de los escritos, mientras los heridos todavía se debatían y se cortaban ciegamente con las afiladas esquirlas de metralla, tiró de Ali para ponerla en pie.

—Rápido —le dijo, y le arrojó unos andrajos sobre la cabeza.

Pasaron junto a Thomas, que yacía en medio de sus fieles, quemado y sangrando, paralizado dentro de la armadura. Tenía el rostro algo chamuscado, pero intacto. Increíblemente, todavía estaba con vida. Tenía los ojos abiertos y miraba a su alrededor.

Ali pensó que la bala tenía que haberle roto la columna vertebral. Sólo podía mover la cabeza. Medio enterrado entre las víctimas de Shoat, reconoció a Ali y a Ike cuando le miraron. Abrió la boca para denunciarlos, pero las cuerdas vocales se le habían quemado y no produjo sonido alguno.

Llegaron más abisales para atender a su dios-rey. Ike agachó la cabeza y empezó a bajar la rampa, tirando de Ali. Todo parecía indicar que, en medio de la confusión, iban a poder salir de allí limpiamente. Entonces, Ali sintió que alguien le sujetaba del brazo por detrás.

Era la muchacha. Tenía el rostro salpicado de sangre y estaba herida y asustada. Se dio cuenta inmediatamente de su estratagema, del disfraz abisal, de su huida hacia la salida. Lo único que tenía que hacer era gritar para denunciarles.

Ike empuñó su cuchillo. La muchacha miró la hoja negra y Ali imaginó lo que estaba pensando. Educada como una abisal, sospecharía inmediatamente la intención más asesina.

En lugar de eso, Ike le ofreció el cuchillo. Ali vio cómo los ojos de la muchacha se desplazaban de uno a otro. Quizá recordaba algún gesto de amabilidad que habían tenido con ella, o una demostración de misericordia. Quizá vio en el rostro de Ike algo que también le pertenecía, una conexión con su propio espejo. Fuera cual fuese la razón que dirigió sus impulsos, lo cierto fue que tomó su decisión.

La muchacha apartó la cabeza por un momento y, cuando se volvió para mirar, los bárbaros ya se habían marchado.

28

EL ASCENSO

*A las raíces de los montes descendí, a un país que echó sus cerrojos
tras de mí para siempre, mas de la fosa tú sacaste mi vida.*
JONÁS, 2, 7

Como un pez con hermosas escamas verdes, Thomas yacía blanqueado sobre el suelo de piedra, con la boca abierta, incapacitado para hablar, seguramente moribundo. Se le habían quemado las cuerdas vocales. Por debajo del cuello no podía mover un solo músculo ni sentir su cuerpo, lo que era compasivo, dado el desecho chamuscado que había dejado la bala de Shoat. Y, sin embargo, se hallaba sumido en la agonía.

Cada vez que respiraba trabajosamente, olía la carne quemada sobre sus huesos. Abría los ojos y veía a su asesino colgado ante él. Los cerraba y escuchaba a su pueblo, que esperaba tenazmente su gran transición. Su mayor tormento era que el fuego le había abrasado la laringe y no podía darle a su pueblo la orden de que se dispersara.

Abrió los ojos y vio a Shoat en la cruz, con los dientes al descubierto. Habían hecho un exquisito trabajo con él hundiéndole los clavos a través de los agujeros de su muñeca, disponiendo pequeños rebordes en los que pudiera apoyar las nalgas y los pies, para que no quedara colgado por los brazos y se asfixiara. El crucifijo se había situado a los pies de Thomas, para que él pudiera disfrutar con la agonía del humano.

Shoat iba a durar semanas. Le habían colgado un trozo de carne del hombro, para que pudiera alimentarse. Le habían dislocado los codos y mutilado los genitales. Pero, por lo demás, estaba relativamente intacto. Se le habían practicado dibujos en la carne y colgado sonajeros de las orejas y las aletas de la nariz. Para que nadie pensara que el prisionero no tenía propietario, le habían marcado sobre la cara el símbolo de quien era más antiguo que la antigüedad.

Thomas apartó la mirada de aquella creación cruel. No podían saber que la presencia de Shoat ante él no le producía ninguna satisfacción. Mirarle sólo servía para encolerizarle más. Era este hombre el que había implantado el contagio a lo largo del sendero seguido por la expedición de Helios, a pesar de lo cual Thomas no podía interrogarlo para averiguar los insidiosos detalles. No podía detener el genocidio. No podía advertir a sus hijos y ordenarles que huyeran hacia lo más profundo y desconocido. Finalmente, lo que más le encolerizaba de todo era que no

se podía desprender de aquel destrozado cascarón y pasar a un nuevo cuerpo. No podía morir y renacer.

Y no era por falta de nuevos receptáculos. Desde hacía días, Thomas se había visto rodeado por círculos de mujeres en todas las fases del embarazo o de una nueva maternidad, y por el aire se había extendido el olor de sus aromáticos cuerpos y de su leche. Por un momento, no vio mujeres vivas, sino Venus de la edad de piedra.

Según la tradición abisal, se las alimentaba en exceso y se las cuidaba durante su maternidad. Como las mujeres de cualquier gran tribu, derramaban la riqueza sobre sus cuerpos desnudos: juntaban fichas de plástico para jugar al póquer o monedas de una docena de naciones para formar collares, y les colocaban en el pelo cuerdas y plumas coloreadas, y conchas marinas. Algunas estaban cubiertas con barro seco y parecían más bien como si la tierra misma hubiese cobrado vida.

Su espera era una forma de observancia de la muerte, pero también de ingenuidad. Le ofrecían el contenido de sus úteros para que él los utilizara. Las que tenían recién nacidos, sostenían periódicamente a sus pequeños sobre él, con la esperanza de llamar su atención. El mayor deseo de cada madre era que el Mesías entrara en su propio hijo, aunque eso significara eliminar el alma que ya estaba en formación.

Pero Thomas se contenía. No veía alternativa. La presencia de Shoat era un recordatorio constante de que el virus estaba allí fuera, preparado para aniquilar a su pueblo. ¿Y de qué servía reencarnarse en el cuerpo de un niño si era impotente para avisar de la plaga que se avecinaba? No, haría mejor en seguir residiendo en este cuerpo. Como precaución, un médico militar lo había vacunado hacía muchos meses, en aquella base del Antártico, cuando se reveló por primera vez la presencia de las cápsulas de Prion. Incluso destrozado y paralizado, aquella inyección le había vacunado al menos contra el contagio.

Y así, su rey yacía en un cuerpo que era una tumba, atrapado entre las dos alternativas. La muerte era sufrimiento. Pero, como dijera el Buda en una ocasión, el nacimiento también era sufrimiento. Sacerdotes y chamanes de todo el mundo abisal seguían tocando los tambores y murmurando. Los niños seguían llorando. Shoat continuaba retorciéndose y lloriqueando. A un lado, la hija de Isaac continuaba fascinada con el ordenador y no hacía más que tocar incansablemente las teclas, como un mono que pulsara el teclado de una máquina de escribir. Thomas cerró los ojos a la pesadilla en que se había convertido.

Después de ascender durante una semana, Ike y Ali llegaron a un mar tortuoso. Encontraron la última de las barcas de Helios cerca del reborde desde el que el agua se hundía en una impresionante cascada de cientos de metros. Había quedado varada en la orilla, como un fiel corcel. Un solo remo aparecía atado a la borda.

—Sube —le susurró Ike.

Agradecida, Ali se dejó caer sobre el suelo de goma. Ike había mantenido la marcha casi constantemente desde que escaparon. No había tiempo para cazar o buscar comida, y ella se sentía debilitada por el hambre.

Ike empujó la barca para apartarse de la orilla, pero no empezó a remar.

—¿Reconoces el lugar donde nos encontramos? —le preguntó. Ella negó con la cabeza—. Los senderos parten en todas direcciones. He perdido el rastro, Ali. No sé qué camino seguir.

—Quizá esto te ayude —dijo Ali.

Se abrió un delgado saquito de cuero que llevaba atado alrededor de la cintura y extrajo de su interior el emisor de radioseñales de Shoat.

—Entonces fuiste tú —dijo Ike—. Tú lo robaste. —Los hombres de Walker no hacían más que pegarle a Shoat. Pensé que podían matarlo. Me pareció que quizá algún día pudiéramos necesitar esto.

—Pero el código...

—En su delirio no hacía más que repetir una secuencia de números. No sé si era el código o no, pero lo memoricé. Ike se acucilló sobre los talones, junto a ella.

—Veamos qué sucede.

Ali vaciló. ¿Y si no funcionaba? Cuidadosamente, marcó los números en el teclado y esperó.

—No sucede nada. —Inténtalo de nuevo.

Esta vez, una luz roja parpadeó durante diez segundos. «Armado», indicó la pequeña ventanilla. Se escuchó un solo pitido agudo y prolongado y luego la ventanilla indicó: «Desplegado». Después de eso, la luz roja se apagó.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ali desesperada.

—No es el fin del mundo —dijo Ike, que arrojó la cajita al agua. Recogió una moneda cuadrada que había encontrado en el sendero. Era muy antigua y mostraba un dragón por una cara y caligrafía china por la otra—. Cara, vamos a la izquierda. Cruz, a la derecha. Arrojó la moneda al aire.

Thomas despertó ante el sonido de las risas.

En su cruz, Shoat se había vuelto finalmente loco, o había trascendido. No había ninguna otra explicación. Thomas lo miró con ojos encendidos e inyectados en sangre. Aquel hombre se torturaba con su hilaridad. Cada nuevo movimiento le desgarraba las articulaciones rotas, pero parecía incapaz de detenerse.

Siguió la mirada de Shoat, fija en el ordenador. A través de los encajes de la tapa y del teclado, aquella máquina infernal había empezado a desprender una ligera neblina de aerosol.

Siguieron el ascenso, alejándose de las aguas luminiscentes del mar, de sus ríos y corrientes, hasta una zona muerta que separaba sus mundos. Habían pasado la región de su descenso por la vía del sistema de ascensores de las Galápagos, pero Ike

ya había bajado a aquella zona en otros viajes. Era demasiado profunda como para que la fotosíntesis sostuviera cualquier cadena alimentaria superficial y estaba demasiado contaminada por la superficie como para que sobreviviera la biosfera subplanetaria. Se alejaron de la zona muerta; Ike encontró una cavidad en la que Ali podría defenderse y luego salió de caza. Al cabo de una semana regresó con largas tajadas de carne seca y ella no le preguntó por su procedencia. Una vez logradas estas provisiones, volvieron a entrar en la zona muerta.

Su avance se vio dificultado por derrumbes que impedían el paso, fetiches abisales y trampas cazabobos. También era un obstáculo el hecho de que ganaran altura. La presión del aire disminuía a medida que se aproximaban al nivel del mar. Fisiológicamente era como si escalaran una montaña y el simple hecho de caminar se convirtió en un ejercicio agotador. Allí donde el camino se hacía vertical y tenían que escalar por grietas o chimeneas internas, Ali tenía a veces la sensación de que los pulmones le fueran a estallar.

Una noche estuvo jadeando durante largo rato. Después de eso, Ike empleó una regla básica del Himalaya: escala alto y desciende para dormir. Ascenderían a través de los túneles hasta un punto alto y luego descenderían unos pocos cientos de metros para pasar la noche. De ese modo, ninguno de los dos sufriría edema pulmonar o cerebral. A pesar de todo, Ali sufría dolores de cabeza y en ocasiones tuvo alucinaciones.

No disponían de ningún medio para controlar el tiempo o calcular la altura. Esa ignorancia le pareció liberadora a Ali. Sin calendario ni hora que marcar, no se veía obligada a nada por el momento. A cada nuevo giro podían ver la luz del sol. Pero después de haber efectuado mil giros sin que el fin pareciese estar más cercano, también renunció a esa preocupación.

A continuación, Thomas escuchó el silencio. Las canciones y los cánticos, los tambores y el sonido de los niños, la charla de las mujeres, todo se detuvo. Todo quedó en silencio. Por todas partes, el pueblo quedó dormido, aparentemente agotado por su vigilia y éxtasis. Su silencio fue un alivio para los oídos de un monje experimentado.

«Silencio —hubiera querido ordenarle al lunático crucificado—. Los vas a despertar a todos.»

Thomas aspiró el aire en sus chamuscados pulmones y luego lo expulsó trabajosamente, como un grito o un silbido. Su pueblo, sin embargo, ya nunca despertaría. Miró horrorizado a Shoat. Al tiempo que tomaba un bocado de la carne que le colgaba junto a la mejilla, Shoat le devolvió la mirada, fijamente.

A Ike le creció la barba. El cabello dorado de Ali le llegaba casi hasta la cintura. No estaban realmente perdidos, ya que habían iniciado su escapada teniendo muy poca idea de dónde estaban. Ali encontraba solaz en las oraciones que rezaba cada

mañana, pero también en la creciente sensación de intimidad con aquel hombre. Soñaba con él, incluso cuando se encontraba entre sus brazos.

Una mañana se despertó y encontró a Ike frente a la pared, en su posición de loto, de modo muy parecido a como lo había visto la primera vez. En la negrura de la zona muerta, pudo distinguir el débil resplandor de un círculo pintado sobre la pared. Podría haber representado el sueño de un aborigen o un mándala prehistórico, pero desde lo ocurrido en la fortaleza sabía que aquello era un mapa. Entró en el mismo estado de contemplación que Ike y las líneas que serpenteaban y se cruzaban unas a otras dentro del círculo adquirieron dimensión y dirección. Su recuerdo de la pintura de la pared los guió durante los días siguientes.

Cojeando de forma muy pronunciada, Branch entró en las ruinas de la ciudad de los condenados. Había abandonado el propósito de encontrar a Ike con vida. En realidad, la fiebre, el delirio y el veneno de la lanza abisal le habían afectado tanto que ya casi no podía recordar quién era Ike. Descendió impulsado menos por su búsqueda inicial que porque el centro de la Tierra se había convertido en su luna, atrayéndole sutilmente hacia una nueva órbita. La miríada de caminos se había reducido en su mente a uno solo. Y ahora estaba aquí.

Todos estaban en silencio. Y había miles.

En su confusión, recordó una noche en Bosnia, hacía ya mucho tiempo. Los esqueletos estaban entrelazados, en un abrazo final. La piedra aluvial había absorbido a muchos de los muertos hacia el móvil suelo. La putrefacción se había convertido en un ambiente en sí mismo. Corrientes hediondas azotaban las esquinas de los edificios, como bandas de fantasmas nauseabundos. El único sonido, aparte del ligero silbido del viento abisal, era el del agua en los canales que se arrastraban por el bajo vientre de la ciudad.

Branch deambuló entre el Apocalipsis.

En el centro de la ciudad encontró una colina con las amontonadas ruinas de un edificio. Lo revisó con la visión nocturna de su mira telescópica. Había una cruz en lo alto. Y en la cruz distinguió un cuerpo. La cruz le hizo recordar una reliquia de la infancia, un vestigio de algún impulso artúrico.

La pierna mala y los muertos apiñados hicieron que la ascensión fuera ardua. Eso le recordó a Ike, que le había hablado de su Himalaya con tanto cariño. Se preguntó si Ike estaría por allí, en alguna parte, quizá incluso en aquella cruz.

La criatura del crucifijo había muerto mucho más recientemente que todos los demás, horriblemente mantenida con una tajada de carne. Cerca había un fusil telescópico de los *rangers* destrozado, junto con un ordenador portátil. Branch no pudo distinguir si aquel hombre había sido un soldado o un científico. Pero una cosa estaba clara: aquel cuerpo no era el de Ike. Él tenía el cuerpo claramente marcado y la mueca mostraba un juego de dientes en mal estado.

Al volverse para marcharse, Branch observó el cadáver de un abisal, vestido con un traje de jade regio. A diferencia de los demás, éste se hallaba perfectamente

conservado, al menos de cuello para arriba. Aquella curiosidad le condujo a otra. El rostro de aquel hombre le pareció familiar. Se acercó más, se inclinó sobre él y reconoció al sacerdote. ¿Cómo podía haber llegado hasta allí? Era él quien le había llamado para informarle de la inocencia de Ike, y Branch se preguntó si acaso había descendido también para salvar a Ike. Qué gran conmoción tendría que haberle causado el infierno a un jesuita. Miró fijamente el rostro, tratando de recordar el nombre de aquel buen hombre.

«Thomas», recordó de pronto.

Y Thomas abrió los ojos.

Nueva Guinea

Estaban de pie, muy quietos, en la boca de una gruta sin nombre, con la selva extendida ante ellos. Casi completamente desnudos y un poco hambrientos, Ali recurrió a lo que sabía y empezó a ofrecer una ronca oración de gracias.

Lo mismo que ella, Ike se sentía cegado, conmocionado y temeroso, no por el sol que se elevaba sobre el entoldado de la selva, ni por los animales ni por lo que le esperase allí fuera. No era el mundo lo que le asustaba, sino más bien saber en qué estaba a punto de convertirse.

Cuando se escala una gran montaña, llega un momento en que se desciende por la nieve y se cruza una frontera que conduce de regreso a la vida. Es un primer manojo de hierba verde junto al sendero, o el olor de los bosques que asciende desde allá abajo, o el goteo de la nieve que se funde y se va convirtiendo en una corriente. Pero antes de eso, en el caso de Ike había un instante que se registraba en todo su ser, tanto si había estado allá arriba durante una hora, una semana o más tiempo, y sin que importaran todas las montañas que hubiese dejado atrás. En ese instante, Ike se sentía arrastrado por una sensación no de partida, sino de llegada; no de supervivencia, sino de gracia.

Ahora, sin confiar del todo en su voz interior, rodeó a Ali con sus brazos.

FIN